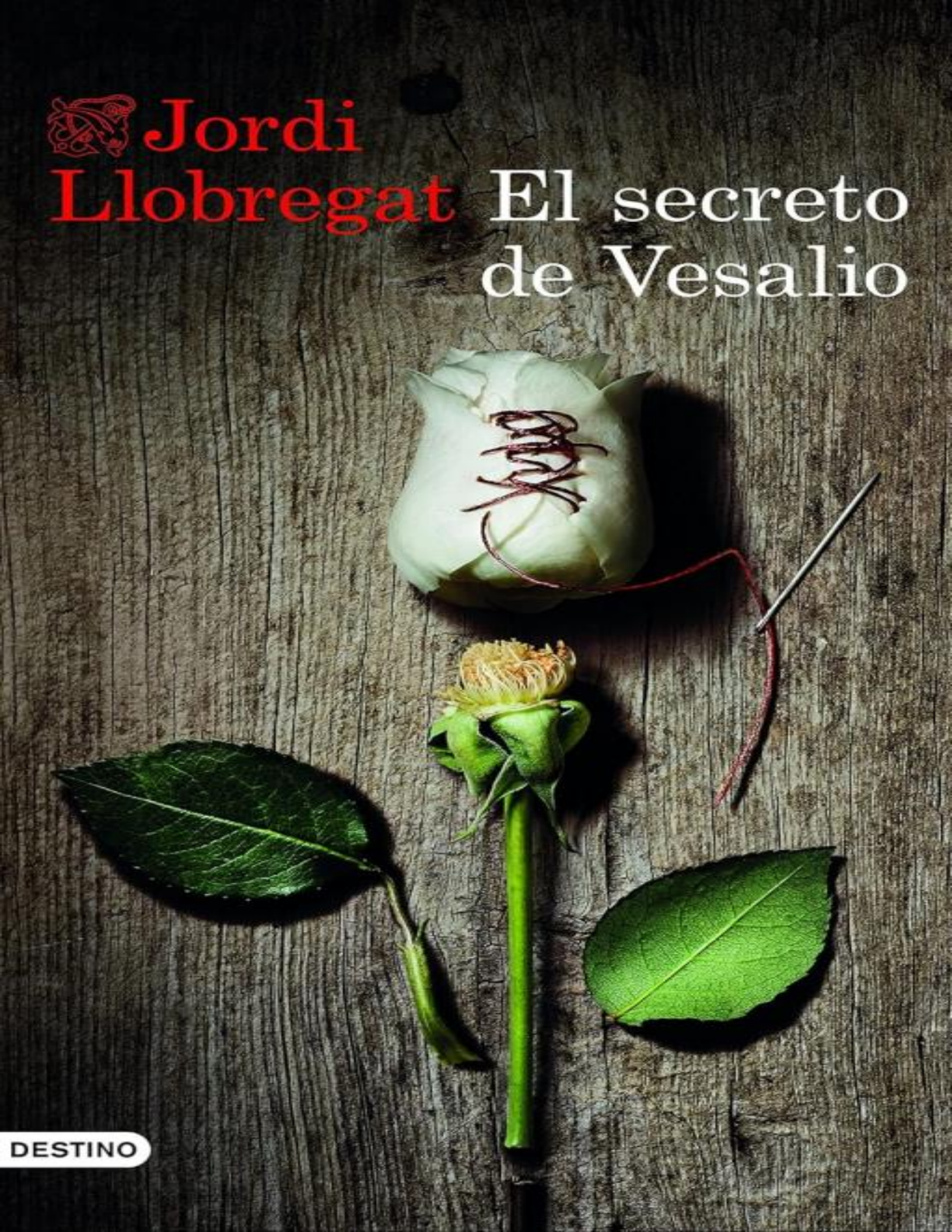
Jordi Llobregat

El secreto de Vesalio



DESTINO

Índice

Portada
Dedicatoria
Citas
El secreto de Vesalio
1
Retorno
2
3
4
5
6
El cuaderno
7
8
9
10
11
12
13
14
15
El sanatorio de Nueva Belén
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

Falso y verdadero
27
28
29
30
31
32
33
34
El *Gos Negre*
35
36
37
38
39
40
41
Liber Octavus
42
43
44
45
46
47
48
Traiciones y mentiras
49
50
51
52
53
54
55
56
Descenso al infierno
57

58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
Resurrección
73
74
75
76
77
78
79
Perdón
80
Agradecimientos
Créditos

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Per a tu, mare

Corto y hábil es el sendero de la especulación, pero no conduce a ninguna parte; largo y penoso es el camino del experimento, pero nos lleva a conocer la verdad

GALENO, 216 d.C.

Hoy puede descubrir sus errores y mañana obtener una nueva luz sobre aquello mismo de lo que hoy se cree seguro

MUSA IBN MAYMUN MAIMÓNIDES, 1185 d.C.

Solo a través de su ingenio puede el hombre vivir eternamente

ANDREAS VESALIO, 1564 d.C.

1

1888, Barcelona. Port Vell.
Cerca del muelle de Lazareto

Tras escudriñar las sombras por tercera vez, el viejo maldijo entre dientes. El silencio le rodeaba, un silencio tan solo roto por el golpeteo del agua contra el casco. La lluvia, azotada por el viento, caía a rachas sobre la barca y empapaba la toldilla y las cajas de tabaco almacenadas debajo. A esas horas, cuando la mañana empezaba a insinuarse, la bruma envolvía el Port Vell y el muelle, y los barcos anclados y los edificios de las atarazanas eran simples borrones; apenas se intuía el borde de la costa y cabotear tan cerca de las escolleras del puerto se convertía en algo muy arriesgado. Sin embargo, lo había hecho antes cientos de veces y todavía lo haría algunas otras más. No estaba inquieto por esta razón. Lo que le hacía sentir como si tuviera lastre en el estómago era la certeza de que aquella noche algo iba a salir rematadamente mal.

Se alzó la brisa y picó el agua. Sus ojos, cercados por una legión de arrugas, escrutaron la embarcación desde la proa, donde dormitaba su hijo, hasta la vela de algodón —bien sujeta al mástil—, que comenzó a drapear. Tiró del cabo con la habilidad de la costumbre y, tras comprobar satisfecho cómo la lona volvía a llenarse de aire, lo aseguró en la bita de madera. Contrajo las manos y sus dedos cubiertos con guantes de lana protestaron como cuerdas viejas. La humedad le calaba los huesos haciendo inútiles las pesadas ropas que vestía. Suspiró. Cada día se le hacía más duro aquel trabajo, dentro de poco no podría manejar la barca. De hecho, intuía que no llegaría a ver el final de siglo, ni las maravillas que todo el mundo anunciaba, aunque, ¿a quién le importaban esas malditas máquinas? ¿Qué chiflado podía creer que eran mejores

aquellos ruidosos artefactos que los buenos brazos de un hombre? Escupió al agua y viró el timón una cuarta.

Dejaron la montaña de Monjuich a babor y la ciudad, antes invisible, fue perfilándose poco a poco entre la bruma. El viejo condujo la embarcación hacia las inmediaciones del muelle de Lazareto donde le esperaban para descargar, evitando así probables miradas desde el castillo y a los buques de vapor que a esas horas empezaban a cruzar las aguas.

La corriente les empujó hacia las rocas. Aferraba la caña para corregir el rumbo cuando un movimiento en la superficie del agua reclamó su atención. Cerca de la dársena la niebla era menos densa y podía distinguir el rompeolas salpicado de espuma. A pocos metros, entre maderos y restos de aparejos, flotaba un bulto de gran tamaño. Al instante, el mar lo cubrió y no volvió a emerger. El viejo chasqueó la lengua y esperó. No sería la primera vez que uno de los mercantes perdía parte de la carga. Un golpe de suerte para aquellos que la hallaban.

Pasó el tiempo y empezó a creer a regañadientes que su mente le había jugado una mala pasada. Se disponía a sacar la barca de la corriente cuando escuchó un chapoteo. El bulto apareció de nuevo, unas brazas más cerca, balanceándose con el oleaje. El viejo amplió la sonrisa hasta mostrar sus dientes ennegrecidos y desplazó el timón. Al llegar a su altura, comprobó que se trataba de un cajón de roble tan grande como una barrica de vino. Por los sellos estampados en la madera dedujo que era francés. Todavía mantenía las sogas fuertemente atadas; por tanto, se conservaría estanco, lo que resultaba muy importante: la mercancía del interior no estaría estropeada por el agua. Los *gabachos* solían transportar porcelanas, paños de calidad y licores. Cualquiera de estas mercancías bastaba para sacar una buena tajada. Sujetó el timón y volvió la vista hacia su hijo.

—*Apa*, levanta y coge el bichero.

El chico lo miró sin comprender hasta que descubrió el cajón flotando a su lado. Se alzó a trompicones y rebuscó bajo la bancada. Tras apartar la red de pesca y unas cuerdas, extrajo una larga vara de la que sobresalía una punta de hierro y un garfio en su extremo.

Siguiendo las instrucciones de su padre, tendió la percha hasta atrapar una de las sogas que amarraba el cajón. El viejo, provisto de un regatón, tiró del otro lado. Poco a poco, lo arrimaron al costado de la barca y se aprestaron a subirlo a bordo.

—Venga. Con cuidado... ¡Santo Dios!

Una garra antropomórfica de dedos afilados aferró el brazo del anciano. Incrédulo, se quedó mirándola paralizado mientras aquello tiraba de él hacia las aguas oscuras. Antes de que pudiera reaccionar, una ola balanceó el bote y la fantasmal aparición se desvaneció ante sus ojos como si no hubiera existido.

El muchacho corrió por la cubierta y tiró de la tela que envolvía el fanal. La luz reveló a una criatura flotando junto al cajón. A duras penas se sostenía por encima del agua aferrada a las sogas. En su rostro, dos huecos oscuros ocupaban el lugar de los ojos. Su semblante se deformó en una mueca grotesca al intentar hablar pero, en lugar de palabras, de su boca brotó un balbuceo ininteligible seguido de un gemido. No parecía que pudiera aguantar mucho más los embates del mar.

Tras un instante de duda, el viejo ordenó a su hijo:

—Mantén quieto el cajón.

El muchacho no se movió. Lívido, no lograba apartar la mirada del engendro. En ese instante, una nueva ola los volvió a separar.

—¡Demonios, hijo!

—Padre, ¿está... está usted seguro?

El cajón empezó a hundirse.

—*Vinga*!

El chico tomó la percha de nuevo y, clavando el garfio en la madera, retuvo el cajón contra la barca. Mientras, su padre aseguró las piernas en la bancada y asió con ambas manos el brazo que le tendía la criatura. Su tacto era frío y resbaladizo. El viejo cerró los ojos, tomó aire y tiró con fuerza.

La criatura rodó sobre la cubierta hasta quedar tendida de espaldas. En lugar de cola de pez, como el viejo esperaba, tenía piernas. Estaba completamente desnudo, carecía de vello y su piel era tan blanca que parecía transparente. En su estómago asomaban

los bordes ennegrecidos de una herida terrible. Al muchacho le recordó a los peces descamados de la lonja.

El viejo se acercó con cautela, se inclinó y tanteó aquel torso intentando encontrar alguna señal de vida. Se estremeció al observar otras heridas que le cruzaban el pecho. Presionó levemente y su mano se hundió en la carne como si esta fuera manteca. Un hedor nauseabundo emanó de su interior. El hombre se apartó a trompicones hasta caer entre las cajas de tabaco, apenas controlando su horror. Su hijo se apresuró a socorrerle y aferrados el uno al otro observaron la maltrecha figura inmóvil.

—Padre, ¿qué hemos subido a la barca?

—Como que Dios es Cristo que no tengo idea.

De repente, el cuerpo de la criatura se iluminó con un resplandor y trazó bajo la piel un dibujo similar a las ramas de un árbol. Tras un leve parpadeo, el fulgor desapareció tal y como había venido. Padre e hijo se santiguaron al unísono.

Retorno

Veinticuatro días antes de la inauguración de la Exposición Universal

2

—Esto es todo, caballeros.

Un clamor de bancos deslizándose se elevó sobre el silencio del aula. Desde la tribuna, el joven profesor recogió los papeles y los guardó en su cartera mientras observaba el desfile de estudiantes hacia la salida. Deseaba aparentar seriedad, pero su sonrisa le traicionaba. Acababa de concluir su segunda semana de clases en la universidad, la misma en la que se había titulado tan solo unos meses antes.

Sus pasos le llevaron junto a uno de los ventanales del aula. Fuera, nubes oscuras cubrían el cielo, pero, a diferencia de otros días, el gris de ese ambiente no enturbió la felicidad que sentía. Un largo y tortuoso camino le había llevado hasta aquel atril y maldita sea si no se lo había ganado. Su mirada recorrió los edificios del campus. Estaba a punto de soltar un suspiro de satisfacción cuando una voz le reclamó a su espalda:

—¡Profesor Amat!

En la puerta esperaba un estudiante.

—¿Sí?

—Disculpe, profesor, sir Edward desea verle.

—Enseguida voy.

Qué bien sonaba. Profesor. Profesor y miembro del Magdalen College, uno de los más prestigiosos colegios de la Universidad de Oxford. Cubría la baja del doctor Brown, por desgracia enfermo de gota, pero eso no le restaba importancia. No tardaría en obtener un puesto propio. La oportunidad ya se había presentado y no pensaba dejarla escapar. Recogió sus pertenencias y dejó la sala donde pasaría el trimestre impartiendo clases de griego. En el pasillo, notó

las miradas que seguían sus pasos. Los alumnos todavía le observaban con curiosidad.

Al salir al exterior se ajustó la toga. La lluvia, acompañada de un viento helado, recorría el campus. Aunque se encontraban a finales de abril, los días continuaban siendo fríos. Tomó el camino de tierra con andar rápido, consciente del bullicio que brotaba del interior de las aulas y se extendía por todo el *college*. El curso lectivo estaba en su apogeo. Dejó a su derecha la capilla donde el coro ensayaba y atravesó el pórtico que conducía a un patio rodeado de edificios cubiertos de hiedra. Sin dudarlo, encaminó sus pasos por el sendero de grava que partía en diagonal el parterre. Se estaba empapando pero no le importó, se sentía tan bien que apenas contenía las ganas de dar saltos.

Walter le abrió la puerta en cuanto lo vio acercarse. El anciano era toda una institución en el colegio. Decían los estudiantes que ocupaba aquel puesto de conserje desde la fundación de la universidad, algo sumamente improbable dado que la institución existía desde cuatrocientos años antes. Sin embargo, aquel cuerpo encogido como una pasa y su rostro deformado por innumerables arrugas hacían preguntarse si el rumor no tendría algo de cierto. El anciano era bien conocido por sus trapicheos; podía conseguir tabaco, licor o cualquier otra exquisitez por un precio conveniente. Por supuesto, esta clase de transacciones estaban prohibidas, por lo que el negocio de Walter prosperaba.

—Señor Amat... Oh, disculpe. —Su media sonrisa le traicionó—. *Profesor* Amat...

Daniel inclinó la cabeza y le saludó a su vez. Sabía que, a pesar de considerarlo un «maldito extranjero» —tal y como lo había llamado la primera vez que se conocieron—, el anciano le apreciaba.

—Señor Walter, ¿cómo se encuentra esta mañana?

—No tan bien como usted, supongo. Hace un frío de mil demonios y me duelen todos los huesos.

—Creo que una solución de yodo le iría perfectamente. También puedo aconsejarle un excelente médico.

La cara del anciano adoptó un gesto ofendido.

—¿Por quién me toma? A buenas horas iba yo a fiarme de un matasanos.

Daniel sonrió.

—Sir Edward me está esperando.

—Por supuesto, profesor, suba, suba. No se demore por culpa de este viejo achacoso que en cualquier momento abandonará el mundo de los vivos.

Daniel no consiguió evitar una carcajada.

—Gracias, señor Walter. Más tarde quizá necesite una de esas botellas que guarda en su almacén.

—Veré qué puedo hacer. —Esbozó una mueca que quería ser resignada—. No le prometo nada. —Le dio la espalda y se internó murmurando entre las sombras de la portería.

Daniel subió la escalera mientras pensaba en los ilustres profesores que habían pisado aquellos mismos escalones. En un instante alcanzó el primer piso. La puerta del despacho del rector, situada al final de un corto pasillo, estaba entornada. Daniel llamó prudentemente. Una voz le invitó a entrar.

El lugar de trabajo del veterano rector era austero. Una alfombra cubría el suelo hasta chocar como una ola contra el escritorio que presidía la habitación y una biblioteca de nogal recorría las paredes de uno a otro lado. Al fondo, a la izquierda, entre dos sillones orejeros, un fuego ardía en una chimenea de estilo victoriano adornada con un cuadro de la batalla de Bannockburn. Daniel conocía bien aquel despacho. Allí había pasado muchas horas, algunas de ellas las más felices que recordaba. El rector había sido su tutor durante los primeros años. Con el tiempo, la incipiente amistad se convirtió en una relación similar a la de un padre con su hijo.

—Querido Amat, no se quede en la puerta.

Pasada la cincuentena, las ojeras y el pelo lacio en franca retirada, no borraban la expresión bonachona del rostro de sir Edward Warren. Historiador muy bien considerado en los círculos intelectuales más selectos, gozaba asimismo de un considerable prestigio como orador. Experto en lenguas muertas, la misma materia que Daniel enseñaba, había accedido diez años antes al

cargo de *president* o rector —como él prefería llamarse—, tras fallecer su predecesor.

—¿Cómo le ha ido el día? —preguntó.

Daniel intentó ordenar los pensamientos, aunque su mente se empeñaba en saltar de uno a otro. Se sentía eufórico y abrumado, todo a la vez.

—Eh... estupendo, sir Edward.

—Me alegro mucho. Ya sabe que tengo muchas esperanzas puestas en usted.

—Gracias, señor, espero ser merecedor de su confianza.

El rector descartó la duda con un gesto de la mano y se balanceó en el asiento poniéndose más cómodo.

—¿Cuánto hace que llegó usted a Oxford? ¿Seis años?

—Casi siete.

—¡Siete! Cómo pasa el tiempo, demonios. —Entrecerró los ojos —. Aún lo recuerdo a usted entrando por esa puerta recién llegado de Barcelona.

A Daniel se le oscureció la cara. El rector, ajeno a su reacción, continuó rememorando.

—Sí... Completamente empapado a causa del aguacero de aquella noche, y con su maleta como único equipaje. Las primeras palabras que me dirigió fueron tan ininteligibles y su aspecto... Dios mío, ¡horrible! Por un momento estuve tentado de llamar a la policía, ¿lo sabía? —preguntó, soltando una carcajada.

Daniel negó con la cabeza.

—Siempre me he preguntado qué le motivó a venir. Ha sido usted muy discreto al respecto.

—Usted sabe que Oxford es conocida como la mejor universidad del mundo. Simplemente deseaba estudiar aquí.

—Sí, sí, sin duda. —Se irguió sir Edward—. Lo cierto es que hace mucho que dejó de ser aquel muchacho... Se ha convertido en todo un hombre, con un brillante porvenir.

—Eso espero, señor.

—Pues claro, Amat —añadió entusiasmado el rector—, estas dos semanas ha sustituido al señor Brown de un modo más que satisfactorio. Justamente, por ese motivo quería verle.

Sir Edward hizo una pausa antes de proseguir.

—Su capacidad está fuera de toda duda. Nos ha dado razones más que justificadas para sentirnos satisfechos. Ayer, los miembros del departamento académico nos reunimos en el encuentro mensual. Entre otros asuntos, acordamos por unanimidad ofrecerle un puesto en la asignatura de Lenguas Clásicas para el resto del curso. ¿Qué le parece?

Una intensa emoción inundó a Daniel. No esperaba aquel ofrecimiento tan pronto. Sir Edward amplió la sonrisa ante la reacción de su protegido.

—Bueno, ¿qué me dice? ¿Acepta o no?

—Por... por supuesto, señor. Claro. ¡Es... es fantástico! Le estoy muy agradecido, señor.

—Tonterías. Esta oferta es el fruto de su esfuerzo. La dedicación que ha mostrado nos ha asombrado a todos sin excepción. Pocas veces he visto a alguien tan dotado como usted.

El rector se levantó y fue hacia una bandeja de bebidas. Llenó dos copas de *brandy* con generosidad.

—Creo que esta noticia va a satisfacer también a mi hija, ¿no cree? —añadió socarrón—. Me congratula pensar que pronto se convertirá en mi yerno. Esta noche, como ya sabe, vamos a celebrar una velada ciertamente especial. Anunciar su compromiso me hace muy dichoso. Alexandra es todo lo que me queda. Usted la hará feliz, estoy seguro de ello.

—Amo a su hija.

El rector asintió complacido, le ofreció una de las copas y susurró:

—Deseo prevenirle para que luego no me lo reproche. Alexandra es, al igual que su madre, una criatura maravillosa. Hermosa, con grandes aptitudes, bien educada para llevar la casa y... con un insoportable e impredecible temperamento galés —le guiñó un ojo—. Al fin y al cabo, ¡Gales es país de dragones!

Se echaron a reír los dos. Daniel apreciaba profundamente a aquel hombre que pronto se convertiría en su suegro. Le había acogido cuando más necesitado estaba. Sin exigir explicaciones, le ofreció su saber y su amistad. Cuando creía haberlo perdido todo, sir

Edward le había brindado una nueva oportunidad. Jamás podría devolver todo lo que había recibido de él.

—Brindemos, Amat, ¡por los nietos que me va a dar!

Entrechocaron las copas y Daniel se mojó los labios por deferencia al rector. Después se levantó, dejando casi intacta su bebida sobre la mesa.

—Sir Edward, me requieren algunas cuestiones antes de la cena de esta noche. Con su permiso, me retiro.

—No faltaba más. También a mí me ha llegado el rumor de cierta fiesta organizada por sus antiguos compañeros. No se preocupe, mis labios están sellados. Aunque no se le ocurra llegar tarde a cenar o Alexandra le matará.

Sir Edward rió con ganas mientras acompañaba a Daniel hasta la puerta.

—Ah. —Se detuvo—. Casi lo olvidaba. Espere un instante.

Volvió al escritorio y rebuscó entre los documentos que había sobre la mesa hasta que, con gesto de triunfo, levantó en el aire un sobre color mostaza.

—Esta mañana ha llegado esta comunicación para usted.

—¿Un telegrama? ¿Para mí?

—Así es, expedido en Barcelona.

Daniel cogió el sobre de la mano tendida del rector; sus nervios le traicionaron y a punto estuvo de dejarlo caer. El anciano no advirtió su turbación y Daniel consiguió guardar el telegrama en el bolsillo de su abrigo sin más incidentes.

—Si me disculpa, lo leeré más tarde. Tengo... muchas cosas que hacer todavía.

—Vaya, vaya.

Daniel salió por la puerta y se marchó lo más rápido que sus temblorosas piernas le permitieron.

Al llegar a su antigua habitación se dejó caer sobre la silla. El final de sus estudios, la concesión del puesto de profesor y el compromiso con Alexandra se habían sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de mudarse. Sus baúles esperaban en un

rincón. Le faltaba empaquetar los libros y algo de ropa. Sin embargo, en aquellos instantes no le importaba lo más mínimo. El júbilo de la mañana se había esfumado. La inesperada oferta de trabajo y su cercana boda parecían formar parte de la vida de otra persona. Dirigió la vista hacia el pequeño sobre que esperaba encima de su escritorio.

¿Cómo era posible después de tanto tiempo?

Llevó su mano hasta la nuca con el mismo gesto inconsciente de los últimos siete años. Las yemas de sus dedos recorrieron los pliegues encallecidos que el fuego había grabado para siempre en su piel. Aquellas aristas de carne muerta no dejaban de recordarle su pasado. A punto estuvo de soltar una carcajada. Qué ingenuo había sido al creer que todo acabaría olvidándose. Un simple telegrama había bastado para romper aquella ilusión en pedazos.

Abandonó la silla. De un manotazo recogió el sobre y lo rasgó. En su interior encontró un papel rosado doblado en dos. Lo desplegó con dedos temblorosos ante sí. Sus ojos se pasearon sin leer por las filigranas de la escritura hasta que logró serenarse y centrar la vista.

Siete años se esfumaron de golpe.

Dejó caer la mano y se sostuvo contra el marco de la ventana. A sus pies, los campos del colegio desaparecían bajo la lluvia oscura y continua. Después de tantos años, lo habían encontrado. Sabía que más pronto o más tarde podía suceder, pero nunca imaginó que fuera así. Se preguntó si debería experimentar alguna clase de dolor o pena, aunque, dentro de sí sólo encontró rabia y culpabilidad. Cerró los ojos y apoyó la frente contra la ventana. Intentó detener la angustia que crecía en su interior. Apretó las mandíbulas y su cuerpo se tensó. El dolor recorrió la vieja cicatriz como un latigazo. Estrujó el telegrama entre las manos y lo lanzó lejos. Sólo entonces las lágrimas asomaron para mezclarse con las gotas de lluvia que corrían por el cristal.

3

Los ronquidos resonaban en el cuartucho. La sábana claveteada contra la ventana intentaba sin éxito evitar la entrada de luz. Era la típica habitación de casa de huéspedes del Raval. Un antro tan bueno como cualquier otro donde caerse muerto. Minúsculo, mal ventilado y con goteras, solía alquilarse por temporadas. El inquilino de ésta lo ocupaba desde hacía cinco meses.

—¡Por Dios y todos los santos!

De entre las mantas emergió una figura contrahecha. Sus ojos saltones miraban a uno y otro lado de la habitación intentando comprender dónde se encontraba. Al poner un pie en las tablas del suelo cayó de espaldas sobre el jergón. Las manos en la cabeza y maldiciendo otra vez; arrastraba las palabras como si su garganta estuviera llena de arena.

—Vino de Alsacia, ¡y un cuerno!

Gruñendo, el hombre bajó de la cama a trompicones. Se irguió en su corta estatura y titubeó inseguro sobre sus piernas. Llegó a duras penas hasta la mesa que hacía de escritorio y apartó a manotazos un montón de periódicos atrasados y hojas garabateadas. Por fin, soltó una exclamación de triunfo al sostener en el aire un pesado reloj de latón. Abrió la tapa y al ver las manecillas marcando casi mediodía su aturdimiento desapareció de golpe.

—No es posible. No puede ser tan tarde.

Corrió por la pequeña habitación cubierto tan solo por unos calzones. Llenó la bacina y se lanzó agua helada a la cara con movimientos enérgicos mientras farfullaba maldiciones. Como el dolor en la sien no remitía, resolvió meter la cabeza. Tiritando, se secó con la esquina de una de las mantas. En un minuto se calzó

pantalones, camisa y botines. Dio un sorbo a una taza de café que reposaba encima de la mesa y al momento se arrepintió. Estaba helado y sabía a agua estancada. Recordó que era la cuarta vez que usaba el mismo grano. Tras coger de la percha el canotier y una chaqueta de cuadros, salió de la habitación. Bajó por la escalera mientras se anudaba la pajarita.

—¡Señor Fleixa!

Un hombre de abultado vientre se interpuso en su camino. Sus ojos entornados le miraban con irritación. Apestaba a ajo, lo que no ayudó a despejarle la resaca.

—¡Señor González! Justamente estaba pensando en usted. ¿Cómo está su santa esposa?

—Me debe usted tres meses de alquiler y a punto está de expirar el cuarto.

—¿Tres meses? ¿Es eso posible? Bien, no se preocupe, amigo mío. Estoy a punto de cobrar unos atrasos, de unas gacetillas, e inmediatamente le satisfaré esta ridícula deuda. Ya sabe usted que los periodistas de renombre tenemos ciertas obligaciones sociales y, lamentablemente, he tenido algunos gastos imprevistos.

—Ya me conozco yo sus obligaciones sociales. El mes pasado me dijo lo mismo.

—Debe de haber alguna confusión. Su señora me concedió, muy amablemente, un aplazamiento.

—¿Jacinta? ¿Cuándo ha hablado con ella?

—Ayer al mediodía.

—Pero si ayer iba a misa de doce...

—Vaya, pues sería más tarde. No me haga caso. No imagina lo olvidadizo que puedo llegar a ser.

Una mueca de comprensión empezó a dibujarse en el rostro del casero. Fleixa pensó que tal vez no había sido prudente mezclar en este asunto a Jacinta y mencionar el acuerdo al que habían llegado tras el fogoso encuentro del día anterior. Todo el barrio sabía que el señor González era de escasas entendederas, pero quizás empezaba a barruntarse los cuernos que su señora le plantaba de tanto en tanto. Por si las moscas, valía la pena zanjar aquello rápido.

Vislumbró un hueco a la derecha de González y se deslizó por él antes de que este pudiera reaccionar.

—¡Espere un momento!

Fleixa se hizo el sordo y siguió bajando por la escalera.

—Le prometo que a final de este mes le pagaré —gritó una vez abajo.

Salió por el portal perseguido por los insultos del señor González.

Caminó a buen paso mientras se arrebujaba en su chaqueta. La podredumbre invadía el barrio, el hacinamiento era natural en el Raval desde que, años atrás, se instalaran fábricas y las estrechas calles se poblaran de inmigrantes procedentes de toda España atraídos por la creciente oferta de trabajo. A pesar de todo, a Fleixa le gustaba residir allí, pues aquella acumulación de gentes tan diversas también lo hacía un lugar lleno de vida. El agua corría por los adoquines como un arroyo, el alcantarillado no conseguía absorber toda la lluvia que caía desde hacía días y las calzadas de tierra se habían convertido en trampas de barro. Fleixa iba mirando suelo y cielo alternativamente.

—Si sigue lloviendo así, un día vamos a acabar en el puerto. ¡Vaya final de primavera!

Se cruzó con el tendero de un colmado que vaciaba un cubo en la calle y con un par de carboneros que arreaban su carro echando miradas sin disimulo hacia un grupo de mujeres. El periodista les dirigió un cortés saludo a las señoras como era su costumbre. A pesar del frío iban ligeras de ropa, aunque procuraban refugiarse en un portal. Una de ellas, de la que colgaba un niño con el pelo revuelto, se separó de las demás para dirigirse a él.

—Dolors te andaba buscando ayer noche, perillán.

—Hola, Manuela. ¿Qué te has hecho? Esta mañana te veo especialmente guapa.

La mujer se mesó el cabello y le dedicó una sonrisa que mostró sus escasos dientes. Su escote abierto anunciaba como fruta madura

unos voluminosos pechos, que bailaban contra la cara del niño dormido. El aliento le olía a aguardiente, cebollas y leña quemada.

—No sé qué te da, cariño, pero cuando te aburras de ella puedes venirte conmigo.

Fleixa sonrió a su vez.

—Anda, sé buena y dile que la veré esta noche.

Como respuesta le soltó un bufido y, con un revoloteo de su falda, se dio la vuelta para volver con sus compañeras.

Fleixa dejó la callejuela y desembocó en las Ramblas, que a esas horas estaban muy concurridas. Carros cargados de frutas y verduras para la Boquería, coches de punto, el tranvía de la línea de la plaza Cataluña haciendo sonar su tradicional toque de campana, amas de cría, cerilleras, vendedores de flores y periódicos, y paseantes ociosos se disputaban el espacio. Sin entretenerse, cruzó el paseo, se internó por la calle del Pi y, al cabo de unos pocos minutos, llegó a la sede del periódico.

El *Correo de Barcelona* se había fundado once años atrás. En ese tiempo, el periódico había conseguido hacerse un hueco entre los principales diarios de la ciudad. Cada mañana, los vendedores gritaban su nombre junto al monárquico *Diari de Barcelona*, *La Vanguardia* del Partido Liberal o el recientemente creado *Noticiero Universal*, que se decía independiente. El exigente lector barcelonés estaba ávido de noticias y los diarios constituían la mejor forma de estar informado. La sede del *Correo* ocupaba las cuatro plantas de un vetusto edificio de estilo gótico. La entrada de piedra otorgaba una imagen de respetabilidad que satisfacía a los propietarios del rotativo. Nada más cruzar sus puertas, el conserje saludó a Fleixa con el tono despectivo que usaba con todos los empleados excepto con el director del diario.

—Señor Fleixa, llega usted tarde.

—Serafín, la noticia no tiene horario.

—Eso cuénteselo usted al señor Sanchís, desde aquí le he oído gritar su nombre.

Don Pascual Sanchís era el director del *Correo de Barcelona*. Nadie recordaba cuándo fue la última vez que había sonreído. Quizás aquel día en que Josep Llanera documentó un comprometido desliz

amatorio del concejal Rusell y se vendieron hasta tres tiradas en la calle. Aficionado a los habanos, su despacho parecía una sucursal del *Times* a causa del humo. Más que fumarlo, masticaba el enorme Montecristo que llevaba siempre colgado en la boca. Su mano férrea a la hora de dirigir un periódico era famosa y el verdadero motivo del éxito del *Correo de Barcelona*.

Fleixa subió la escalera preocupado. Mala cosa si Sanchís andaba buscándolo, y además cabreado. Más lo estaría cuando supiera que todavía no había cerrado la noticia prometida. Pero ¿acaso era culpa suya si su informante no se presentaba? Tres noches había acudido inútilmente a la cita en la taberna de Set Portes. En la última ocasión, el asunto se complicó un poco: para hacer tiempo, bebió y jugó unas partidas. Perdió. Convencido de que la suerte no le sería esquiva dos veces en la misma noche, tomó el tranvía y se acercó al hipódromo. Perdió otros quince duros... Y esto se sumaba a los sesenta que por entonces le debía a La Negra, una conocida usurera de muy mala prensa. Había sido la única persona que había accedido a fiarle, y ahora estaba metido en un buen lío. El periódico no le pagaría más adelantos. Le habían dado tantos que tendría que trabajar gratis el resto del año.

Llegó resoplando al piso de la redacción. Coincidió en la puerta con un par de muchachos de la imprenta que le saludaron. Los ignoró y se dirigió al despacho que compartía. Sobre su mesa, atestada de papeles y polvo de las últimas semanas, se mecían unos largos zapatos. El dueño de los mismos se ocultaba tras el periódico de la mañana.

—Buenos días —saludó Fleixa mientras se abatía en el asiento.

Desde el otro lado de las páginas del diario surgió una voz alegre.

—¡Hombre, don Bernat Fleixa en persona! Un honor que se digne aparecer por la redacción.

—Menos coñas, Alejandro.

Alejandro Vives era responsable de la sección de política desde hacía cuatro años. Espigado como una farola, con ojos pequeños y nariz protuberante, se decía que su apéndice llegaba a la noticia antes que él mismo. Solía tener siempre un humor excelente incluso

cuando conversaba con Fleixa. Al fin y al cabo, era el único que le aguantaba.

—¿Otra noche difícil?

Fleixa evaluó el sarcasmo de su compañero. Sin inmutarse, Alejandro continuaba su lectura.

—Algo difícil —contestó finalmente—, ¿cómo está hoy Sanchís? —preguntó a su vez, para cambiar de tema.

—Creo que hace un momento te echaba de menos.

—Bien, entonces que siga haciéndolo.

Mientras revisaba los cajones de su escritorio en busca de tabaco, echó un vistazo distraído al ejemplar que sostenía Alejandro. Era la última edición del *Correo*. De repente, abrió la boca estupefacto. Sus ojos se agrandaron según leía el breve a una columna en la esquina de la página.

> Este pasado fin de semana, entrada la madrugada, un hombre ha aparecido flotando en las aguas del puerto. Exhalaba su último aliento de vida cuando lo encontraron dos pescadores, que no pudieron hacer nada por el infortunado. El deceso se ha producido, según las mismas fuentes, a causa de un desgraciado accidente acaecido en las inmediaciones del muelle del Lazareto. La policía ha descartado móviles delictivos, de tal modo que ya se ha permitido a la familia disponer de sus restos. Al parecer, se trata de un médico de reconocido prestigio, cuya identidad se ha preferido no divulgar. Este mediodía se celebra la misa y entierro en el cementerio del oeste.

La noticia venia firmada por Felipe Llopis.

—¿Dónde narices está mi reportaje?

Fleixa salió del despacho y atravesó la redacción hacia la oficina del director. Se cruzó con varios compañeros que disimularon sus expresiones jocosas al verlo pasar. Sin duda ya sabían que habían sustituido su columna por aquella noticia. Esto le encolerizó todavía más. Sin detenerse a llamar, empujó la puerta acristalada, que con la inercia rebotó contra la pared. Detrás de una mesa llena de pruebas de imprenta, teletipos y ediciones de la competencia, se sentaba un hombre tan corpulento que hacía pequeña la estancia. Levantó la vista y, al ver a Fleixa, entrecerró los ojos y frunció el ceño.

Fleixa inquirió ofendido.

—¿Por qué has sustituido mi crónica?

—La muerte de un centenar de pollos de las granjas de Sants es, sin duda, una noticia de primera —contestó una voz suave a su espalda.

Apoyado en la pared del despacho, un joven vestido con un traje de corte impecable le sonrió. Felipe Llopis llevaba siempre el cabello rubio alisado con aceite y el bigote y la perilla recortados de forma meticulosa, como triángulos superpuestos en su rostro alargado. Sus maneras elegantes hacían palpitar a todas las mecanógrafas de la redacción, y su encanto le había labrado cierto prestigio de hábil periodista entre la profesión. Nadie sabía de dónde sacaba las noticias (antes que nadie). Por este motivo, hacía menos de un año que el *Correo* lo había contratado, robándoselo así a *La Campana*. Fleixa le consideraba un perfecto imbécil.

—Hombre, Llopis, ya decía yo que olía muy mal aquí.

—Debe de ser cosa tuya o de tu cochambrosa chaqueta, amigo Fleixa.

—Oye...

—¡A callar!

El vozarrón de Sanchís reverberó en los cristales de la oficina. Toda la redacción simulaba continuar con su trabajo, pero en realidad estaban atentos a lo que ocurría en el despacho. El director se dirigió a Llopis:

—Felipe, luego hablaremos. Cierre la puerta al salir.

El joven reportero saludó a Sanchís con un gesto elegante, y al pasar al lado de Fleixa chasqueó la lengua y le guiñó un ojo. Este se lo quedó mirando mientras apretaba los puños hasta notar las uñas. Sanchís le señaló un asiento.

—*Mecaguendeu*, Pascual, ¿qué es eso de robar mi espacio?

—¡Siéntate y cierra la boca!

El periodista obedeció a regañadientes, aunque hizo caso omiso de la segunda instrucción.

—¿Por qué ese arrejuntaletras aparece en mi columna de sucesos?

—Para empezar es mi columna, no la tuya, como el resto de este maldito periódico. Y ese «arrejuntaletras», como tú dices, consigue noticias. Entretanto, ¿tú qué haces?

—Pronto tendré información del asunto del que te hablé. Estoy muy cerca. Va a ser una bomba.

El director negó con la cabeza y su papada tembló al compás. A Fleixa le recordó a uno de esos perros ingleses tan feos.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos? —preguntó Sanchís.

Fleixa se encogió de hombros.

—Mira, me lo pones muy difícil. Vienes a deshoras, trabajas cuando te da la gana, hace semanas que no traes más que historias de relleno... —Le miró casi con pesar—. Nos conocemos hace años, pero jamás te había visto así. Mírate la ropa, los ojos enrojecidos. Apestas. ¿Has vuelto a jugar? ¿Cuánto debes?

Fleixa guardó silencio.

—Te lo voy a decir claro. Estoy sopesando sustituirte. —Señaló con el habano hacia la redacción—. Llopis viste trajes caros y se da aires de señorito. Es cierto que se lo tiene creído, pero se juega el tipo cada día. Va a los sitios adecuados, husmea como un perro y me trae lo que quiero: noticias. Lo mismo que tú hacías no hace mucho. Esto es un periódico, y los periódicos vivimos de publicarlas. Mira Barcelona. Dentro de unos días se inaugura la Exposición Universal. La ciudad está cambiando. El mundo está cambiando y la gente como Llopis viene pisando fuerte.

Fleixa tragó saliva.

—Dame algo de tiempo.

Sanchís movió otra vez la cabeza y redobló el temblor de carnes en su rostro. Luego aspiró sonoramente y colocó sus manos velludas en la nuca. Dejó pasar tanto rato antes de volver a hablar que todo el humo del habano pareció aposentarse.

—Sé que me voy a arrepentir... Tienes una semana, siete días. Ni uno más. Entonces tomaré una decisión definitiva, ¿queda claro? —Le indicó la puerta—. Sal de aquí y, por Dios, date un baño.

Fleixa se levantó y mientras cruzaba la puerta le escuchó murmurar:

—Un periódico, maldita sea, esto es un jodido periódico.

Los sonidos de las máquinas de escribir y las conversaciones retornaron al ritmo habitual. Fleixa entrevió a Llopis rodeado de un coro de jóvenes redactores. Al sentirse observado, este le saludó con el mentón. Como respuesta, Fleixa le mostró su dedo corazón en alto y le dio la espalda.

Mientras volvía hacia su mesa, empezó a sonar una alarma dentro de su cabeza: nada que ver con Llopis y la reciente discusión. Maldijo en silencio. De pronto, tenía la sensación de que en el transcurso de la última hora algo se le había escapado, algo importante, un detalle, y no conseguía saber de qué se trataba. Bufó desesperado. La resaca no le ayudaba a pensar.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Alejandro cuando entró en el despacho.

—Podía haber sido peor.

Su compañero seguía leyendo el periódico recostado en su silla. En ese momento, Fleixa cayó en la cuenta. Se arrimó hasta su mesa y rebuscó entre sus notas.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—¿Cómo? ¿Y tu reloj? ¿Lo has vuelto a empeñar?

—¡Dime qué hora es, coño! —gritó Fleixa.

—Casi la una, ¿por...?

Con un revuelo de papeles, Fleixa salió corriendo por las puertas de la redacción.

4

El cementerio de Monjuich disfrutaba de una hermosa vista del mar. Sin embargo, aquel día no era así. A pesar de que las campanas de la iglesia de Poble Sec acababan de anunciar el mediodía, el cielo estaba tan oscuro como si fuera de noche. Los panteones de mármol, amortajados en lluvia, brillaban con la luz de los relámpagos. Santos, ángeles y vírgenes lloraban la furia de los cielos y cobraban vida en cuanto Daniel fijaba su mirada en ellos. Se llevó la mano al puente de la nariz y cerró los ojos. Estaba muy cansado del largo viaje desde Oxford.

Movió un pie intentando adoptar una postura más cómoda y la grava crujió bajo sus zapatos como si pisara una alfombra de cucarachas. La misa había sido breve y sin mucho boato, algo sin duda del agrado de su padre. Le habían invitado a dirigir unas palabras a los asistentes, pero había rehusado. Recordó a aquel hombre de maneras elegantes y pulcras que, tras la muerte de su esposa, se transformó en un desconocido. La medicina pasó a ocupar el vacío que dejara aquella ausencia y, a partir de entonces, rigió la vida de la familia. Todavía le parecía escuchar aquella voz grave resonando contra las paredes de la casa, exigiendo silencio pues el gran hombre estaba trabajando. Silencio, siempre silencio, tan sólo interrumpido para aleccionarles sobre sus deberes o su futuro, irremediablemente marcado por un destino inapelable: convertirse en médicos a su imagen y semejanza, médicos aún mejores.

Él no lo había conseguido.

Desvió la vista a otra tumba, unos metros atrás. Era el lugar donde descansaba su hermano. Involuntariamente, recorrió con la mano las cicatrices de su cuello. Apretó los labios y se concentró en

la sensación de alivio que le producía el agua, aunque sabía que esa lluvia torrencial no bastaría para calmar su desazón. Observó a los escasos asistentes al entierro. Los hongos de cuero de varios paraguas rodeaban la fosa y debajo de ellos se apiñaban cuatro hombres ataviados con largos abrigos negros y chisteras de fieltro. Antiguos colegas de su padre. Todos mostraban el mismo rostro indiferente de quien ha visto morir a muchos otros.

También asistía un secretario municipal en representación de las autoridades locales. Al fin y al cabo, su padre siempre estuvo muy bien relacionado. El entierro del eminente médico y profesor, don Alfred Amat i Roures, no era cualquier cosa aunque, con aquella tormenta, el funcionario no tardaría en encontrar una excusa para marcharse a toda prisa.

A su derecha, en el lugar más discreto, se congregaban cuatro o cinco estudiantes. Se removían incómodos bajo el aguacero, se apretaban en los abrigos y buscaban también, aunque de modo más evidente, otro pretexto para marcharse. Creyó ver una petaca correr de mano en mano.

En total no contaba más de una docena de personas si añadía a los dos peones que se afanaban en pasar las empapadas cuerdas de cáñamo por debajo del ataúd. Una vida de sacrificios dedicada a la medicina para terminar bajo un montón de tierra rodeado de un puñado de desconocidos. El ataúd descendió con un vaivén nada solemne hasta que el sonido de un chapoteo anunció que había tocado el fondo. Entretanto, el cura —cubierto por un paraguas que sostenía un monaguillo empapado de pies a cabeza— rezaba el salmo del Eclesiastés con voz solemne. Los operarios recogieron las cuerdas y el roce contra la madera ahogó las últimas palabras del sacerdote. Daniel se inclinó, arañó un puñado de tierra apelmazada y lo lanzó a la fosa. El impacto sobre el roble barnizado pudo escucharse en todo el camposanto. Se sorprendió al esperar que su padre saliera del ataúd para recriminarle el haber hecho tanto ruido. Las palas se pusieron a trabajar y todo el mundo apresuró la despedida. El viento gélido procedente del mar se había unido al aguacero. Había mejores lugares donde pasar la tarde que en el cementerio de Monjuich.

Primero, se acercaron a Daniel para presentar sus condolencias los escasos compañeros de profesión que se habían dignado a asistir. Rostros circunspectos, frases de duelo y evocación de los méritos de su padre. Qué gran médico, qué inmenso defensor de la Ciencia... Y así un sinfín de elogios repetidos que Daniel oía sin escuchar. Asentía con la cabeza y estrechaba manos automáticamente mientras evitaba sus miradas. El último de los profesores se acercó, apoyado en un bastón. No llevaba paraguas y se resguardaba bajo un sombrero calado hasta los ojos.

—L-le acompaño en el s-se-sentimiento. L-la-lamento mucho la muerte de su padre.

Daniel murmuró un agradecimiento, estrechó la mano y buscó al siguiente en la fila... Pero el hombre no se retiró; emitió un carraspeo y continuó hablando en un susurro entrecortado.

—M-mi nombre es Joan Gavet. Yo era, p-po-por decirlo de algún modo, amigo de su padre.

Daniel asintió con desgana.

—E-espero que su vuelta a Barcelona, d-después de tan-tantos años le haya reportado al menos cierta s-sa-satisfacción.

—No exactamente. De hecho, nada más descender del tren sufrí un pequeño incidente.

—¿Q-qu-qué me dice?

—No importa —contestó Daniel arrepintiéndose de haber iniciado el tema—, unos ladrones me robaron el equipaje. La maleta solo contenía ropa y algunos objetos personales fáciles de restituir.

—Vaya, cu-cuánto lo l-la-lamento.

—No es nada. De todos modos, tampoco pienso quedarme mucho tiempo en la ciudad.

—A-ah, ¿no? —Pareció decepcionado—. E-es-es una lástima, ojalá hubiéramos tenido o-oca-ocasión de hablar un p-po-poco más. Me ha encantado s-saludarle.

Tras esas últimas palabras, el singular doctor se marchó encogido bajo la lluvia.

El resto del grupo se disgregó como una bandada de cuervos al sonido de un disparo de escopeta. Daniel se disponía a hacer lo mismo cuando le llamó la atención un joven inmóvil junto a la fosa.

Tan espontánea le pareció su expresión afligida que sintió lástima por él. Alguien apreciaba sinceramente a su padre después de todo. El muchacho levantó la mirada y sus ojos almendrados se posaron sobre Daniel. Su expresión cambió, como arrepentido de haber desvelado más de la cuenta; escondió la cabeza entre el abrigo y se alejó con pasos apresurados por el sendero.

El murmullo de los vivos desapareció y tan solo quedó el crujido de las palas trajinando tierra. Daniel aspiró el aire cargado de humedad procedente del mar hasta llenar sus pulmones. Tras una última mirada, se caló la chistera dispuesto a marcharse cuando un aroma a jazmín lo envolvió como una caricia. Al otro lado del sendero, junto a un ciprés, se recortaba una figura vestida de negro sobre el cielo cubierto de nubes.

Daniel se preguntó si no sería un espejismo de entre los que poblaban el cementerio. Al acercarse lo hizo despacio, temiendo que la figura se desvaneciera. La mujer alzó la barbilla apoyada en el pecho y miró a Daniel tras su velo de muselina. Frunció los labios mientras sus ojos le seguían, tan verdes como Daniel los recordaba. Con su mano derecha, cubierta con un guante de punto, sostenía el paraguas y con la izquierda mantenía cerrado el abrigo de astracán sobre el vestido. El pelo de color azabache lo llevaba recogido en un tocado del que había escapado un mechón que se ondulaba al capricho del viento. Daniel se detuvo a pocos pasos de ella. Se miraron largo rato, valorando la grieta de los años. Ella habló primero.

—Señor Amat.

Daniel respondió al saludo con una inclinación. Le resultó extraordinariamente difícil controlar el temblor de su voz.

—Irene. Ha sido muy... amable al venir.

—Apreciaba a su padre. Estar presente en su funeral era lo mínimo que podía hacer.

Daniel la escrutó buscando a la joven que conoció en el pasado. No parecía cambiada excepto por su voz. Perdido el acento caribeño, ahora sonaba más grave. Ella extrajo del bolsillo un pañuelo de encaje que se llevó a los ojos tras levantar el velo. Un gesto tan breve como un parpadeo, pero que mostró el viso mulato de su piel.

—Ha pasado mucho tiempo —consiguió decir Daniel.

—Demasiado.

—¿Cómo se encuen...?

—Estoy perfectamente, gracias por su interés.

Ella miró a su izquierda. Bajo la entrada del cementerio esperaba un hombre cubierto con una capa de cochero. Por un instante el rostro de la mujer reflejó preocupación, pero se recompuso con rapidez, tan solo la delató un breve temblor de su mano al guardar el pañuelo.

—Debo irme.

Daniel quiso impedir su marcha, aunque no supo qué decir. Ella pareció esperar esas últimas palabras pero, al ver que no llegaban, se volvió y empezó a caminar por el sendero. Entonces, en un impulso, él salvó la distancia que les separaba y la retuvo por el codo. Estaba tan cerca que sintió el calor de su cuerpo. Los recuerdos se agolparon en su mente y el cementerio pareció desvanecerse alrededor. Advirtió entonces que ella lo miraba hostil tras el velo. Su pregunta le sacó del estupor.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Debí ponerme en contacto... —dijo sin pensar.

—Pero no lo hizo, y tal vez fue mejor así.

—Quisiera verla de nuevo, antes de marcharme.

—No puede ser. Ya no.

Ella se liberó de su mano y reemprendió su camino. Daniel la siguió con la mirada, observando cómo se alejaba por el paseo, custodiada por los cipreses bajo la lluvia.

Una vez solo, Daniel dedicó una última atención al lugar donde ahora descansaba su padre y se encaminó hacia la salida del cementerio. El encuentro con Irene le había afectado. ¡Qué estúpido! ¿Cómo no se le había ocurrido que vendría? Verla había despertado sentimientos que creía olvidados. ¿Por qué le importaba después de tanto tiempo? Ahora él tenía una vida nueva, una futura esposa, un prestigioso puesto de profesor. El porvenir que muchos querrían. Ella era el pasado. Un pasado que no iba a volver.

Antes de alcanzar la calle, un jadeo a la derecha interrumpió sus pensamientos.

—¿Señor Amat?... Maldito diluvio.

Un hombre de baja estatura, vestido con una chaqueta de cuadros, pajarita y un canotier chorreando agua se inclinaba a su lado para recuperar el aliento. Sus lentes, empañadas de vaho, se habían desplazado por el puente de la nariz descubriendo sus ojos saltones. Parpadeó intentando deshacerse del agua que le bañaba el rostro y esbozó una sonrisa que ladeó su bigote en una graciosa mueca. Daniel no recordaba haberle visto en la ceremonia.

—¿Le conozco?

El hombre le tendió la mano mojada.

—Mi nombre es Bernat Fleixa. Aquí tiene usted mi tarjeta.

Daniel la sostuvo con cautela. Al leer el texto escrito en su anverso levantó las cejas.

—¿Periodista?

—Sí, señor, del *Correo de Barcelona*.

—¿Qué desea de mí?

—Quería hablar con usted un momento, si no le importa.

Daniel le devolvió la tarjeta de presentación y se alejó.

—No tengo nada que decirle.

Fleixa siguió a Daniel hacia la salida.

—Bueno, se trata más bien de lo que yo tengo que decirle a usted. ¿Sabe que es la viva imagen de su padre? Mucho más joven, por supuesto.

—¿Lo conocía? Oh, claro, seguro que sí —ironizó sin detenerse.

—El doctor Amat y yo mantuvimos cierto trato. De hecho...

—Mire, señor Fleixa. —Se volvió con brusquedad—. Si verdaderamente hubiera tratado a mi padre sabría que despreciaba a los periodistas. Tildaba los periódicos de burdos panfletos, capaces de las peores calumnias. Opinaba que la gente decente no debía ojear siquiera un semanario. Nunca cruzaría ni dos palabras con alguien de su profesión.

—Pues no solo lo hizo sino que él mismo me buscó.

Daniel resopló, las últimas emociones habían acabado por agotarle. El largo viaje, el sepelio, Irene... Solamente quería dormir,

dormir varias horas seguidas y coger el tren de vuelta a su verdadera vida.

—Deme un minuto, por favor —le rogó Fleixa—. Después de escucharme, si así lo desea, no le molestaré más.

Daniel no le respondió y apresuró el paso.

—¡Espere! No lo entiende. Su padre y yo acordamos un encuentro, pero no se presentó nunca. Se lo impidieron. —El periodista bajó la voz y miró a los lados—. Señor Amat: sospecho que su padre fue asesinado.

5

El Europa, uno de entre tantos cafés situados bajo las arcadas de la Plaza Real, se había puesto de moda en los últimos años. A aquella hora de la tarde, tan solo algunas mesas estaban ocupadas. Entre las volutas del humo de los cigarros, un grupo de parroquianos departía sobre el nuevo arancel del cereal.

Daniel y el periodista se habían acomodado en una mesa apartada y aguardaban en silencio mientras el camarero les servía las bebidas. Cuando por fin les dejó solos, Daniel se adelantó y empezó a hablar.

—Señor Fleixa, en primer lugar, ¿por qué debería confiar en usted?

—Porque su padre lo hizo. Mire...

—No, mire usted. No deseo confundirle. Estoy aquí en contra del más elemental uso de la razón. No puedo imaginar que nadie deseara la muerte de mi padre. Es simplemente inconcebible. Voy a otorgarle cinco minutos para que se explique. Luego me marcharé por esa puerta y no volverá a saber de mí nunca más.

—Me parece justo —afirmó. Apuró la absenta que le había servido el camarero y se aclaró la garganta—. Hace cerca de tres semanas recibí un mensaje de su padre en el periódico, instándome sin demora a vernos en la iglesia de Sant Miquel del Port.

Daniel asintió. Era típico de su padre remitir una invitación como si fuera una orden.

—Continúe.

—Nos encontramos al día siguiente. Durante nuestra charla no dejó de mirar a su alrededor, y detuvo su discurso varias veces a media palabra. Hablaba deprisa, como si quisiera terminar con nuestra entrevista cuanto antes. Yo no parecía gustarle demasiado, y

de algún modo tampoco juzgaba muy apropiada la forma casi clandestina de nuestro encuentro. Evidentemente deseaba discreción, pues en otro caso hubiera concretado nuestra cita en el periódico o en la universidad. El caso es que, nada más sentarnos en una bancada de la iglesia, me soltó este montón de papeles sin mediar palabra.

Fleixa dejó sobre la mesa un portafolio gris atado con una cinta de cuero.

—¿Qué es?

—Esa fue mi pregunta —contestó el periodista deshaciendo el nudo y abriendo el legajo—. Su padre me contó que, desde hacía tiempo, andaba ocupado en un estudio sobre la situación higiénica de los barrios menos favorecidos de la ciudad. Llevaba meses recogiendo datos y realizando decenas de análisis en la Barceloneta. No sé si conoce el lugar. En estos últimos años ha sufrido cambios importantes. Se han instalado varias industrias de construcción y abrasivos, además de La Maquinista Terrestre y Marítima, y La Catalana de Gas. Es un barrio muy poblado, repleto de familias venidas de todas partes de España en busca de trabajo. El estudio, me contó su padre, tenía como objeto establecer la relación entre las miserables condiciones de vida y trabajo a las que estaban expuestas esas gentes y las enfermedades que padecían por esa causa. Estos documentos son el resultado de su investigación.

Daniel no disimuló su sorpresa: era extraño que su padre se hubiera encargado por propia iniciativa de llevar adelante un trabajo de aquellas características. Él había atendido a las personas más adineradas e influyentes de la ciudad, era el médico personal de alguno de ellos, mantenía relaciones con la alta burguesía barcelonesa y solía jactarse de su posición social. Sacar a la luz todo aquello no podía granjearle muchas simpatías.

—Mi padre nunca...

—Así es —adivinó Fleixa—. Desde luego, no era una tarea que le fuera a reportar parabienes, más bien al contrario. Sin embargo, su padre se dedicó a ello con ahínco, como he logrado entender al leer estos documentos. —Hizo una pausa para pedir casi a gritos otro licor—. «¿Qué se supone que debo hacer yo con todo esto?», le

pregunté entonces a su padre. Dudaba mucho de que mi periódico estuviera interesado en indisponerse con los más destacados empresarios de Barcelona, algunos de ellos dueños de participaciones del *Correo*. Sin embargo, el padre de usted me dijo que esto era solo una parte.

»Al inicio de su labor en la Barceloneta —continuó el periodista— registró, como esperaba, numerosas causas de fallecimiento. Sobre todo accidentes laborales, pero también infecciones por agua contaminada, sarna, pulmonía, tuberculosis..., y hambre. Entre esas pobres gentes la muerte es un hecho cotidiano, y su padre lo constató durante semanas. Pasó el tiempo y cada vez se implicó más en su tarea. Empezó a dictar normas de higiene: instó al Ayuntamiento para que tomara medidas con el agua y el alcantarillado, atendió personalmente a los enfermos e incluso pagó de su propio bolsillo las medicinas que necesitaban. Como resultado, obtuvo la gratitud y confianza de la gente del lugar.

Fleixa terminó la segunda copa y prosiguió.

—Una tarde, un anciano carpintero al que su padre auxilió le confió una historia. Al parecer, se comentaba entre susurros que el Mal se había adueñado de la Barceloneta. Durante las últimas semanas, siempre al ponerse el sol, varias jóvenes que volvían de los talleres o andaban haciendo recados habían desaparecido de modo inexplicable. Cuatro o cinco días más tarde, sus cadáveres eran encontrados en un estado terrible. Les faltaba la sangre del cuerpo y algunos de sus miembros habían sido amputados. Con todo, lo que más terror provocaba era que los cadáveres mostraban unas enormes mordeduras y la carne alrededor de las heridas aparecía quemada.

»El viejo, sinceramente atemorizado, según dijo su padre, le explicó que los vecinos, ante la indiferencia de las autoridades, habían organizado partidas nocturnas para detener al asesino. Pero todos los esfuerzos resultaron inútiles. Las desapariciones de las muchachas continuaban. Por las noches, las familias guardaban a sus hijas bajo llave, rezando para que el demonio no las reclamase. Su padre, como es natural, no creyó una palabra y achacó la historia a las creencias supersticiosas de aquel hombre. Olvidó el asunto

hasta que, una semana más tarde, de madrugada, fueron a buscarlo. Había aparecido un cadáver y su estado era de lo más extraordinario.

Daniel se inclinó hacia el periodista.

—¿A qué se refiere con extraordinario?

—Su padre no quiso entrar en detalles. Insistí, pues era importante para el reportaje, y, finalmente, accedió a explicármelo en siguientes encuentros... Encuentros que no han tenido lugar, por desgracia.

Fleixa pidió una nueva copa de absenta.

—La cuestión es —dijo retomando el hilo— que el cuerpo encontrado pertenecía a una chica muy joven. Casi una niña. Su padre, señor Amat, a duras penas conseguía controlar la furia al recordarlo. Mandó avisar a la guardia municipal y la llevaron a la morgue para hacerle la autopsia. Su padre creía que estudiando el cadáver lograría obtener una pista que condujese a la captura del responsable de aquellos asesinatos execrables. Sin embargo, jamás lo pudo hacer.

—¿No? ¿Por qué motivo?

—El cuerpo de la joven desapareció esa misma noche.

—Eso no es posible.

—Su padre tampoco daba crédito. La sala solo tiene una entrada y está custodiada toda la noche por un auxiliar. El hombre encargado ese día declaró que no se había movido de su sitio y que nadie se había personado allí.

—Ese hombre pudo mentir. Supongo que las autoridades tomarían cartas en el asunto.

—Al parecer trataron a su padre con cierta condescendencia. De algún modo, pusieron en duda que el cuerpo hubiera estado allí alguna vez. Sus propios colegas de la universidad tampoco le apoyaron especialmente.

Daniel imaginó la frustración que debió de sentir su padre, cuando en otros tiempos una sola palabra suya bastaba para que todo el mundo se plegara a sus órdenes. Las cosas tenían que haber cambiado mucho durante sus años de ausencia.

—El doctor Amat me confesó entonces que empezó a sospechar de la policía.

—¿De la policía? Es absurdo.

—Tal vez. —Se encogió de hombros—. Sus trabajos habían provocado verdadera incomodidad en determinadas esferas y su padre estaba convencido de que deseaban echar tierra sobre el asunto. Pero eso no le detuvo. Inició una nueva investigación cuyo resultado tiene usted aquí.

Fleixa deslizó sobre la mesa una sola hoja de papel aparentemente igual que las otras. Daniel reconoció la esmerada letra de su padre. Al alzarla crujió entre sus dedos. Cogió aire, ahuyentó los recuerdos que le asaltaban y empezó a leer. Se trataba de una relación de nombres con anotaciones a un lado. Junto a estos datos aparecía una columna de números.

—¿Un... listado?

—Le llevó bastante tiempo. Imagino que no fue fácil obtener la información de los atemorizados vecinos de la Barceloneta. Tan solo el predicamento que tenía entre ellos le permitió conseguirlo.

—Pero ¿qué significa?

—A través de diversos testimonios, su padre obtuvo los nombres y edades de las jóvenes desaparecidas, la fecha en que fueron encontrados sus cuerpos y detalles sobre el estado de los cadáveres.

Daniel contó dieciséis líneas y levantó la vista incrédulo.

—Increíble, ¿verdad? —musitó Fleixa.

Daniel dirigió de nuevo su mirada hacia el listado. Una joven llamada Gracia Sanjuán había sido hallada con las piernas mutiladas; a otra, Adela Reig, le habían vaciado las cuencas de los ojos; a Sara Fuster le habían amputado un brazo. La primera víctima fue encontrada en el mes de enero y la última veinte días antes de llegar él a Barcelona. La más joven contaba tan solo quince años. De repente, la hoja se volvió más pesada. Con mano temblorosa, Daniel buscó el vaso. Tomó un poco de agua intentando refrenar las náuseas que empezaba a sentir.

—¿Y las cifras apuntadas al lado? —preguntó.

—Representan coordenadas.

—¿Coordenadas?

—Así es. Señalan los lugares donde se encontraron los cuerpos. La mayoría de las chicas aparecieron en el alcantarillado de la ciudad o, directamente, flotando en las aguas del Port Vell.

Se hizo el silencio. Daniel entendió entonces por qué aquel hombre sospechaba que su padre no había muerto en un accidente. Aunque desde hacía siete años no bebía, en ese momento anheló sentir el ardor del alcohol en su interior. Sin embargo, se contuvo, alzó el vaso de agua y lo apuró. Le supo a sangre.

El periodista entretanto se acomodó satisfecho en su asiento. Los cinco minutos habían pasado y, evidentemente, Daniel no tenía ninguna intención de marcharse.

—Después de aquella conversación, acordamos que yo no publicaría ni una palabra hasta que su padre obtuviera más pruebas.

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas? —preguntó Daniel.

—Su padre sabía que este listado era insuficiente. Creía poder descubrir al autor o autores de estos horrorosos crímenes y luego, con mi ayuda, denunciarlo. No volví a tener noticias suyas hasta que el pasado lunes recibí una misiva redactada de forma apresurada. Había encontrado lo que buscaba y estaba dispuesto a contármelo todo.

—¿Qué le contó?

—Por desgracia, aunque esperé tres noches en el lugar de la cita su padre no llegó nunca.

Daniel no sabía qué pensar.

—Fue un accidente. Es lo que me dijeron —acertó a decir.

—Dígame, ¿acaso le han permitido ver el cadáver de su padre?

—No —admitió—. Según me explicaron, el agua había desfigurado el cuerpo de modo horrible.

—Si, como sospechaba su padre, las autoridades pretendían esconder estos asesinatos... —expuso Fleixa—, no iban a hacer menos con su muerte. —Miró por encima del hombro y bajó la voz —. Señor Amat, en este asunto se juegan intereses mucho más relevantes de lo que imagina. Muchas de esas jóvenes eran trabajadoras de las fábricas. Si se hace público todo esto, los recientemente creados sindicatos gozarán de una ocasión ideal para

hacerse notar y, tal vez incluso, llamar a la huelga. En estos últimos tiempos el ambiente en la ciudad está muy encendido. Los obreros demandan mejoras en sus condiciones de trabajo y se están organizando. Los patronos tienen a su lado a la policía y la guardia civil, además de piquetes que contratan para reventar las protestas. Se sospecha incluso que están dispuestos a alquilar pistoleros a sueldo. El enfrentamiento es inevitable. El gobernador civil quiere impedirlo a toda costa y presiona al Ayuntamiento, que a su vez se encuentra enfrascado en los trabajos de la Exposición Universal. No se sabe si llegarán a tiempo para la inauguración, una huelga sería desastrosa, por no hablar de la repercusión internacional. ¿Comprende las consecuencias?

—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Daniel.

—Quiero la exclusiva.

—¿La exclusiva?

—Es lo que acordamos su padre y yo. Mire. —Se inclinó hacia él —. Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

—¿De qué modo?

—Usted tiene acceso a las pertenencias de su padre. En alguna parte debe quedar constancia de lo que encontró.

Daniel dudó. Todo aquel asunto era tan extraordinario... ¿Cuánto había de verdad y cuánto de engaño? ¿Era posible que su padre hubiese inventado una conspiración imaginaria? En ese caso, ¿con qué propósito...? De repente se dio cuenta. Qué ingenuo había sido dejándose llevar por la fantasía del relato. Retuvo una carcajada amarga. Por un momento, había olvidado cómo era la verdadera naturaleza de su padre. Casi soltó un puñetazo de frustración sobre la mesa.

—Siento decepcionarle, señor Fleixa, pero me temo que todo esto es una patraña. Mi padre era una persona poco corriente. Perfectamente capaz de concebir los embustes necesarios para su propio beneficio. Lo sabría si lo hubiese conocido tan bien como yo lo conocía. Era un manipulador y lamento decirle que usted es, simplemente, una víctima más de sus manejos.

—¿Con qué objeto inventaría su padre todo esto?

—Ni lo sé ni me importa —contestó levantándose.

—¡No se marche! —Fleixa se alzó a su vez—. Sé que la historia parece inverosímil, yo mismo tuve dudas. Sin embargo, he comprobado las afirmaciones de su padre.

Sin responderle, Daniel cogió el abrigo y su sombrero.

—Venga conmigo mañana por la noche y le demostraré que todo lo que le he contado es cierto.

Daniel se detuvo junto a la puerta y miró hacia el techo cogiendo aire y volviéndolo a soltar. Anhelaba marcharse de aquella maldita ciudad y regresar a Oxford. El fallecimiento de su padre era la ocasión para dejar definitivamente atrás su vida anterior. En Inglaterra le esperaban su prometida, su añorado *college* y sus clases. Suspiró. El periodista parecía muy seguro de sí. Quizá debiera darle una oportunidad y aclarar aquella historia de una vez por todas. De esta forma regresaría con la conciencia tranquila por haber hecho todo lo posible. En caso contrario, no lograría evitar preguntarse si había algo de cierto en todo aquello y las dudas le perseguirían siempre.

—Está bien. Retrasaré mi partida unos días.

Le pareció que el periodista sonreía.

—¡Estupendo! No se arrepentirá. Aquí tiene mi mano.

Daniel se la estrechó.

—Mañana, a las once de la noche, le espero frente al muelle de la Fortuna, en el puerto. Venga con ropa oscura, no demasiado ostentosa, ya me entiende. ¡Ah! Y haga el favor de traer con usted el maletín de su padre. ¿Podrá hacerlo?

—No creo que haya problema, pero ¿por qué motivo...?

—Usted confíe en mí.

6

Una figura se desplazó sin titubeos a través del pasillo de estanterías. En aquel laberinto de tinieblas, la lámpara de mecha que sostenía era la única fuente de luz; la llama, reflejada en los recipientes de vidrio que descansaban en los estantes, permitía adivinar fugazmente las formas grotescas que flotaban en el interior; como filas de un silencioso ejército, centenares de frascos cubrían las paredes, alineados con meticulosa pulcritud.

El último espécimen había evolucionado mejor. Estaba progresando. Después de tanto tiempo...

Los pasos del enmascarado le llevaron hasta una sala hexagonal. Por encima de cualquier otro sonido, un zumbido de abejas comprimía el aire. El frío y la humedad eran aquí más intensos. Notó bajo sus pies el familiar temblor de la corriente de agua que circulaba varios metros por debajo del empedrado y, como otras veces, se imaginó a sí mismo sumergido bajo una cascada. Avanzó evitando el pozo enrejado de su derecha. El brillo de las aguas dibujaba en la mampostería del techo un círculo de ondas color cobalto. Se detuvo junto a una columna recubierta de metal que se elevaba hasta perderse entre los arcos del techo. Al aproximar la lámpara, la luz rebotó sobre la superficie. Alzó la mano y acarició la lámina de cobre. A pesar de que llevaba guantes, sintió el calor que desprendía como si de la piel de un ser vivo se tratase. Un sonido gutural surgió de sus labios, apoyó la frente y murmuró unas palabras.

Con pesar, se separó de la columna y se desplazó hasta el centro de la estancia. Depositó la lámpara sobre una mesilla auxiliar y abrió hasta el máximo la espita del gas. La luz se derramó sobre el bloque de mármol extendido frente a él. La mesa había sido tallada

en una sola pieza ciento veinte años atrás. Tenía el largo de una persona adulta y el suave efecto ovalado de la talla le daba la apariencia de un plato llano. Tres columnas enroscadas sobre sí mismas, y culminadas con unas cabezas de dragón, sostenían su extraordinario peso. La rotundidad de las curvas combinaba armónicamente con la pureza de las rectas en todo el conjunto. El artesano había conseguido conferir a aquella piedra el don de la vida.

La figura deslizó la mano por la superficie pulida. Sus dedos siguieron los cauces que los fluidos corporales de sus víctimas recorrían hasta desembocar en la abertura metálica del centro. Sintió en las yemas la fuerza que emanaba de la piedra y se deleitó con la sensación de energía. De golpe, apartó la mano como si hubiese recibido una descarga. Separó el cuerpo varios centímetros sin dejar de admirar la mesa y despacio, muy despacio, comenzó a desnudarse.

Primero se quitó los guantes de cuero. Lo hizo tomándose su tiempo, depositándolos uno junto al otro sobre la mesilla auxiliar. El orden era esencial. El orden presidía cada uno de sus actos. Se despojó entonces de la chaqueta y del chaleco, y con gesto sencillo los dobló cuidadosamente al lado de los guantes. Deshizo el nudo del corbatín y se desabrochó la camisa, que acabó doblada de la misma manera. Con un solo movimiento se deshizo del pantalón y de la ropa interior, que ocuparon su lugar junto al resto de la ropa.

Su cuerpo desnudo emanaba hilos de vaho por efecto del frío. Al aproximarse a la luz, el torso mostró las marcas que rodeaban su talle como nudos de un árbol retorcido.

Apoyó ambas manos para encaramarse sobre la mesa y se tumbó encima de ella. Al contacto de su espalda con la piedra helada, entrecerró los ojos y sintió cómo se contraían los poros de su piel. Sus cicatrices se distendieron y el dolor empezó a disminuir. Su respiración se hizo más acompasada segundo tras segundo. Escuchó los latidos de su corazón distanciarse hasta alcanzar un ritmo imperceptible. Entonces, como otras tantas veces, todo comenzó.

Primero sintió la presencia de los que en el pasado habían yacido en esta misma posición; el espíritu de los cadáveres sustraídos en los cementerios, que cedían su descanso eterno en favor del progreso de la Ciencia. Uno tras otro fueron pasando en interminable sucesión de recuerdos. Sintió su fuerza mortecina, los restos de la vitalidad perdida que calmaban su dolor. Un gemido escapó de sus labios. Su cuerpo se tensó al sentir la presencia de los siguientes cuerpos: esa nueva esencia vital se derramó como una cascada sobre cada centímetro de su piel desnuda. Estos no eran igual a los anteriores: su presencia, casi física, irradiaba energía en tal cantidad que colapsó sus sentidos. Las mujeres jóvenes, casi púberes, que en el momento de tumbarse sobre la fría piedra todavía conservaban la vida. Las mentes de estas muchachas no se habían detenido y sus corazones latieron desesperados hasta el último instante, cuando su sangre fluyó hacia el centro de la mesa y la piedra de mármol absorbió todo su calor. Como una marea, una sensación lasciva fue creciendo en su interior y su cuerpo se arqueó en un orgasmo agónico hasta que gritó y volvió a quedar inerte y exhausto sobre la mesa. Entonces, solo entonces, el dolor remitió completamente y pudo pensar en ella. Su voz, entre resuellos, se impuso sobre el zumbido de abejas.

—Pronto, muy pronto estaremos juntos de nuevo.

El cuaderno

Dieciocho días antes de la inauguración de la Exposición Universal

7

María Lluch aparentaba menos de treinta años. No podía considerarse joven ni tan exótica como las mujeres llegadas desde las colonias de ultramar, pero entre las calles del Raval su generoso busto y sus carnes todavía prietas le habían permitido comer caliente cada día sin demasiado esfuerzo. Aunque eso fue antes de adelgazar tanto. Asunto diferente era conseguir una habitación donde resguardarse de las frías noches de aquel final de primavera. Cada jornada tenía que luchar por unos pocos reales que le permitieran seguir adelante. Una existencia dura, igual de dura que la de miles y miles de almas en la ciudad de Barcelona, que María llevaba estoicamente. Quejarse no servía de mucho.

Esa tarde, yacía acostada con los ojos cerrados. Su rostro había adoptado una expresión relajada, ajena a cualquier cosa que pudiera perturbar su descanso. Una sombra se interpuso entre ella y la luz. Era un hombre. Sus ojos delataron por un instante cierta compasión. Entonces, con un movimiento brusco, elevó el brazo y en su mano centelleó una hoja afilada. El cuchillo cortó el aire y se hundió en el pecho de María. Después, con precisión, le abrió un enorme tajo hasta el abdomen. A continuación, volvió a clavar el cuchillo dos veces más desde el centro. Los surcos de carne dibujaron en el torso una tremenda «y» y sus pechos quedaron colgando a los lados.

María no gritó. Nadie dio la voz de alarma. Al contrario, alrededor se elevaron murmullos de reconocimiento, hasta que la voz grave del hombre, todavía con el arma en la mano, se impuso por encima del resto.

—Caballeros, por favor, un poco de silencio. Como han podido observar, el corte debe realizarse con pulso firme en forma de «t»

mayúscula o de «i» griega como es el caso. Esto nos permitirá iniciar la apertura de la caja torácica convenientemente. Sierra, por favor.

El asistente le acercó el instrumento solicitado mientras todo el hemiciclo guardaba silencio. Esa mañana, la lección de anatomía la impartía uno de los más eminentes cirujanos de Cataluña, el doctor Manel Martorell. Vestido de riguroso traje oscuro, cubierto tan solo con un delantal de cuero, ofrecía una de sus clases magistrales en la Sala de Disecciones del antiguo Real Colegio de Cirujanos, sede de la Facultad de Ciencias Médicas.

La luz de la imponente lámpara colgada del techo revelaba todos los rincones de la bella sala. De forma ovalada y estilo neoclásico, había sido proyectada por el arquitecto Ventura Rodríguez un siglo antes. En los lados se abrían las dos entradas por donde transitaban alumnos y profesores. Cuatro filas de bancos de mármol con cojines granates formaban el amplio graderío que en esos momentos se veía repleto. Abajo, a la altura del piso, los asientos de madera con respaldo alto quedaban para uso exclusivo de los profesores de la universidad. El resto de bancos los ocupaban estudiantes de último curso y arriba de todo se acomodaban aquellos que deseaban presenciar la clase, aunque no fueran del curso correspondiente. Las autopsias eran toda una atracción y el permiso de asistencia solía ser abierto, incluso al público en general.

Aquel era un día excepcional, pues era poco frecuente que el cadáver a estudiar fuera el de una mujer. El olor a ácido carbólico se mezclaba con el humo de los incensarios a cada lado de las salidas y junto a la mesa. A pesar de ello, un hedor dulzón, como de fruta pasada, recordaba a los asistentes que la muerte se manifestaba de forma terriblemente olorosa. En la bancada de piedra de la primera fila, varios estudiantes cuchicheaban entre sí.

—¿Habéis visto? El viejo mantiene firme el pulso —comentó uno de ellos.

Risas disimuladas corearon la ocurrencia. En el centro del grupo, un joven moreno de ojos oscuros, con el pelo alisado y perilla al estilo de los románticos, se apoyaba con indiferencia contra la balaustrada de madera. Las chanzas de sus compañeros se la traían

al fresco. Mientras las gracias no procedieran de él mismo, lo demás le daba igual.

—¿Qué dices, Fenollosa? ¿Vienes luego a tomar unos vinos?

El joven no se dignó a contestar, concentrado en las evoluciones del profesor alrededor del cadáver de la prostituta. La palidez de la mujer parecía fundirse con el mármol. Aunque había conductos para transportar la sangre y el resto de fluidos corporales que desprendían los cadáveres, el suelo cubierto de serrín mostraba varios goterones solidificados como cera granate.

—Muy bien, señores, ¿quién de ustedes puede decirme de qué murió esta pobre mujer?

Nadie pareció sentirse aludido. El doctor Martorell hizo una mueca de desagrado.

—Debo recordarles, caballeros, que ustedes aspiran a convertirse en cirujanos. Ni más ni menos. —Hizo una pausa, observándolos fijamente—. Aparentemente desean formar parte de la gran tradición médica de esta universidad. Es necesario un indudable talento y es discutible que muchos de los presentes lo posean, tal vez ninguno. No obstante, espero al menos equivocarme con uno o dos de entre ustedes.

El joven moreno se alzó acompañado de cierto murmullo en las gradas.

—Si me permite, profesor, creo poder responder a su pregunta. —Su voz no escondió cierta arrogancia—. La simple observación del estómago, que usted ha extraído con tanta pericia, nos permite ver que los pliegues de la membrana mucosa estomacal se han tornado lisos, seguramente a causa de la masa que descubrimos ulcerada en parte. Con muy alta probabilidad, a falta del estudio patológico que lo confirme, se trata de un tumor maligno; esto, unido a los hábitos poco saludables de esta mujer, le provocó la muerte.

Martorell hundió las manos enrojecidas por la sangre en una bacina que le tendió un asistente.

—Muy bien, señor Fenollosa. Su diagnóstico se ajusta palabra por palabra al manual.

Una salva de aplausos y vítores del grupo que rodeaba al joven retumbó en la sala.

—Por favor, por favor, señores. Un mínimo de seriedad, que no estamos en El Toril —les recriminó el doctor.

Cuando se hizo el silencio añadió:

—Lástima que sea necesario que la paciente esté muerta para confirmar sus palabras, señor Fenollosa.

Entre el público se escuchó un carraspeo.

—¿Sí?

Dos filas más arriba, un joven imberbe y que con dificultad intentaba mantener sus lentes sobre la nariz había levantado el brazo.

—Diga, ¿tiene algo que aportar?

—Sí, señor.

Su voz de timbre agudo sonó nerviosa, como si se arrepintiera de intervenir.

—Muy bien, pues no nos haga esperar más, que a este paso vamos a acabar todos como la señorita aquí presente.

Una carcajada general se extendió por toda el aula mientras el estudiante enrojecía. Fenollosa lo observaba desde su banco. Todo el mundo sabía que cuando él hablaba nadie debía replicar. ¿Qué demonios estaba haciendo este idiota?

El joven se puso de pie y se aclaró la garganta. El profesor empezó a impacientarse.

—¿Y bien?

—Señor, me preguntaba si podríamos aventurar un diagnóstico sin vernos obligados a abrir el cuerpo.

—Siga.

—Creo que es evidente la adenopatía supraclavicular izquierda que se observa en la mujer. Esa inflamación nos sugiere una afección intrabdominal. Podría haber tenido una escrófula o un tumor de cabeza o garganta, pero entonces habría otros ganglios en el cuello. Seguramente en vida sufría de vómitos, dolor estomacal y anemia ferropriva. Por su estado, posiblemente llevaba semanas perdiendo peso.

El doctor Martorell observó al muchacho con renovado interés. El planteamiento del joven demostraba un conocimiento práctico no

muy común entre los alumnos, aunque estos fueran de último curso. Con una mal disimulada sonrisa se volvió hacia Fenollosa.

—Muy bien, parece que por una vez alguien se atreve a discrepar con usted. Aprovechemos la ocasión. ¿Quién de ustedes dos podría explicarme cuál hubiera sido el mejor procedimiento médico a seguir con la joven?

Fenollosa sintió la atención de todos los presentes. El hijo del doctor Fenollosa no podía ser menos que su emérito y brillante padre. Estudiantes y profesores lo sabían, y cada una de sus intervenciones parecía una prueba en este sentido, pero sobre todo era su propio progenitor quien se encargaba de recordárselo una y otra vez. Como si hiciera falta.

Se levantó despacio taladrando con los ojos al estudiante insolente. Unas cuantas voces susurraron detrás.

—Dale una tunda a ese pimpollo.

—Enséñale quién manda aquí.

Fenollosa hizo una pausa teatral. Se estiró la chaqueta, pasó un dedo por el canto de fieltro de su sombrero, que dejó a un lado, y dirigiéndose al auditorio empezó a declamar con voz segura.

—Considero que la forma más efectiva de intervenir a la mujer hubiera sido practicar una gastrectomía parcial extirpando una pequeña porción del estómago, donde se encuentra el tumor, y unir el remanente al duodeno.

El profesor afirmó con la cabeza y el grupo de compañeros estalló en aplausos.

—Pero, señor...

La voz suave del joven desconocido acalló el griterío.

—¿Sí? —inquirió Martorell.

—Sin duda, mi compañero está en lo cierto. No obstante, es posible que se le haya pasado por alto que la técnica que describe ha sido superada por el mismo médico que la impulsó. El doctor Billroth modificó ese procedimiento hace tres años.

—¡Ah! —exclamó el profesor—. ¿Se ve usted capaz de ilustrarnos?

—Por supuesto. Billroth propone que se realice la sutura del estómago al yeyuno dejando ciego el muñón duodenal, lo que

permite resecciones mayores. También deberíamos tener en cuenta que hace menos de un año Kronlein verificó la implantación de toda la sección transversal en el yeyuno en forma terminolateral y antecólica, lo que mejora las posibilidades de recuperación.

—Muy bien, joven...

—Sin embargo —le interrumpió—, eso no responde adecuadamente a su pregunta.

—¿Y cuál es, según usted, la respuesta correcta, si puede saberse?

El profesor parecía divertido. En las palabras del estudiante no había ya rastro de nervios. Su explicación se adueñó de la sala, que escuchaba atentamente. Algunos de los alumnos empezaron a tomar notas.

—La mejor manera de proceder habría sido no intervenir, pues era del todo improbable que se hubiera podido salvar la vida a esta mujer. El mismo ganglio de Virchow nos señala la existencia de metástasis y un avanzado estado de la enfermedad, por lo que nuestra obligación era evitarle a la pobre una operación innecesaria y muy dolorosa, y dispensarle remedios paliativos para el dolor y alivio para su alma.

El doctor Martorell lo miró apreciativamente.

—Sin duda, una aportación brillante. —Se giró de nuevo hacia Fenollosa con un gesto teatral. Estaba disfrutando—. ¿Algo que argumentar? ¿Quizás una réplica ingeniosa?

El joven calló, mordiéndose el labio. A su alrededor le animaban a rebatir los argumentos esgrimidos, pero sabía que lo que había expuesto el otro estudiante no tenía réplica. Apretó los puños sobre la barandilla hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—No, señor. No tengo nada que añadir.

A su alrededor se alzó un murmullo de decepción. El profesor se dirigió entonces al otro estudiante, que tomaba asiento de nuevo.

—Joven, ¿podemos conocer su nombre?

El muchacho se irguió azorado. Ni rastro de la firmeza anterior.

—Sí, señor. Mi nombre es... Pau, Pau Gilbert.

—Excelente, señor Gilbert, le felicito. Señores —dijo dirigiéndose a todo el auditorio—, a esto me refiero cuando digo que ustedes

pueden hacer las cosas bien o realmente bien. No se ciñan sólo a los manuales de medicina. Las fronteras de la ciencia las marcamos nosotros. Utilicen el cerebro, si todavía lo conservan —concluyó mirando a Fenollosa.

Una vez más, el hemiciclo se inundó de risas y la clase se dio por finalizada.

Los asistentes fueron abandonando las gradas entre comentarios acerca de lo ocurrido. En una de las esquinas, Fenollosa, rodeado de su grupo de fieles, observó cómo el joven estudiante que le había dejado en ridículo salía a toda prisa sosteniendo un paquete de libros contra el pecho.

Pau Gilbert no paraba de maldecirse mientras andaba a grandes zancadas sin levantar la vista del suelo. No quería dar la mínima excusa a nadie para detener su marcha y entablar conversación sobre su intervención. ¡Qué estupidez! ¿Dónde tenía la cabeza? Había arriesgado todo para demostrar... ¿qué? ¿Su brillante inteligencia? ¿Los conocimientos que poseía, muy superiores a cualquiera de sus estúpidos compañeros, por encima, incluso, de lo que le podían enseñar en aquella maldita facultad? Resopló y negó con la cabeza. Sin duda, la humildad no se contaba como una de sus virtudes, bien lo sabía, pero el tal Fenollosa era tan engreído y mezquino. Le irritaban cada una de sus petulantes intervenciones y su obsesión por dejar bien claro a todos de quién era hijo. Sus amigos jaleaban sus intervenciones como hacían con Wagner en el Liceo. «Niñatos procedentes de familias burguesas adineradas, se permiten tomarse la vida a broma.» En cambio, su situación personal no era ni mucho menos tan desahogada. Estaba allí para conseguir el título de cirujano y no había nada más importante; absolutamente nada. Iba a lograrlo, pero para ello no debía caer en errores infantiles ni volver a llamar la atención de aquella forma. No, si quería alcanzar su objetivo y salir indemne. Aceleró el paso, intentando desaparecer de la vista de los demás lo antes posible.

Fenollosa cortó con un gesto brusco la conversación de sus amigos.

—¿Alguien sabe quién es ese tal Gilbert?

—He oído que vino a mitad de curso —comentó un muchacho alto—, desde una universidad extranjera.

—Parece ser que no se relaciona mucho. Un bicho raro —añadió otro.

—Dicen que sus conocimientos prácticos son impresionantes.

—Si es un niñato...

—Sí, un niñato que le enseñó al profesor Segura cómo cerrar una herida.

—El profesor Segura no sabe ni cerrar las piernas de su esposa.

El grupo estalló en carcajadas. Sin embargo, Fenollosa no rió. Siguió con la mirada a Pau Gilbert hasta que se perdió por el final del pasillo.

8

La niebla que subía desde el puerto había borrado el muelle que llamaban de la Fortuna y engullía adoquín tras adoquín el paseo de Colón, extendiendo su lengua gris por las calles contiguas. Daniel sopló y se frotó las manos. Golpeó el suelo del carruaje con los pies para entrar en calor y miró su reloj por tercera ocasión. Cinco minutos antes, el conductor le había preguntado si debían continuar esperando. Daniel empezaba a preguntarse si no habría sido una insensatez aceptar aquella cita con el periodista cuando escuchó unos pasos resonando sobre la acera. Segundos después, las sombras escupieron el enjuto cuerpo de Bernat Fleixa.

—Buenas noches, señor Amat.

El periodista subió al asiento contiguo y lo miró apreciativamente. Daniel iba vestido con un sencillo chaquetón de lana gris que le caía por debajo de las rodillas cubriendo la camisa y unos pantalones oscuros. Unas botas de campo completaban su atuendo. También llevaba el maletín de su padre, tal y como le había pedido el periodista. Fleixa vestía de la misma extravagante forma de siempre. Tras murmurar una dirección al cochero, con un crujido de las ruedas sobre la tierra de la calle, iniciaron la marcha en silencio. Dejaron atrás el paseo, con sus edificios de majestuoso porte, para entrar en la plaza del Palacio. El coche se desvió hacia el mar por una calle cercana a la Estación de Francia, extrañamente silenciosa. Al llegar a la calle Ginebra, el coche se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento, señores, yo llego hasta aquí.

—Pero... —empezó a protestar Daniel. Fleixa lo interrumpió poniéndole una mano en el brazo y conminándolo a bajar.

Avanzaron por la calle a oscuras mientras a sus espaldas el coche de caballos emprendía el camino de vuelta.

—¿Por qué me ha impedido insistir?

—No hubiera servido de nada. Los coches no se adentran en la Barceloneta a estas horas de la noche. Nos toca andar un poco, pero no está lejos y el paseo nos vendrá bien.

Frente a ellos se alzaban unos bloques rectangulares que parecían formar en orden castrense hacia el mar. El olor a sal y humedad impregnaba el aire. Aquella parte de la ciudad no estaba iluminada como el paseo o las Ramblas, y sólo unos pocos faroles de gas dibujaban círculos amarillentos en el suelo. Los edificios estaban tan pegados unos a otros, tan abigarrados, que Daniel dudó que de día esas calles pudiesen recibir más luz. En muchos tramos pendientes de adoquinar, la tierra convertida en barro había invadido las aceras como si se encontraran en la playa cercana.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Daniel.

—Tenemos una cita —contestó Fleixa sin detenerse.

—No me venga con misterios, ¿a quién vamos a ver?

—A un conocido de su padre. Fue muy importante en su trabajo. Se trata del alcalde, digamos oficioso, de esta parte de la ciudad —añadió, ante el gesto dubitativo de Daniel.

—¿Lo conoce usted?

—No exactamente. De hecho, ignoro si va acceder a recibirnos. Esperemos que su parentesco sea suficiente.

—¿Y si no?

Justo entonces, dos hombres surgieron de la oscuridad y se acercaron a ellos.

—Creo que pronto obtendremos respuesta a su pregunta.

El más alto y corpulento era muy moreno de piel, y tenía la nariz torcida. Sus ojos brillaban divertidos mirándolos alternativamente. Daniel tragó saliva al ver que sostenía por la cola una rata muerta. Su compañero, más bajo y grueso, los rodeó con parsimonia. Su expresión distraída le hizo pensar a Daniel que sufría algún tipo de retraso mental. El hombre, al sentirse observado, le dedicó una sonrisa de dientes podridos. En la mano izquierda sostenía despreocupado una barra de hierro. Ambos olían como si

acabaran de salir de una cloaca y Daniel concluyó que tal vez así era.

—¿Quiénes sois? —preguntó el de la rata.

Fleixa contestó con voz sosegada.

—Buscamos a Vidal. Nos está esperando.

El hombre fingió considerarlo. Empezó a moverse de un lado a otro y la rata se balanceó en su mano.

—No conozco a ningún Vidal. ¿Tú conoces a alguien que se llame así, Manco?

Su compañero negó con la cabeza manteniendo los ojos fijos en Daniel. Su mano se cerraba y abría sopesando la barra.

—Ya veis, no lo conocemos. —Encogió los hombros teatralmente —. Ahora nos toca a nosotros, ¿verdad, Manco? El asunto es, ¿quiénes sois vosotros y qué os trae por aquí? —Movió las manos señalando a su alrededor.

Daniel pensó que la rata iba a salir volando. Antes de que el periodista volviera a hablar se adelantó:

—No pienso que sea de su incumbencia.

De una zancada, el hombre se plantó frente a Daniel y le acercó el rostro picado de viruela.

—Ah, ¿no? Habéis entrado en nuestro territorio y tenéis que pagar... Espera, esas ropas... ¿Sois policías? Sí, apestáis a policía, ¿tú qué dices, Manco?

El otro hombre soltó un gruñido y mostró los incisivos como un animal. Daniel no pudo evitar retroceder un paso.

—A mi compañero no le gustan los policías. Le detuvieron de crío y pasó tres noches en Amalia recibiendo atenciones. Acabaron por dejarle un poco tocado...

—No deberías hacernos perder el tiempo. A Vidal no se le hace esperar —le interrumpió Fleixa. Su cabeza llegaba a la altura de la barbilla del matón, pero no parecía asustado, como si supiera que nada iba a suceder. Daniel no estaba tan seguro. Se preparó, previendo una riña de la que seguramente iban a salir mal parados.

Fleixa susurró de improviso unas palabras en la oreja del hombre. Este se irguió y escrutó a Daniel de arriba abajo. Sus ojos se detuvieron en el maletín y desapareció su expresión burlona.

Levantó la mano con la que sostenía la rata y les señaló hacia su espalda.

—La tercera a la derecha. Una casa con una cortina verde. Manco, aparta —ordenó.

Tras dejarlos atrás, Daniel se atrevió a volver la cabeza. Los dos hombres se dirigían hacia una hoguera detrás de un muro. El más alto recogió del suelo una rama y usándola a modo de espetón atravesó la rata de parte a parte. Daniel decidió no mirar más.

—¿Qué le ha dicho? —susurró al periodista.

—Le he dicho que usted es médico y que Vidal le estaba esperando.

—¡No soy médico!

—Ya, pero él no lo sabe.

—¿Ha bastado con decirle eso?

—La presencia de un médico en esta zona es un lujo. Están verdaderamente necesitados de atención, ¿no le parece? Está claro que ha funcionado.

—Por eso me pidió que cogiera el maletín de mi padre.

—Cualquiera reconoce el maletín de un médico.

—Pero ¿y si lo hubieran abierto? Está vacío.

Fleixa se encogió de hombros por toda respuesta.

Nada más llegar a la casa que les habían indicado, varios hombres salieron de los portales cercanos y les rodearon; por su aspecto parecían pescadores. Daniel notó unas manos callosas recorriendo su cuerpo sin miramientos. Deleitándose con su incomodidad, el individuo que le registraba se irguió a pocos centímetros de su cara y sonrió. Un olor mezcla de sudor, pescado y alcohol le invadió las fosas nasales. Una vez satisfechos, abrieron la cortina que hacía las veces de puerta y con un gesto les indicaron que franquearan la entrada.

—Déjeme hablar a mí —avisó Fleixa.

Entraron en un salón de techo bajo iluminado por media docena de lámparas de gas. Una mesa, un sillón y tres sillas desvencijadas

eran todo el mobiliario. El ambiente era sofocante debido al fuego que ardía con viveza en un hogar de piedra.

Una puerta se abrió y un hombre que apenas alcanzaba un metro de altura avanzó hasta ellos con pasos cortos.

Manel Vidal parecía disfrutar del calor. Llevaba un abrigado chaqué beige adaptado a su tamaño con torpes zurcidos. Un pañuelo de color lila le rodeaba el cuello y desaparecía entre los pliegues de su papada. Entre sus labios, tan delgados que casi no se apreciaban, sostenía un cigarro. Inhaló el humo y al expulsarlo infló los mofletes como un niño. Unas lentes con cristales azules ocultaban sus ojos.

—Siéntense, caballeros. —Sus palabras sonaron como un susurro pronunciado bajo el agua.

Vidal acomodó su cuerpo enano en el sillón que le arrimó uno de sus hombres. Daniel reparó en que la butaca era lo bastante alta para obligar a sus interlocutores a que quedaran siempre por debajo de él. Una anciana envuelta en un chal negro dejó sobre la mesa una botella de vino aguado y unos vasos, dos hogazas de pan y unos trozos de queso con aspecto rancio. Luego se marchó tan silenciosa como había llegado. Nadie hizo ademán de servirse.

Vidal cruzó sus manos diminutas y esperó.

—Señor Vidal, mi nombre es...

—Bernat Fleixa, reportero del *Correo de Barcelona*. No se moleste, le conozco. Me han leído sus artículos. Interesantes. Por momentos incluso brillante, un punto soberbio en su estilo. Algo lenguaraz sin duda, aunque puede perdonársele pues sólo busca ser controvertido. Debería cuidar el excesivo uso de los adjetivos, para mi gusto resulta a veces un poco cargante.

Fleixa abrió la boca, dudando entre sentirse halagado u ofendido por sus palabras.

—Uh, si me per...

—¿Y su amigo es...? —le interrumpió de nuevo mientras daba una calada al cigarro.

—Mi nombre es Daniel, Daniel Amat.

Vidal irguió el cuerpo en el asiento. Su voz adoptó un tono de cautela.

—¿Acaso es usted familia del doctor Amat?

—Soy su hijo.

—Nunca mencionó que tuviera hijos.

Daniel hizo una mueca. ¿Hasta qué punto su padre había borrado cualquier recuerdo de su existencia? ¿Tanta vergüenza sentía? Se removió inquieto, aquel maldito calor empezaba a incomodarle. ¿Qué hacía él allí en lugar de estar cogiendo el primer tren hacia París? Se sorprendió al escuchar su propia voz justificándose:

—Hace tiempo me marché al extranjero. Mi padre y yo estuvimos separados estos últimos años. Acabo de llegar a Barcelona para sus exequias.

Vidal permaneció en silencio expulsando un hilo de humo entre los labios.

—Un padre y un hijo nunca deberían enemistarse. ¿Qué sucedió?

—Hace mucho tiempo de eso.

Silencio. Incluso Fleixa le miraba ahora con curiosidad.

—Se produjo un... accidente. Varias personas murieron. Mi padre me culpó.

Vidal chasqueó la lengua y ladeó la cabeza de forma extraña.

—¡Ah! Lleva usted una pesada carga. Es curioso cómo las personas que más queremos suelen ser las que más daño nos hacen. Pero sólo se tiene un padre. Debe considerarse afortunado, señor Amat. Usted al menos tuvo la suerte de conocerlo, incluso de odiarlo. Mi padre, un pescador sin luces, me repudió en cuanto nací y nos abandonó a mi madre y a mí. Jamás he vuelto a saber de él, pero no le culpo..., no lo haga usted tampoco. —Se arrellanó en el sillón—. Perder a un ser querido dos veces no es algo frecuente; mis condolencias por su doble pérdida. El doctor era un buen hombre.

Daniel asintió sin saber qué decir.

—He aquí el motivo de nuestra presencia —intervino Fleixa—. Sospechamos que su muerte no fue un simple accidente. Quizás usted nos pueda ayudar.

Vidal dio una nueva calada al cigarro antes de responder.

—Por supuesto que no fue un accidente.

Daniel apoyó las manos sobre la mesa.

—Entonces... —insistió Fleixa.

—El doctor pagó su atrevimiento. El *Gos Negre* lo reclamó.

Con un gesto brusco, escupió sobre su mano y a continuación balanceó la palma abierta en el aire, por delante de su cara, susurrando unas palabras en romaní. Los hombres gruñeron por lo bajo.

—¿El *Gos Negre*? —preguntaron al unísono Daniel y Fleixa.

—No debe pronunciarse su nombre en voz alta. Cualquiera de la Barceloneta podría hablarle de ello, si sus bocas no estuvieran selladas por el miedo. Se trata de una antigua maldición. El *Gos Negre* es un espíritu condenado, medio perro, medio espectro. Dicen que el mismo Lucifer lo nombró guardián de las puertas del Infierno. Cada ciento once años, su Amo lo libera. Las noches sin luna surge de entre las aguas del mar para saciar su negra alma. Su sola presencia anuncia la muerte, nada lo detiene. Nada apacigua su hambre. Es un monstruo de ojos brillantes y enormes fauces que arden con el fuego, en busca de almas con las que alimentarse.

—¿Está diciendo que a mi padre lo asesinó un... perro endemoniado?

Daniel se levantó furioso derribando la silla.

Unos brazos fuertes lo agarraron por detrás y lo aplastaron contra la mesa. Aturdido, apenas un segundo después, sintió el filo de una navaja contra su garganta. Se tensó esperando la cuchillada, pero esta no llegó. Tras un gesto de Vidal, soltaron a Daniel con la misma silenciosa determinación con que lo habían reducido. Fleixa, con gruesas gotas de sudor en la frente, había contemplado boquiabierto la escena. Daniel tomó asiento de nuevo intentando recuperar el resuello.

—Mis hombres, señor Amat, se muestran muy celosos de mi seguridad —explicó Vidal con media sonrisa—. Excuse su entusiasmo.

Daniel carraspeó mientras se acariciaba el hombro dolorido.

—No, señor Vidal, le ruego que me perdone usted a mí. Olvidé que soy un simple invitado en su casa.

El enano aceptó la disculpa con una inclinación de cabeza.

—Comprenda mi desazón —continuó Daniel—. Mi padre ha muerto y necesito conocer la verdad.

La habitación enmudeció, tan solo se escuchaba el chisporroteo de la leña. Con lentitud premeditada, Vidal se llevó las manos al rostro y se quitó las lentes desvelando dos pupilas translúcidas como leche aguada. El temido dueño del juego ilegal, del contrabando y de la prostitución de aquella parte de la ciudad, el hombre capaz de levantar o aplacar la insurrección de la Barceloneta a su antojo, era ciego.

—La verdad tiene muchas caras —dijo—. Debe tener cuidado con lo que desea. Traedlo aquí —ordenó a continuación.

Al momento, un chiquillo de siete u ocho años entró en la habitación acompañado por otro hombre que le sujetaba del brazo. El niño llevaba recogida en la cintura una blusa de lana que le desbordaba por los brazos enclenques y le llegaba hasta las rodillas. Una gorra retenía con esfuerzo el pelo sucio y alborotado, más que probable nido de piojos. A Daniel le sorprendió que, en contraste con los harapos que vestía, calzara unos botines de excelente factura. El hombre le tiró la gorra al suelo con un manotazo. El niño la recuperó del suelo retando a su captor con la mirada, pero no volvió a cubrirse. Sus ojos cautelosos pasaron de uno a otro ocupante de la habitación. Arqueó las cejas al ver a Daniel, pero de inmediato adoptó la expresión hosca con la que había entrado.

—Este es Guillem, un crío muy listo. Vive en la zona de los muelles. —Vidal chasqueó la lengua—. Conoce los subterráneos de las alcantarillas como la palma de su mano y el padre de usted lo utilizó como guía. Guillem es la última persona que lo vio con vida.

—¿Sabes quién era mi padre? —preguntó Daniel.

El niño le miró y apretó los labios. El hombre de Vidal le dio un pescozón para animarlo a hablar.

—Sí —soltó por fin, como si le hubieran arrancado la lengua.

Daniel sonrió intentando ganarse su confianza.

—¿Estuviste a su servicio?

El pequeño afirmó con la cabeza.

—Al principio me negué. Pensé que quería... lo mismo que los otros.

—¿Los otros?

—Otros hombres parecidos al doctor. Con buena ropa y dinero. Por un par de reales te piden que les acompañes en su coche de caballos a dar una vuelta. A veces te regalan un bollo de mantequilla.

Daniel se estremeció.

—Pero él no era de esos, él sólo quería que lo guiara, me regaló estos zapatos. —Guillem los señaló orgulloso.

—¿Adónde lo llevaste?

—Le interesaban los túneles, fuimos tres o cuatro veces.

—¿Cuándo le viste por última vez? —preguntó Fleixa.

Contó un momento con los dedos sucios.

—Hace ocho días. Estaba muy nervioso y no quería hablar mucho. Fuimos como las otras veces, pero esta vez quería entrar más lejos. Yo le dije que no se podía, aquella parte es peligrosa. No se debe ir. Nadie va allí. No me hizo caso y no volvió.

Daniel intentó formular una nueva pregunta, pero Vidal movió la cabeza y el chiquillo fue sacado a trompicones de la habitación.

—Su padre, señor Amat, quiso ayudarnos. Ya ha visto cómo es esto. Estuvo mucho tiempo asistiendo enfermos, en las últimas semanas incluso le acompañó un ayudante. También nos facilitó medicinas y ayudó a traer a este mundo a algún desgraciado más. Se convirtió en nuestro benefactor, un amigo. Cuando le hablamos de la maldición no quiso creernos, hasta que vio el cuerpo de la niña. Incluso después de esto, se negó a aceptar la evidencia de que el *Gos Negre* reclama lo que le pertenece cuando y como quiere. Su padre se empeñó en encontrar otra explicación. Intentamos hacerle desistir, pero continuó con sus preguntas y lo pagó con su vida... Es posible que también con su alma.

La última frase quedó flotando en el aire.

—¿Cree seriamente que todos esos asesinatos son obra de una especie de demonio? —intervino Fleixa.

Daniel advirtió que las palabras de su compañero mezclaban incredulidad y temor. Vidal volvió sus pupilas vacías hacia el periodista.

—Señor Fleixa, no importa lo que yo crea. En este barrio, Dios nos abandonó hace mucho, así que no es de extrañar que la Bestia se encuentre entre nosotros y tome un bocado cuando le apetece. Mire a su alrededor: esta es su casa.

A continuación dirigió a Daniel sus ojos vacíos.

—Muchacho, yo apreciaba a su padre, y por este motivo le brindo la misma advertencia que le di a él. —Hizo una pausa para expulsar el humo del cigarro—. Deje de buscar aquello que está más allá de su alcance. Aquello que no logrará jamás comprender. Regrese a su vida y borre de su memoria este barrio maldito.

9

Cuando salieron de la casa, la luna parecía flotar entre las nubes. Iniciaron en silencio el camino de vuelta por la calle vacía. Tras el calor sofocante del interior, el aire procedente del mar se les clavó en la piel de la cara como cristales. Ateridos, se envolvieron en sus abrigos y se calaron los sombreros.

Al final, todo se reducía a una absurda superstición, pensó Daniel. Sin duda, su padre se dejó arrastrar por aquellas historias fantásticas y su estado senil hizo el resto: había perdido la razón y se había embarcado en la búsqueda de un asesino que sólo existía en su imaginación. Su obsesión había provocado el accidente que significó su muerte —como mantenía la policía— o, simplemente, de tanto aventurarse por aquellos barrios miserables, tuvo un mal encuentro. Aquí terminaba el asunto. Podía volver a Inglaterra. Había hecho todo lo posible y tenía que sentirse satisfecho; sin embargo, no conseguía quitarse la sensación de fracaso. Miró al periodista y descubrió que Fleixa, cabizbajo, parecía tan decepcionado como él mismo.

Atravesaron la calle de San Juan en dirección a la plaza de la Fuente, con la intención de llegar al paseo de San Carlos y tomar allí algún coche de punto. Al pasar frente a la iglesia de San Miguel, escucharon a su espalda un golpe que llegó desde atrás de una pilastra de cajas de pescado vacías.

—¿Quién anda ahí?

Una sombra se deslizó por el muro del edificio y luego se desvaneció.

—Es el maldito crío de Vidal —dijo Fleixa, sin disimular el alivio.

—Seguramente quiere que le demos algo de dinero.

Guillem apareció en la siguiente esquina, tras unas cajas vacías de pescado. Sus grandes ojos miraban fijamente a Daniel. Este le hizo un gesto para que se acercara, pero el niño siguió escrutándole con gravedad, manteniendo las distancias.

—¿No tienes miedo de andar solo a estas horas? —preguntó Daniel.

—No —contestó—, la magia del doctor me protege —añadió tras pensárselo.

—¿A qué magia te refieres?

El chico frunció el ceño.

—¿De verdad es usted hijo del doctor?

—Lo soy, te doy mi palabra.

Daniel abrió la mano y le mostró un real. Guillem saltó de su escondite, atrapó la moneda y se volvió a resguardar detrás de las cajas.

—Si quiere se lo enseño —dijo—. Él también puede venir —añadió señalando a Fleixa.

Echó a andar callejón abajo, sin decir nada más. Daniel encogió los hombros como diciendo «¿por qué no?», y le siguieron. Al cabo de un rato dejaron atrás aquellas callejuelas y salieron a una amplia avenida donde el mar arremetía contra el pantalán. El chiquillo les había conducido hasta el muelle antiguo del puerto. Las farolas de gas iluminaban el paseo Nacional, aunque eran insuficientes para alumbrar los grandes mercantes, los paquebotes y las decenas de barcas de pesca que, ocultos en la oscuridad, esperaban la salida del sol balanceándose al ritmo del oleaje.

Sin dudarlo, Guillem cruzó el desierto paseo y al llegar al borde de la dársena saltó. Alarmados, Daniel y Fleixa corrieron hasta allí, esperando oír el chapoteo del cuerpo al caer. Sin embargo, al asomarse descubrieron una escalera de piedra que llegaba hasta el borde del agua.

—¿Va usted a bajar por ahí? —preguntó Fleixa.

—Creo que no queda otro remedio, ¿no le parece?

Al niño, que ya había recorrido la mitad del camino, apenas se le distinguía. Los escalones, cubiertos de musgo, eran estrechos e irregulares. Resultaba difícil mantener el equilibrio. El olor a salitre se

hizo más intenso según descendían. Daniel pensó que por allí sólo podían acabar en el agua. Al llegar al último escalón, se detuvieron sorprendidos. Guillem había desaparecido.

—Pero ¿dónde se ha metido ese demonio de crío? —exclamó Fleixa.

Un silbido les sobresaltó. Invisible desde arriba, en el muro se abría un boquete del tamaño de un hombre; un pequeño riachuelo desbordaba por él. Con una mueca de impaciencia, el chiquillo les esperaba sentado en el borde. Al comprobar que ya se habían percatado de su presencia, se levantó, apartó unos maderos y recuperó un abollado quinqué de hojalata oculto entre los ladrillos sueltos. Tras encenderlo, la luz iluminó la pared del túnel. Sobre el muro, alguien había grabado una palabra con un objeto afilado: *Vivitur*.

—¿Es esta la magia? —preguntó Daniel.

—El doctor lo hizo para mí —afirmó muy serio Guillem.

—¿Hay más palabras... mágicas como esta?

—Sí.

—¿Nos las enseñarías?

El niño apretó los labios, indeciso, hasta que asintió de nuevo y se adentró en la oscuridad.

—Será una broma —dijo Fleixa.

—Usted puede quedarse, si quiere.

Daniel se aupó al conducto y siguió la sombra del chico que, iluminada por el quinqué, ondulaba contra las paredes. La baja altura de la galería les obligaba a ir inclinados. Cambiaron varias veces de dirección siguiendo diferentes túneles. El rumor del agua les acompañaba; ratas de buen tamaño emitían chillidos estridentes y huían ante su presencia. El hedor a duras penas era sofocado por el humo del aceite de la lámpara. Al cabo de unos minutos, Daniel estaba desorientado. Sin su pequeño guía difícilmente sabría salir de allí. Se guardó su inquietud y se ajustó el abrigo intentando, sin éxito, librarse de la humedad que se pegaba a sus ropas mientras escuchaba al periodista, que rumiaba en voz baja detrás de él. En un momento dado, el ramal que seguían se bifurcó. Allí, el niño se detuvo e iluminó un pilar. Sobre la piedra podía leerse: *Ingenio*. Sin

vacilar, se adentró en esa dirección y unos metros más adelante la cloaca dio paso a una cámara más amplia, de varios cuerpos de altura; al fondo se abría otro túnel y continuaba la galería. Fleixa resopló al entrar dando un traspié. Daniel suspiró aliviado al poder erguirse y sonrió al oír las imprecaciones del periodista.

—¡Por amor de Dios! Este lugar es infecto. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—Seguimos las marcas dejadas por mi padre.

—Maldita sea, ¿tienen algún sentido?

—Creo que es una especie de mensaje. Todavía no sé qué significa, por eso debemos seguir hasta el final. —Y añadió sombrío —. Tranquilícese, tan solo quedan otras tres palabras.

—¿Cómo lo sabe?

—¡Shhh! No hablen tan alto —los interrumpió Guillem—. Este es territorio de los *recolectores*.

—¡Venga ya, niño!

Guillem miró al periodista del mismo modo que miraría a un idiota.

—¿Quiénes son esos *recolectores*? —preguntó Daniel.

—Simples habladurías. Habrá observado que en esta ciudad somos muy aficionados a ellas.

Ante la mirada inquisitiva de Daniel, el periodista accedió a regañadientes.

—Se dice que, desde hace décadas, malvive gente en el subsuelo de Barcelona. Mendigos, desarraigados y perseguidos por la ley que prefieren esconderse en las alcantarillas de la ciudad antes que enfrentarse a la justicia.

»Con el tiempo, su número ha crecido y algunos aseguran que han llegado a crear una comunidad con sus propias leyes. Se dedican a recoger todo lo que termina en las cloacas y tiene algún valor, de ahí su nombre. Según los rumores, cuando se hace de noche salen de los túneles en busca de algún imprudente que... sencillamente desaparece. Se afirma que comercian con la manteca que extraen de los cadáveres. En mi opinión, se trata de un cuento de viejas para asustar a los críos. ¿Puede usted imaginar un ser humano capaz de sobrevivir en este lugar? —preguntó el periodista.

Guillem frunció el ceño.

—Yo no miento.

—¿Cómo es que conoces tan bien este lugar? —quiso saber Daniel.

—Antes vivía en la calle con mi hermano pequeño. Un invierno nevó, hacía mucho frío y no teníamos qué comer. Bajamos a los túneles y ellos nos acogieron. Conocen muy bien las cloacas, se mueven por ellas sin luz, mejor que las ratas. Las alcantarillas atraviesan toda Barcelona. Pueden ir de punta a punta de la ciudad sin ser vistos ni oídos. Los niños éramos los únicos que salíamos a la superficie, nos encargaban conseguir comida. La mayoría de ellos no sale en años y terminan chiflados. Con el tiempo, ya no soportas la luz del sol. Cuando mi hermano murió de fiebre me marché. —El niño se interrumpió y miró hacia el techo en penumbra—.Va a llover. Hay que darse prisa.

Sin más, saltó de la piedra donde se había sentado y se internó por la galería.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Fleixa a Daniel.

La contestación del niño resonó en las paredes de la cámara.

—Cuando llueve, los túneles se inundan.

Los dos se miraron alarmados.

—¿No deberíamos volver?

Pero Guillem no respondió. La sala, desprovista de la luz del quinqué, se sumió en la oscuridad.

—Creo que no tenemos opción, Fleixa. Él lleva la única lámpara.

Avanzaron por la galería detrás del niño. El túnel descendía un centenar de metros y luego se desviaba a la derecha. Fleixa creyó oír truenos que anunciaban el inicio de la tormenta y pedía una y otra vez volver hacia atrás. Sin embargo, continuaron. Así encontraron en los siguientes cruces de galerías otras dos palabras grabadas con trazos irregulares: *caetera* y *mortis*. Al entrar en un nuevo túnel, les envolvió un zumbido. Daniel posó su mano sobre la pared y sintió una leve vibración. Quiso preguntar cuál era el origen de aquel sonido, pero era tan ensordecedor que impedía

intercambiar palabra alguna con sus compañeros. Un instante más tarde, tomaron una nueva galería y el sonido se redujo hasta que desapareció.

Un trecho más adelante, Guillem se detuvo e iluminó con la lámpara una nueva palabra escrita en la pared: *erunt*

—Es la última —declaró Daniel acercándose a la inscripción.

—¿Cómo sabe que no hay más?

—Porque estas palabras forman una frase: *Vivitur ingenio, caetera mortis erunt*.

—¿Qué..., qué significa eso?

—«Sólo a través de su ingenio puede el hombre vivir eternamente» —tradujo.

—Que me cuelguen si entiendo algo.

Daniel no replicó. Se acercó al muro, pensativo.

—¿Qué hay más allá del túnel? —preguntó a Guillem.

—Más túneles.

Observó los toscos trazos que su padre había escrito sobre un ladrillo. Intentó imaginar su significado. Aquellas palabras iban dirigidas a él, pero no adivinaba su sentido. ¿Con qué propósito su padre había querido que llegara hasta allí? No solía hacer las cosas sin motivo. Sus dedos se deslizaron sobre la piedra mientras reflexionaba. De pronto, el ladrillo se movió y una nube de arenisca cayó al suelo.

—Acerca la lámpara —le pidió a Guillem, repentinamente excitado.

La argamasa era de un color distinto al resto de la pared y se deshacía con facilidad. Usando un lápiz que le prestó Fleixa, limpió las juntas con rapidez hasta que el ladrillo quedó suelto y pudo desencajarlo del muro. Daniel le arrebató la luz al niño y alumbró el hueco abierto. Al fondo le pareció ver un objeto, aunque no estaba seguro. Se desprendió de la chaqueta y, tras remangarse la camisa, introdujo el brazo por la oquedad. No llegaba. Lo estiró hasta el límite y entonces rozó algo áspero con la punta de los dedos. Lo asió a duras penas y tiró de él hacia sí. Al sacar el brazo, la luz de la lámpara iluminó un pequeño paquete.

—El doctor dijo que lo encontraría —afirmó el niño.

El camino de vuelta fue mucho más rápido. Guillem no habló más, tan solo miraba hacia el techo y les alentaba con gestos. Tras un tiempo que se les hizo eterno, salieron del túnel a través del desagüe por el que habían entrado. Subieron los escalones del pantalán y, una vez arriba, respiraron con avidez el aire fresco del puerto. Fleixa nunca se había alegrado tanto de ver el cielo encapotado de Barcelona. Algunas gotas empezaron a salpicar la tierra del paseo y en segundos se multiplicaron. Corrieron a refugiarse del aguacero bajo un portal. Cuando quisieron darse cuenta, Guillem, sigiloso como un gato, había desaparecido entre las callejuelas.

10

Varios cafés después, los ojos de Daniel y Fleixa seguían fijos en el objeto que descansaba sobre la mesa, tan fuera de lugar en el centro del lustroso mármol. Rectangular y achatado como una pitillera, estaba envuelto en una tela manchada con restos de tierra. Con la tormenta barriendo la ciudad, se habían refugiado en un café cerca de la universidad. Llevaban un buen rato sacudiéndose el frío de los túneles. Daniel miró al periodista que, para desahogar su impaciencia, tamborileaba el borde de la mesa. Por fin, cogió aire, se ajustó las lentes y se dispuso a abrir el último legado de su padre.

No era una tarea sencilla. El ambiente de las cloacas había soldado las diferentes capas de tejido entre sí y la tela, una vieja venda, se había endurecido hasta convertirse en un bloque acartonado. Al empezar a deshacerlo, despidió un hedor rancio.

—Menuda peste —murmuró Fleixa apurando un trago de licor.

Tras unos minutos de trabajo soportando el nerviosismo del periodista, Daniel desprendió el último resto de venda. Alzó las manos y descubrió una delicado joyero de plata. Daniel tragó saliva. Sus dedos vacilaron sobre el pasador hasta que consiguió deslizarlo a un lado. Al levantar la tapa pareció escaparse un suspiro junto con los restos de un viejo perfume. Varios compartimentos vacíos rodeaban una figura de nácar detenida en medio de una pirueta de baile.

—No es posible —casi gritó Fleixa—. ¿Todo ese espantoso paseo por las cloacas para nada?

Daniel hizo caso omiso de las protestas del periodista. El asombro tiñó su rostro de la misma forma que un recuerdo vuelve inesperadamente a la memoria. Sus ojos brillaron a causa de la emoción. Cogió entre los dedos la bailarina y la giró sobre su eje

hasta completar tres vueltas a la izquierda. La melodía de carrusel coloreó el aire mientras la figura ejecutaba una danza sobre sí misma. Fleixa levantó las cejas ante la sonrisa cada vez más amplia de su compañero.

Cuando se detuvo la música, la bailarina volvió a quedar inmóvil. Daniel la cogió de nuevo entre sus dedos, pero en esta ocasión la giró una sola vez hacia la derecha y dos veces a la izquierda. En lugar de volver a oír la melodía, se escuchó un chasquido y la bandeja del interior saltó dejando al descubierto un compartimento oculto.

—A mi madre le encantaba este joyero —comentó Daniel por toda explicación.

Retiró la bandeja con cuidado y la dejó a un lado de la mesa. Del fondo, encajado en el forro de terciopelo, extrajo un cuaderno de tapas negras. Tras intercambiar una mirada con el periodista, Daniel deshizo el nudo de la cinta de cuero que ataba sus cubiertas y lo abrió. El papel era de excelente factura y, a pesar de alguna mancha de humedad, se conservaba bien. Una serie de pulcras anotaciones llenaban las páginas. En el reverso de la cubierta descubrieron un nombre: doctor Frederic Homs.

—Parece una simple libreta para tomar notas —concluyó Fleixa con cierta decepción.

—He visto anteriormente cuadernos similares —comentó Daniel —. Mi padre los usaba a menudo para registrar sus investigaciones. Suelen utilizarse a modo de diario. No acierto a entender por qué guardaría de este modo tan rocambolesco el cuaderno de otro médico. Veamos si su contenido nos dice algo.

Empezaron a leer.

> Apuntes del proceso de convalecencia de mi esposa Luisa Homs.
>
> Día: 19 de diciembre de 1885
>
> Anotación II-a: En un primer reconocimiento, se detectan los siguientes síntomas en la paciente: no tiene fiebre. Realiza deposiciones de forma abundante con tono blanquecino y pequeños gránulos. Se le toma el pulso cada dos horas, en todas las mediciones se ha caracterizado por su debilidad.

Realizado el análisis de la presión sanguínea se ha detectado una hipotensión manifiesta cuyo resultado se achaca a la pérdida de líquidos. Se aplica tratamiento.

—¡Su propia esposa! —interrumpió la lectura Fleixa—. Y parecía bastante enferma.

—Había contraído el cólera.

Fleixa le miró sorprendido. Daniel, sin levantar la vista del cuaderno, se explicó.

—Cada mañana, durante años, mi padre nos exponía a mi hermano y a mí los síntomas de una dolencia. Si queríamos tomar el desayuno, debíamos identificar a qué enfermedad se refería y cuál era el tratamiento más aconsejable. En caso de no hacerlo, o hacerlo de forma incorrecta, ese día íbamos a la escuela en ayunas. Un sistema muy efectivo, se lo aseguro.

Día: 22 de diciembre de 1885

Anotación VI-b: La paciente residió durante parte del año anterior en Valencia (hasta septiembre pasado) con unos familiares. Entre junio y julio, se reprodujo en la localidad una epidemia muy virulenta de cólera. Al parecer se atajó gracias a los esfuerzos del doctor Jaime Ferrán. Ha sido la primera ocasión en que se ha empleado una vacuna para inmunizar a seres humanos frente a una dolencia bacteriana. Se trata de un gran avance científico. Lamentablemente, algunos colegas lo han puesto en entredicho. En lo que nos atañe, la paciente fue infectada tardíamente por el bacilo.

Se observa un cuadro creciente de deshidratación y calambres musculares. La paciente sufre además cuadros de apatía con momentos de pérdida de la lucidez. Proseguir tratamiento.

No olvidar consultar al doctor Ferrán.

Las siguientes páginas relataban los esfuerzos de Frederic Homs para encontrar una cura para su mujer. Algunas de sus anotaciones incluían la formulación química de los complicados experimentos que el doctor llevaba a cabo. Según avanzaba la lectura se hacía patente que el tratamiento no daba resultados positivos y el doctor volvía a empezar una y otra vez con gran perseverancia, pero cada vez más alejado del éxito. Poco a poco, sus palabras se volvieron menos

formales y traslucieron la desesperación que el fracaso iba haciendo mella en él.

Día: 10 de enero de 1886

Anotación XVII-d: Querida Luisa, debo solicitar tu perdón. Desde tu ingreso en el hospital, el dolor y la angustia me han tenido sumido en el caos más terrible. Estas últimas semanas se me han hecho las más largas de mi vida. La sola posibilidad de que nos separe el infortunio me hace perder la razón. Te juro que no cejaré en mi empeño hasta conseguir encontrar un remedio. Confía en mí, amor.

Día: 13 de enero de 1886

Anotación XXII-a: Tengo una buena nueva, nuestro estimado Amat me está ayudando. Cuando todos los demás desisten y se contentan con ofrecerme sus condolencias o esquivar mi trato, nuestro amigo está trabajando con el mismo ardor que yo mismo. Mis esperanzas se renuevan.

Día: 16 de enero de 1886

Anotación XXXV-e: Estimada Luisa, me he trasladado a la biblioteca para trabajar mejor. En ocasiones pienso que mi lugar es estar junto a ti, al lado de tu lecho, en lugar de malgastar horas y más horas entre libros y experimentos. Sé que sabes, sin embargo, que lo hago por tu bien y que encontraré la cura a tu mal aunque me cueste el alma. Ten fuerzas.

Las anotaciones se habían convertido en una correspondencia a su esposa. Homs pasaba del estado de ánimo más decaído ante cada nuevo problema a la euforia más exultante según conseguía algún resultado positivo.

Día: 21 de enero de 1886

Anotación LX-b: Hoy he hecho un gran descubrimiento. Si mi mente agotada no me engaña, he hallado algo que está más allá de nuestros mejores sueños. No sé si creerlo, y tampoco deseo darte falsas ilusiones.

Día: 23 de enero de 1886

Anotación LXIV-c: Cuanto más avanzo en mis investigaciones, más convencido estoy de que el *Liber Octavus* de Vesalio es la única opción que nos queda.

Día: 29 de enero de 1886

Anotación LXVII-f: Querida, hoy ha sido una jornada terrible. He discutido con nuestro estimado amigo. Cuando compartí mi hallazgo con él se entusiasmó tanto como yo. No solo podemos encontrar una solución para tu mal, mi amor, si nuestras predicciones son correctas se trataría del mayor descubrimiento científico de este fin de siglo. Sin embargo, por la noche mantuvimos una agria discusión. Amat no está de acuerdo en continuar. Su boca pronunció palabras terribles, habló de Dios y de que estábamos contraviniendo el orden sagrado de las cosas. Admito ahora que por un momento perdí la cabeza y le insulté gravemente. Quizá destruí nuestra amistad, pero no me importa, eso me ha hecho ver que mi misión es solitaria, y que si hay una oportunidad no debo cejar en tomar cualquier camino, aunque sea el del mismo Diablo.

Daniel y Fleixa buscaron en las siguientes anotaciones una revelación del hallazgo que decía haber encontrado y que había originado la enemistad de Homs con su padre; sin embargo, los escritos del doctor no desvelaban en ningún momento cuál había sido ese descubrimiento, como si quisiera mantenerlo en secreto incluso para sí mismo. Durante los siguientes días comprobaron que Homs acumulaba varios fracasos y que sus notas empezaban a ser más erráticas.

Día: 3 o 4 de febrero de 1886

Anotación ¿?: Hoy olvidé comer y no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí. No sé exactamente en qué fecha estamos. El día y la noche se confunden en un mismo ciclo. Me he hecho un corte profundo al reventar unos alambiques pues olvidé un quemador encendido. Tengo problemas con el reparto de cadáveres y me retienen los compuestos químicos que necesito para los experimentos. Pero lo más terrible es que estoy convencido de que esto no es casual: Amat me está saboteando. Has leído bien, querida, nuestro íntimo amigo, ¡maldito sea!, se opone a que encuentre la solución a tu mal. ¿Puedes imaginar tamaña ruindad? Ha hablado con la Junta del hospital y está poniendo a todos en mi contra. Me ha visitado el rector, preocupado por mi estado. Como si no supiera que su interés es espiar mis avances y descubrimientos. Desean apoderarse de mi trabajo, pero no podrán, no dejaré que triunfen en sus propósitos. Antes acabaré con ellos. Incluso si Dios está en contra de lo que estoy haciendo, como dice Amat, acabaré también con Dios si es necesario.

—¿Qué significará esta tabla? —preguntó Fleixa.

—No sabría decirle. Seguramente se trata de una tabla de equivalencias de los experimentos.

Pasaron varias páginas en blanco hasta que aparecieron unas últimas notas.

Día: desconocido

Anotación ¿?: Querida, me siento exhausto y me arde la frente. Ocasionalmente tengo alucinaciones, creo verte a mi lado con tus ojos llenos de preocupación ante mi estado lamentable. Aunque sé que es imposible puesto que entraste en coma hace unos días, tu visión me acompaña aquí en el laboratorio y me consuelo creyendo estar junto a ti.

Día: desconocido

Anotación ¿?: He perdido peso, bastante si tenemos en cuenta que consigo verme las costillas y mis manos parecen un par de garras. Sé que mi apariencia, más propia de un desgraciado mendigo que la de un médico, incomoda a mis colegas, aunque no me importa. ¡Que se vayan todos al infierno! Disculpa mi lenguaje, querida, pero la desazón quiebra mi espíritu y pone en mi boca palabras terribles. Pierdo los nervios al no conseguir desentrañar el secreto definitivo de mi maravilloso hallazgo. Sé que este es el camino. Puedo sentirlo. Está ahí, al alcance de mis manos. He seguido los pasos tal y como marca el libro, las instrucciones una por una; sin embargo, ¡algo debo de estar haciendo mal!

Día: desconocido

Anotación ¿?: He dormido apenas unas horas en los últimos cuatro días y tal vez necesite descansar un poco; sin embargo, no puedo detenerme. No ahora, tan cerca.

El diario terminaba con esa última nota.

—¿Ya está? ¿No hay nada más?

Daniel pasó varias páginas más en blanco y negó con la cabeza.

—¿Con qué propósito guardaría su padre este cuaderno?

—Si he de serle sincero, no consigo adivinarlo.

—Es posible —elucubró el periodista— que tenga algo que ver con las indagaciones que estaba realizando.

Daniel cerró el cuaderno con un suspiro.

—Bien —continuó el periodista con entusiasmo renovado—, el siguiente paso es localizar al doctor Frederic Homs e intercambiar unas palabras con él. ¿No está de acuerdo?

—Lo siento, señor Fleixa, pero no pienso continuar con esto.

—¿Cómo dice?

Daniel evitó mirar la expresión atónita del periodista. Había tomado una decisión, para bien o para mal.

—La investigación de mi padre demuestra que existe alguna relación entre él y los terribles asesinatos de esas jóvenes y, por consiguiente, también prueba que su muerte no fue un simple accidente. Le agradezco su ayuda. Sin embargo, mañana mismo iré a denunciar los hechos a la policía.

—¿Ha perdido la razón? ¿Qué le hace pensar que le harán más caso que a su padre?

—Comprendo su enojo, pero este asunto deben resolverlo las autoridades. Atrapar a ese asesino y llevarlo ante la justicia excede nuestras capacidades.

—Pero...

—Lo lamento —le interrumpió Daniel levantándose de la mesa y ofreciendo la mano, que el periodista estrechó aturdido—. Señor Fleixa, aquí termina nuestra aventura. Este próximo jueves subiré al tren de París y volveré a Inglaterra. Ha sido un placer conocerle. Gracias de nuevo por su ayuda.

11

Pau se dirigió a toda prisa hacia el hospital. Los exámenes de final del curso se acercaban. Todo el mundo andaba crispado. Los profesores se habían vuelto muy estrictos y con cualquier pretexto cargaban con trabajo extra a los estudiantes. Con tantas clases y prácticas, casi no podía dedicarle horas al estudio, y mucho menos a otros asuntos como aquel. Sin embargo, nada de aquello servía de excusa y lo sabía.

Recorrió el pasillo sin molestarse en mirar los retratos de los insignes médicos del colegio y salió a la calle. Saludó brevemente a un compañero y se internó en el edificio del hospital. Atravesó el patio de naranjos y subió de dos en dos las escaleras de piedra, haciendo caso omiso de las miradas reprobatorias de dos hermanas clarisas que bajaban al mismo tiempo. Mientras avanzaba sentía nacer dentro de sí la esperanza. Los resultados debían ser ya evidentes. Sin embargo, su ánimo pronto se tornó en preocupación. Si no había salido bien, tendría un buen problema. Cerca del pabellón de mujeres, se desvió por un corredor que llegaba hasta un patio porticado. Se detuvo bajo las arcadas y comprobó que nadie lo había seguido. A esas horas del mediodía, el hospital no estaba muy concurrido y era más sencillo pasar desapercibido, pero no quería confiarse.

Franqueó el patio por la parte más resguardada a las miradas indiscretas e inclinó la cabeza hasta que volvió a estar bajo los soportales del otro lado. Por ello no advirtió que desde una ventana del segundo piso del edificio alguien vigilaba sus pasos. Creyéndose a salvo, se detuvo frente a un portalón situado en la esquina que formaban ambos muros. Extrajo un manojo de llaves del bolsillo y lo abrió. Tras cruzar el umbral, lo cerró tras de sí evitando que el

pesado cerrojo de hierro hiciera ruido. Pau apoyó la espalda en la puerta y soltó el aire retenido. Se internó por un corto pasillo hasta llegar al vestíbulo donde reconoció el familiar olor a antiséptico. La luz de la tarde entraba por un ventanal que daba a la calle. Contra las paredes se amontonaban las estructuras oxidadas de varios somieres y una decena de canastos llenos de ropa de cama por lavar. Al fondo, oculta en la penumbra, había una puerta. A un lado, sobre una mesita, alguien había dejado una bandeja cubierta y unas sábanas limpias. Recogió ambas cosas con cuidado y, tras golpear suavemente la madera con los nudillos, entró.

Tres cuartos de hora más tarde, Pau salió de la habitación. Tiró en un cesto un revoltijo de ropa sucia y dejó la bandeja vacía en el lugar que ocupaba antes. Salió por el pasillo, se cercioró de que no hubiera nadie, atravesó en dirección contraria el patio porticado y se dirigió al colegio, atravesando el jardín del hospital. Allí se encontró con varios enfermos en su paseo vespertino en busca de los escasos rayos de sol. Al subir las escaleras de la entrada, se permitió sonreír. «¡Ha funcionado!», se repetía con una mezcla de emoción y alivio.

12

—Su padre falleció a causa de un desgraciado accidente. Eso es todo.

El inspector Sánchez, satisfecho de haber dejado las cosas claras, repantigó su voluminoso cuerpo detrás del escritorio. Luego, con un movimiento de la boca, escupió un fragmento de piel traslúcida hacia la bacinilla depositada a sus pies. Sus manos, rollizas como las de un bebé, dibujaban gestos en el aire al tiempo que hablaba, cuando no estaban hurgando en el cucurucho de papel repleto de altramuces. Su nariz estirada hacia atrás y sus ojos diminutos parecían desubicados dentro de su ancha cabeza. Ante la falta de respuesta, el inspector intentó sonreír, pero en lugar de mejorar su expresión las facciones se le enredaron por la falta de costumbre. Daniel ignoró el tono condescendiente del policía.

—El contenido de estos papeles demuestra una cadena de acontecimientos. Pone en duda, como mínimo, la causa de su muerte.

—Bueno, bueno. Eso es mucho afirmar, ¿me permite?

Daniel le alargó al inspector el portafolio que contenía todos los documentos de su padre. Decidió no entregarle el cuaderno de Homs. Todavía no sabía cómo encajaba en todo aquello.

—Y dice que su padre obtuvo esta información indagando por su cuenta.

—Sí, ya se lo he explicado anteriormente.

—Estas anotaciones son muy interesantes, pero no cambian nada. Más bien al contrario, confirmarían nuestras sospechas.

—¿Cómo dice?

—Es obvio. Esta lista de crímenes fue recogida en un evidente estado de ansiedad. No son más que desvaríos de un hombre

obsesionado —afirmó—. Su padre, es evidente, se encontraba en esos momentos cerca del colapso nervioso.

»Unas semanas antes de producirse el "fatal accidente", el señor Amat se presentó aquí, ¿lo sabía? Me mostró estos mismos documentos. Pretendía demostrar, igual que usted ahora, que existía una relación entre las muertes. Pero no aportó ninguna prueba de ello. Simplemente porque no la hay. No existe ningún misterioso asesino que recorra la ciudad matando a diestro y siniestro. Dios nos asista, ¿en qué cabeza cabe?

—Pero...

—No se me lo tome a mal. —El inspector alzó las manos con gesto conciliador—. Supongo que el hecho de que llevaran ustedes sin hablarse... ¿Cuánto? ¿Seis? ¿Siete años? Saber de su muerte a través de un telegrama... Entiendo que supone un golpe muy duro. Al fin y al cabo, era su padre.

A pesar de la baja temperatura del despacho, el calor se extendió por el rostro de Daniel. Intentó serenarse y recordar por qué había ido hasta allí. Estaba claro que su presencia incomodaba al inspector y desconocía el motivo. Tenía la impresión de que deseaba deshacerse de él. Sus modos le incitaban a marcharse, pero no pensaba ponérselo tan fácil.

—¿Me está diciendo que esos cadáveres no existen?

—Oh, no, por descontado que existen.

Daniel enmudeció por la sorpresa. El inspector se lanzó a la boca un nuevo altramuz antes de proseguir. En ese instante, unos golpes en la puerta le interrumpieron. Se trataba de un oficial con un expediente para firmar. El inspector le atendió ignorando la impaciencia de Daniel. Cuando se hubo marchado continuó.

—En esta ciudad, señor Amat, se dan continuamente casos parecidos. Rozamos el medio millón de habitantes. Es muy usual que se produzcan altercados y, lamentablemente, algunas muertes violentas. Pueden confeccionarse todos los listados que usted quiera. Los cadáveres a los que se refiere su padre en estos papeles sin duda pertenecen a mujeres cuyo modo de subsistencia no era el más ejemplar precisamente. Una paliza de su chulo, un cliente

demasiado fogoso, una pelea por su lugar en la calle... Las habladurías hacen el resto.

Daniel intentó no pensar en la cerillera de quince años o en la tendera de veinte que aparecían en la lista. Sin pretenderlo, había tensado la espalda y el dolor le recorrió las cicatrices del cuello.

—¿Cómo explica el estado que presentaban?

—Señor Amat, el agua y las alimañas pueden dejar un cuerpo en muy malas condiciones. Debería ver lo que pueden hacerle unas ratas hambrientas a un buen pedazo de carne.

Su risa resonó entre las paredes del despacho. Al comprobar que Daniel ni siquiera sonreía calló y con un suspiro rebuscó en la bolsa de altramuces.

—Barcelona es una ciudad repleta de asesinos, prostitutas y anarquistas. Tengo suficientes preocupaciones que atender, como los rumores de que varios obreros quieren constituir una especie de asociación, la Unión General de Trabajadores le llaman, ¿se imagina? Pero no se inquiete, nosotros somos la salvaguarda frente al desorden civil, la barrera que evita el caos, la anarquía y el latrocinio. Quienes les mantenemos a salvo. Sabemos hacer nuestro trabajo.

—No, no lo creo así —contestó Daniel dejándose llevar por la ira —. Considero más bien que no han hecho nada por esclarecer lo que está ocurriendo. Se han apresurado a encubrir los asesinatos de esas jóvenes, alegando, de modo más que discutible, su condición social, y han declarado la muerte de mi padre como un accidente porque cualquier otra opción más próxima a la realidad les supondría una complicación.

—¡Señor Amat...! —Encogió sus labios pulposos en una mueca de desagrado—. Debería ser más prudente en sus afirmaciones y mostrarse más agradecido. No fue sino gracias a la influencia de ciertas personas que accedimos a salvaguardar la reputación de su padre.

Daniel no daba crédito. «¿Qué está insinuando?», pensó.

El inspector levantó su cuerpo de la silla, que emitió un crujido de alivio, y se dirigió hacia la puerta.

—Lo he recibido como deferencia por su duelo. Mi tiempo es muy valioso para perderlo con desvaríos. Sin embargo, no se lo tomaré en cuenta. Entiendo que la muerte de su padre le ha alterado los nervios. Como muestra de mi buena voluntad, me voy a quedar con estos documentos. —Le arrebató a Daniel el portafolio de las manos—. Le doy mi palabra de que lo investigaremos.

Hizo una pausa para escupir la piel de altramuz. Siguió con la mirada su vuelo, salpicado de gotas de saliva. La piel golpeó el borde de la bacinilla y cayó al suelo. Con expresión de fastidio volvió la vista hacia Daniel.

—Señor Amat, ¿qué se le ha perdido en Barcelona? Lo mejor que puede hacer es volver a su casa.

Tras despedirse del inspector, Daniel tomó un coche de punto para volver al colegio mayor. Debido a la celebración de la Exposición Universal, todos los hoteles de la ciudad estaban ocupados y el rector de la universidad se había negado a que se alojara en cualquier pensión, ofreciéndole que ocupara las antiguas habitaciones de su padre durante su estancia en la ciudad.

Se dejó llevar por el traqueteo del coche mientras reflexionaba sobre la conversación mantenida. ¿Era todo aquel asunto una locura de su padre alimentada por las historias supersticiosas de la gente? ¿De verdad se había quitado la vida, como había dejado entrever el inspector? No lo creía capaz de algo así. Su orgullo no le permitiría cometer una acción que consideraba propia de cobardes, pero habían pasado muchos años y desconocía hasta qué punto las cosas habían cambiado. Según recibía más testimonios sobre su padre, mayor era la sensación de que hablaban de un desconocido.

Por fin, llegaron frente al edificio universitario, que se alzaba junto a la Facultad de Ciencias Médicas. Daniel pagó al cochero y entró. Saludó al ordenanza, a resguardo en el cubículo de la portería, y se dirigió hacia su cuarto alegrándose de poder descansar un poco. Desde su llegada a Barcelona no había dormido bien. Hacía días que el cansancio y las emociones no le dejaban pensar con

claridad. Intentaría recuperar fuerzas y al día siguiente tomaría alguna decisión.

Era ya tarde y no se cruzó con nadie en el pasillo que conducía a las habitaciones. Al llegar frente a la que le correspondía se dispuso a sacar la llave, pero detuvo su mano a medio camino. La puerta estaba entreabierta y recordaba bien haberla cerrado al marcharse. Entró en la habitación y ahogó una exclamación. Los cajones de la cómoda estaban volcados en el suelo. Sus camisas y trajes yacían desparramados de cualquier manera sobre la alfombra. Habían vaciado el contenido de sus maletas y rajado los forros interiores. Incluso el colchón de la cama había sido abierto de arriba abajo; el algodón de su interior colgaba como los intestinos de un cadáver destripado.

Al mirar hacia la mesa descubrió que el joyero había desaparecido. Rebuscó por la habitación pero fue inútil, se lo habían llevado. Se palpó el bolsillo y sintió con alivio el peso del cuaderno. A última hora, se le ocurrió llevarlo consigo a la entrevista con el inspector. Algo le decía que los asaltantes, fueran quienes fuesen, iban en busca del diario. Fleixa tenía razón: aquel cuaderno debía ser importante, aunque no supieran por qué motivo.

13

Fleixa disfrutó del calor que trasmitía Dolors bajo las sábanas. Hacía largo rato que la estufa de hierro había consumido el último residuo de carbón y la habitación estaba helada. La luz procedente de las farolas de la calle se filtraba a través de las cortinas. Todavía era de noche, pero no podía dormir. Tras la entrevista con Vidal, la aventura por las cloacas y la lectura del cuaderno del doctor Homs, su mente bullía inquieta. Una y otra vez se preguntaba si el doctor Amat le había engañado. ¿Era posible que todo fuera producto de una mente enferma? Algo le decía que no. Había apostado mucho por aquella historia y si resultaba ser falsa su crédito como reportero sufriría un nuevo revés. Lo que sin duda aprovecharía Llopis para ocupar su lugar en el periódico.

Cerró los ojos y su mente volvió al asunto de los asesinatos. Parecía evidente que Daniel Amat no era lo que parecía. La entrevista con Vidal había abierto algunos interrogantes: ¿qué había sucedido siete años atrás? ¿Por qué Daniel huyó de Barcelona para marcharse a Inglaterra sin volver a hablar con su padre? ¿Qué secreto escondía? Le gustaban las preguntas sin respuesta, y su instinto le decía que detrás de todo aquello había otra buena historia. Chasqueó la lengua frustrado al recordar que, a pesar de su insistencia, Daniel había decidido llevar sus hallazgos a la policía. Con ello se ponía punto y final al asunto. Podía escribir alguna nota sobre los crímenes, tal vez una columna, pero no serían más que conjeturas. Iba a necesitar una excusa mejor para justificar en el diario tanto tiempo perdido. Un problema más que sumar a los que ya tenía.

Desde hacía días corrían rumores por el Raval. Le iban buscando. Había perdido una buena cantidad en las carreras de Can

Tunis y el plazo del préstamo había vencido semanas atrás. La Negra tenía fama de ser implacable con los clientes que incumplían con su parte del trato y no disponía del dinero para pagarle. Por si fuera poco, su casero también esperaba cobrar los meses adeudados; al parecer, ya no contaba con el crédito de su mujer. No había tenido más remedio que pedirle refugio a Dolors, que, librándose de un cliente casi a patadas, accedió a acogerlo por unas noches. Volvió a ponerse de costado y miró el rostro de la mujer tendida junto a él. A pesar de que ya no cumpliría los treinta, Dolors, cuando dormía, parecía una niña.

Se conocían desde hacía tres años. Él acababa de publicar un artículo sobre el robo de la recaudación de la empresa Barcelona Tramways. Estaban implicados varios trabajadores, el director y un concejal. El escándalo había sido mayúsculo y toda la ciudad se hizo eco de su reportaje. Semanas más tarde, una noche, tras salir del periódico, le asaltaron un grupo de matones con el rostro tapado. Estaba recibiendo una soberana paliza cuando apareció Dolors y montó tal escándalo que les hizo huir. Lo llevó a su casa apenas sin sentido y un feo corte de navaja en el estómago. Se estremeció al recordarlo y miró sus manos a contraluz para asegurarse de que seguían firmes. Dolors le curó las heridas y se quedó a su lado cuando, al día siguiente, su cuerpo empezó a sacudirse como una anguila a causa de la fiebre. Le hizo beber litros de un remedio casero de hierbas, le cambió las vendas y le aplicó paños de agua fría hasta que remitió la calentura. Durante una semana necesitó cuidados. Cuando le preguntó por qué lo había hecho, ella se encogió de hombros y le sonrió. Desde entonces se veían con cierta regularidad, y de vez en cuando pasaban juntos alguna noche entera, cuando ella no trabajaba. Con el tiempo pareció un acuerdo perfecto. Al fin y al cabo, Dolors era lo que era y él no deseaba ataduras. Un ruido le distrajo. Los ojos de la prostituta le observaban soñolientos. Su boca se abrió a medio bostezo.

—¿No puedes dormir?

—No —contestó Fleixa—, pensaba.

La observó moverse bajo las mantas. A media luz, adivinó sus labios curvados en una sonrisa y los rizos azafranados revueltos

sobre la almohada. El periodista pegó un respingo al notar la mano de la mujer. Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—Pensar tanto no debe de ser bueno. Déjalo para mañana y acércate. Hace frío.

Fleixa obedeció.

14

Daniel se despertó temprano. Había dormido mal, otra vez. Tras la entrevista del día anterior con el inspector y el posterior registro de su habitación, tenía ahora más preguntas que respuestas. Era evidente que la policía no pensaba hacer nada respecto a la muerte de su padre, y también que sería inútil denunciar el robo del joyero. Mientras se vestía decidió hablar con el decano.

El hospital de la Santa Creu ocupaba un notable edificio gótico. Construido cuatro siglos atrás con el fin de agrupar los diferentes hospitales de la ciudad, en todo ese tiempo las múltiples reformas lo habían convertido en una amalgama de pasillos, salas y escaleras. La proximidad del hospital al antiguo Real Colegio de Cirujanos era sin duda un gran acierto, pues había permitido durante más de cien años formarse del modo más práctico a los estudiantes de medicina de Barcelona. Como resultado, la ciudad presumía de contar con un importante número de excelentes médicos.

Un interno cargado con una caja de vendas le indicó que el señor Suñé se encontraba en el pabellón de reposo. Daniel le agradeció las indicaciones, entró en el patio porticado y subió a la planta superior.

El doctor Luis Suñé i Molist estaba de cuclillas delante de un niño. Llevaba peinado hacia atrás el pelo, disimulando algunas entradas propias de la mediana edad. Lucía un lustrado bigote en paralelo a la sonrisa que brotaba en sus labios. El niño vestía una bata gris, como el resto de pacientes del hospital. Dos surcos de lágrimas ensuciaban sus mejillas. La mano del doctor descansaba sobre su hombro mientras hablaba. Al acercarse, Daniel pudo escuchar sus últimas palabras.

—Sor Inés te acompañará. Tan solo necesitas comer bien, mucho sol y paseos diarios. En pocos días podrás volver a casa.

Daniel apreció consternado el aparatoso vendaje en la pierna del crío; le faltaba el pie izquierdo. El niño, aún con los ojos llorosos, sonrió al doctor. Apoyado en su muleta, se internó por el pasillo acompañado por una hermana clarisa. El doctor Suñé le siguió con la mirada mientras se alejaba. Suspiró y se irguió con dificultad apoyando las manos en sus rodillas. Sólo entonces se dio cuenta de la presencia de Daniel.

—Señor Amat. —Su expresión inicial de sorpresa se tornó grave —. Esta mañana me han informado del asalto que sufrió anoche. Acepte mis disculpas, no consigo explicármelo. Nunca había ocurrido algo parecido. Tengo entendido que se le acomodó inmediatamente en otras habitaciones, ¿está todo a su gusto?

—Sí, muchas gracias. De hecho, quisiera disfrutar de su generosa hospitalidad unos días más. Al parecer, mi padre dejó bastantes asuntos por resolver.

—Por descontado. Puede usted estar con nosotros el tiempo que precise.

—También deseaba hablar con usted.

El doctor Suñé lo miró curioso. Llamó a una hermana clarisa y le ordenó que adecentaran determinadas habitaciones.

—El tiempo del que dispongo es poco, la verdad —dijo dirigiéndose a Daniel—, pero si lo desea podemos ir hablando mientras hago mi recorrido.

Ambos hombres se internaron por el corredor. En más de una ocasión, detenían al doctor Suñé para preguntar o informarle sobre alguna cuestión. El médico, siempre pausado, daba instrucciones precisas y solventaba los problemas que le planteaban con decisión.

—Aquí estaremos más tranquilos —dijo al llegar a una zona apartada de las habitaciones—. Usted dirá.

—Como sabe —empezó Daniel—, mi padre y yo estuvimos largo tiempo alejados. Al volver a Barcelona, he descubierto algunas cosas sobre él... ¿cómo decirle? Como si no lo hubiera conocido nunca.

—Yo le tenía en gran aprecio —explicó Suñé—. Fue profesor mío. Todo el mundo admiraba su enorme talento como médico e

investigador. Pero desde aquel terrible acontecimiento de hace siete años su padre nunca volvió a ser el mismo.

Daniel le animó a continuar.

—Su padre se marchó al poco tiempo que usted. Pasó una temporada en el extranjero, creo que entre Viena y Berlín. No hablaba mucho sobre ello. Dos años después regresó. Al principio parecía recuperado, casi diría que rejuvenecido. Retomó las clases y sus investigaciones, incluso abrió de nuevo su consulta. Todo fue bien durante un tiempo, hasta que inició el estudio de higienismo. Al principio lo consideró un mero pasatiempo, aunque acabó entregándose en cuerpo y alma, agotando su físico y su mente. Intentamos prevenirle pero fue inútil. Al poco tiempo se desmoronó. Los que pretendimos ayudarle fuimos rechazados de malos modos. Ya sabe usted cómo era él.

Daniel lo sabía. Su padre podía llegar a ser muy desagradable.

—Pasó el tiempo y pareció recuperarse, pero empezó a adoptar costumbres extrañas, como ausentarse varios días sin avisar, pasear por el colegio de noche o realizar delicados experimentos químicos en su habitación. Se interesó por cuestiones cada vez más peregrinas. Su mente perdió la conexión con la realidad. Sus colegas y amigos comenzaron a darle la espalda.

»Sufrió varias crisis nerviosas, hasta tal punto que me vi obligado a recetarle láudano para conciliar el sueño. Aun así, padecía pesadillas recurrentes en las cuales gritaba el nombre de usted y de su hermano.

Daniel asintió cabizbajo.

—Mi hermano murió en el incendio.

—Lo sé. A su padre le atormentaba el recuerdo de aquella noche. —Suñé tomó aire como si le costara mucho lo que iba a decir —. Una y otra vez revivía el incidente. Esas historias fantásticas de asesinatos terminaron por desquiciarlo y acabó por buscar un demonio que..., bueno, realmente llevaba dentro de sí. No, no murió a causa de un cúmulo de casualidades desafortunadas. —Apoyó su mano en el hombro de Daniel—. Lo siento, pero estoy convencido de que su padre se quitó la vida.

—No es posible. Mi padre...

—Fue un brillante médico y una excelente persona —le interrumpió—. Lo que sucediera entre ustedes forma parte del pasado. En lo que a mí respecta, su muerte fue un accidente. Honremos su memoria y recordémosle como se merece.

¿Sería cierto? ¿Su padre había perdido la razón? Pero entonces... ¿por qué dejarle el cuaderno de Homs? ¿Era otro signo de su locura?, se preguntó Daniel.

Dejaron atrás el ala de reposo y entraron en otra zona del hospital. Allí se percibía un mayor bullicio. Varios médicos junto a sus ayudantes discutían por los pasillos mientras parejas de clarisas, vestidas de impoluto blanco, se desplazaban de un lugar a otro. Un grupo de estudiantes, comandado por un profesor, apareció tras una esquina y se cruzó con ellos. Entre los jóvenes, Daniel descubrió al muchacho que en el cementerio se había acercado a la tumba de su padre.

—¿Puede decirme quién es ese estudiante? —le preguntó al doctor.

—¿Quién?

—El último, el que lleva la carpeta bajo el brazo.

—Ah, Pau Gilbert. Un estudiante brillante, aunque no muy popular entre sus compañeros. Fue el último ayudante de su padre.

Daniel siguió al joven con la mirada hasta que el grupo se perdió por el pasillo. Después acompañó a Suñé hasta una sala de planta alargada. Una decena de arcos ojivales entre los que se intercalaban ventanas que permitían la entrada de la luz del sol sostenían el techo de madera. Cincuenta camas con jergones de hierro se apretaban a los lados y el pasillo central permitía a los médicos moverse entre los enfermos. Entre algunos de los lechos se interponía una cortina blanca que ofrecía cierta intimidad a sus ocupantes.

—Esta es la cámara de Santa María, la nave de Tramuntana —explicó el doctor—. Es el pabellón de los hombres. Las mujeres están en la de Sant Josep. Su padre pasó muchas horas en este lugar.

Daniel observó que las camas estaban todas ocupadas y que incluso se habían habilitado jergones en el suelo. El médico adivinó lo que pensaba.

—Estamos desbordados —admitió—. Es una situación delicada. Peor que hace tres años, durante la epidemia de cólera. Gracias a Dios, dentro de poco nos trasladaremos al nuevo hospital. Han dispuesto unos terrenos al pie de la Montaña Pelada, espero que... —Se detuvo y señaló con la mano—. Mire, ahí se encuentra el doctor Gavet. Uno de nuestros mejores médicos, se lo presentaré.

Daniel reconoció al caballero tartamudo que se había acercado a él para ofrecerle sus condolencias. Estaba sentado junto a la cama de un hombre que llevaba vendada la cabeza. Este se explicaba con aspavientos mientras el doctor intentaba tranquilizarlo. La luz de la lámpara de mesa le alumbró y por un segundo su rostro le pareció familiar, aunque no supo por qué.

—El doctor Gavet realiza una excelente labor aquí —interrumpió sus pensamientos Suñé—. En cuanto amanece ya está trabajando, y no se marcha hasta muy entrada la noche. Muchos enfermos le deben la vida, literalmente. Ese hombre que atiende es uno de los tres obreros que nos trajeron anoche tras un accidente en la Exposición. Esta mañana sus dos compañeros han fallecido a causa de las heridas.

Daniel observó cómo Gavet consolaba al hombre magullado, que se retorcía a causa del dolor. Llamó a una hermana y le administraron un calmante. Al alzar la vista, el médico reconoció al decano y, tras intercambiar unas palabras con el enfermo, se acercó. Parecía furioso.

—Ma-maldita sea, Suñé, esto es i-inconcebible. Estos ho-hombres trabajan d-de-demasiadas horas seguidas. No-no se puede consentir. Es el te-ter-tercer accidente esta semana e-en las obras de la c-central eléctrica.

—Serénese, poco podemos hacer aparte de nuestro trabajo, ya lo sabe. ¿Conoce al señor Amat?

—Nos conocimos en el cementerio... —empezó a decir Daniel.

Gavet hizo un leve gesto de asentimiento con la cabeza y, sin más, se marchó protestando por lo bajo.

—Le pido perdón por la vehemencia del doctor, es un hombre muy comprometido y he de admitir que no le falta razón. Estas últimas semanas recibimos muchos heridos procedentes de las obras

de la Exposición —explicó Suñé—. La mayoría de los empresarios no atienden las mínimas medidas de seguridad para sus trabajadores, dicen que es perder el tiempo. Mano de obra no falta y hay muchas urgencias; la inauguración es inminente. En fin —concluyó con gesto cansado—, señor Amat, ya ve que estoy muy atareado. Debo atender mis ocupaciones. Espero haberle servido de ayuda.

—Sí, señor. Le agradezco el tiempo que me ha dedicado. Tengo, si me permite, una última pregunta.

—Dígame, ¿de qué se trata?

—¿Qué puede contarme del doctor Frederic Homs?

Suñé alzó la mirada frunciendo el ceño.

—¿Por qué está interesado en Homs?

—Entre las pertenencias de mi padre he encontrado unos libros de su propiedad —mintió—. Al parecer, mantuvieron una relación amistosa.

—Es cierto, durante unos años les unió una fuerte amistad. Luego hubo un problema entre ellos. —Ante la expresión inquisitiva de Daniel, Suñé prosiguió—: Verá, Homs impartía la cátedra de química y era un reconocido anatomista. Sus disecciones solían ser muy populares entre los estudiantes. Estuvo a cargo de la biblioteca durante un año realizando una labor encomiable. Empezaba a labrarse un nombre cuando su mujer cayó enferma. Desconozco los detalles, pero fue entonces cuando su padre y él se distanciaron.

—¿Sabe dónde podría encontrarlo?

—¿Qué pretende exactamente, señor Amat?

—Sencillamente, después de tanto tiempo sin saber de mi padre me gustaría conversar con alguien con quien mantuvo relación durante estos últimos años.

—Desgraciadamente, es muy improbable que pueda hacerlo.

—¿Por qué motivo?

Suñé le miró con fastidio.

—Mire, es un asunto delicado. En cuanto supo la gravedad de la enfermedad de su mujer, Homs abandonó sus clases y obligaciones en el hospital. Volcó sus esfuerzos durante semanas, día y noche, en encontrar una cura.

—¿Qué ocurrió?

—Fracasó. Su esposa murió.

Daniel se descubrió sintiendo lástima por Homs. Tras haber leído las notas del cuaderno, era fácil percibir la devoción que profesaba a su mujer. La impotencia y el dolor ante su pérdida debieron ser horribles.

—¿Todavía sigue Homs en la facultad?

—No —negó con la cabeza Suñé—. Homs se consumió en aquella lucha desigual contra la muerte. No pudo superar la desaparición de su esposa y perdió la razón. A tal punto que una noche, varios médicos del hospital, entre ellos su padre, tuvieron que impedir que realizara una autopsia a un niño.

—¿Qué tiene eso de extraordinario?

—El niño estaba vivo.

Daniel enmudeció.

—Desde hace año y medio, el doctor Homs es un interno más en el sanatorio de Nueva Belén.

15

Carmeta andaba todo lo deprisa que le permitían sus piernas. En la calle vacía, el impacto de sus zapatos sobre los adoquines resonaba como el bastón de un sereno. ¡Qué tarde se había hecho! Con sus trece años era aprendiz de costurera en la casa de la familia Pons, que vivía en un espacioso palacete en pleno Paseo de Gracia. A última hora, doña Herminia le había ordenado terminar los arreglos del vestido de baile de su hija mayor: Leonor. Normalmente este trabajo lo realizaba la señora Adela, pero una gripe la tenía postrada en cama desde hacía tres días. La dificultad del encargo, y su falta de pericia, le costó unas buenas horas de trabajo extra y más de un sobresalto. Por fortuna, había conseguido terminar el vestido para satisfacción de su patrona.

Al llegar a la plaza de Cataluña, pasaban ya de las nueve. Un tendero le informó de que había perdido el último tranvía, por lo que no tuvo más remedio que echar a andar. Bufó al pensar en el trecho que le quedaba antes de disfrutar del calor de la estufa de carbón de su casa. No era la primera vez que hacía a pie el largo camino. Algunas semanas prefería ahorrarse los veinte céntimos que costaba el billete y disfrutar del ajetreo de las calles. Le entusiasmaba sobre todo el paseo por las Ramblas, con aquellas señoras elegantes y aquellos circunspectos caballeros en coches descubiertos camino del Liceo o el Principal. Tampoco quería perderse el animado mercado de la Boquería, las tiendas concurridas y los cafés iluminados, llenos de ruido. Se impregnaba de los olores, los colores y el movimiento incesante de la gente. No había salido mucho de su barrio y hacía pocos meses que trabajaba en casa de los Pons. Barcelona era, a sus ojos, un mundo fascinante por descubrir.

Aquel día, sin embargo, no estaba para paseos. Había caído la noche y amenazaba lluvia. Los comercios y quioscos habían bajado sus persianas, y tan solo algunos cafés mantenían las vitrinas iluminadas. Contrajo la mano libre sobre el chal, ajustándoselo en los hombros. Realmente hacía mucho frío. No podía permitirse caer enferma ni un solo día. Necesitaba trabajar. Los veinte reales por semana suponían un respiro para sus padres, que pasaban horas y horas en los telares de Sants.

Sus pasos la llevaron delante de la Casa Figueras, la fábrica de pasta. Le gustaba el grabado que adornaba la esquina. Ella no entendía mucho sobre eso que llamaban Modernismo. En la casa había oído hablar a la patrona; decía que aquel estilo parecía imponerse en la ciudad y que provocaba tanta admiración como burla. No comprendía muy bien estas discusiones. Ella solo deseaba tener el porte y la mirada de aquella campesina.

Bajó de la acera y cruzó la Rambla de Sant Josep. La tierra del paseo y los toldos de las tiendas comenzaron a motearse de pequeñas gotas, preludio del aguacero que anunciaba el cielo. Evitó los primeros charcos y se adentró por las callejuelas del Born. A su paso, los serenos encendían las farolas de gas, que iluminaban con su luz amarillenta las calles. Carmeta había tenido que aprender a defenderse por sí misma desde que guardaba recuerdo, y por ese motivo caminaba alerta. Barcelona era una ciudad de prodigios, pero también sabía mostrar su cara más cruel con los desprevenidos, y más ahora que el *Gos Negre* recorría sus calles. Intentó sonreír para sacudirse el miedo que le provocaba aquella historia.

La maldición era el tema de conversación preferido en el servicio de las cocinas. Según las diferentes versiones, algunas de ellas contradictorias, el *Gos Negre* aparecía, en las noches más oscuras, adoptando la forma de un enorme mastín de piel tostada. Otros afirmaban que su color era el azabache. Los ojos de la bestia refulgían como tizones ardientes y sus fauces expulsaban el fuego del infierno. Un mozo de cuadra contó que sus pisadas marcaban la piedra a su paso. Se decía que había matado, al menos, a una decena de muchachas y que se había ensañado con sus cuerpos de forma espantosa. Ella no creía en aquellas habladurías, le parecían

inventos de los mozos para arrimarse a las sirvientas que se pusieran a tiro.

Llegó al desierto paseo de Don Carlos. El Toril se había convertido en una forma gris a su izquierda, a duras penas se adivinaba la plaza de toros. La lluvia decidió entonces caer con fuerza. Sorprendida por su furia, sopesó refugiarse bajo alguna arcada hasta que despejara, pero la promesa de un caldo caliente fue más fuerte. Estaba cansada, el vestido empapado se le pegaba al cuerpo y tiritaba a causa del frío. Si esperaba allí seguro que enfermaría. Además, su casa no paraba lejos, así que se abrigó lo mejor que pudo y se internó entre los estrechos edificios.

En las calles del barrio se apreciaba la cercanía del mar. El aire traía el olor a salitre y la bruma era tan densa que no se veía más allá de un par de metros. Dos hombres empujando una carretilla pasaron por su lado y desaparecieron tras una esquina sin percatarse de su presencia. Al entrar en la calle que llamaban de la Concordia la llama del farol que la iluminaba se extinguió. Siempre fallaba el gas en esa parte del barrio y si hacía frío o llovía al sereno no se le ocurriría aparecer. Al unísono, se apagaron el resto de farolas del contorno. Siguió andando sin darle importancia, un apagón era tan común allí como los escándalos en el Liceo.

Se detuvo para ajustarse el zapato y, sorprendida, escuchó unos pasos a su espalda que se silenciaron un segundo después. Hasta el momento solo había oído su propio aliento entrecortado. Sin embargo, ahora estaba segura de haber advertido el roce de unas pisadas. Se quedó quieta, esperando, pero solo acertó a escuchar el golpe de las olas en la playa y el silbido que el viento arrancaba a los postigos de las casas. Reemprendió la marcha sintiendo un desagradable cosquilleo en el estómago. En aquellas calles desiertas y oscuras, las historias sobre el *Gos Negre* no parecían tan estúpidas. Al cruzar frente a una taberna con las persianas bajadas volvió a oír los pasos acompañados ahora por una respiración pesada. Esta vez no cabía duda. Se encogió en sus ropas y se apresuró todo lo que pudo mientras miraba de soslayo cada esquina que dejaba atrás. Su mente se vio invadida por imágenes de un enorme mastín persiguiéndola. En ese instante, un aullido rasgó el

aire. Carmeta no necesitó más motivos para echar a correr. Atravesó varias calles a la carrera. Su huida la llevó hasta las puertas de un colmado cerrado. El aliento que escapaba de su boca elevó un velo blanco de vaho. Había perdido el chal y el pelo le caía suelto tras deshacérsele el moño. No escuchó ningún ruido tras de ella. Al menos parecía que había conseguido despistar cualquier cosa que la estuviera persiguiendo. Justo entonces, una sombra se abalanzó sobre ella.

Cayó al suelo protegiéndose con los brazos, se encogió y pataleó mientras gritaba pidiendo ayuda. Al poco, se dio cuenta de que nada la atacaba y dejó de gritar. Abrió los ojos. Un montón desordenado de cajas vacías la rodeaba y calle abajo un gato huía asustado.

Quiso reír, pero tenía demasiado frío. Cuánto se divertirían al día siguiente Elvira y Àngels, sirvientas como ella, cuando les contase el miedo que había pasado. ¡Estaba convencida de que el *Gos Negre* la atacaba! Qué tonta. Ya repuesta, se adentró en la siguiente calle. Aunque estaba en tinieblas no le preocupó, pues era la suya y no necesitaba luz para llegar hasta su portal. Pensó en el enfado de su madre por la pérdida del chal. Alguna excusa encontraría. Con la sonrisa todavía en la cara, sacó del bolsillo una larga llave. Suspiró. Podía oler el caldo puesto al fuego e incluso le pareció oír a dos de sus hermanos peleándose. Introdujo la llave en la cerradura e introdujo un pie en el rellano apenas iluminado por una bujía. Se preguntó si Josep, su hermano más pequeño, por el que sentía más cariño, estaría todavía despierto.

Ni tan siquiera tuvo tiempo de gritar. Sintió que le agarraban del vestido y tiraban de ella con extraordinaria fuerza. Intentó sujetarse al asa del portón, pero se le escapó de entre los dedos. Un golpe en el rostro la aturdió, después sintió un pinchazo y una sensación cálida se extendió por todo su cuerpo. Sin fuerzas, se desplomó frente al patio entreabierto. Arriba distinguió la ventana iluminada de su casa y, tras ella, la figura recortada de su madre. Le pareció que miraba hacia fuera. La estaban esperando. Quiso pedir auxilio, pero no conseguía abrir la boca. Apenas podía pensar. Su atacante la empezó a arrastrar y sus pies dibujaron surcos en el barro. Los

párpados se le cerraban, pero todavía pudo ver cómo la alejaban de su casa. Sus mejillas se humedecieron, aunque ella ya no lo notaba.

El sanatorio de Nueva Belén

Quince días antes de la inauguración de la Exposición Universal

16

Daniel salió de la antigua casa del marqués de Cintadilla, ahora reconvertida en administración de telégrafos. No había resultado sencillo escribir el telegrama donde explicaba que aún se demoraría algunos días en regresar a Oxford. Durante una hora intentó encontrar alguna excusa convincente, pero al final resolvió enviarlo sin dar demasiados detalles. Junto a las grandes puertas del edificio, se caló el sombrero y cruzó con paso decidido la explanada de Urquinaona para tomar uno de los coches de plaza que esperaban al otro lado. Avanzaron por la Ronda de San Pedro cruzándose con landós, berlinas y el abarrotado tranvía de circunvalación. Entre los vehículos se movía la masa de personas que llenaba las calles. Barcelona era un hervidero humano en constante movimiento camino de las fábricas, los mercados o los exclusivos cafés, según la escala social que sus habitantes ocuparan. A Daniel no le importaba nada de aquello, solo pensaba en la visita que estaba a punto de realizar.

El coche ascendió por el Paseo de Gracia y, tras cruzar las vías del tren de la línea de Tarragona, enfiló la calle Mallorca, donde los edificios empezaban a espaciarse y los solares se intercalaban con las nuevas construcciones. Al cabo de unos pocos minutos llegaron a su destino. Daniel bajó del coche frente a un elegante palacete de paredes blancas y tejados de pizarra. El crecimiento de la ciudad había permitido a los barceloneses adinerados erigir sus residencias lejos del insalubre centro. Una tendencia estética se imponía entre la pujante burguesía. Arquitectos de renombre levantaban edificios jamás vistos antes. A pesar de ello, el marido de Irene consideraba que el llamado Modernismo no tenía mucho futuro y había construido su casa con otra norma que se alejaba en lo posible de

aquella moda pasajera. Daniel llamó a la puerta; le recibió una muchacha de ojos saltones y piel olivácea. Desde su estatura de niña, le miró de arriba abajo antes de preguntar con un gracioso ceceo:

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—Buenas tardes —contestó Daniel quitándose el sombrero y ofreciendo su tarjeta—. Quisiera ver a la señora, mi nombre es Daniel Amat.

Al internarse en la casa, Daniel no pudo menos que admirar el lujo que le rodeaba. El vestíbulo era más grande y recargado de lo habitual, incluso para una familia de aquella posición. Largos cortinajes de tejido colonial cubrían los ventanales. Las paredes estaban revestidas de cuadros y jarrones y esculturas de inspiración clásica poblaban un suntuoso mobiliario estilo Luis XVI. Una sola de esas piezas valía el salario de un año en Oxford. Había obtenido la dirección de la casa gracias al doctor Suñé. El médico le informó también del matrimonio de Irene, siete años antes, con un exitoso industrial de Barcelona. El tiempo había pasado para todos e Irene, como era lógico, se había casado. ¿Acaso no se había construido también él una nueva vida y estaba asimismo prometido? ¿Por qué, entonces, le molestaba tanto? No había terminado de recorrer por completo la sala cuando la sirvienta apareció de nuevo.

—Mi señora ruega le disculpe, señor. Se encuentra indispuesta y no desea recibir a nadie.

Daniel apreció cómo la joven exhibía la excusa sin disimulo, bien consciente de que su señora tan solo deseaba deshacerse de él.

—Entréguele esto y comuníquele que no pienso marcharme hasta ser recibido.

La muchacha, turbada por el tono de sus palabras, recogió el estuche que le tendía Daniel y obedeció. Tras una breve espera, regresó y, en silencio, le acompañó por el pasillo hasta un acogedor salón de lectura. Al entrar, un ama de cría acompañada de una niña desapareció tras una puerta. Antes de que pudiera pensar en ello, una imagen desvió su atención. Recostada sobre una mecedora, Irene sostenía en su regazo el estuche abierto y sus dedos rozaban el camafeo que descansaba en su interior. Su mirada, dirigida al

ventanal, parecía perdida. La caída del sol atravesaba el cristal y acariciaba su piel retirándose poco a poco, como si quisiera llevarla con ella. Daniel fingió un carraspeo. Irene se volvió hacia él y el momento se evaporó con el último destello de luz. En esta ocasión, lucía un vestido verde entallado, de cuello alto y mangas alargadas hasta el puño. Sobre su pecho colgaba una medalla de san Jorge. Daniel distinguió, alrededor de sus ojos y de las comisuras de sus labios, huellas del paso del tiempo que no había observado en su anterior encuentro. Se preguntó cómo le vería ella. Al alzarse de su asiento, Daniel descubrió una marca violácea alrededor de su muñeca. La mujer se apresuró a cubrirse y el cardenal desapareció bajo la manga.

—Estoy sorprendida por su atrevimiento.

Irene acompañó sus palabras con una mirada glacial. Daniel no se sorprendió. Poseía razones más que justificadas para odiarle. Sin embargo, saberlo no evitó que se sintiera menos incómodo.

—Le ruego que acepte mis disculpas. Me marcho pronto de la ciudad y estaba obligado a venir.

—No tenía por qué tomarse la molestia.

—Quería entregárselo en persona. Sé lo importante que era para usted.

Irene esbozó un asentimiento como respuesta. La mente de Daniel viajó al momento en que ella le entregó aquel ave esculpida sobre una piedra de ágata. Siete años atrás, una vida entera. «Es tuyo», le había dicho ella mientras sonreía para evitar el temblor de sus labios. «Es un guatiní. ¿Sabías que estos pájaros, si son enjaulados, terminan muriendo de pena?» Esas fueron las últimas palabras entre ellos antes de producirse el accidente que los separaría para siempre. La voz de Irene lo trajo de nuevo al presente.

—Gracias. —Sus manos cerraron el estuche, el velo de frialdad volvió a decidir sus gestos—. ¿Qué desea a cambio? Tal vez... ¿mi perdón?

Daniel se aclaró la garganta antes de responder.

—No, no confío en que pueda perdonarme.

—Te marchaste. —Alzó la voz—. Desapareciste sin más, ¿qué esperabas?

—No lo sé. Nada. En realidad no creía que volvería a verte.

—Ninguna noticia en todos estos años... —Sus dedos apretaron el estuche hasta volverse blancos.

—Entonces creí que era lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí? —Su risa se quebró.

La conversación les había acercado sin darse cuenta. Daniel sintió la esencia de jazmín que despedía su piel y sus latidos acelerados contra su pecho, ¿o eran los suyos propios? El rostro de Irene era una máscara de furia. Daniel quiso retirar la mirada pero no pudo, absorto por su belleza. Intentó detenerse, y sin embargo avanzó otro paso y alargó una mano. Irene se estremeció al notar su contacto, se apartó con un gesto brusco y le dio la espalda. El rubor cubría sus mejillas.

—¿Por qué has venido?

Daniel sabía que su contestación empeoraría la situación.

—Quería hacerte unas preguntas sobre mi padre.

Irene se volvió hacia él sin disimular su expresión de sorpresa. Daniel continuó hablando. Aunque le costara lo poco que quedaba entre ellos tenía que saberlo.

—Cuando recibí tu telegrama avisándome de su fallecimiento...

—Yo no envié ningún telegrama. ¿Cómo lo iba a hacer? No sabía dónde encontrarte.

Daniel se quedó perplejo. Si no había sido ella, entonces ¿quién se lo había enviado? Iba firmado por Irene. Alguien que conocía la relación que los unió en el pasado se había hecho pasar por ella. ¿Cómo supo ese desconocido dónde localizarle? ¿Y por qué? ¿Por qué querría que volviera a Barcelona?

—¿Qué querías saber de tu padre? —interrumpió Irene.

—Me han dicho en el hospital que este último año lo viste a menudo.

—Es cierto. Cuando regresó de su viaje por Europa sentí que era mi obligación ir a visitarlo. Tu padre siempre fue muy amable conmigo... Pero ¿qué interés puede tener...?

—Estoy indagando las circunstancias de su muerte. —Daniel resolvió sincerarse—. No fue un accidente, creo que lo asesinaron.

Irene se llevó la mano a la boca. Por un segundo, sus ojos no pudieron ocultar una extraña expresión, como si no le sorprendiera la noticia.

—En esas visitas —prosiguió Daniel—, ¿mi padre te contó algo fuera de lo normal?

—No especialmente. Durante las últimas semanas parecía más preocupado que de costumbre. Lo atribuí al trabajo. Enfrascado en uno de sus estudios, ya sabes que era capaz de olvidarse de comer. Cuando nos veíamos... Al poco volvía a ser el de siempre. Sin embargo —arrugó la frente—, cinco días antes de su desaparición se produjo un incidente: al visitarlo una tarde, lo hallé tendido en el suelo de su habitación con las ropas empapadas. Pedí ayuda y apareció un joven, me dijo que era su ayudante, el ayudante de tu padre.

—¿Un muchacho delgado de rasgos delicados?

—Sí, así es. Entre los dos lo acomodamos en la cama. Al cabo de unos minutos empezó a farfullar y removerse en el lecho, parecía estar soñando en voz alta pero todo lo que decía era un sinsentido.

—¿Qué decía?

—Apenas pude entender unas palabras sueltas. Algo en relación con una búsqueda prohibida por Dios y un perro maldito. Al cabo de unas horas, despertó y pidió agua. Más sereno, quiso calmar mi preocupación y achacó lo ocurrido al exceso de trabajo. Cuando su ayudante se ausentó un momento, agarró mi brazo con fuerza y me rogó que olvidara cualquier cosa que hubiera oído. Luego murmuró tu nombre y cayó en un sueño profundo. Lo dejé descansando y me marché. No volví a verlo con vida.

Daniel intentaba entender qué significado tenía aquel suceso cuando las puertas del salón se abrieron con un golpe que hizo temblar las paredes y un hombre entró en la habitación. Irene se adelantó solícita y lo tomó del brazo.

—Buenas tardes, querido. Creo que ya conoces al señor Amat.

—Mi estimado amigo, ¡qué sorpresa volver a verle!

Daniel no llegó a escucharle a causa del asombro. Bertomeu Adell, hijo único de una rica familia del Empordà, había cambiado mucho en aquellos siete años. Su cabellera había dado paso a una calvicie prematura y su tez había adquirido un tono cetrino. Tampoco en aquel tiempo llevaba bigote, pero su gesto de suficiencia era el mismo que recordaba de cuando eran amigos. Todo en él transmitía opulencia: su chaqué a medida, la cadena de oro colgando del chaleco, sus relucientes botines italianos y el bastón de marfil que enarbolaba como un estoque. Sus ojos se movían inquisitivos por la habitación. Adell formaba parte del grupo que acudía a fiestas y estrenos de teatro cuando llegaron a Barcelona las hermanas Giné. Así había conocido a Irene y Ángela. Él mismo los había presentado. Adell siempre aspiró a cortejar a la más joven de las hermanas y finalmente había conseguido su propósito.

Daniel alargó el brazo para estrecharle la mano, pero su antiguo amigo lo ignoró para agarrar del talle a su esposa y atraerla hacia sí. Irene encogió el cuerpo al contacto con él.

—Se le ve bastante bien.

—Eh, sí, gracias —acertó a decir Daniel con una breve inclinación—. Me alegro de verle, mas no quisiera importunarles. Ya me marchaba.

—Oh, no —respondió el industrial soltando a Irene y cogiéndole a continuación por el codo—, de ninguna manera puede usted irse ahora. Es una alegría inesperada su presencia en mi casa.

A Daniel no se le ocurrió un pretexto para marcharse, por lo que se dejó conducir hasta uno de los sillones. Adell tiró a un lado el bastón y ocupó otro asiento enfrente de él.

—Irene, sírvenos dos coñacs.

La mujer cogió de la mesilla contigua una pequeña campana de plata.

—Llamaré a Juana.

—No. —El tono seco de su voz contrastó con su sonrisa—. He dicho que nos sirvas tú. —Puso los ojos en blanco y se dirigió a Daniel—. ¿Está casado?

Daniel negó con la cabeza.

—Ah. Qué suerte tiene. Las mujeres suponen un verdadero quebradero de cabeza, amigo mío, siempre consintiendo sus cambios de humor, sus caprichos... Son como niñas, débiles de mente y espíritu. Incapaces de sobrevivir sin la protección de un hombre. ¿Qué harían sin nosotros?

Irene evitó la mirada de Daniel y se acercó a una camarera de bandejas de vidrio esmerilado con varias botellas y copas. Enseguida se escuchó el tintineo del cristal contra el cristal. A Daniel no se le escapó el temblor en las manos de ella.

—Intenta no derramar nada, querida.

—Preferiría... —empezó a decir Daniel.

—¿Desea otra cosa? ¡Ah, claro, *whisky*! Una copa del mejor *whisky* para nuestro Daniel, Irene —ordenó—. Eso es lo que beben en las islas, ¿verdad? No es problema. He hecho traer varias cajas de una destilería escocesa de reciente creación. Glindich o Glenfiddich... Da lo mismo, no creo que haya oído hablar de ella y su nombre es impronunciable. Estoy meditando invertir en esta compañía, pero todavía no me he decidido.

—Prefiero no beber nada, gracias. No tomo alcohol.

Adell miró a Daniel boquiabierto.

—¿No bebe alcohol?

Su pecho se convulsionó por las carcajadas al tiempo que su mano golpeaba una y otra vez el brazo del sillón, que pareció a punto de desgajarse ante la estupefacción de Daniel. Poco a poco, Adell se tranquilizó. Extrajo un pañuelo del bolsillo y se frotó los ojos húmedos. Tras un suspiro, cogió el vaso que había dejado Irene encima de la mesa auxiliar y echó un trago.

—Déjanos solos.

Irene, sin replicar, atravesó la habitación hacia la puerta. Cuando cruzó por detrás de su esposo, Daniel leyó en sus ojos una súplica que no supo comprender.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, mucho.

—¿A qué se dedica?

—Soy profesor, me licencié en Oxford.

—Bien, no todo el mundo está destinado a ser médico. —Se arrellanó en el sillón y le dio varias vueltas al coñac dentro de la copa antes de proseguir—. En mi caso, cursé los estudios de medicina porque mis padres se empeñaron. Creían que la carrera de cirujano otorgaba cierto prestigio y no quise defraudarlos. Al principio me era indiferente, sin embargo, algo más tarde y para mi propia sorpresa, me interesó profundamente... ¡Ah! —entrecerró los ojos—, tener en tus manos la vida de un semejante es algo embriagador. Sin saber cómo, me convertí en un excelente estudiante y dejé de ser aquel tarambana que seguro recuerda. He cambiado mucho, estimado amigo.

—Entonces ¿cursó usted medicina?

—Oh, no. Hubiera sido un magnífico médico, sin duda. Pero, por desgracia, tras la muerte de mi progenitor, tuve que hacerme cargo de la empresa familiar. Abandoné durante el último curso.

—Lástima.

—No crea. En realidad me hicieron un gran favor. —Sus ojos escrutaron a Daniel—. Dígame, con franqueza, ¿por qué ha venido a visitarnos?

—Quería agradecer a su esposa las atenciones que tuvo con mi padre.

—Claro, por supuesto. A mi mujer le encanta dedicarse a las obras de caridad. Es muy... generosa con su tiempo. Demasiado, a mi parecer. El lugar de una esposa debe ser su casa, cuidando de su esposo y de sus hijos. —Dio un nuevo sorbo al coñac—. Un accidente terrible el de su padre, ahogado en las aguas del puerto. Dios mío. He escuchado comentarios maliciosos... ¿Cómo decirlo suavemente? Al parecer su padre no estaba pasando un buen momento. Es una lástima que se sintiera tentado de terminar con ello de forma tan trágica.

—¿Cómo dice? —Se irguió Daniel en su asiento.

—Son tan solo rumores. Habladurías. Ya sabe cómo de provinciana es esta ciudad.

Daniel notó la tensión en sus cicatrices según crecía su indignación. ¿Cómo había conseguido aquel individuo casarse con Irene? La recordaba como una mujer de mentalidad atrevida,

independiente. Rechazó a muchos pretendientes antes de que se enamoraran y jamás la hubiera imaginado junto a un hombre así. Muchas cosas habían pasado en su ausencia que no conseguía comprender, pero, pensó con amargura, ¿quién era él para juzgarlo? Los ojos de Adell le miraban divertidos.

—Tras su vuelta ¿qué le parece Barcelona?

—Está cambiada.

—Nada comparado con lo que están haciendo en Inglaterra. Eso sí es tomarse las cosas en serio —comentó—. Aquí soportamos un gobierno débil. Los políticos pierden el tiempo con sus pullas mientras el país lo que necesita es mano firme. ¿Qué puede esperarse de un liberal como Sagasta? ¿Tiene noticia de los disturbios que se producen cada dos por tres? Los obreros se han convertido en vagos y maleantes. Ya solo nos faltaban los malditos sindicatos, no hay modo de progresar. Son unos desagradecidos, les damos pan y cobijo y... ¿Cómo nos lo pagan esos desgraciados? Dígame, ¿cómo?

Daniel dudó que su respuesta lo satisficiera, por lo que se encogió de hombros. Adell siguió entonando su discurso y alzando la voz.

—Gracias a Dios queda todavía un resquicio de esperanza: nosotros, los empresarios. Nos jugamos nuestro capital y nuestra honra para mantener en marcha este endemoniado país. Esta ciudad no sería nada sin personas como nosotros.

—Supongo que todo el mundo contribuye al progreso con su parte correspondiente.

Adell ignoró su respuesta y se puso en pie.

—Daniel, tiene que verlo con sus propios ojos. Me honraría contar con su visita a las obras que estoy llevando a cabo en la Exposición.

—No creo que pueda...

—Tonterías, estoy seguro de que uno de estos días encontrará tiempo para ello. Le sorprenderá.

—Bueno, yo...

—No se hable más —concluyó—. Ahora, lamentablemente, tengo muchos asuntos que atender. Soy un hombre muy ocupado,

muy ocupado.

Viéndose despedido de forma tan abrupta, Daniel se levantó a su vez y estrechó la mano que le tendía Adell. Por fin se dirigió a la puerta, aliviado de dar por terminada la visita y aparentando una tranquilidad que estaba lejos de sentir. La sirvienta le esperaba para guiarlo hasta la salida. Irene no apareció para despedirlo. Al llegar al vestíbulo coincidió con otro visitante que entraba a su vez.

—Señor Gavet, ¿usted por aquí?

El médico pareció azorado y le saludó con un murmullo inaudible.

—Bue-buenas tardes, señor Amat.

—¿Ocurre algo que precise de sus servicios? —se interesó Daniel.

—Oh, no, no, no. Se-se trata de una vi-visita de rutina. Soy el mé-médico personal de los señores A-A-Adell. L-Le ruego me d-dis-disculpe. Llego ta-tarde.

Daniel se hizo a un lado para dejarle pasar. Después traspasó el umbral de la casa y salió a la calle. El aire alivió la desazón que sentía. Tras ver a Irene pensaba que se sentiría mejor. Creía que conseguiría aclarar algunas cosas y de algún modo obtendría... ¿qué? ¿Qué es lo que buscaba? Ni él mismo lo sabía. En su lugar, ahora le reconcomía la sensación de abandonarla otra vez a su suerte. La visita había sido un error. Se dispuso a llamar a un coche de punto cuando escuchó unos pasos apresurados a su espalda. Al volverse, por muy poco no tropezó con la sirvienta de Irene. La joven, con la respiración entrecortada, le entregó un papel doblado en dos y, tras una inclinación de cabeza, se escabulló tal y como había aparecido. Daniel caminó unos metros antes de abrir y leer la breve nota.

Si en algo todavía me estimas, olvídalo todo y vuelve a Inglaterra.

Desechó coger un coche de caballos y empezó a subir por la calle. De pronto necesitaba andar. Desde su llegada a Barcelona todo el mundo parecía obstinado en su marcha. Ahora también Irene. Sin embargo, cuanto más empeño ponían en que regresara a

Inglaterra más sentía él la necesidad de quedarse. Aquel asunto estaba lejos de aclararse, empezaba a estar convencido de que su padre había sido asesinado y se sorprendió al comprender que no descansaría hasta encontrar al culpable.

17

Fleixa caminaba con buen ánimo hacia las oficinas del periódico. El día anterior había hablado con Sanchís y el director le había concedido a regañadientes algunos días más. Al parecer, Llopis andaba bastante perdido y su última crónica era un refrito que había erizado el bigote al veterano director. Aunque su propia situación no era mucho mejor.

A la mañana siguiente tenía cita con Amat para visitar el sanatorio de Nueva Belén. El joven había decidido retrasar su marcha y parecía bien dispuesto, al menos por unos días, a indagar en el misterio que se escondía detrás de todo aquel asunto. Amat le recordaba a él mismo a su edad. Se sonrió, Dolors se mofaría de él. Le acusaría de sentimental y con razón. Le vino a la cabeza el encuentro con Vidal y el recuerdo desvaneció su sonrisa. Le intrigaba la historia del accidente y el posterior desafecto del joven Amat con su padre durante todos estos años. Sin duda, era terrible perder a alguien querido en un incendio, pero su instinto le decía que allí había algo más. Amat había evitado sus preguntas sutilmente y él no pensaba dejarlo pasar así como así; él era periodista. Faltaban horas para finalizar la jornada y pensaba aprovecharlas.

Cruzó la entrada de la sede del *Correo de Barcelona* y, tras el intercambio habitual de reproches con Serafín, en lugar de subir hacia la redacción bajó por las escaleras que llevaban al sótano del edificio. Tras dos revueltas de escalones llegó a un corredor mal ventilado. Avanzó sin titubear por el pasillo, dejando atrás las estancias que ocupaba la imprenta del periódico, hasta detenerse frente a una puerta color burdeos. En el centro de ella colgaba una diminuta placa metálica donde podía leerse: *Archivo*. Debajo alguien había añadido con un pincel: *No molestar*.

El archivo era un departamento legendario del *Correo*, envidia de muchos de sus competidores. En aquel rincón de las entrañas del edificio se almacenaban cuidadosamente todos los periódicos, semanarios, revistas y en general todo lo que se había publicado en Barcelona, y en el resto del país, durante los últimos cincuenta años. También se guardaban artículos no editados, informes internos y documentación utilizada en el periódico. Además, mantenía una biblioteca especializada con varios miles de volúmenes. Todos la consideraban una moderna «Biblioteca de Alejandría» de la historia de la ciudad. Y allí se enviaba a los novatos en su primer día para hacerles pasar un mal rato frente al encargado de la documentación: Enric Curumillas. Fleixa golpeó la madera con un repiqueteo de nudillos y giró el pomo. La puerta se abrió rozando contra las baldosas del suelo y una ráfaga de aire caliente le dio la bienvenida. Ni siquiera una momia reseca estaría a gusto en este lugar, pensó.

—¿Quién va? —dijo una voz.

—Soy yo, Bernat Fleixa.

—Siga la luz.

Fleixa obedeció y avanzó por un pasillo oscuro de armarios hasta una mesa iluminada por una lámpara de aceite. Allí, parapetado tras columnas de carpetas y clasificadores, se sentaba un hombre de baja estatura, delgado y calvo como un alfiler. En este instante, mantenía alzada su perilla de chivo y le miraba con evidente enfado por debajo de las lentes de leer. Cubría su camisa con mangas de lustrina negra y sus manos, repletas de venas como el delta del Ebro, protegían un libro abierto donde estaba registrando entradas de documentación. Entre la fina línea morada de sus labios colgaba un pitillo apagado. Le encantaba fumar, pero jamás lo hacía dentro del archivo.

—¿Qué demonios hace usted aquí? Tengo mucho trabajo.

—Veo que sigo siendo bien recibido, Curumillas —respondió Fleixa al tiempo que sacaba un paquete de su chaqueta y lo tiraba encima de la mesa—. Le he traído un poco de tabaco picado, del bueno.

El viejo masculló entre dientes pero alargó el brazo y el tabaco desapareció en uno de sus bolsillos; luego volvió los ojos con

desgana hacia Fleixa. La luz de la lámpara formaba sombras en el aire que parecían acompañar cada uno de sus gestos.

—Está bien, ¿qué quiere?

—Necesito todo lo que se publicó sobre el incendio de la casa de la familia Amat. Ocurrió hace, más o menos..., siete años, hacia mayo o junio del ochenta y uno.

—El veinte de mayo.

Fleixa lo miró asombrado.

—No piense tonterías —dijo con desdén Curumillas—. Recientemente me han solicitado la misma documentación.

—¿Ah, sí? —preguntó Fleixa—. ¿Quién?

—Usted conoce tan bien como yo la norma del periódico que obliga a mantener la confidencialidad de las consultas en el archivo. Un poco de tabaco no le da para tanto.

—¿Sabe, Curumillas? El otro día la providencia me llevó por la fonda del Turco...

El archivero disimuló un sobresalto y entrecerró los ojos, suspicaz. Fleixa, como si no se hubiera dado cuenta, continuó hablando.

—Esos fumaderos son terribles. Los cuerpos tumbados en camillas roñosas junto a diminutos braseros. La niebla narcótica envolviéndolo todo... ¿No fue Ovidio quien dijo: «Su semblante calmado adornado de amapolas trajo la noche, y en su séquito trajo sueños oscuros»?

Alargó la pausa saboreando la tez lívida del archivero.

—Sin duda, el humo y la oscuridad del lugar me jugaron una mala pasada, pues no se va a imaginar a quién creí ver allí enroscado como una culebra a una de esas pipas...

—Fleixa, es usted un malnacido.

—Lo soy, mi madre siempre lo dijo. Ahora, si no quiere que vaya con el cuento, dígame, ¿quién buscaba esa información?

El viejo se volvió hacia su escritorio.

—Déjeme ver...

Abrió un cajón de la mesa y extrajo un cuaderno de tapas gruesas. Lo abrió por un marcador de tela verde y pasó varias páginas con rapidez. Fleixa observó las escrupulosas columnas

donde se registraba la fecha, el tipo de petición realizada y el nombre del peticionario. Curumillas pasó el dedo manchado de tinta, línea tras línea, hasta que se detuvo bajo un nombre.

—Sí, aquí está, fue hace un par de días...

El periodista alargó el cuello para ver el nombre, pero el viejo se adelantó.

—Felipe Llopis.

Fleixa dio un respingo. Maldita sea, siempre parecía ir un paso por delante de él.

—Recuerdo a ese joven. —El archivero levantó la vista del libro e hizo una mueca de desagrado—. Vino con aires de gran reportero. Nada más entrar empezó a estornudar sobre mis papeles. Se quejó del polvo y la suciedad, ¿puede creérselo?

Sin esperar la respuesta de Fleixa continuó.

—Me encomendó, ¡como si yo fuera un mozo de la imprenta!, hacerle llegar la información «más pronto que tarde». Luego se marchó sin más. Ni me dio las gracias. Andaba todo tieso, como oliendo estiércol.

—¿Y la localizó?

—¿Cómo?

—Si encontró la documentación.

—¿Por quién me toma?

Fleixa volvió a sonreír, le encantaba aquel viejo. A pesar de su fama de cascarrabias y sus dudosas aficiones, Enric Curumillas era la crónica viva del último siglo barcelonés. Que hubiera decidido enterrarse vivo en aquel agujero era solo asunto suyo. Al fin y al cabo, como él decía, era feliz entre papeles y libros. Casi le sabía mal engañarle.

—Mire, Llopis y yo estamos trabajando juntos en una noticia y necesitamos esa documentación. El chico lleva poco tiempo en el *Correo* y no conoce cómo funcionan las cosas, de hecho incluso olvidó comentarme que había bajado a pedírsela. Le transmitiré su queja y estoy seguro de que se disculpará. De todas formas, ya que estoy aquí muéstreme lo que ha encontrado. Si le parece bien.

El archivero le escrutó a través de sus lentes cubiertas de polvo. Al final, se alzó de su butaca con un suspiro, cogió la lámpara de la

mesa y le hizo una seña.

—Acompáñeme.

El viejo andaba encorvado, seguido de cerca por Fleixa. A derecha e izquierda del pasillo surgían decenas de estanterías. En cada una de ellas, sobre la madera oscurecida por el barniz y la mugre, colgaba una tabla con un complicado juego de letras y números, un código que solo entendía Curumillas.

—Las pasillos están ordenados por año, mes y día. La documentación se clasifica por fechas en cajas y archivadores, y según sean libros, periódicos, revistas, magacines, pasquines o cualquier otra publicación.

El viejo, orgulloso del sistema de organización del enorme archivo, siempre lo explicaba en detalle a cualquier visitante, aunque esa persona trabajara durante años en el *Correo* y lo conociera a la perfección.

Se desviaron por uno de los pasillos. El lugar era tan estrecho que les forzó a colocarse de costado. Curumillas, a pesar de su andar torcido, se movía con rapidez y el periodista tuvo que apresurarse para no quedarse atrás.

—Aquí está.

Fleixa miró a su alrededor intentando adivinar cómo sabía dónde se hallaba. El viejo, ignorando su desconcierto, le pasó la lámpara y deslizó una escalera hasta ellos. Subió por ella trabajosamente y rebuscó en el anaquel más elevado mientras el periodista esperaba abajo.

—Cójalo.

Un clasificador de cartón cayó entre sus brazos. Apenas pesaba.

—¿Aquí está todo?

El viejo descendió por la escalera. Su tono de voz apenas disimuló su impaciencia.

—Veinte de mayo de mil ochocientos ochenta y uno. Incendio en la mansión familiar de los Amat. Ahí se encuentran todos los documentos publicados: noticias de periódicos, informes de la guardia municipal y de los bomberos, incluso las notas necrológicas de los fallecidos. Hay menos información de la habitual, pues al parecer se evitó darle trascendencia al asunto. Ya sabe cómo son las

cosas, en cuanto la cuestión es un poco turbia ponen en marcha su dinero e influencias y todo el mundo a callar.

Dicho esto, Curumillas recogió la lámpara de la estantería.

—Puede consultarlo junto a mi despacho.

Tras volver sobre sus pasos y salir del claustrofóbico pasillo, el archivero le señaló una mesa y desapareció. Fleixa se acomodó en una silla, ajustó la espita de la lámpara de gas para tener más luz y se dispuso a ver el contenido del clasificador.

En el interior encontró media docena de carpetas. Las distribuyó sobre la mesa y eligió una al azar. Contenía varios recortes de su propio periódico. La noticia estaba recogida en la sección de local.

Un terrorífico incendio destruye
la mansión Amat

Barcelona, 20 de mayo de 1881

Esta pasada madrugada, la desgracia ha escrito una página negra en la historia de nuestra ciudad. Un incendio pavoroso, cuyo origen aún se desconoce, se ha declarado en la casa de la familia Amat, destruyendo la mansión por completo. El terrible suceso ha tenido como consecuencia el fallecimiento de dos personas y varios heridos de consideración.

Don Alec Amat Muria, hijo del insigne doctor don Alfred Amat i Roures, y la señorita Ángela Giné Roser, que se hallaba, por trágica coincidencia, de visita, han perecido entre las llamas, con seguridad asfixiados por la ingente humareda que provocó el fuego. Así mismo, don Daniel Amat Muria, hermano del fallecido y prometido de la señorita, sufrió diversas quemaduras y principio de asfixia, siendo trasladado al hospital de la Santa Creu a causa de sus heridas. En estos momentos no se conocen detalles sobre su estado, aunque nos refieren desde el centro sanitario que es grave.

Don Romualdo Gualta, escribiente, que transitaba a esas horas por delante de la casa, ha declarado que «parecía que hubieran abierto un horno en plena calle».

La casa ha ardido hasta bien entrada la mañana, sin que la brigada de bomberos pudiera hacer mucho a pesar de sus heroicos e infatigables esfuerzos.

Se da la triste circunstancia de que la señorita Ángela Giné y el joven Daniel Amat iban a contraer matrimonio en próximas fechas. La sociedad barcelonesa por completo ha quedado conmocionada a causa del impactante suceso, sobre todo con

la destrucción de los sueños de dos jóvenes en la flor de la vida. Todo el mundo envía sus condolencias a las familias ante tan inmensa tragedia.

El estilo le era familiar, aunque no consiguió reconocer al redactor de la noticia. Más tarde intentaría recordarlo. Dejó a un lado el ejemplar del *Correo* y abrió otra carpeta. Esta, más voluminosa, guardaba recortes de otros periódicos que se hacían eco del incidente.

El *Diario de Barcelona* destacaba el papel desempeñado en la sociedad catalana por el doctor Amat y se lamentaba de que hubiera sido golpeado por la fatalidad. *La Dinastía*, manteniendo su línea editorial reivindicativa, aprovechaba para exigir al gobierno civil mejoras en los servicios contraincendios. Acompañaba la noticia con una ilustración en la que aparecían varios bomberos intentando apagar el fuego. El artista lo había representado con enormes llamas. El dibujo también mostraba a dos figuras, supuestamente al doctor Amat abrazado a un joven Daniel o a su otro hijo, Alec, caído en el suelo. Debajo se leía «Nada se pudo hacer. Bomberos impotentes». Por último, *La Ilustración Española y Americana* recogía la noticia de modo más sintético en el apartado de sucesos, lamentando la desgracia del doctor Amat y recordando que también a causa de otro accidente había fallecido su esposa años atrás. Otros periódicos publicaban breves notas que no aportaban más información. Fleixa apartó los recortes y alcanzó una nueva carpeta. Esta contenía los informes de la guardia municipal y de los bomberos. Los estuvo leyendo con detenimiento aunque no esclarecían el origen de la catástrofe y abundaban en el descuido fortuito como posible motivo.

Al cabo de una hora cerró la última carpeta. Estaba decepcionado. Esperaba encontrar algún indicio de aquello que atormentaba a Amat, pero seguía tan a oscuras como antes. Quizá fueran imaginaciones suyas y el joven tan solo soportaba la tragedia de haber perdido a su hermano y a su prometida. Frustrado, resolvió marcharse. Empezó a restituir la documentación a su lugar cuando algo en el fondo del clasificador atrajo su atención. Encajado en una esquina había un papel arrugado. Lo extrajo de la caja y lo alisó

sobre la mesa. Se trataba de las anotaciones del reportero encargado de la noticia de su periódico. Al parecer habían caído de la carpeta de recortes del *Correo*. En definitiva, nada de interés, pensó mientras lo leía por encima. Sin embargo, al llegar a las últimas líneas, sintió un hormigueo en el estómago. El reportero había enumerado las posibles causas del incendio. Todas estaban tachadas una por una. Al final, entre grandes interrogantes, aparecía la palabra «premeditado». En ese instante reconoció la letra y supo quién había escrito la crónica. ¿Qué le había hecho concebir aquel listado?¿Por qué ponía en duda el accidente? Su ánimo mejoró. Aquello era algo, al fin y al cabo. Guardó la cuartilla de papel en su chaqueta. Eligió un clasificador de una de las estanterías cercanas e intercambió su contenido con el otro. Después volvió a colocar en su lugar el clasificador sustraído. No iba a ponérselo fácil a Llopis. Al pasar junto al puesto de trabajo de Curumillas, todavía ausente, dejó la caja y se dirigió hacia la salida. A medio camino recordó algo y volvió sobre sus pasos. El libro de registro todavía yacía donde lo había dejado el viejo archivero. Lo abrió por la última marca. Iniciando una nueva página aparecía su nombre, la fecha y la documentación solicitada. Había pensado borrarlo, pero al advertir que no estaban numeradas arrancó la hoja limpiamente y se la guardó en el bolsillo. Dejó todo tal y como lo había encontrado, y se dispuso a irse.

—¿Ya se marcha, señor Fleixa?

Curumillas apareció tras una estantería. Iba cargado con unos magacines.

—Eh, sí, parece que al final la documentación no nos va a servir de mucha ayuda. Se lo he dejado todo en su despacho para que lo vuelva a archivar. Muchas gracias.

—Fleixa.

—¿Sí? —contestó tirando del pomo de la puerta.

El archivero le golpeó el brazo dos veces con su mano huesuda y se volvió renqueando hacia su mesa.

—Cuando joda a ese Llopis quiero que baje y me lo cuente con pelos y señales.

Fleixa soltó una carcajada y se marchó. Desde el pasillo oyó canturrear al viejo.

18

El grupo de batas y mandiles blancos avanzaba por el pasillo del hospital de la Santa Creu con sigilo. Era costumbre realizar las rondas de visitas a los enfermos a primera hora. En el último año de preparación nadie podía saltarse las clases prácticas. Los conocimientos de los estudiantes debían ser afinados antes de obtener el título de cirujano.

—Vamos a ver, joven —abordó con impaciencia el doctor Segura a uno de los alumnos—, en ningún caso se prescribe la pomada de caléndula para esta clase de eccemas. ¿Acaso estaba dormido el día en que se impartió la clase?

El estudiante emitió un quejido, como si de repente le hubiera sentado mal la cena de la noche anterior. Varias risas se mofaron de su incomodidad.

—La reacción que hemos observado sobre las heridas de esa pobre mujer no tiene ninguna gracia, señores. Si ustedes tuvieran que sufrir ese trance se pasarían el día gritando.

—No es más que una sirvienta.

Pau observó al joven estirado, responsable del comentario que el profesor no había escuchado. Los estudiantes solían proceder de familias pudientes y para algunos de ellos tratar con obreros, criados o prostitutas del Raval estaba por debajo de la elevada consideración que tenían de sí mismos. Su mayor aspiración era acomodarse en una consulta con clientela de buena posición. Pau lo entendía de otro modo: sus habilidades eran un don, una forma de servir a los demás, sin diferencia. Frente a la enfermedad o la muerte todos eran iguales. Así se lo había enseñado su padre y ese era uno de los motivos de su pasión por los estudios.

—Bueno, ¿alguno de ustedes sería capaz de sacar la nariz de su ombligo y decirme cuál hubiera sido el tratamiento adecuado?

Pau se adelantó ignorando las miradas de sus compañeros.

—Teniendo en cuenta que la enferma padece leucemia y sufre calenturas intermitentes, en mi opinión debería administrarse licor arsenical de Fowler. Hace tres años, en Breslau, el doctor Heinrich Lissauer obtuvo unos resultados excelentes.

—Efectivamente, joven. Muy bien. —Asintió—. ¿De qué modo podríamos preparar ese tónico milagroso? Termine de ilustrar a sus compañeros aquí presentes, por favor.

Pau dudó un instante, no porque ignorara la respuesta, sino porque volvía a destacar y se había prometido no hacerlo. Finalmente, ante la evidente impaciencia del profesor, tuvo que responder.

—Se toma un dracma y dieciocho granos de ácido arsenioso bien pulverizado. Se añade igual cantidad de subcarbonato de potasa puro..., aunque también podemos utilizar sal de tártaro, yo prefiero lo primero. Se introducen ambas sustancias en un matraz y se añaden cuatrocientos cincuenta mililitros de agua destilada. Se mezcla y se hierve hasta la disolución de la mezcla. Se tara un frasco de dilución y se vierte el líquido resultante. Luego se añade de nuevo agua cuidando que todo pese exactamente cuatrocientos cincuenta mililitros. Bien tapado el frasco, se guarda durante unos días. Debe administrarse con precaución pues no deja de ser un veneno violento a pesar de sus buenos resultados.

—Alguien escucha mis lecciones, ¡albricias! —Miró con aprecio a Pau, que se sonrojó; luego se dio la vuelta y señaló al primer estudiante—. Usted, joven, se encargará de preparar el licor y administrarlo personalmente a la paciente durante la próxima semana. Y no quiero ningún error. Continuemos, caballeros, con la visita.

Los estudiantes se agruparon dispuestos a seguirlo cuando Fenollosa se adelantó y detuvo el avance del médico.

—Disculpe, señor.

Pau suspiró esperando una burla o una perorata de conocimientos sin valor que añadir a su intervención como había

hecho una y otra vez durante las últimas semanas.

—Dígame, Fenollosa.

—Hablo por todos, señor. Nos gustaría mucho que antes de proseguir visitáramos al otro paciente.

—No lo entiendo, ¿a qué se refiere? ¿Qué otro paciente? Todos los enfermos están ingresados en los pabellones, como bien sabe usted.

—No todos, señor.

Fenollosa cruzó la mirada con la de Pau. Una expresión divertida bailó en sus ojos.

—Explíquese —exhortó el doctor Segura amoscado—, no se ande con juegos.

El temor empezó a crecer en el interior de Pau.

—Corre el rumor —explicó Fenollosa— de que hay un enfermo que recibe cuidados en un ala privada del hospital, oculto a propios y extraños. ¿Tal vez sigue un tratamiento experimental? ¿Padece una rara clase de enfermedad? ¿Es alguien de privilegio y, por ese motivo, se desea ser discreto con su identidad? Este misterio, como es lógico, ha excitado nuestra imaginación. Nos gustaría tener la oportunidad de verlo y diagnosticarlo.

Un coro de asentimientos siguió a sus palabras. Pau sintió que le temblaban las manos. El profesor a duras penas ocultaba su perplejidad.

—No es posible, yo dirijo los ingresos del hospital.

Pau intervino, intentando que no se notara su agitación.

—Se hace tarde, señor. Sería mejor continuar con la visita programada.

—Espere, espere, Gilbert. Si hay un paciente ingresado sin mi consentimiento, debe aclararse enseguida. Por favor, Fenollosa, indíquenos el camino.

El grupo emprendió la marcha, esta vez bajo la guía del estudiante. Pau no sabía qué hacer. Por las expresiones de sus compañeros presintió que todo aquello estaba preparado. No podía adivinar cómo lo habían descubierto, a pesar de la cautela con que se había conducido. Miró el gesto risueño de Fenollosa mientras este contaba una anécdota que hizo reír al grupo. Por un momento la

rabia dominó sus pensamientos, aunque rápidamente volvió a concentrarse en lo más importante: cómo salir indemne de aquello que se le venía encima.

Tras atravesar el edificio por el mismo camino que Pau solía utilizar, entraron en la zona de almacén. Penetraron en la estancia donde se guardaban los canastos de ropa destinada a la lavandería del hospital y Fenollosa se detuvo.

—Es aquí. —Señaló la puerta con aire triunfal.

Pau intentó impedir que siguieran adelante, pero un compañero le cerró el paso mientras otros dos le retenían por los brazos. El doctor Segura, ajeno a lo que ocurría a su espalda, abrió la puerta y entró sin más dilación en la estancia.

La habitación no era muy grande pero disfrutaba de mucha luz, gracias al ventanal entreabierto orientado a la calle. Repartidas por todos lados había numerosas hierbas aromáticas en matraces de laboratorio y maceteros sustraídos del jardín del hospital. Se respiraba un ambiente limpio y perfumado. Sobre la cama, apoyada en varios cojines y envuelta en mantas que recogía una y otra vez con sus diminutas manos, intentaba esconderse una niña. El pelo castaño recortado a trasquilones le caía tras las orejas. Tenía la tez pálida y miraba a sus visitantes como un pequeño animal acorralado. Al observar su delgadez, la sudoración de la frente y el pañuelo que a modo de embozo le cubría la boca, el doctor se echó hacia atrás y empujó a Fenollosa y al resto de estudiantes hacia la puerta.

—¡Fuera! Todos fuera, ¡rápido!

De vuelta al pasillo tropezaron con una hermana clarisa. La mujer sostenía una bandeja entre las manos y los miraba de hito en hito. El profesor cerró la puerta con el rostro demudado. Al ver a la mujer, avanzó a largas zancadas hacia ella.

—¡Usted! Explíqueme qué hace esa niña en esta habitación.

La hermana, ante el tono enfurecido del doctor, se encogió asustada.

—Yo..., yo no sé nada. Solo me ocupo de dejar sábanas limpias, comida y agua dos veces al día.

—¿Quién le dijo que hiciera eso?

La mujer se encogió de hombros.

—Un doctor, pero desconozco su nombre.

La tez grana del profesor anunciaba un estallido de furia. La hermana desvió la mirada avergonzada intentando comprender qué había hecho mal cuando su expresión cambió de pronto.

—Ese, ese fue el joven que me lo ordenó.

Todos los ojos se volvieron hacia Pau. El profesor le miró incrédulo.

—¿Usted, señor Gilbert? ¿Usted es el causante de esto?

No había escapatoria posible. De reojo, intuyó el regocijo de Fenollosa rodeado de sus compañeros. No podía haberle salido mejor.

—Sí, señor, yo soy el responsable.

El doctor Segura estaba tan disgustado que, cuando hizo la siguiente pregunta, pareció que mordía las palabras antes de que estas salieran de su boca.

—Explíqueme, ¿cómo es posible que un enfermo de tuberculosis esté ingresado a escondidas en mi hospital?

Un clamor se elevó entre los estudiantes. Pau notó la garganta atenazada. Al menos, el rostro lívido de Fenollosa le dio una pequeña satisfacción. No sabía cómo se había enterado, pero sin duda desconocía la enfermedad que padecía la pequeña.

—¡Desgraciado! Nos has puesto en peligro, deberías ser expulsado por una cosa así —le gritó el joven con el puño levantado hacia él. Varios estudiantes más secundaron sus palabras.

Pau le devolvió la mirada sin inmutarse. Luego se volvió hacia el doctor.

—Se llama Elena.

—Me da igual su nombre, señor Gilbert. —Su evidente decepción le dolió más que las expresiones airadas de sus compañeros—. ¿Cuánto tiempo lleva esta niña aquí?

—Una semana.

—¿Una semana? ¡Dios de mi vida! ¿En qué estaba pensando? La tuberculosis es una enfermedad terriblemente infecciosa y mortal, eso lo sabe cualquier chiquillo de la calle. ¡Puede haber contagiado a todo el hospital!

—La abandonaron la madrugada del jueves pasado en los escalones de la entrada principal durante mi guardia. Tosía y sufría fuertes temblores por la fiebre. ¿Qué podía hacer? ¿Dejarla en la calle? Tomé todas las precauciones necesarias. Esta parte del edificio permanece prácticamente vacía. Aparte de mí, nadie entra en la habitación, y yo mismo me ocupo de cambiar las sábanas, darle de comer y administrarle los medicamentos.

—¿Qué tratamiento le ha estado aplicando?

El interés del médico le daba una tregua y le permitía explicarse. Sin embargo, aquello iba a suponer un nuevo problema. Tragó saliva.

—Le administré un bálsamo para la tos y le prescribí un régimen dietético adecuado. Con reposo y la habitación limpia y aireada con frecuencia ha mejorado enormemente.

—¿Y ya está? ¿No le ha aplicado sangrías diarias, ni le ha administrado purgantes?

—No, señor, no lo he hecho. Su eficacia ha sido puesta en duda.

—¿Me va a decir que con un lenitivo y un poco de alimento ha conseguido detener la enfermedad?

Pau intentó evitar su mirada inquisitiva, pero no le quedaba otra salida que contarlo todo.

—Previamente, le... le realicé una punción en la cavidad pleural e introduje nitrógeno. —Ante la expresión alarmada del médico, Pau aceleró su explicación—. Existen estudios previos realizados por Toussaint que demuestran la evolución favorable de lesiones tuberculosas cuando se produce un neumotórax espontáneo, y también Forlanini lo ha aplicado con éxito en varios pacientes mucho más graves. El colapso pulmonar favorece el proceso de cicatrización.

—¿Ha realizado usted solo una colapsoterapia? ¡Válgame Dios!

Ante el silencio de Pau, el doctor negó con la cabeza repetidamente.

—No solo ingresa por su cuenta a un enfermo infeccioso con una de las dolencias más peligrosas existentes, sino que además experimenta con métodos cuanto menos dudosos. Señor Gilbert, se ha conducido usted con una gravísima irresponsabilidad.

—Pero mi tratamiento funciona —protestó—. Elena ha dejado de toser y su esputo es limpio. Los episodios de fiebre han desaparecido. Los apósitos de la intervención no están infectados, su respiración ha mejorado y también su apetito.

—Gilbert, es usted uno de los estudiantes más brillantes con los que me he encontrado; sin embargo, su inteligencia es su perdición. Puede que haya funcionado esta vez, pero las normas están para ser cumplidas. Mañana mismo enviaremos a esa niña a la casa de tuberculosos.

El doctor se dio la vuelta y caminó pasillo abajo. Pau fue tras él.

—No, por favor. Sería lo mismo que enviarla a la muerte. Rodeada de enfermos infecciosos volverá a agravarse su estado. Se está curando, solo necesita unos días más aislada.

—¿Acaso le parece mejor poner en peligro a todo el hospital?

—Sé que he actuado mal, pero ella no tiene por qué cargar con mis errores, se lo suplico, permita que se quede. Ya no representa ninguna amenaza.

El profesor negó otra vez con la cabeza y continuó por el pasillo seguido del grupo de estudiantes. Estos se apartaron de Pau como si portara el mismo mal que la niña.

Horas más tarde, Pau salió a la calle. Caminaba con paso rápido llevando sus libros y apuntes de estudio. Por fortuna, tras celebrarse de urgencia una reunión de la Junta de la Facultad, habían decidido sancionar su conducta doblando las horas de guardia en el hospital y una multa de veinte duros. A partir de ese momento, cualquier nueva infracción le acarrearía la expulsión inmediata. Sentía alivio y, aunque no sabía cómo iba a pagar la multa, lo que le preocupaba era la niña. Si terminaba sus días en el hospital de tuberculosos sería culpa suya y de nadie más. Nada de todo eso habría pasado si no se hubiera dejado llevar por su vanidad y Fenollosa no se hubiese querido vengar del ridículo en la clase de anatomía. La pequeña necesitaba su ayuda y sabía que había hecho lo correcto, su padre lo habría aprobado. El tratamiento, a pesar de todas las reticencias del doctor Segura, funcionaba. No podía abandonarla ahora. Al día

siguiente hablaría con él e intentaría convencerle para que aceptara mantenerla allí. Se haría cargo de sus cuidados día y noche si hacía falta.

Pensando en ello, no advirtió al hombre que giraba la esquina en ese momento. El golpe le hizo trastabillar y los libros y papeles que llevaba salieron despedidos de sus manos. Una voz enojada le gritó que tuviera más cuidado. Se volvió para disculparse, pero el hombre había desaparecido entre la multitud. Al percatarse del estado deplorable de la acera, rezó para que ningún libro se hubiera estropeado. Solo le faltaba eso.

—No miras por dónde vas.

Fenollosa y su grupo de acólitos hicieron un círculo a su alrededor.

—Te crees muy listo —le susurró mientras se inclinaba y recogía uno de los libros del suelo—, pero no lo eres tanto.

Se alzó y, con gesto distraído, dejó caer el libro entre sus pies. Como por descuido, lo pisó, esbozó una sonrisa y, con una inclinación de cabeza, se marchó seguido de sus compañeros. Pau escuchó sus risas perderse calle abajo. Conteniendo su exasperación, se agachó y recuperó el libro del suelo. Las tapas colgaban descuadernadas. ¿Cómo explicaría aquello al bibliotecario? Al examinarlo con más detenimiento, un papel asomó entre las hojas. Se maldijo al pensar que sería una página rota, pero al tirar de él descubrió que era un panfleto que anunciaba el próximo Congreso Internacional Espiritista. Entonces, ahogó una exclamación de estupor.

> Sé quién eres. Te espero mañana, a la caída del sol, frente al convento de las Dominicas.

Volvió a leer las toscas palabras escritas con carboncillo. Un escalofrío recorrió su espalda. Miró a uno y otro lado de la calle. De pronto, las personas que pasaban a su lado se volvieron una amenaza. La angustia que día tras día mantenía bajo control se liberó como un torrente. Recogió con premura el resto de los libros y

corrió hacia sus habitaciones mientras intentaba retener el temblor creciente de su cuerpo.

19

Daniel Amat era más de lo que aparentaba. Las palabras de Vidal resonaban en su cabeza una y otra vez, y a ello ahora se sumaba la nota descubierta en el archivo. Suponía únicamente un indicio, pero sin duda era importante. Algo no encajaba en el papel desempeñado por el joven en el incendio. Y pensaba descubrirlo.

Fleixa aceleró el paso. La noche había caído sobre la ciudad y tan solo unas pocas farolas de gas iluminaban las aceras mojadas. Se ajustó el canotier y se ciñó la chaqueta. Al menos no llovía, pensó aliviado.

En ese preciso instante le estalló la cara de dolor.

Su cuerpo voló por el aire y cayó sobre unas cestas de cagajones de caballo que desparramaron su contenido por la acera. Unos brazos lo levantaron en volandas y lo arrojaron de nuevo hacia el lado contrario. Su espalda se aplastó contra la persiana de un colmado, que se removió con el golpe como una ola metálica.

Un hombre inmenso había surgido de un portal. Parecía tallado en roca y era ancho como la calle. A pesar del frío, vestía con una camiseta de tirantes a punto de desgarrarse por culpa de su musculatura. Sus ojos achinados brillaban divertidos bajo la gorra.

Si se trataba de un atraco no pensaba resistirse. En otro caso, al menos esperaba que no le golpeara mucho más.

—Fleixa, Fleixa, Fleixa.

Con un respingo, reconoció la voz de falsete. Una figura inusualmente alta se materializó al fondo de la calle. La mujer se acercó a Fleixa con andares felinos, envuelta en unas pieles sobre un vestido largo granate que al caminar emitía un suave roce de tela. El flequillo teñido de rubio se balanceaba entre sus ojos cargados de maquillaje. Entre el brochazo de carmín de sus labios colgaba con

descuido un cigarrillo. La Negra habría pasado por una gran dama en cualquier salón de sociedad si no fuera por su reputación y por su entrepierna.

—Hombre, Armando —atinó a decir Fleixa.

Se escuchó un chasquido de dedos. El matón atrapó con su manaza los testículos del periodista y apretó. Fleixa soltó un gemido cuando el dolor le subió culebreando por la ingle hasta la nuca.

—Mi niño, sabes bien que mi nombre no es ese.

—Claro, claro. Discúlpame —contestó mientras intentaba recuperar el resuello—. ¿Qué..., qué haces por aquí?

—He venido expresamente por ti, cariño.

Una de sus manos de uñas postizas se apoyó con delicadeza sobre el desarrollado hombro del matón.

—Pedrito, no aprietes demasiado. No deseamos que nuestro apreciado reportero salga mal herido antes de tiempo. Al menos no antes de saldar sus deudas. Mi chico —explicó a Fleixa— trabajaba antes en el circo de los Hermanos Maravilla. Su especialidad era doblar vigas de acero. Un peso pluma como tú no le duraría ni dos segundos, mejor te estás quietecito.

Fleixa asintió. Aunque lo intentara, tampoco podría moverse. La sonrisa de La Negra no era tranquilizadora, sin embargo agradeció que la presión del agarre cediera un poco, lo suficiente para poder respirar.

—No estoy nada contenta, querido. Al parecer has tenido un olvido.

—Te pagaré, lo juro. Solo necesito algo más de tiempo.

Su risa hueca resonó en el callejón.

—Ay, eres muy gracioso. ¿Tiempo, dices?

—Mi suerte está a punto de cambiar. Voy tras una noticia importante que me va a dar mucho dinero.

—Mira, Fleixa —dijo mientras le marcaba la mejilla con su larga uña—, siempre me has caído bien. Ay, no sé por qué pero siento debilidad por esos ojos tristes tuyos. —Soltó un suspiro—. Sin embargo, en mi negocio el respeto lo es todo. A mí me piden dinero y yo lo presto, es muy sencillo. Si no cobro, mal asunto. Si no cobro y no hay consecuencias, peor. La gente habla, ¿entiendes? La noticia

se extiende como la gripe y se acabó el negocio. No lo puedo permitir, ni por esa mirada que me derrite, querido. Lo siento, pero tienes que aprender algo de respeto.

El puño surgió de algún lugar, impactando en el ojo izquierdo de Fleixa. Antes de que las luces de colores remitieran, un rodillazo hundió su estómago y cayó al suelo boqueando por la falta de aire.

—Menuda pareja. —Aun desde el suelo no pudo evitar el comentario—. Seguro que os frotáis la espalda el uno al otro.

Fleixa solo tuvo tiempo de protegerse la cabeza con los brazos cuando una lluvia de golpes cayó sobre él. Una patada encontró un hueco bajo su mandíbula. Su cabeza salió disparada hacia atrás y chocó contra la persiana metálica. El sabor a sangre le inundó la boca. Antes de perder la consciencia oyó la voz aterciopelada de La Negra junto a su oído.

—Dile a tu puta que te preste el dinero. No quiero más retrasos. Si no pagas, volveremos a vernos, mi niño.

20

A primera hora de la mañana, Daniel y Fleixa tomaron un reservado en el tren de Sarriá. El periodista llevaba un apósito en la frente y un feo cardenal le cubría el ojo izquierdo. Cuando Daniel se interesó, Fleixa se mostró esquivo; optó entonces por relatarle su encuentro con el decano. También intercambiaron algunas ideas sobre el cuaderno de Homs, aunque no llegaron a ninguna conclusión. Era evidente que el padre de Daniel lo había guardado con la esperanza de que lo encontraran. Aunque todavía desconocían el motivo. Esperaban que Homs estuviera dispuesto a hablar con ellos. Quizá sabría explicarles qué relación tenía el cuaderno con los asesinatos.

Más tarde, la conversación decayó y Fleixa terminó por dormirse. Mientras su compañero roncaba sin recato, el tren cruzó el apeadero de la calle Provenza, límite de la ciudad, y dejó atrás las calles de Barcelona. Según se alejaban de la ciudad, las fábricas con esbeltas chimeneas escupiendo columnas de humo se sucedían con asiduidad. Construidas sobre antiguos campos de labranza, simbolizaban el cambio de los tiempos. Desde el vagón, Daniel observó grupos de trabajadores, hombres con la típica camisa anudada y sandalias; mujeres con vestidos de lana gris con mantel y pañuelo cubriendo el pelo, a pie camino del trabajo. Daniel se fijó en sus rostros graves y en sus breves intercambios de palabras. La mayoría portaba un hatillo con sardinas saladas y judías, una magra ayuda para pasar la dura jornada de doce horas. Todo lo que él recordaba de su infancia estaba cambiando con rapidez.

Al llegar a la estación de Sant Gervasi, descartaron esperar el coche del sanatorio y tomaron un coche de punto. Al cabo de veinte minutos, el carruaje se detuvo frente a la entrada de la finca.

El sanatorio se había construido veintiún años antes sobre una colina encajada en la vertiente meridional del Tibidabo. En un día sin nubes se podía contemplar Barcelona a los pies del Mediterráneo.

Pagaron al cochero y se encaminaron por un sendero de tierra que serpenteaba a través de un huerto hasta el edificio.

—Sabe, Amat —dijo Fleixa evitando manchar sus botines de barro—, todavía no me ha dicho por qué ha decidido continuar con la investigación.

Daniel lo pensó un instante antes de responder.

—Empiezo a estar seguro de que la muerte de mi padre no fue un accidente. Demasiadas personas insisten en mi marcha. Deseo descubrir la verdad. No me perdonaría no haberlo intentado. En lo que se refiere a culpabilidad, sé muy bien de lo que hablo. —Previendo la siguiente pregunta de Fleixa, Daniel se adelantó por el camino—. Venga, dese prisa.

Avanzaron por los jardines, que ocupaban buena parte de las cinco hectáreas del sanatorio. Una zona estaba dedicada a las legumbres y verduras, y en otra, algo mayor, crecían limoneros y manzanos. Su disposición era tal que rodeaban la finca y permitían la vigilancia continua sobre los internos del sanatorio sin parecer una prisión.

—¿Cree que nos atenderán? —preguntó Fleixa.

—El director era un buen amigo de mi padre.

—Entonces me mostraré respetuoso, no se preocupe.

—Ahora sí estoy preocupado.

Fleixa iba a protestar cuando vio la sonrisa de Amat y rió entre dientes hasta que un pinchazo en la mandíbula le hizo soltar un gemido.

Tiraron del llamador. Una religiosa de San Vicente de Paúl abrió la puerta. Se alarmó ante la cara amoratada del periodista y Daniel intervino para tranquilizarla.

—Buenas tardes, hermana. Venimos a ver al señor director.

La mujer asintió y se retiró, dejándoles en un bonito patio porticado presidido por una capilla. Unos minutos más tarde, un vozarrón tronó a sus espaldas.

—Espero que tengan una buena razón para molestarme.

Junto a una puerta entreabierta, les observaba un hombre con bata blanca y brazos en jarras. A pesar de haber sobrepasado el medio siglo, Antoni Giné mantenía un cuerpo robusto. Su cabeza parecía cincelada en mármol y colocada después sobre sus anchos hombros. Su mirada iba de uno a otro y Fleixa sintió cómo lo evaluaba y clasificaba automáticamente. El hombre conservaba una espesa mata de cabello que se encrespaba como pintada con trazos de pincel y llevaba con orgullo una barba estilo *mutton chops*, patillas gruesas y largas hasta la barbilla.

—Gracias por recibirnos, señor Giné —saludó Daniel.

Al reconocer al joven Amat, el rostro del médico enrojeció y sus manos se crisparon. Avanzó dos pasos, dispuesto a saltar sobre él. Daniel se mantuvo en el sitio con gesto tenso. Fleixa les observó sin saber qué ocurría hasta que cayó en la cuenta. Aquel hombre era el padre de Irene y Ángela Giné.

—Cuando la enfermera dijo su nombre pensé que se había confundido. Lo suponía muerto, señor, y más le hubiera valido que así fuera —masculló—. Les concedo dos segundos para marcharse por donde han venido, en caso contrario mandaré que les echen.

—No me hubiera atrevido a venir sin una buena razón, señor Giné —contestó Daniel—. Necesito su ayuda. Se trata de un asunto relacionado con la muerte de mi padre.

En el rostro del director apareció la duda. Finalmente tomó una decisión. Cuando volvió a hablar parecía envejecido.

—La muerte de su padre fue un golpe inesperado. Nos unía una gran amistad y, por respeto a su memoria, les escucharé.

Daniel soltó el aire que retenía. Antes de llegar al sanatorio, no estaba seguro de que le permitiera decir una sola palabra.

—Su muerte no fue un accidente.

El médico les dirigió una mirada de desconfianza similar a la que reservaba a sus propios internos.

—Entiendo sus reservas —insistió Daniel—, pero tenemos pruebas de que fue asesinado.

—¿Asesinado? Dios mío. ¿En qué puedo ayudarles yo?

—Por lo visto, uno de sus tarados, antes de perder la chaveta... —empezó Fleixa.

Giné arrugó el ceño.

—¿Perdón? ¿Cómo dice?

—Mi compañero —intervino Daniel— quiere decir que uno de sus internos podría ayudarnos a aclarar las circunstancias de su muerte. Deseábamos tener una entrevista con él.

—Algunas de las personas que tenemos con nosotros sufren graves trastornos y no están permitidas las visitas. ¿Quién es el interno?

—El doctor Homs.

—Imposible.

—Es preciso que nos entrevistemos con su paciente, señor Giné —insistió Daniel.

El director cogió aire.

—No confundan mis palabras, señores. Es imposible no porque desee impedírselo, sino porque el señor Homs abandonó el centro hace nueve meses.

Daniel y Fleixa se miraron indecisos.

—Acompáñenme a mi despacho. Allí podremos hablar.

Cruzó la puerta y se adentró en el sanatorio seguido por Daniel y Fleixa.

—¿Por qué este nombre? —preguntó el periodista en un intento por romper el incómodo silencio que se había instalado entre ellos.

El doctor Giné le miró sin entender.

—Nueva Belén —apuntó Fleixa.

—Ah, por supuesto, el nombre del centro. Fue en honor del sanatorio de Bethlem de Londres. Toda una referencia.

—¿Tienen muchos internos?

—Señor...

—Fleixa.

—Señor Fleixa, ¿está usted interesado en la frenopatología?

—¿Freno qué?

—Es el estudio de las enfermedades mentales —apuntó Daniel.

Giné le miró de reojo.

—Veo que no ha olvidado todo lo que le enseñó su padre.

Daniel no contestó y el médico reemprendió la explicación con un tono menos rígido.

—Somos pioneros en el país. Nos dedicamos desde hace más de treinta años al estudio de estas enfermedades —explicó con orgullo mal disimulado—. Incluso editábamos nuestra propia revista científica hasta hace tan solo tres años.

—Pero ¿cómo se estudian las enfermedades mentales? —insistió Fleixa.

—Verá, un enajenado no es más que un enfermo. Ha sido necesario un cambio sustancial en el sentido común de la sociedad en estos últimos decenios para que esa idea empiece a aceptarse. Por desgracia, todavía chocamos con la incomprensión de muchos.

Giné pareció olvidar su presencia y empezó a hablar como si estuviera en una tribuna de la universidad.

—Galeno resume los trabajos precedentes sobre la locura. Sostuvo con ardor una doctrina fundada en los principios del *humorismo* según la cual la melancolía dependía de un humor que se forma en el hígado; la demencia de la falta de espíritus animales; la imbecilidad del decaimiento de los mismos, y la manía de un estado de perversión de estos. Estas ideas, en verdad, contrastan con los conocimientos sobre la anatomía y fisiología del sistema nervioso que este hombre poseía. Por suerte, aparecen después puntos de vista más pragmáticos que nos conducirán al estudio del cerebro.

Fleixa amagó un bostezo, lo que le valió una reprimenda silenciosa de Daniel. El director continuó con su disertación, ajeno a las expresiones del periodista.

—A pesar de todo, los enfermos han tardado mucho en ser tratados como merecen, es decir, como personas necesitadas de atención médica. En este sentido, Nueva Belén ha alcanzado un considerable prestigio. Hemos establecido un régimen de libertad y expansión compatible con su estado frenopático, una vigilancia ininterrumpida, unas condiciones higiénicas escrupulosas y, sobre todo, adoptamos un plan curativo de acuerdo a cada una de las condiciones individuales que presentan los enfermos.

Se desviaron por un pasillo y entraron a un ala distinta del edificio. A derecha e izquierda se sucedían las puertas. Nada más traspasar el umbral, les recibió un coro de lamentos y gritos. Daniel

y Fleixa se miraron alarmados pero el doctor, sin inmutarse, avanzó por la sala.

El periodista se detuvo frente a una de las puertas metálicas y asomó la cabeza por el ventanuco abierto a la altura de los ojos. En el centro de una habitación de reducidas dimensiones, sentado sobre un catre, se debatía y aullaba como un animal un hombre calvo. Sus manos estaban metidas dentro de unos guantes sin dedos, acolchados en la parte de las muñecas y rodeados por unas abrazaderas que salían de un cinturón de cuero sujeto al muro.

El director se percató de la curiosidad de Fleixa.

—A pesar de haber perdido por completo las facultades intelectuales, en este hombre continúa la agitación. Para evitar los impulsos agresivos lo mantenemos la mayor parte del día sujeto con ese ingenioso aparato. No puede usar los brazos para dañarse y conseguimos que el pecho no se encuentre oprimido como ocurriría si usáramos la camisa de fuerza.

—Pero... es horrible.

—Imagine la alternativa.

Dicho esto, giró sobre sí mismo y continuó andando seguido de Daniel y Fleixa.

—Actualmente nos ocupamos de casi cien internos. El ala derecha del edificio la ocupan los hombres y la izquierda las mujeres. Los enfermos se dividen en tres secciones: los tranquilos, los agitados y la que acabamos de ver, la de los furiosos. Aquí vienen enfermos de alta condición social. Disponen incluso de criado por catorce duros más la pensión respectiva, que, si es de primera categoría, son treinta y seis duros. Tenemos también de segunda y tercera categoría, más económicas, claro.

Por fin llegaron a su despacho. Era un espacio agradable con dos amplios ventanales abiertos al jardín. El lugar apenas había cambiado tras la última vez que estuvo allí, advirtió Daniel. Las mismas estanterías blancas con vitrinas de cristal apoyadas contra la pared y, en su interior, los mismos manuales médicos, el estereoscopio del doctor y su colección de cráneos humanos de diversos tamaños. En las paredes colgaban varias titulaciones y

reconocimientos académicos. El escritorio, abarrotado de libros e informes, era el de un hombre ocupado.

En su recorrido, los ojos de Daniel tropezaron con un retrato en sepia apoyado tras la mesa. Contuvo un estremecimiento. Aunque más jóvenes, las hubiera reconocido en cualquier lugar. Ángela e Irene rodeaban a su padre sentado en una silla. Sonreían, esperanzadas ante un futuro que se prometía maravilloso. Una imagen familiar. Al leer la fecha junto a la firma del retratista palideció. Una semana antes del incendio.

Giné les hizo tomar asiento en unas sillas frente a la mesa. Su rostro se entristeció al seguir la mirada de Daniel.

—La verdad, Amat. No esperaba volver a verle.

—No hay mucho que pueda decir a eso, señor. —Dudó un instante—. Fui a visitar a su hija.

El hombre asintió con amargura.

—Fue un duro golpe para ella perder a su hermana y a usted al mismo tiempo. —Ante el desconcierto de Daniel, continuó—: Estaba al corriente de su relación, por supuesto. Con su desaparición, Irene no tuvo más remedio que aceptar la propuesta de matrimonio de Bertomeu Adell. Pobre muchacha.

El director le observó durante unos segundos y entonces abrió la boca en una mueca de incredulidad.

—No lo sabe, ¿verdad?

Ante el gesto de ignorancia de Daniel, se arrellanó en el sillón y dirigió su mirada a través de la ventana.

—Casi ni nos hablamos después de... aquello. No me corresponde a mí aclararle las cosas. Si quiere saber algo tendrá que hablar con ella.

Daniel quiso insistir pero, ante la impasibilidad del médico, retuvo las preguntas que le ardían en la garganta. Tragó saliva e intentó centrarse en el asunto que les había traído allí. En pocas palabras le resumió los hechos.

—Mi padre creía haber descubierto al asesino de esas pobres mujeres, lo que provocó su muerte —acabó—. Me hizo llegar este cuaderno cuyo propietario original es el doctor Homs. Estoy

convencido de que guarda alguna relación con este asunto y por ese motivo deseábamos hablar con él.

—Ya veo —respondió Giné cruzando los dedos bajo la barbilla—. Comprenderán que las circunstancias por las cuales el señor Homs estaba interno son confidenciales. Puedo decirles, no obstante, que evolucionaba de forma positiva. Por eso mismo, nadie esperaba los acontecimientos tal y como se produjeron más tarde. Sin duda, ahora veo que guardan relación con la muerte de su padre.

El director cerró los ojos y empezó su relato.

—Homs padecía un trastorno nervioso debido al fallecimiento de su esposa. Si bien no confiábamos en una completa recuperación, conseguimos estabilizar su estado. Había perdido toda esperanza y de ese modo es casi imposible la curación. Cuando ya pensábamos en abandonar, todo empezó a cambiar. Entabló amistad con uno de los internos. Al parecer, este paciente poseía también conocimientos de medicina. Durante los siguientes meses Homs pareció revitalizarse y por primera vez entrevimos la posibilidad de que lograra superar su trastorno y se curase por completo. Ante la sorprendente progresión, se les permitió incluso disponer de un pequeño laboratorio. Aquello ya se había convertido en un caso de estudio y estábamos entusiasmados.

—Algo salió mal, ¿no es cierto? —inquirió Fleixa.

—Sí. —Suspiró—. Una mañana descubrimos a uno de los vigilantes de noche inconsciente. Le habían golpeado con una barra de hierro. Al cabo de una hora, tras comprobar que los pacientes no se habían movido de sus cuartos, encontramos al compañero del doctor Homs en el laboratorio. Estaba muerto y prácticamente irreconocible a causa de los cortes que habían sufrido su rostro y sus manos, seguramente intentando defenderse. Logramos identificarlo gracias a sus ropas y su documentación.

—¿Por qué Homs haría algo así? —preguntaron casi al unísono Daniel y Fleixa.

—Es un misterio. Restan muchos secretos por desvelar de la mente humana. —Su voz bajó una octava. Daniel se dio cuenta de que aquel suceso le había herido profundamente—. Hace nueve

meses que ocurrió este incidente y continúo sin saber el motivo. Como comprenderán, supone un gran fracaso profesional.

—Sin lugar a dudas no fue culpa suya —concedió Daniel.

El director agradeció con una triste sonrisa sus palabras.

—Entonces, ¿la recuperación del doctor Homs fue una farsa? —preguntó Fleixa.

—Así parece. Nos engañó a todos. Incluso a su padre, Daniel. Justo la tarde anterior a que ocurrieran los hechos vino a visitarle. Lo hacía frecuentemente. Ese día hablamos de la excelente recuperación que mostraba Homs y nos felicitamos por ello. Era todo mentira. —Negó triste con la cabeza—. El sanatorio denunció los hechos a las autoridades, pero estaban más preocupados por unos disturbios en La Maquinista que por la huida de un interno del sanatorio. Con todo, el doctor Homs sigue libre y es peligroso, muy peligroso. Sufre una variante de locura moral. No sería extraño que volviera a matar...

No fue necesario que continuara. Si no erraban en los cálculos, justo unos pocos meses después de la huida de Homs apareció el primer cadáver en la Barceloneta. Todo apuntaba a que el doctor Homs era el más que probable asesino que perseguía su padre.

—Hay algo más. Un detalle que hace todavía más inexplicable la acción de Homs.

Le alentaron para que continuara.

—Durante las últimas semanas antes de su fuga, Homs se quejaba de fuertes dolores en el costado. En una de las revisiones periódicas se le detectó un tumor en el hígado. La enfermedad estaba en un grado muy avanzado. No le resta más de un año de vida.

Antes de que pudiera añadir nada más fueron interrumpidos por la entrada de una religiosa claramente apurada.

—Doctor, le necesitamos. El interno Ferrer ha sufrido una nueva crisis.

—Enseguida estoy con usted —dijo levantándose—. Siento despedirme de esta forma, Amat. Ojalá encuentren a Homs y puedan demostrar que fue responsable de la muerte de su padre.

Discúlpenme. Les enviaré a una auxiliar para que les acompañe a la salida.

Ya en la puerta, se volvió hacia Daniel.

—Me costó aceptar la muerte de mi hija. Durante mucho tiempo lo culpé por ello. Pero en realidad fue un accidente, una desgraciada fatalidad. Todavía me pregunto qué hacía Ángela allí aquella noche. —Le miró a los ojos—. Es usted joven todavía, demasiado joven para arrastrar esa culpa. Hable con Irene.

Sin decir más, se marchó precipitadamente junto a la enfermera dejándolos solos. Fleixa se levantó de un salto, rodeó el escritorio del director y empezó a registrarlo.

—¿Qué hace?

—No me fío del matasanos. Necesitamos más información. Ayúdeme.

—¿Está usted bien de la cabeza?

—Curiosa pregunta para ser formulada aquí, ¿no le parece? —contestó con una sonrisa sin dejar de remover papeles—. ¿Quiere o no quiere resolver el asesinato de su padre? Ocúpese del archivador —añadió señalando a su espalda.

Daniel dudó un instante. Finalmente se acercó al mueble de tres cajones. Intentó abrir el primero de ellos, pero se resistió. Tiró con fuerza; sonó un chasquido y el cajón salió despedido contra al suelo con estrépito. Una decena de informes de pacientes cubrió la alfombra.

Los dos miraron hacia la puerta esperando de un momento a otro que se presentara en el despacho todo el personal del sanatorio atraído por el escándalo. Sin embargo, nadie apareció.

—Ayúdeme, rápido —pidió Fleixa.

De modo apresurado, devolvieron los informes a su lugar. De pronto, Daniel detuvo su manos sobre un expediente. Por un segundo creyó que sus ojos le engañaban. Leyó hasta tres veces el recuadro donde aparecía el nombre del paciente: Bertomeu Adell.

Olvidó las prisas y lo abrió.

Adell había sido ingresado en el sanatorio un año antes a causa de varios síntomas de agitación e impulsos agresivos. Según el escueto informe, los familiares creyeron imprescindible su

internamiento después de que casi matara a golpes a un sirviente. El motivo: no le gustó cómo le sirvió el desayuno. El dinero e influencia de su progenitor habían impedido que el asunto trascendiera y evitado su ingreso en la cárcel, pero a cambio se habían visto obligados a internarlo. Al cabo de un mes, el padre murió y pocos días después Bertomeu fue dado de alta. Había una nota del doctor desaconsejándola.

Fleixa le interrumpió.

—¿Qué está haciendo?

—Nada.

—Bien, pues mientras usted se entretiene yo lo he encontrado. —Le mostró unas hojas con un gesto de triunfo—. Vamos. Dese prisa. Estarán a punto de llegar.

Daniel guardó el expediente de Adell en su lugar y, con ayuda del periodista, colocaron el cajón en el archivador. Se aseguraron de que todo quedara tal y como estaba y salieron al pasillo. En ese momento, una religiosa de edad avanzada les salió al paso provocándoles un sobresalto.

—Me han indicado que les acompañe. Síganme, por favor.

Disimulando su alivio, la siguieron por los pasillos del sanatorio hasta la entrada principal. Al salir al exterior, Daniel se volvió e impidió que cerrara la puerta tras ellos. La mujer esperó con gesto amable.

—Dígale, por favor, al director que le agradecemos mucho su ayuda. Y que... intentaré hacer algo al respecto. Él entenderá.

Ella asintió con la cabeza y se despidieron. Cruzaron apresurados los jardines y tomaron un coche de vuelta a la estación de Sant Gervasi.

21

Una vez instalados en el compartimento se relajaron. Habían sido afortunados, llegaron a tiempo de coger el primer tren de la noche a Barcelona. Tras darle unas monedas al revisor, consiguieron un departamento vacío y cerraron las cortinas para que nadie les molestara.

A salvo de miradas curiosas, Fleixa extrajo el informe que habían sustraído.

—¿Sabe? Está más loco de lo que creía.

El periodista ignoró el comentario de Daniel, concentrado en el grueso fajo de papeles ordenado por fechas. Descartaron las primeras hojas de formularios administrativos hasta llegar a la parte donde se describía el ingreso del doctor Homs y los tratamientos seguidos.

> Frederic Homs, cuarenta y cinco años, médico de profesión, viudo y sin hijos. Desde hace tres semanas (de acuerdo al testimonio de sus acompañantes) está enfermo de mente. En un primer estadio, se ha diagnosticado un fuerte delirio incoherente con accesos agresivos. Numerosas alucinaciones de vista y oído. Le cuesta reconocer a amigos y familiares. Tiene un insomnio recurrente. Se concluye la urgencia de actuar para evitar la demencia total.
>
> Tras las primeras exploraciones, se prescriben por las mañanas baños calientes acompañados de chorro frío en la cabeza, pasando a continuación a urticar al paciente. Por las tardes se aplicarán al interno dos sesiones de ducha escocesa, alternando como es usual el agua fría y la caliente, y electroterapia. Complementariamente, se administrará licor de Fowler para los eccemas aparecidos en su piel. De modo inicial, para relajar su estado nervioso, tomará dos medidas de hidrato de cloral.

Establecido el tratamiento inicial, le habían hecho un seguimiento exhaustivo según se desprendía de las siguientes notas:

> Transcurrido un mes y dos días desde su ingreso, no se percibe mejora en el paciente.
>
> Se recomienda un uso más intensivo de la terapia, a la que se añade la aplicación de una moxa en la región de la nuca para derivar el humor insano. Debe asegurarse que la piel esté seca y que la mecha sea de algodón o estopa quemada. De forma complementaria, y ante las reiteradas alucinaciones del señor Homs sobre su mujer, a la que sigue escribiendo y solicitando que se envíen sus cartas sin reconocer que esta ha fallecido, se recomienda la aplicación de estramonio combinado con opio.

Los sucesivos documentos eran informes escuetos que registraban la evolución de Homs.

> Pasadas dos semanas, se observan leves cambios, no significativos. La moxa supura abundantemente, los síntomas no ceden. Se aplica otra moxa, que se excita vivamente una vez desprendida la escara. Se incrementan las sesiones de electroterapia.

De ese modo continuaba el tratamiento durante varias semanas; los apuntes mostraban un periodo de mejoras y recaídas frecuentes. El estado de Homs parecía evolucionar de manera favorable según las anotaciones, aunque no lo suficiente. En el mismo sanatorio empezaban a asumir que la completa recuperación del doctor no sería posible.

Entonces entabló amistad con aquel interno.

Ese fue un verdadero punto de inflexión, tal y como las notas reflejaban. Durante los siguientes meses, Homs experimentó un gran cambio, hasta tal punto que se recomendó su alta. En la parte final del expediente, Giné incluía una breve nota fechada dos días antes del asesinato del compañero de Homs.

> Alfons Martí, varón de veintiséis años, con claros síntomas postraumáticos, ingresado el día quince de febrero del año 84, paciente del doctor don Alfred Amat i Roures. Tras salir de la etapa de aislamiento, se ha mostrado como un excelente

compañero para el doctor Homs. Es preciso estudiar la interacción entre estos internos pues ha resultado de un valor terapéutico prodigioso.

—¿Mi padre? —Daniel releyó de nuevo la nota—. ¿Mi padre era el médico del hombre que acabó siendo víctima del doctor Homs?

—Menuda casualidad, ¿verdad?

Daniel reflexionó unos segundos antes de responder con un gesto afirmativo.

—Con frecuencia acudían a mi padre pacientes cuyos padecimientos físicos escondían también dolencias mentales. De hecho, él mismo insistía en lo importante que era el conocimiento de la *psique* del enfermo para entender su sufrimiento. Opinaba que muchas de las enfermedades eran producto de un desequilibrio mental. Algunos le tachaban de iluminado; sin embargo Giné, como amigo suyo, compartía sus afirmaciones. Por ello, mi padre no dudaba en enviarle algunos pacientes. —Su rostro se ensombreció—. Es una terrible coincidencia. Ahora comprendo el empeño de mi padre. Cuando Homs asesinó a ese hombre y escapó del sanatorio, se sentía doblemente responsable como amigo del asesino y médico a su vez del asesinado. Detener a Homs se convirtió en una cuestión personal.

Se mantuvieron callados el resto del camino, inmersos en sus propios pensamientos. Caía la noche cuando el tren se detuvo en la plaza de Cataluña.

22

Pau cruzó la cancela de hierro de la calle del Carmen. Difícilmente podía sentir más cansancio. No recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido de forma decente. Le dolían los ojos y un molesto zumbido se había instalado en su cabeza; llevaba trabajando más horas seguidas de las que recordaba en su vida.

A las largas jornadas en el hospital, como parte del castigo por el asunto de la niña, debía añadir las horas de clase y estudio. Le consolaba saber que Elena continuaba ingresada. Tras la última exploración parecía que ya no había peligro de contagio, por lo que habían permitido que se quedara en el centro hasta su alta. A pesar del enfado, el doctor admitió que el tratamiento efectuado había dado buen resultado, pero no por ello rebajó las medidas disciplinarias. Pau sentía alivio por cómo había concluido el asunto. Sin embargo, ahora tenía otra preocupación.

Extrajo la nota del bolsillo de su chaqueta y la releyó por enésima vez. A duras penas evitó un escalofrío. Alguien había descubierto su secreto. A pesar de adoptar las medidas más prudentes que había podido no habían servido para nada ¿Quién podía ser? ¿Cómo lo había logrado? Solo había un modo de saberlo. Guardó la nota y se encaminó hacia el lugar de encuentro.

Al principio no lo reconoció, su estado dejaba a las claras que las cosas no le iban nada bien. El hombre esperaba entre las sombras de la calle Elisabets, frente al convento de los Ángeles. No había sobrepasado los cuarenta años, pero aparentaba diez más. Miraba a uno y otro lado, y golpeaba el suelo con los pies intentando alejar el frío. La ropa de buen corte se veía sucia y desgastada, y el abrigo le caía holgado como si su cuerpo hubiera perdido varias tallas. Al

aproximarse, Pau observó que sus ojos, hundidos en un rostro famélico, eran dos puntos enrojecidos. Olfateaba el aire como una rata esperando problemas.

—Buenas tardes, *señor Gilbert* —seseó con una inclinación torpe y un simulacro de sonrisa—. ¿De ese modo se os conoce ahora, no es cierto?

—Albert —contestó Pau.

El hombre simuló estar ofendido.

—Después de tanto tiempo, ¿eso es lo único que se le ocurre decir? ¿Albert? ¿Nada de cómo está, me alegro de verle o qué ha sido de su vida en estos últimos y malditos años?

Pau no respondió. Miró de reojo a lo largo de la calle por si aparecía alguien de la universidad que pudiera verlos y se preguntase qué tratos mantenía con aquel individuo.

—No se inquiete, a estas horas no pasa casi nadie por esta calle, incluso las hermanas del convento se guardan del frío; pero si lo desea podemos cambiar de lugar.

Aunque Pau hizo un gesto de indiferencia, el hombre se desplazó hacia un portal contiguo. En cuanto llegaron atrajo hacia sí a Pau y bajó la voz. Hedía a vino y a sudor rancio.

—Al contrario que usted, yo sí me he preocupado por su persona. Y veo que le ha ido bien, muy bien —afirmó echándole un vistazo—. Sí, señor, luce usted como un verdadero caballero.

—¿Qué quieres?

—Directo y al grano, ¿no? Muy bien, como quiera. Mire, señor Gilbert —dijo marcando las palabras otra vez con burlona cadencia —, creo que su padre no hubiera estado nada satisfecho de su comportamiento.

De un manotazo, Pau lo apartó. No pudo evitar que su voz temblara de rabia.

—No se te ocurra nombrar a mi padre.

El hombre forzó una mueca desagradable. Se rascó la mejilla sin afeitar y escupió en el suelo.

—¡Ah, sí! Pobre... Murió, ¿no es cierto? Un accidente con el carruaje. Malas carreteras aquellas.

Pau apretó las mandíbulas hasta sentir la sangre en su boca.

—Suelta lo que tengas que decir de una vez.

—¿Sabe, señor Gilbert?, yo venía con la mejor disposición, pero usted se conduce con la misma falta de consideración que su progenitor.

—Todavía fue excesivamente benévolo contigo.

—¡No merecí aquel trato!

—Era prácticamente una niña, miserable.

—¡Una fulana! ¡Eso es lo que era! Me engatusó y luego fue con el cuento por ahí.

—La violaste y la dejaste embarazada. Ella y el recién nacido murieron en el parto. ¿No te remuerde la conciencia?

El hombre puso los ojos en blanco, después cruzó un dedo sobre los labios y bajó la voz en un susurro.

—No debería tratarme con tanta rudeza, no le conviene.

—¿Qué quieres decir?

Le estaba costando mucho esfuerzo controlar el desprecio que sentía por aquel sujeto.

Años atrás, Albert había entrado a trabajar en el servicio de la casa. En principio cumplía con sus tareas como un sirviente más hasta que se encaprichó de Francisca, una joven criada. Todo el mundo sabía que la había acosado durante semanas y que había sido rechazado una y otra vez. Finalmente, una tarde hallaron a la pobre muchacha escondida en la carbonera, malherida y con la ropa destrozada. La joven, aterrorizada, se negó en redondo a denunciarlo y eso evitó que Albert fuera a prisión; sin embargo, su padre no se anduvo con contemplaciones: lo echó a patadas e hizo lo posible para que nadie volviera a contratarlo. Después se supo que Francisca esperaba un hijo.

—Debe estar preguntándose cómo lo he descubierto. —Rió—. Voy a satisfacer su curiosidad: hace una semana caminaba por esta misma calle. Llovía a cántaros y me refugié en un pasaje, justo frente al hospital. Intentaba secar mis ropas cuando un estudiante salió del edificio y se dirigió hacia mí. Andaba con prisas. Ni me miró a la cara, pero yo sí lo hice. Me resultó muy familiar. Pero ¿cómo podía yo conocer a un joven caballero como aquel?, me pregunté. Tras aquella tarde, volví varias veces y durante días enteros estuve

vigilándole. Necesitaba desentrañar el misterio. Una noche, a punto de desistir, me vino a la cabeza como una revelación. Al principio, creí que la bebida me estaba jugando una mala pasada. ¡Hay que ver cómo ha cambiado! Imagine mi alegría cuando confirmé su identidad a pesar de su nuevo peinado y vestimenta. Va usted siempre a solas y hasta el anochecer no sale del hospital, muy inteligente por su parte. De ese modo, es más fácil pasar desapercibido, ¿verdad?

Pau no contestó.

—Como imagina, agradecí a Dios mi buena fortuna. No estoy pasando por una buena racha. Se trata de algo temporal, necesito dinero. Los amigos están para eso. ¿No es así? Usted me ayuda a mí y yo le ayudo a usted. No me importan sus asuntos, ni qué pretende con esta farsa, pero tengo la lengua muy suelta, ¿sabe? Por lo que si usted me echa una mano para salir de este mal momento, a cambio yo no iré por ahí compartiendo nuestro pequeño secreto.

Pau tomó aire antes de preguntar.

—¿De cuánto exactamente estamos hablando?

—Nada que usted vaya a negar a un viejo amigo.

—¿Cuánto?

—Ciento cincuenta pesetas.

Pau contuvo una exclamación. Esa cantidad suponía más dinero del que le costaba el curso completo en la facultad.

—No dispongo de tanto.

Con un gruñido, Albert empujó violentamente a Pau contra el portal. Lo que le hizo soltar un grito que enmudeció al recibir un puñetazo en el vientre y quedarse sin resuello. El antiguo sirviente tiró de las solapas de su chaqueta y apretó su cuerpo contra el suyo.

—Si pensaba librarse por ser quien es está en un error. Me va a pagar. Me lo debe por lo que me hizo su padre y por toda la miseria que he tenido que tragar desde entonces. ¿Me oye? Si no quiere ver su juego descubierto, al final de esta semana quiero el dinero. Aunque, si lo prefiere —su rostro se iluminó—, también lo podemos arreglar de otro modo.

Pau intentó resistirse, pero la fuerza del hombre le impedía moverse. La saliva impregnada de aguardiente de Albert recorrió su

mejilla mientras una mano se deslizaba hacia su entrepierna. Pau forcejeó hasta lograr liberar un brazo. Con el codo golpeó el rostro del antiguo sirviente y le hizo trastabillar hacia atrás.

La bofetada de Albert le dio de lleno. Escuchó un crujido cuando se golpeó la cabeza contra la pared. Una sensación de ingravidez dominó su cuerpo y se derrumbó. El hombre esbozó una sonrisa aviesa mientras se limpiaba con la manga la sangre de su labio.

—Esto pienso disfrutarlo.

Alzó el puño dispuesto a golpear de nuevo cuando, de pronto, la calle se llenó del traqueteo de un coche de caballos. El antiguo criado miró a su derecha, soltó una blasfemia y se inclinó a su lado.

—El jueves a las ocho. En San Justo. No se le ocurra hacerme esperar.

Pau apenas escuchó sus palabras ni sus pasos alejándose. Hubo un movimiento brusco a su lado, voces y gritos. Unos brazos robustos le agarraron y pusieron en pie.

—¿Se encuentra bien? ¿Está herido?

Pau intentó enfocar la mirada. Aquella voz le era conocida. Los ojos poco a poco recobraron su función y con asombro reconoció el rostro de su salvador.

El fuego mantenía la habitación en una agradable temperatura; a pesar de ello, Pau sentía todavía el frío de la calle calando sus huesos. El café caliente que sostenía entre las manos tampoco lograba detener sus temblores. A su izquierda se sentaba Daniel Amat. Su mirada profunda tras sus lentes, aquellos ojos grises llenos de energía tan parecidos a los de su padre... Ocultó su turbación con un carraspeo.

—Se ha librado de una buena.

Asintió y sorbió el líquido negruzco de su taza.

El acompañante de Amat dejó a un lado unos documentos que sostenía entre las manos.

—Es escandaloso. Un intento de robo casi a las puertas del mismo hospital. El individuo era muy ágil y escapó a pesar de mi intervención.

Ante la respuesta del periodista, los labios de Daniel insinuaron una sonrisa. Pau respiró con alivio. Los dos hombres habían supuesto que Albert era un ladrón. Aquello facilitaba las cosas.

Haciendo caso omiso a la expresión jocosa de su compañero, Fleixa se acercó y le tendió la mano.

—Mi nombre es Bernat Fleixa. Tal vez haya oído hablar de mí, soy periodista del *Correo de Barcelona*.

Pau le estrechó la mano, negando con la cabeza. Intentó esbozar una expresión de disculpa que no sirvió para mitigar la decepción del reportero.

—Lo siento, señor Fleixa, no le conocía.

El periodista disimuló su disgusto apoyándose en el cercano escritorio con fingida indiferencia. Daniel, evidentemente divertido, se volvió hacia Pau con un brillo de curiosidad en los ojos.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Salí del hospital cuando ese individuo surgió de improviso con intención de robarme. Estaba agotado tras muchas horas de trabajo y no pude hacerle frente, de otro modo me hubiera deshecho de él sin dificultad. Me pilló desprevenido, nada más.

—¿Consiguió su propósito?

—¿Cómo?

—Si le robó algo valioso, debería denunciarlo.

—No, no, no —contestó con apuro.

Se hizo un silencio. Pau aprovechó para dejar la taza sobre la mesilla y levantarse. La cabeza le daba vueltas y todavía se encontraba débil; no obstante, cuanto antes se marchara menos preguntas tendría que responder.

—Les agradezco enormemente su ayuda, caballeros. Estoy en deuda con ustedes. Ahora ya me siento mucho mejor. Debo irme a mis habitaciones, se ha hecho muy tarde y mañana me espera una nueva jornada en el hospital.

Dicho esto, saludó con una inclinación de cabeza y se marchó. En cuanto se cerró la puerta, Fleixa miró a Daniel con el ceño fruncido.

—Qué joven más extraño, ¿no le parece?

En la calle, frente al colegio mayor, Albert Malavell se resguardaba bajo un portal de la lluvia que volvía a caer sobre la ciudad. Sus ojos observaban las ventanas iluminadas del edificio. Desconocía cuál era la habitación, pero no importaba. Le bastaba imaginarlo. Su mano acarició la navaja que guardaba en el bolsillo paladeando el dolor de su labio roto.

23

El landó descendió a buen ritmo en dirección al puerto, dejando atrás el animado ambiente de las Ramblas. Al llegar al final de la avenida, los caballos tuvieron que rodear las obras del monumento a Colón.

La voz del cochero se oyó a través del techo abierto de la cabina.

—Apostaría la paga de un año a que ese armatoste se cae antes de que se inaugure la maldita columna.

Daniel no se molestó en responder, limitándose a admirar la compleja estructura de hierro ideada por el arquitecto Juan Torras. El andamio, de más de sesenta metros de alto, era la construcción más elevada jamás levantada en Barcelona. Los cuatro estilizados pilares de hierro ángulo estaban unidos por tres galerías practicables conformando un cuadrado perfecto. En lo más alto, el descomunal esqueleto se remataba con una corona de traviesas. Varios tirantes de hierro anclados al suelo le permitían resistir los embates del viento. En el centro se alzaba la columna coronada por la figura de siete metros de alto del insigne marino. Todo el conjunto estaba sujeto con cuerdas como si fuera Lemuel Gulliver en uno de sus famosos viajes.

Seis años habían tardado en erigir el monumento con motivo de la celebración de la Exposición, y en todo ese tiempo había dado mucho que hablar la ingeniosa solución para levantar las pesadas piezas de fundición. Los rumores que presagiaban un desastre eran tan numerosos que el mismo alcalde había ido al taller del arquitecto para solicitarle garantías de que aquel increíble andamio no acabaría sobre sus cabezas. Torras respondió situándose debajo del puente grúa el día que izaron las seis toneladas de la estatua del navegante.

Los malos augurios se habían demostrado infundados y el prestigio del arquitecto había aumentado como el precio del cereal.

Dejaron atrás las obras y se internaron por el recién empedrado paseo de Colón. A su izquierda se alzaba el Hotel Internacional, construido en tiempo récord también con motivo de la Exposición.

Daniel pudo comprobar que en aquella parte de la ciudad la actividad era frenética. Los veleros y mercantes se disputaban el lugar con las barcas de pesca. Los paquebotes descargaban pasajeros y mercancías. Los pescadores vaciaban sus barcas de las capturas de la madrugada y los compradores se arremolinaban en las lonjas.

El olor salobre del mar los siguió un trecho hasta que lo sustituyó el hollín procedente de la Estación de Francia. Con sus tejados a dos aguas y su fachada cubierta con ventanales de medio punto, sus puertas rebosaban de viajeros, mozos de cuerda que trasladaban maletas y bultos, coches de punto que intentaban conseguir clientes a voz en grito y carretas que descargaban mercaderías a toda prisa antes de que partiera el siguiente tren a Madrid.

Siguieron adelante y bordearon un camino entre las vías y el Parque de la Ciudadela hasta llegar a la calle Villena, por la que entraron al interior del recinto a través de una puerta lateral. Los vigilantes de la entrada reconocieron el carruaje y les saludaron al pasar por la entrada. El vehículo se internó por una arboleda de naranjos hasta detenerse frente a unas casetas donde se acumulaban vigas de madera y bloques de ladrillos. El cochero, sin molestarse en bajar del pescante, le indicó un camino entre dos construcciones cubiertas con andamios.

—Es un edificio de ladrillo rojo, no tiene pérdida.

Daniel respiró hondo mientras avanzaba por el sendero apenas marcado de tierra y disfrutó del paseo a pesar del fresco de la mañana. Allí, entre el parque y el mar, el aire estaba limpio del humo de las fábricas que se enroscaba de modo perenne sobre la ciudad. Por un instante, olvidó la aprensión que le atenazaba.

Abandonó la sombra de los edificios y salió al otro lado. Detuvo sus pasos y reprimió una exclamación. Frente a él se extendía el

recinto de la Exposición Universal.

Reconoció los distintos edificios gracias a un pasquín que le habían ofrecido en la calle días antes. Como un abanico gigantesco, el gran Palacio de la Industria y Comercio se alzaba majestuoso a su izquierda. Con sus setenta mil metros cuadrados, estaba previsto que albergara los últimos avances tecnológicos de aquel final de siglo y mostrara al mundo el increíble ingenio del hombre. Enfrente del palacio, un frondoso jardín con una cascada y varias hileras de árboles ocupaba los restos de la antigua ciudadela. A ambos lados de la arboleda distinguió el edificio destinado a Salón de Conferencias al lado del Museo Martorell; allí estaba previsto celebrar la ceremonia de inauguración, con la presencia de la reina regente, el rey y todas las autoridades del país y de Cataluña. Más allá, reconoció el elegante Palacio de Bellas Artes, obra del arquitecto August Font, y justo a continuación el Pabellón de las Colonias Españolas. Algo más lejos, sobre las copas de los árboles, se adivinaban los detalles del invernadero de Amargòs y las almenas del preciosista café-restaurante de Lluís Domènech. Enfrente debía estar el Pabellón de León XIII, obra de Enric Sagnier, destinado en principio a las exposiciones pontificias, aunque, finalmente, no se construiría por falta de tiempo. Tras el jardín, repleto de los más dispares pabellones, como el del Marqués de Campo, el American Soda Water o el de Tabacos de Filipinas, se desplegaba una avenida por la que podían circular con holgura hasta seis coches de caballos y que llegaba hasta el imponente Arco de Triunfo, puerta principal de la Exposición.

—Quién diría que la absurda idea de Serrano iba a convertirse en realidad, ¿verdad? —pronunció una voz a su espalda.

Bertomeu Adell andaba hacia él con una cajita de rapé en la mano. Tras un par de aspiraciones, se masajeó el puente de la nariz y una mueca satisfecha cruzó su semblante.

—Hace casi una década que todo el mundo fuma los malditos cigarrillos, pero para mí no hay nada como un buen rapé. Lástima —chasqueó la lengua con disgusto— que cada vez sea más difícil conseguir una provisión con un mínimo de calidad.

Se colocó a su lado y levantó la mirada hacia el paisaje de edificios y jardines, como si el lugar fuera suyo.

—Me alegro de que haya aceptado mi invitación, Amat.

Sin más palabras, se pusieron en marcha. Atravesaron los jardines dejando a un lado el Salón de Conferencias hasta que, tras sortear un pabellón, apareció frente a ellos una construcción de ladrillo rojizo.

Aunque de menor tamaño que el resto, el edificio se elevaba desafiante sobre el cielo de Barcelona. Su fachada de cuatro alturas combinaba la cerámica vidriada y la obra vista de tono rojizo. Grandes ventanales de medio punto aligeraban la mole de ladrillo. Una esbelta chimenea hexagonal, de la que emanaba una humareda blanca, nacía en el centro como un apéndice.

Daniel se preguntó cuál sería la función de aquel lugar.

—Haciendo honor a nuestros años de amistad —Adell se detuvo junto a la puerta principal—, voy a compartir con usted, querido amigo, una confidencia: con este proyecto he arriesgado buena parte de mi patrimonio. Si algo no saliera de acuerdo a lo previsto, digamos que... supondría un grave contratiempo. Pero usted, Amat —le señaló—, usted me va a garantizar que eso no va a ocurrir.

—¿De qué está hablando?

Sonriendo enigmáticamente como respuesta, Adell entró en el edificio.

En el interior, un amplio vestíbulo recibía a los visitantes. El suelo era de linóleo y las paredes estaban forradas hasta media altura con paneles de madera. La decoración con motivos naturales de los muros estaba por terminar. Un fuerte olor a pintura hedía en el aire.

El empresario avanzó ignorando a sus empleados hasta llegar a una doble puerta acristalada, la abrió y pasó al otro lado. Daniel fue tras él dispuesto a exigirle qué había querido decir con anterioridad cuando una repentina sensación de vértigo le hizo dar un paso atrás.

Adell le miró sonriente, satisfecho del efecto provocado. Se apoyaba contra un balcón de hierro forjado suspendido a una veintena de metros por encima del suelo. Un zumbido ensordecedor envolvía el aire.

Repuesto de la sorpresa, Daniel admiró la extraordinaria panorámica que se disfrutaba desde aquella altura. El interior del edificio, semejante a una catedral, era un enorme espacio vacío distribuido en dos naves paralelas separadas por columnas. Decenas de conducciones cubrían el suelo como si un calamar metálico pretendiera envolver el lugar con sus tentáculos. En la primera nave, sobre una plataforma, Daniel contó hasta seis voluminosas máquinas de vapor. Le recordaron a unos elefantes de hierro yaciendo sobre las paredes. Justo debajo, una cuadrilla de hombres, con los torsos desnudos y sudorosos, atendía tres hornos con eficaz precisión. Largas lenguas de fuego lamían las compuertas abiertas, ansiosas por recibir una paleta de carbón tras otra. Incluso desde allí arriba se sentía el calor.

En la nave contigua había otros cinco artefactos cuyo funcionamiento desconocía. A causa de su tamaño, mayor aún que las máquinas de vapor, ocupaban buena parte del espacio. Los operarios transitaban entre ellos usando diversas escalerillas y plataformas, mientras tomaban notas y mediciones. Daniel advirtió que el zumbido que inundaba el edificio procedía de aquella zona.

—Tiene ante usted la primera central eléctrica de Barcelona —anunció Adell—. Esas máquinas son cinco dinamos de corriente continua que nos ha suministrado desde Inglaterra la compañía Shuckert & Co. Proporcionan casi tres mil kilowatios. Le damos luz a las Ramblas, al paseo de Colón y a la plaza Sant Jaume, además de a todo el recinto de la Exposición. Y esto es solo el principio, tenemos varias decenas de inversores y se van a convertir en centenares.

Daniel estaba impresionado. Aquel edificio y sus instalaciones debían de costar una fortuna. El esfuerzo dedicado para levantar un proyecto así era titánico. Sospechaba, no obstante, que Adell no le había hecho venir allí simplemente para mostrarle aquello. ¿Qué es lo que quería? ¿A qué se refería cuando había dicho que él iba a asegurarle el éxito de la empresa?

Un trabajador irrumpió por la puerta, saludó con una inclinación de la cabeza a Daniel y luego se dirigió al empresario.

—Disculpe, señor, me urge hablar con usted.

Adell suspiró y compuso un gesto impaciente.

—Le presento al señor Casavella, es el encargado de la central. Siempre tiene algún problema que necesita solución urgente. Si me disculpa un instante.

Se apartaron de Daniel, aunque no lo suficiente como para evitar que escuchara retazos de la conversación entre el zumbido de los generadores. El tono del encargado era de evidente preocupación.

—... tres veces esta semana...

—... debes solucionarlo.

—Sí, señor... lo sé, señor... pero el martes... tope de capacidad... presión... No, no, no podemos... lo desconozco, señor... bajadas y subidas...

—No digas estupideces, no...

—... explosión.

El estruendo de una sirena de cambio de turno ahogó las voces; aun así, Daniel observó cómo Adell se enfurecía y zanjaba la discusión con un gesto brusco. El encargado no insistió más, afirmó varias veces con la cabeza y se despidió. Al pasar por su lado, se llevó la mano al borde de la gorra a modo de saludo.

Adell se apoyó en el pasamanos de hierro ignorando la presencia de Daniel. Un minuto después pareció volver en sí.

—Querido amigo, ha llegado a mis oídos que ha estado haciendo ciertas averiguaciones.

Daniel enmudeció. Adell se acercó y su voz se tornó suave.

—Quiero que lo deje.

—¿Perdón?

—Si es una cuestión de dinero, se puede arreglar.

—No alcanzo a comprender.

Adell resopló impaciente.

—Verá, el agua es fundamental para las calderas de vapor, por ese motivo instalamos un complejo sistema que atraviesa el subsuelo de este edificio y conecta con las cubas que ha visto junto a las calderas. El agua sobrante es devuelta a la red de alcantarillado. Algunos de esos cadáveres por los que muestra tanto interés aparecieron en las salidas de nuestras canalizaciones. Esta

coincidencia no tendría la mayor importancia si no fuera porque anda usted removiendo el asunto con ese reportero amigo suyo, atrayendo así la atención sobre mí, ¿entiende ahora?

Si lo dicho por Adell era cierto, caviló Daniel, explicaba por qué nadie había visto lanzar ningún cuerpo al agua. No le extrañaba la preocupación del industrial. No solo le implicaba directamente en las muertes, por muy absurdo que pareciera, sino que además, si se hacía público, generaría un gran escándalo y con toda probabilidad vería dañada su reputación. Las suscripciones de capital hechas por los inversores, que mantenían la central y suponían el futuro de la electricidad en Barcelona, estarían en peligro.

—Creo que soy capaz de entenderlo —contestó.

Adell esbozó una sonrisa cómplice que se apagó con las siguientes palabras de Daniel.

—Podía darse el caso, incluso, de que alguien acabara acusándole de los crímenes.

—Por favor, Amat, no sea ridículo. Le recuerdo más inteligente. Para empezar, ¿de qué crímenes habla? Accidentes, meros accidentes desgraciados. No tengo nada que ver, pero reconozco que su publicidad me perjudicaría. ¿Sabía que la inauguración de la Exposición es dentro de dos semanas? Estamos en un momento delicado, ultimando la parte más importante del sistema. Debemos solventar ciertos desajustes de tensión y un sinfín de otras cuestiones que no tiene usted por qué saber ni comprender...

—¿Estaba al tanto de la investigación que estaba realizando mi padre? —le interrumpió Daniel.

—Por supuesto —contestó con desgana—. Su padre y yo mantuvimos unas palabras al respecto; sin embargo, no quiso atender a razones. Estoy seguro de que con usted, en honor de nuestra antigua amistad, llegaremos a un entendimiento. En los próximos años está previsto ampliar la red eléctrica por toda la ciudad, una inversión enorme. ¿Se da cuenta? La electricidad es el futuro. No podemos ponerle puertas al progreso, Amat.

—Varios cadáveres pertenecían a muchachas que eran poco más que niñas.

Adell balanceó la mano como si quisiera espantar un mosquito.

—¿Y qué tendría que importarme? Dios las tenga en su gloria. Su muerte no hace más que ahorrarles sufrimientos. En realidad, si no fuera por los malditos periódicos como el de su amigo Bernat Fleixa, para mí sería lo mismo que si encontraran a un perro. No obstante, la mala prensa puede poner en cuestión el gran proyecto de mi vida y no pienso consentirlo.

—¿Por qué habría de seguir sus... consejos?

—Le comprendo muy bien, amigo mío —respondió sin alterarse —. Su padre fallece de forma accidental e inesperada, unos individuos sin escrúpulos le enredan contando chismes sobre crímenes, complots y fantásticas maquinaciones. Se pregunta si no habrá algo de cierto. Tantos años fuera, no sabe qué pensar. Quizá yo habría actuado igual. Sin embargo, todo es una gran mentira. Nada de lo que le han dicho es cierto. Sencillamente, su ofuscación no le permite advertir que se ha enfrascado en una búsqueda sin sentido y que sus esfuerzos no van a reportarle ningún beneficio.

Daniel iba a responder, pero Adell le acalló con un gesto.

—Me entristece verlo así. De algún modo me siento obligado a ayudarle, por lo que nos unió en el pasado y también por Irene.

—Nada tiene ella que ver en este asunto.

—Sé muy bien cómo la estimaba. —Una sombra cruzó el semblante del empresario—. Sin duda fue muy difícil tomar la decisión de marcharse. En ocasiones unos ganan lo que pierden otros, ¿verdad? Realmente, estoy en deuda con usted por ese motivo. —Extrajo un paquete del bolsillo—. Este sobre contiene billetes en primera clase para su vuelta a Inglaterra y una pequeña cantidad para sus gastos. Considérelo una compensación.

—No estoy interesado...

—Oh, no esperaba que aceptara de inmediato —le interrumpió —. Mantendré mi oferta durante tres días. Antes de que pase ese tiempo espero que la acepte y borre de su mente este asunto desgraciado. En caso contrario —hizo una pausa, cualquier atisbo de simpatía desapareció—, encontraré otros medios para que lo haga, mi apreciado amigo.

Como si lo hubieran acordado, el cochero se materializó junto a ellos. Pero Adell no había terminado aún.

—Una cosa más. Si vuelve a ver a Irene lo lamentará.

—¿Es otra amenaza?

—Por supuesto, pero no del modo que cree. En este caso, Amat, usted no debe temer ningún daño por mi parte.

—¿A qué se refiere entonces? —preguntó, controlando a duras penas la cólera que le ardía por dentro.

—Si tengo conocimiento de otro encuentro a mis espaldas actuaré en consecuencia haciendo valer mis derechos como marido. A mi esposa le costará mucho desobedecerme de nuevo. No sé si me comprende. —Y remarcó las siguientes palabras una a una—. Irene es ahora mía y dispondré de ella a mi absoluto antojo. ¿Estoy en lo cierto cuando creo que no olvidará mis palabras? Este asunto nos ha llevado a una situación realmente irónica, ¿verdad? El bienestar de mi esposa y de mi casa depende de usted.

Dicho esto, se alejó por la pasarela como si Daniel ya no existiera.

24

El niño cogió una piedra del suelo. La examinó y le gustó; ni muy pesada ni demasiado ligera. Comprobó que tenía un buen filo y sonrió para sí, antes de guardarla en el bolsillo con las otras cinco.

Tendido en el suelo como estaba, miró a derecha e izquierda, brincó como un muelle y echó a correr hacia una pila de viejas traviesas de madera, junto a un montículo de tierra. El escondite que había elegido. Esquivó unos matojos, pegó un salto y rodó sobre sí mismo levantando una nube de arena. Se arañó las rodillas desnudas, pero no le importó. Aquellas heridas las mostraría luego con orgullo.

Al parecer, su movimiento no había llamado la atención. Con cautela, levantó la cabeza y oteó por encima del muro. Una posición estupenda. Desde allí los controlaba a todos.

A su izquierda, tras una vagoneta, se escondía Xavi Sento. Podía verle la gorra y los ojos grandes como faroles en su diminuta cabeza. Algo más allá, junto al almacén de carbón, Chato intentaba mover su gordo trasero haciendo más ruido del que debía. Evitó la tentación de reprenderle y volvió la cabeza a su derecha. Entre las hierbas se escondía Sesé, lo sabía aunque no pudiera verle. Todos estaban en su sitio y sabían qué hacer. El plan estaba saliendo a pedir de boca. No le sorprendía, al fin y al cabo era su plan.

Todo había empezado tres días antes, cuando unos chicos del pueblo de Sants les retaron. Acordaron que la disputa se resolviera en terreno neutral y escogieron las vías junto a la Estación de Villanueva, a dos pasos de donde se descargaba el carbón en la entrada del puerto. No faltaba la munición y había infinidad de sitios donde esconderse. El guarda, a esas horas de la tarde, solía estar

metido en su garita junto a la estufa de carbón y nada le haría salir de allí.

El silbido de una piedra cruzó el aire e interrumpió sus pensamientos. Unos segundos después, otra piedra resonó como el tañido de una campana al impactar en el vagón donde acababa de refugiarse el Chato. Suspiró. Su obeso amigo era muy efectivo en el cuerpo a cuerpo, pero en lo referente a tácticas de guerrilla pasaba menos desapercibido que un batallón de soldados. Al menos había puesto al descubierto el escondite de uno de sus adversarios. Hizo un gesto para que nadie respondiera al fuego enemigo.

Afinó el oído y escuchó un murmullo de piedras unos metros delante. Entre los vagones se movían unas sombras. Estaban cerca, muy cerca. Poco a poco los estaban atrayendo hacia la salida de la cloaca, junto al mar. El lugar elegido para tenderles la trampa.

Se levantó de nuevo y salió corriendo como si le persiguiera un destacamento de rebeldes mambises. Sesé se alzó a su paso y ambos cruzaron las vías como una exhalación. Tres o cuatro piedras impactaron cerca, pero no les tocaron. Los gritos y burlas que oyeron a sus espaldas confirmaron que los perseguían. Ya estaban cerca del desagüe, más abajo podía oír las olas rompiendo contra las rocas. Allí escondidos aguardaban Nen, Fran y Vélez, atiborrados de munición. El Chato y Sento cerrarían la trampa por detrás. La que se iba a liar.

Llegó por fin al terraplén que descendía hasta el mar. Se deslizó por la pendiente de piedras como si fuera un tobogán hasta caer en el agua, donde sus pies se detuvieron sobre algo blando. Miró hacia arriba esperando ver asomar a sus perseguidores cuando le sorprendió un sonoro chapoteo a su lado. Volvió la cabeza, extrañado del alboroto provocado por Sesé.

Caído en el agua con la cara desencajada, su amigo, presa de temblores, le señalaba los pies.

Miró hacia abajo.

Al principio no supo que era aquello hasta que el movimiento de una ola remontó el cuerpo.

Entre sus piernas, medio sumergida, flotaba una muchacha. Estaba totalmente desnuda y su piel era tan blanca que parecía

transparente. Tenía los ojos cerrados como si estuviera dormida; sin embargo, el hedor le decía que no lo estaba. Por un instante recordó una visita que hizo con su padre al matadero de Sants.

Un nuevo embate del mar inclinó la cabeza de la chica y el cuello se torció de manera inverosímil, mostrando el hueso entre los músculos ennegrecidos. La carne había desaparecido como si se la hubieran arrancado de un mordisco.

El niño sintió cómo se extendía un calor húmedo por su entrepierna segundos antes de empezar a chillar.

25

La morgue se encontraba en los sótanos del cuartel de la guardia municipal. La entrada estaba situada en un callejón a salvo de curiosos. Varios ventanucos enrejados se abrían a ras de suelo y el olor ácido a desinfectante y fruta podrida delataba el lugar.

Fleixa se adelantó y golpeó la puerta con los nudillos. El encargado de guardar la entrada era un viejo guardia, ya retirado. El periodista le deslizó un par de reales en el bolsillo y el hombre prometió desaparecer todo el tiempo que precisaran. Fleixa hizo una seña. Daniel, acompañado de Pau Gilbert, salió de las sombras y los tres entraron en el edificio. Nada más pisar los primeros escalones de piedra, descubrieron que los olores del exterior eran solo una muestra de lo que les esperaba dentro.

Mientras descendía detrás de sus compañeros, Daniel observó al joven Gilbert, que avanzaba con cautela delante de él, y rememoró las horas anteriores tras el anuncio de Fleixa del descubrimiento de una nueva víctima.

Suponía una oportunidad única comprobar las extraordinarias circunstancias en que aparecían los cuerpos y quizás eso les permitiría descubrir algún indicio que les señalara por dónde continuar su investigación. No obstante, había un problema. Necesitaban a alguien con suficientes conocimientos médicos como para examinar el cuerpo, y solo conocían a una persona que les pudiera ayudar: el antiguo auxiliar de su padre, Pau Gilbert.

Cuando se lo propusieron, el joven se negó en redondo. Pareció escandalizado. A pesar de su insistencia, mantuvo la negativa hasta que Fleixa le recordó la deuda que tenía contraída con ellos tras el asalto frustrado y acabó accediendo a regañadientes.

En el viaje en el coche de punto, Gilbert se había mostrado taciturno y declinó participar en la conversación. Ahora, bajando por aquellas escaleras, el joven estudiante parecía lamentar haber aceptado.

El depósito era un sótano de piedra estrecho y alargado. Tres lámparas de gas colgaban de un cable que cruzaba de parte a parte el techo y permitía desplazarlas en caso de necesidad. En esos momentos, solo una de ellas estaba encendida, por lo que la mayor parte de la sala se encontraba en tinieblas. Colocadas en hilera contra la pared y separadas entre sí por parabanes se distribuían seis mesas de madera basta. Cuatro de ellas estaban ocupadas.

—El viejo me ha dicho que el nuestro debe de estar allí —señaló el periodista al fondo de la sala.

Se acercaron hasta la última mesa. El cuerpo cubierto con una tela de arpillera parecía estar esperándoles.

Fleixa carraspeó y se apoyó contra la pared a una distancia prudencial. El olor de la carne descompuesta impregnaba las paredes. Escuchó sus tripas removerse y se arrepintió de haber cenado.

Pau tiró de una cuerda de cáñamo y acercó una de las lámparas del techo; abrió la espita de gas y el círculo de luz cayó sobre los tres.

—¿Están seguros de que podemos hacer esto?

—Limítese a no tocarlo. No podemos dejar pruebas de nuestra presencia. Únicamente díganos su parecer —contestó Daniel. Fleixa corroboró sus palabras con un gesto vago desde la distancia.

Pau se deshizo de la chaqueta y cogió un mandil de cuero de una percha contigua. Reconocer las causas de la muerte en un cadáver sin abrirlo era complicado. Con una confianza que no sentía, seleccionó de un armario dos bandejas metálicas, un escalpelo, unas tijeras, varias pinzas, un cuchillo de autopsias y un condrótomo reforzado. Aunque no fuera a abrir al cadáver, quería tenerlo todo preparado. Levantó la vista hacia los dos hombres.

—¿Dispuestos?

Ambos asintieron. Pau aspiró profundamente y alzó la tela.

Los tres ahogaron una exclamación. Fleixa se santiguó murmurando una retahíla de imprecaciones por lo bajo y Daniel dio un paso atrás con el rostro lívido. Pau fue el primero en recuperarse.

—Ese corte cosido en su pecho sugiere que le han hecho ya la autopsia. ¿No me habían dicho que nadie lo había visto antes?

—El vigilante me ha asegurado que ninguna persona ha tocado el cuerpo. Está tal y como la encontraron —respondió Fleixa evitando mirar hacia la mesa.

—Señor Gilbert, no tenemos respuestas, solo preguntas. Ese es el motivo de haber solicitado su ayuda —añadió Daniel sin apartar los ojos del cadáver. Se preguntaba si la muerte de su padre había sido tan horrible—. Lamento haberle arrastrado hasta aquí. Si desea marcharse lo comprenderemos.

—Denme un minuto. —Tragó saliva—. Nunca antes había visto un cuerpo en estas condiciones.

—No se sienta obligado, si no se ve capaz...

—Le he dicho que lo haré.

Pau se maldijo nada más pronunciar esas palabras. ¿Qué estaba haciendo allí? Tenía suficientes problemas como para sumarle la participación en una autopsia sin duda ilegal. Debía haberse negado a pesar de que el periodista usara la deuda contraída por el suceso del asalto para exigirle su ayuda. En aquel instante, temió que pudieran ir con la historia al rector y acabar poniendo en peligro algo más importante, por lo que aceptó. Se preguntaba si no se habría equivocado.

Con resignación, dirigió de nuevo su atención al cadáver. Sintió una mezcla de excitación e incertidumbre. A primera vista era obvio que aquella muchacha había pasado por una experiencia atroz. Controló sus sentidos y dejó de lado sus temores como le había enseñado su padre. La persona que ocupaba aquel cuerpo había desaparecido para dejar lugar a un ser sin nombre ni rostro, un acertijo anatómico, un misterio por descifrar. De un tirón, terminó de descubrir el cuerpo hasta los pies.

Entretanto, Fleixa se mantenía callado y evitaba mirar el cadáver. Cuando el doctor se había referido a «condiciones extraordinarias» jamás sospechó que sería algo semejante. El hedor

que desprendían los restos era mucho peor que cualquier olor de aquella maldita sala. Recurrió a toda su fuerza de voluntad para evitar vomitar, lo que le pondría en una situación ridícula. No pudo, sin embargo, reprimir una mueca de incredulidad al darse cuenta de que el estudiante miraba el cadáver con fascinación.

—Haga el favor de explicar en voz alta sus apreciaciones —susurró Daniel.

Pau asintió. Cogió aire e inició el examen.

—El cadáver corresponde a una mujer de entre catorce y dieciséis años. Un metro sesenta de altura aproximadamente y alrededor de cuarenta y cinco kilogramos de peso. El cuerpo se halla totalmente desnudo. Es difícil concretar el color del cabello, pues el cuerpo ha sido rasurado por completo, incluidos la cabeza y el vello púbico. No se observa *livor mortis*, por el contrario, la piel presenta, excepto en los bordes ennegrecidos de las heridas, un tono intensamente blanco, como si le hubieran extraído toda la sangre.

—Las mismas condiciones que describió mi padre en las otras víctimas de Homs.

Pau levantó la vista ante el comentario. ¿Había más cadáveres como este? ¿Homs?¿Quién era ese Homs? Más adelante tendrían que aclararle unas cuantas cosas.

—¿Dicen que lo encontraron flotando en el agua?

—Así es.

—¿Ayer por la tarde?

Un nuevo asentimiento respondió su pregunta.

—El cuerpo está frío al tacto, el *rigor mortis* en un cuerpo sumergido suele aparecer entre dos y cuatro días, y luego se desvanece. Diría que lleva muerta más de una semana; el cadáver no está hinchado, lo cual indica que tampoco ha pasado mucho tiempo en el agua. Resulta extraño, aunque todavía lo es más la extraordinaria inconsistencia de su carne, parece convertida en gelatina. Observen sobre todo las extremidades. Huesos y cartílagos muestran una descalcificación imposible.

Daniel le instó a seguir con un gesto. Fleixa, recuperado de la impresión inicial, tomaba notas en su cuaderno.

—Se aprecian dos heridas abiertas con los bordes carbonizados, una en la parte interna del muslo derecho y otra mayor junto a la base del cuello. Están a la vista los músculos trapecio y escalenos medio y anterior, los tres con grandes desgarros. Parte de la clavícula aparece rota, al menos en tres partes. La forma de la herida sugiere el mordisco de un animal. La parte de carne sustraída es tan grande que esa bestia debería poseer un tamaño descomunal.

Volvió a rodear la mesa sin dejar de hablar mientras examinaba los pies.

—De igual modo, se identifican graves quemaduras en los dedos de los pies, hasta tal punto que algunas falanges aparecen carbonizadas... ¡Qué extraño! Miren, hay varias Figuras de Lichtenberg...

—¿Lich... quién? —interrumpió Fleixa desde la distancia.

—Figuras de Lichtenberg, o flores del rayo, son estos dibujos en forma de helecho que le cubren los brazos y piernas. Aparecen como consecuencia de la rotura de los vasos capilares debajo de la piel.

Pau estudió con atención el corte suturado que dividía el torso hasta llegar a la parte abdominal para después examinar la cabeza de la joven. La hinchazón de las mejillas le llamó la atención. Con manos expertas inspeccionó los ojos cerrados. Se volvió y abrió un poco más la espita de la lámpara, cogió las tijeras de la bandeja y antes de que sus acompañantes pudieran oponerse efectuó un corte en el párpado.

—¿Qué cree que está haciendo?

—Esperen un momento, esto les va a parecer interesante.

Cogió las pinzas y estiró el párpado hasta extraer un fino hilo de sutura que recorría el borde del ojo de la muchacha. Luego apoyó su mano en la frente del cadáver, apartó la piel del párpado e introdujo la herramienta en el interior de la cavidad. Unos sonidos gelatinosos acompañaron sus movimientos. Al retirar las pinzas, de su extremo colgaba un pedazo de gasa sanguinolenta.

—Le extirparon los ojos. —Sonrió Pau con satisfacción.

Fleixa se alejó a trompicones e inclinándose sobre sí mismo vació sus entrañas por la rejilla del desagüe.

—Es posible, incluso —continuó Pau ignorando la reacción del periodista—, que estuviera consciente en el momento de la extracción ¿Lo ven aquí, junto a la comisura del ojo? Hay un corte casi invisible. Una marca de este tipo solo puede hacerla un bisturí. Es posible que la muchacha se moviera.

—¿Está seguro?

—No completamente. Sí puedo asegurarles que el trabajo realizado es magnífico.

—¿Magnífico? ¿Considera magnífica esta carnicería? —preguntó Fleixa mientras se limpiaba con un pañuelo.

—Miren la sutura. —Apuntó con el dedo las líneas oscuras que cerraban el otro párpado—. Si no hubiera sabido dónde buscar, no la habría encontrado. Le extirparon los órganos y tuvieron que cauterizarle los vasos sanguíneos para que no se desangrara. Exige una gran habilidad y unos conocimientos muy avanzados. Diría que es obra de un cirujano, y no de uno cualquiera. —Soltó las pinzas sobre la bandeja y se cruzó de brazos—. Creo que es suficiente. ¿Me pueden explicar qué es todo esto?

Antes de poder recibir una respuesta, el vigilante irrumpió en la sala con el rostro desencajado.

—¡Rápido! El inspector en persona acompañado de varios guardias está a punto de llegar. Deben marcharse ahora mismo.

Daniel ayudó a Pau a cubrir el cadáver y guardar los instrumentos mientras Fleixa apagaba la lámpara. Tras eso, salieron con rapidez del depósito. Al llegar al pie de las escaleras oyeron voces; una fuente de luz se aproximaba procedente del piso superior. No podían subir por allí.

Regresaron por el corredor. El sótano se curvaba hacia la izquierda y a los pocos metros terminaba en una sólida puerta de roble. Fleixa trató de abrirla, pero estaba cerrada. Las voces se oían ya con toda claridad.

Pau, por medio de señas, señaló una voluminosa cuba apoyada en la pared. Se parapetaron detrás esperando que la oscuridad del pasillo les ayudara a pasar desapercibidos.

Las lámparas del grupo de hombres fueron disolviendo las sombras según descendían los peldaños de la escalera.

Gradualmente la luz avanzó hacia ellos. Daniel, consternado, vio cómo las puntas de sus zapatos entraban en el círculo iluminado.

El inspector Sánchez apareció junto a tres agentes. Si en ese momento decidía volver la cabeza los descubriría. Sin embargo, el grupo siguió adelante y se internó en el depósito, dejándolos de nuevo a oscuras.

Abandonaron su refugio y subieron con rapidez la escalera. El viejo guarda les abrió la puerta y cerró tras ellos en cuanto salieron a la calle. El frío exterior les alivió, tras el terrible y pestilente escenario de la morgue.

Montados en un coche de punto, de vuelta al colegio, Daniel se dirigió a Pau.

—Tiene usted razón. Se merece una explicación.

Fleixa puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Daniel le ignoró y continuó.

—Debo advertirle que si le relatamos toda la historia estará tan implicado como nosotros mismos.

—No me diga. ¿Menos implicado de lo que ya estoy?

26

—Es difícil de creer.

A aquella hora de la noche, el café Zurich se encontraba repleto. Aun así, Fleixa había podido conseguir un reservado. Rodeados de humo y de las voces del resto de tertulianos, contaban con la discreción suficiente como para conversar con tranquilidad.

Fleixa, recostado en su asiento, abría y cerraba distraído el reloj que pendía de su bolsillo, mientras Daniel resumía a Pau lo sucedido durante los días anteriores y le explicaba el contenido del cuaderno del doctor Homs, abierto frente a ellos. Los ojos del joven estudiante pasaban alternativamente de sus páginas a los rostros de sus acompañantes.

—¿Me está diciendo que creen que ese tal doctor Homs es el responsable de otros asesinatos similares al que acabamos de ver?

—Efectivamente.

—¿Cómo es posible que no se sepa algo así?

—El miedo mantiene a la gente callada. Excepto, quizás, a sus familias, a nadie le importa la muerte de esas muchachas.

—Son las víctimas perfectas —completó Fleixa, siguiendo con la mirada el balanceo de su reloj de cadena.

Al periodista no le gustaba nada implicar a Gilbert en aquel asunto. Su instinto no le engañaba jamás y le decía que algo no encajaba en aquel muchacho. Sus ademanes delicados, aquel hablar suave y retraído desaparecieron en cuanto se encontró frente al cadáver. Hubo un momento en que se mostró entusiasmado. Estaba claro que disfrutaba. Eso no podía ser normal. Dios, si él todavía sentía la bilis en la garganta solo con recordar el olor. No, no creía que pudieran confiar en él, pero poco podía hacer al respecto; Amat

había decidido contar con su participación y no tenía más remedio que aceptarlo. Aunque eso no le impediría vigilarlo de cerca.

—Usted lo corroboró —continuó Daniel, ajeno a los pensamientos de Fleixa—, solo un médico excelente podría haberle cosido los párpados de esa forma. Y Homs lo es.

—¿Qué motivos pueden llevarle a cometer unos asesinatos tan terribles?

—No estamos seguros —reconoció—. De acuerdo a las notas del cuaderno y a lo ocurrido durante las últimas semanas en el sanatorio, suponemos que Homs está buscando una cura para la enfermedad de su mujer, convencido de que sigue con vida.

—¿Qué relación tiene toda esta locura con la muerte de su padre?

—Mi padre y él eran amigos. Al parecer le apoyó en sus investigaciones iniciales; cuando descubrió que estaba perdiendo la razón ayudó a su detención y posterior ingreso en el sanatorio de Nueva Belén. Meses después de la huida de Homs, se descubrieron los primeros cuerpos. Mi padre creyó reconocer la mano de su antiguo colega y confirmó sus temores. Homs se había vuelto un asesino. Mi padre se sentía responsable. Intentó detenerlo, pero murió sin conseguirlo.

—¿Por qué no acuden a las autoridades?

—Están empeñados en echar tierra sobre el asunto —contestó Fleixa desde su asiento, tras guardar el reloj y apurar su tercer aguardiente—. Temen que la noticia de los asesinatos, si se extiende, sea motivo de una revuelta en la ciudad.

—Usted trabaja en un periódico, podría hacerlo público.

—Ya quisiera yo. Necesito algo más de lo que tenemos. Hasta el momento no podemos probar nada.

—Aun así, ayudaría a que se tomaran medidas.

—No lo entiende. No pretendo escribir una simple columna. Quiero una portada.

Pau se irguió con incredulidad.

—¿Su... carrera es más importante para usted que evitar una nueva muerte? Es obsceno.

—¿Obsceno? Mira, muchacho...

—Cálmense —intervino Daniel—. Ahora disponemos de un cadáver. Podemos probar que esas muertes no son meros accidentes.

—No, no podemos —negó Fleixa cabizbajo. Sus compañeros le miraron esperando una explicación—. Antes de marcharnos, el guarda me confesó que el inspector y sus hombres venían a por el cuerpo de la muchacha. Su llegada no fue una coincidencia. A estas horas la habrán sepultado en una fosa común.

—Entonces no tenemos nada.

El silencio se extendió sobre la mesa.

—Demonios.

—Quizás aún no esté todo perdido —apuntó Daniel.

—¿De qué está hablando?

—Verán —explicó—. ¿Recuerda, Fleixa, el asalto a mis habitaciones hace unos días? Estuve pensando en ello. En la universidad consideran que fue una broma pesada de los estudiantes, pero eso no tiene ningún sentido. Estoy convencido de que la persona que registró mis pertenencias sabía lo que se hacía. Y Homs conoce a la perfección el colegio tras sus años como profesor.

—¿Homs? ¿Con qué propósito se expondría de tal modo?

—¡Exacto! Esa es la cuestión. ¿Cuál sería su propósito? Es indudable que asumió un gran riesgo, por lo que podemos deducir que buscaba algo realmente importante. Y creo saber qué es. —Señaló con el dedo las hojas abiertas repletas de anotaciones—. Deseaba recuperar su cuaderno.

—¿Para qué querría un viejo cuaderno de notas?

—Lo ignoro. —Perdió la sonrisa Daniel—. Llevo días repasando una y otra vez estas páginas, y debo admitir que el resultado ha sido un absoluto fracaso. Quizá no se encuentra a simple vista, o sea algo que tan solo Homs puede identificar. En ese último caso, nunca conseguiremos descubrirlo por mucho que queramos.

—¿Me permiten?

Pau alargó la mano hacia el cuaderno de la mesa. Lo abrió por la primera página y empezó a leer. Tras unos minutos en los que

pudo sentir la expectación de sus compañeros, levantó la vista y negó con la cabeza.

—Lo siento, no encuentro nada significativo.

Hizo ademán de devolverle el cuaderno a Daniel cuando detuvo su gesto en el aire.

—Un momento.

Volvió atrás varias páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—Es curioso —dijo.

—¿Qué resulta tan curioso?

—Homs es un médico de reconocido prestigio, por lo que es sorprendente que cometiera un error tan banal.

—No le comprendemos, ¿quiere explicarse? —pidió Daniel.

—Verán, en la anotación del veintitrés de enero, Homs escribe: «El *Liber Octavus* de Vesalio es la única opción que nos queda».

—¿Qué tiene eso de especial?

—Ese *Liber Octavus*, o Libro Octavo, como quieran llamarlo, no existe.

—¿Vesalio? ¿Quién es ese tipo? —intervino achispado Fleixa.

—Cualquier estudiante de primer curso sabe responder esa pregunta —contestó Pau—. Andrés Vesalio fue un eminente anatomista del siglo dieciséis que cuestionó a Galeno. En su época eso no suponía cualquier cosa, tengan en cuenta que durante más de un milenio el médico griego fue considerado el supremo referente de la medicina.

—¿En serio? —inquirió Fleixa.

Pau pasó por alto la sorna del reportero.

—Los estudios anatómicos de Galeno están basados principalmente en la disección de animales y, en consecuencia, cometió muchos errores. Vesalio, que al principio lo admiraba, como cualquier otro médico de la época, optó de forma revolucionaria por observar de forma directa la anatomía humana.

—¿Eso quiere decir...?

—Durante su etapa en París realizó centenares de disecciones de hombres, mujeres y niños, en un tiempo donde conseguir un cuerpo para su estudio era, en la mayoría de las ocasiones, muy difícil. Se conocen sus tratos con rescatadores de cadáveres. —Ante

la expresión de desconcierto de sus compañeros se explicó—: Los rescatadores sustraían de los cementerios los restos de recién fallecidos a cambio de unas monedas. Más tarde, de vuelta en Italia, se benefició de una dispensa sobre los cuerpos de malhechores ejecutados que iban a parar a manos de hospitales y colegios.

—Vaya, la compañía de ese hombre debía ser de lo más agradable —murmuró Fleixa mientras volvía a beber un trago.

Pau soltó un bufido.

—No haga caso —intervino Daniel—. Siga, por favor. Quizás encontremos algo que nos diga por qué Homs lo nombra en su cuaderno de notas.

—Está bien —aceptó Pau, que reflexionó unos instantes antes de continuar—. Su innegable genio, que en opinión de muchos lo hacía algo engreído...

Se escuchó un carraspeo. El periodista sonreía tras el vaso de cristal. Pau, con las mejillas coloradas, intentó ignorarlo.

—Como decía, la confianza en sus conocimientos le llevó a criticar a los médicos de la época, acusándolos de haber descuidado el estudio de la anatomía. Consideraba que la ciencia no era posible mientras la verdad sobre la naturaleza se buscara en las Sagradas Escrituras y no en la misma realidad. En aquella época, todo lo que contraviniera a Dios no solo era falso sino obra del demonio, y, en consecuencia, debía prohibirse y combatirse. En ese estado de cosas, Vesalio preconizó que las obras de Galeno se habían erigido en el equivalente científico de la Biblia, rompió con todo ello y abrió el camino a un nuevo método para el estudio de la anatomía. Ya pueden imaginar el resultado: una conmoción de las bases de la medicina. Aunque suscitó también admiración, la publicación de su obra generó un fuerte rechazo entre los médicos de toda Europa. Su propio maestro, Jacobo Silvio, lo repudió. Se creó tantos enemigos en Italia que se vio obligado a dejar su cátedra en Padua y emigrar a España, donde entró a formar parte de la corte de Carlos V como uno de los médicos del rey.

—¿Cómo sabe tanto de ese hombre?

—Su importancia en la medicina moderna es enorme, sobre todo en lo que se refiere a la anatomía, una de mis materias

preferidas. El año pasado preparé una lectura de sus trabajos. Hace unas semanas, cuando empecé a ayudar a su padre, me encomendó recopilar toda la información disponible sobre Vesalio. Me pareció un encargo inútil, pero no se me pasó por la cabeza cuestionarle.

—¡Por supuesto, Gilbert! —exclamó Daniel de repente animado —. Mi padre solicitó su colaboración porque estaba al tanto de sus conocimientos sobre Vesalio. Debía de tener alguna relación con el camino que habían tomado sus indagaciones. No puede ser de otro modo. Lo que significa que esa anotación tiene verdadera importancia.

—Discúlpenme, pero ¿qué relevancia puede tener un libro inexistente de un sujeto que murió hace trescientos años? —preguntó Fleixa.

—No se trata de un libro como ustedes entienden; en este caso, se refiere a uno de los libros que forman parte de la obra cumbre de Vesalio.

—Ah, entonces ya está claro —contestó riendo el periodista.

—¿Le interesa saberlo, sí o no?

—Continúe, por favor —animó Daniel. Pau cogió aire antes de proseguir.

—Vesalio, con tan solo veintiocho años, publicó su obra más importante: *De Humani Corporis Fabrica*, «la Fábrica del Cuerpo Humano». Se considera el primer tratado moderno de anatomía. Está dividido en siete capítulos llamados «libros» y cada uno de ellos describe una parte diferente del cuerpo humano. A esa clase de «libros» se refiere Homs. Pero Vesalio escribió siete «libros», no ocho.

—Quizá se trate de una errata —adujo Fleixa.

—Es probable.

—¡Al contrario! —exclamó Daniel—. ¿No se dan cuenta? Homs desea recuperar el cuaderno a toda costa porque sabe que se nombra ese octavo libro.

—No sé si me he explicado bien —dijo Pau—, el *Liber Octavus* de Vesalio no se escribió nunca. Por una vez estoy de acuerdo con el señor Fleixa, se trata de un simple desliz provocado por las circunstancias que el doctor Homs sufría en esos momentos.

—Corroboro lo de «por una vez» —intervino Fleixa.

—No, no lo creo —insistió Daniel, excitado—. Mientras buscaba la cura para su esposa, Homs consultó el manuscrito de Vesalio y, de algún modo, descubrió que existía un capítulo desconocido por todos que se suma a los restantes siete. Ese es el gran hallazgo que nombra en sus notas y que compartió inicialmente con mi padre.

—Según el mismo diario de Homs, su padre se negó a continuar ayudándole porque lo que estaban haciendo contravenía a Dios —reflexionó Pau—. Vesalio fue perseguido con encono por la Iglesia y discutido por buena parte de los médicos de la época. Es posible que descubriera algo prodigioso pero que, al considerarse herético, se viera forzado a no hacerlo público y decidiera esconderlo.

—¡Así es! Y Homs lo encontró trescientos años más tarde. A pesar de todo, su mujer murió. Como resultado, Homs perdió la razón y lo ingresaron en el sanatorio. Mi padre ocultó el cuaderno de notas y borró con ello la única pista de su existencia.

—De acuerdo, admitiendo que el *Liber Octavus* exista realmente, ¿qué relación tiene con los asesinatos de las muchachas?

—No sé responder a esa pregunta, Gilbert. Sin embargo estoy seguro de que si conseguimos encontrarlo nos llevará a Homs.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Fleixa.

—Lo más lógico sería procurarnos un ejemplar de la *Fabrica*.

—Hasta hace unos años era una de las principales obras de consulta. Es fácil conseguir uno de la biblioteca —dijo Pau.

—Estupendo. Usted, como estudiante, tiene acceso a la misma, ¿desea seguir ayudándonos?

Pau meditó su respuesta. El entusiasmo de Daniel era contagioso. Supo que iba a arrepentirse de tomar aquella decisión, pero se dijo que, al fin y al cabo, solicitar en préstamo un viejo libro de medicina no era una tarea que pudiera acarrearle problemas.

—Después de las clases de la mañana puedo acercarme a la biblioteca.

La expresión agradecida de Daniel le tiñó de rubor las mejillas.

—Si les parece, nos reuniremos en mis habitaciones alrededor de las ocho. Debemos encontrar ese *Liber Octavus* de Vesalio. Estoy

convencido de que puede ser la clave para evitar un nuevo asesinato.

Falso y verdadero

Doce días antes de la inauguración de la Exposición Universal

27

Bertomeu Adell descendió del coche de caballos al llegar a la plaza de Sant Jaume. Con un par de manotazos se deshizo del grupo de mocosos que pedían limosna. Se acomodó el sombrero, ajustó el bastón en su mano izquierda y disimuló la sonrisa de satisfacción que torcía su boca.

El Ayuntamiento, sede también del Consejo de Ciento, se alzaba frente al edificio de la Diputación, en lo que era el centro del poder político y social de la ciudad desde hacía dos milenios. En su fachada de estilo neoclásico, cuatro enormes columnas jónicas remarcaban el primer piso y sostenían un frontón coronado con el escudo de la ciudad.

A aquellas horas del mediodía, la plaza estaba atestada de mayordomos, ujieres y caballeros seguidos por sus secretarios. Entre ellos se mezclaban limpiabotas, barrenderos, pedigüeños, criadas y mozos con algún recado. Adell avanzó con paso resuelto por aquel mar humano como un gran vapor, hasta llegar sin contratiempos bajo el gran arco de la puerta principal, donde recibió el saludo de los dos guardias municipales.

Había sido convocado a una reunión. Esperaba esa llamada desde hacía mucho tiempo, demasiado, gruñó para sí mientras movía el bastón como una vara de mando. Al instante suavizó el gesto; su momento había llegado, al fin reconocían sus méritos en aquella capital de provincias. Su único interés había sido enriquecerse, pero ¿quién no tenía el mismo objetivo? Lo importante era que sus negocios habían contribuido al progreso de Barcelona.

Deseaba formar parte del círculo selecto de prohombres de la ciudad. Su meta era acceder al puesto de diputado en Cortes, tal y como era de esperar de un Adell i Busquets. Su padre, y antes su

abuelo y su bisabuelo, fueron ilustres ciudadanos y habían obtenido el puesto de diputado en su momento. Todavía se mostraba respeto al nombrarlos. Ahora era su turno. Dejarían de llamarle «Humillos», como algunos se mofaban a su espalda con motivo de la actividad anterior de la empresa familiar, dedicada a las calderas de vapor. A partir de ahora, contarían con él para futuros proyectos y recibiría invitaciones a tertulias y fiestas con lo más granado de la ciudad.

Pensó en su esposa y su optimismo se agrietó. Maldita mujer. Irene no se alegraría. En lugar de comportarse como era debido, le sacaba de quicio una y otra vez. No sabía estar en su sitio, jamás había sabido. Desde que contrajeron matrimonio se había mostrado rebelde y, lo que era peor, ¡con opinión propia! Leía, una costumbre poco decente para una mujer. ¿Qué se creía? Debería mostrarse menos arrogante y más agradecida por su buena fortuna. Al fin y al cabo, ¿no fue acaso su generosidad la que le evitó una situación más que vergonzosa? Para colmo, durante las últimas semanas, coincidiendo con la vuelta de Amat a la ciudad, se había vuelto taciturna, y sus arrebatos de niña malcriada eran más frecuentes. Incluso dos noches antes le había rechazado en el lecho enviándolo de vuelta a su habitación. Esa mujer debía aprender cuál era su lugar. Pronto se lo haría saber.

Un ordenanza le esperaba en el patio interior. Siguió al hombre por las escaleras de mármol mientras intentaba olvidarse de su esposa. Hoy era el gran día y nadie, ni siquiera Irene, se lo iba a estropear. El taconeo de su bastón resonó en las bóvedas del techo. Atravesaron varias estancias donde funcionarios atareados y ujieres iban de un lugar a otro; se respiraba una actividad efervescente.

El despacho del alcalde era mucho más grande de lo que había imaginado. Seis ventanales de estilo gótico circundaban la sala, sus contraventanas abiertas permitían disfrutar de una vista excelente de la plaza. Una tenue neblina flotaba en el aire a causa del humo de los cigarros. De pie, alrededor de una mesa ovalada cubierta con documentos y planos, conversaban varios caballeros. Al marcharse el ordenanza, los hombres interrumpieron su charla.

Francesc Rius i Taulet, cerca de la sesentena, disfrutaba de su cuarta etapa como alcalde de la ciudad. Llevaba con orgullo su

barba *hulihee*; las patillas de tamaño colosal unidas al bigote caían sobre las solapas de su chaqueta y dejaban libre su inquisitiva barbilla. De cierta corpulencia y ademanes delicados, se rumoreaba que padecía problemas de salud, aunque su vitalidad era una de las claves de la cercana celebración de la Exposición y, como consecuencia, de la transformación de Barcelona.

Junto al alcalde estaba el reconocido arquitecto Elies Rogent. Era el único de los presentes al que Adell conocía personalmente. A causa de su cargo como responsable técnico de la Exposición, habían tenido que tratar asuntos relacionados con la construcción de la central. Mantenían fuertes diferencias de criterio; recordaba una reciente discusión sobre la calidad de los materiales empleados que le había enojado durante días.

De pie, junto a unos sofás de piel, departían el jurista Manuel Durán i Bas, gran defensor de los regímenes forales, y Claudio López Bru, marqués de Comillas, generoso benefactor de la ciudad, algo que no encajaba muy bien con la idea que Adell tenía de alguien de su posición.

Faltaban otros cuatro hombres para completar lo que en Barcelona llamaban el Comité de los Ocho, garantes de la organización de la Exposición. Adell se sintió molesto, esperaba ser recibido por la comisión en pleno. La solemnidad del momento así lo requería. Sin embargo, no tardó en restarle importancia; esta era, al fin y al cabo, una primera reunión. Ya habría tiempo más adelante para ceremonias.

—Señor Adell, entre, haga el favor —le recibió el alcalde.

Le indicaron un asiento. Al lado, sobre una mesita se había dispuesto un servicio de licores, pastas y café. Una vez todos acomodados, Francesc Rius fue al grano.

—Supongo que sabe por qué le hemos hecho venir.

Adell había sopesado en un primer instante mostrar ciertas reticencias, para que terminaran por rogarle, lo que sería mucho más placentero. Se relamió considerándolo unos segundos antes de responder con tono altivo, como el que debían de usar aquellos hombres.

—Por supuesto, caballeros.

Apoyó sus manos sobre los brazos del sillón y se arrellanó contra el asiento. Pronto el Comité de los Ocho pasaría a llamarse de los Nueve.

Un silencio tenso se adueñó de los presentes. Sin duda, ahora llegaría la cascada de alabanzas, pensó Adell. Escuchó un par de carraspeos y Rogent resopló con desdén. Se prometió ignorarlo a él, y a su frígida esposa, en las invitaciones a la fastuosa fiesta que pensaba anunciar en cuanto se hiciera oficial su lugar entre los prohombres de la ciudad.

El alcalde se inclinó con gesto grave.

—Vamos a ver. Creo que confunde usted el motivo de esta reunión.

Adell parpadeó varias veces. Aquello no iba como esperaba. Se fijó en los rostros circunspectos de los hombres que le rodeaban y descubrió que el ambiente no era relajado, más bien al contrario. Se dio cuenta también de que no le habían invitado a tomar nada ni ofrecido un cigarro. Se aclaró la garganta, incómodo. De pronto hacía calor.

—Disculpen, no comprendo...

—Simple y llanamente estamos aquí para dilucidar su nivel de incompetencia, señor mío —le espetó el arquitecto con evidente enojo.

Sus mejillas adquirieron un tono granate, ¿qué significaba aquello?

—Roger, cálmese —intervino el alcalde—. No es necesario alterarse.

—Así lo creo yo también —adujo indignado Adell—. ¿A qué viene esto?

—Evidentemente —intervino Manuel Durán—, nos referimos a los problemas de fluido eléctrico que se repiten desde hace meses. Los apagones en el paseo de Colón y en el mismo recinto de la Exposición son continuos y hemos recibido infinidad de quejas al respecto. Y lo más preocupante es que apenas restan dos semanas para la inauguración. Sería desastroso, con la atención del mundo entero puesta en nuestra ciudad, que se produjera un estúpido apagón en medio de las ceremonias.

—¿Qué esperaba para informarnos? —preguntó a su vez Claudio López. El marqués lo miraba como si le ofendiera la vista.

Adell estaba atónito. ¿Esa era la verdadera razón de aquella reunión? ¿Los malditos apagones? Su lengua se había convertido en un pedazo de cartón pegado al paladar.

—Señores, se trata de meros ajustes técnicos de los generadores, no...

Se interrumpió, la mirada del alcalde se había endurecido.

—La cuestión que estamos decidiendo aquí es si está usted capacitado para resolver estas deficiencias o no —dijo—. Estoy tentado de rescindir de modo inmediato el contrato del Ayuntamiento con usted.

Adell casi saltó del asiento al oír las palabras del alcalde. Los compromisos de gasto adquiridos se habían elevado por encima de lo esperado. Las obligaciones contraídas con los inversores eran muy importantes. Sin embargo, el mayor problema radicaba en las sumas que había desviado hacia su compañía de activos. Había tenido mala suerte. El mercado del azúcar, con Cuba tan revuelta, se había vuelto muy inestable y el dinero se había volatilizado en un par de desafortunadas operaciones. Ni con todo su patrimonio podía hacer frente a las deudas generadas. La central eléctrica era su última oportunidad de remontar la situación. Si se cancelaban los acuerdos con el Ayuntamiento se desvelaría el desvío de fondos. Sería su ruina.

—Señores, señores, no se precipiten. —Un sudor frío empapó su frente—. Les doy mi palabra de honor de que esos problemas se solucionarán en una semana a lo sumo.

Sus palabras tuvieron una fría acogida.

—Señor Adell, la central eléctrica debe estar a pleno rendimiento dentro de tres días. En caso contrario, olvídese del contrato y tenga por seguro que le será imposible realizar nuevos negocios en esta ciudad.

—¿Tres días?

—Ni uno más. Y se lo advierto, no haga que me arrepienta por haber confiado en usted.

El empresario asintió intentando sonreír sin éxito. Aquello parecía todo. Hizo ademán de levantarse cuando un gesto del alcalde le retuvo en el sillón.

—Hay otro asunto.

—Una cuestión delicada —añadió el marqués.

—Ustedes dirán —respondió Adell. ¿Qué más podía pasar?

—Resulta difícil de creer —empezó Manuel Durán—, pero nos han informado que desde hace unos meses están apareciendo cadáveres en la red de colectores de la central eléctrica.

Adell contuvo el aire para no soltar un exabrupto.

—Explíquese —le exhortó el alcalde.

Los cuatro hombres le observaron inquisitivos. Ignoraba qué información tenían sobre el asunto. Supuso que tan solo sabrían una parte, por lo que, aunque no podía mentir, tampoco era necesario contar toda la verdad. Intentó serenarse y responder aparentando la mayor seguridad posible.

—Es cierto, señores. Muy de tanto en tanto, lamentablemente, encontramos el cuerpo de alguna desgraciada —confirmó—. No veo cuál es el inconveniente.

—¿No ve el inconveniente? ¡Hombre de Dios! ¿Por qué no lo ha comunicado a las autoridades?

—No lo creí necesario.

—¿De cuántos cuerpos estamos hablando exactamente?

—Una docena. Tal vez más.

—¡Virgen Santa!

—Ha llegado a mis oídos —intervino Durán— que las circunstancias en las que se encuentran los cadáveres son algo peculiares.

—El camino por las alcantarillas no debe de ser muy cómodo —respondió Adell—, cuenten además con las ratas y los peces del puerto.

—¡Qué horror!

—En la Barceloneta hay rumores de que una maldición es el origen de las muertes —comentó el abogado, que al parecer era el más informado del asunto—. Algunas trabajadoras de la Maquinista

Terrestre y Marítima, la Nou Vulcà y la Escuder se han negado a trabajar en turnos de noche.

Adell cavilaba mientras arreciaban los comentarios. Estaba claro que el inspector Sánchez había soltado la lengua a pesar del buen dinero que cobraba para no hacerlo. Tendría que recordarle a quién debía fidelidad. ¡Maldita sea! Si no tenía ya suficiente con los problemas de la central ahora descubría que también estaban al tanto de la aparición de los cadáveres. Cuando salió a la luz el primer cuerpo estimó que no le importaría a nadie. Había sido un error. Debía ser más cuidadoso en el futuro.

—Habladurías, caballeros, habladurías. Las víctimas suelen ser gentes de mal vivir cuya muerte se debe a los excesos de su disipada vida. Nuestra ciudad, señor alcalde, es muy segura gracias a sus desvelos; aun así, no todo el mundo actúa respetando la ley y el buen orden. Lo admito, he intentado ocultar esos hallazgos para descargarles de preocupaciones y completar la puesta en marcha de la central eléctrica sin dilación, como ustedes mismos me exigen.

—¿No ha tenido en cuenta las consecuencias si este asunto llega a la prensa? —preguntó Roger.

Su tono le enervó. Odiaba a aquel hombre que se creía mejor que él. Por supuesto que las había considerado. No dejaba de pensar en ello.

—Algunos diarios están deseando tener alguna noticia para difamar la Exposición —continuó el arquitecto—. Una cuestión de este calibre puede desencadenar el pánico en la ciudad.

—Y todo esto a pocos días de que la reina venga a inaugurar la Exposición. Podrían plantearse incluso la suspensión de los actos.

—¡Sería terrible!

—No solo eso, señores. Está prevista la llegada de expositores y visitantes de todo el mundo ¿Qué van a pensar?

—Puede usted imaginárselo. Daremos la impresión de que no podemos garantizar la seguridad ni de nuestros propios ciudadanos. Nos lloverán las cancelaciones.

—Con la Exposición de París tan cerca, nadie querrá venir a Barcelona.

—Señores, señores... —Adell intentó apaciguarles sin resultado.

—Es indispensable que se ponga fin a estos «hallazgos» y se mantenga la discreción —afirmó el abogado.

—Adell. —Le señaló Rius con el dedo—. Queda bajo su responsabilidad que no aparezca ni una sola mención de estos sucesos en la prensa. Póngase a disposición de la policía y comuníquenos inmediatamente cualquier novedad. Espero que lo haya entendido. Están en riesgo más que nunca su posición y su fortuna. Si la Exposición Universal de Barcelona fracasa por su incompetencia me aseguraré de que pague por ello.

Adell salió por las puertas del Ayuntamiento, el semblante tan gris como el mismo cielo de la ciudad. Subió al coche y se dejó caer sobre el asiento de cuero.

Todo había comenzado con la inoportuna investigación del doctor. Desde ese instante, los problemas se habían multiplicado. Con la muerte del viejo parecía que se solventaba el asunto, pero entonces, justo en el momento más delicado, Daniel Amat había vuelto a Barcelona tras siete años desaparecido y había retomado las indagaciones de su padre acompañado por un maldito reportero. ¿Casualidad? Seguro que no.

Había sido demasiado indulgente hasta la fecha. Eso se tenía que acabar. No podía consentir más errores. Y menos todavía poner en peligro su verdadero proyecto, aquel que llevaba en secreto. Nadie era capaz ni tan siquiera de imaginar el prodigio de su descubrimiento. Ni aquellos estúpidos arrogantes del comité. Cuando lo hiciera público, se inclinarían todos a sus pies. Toda la ciudad se arrodillaría ante su genio, y muchos rogarían porque él les concediera una porción de su logro. Daniel Amat se interponía en la consecución de sus propósitos, aunque sería por poco tiempo. No tardaría en pagar la humillación que acababa de hacerle sufrir.

28

Pau dejó a un lado las *Observationes anatomicae* de Falopio y resopló. Aquello no estaba resultando como esperaba. Había consultado todas las secciones de anatomía y no había encontrado un solo ejemplar del manuscrito de Vesalio.

Con el paso de los años, la biblioteca original, un sencillo salón en el antiguo colegio de cirujanos, se había ampliado hasta convertirse en un edificio propio junto a la universidad. Semejante a un ciclópeo teatro anatómico de planta octogonal, las estanterías de roble macizo formaban una decena de pasillos concéntricos alrededor de una amplia sala central repleta de mesas de estudio desde donde partía un corredor que comunicaba las diferentes zonas. A partir del tercer anillo de estanterías se alzaba un piso abalconado al que se accedía por unas escaleras de caracol. Arriba, varios ventanales cubrían las paredes de piedra e iluminaban los arcos del techo, que confluían en un ábside con el escudo de la ciudad.

A Pau le fascinaba tener a su alcance todo el conocimiento de la medicina de los últimos siglos. El silencio que se respiraba allí no le oprimía como a otros estudiantes. Estaba a gusto en aquel lugar. Disfrutaba del intenso olor a madera, papel y piedra. Se sentía como en casa, tal vez porque no tenía un lugar al que llamar de ese modo. Y además, la biblioteca poseía una ventaja añadida: Fenollosa y sus amigos raramente aparecían por allí, y de hacerlo podía evitarlos con facilidad.

Escuchó a lo lejos las campanadas de Santa María del Pi. Se estaba haciendo tarde, los estudiantes que horas antes ocupaban las mesas ya se habían marchado; la luz del sol manchaba apenas los ventanales y las lámparas de gas no bastaban para iluminar los

pasillos. No podía tardar en irse, pues había acordado encontrarse con Amat y Fleixa en las habitaciones del primero.

Odiaba volver con las manos vacías. Podía imaginar la expresión burlona del periodista. ¿Cómo era posible que no hubiera ningún ejemplar? Debía consultar al señor Ferrán. Había querido evitarlo para que no constara su búsqueda, pero no le quedaba más remedio que solicitar su ayuda.

Recogió sus cosas y se dirigió al despacho del bibliotecario.

Al final del pasillo escuchó unas voces apagadas. Unos metros más adelante, la conversación se tornó más nítida. Dos hombres discutían con tono airado en la sección de química, justo el corredor contiguo al que ocupaba. Pau avanzó con más cuidado. No quería irrumpir en medio de una disputa privada. Entonces se sobresaltó al reconocer una de las voces.

—Padre, ya no soy un niño.

—Eso está por ver. Vengo de visita y me encuentro que el chascarrillo más comentado estas semanas es cómo mi hijo, mi propio hijo, ha sido vapuleado en un debate público por otro estudiante.

—Tan solo fue una estúpida clase de anatomía.

La voz del hombre sonó ofendida.

—Ni se te ocurra menospreciar las enseñanzas de la medicina.

El joven no contestó.

—Cuatro generaciones de cirujanos en la familia, cuatro. Y todos hemos hecho crecer el prestigio de nuestro apellido. Yo mismo fui un destacado alumno de mi promoción. ¿Y tú, qué haces? ¡Eres un Fenollosa, por Dios!

—Padre, se está excediendo.

—¿Excediendo? ¿Crees que desconozco las timbas de dudosa moralidad donde te juegas tu asignación noche tras noche? ¿O tu asistencia a las clases en estado de embriaguez? ¿Lo consideras una conducta propia de un caballero?

—Al fin y al cabo no hago más que seguir su ejemplo, querido padre —ironizó—. Sus escapadas al lupanar todavía se comentan en la facultad.

La bofetada resonó en la sala. No fue un golpe fuerte, pero Pau observó cómo el rostro de su compañero se volvía grana. Creyó que iba a devolver el golpe a su padre. No obstante, en el último momento se contuvo. El otro hombre, ignorando la reacción de su hijo, se ajustó la chaqueta y los puños de la camisa, recogió guantes y bastón, y se dirigió hacia la salida dando por zanjada la conversación.

—Por ahora se acabaron los fondos. Los exámenes finales se celebran en algo más de quince días. Aplícate.

Sus pasos se perdieron por el pasillo. Fenollosa dejó caer los libros al suelo y le soltó un puñetazo a la estantería más cercana, los ojos pugnando por contener las lágrimas.

Pau se dijo que lo mejor era retirarse a la sala anterior y esperar a que su compañero se marchase. Al darse la vuelta, no advirtió un carro de mano repleto de volúmenes pendientes de ordenar y varios libros cayeron al suelo con estrépito.

—¿Quién anda ahí?

Pau intentó escabullirse, pero ya era tarde.

—¡Gilbert! ¿Qué demonios?

Pau no supo qué decir.

—¿Tiene por costumbre escuchar conversaciones privadas?

—¡No! No es lo que parece.

Fenollosa, furioso por la vergüenza de saberse escuchado en una situación comprometida, no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Se acercó a grandes zancadas mientras Pau retrocedía a su vez.

—Siempre te encuentro en mi camino, maldito sabelotodo entrometido.

Le empujó con fuerza. Pau, más bajo y mucho más delgado, no tenía ninguna posibilidad de resistirse. Se golpeó contra un estante. Sus lentes salieron despedidas y rodaron por el suelo. Fenollosa se le echó encima, le escupía literalmente las palabras.

—Por el asunto de la niña saliste bien librado, pero ¿crees que no sé que escondes algo más? Pienso descubrirlo y hacer que te echen a patadas de la universidad, aunque antes me voy a dar la satisfacción de...

—¡Caballeros!

El señor Ferrán había aparecido en el corredor. Su expresión de estupor mudó a irritación cuando observó el montón de libros desparramados en el suelo.

—¿Qué se creen que están haciendo?

Fenollosa se separó de mala gana. Mientras el bibliotecario se acercaba a ellos, Pau rescató sus lentes y se recompuso la chaqueta a toda prisa.

—Es impropio de señores con su educación comportarse como vulgares maleantes —les reprochó. Hizo una pausa, retándoles a llevarle la contraria. Su mirada se detuvo en Fenollosa y dijo—: Andando, fuera de aquí.

El joven se adelantó a punto de replicar.

—¿No me ha oído? —insistió el señor Ferrán.

Con el rostro contraído, Fenollosa recogió de un manotazo sus pertenencias. Al pasar junto a Pau, le lanzó una mirada cargada de rencor. Segundos después, un fuerte portazo retumbó en la biblioteca y provocó una mueca de desagrado en el señor Ferrán. En cuanto el eco de la furiosa salida del estudiante se atenuó, el hombre se volvió hacia Pau y relajó el gesto severo.

—¿Se encuentra bien, señor Gilbert? No quisiera perder a mi más leal visitante.

—Gracias, señor, estoy bien.

—Me ha parecido que ese joven le estaba agrediendo. ¿Desea que le acompañe para presentar una queja?

—Oh, no, señor, no. Se lo agradezco. Mi compañero estaba algo ofuscado por una discusión acerca de un... procedimiento farmacéutico. Todo se debe a una terrible confusión. No ha sido nada.

El hombre dudó.

—Debería informar al decano yo mismo, pero respetaré su decisión.

—Se lo agradezco, señor.

—Tal vez le iría bien tomar algunas lecciones de ese nuevo deporte inglés, muy popular en las universidades de allá, creo que le llaman *boxing* —le indicó con expresión jocosa.

—Gracias, tomaré en cuenta su consejo.

Pau recordó entonces el motivo que le llevaba al despacho del bibliotecario.

—Espere, señor Ferrán, precisamente iba buscándole.

—¿Ah, sí? —Un brillo divertido bailaba en sus ojos—. Debo advertirle: no tengo la más mínima idea de ese *boxing*, únicamente poseo un tratado técnico recién llegado de Madrid..., puedo prestárselo si lo desea.

—No, no es eso. Estoy buscando un libro, pensé que podría encontrarlo por mi cuenta pero no ha sido así.

—Esa materia sí entra dentro de mis atribuciones. Sígame a mi despacho, allí veremos en las fichas bibliográficas dónde está ese libro que tanto le interesa.

La oficina se encontraba en una de las esquinas de la laberíntica biblioteca. Era una estancia no muy espaciosa donde reinaba la pulcritud. El bibliotecario apartó un montón de libros de una mesa y ordenó varios papeles antes de dejarse caer en un sillón al lado del fuego encendido de la chimenea.

—Dígame, ¿cuál es ese libro?

—*De Humani Corporis Fabrica*, de Andrés Vesalio.

Los ojos del bibliotecario se encendieron de entusiasmo.

—Ese libro es un tratado magnífico de anatomía. Normalmente disponemos de varios ejemplares para la consulta, pero en la última remodelación, hace cinco meses, se perdió un buen número del modo más lamentable. Nos los robaron de las mismas cajas al trasladarlos, ¿se lo puede creer?

El hombre suspiró, se levantó del sillón y se dirigió a un casillero repleto de cajones con tiradores dorados. Sus manos se movieron como las de un pianista por el mueble hasta que, con expresión satisfecha, extrajo uno de los cajones y lo depositó sobre la mesa.

Al abrirlo, una hilera de tarjetas bailó suelta en su interior. El bibliotecario recorrió sus bordes con el índice y el pulgar hasta que eligió una. Leyó por encima de sus lentes. Pau esperaba expectante. El rostro del anciano no anunciaba buenas noticias.

—Parece que se le han adelantado. Los últimos ejemplares han sido prestados a un profesor y dos estudiantes. —Alzó las cejas—. ¡Qué curioso! El último de ellos se lo ha llevado ese compañero suyo con el que mantiene relaciones tan amistosas.

—¿Fenollosa?

—Así es. Esta misma mañana lo ha retirado en préstamo.

Justo el día que estaba buscando el manuscrito de Vesalio. ¿Simple coincidencia o había algo más? No podía saberlo, pero el resultado era el mismo: seguía sin conseguir el libro. Su decepción debía de ser muy evidente, puesto que al levantar la vista encontró la sonrisa juguetona del bibliotecario.

—Puede que exista una alternativa.

—Necesito ese libro en concreto, señor Ferrán. No me sirve otro de anatomía.

El viejo negó con la cabeza.

—No me refiero a eso, joven. Quería decir que es probable que estos no sean los únicos ejemplares existentes. —Entrecerró los ojos para hacer memoria—. En la parte más antigua de la biblioteca, en el segundo piso, hay una sala olvidada. Yo la llamo el desván. Allí se guarda una colección algo singular.

—Creía conocer bien la biblioteca, pero al parecer no es así.

—No es extraño, nadie quiere saber nada de ese lugar.

—¿Y eso por qué?

—Hace unos años el cargo de bibliotecario recayó en un profesor en activo de la universidad. Eso fue inusual, pues es costumbre que sean profesores retirados de la docencia.

—¿Usted fue profesor?

—Por supuesto..., no obstante, mi aburrida biografía no es lo que nos ocupa. Como le decía —retomó el hilo de la historia—, ese hombre organizó una pequeña sección en la biblioteca para su uso personal donde acumuló sin orden ni concierto una buena cantidad de libros.

—¿Qué motivos le llevaron a crear una sección tan particular?

—Aquel hombre era un investigador de prestigio y con un futuro prometedor por delante. Sin embargo, al poco tiempo de acceder al puesto su mujer cayó enferma.

Pau sintió una punzada de excitación.

—A partir de entonces —continuó el bibliotecario, ajeno a su reacción—, el pobre se dedicó en cuerpo y alma a la búsqueda de una cura. Se rumoreó que incluso construyó un laboratorio secreto. Lo dudo, la verdad. Es innegable, no obstante, que sus investigaciones le llevaron a acumular cada vez más obras e incluso llegó a adquirir numerosos tratados de disciplinas algo controvertidas y los fue atesorando en esa sala.

—¿A qué clase de libros se refiere?

—Esoterismo, ciencias ocultas, tonterías por el estilo. —Mostró su malestar con un chasquido de la lengua—. Una pérdida de tiempo si quiere que le diga, pero en esa situación vaya usted a saber qué haríamos nosotros. Recuerdo verle pasar días enteros aquí, en la biblioteca. Todo para nada. Su mujer murió y él acabó desquiciado. Con la última remodelación, la sala y su colección de libros quedaron olvidados.

El anciano observó el jugueteo de las llamas en la chimenea y negó con la cabeza.

—Una historia muy triste, sí, muy triste. Según recuerdo, en lo que respecta a los tratados médicos su mayor interés radicaba en la anatomía. Por lo cual —alzó los ojos hacia Pau—, deduzco que es posible que encuentre ahí su libro.

—¿No sabría por casualidad el nombre de ese doctor, señor Ferrán?

Pau a duras penas controlaba su nerviosismo. El anciano bibliotecario cerró los ojos y cuando los volvió a abrir murmuró:

—Se llamaba Homs. Doctor Frederic Homs.

29

—Como le digo, en esa casa habita el demonio.

El cochero acompañó sus palabras con un chasquido de la fusta y el caballo aceleró el paso arrastrando el tílburi por el paseo de Isabel II tras dejar atrás la plaza de Antonio López. El hombre hablaba con el marcado acento de las tierras del Ebro.

—Dicen que está abandonada desde hace siete años. En confianza le digo que al menos lleva así veinte o treinta, sino más. Han ocurrido cosas terribles en ese lugar. No le estoy contando chismes de taberna. Esa casa está maldita, señor.

Daniel, acomodado bajo la capota del carruaje de dos ruedas, escuchaba de fondo la charla del hombre aunque estaba más pendiente de controlar sus nervios. El cochero, creyendo que había conseguido impresionar a su cliente, continuó.

—Toda la familia murió en el incendio, ¿sabe? No quedó ni uno. Como no había herederos, el Ayuntamiento la puso en subasta. Nadie con dos dedos de frente querría quedarse esa casa, lo que tendrían que hacer es derruirla. Ese es un buen destino para ella, sí, señor.

Daniel suspiró. No había sido una decisión fácil. Había estado demorando aquel momento desde su llegada a Barcelona. Esa tarde disponía de tiempo antes de acudir a la cita con Fleixa y el joven Gilbert. Ya no podía retrasarlo más.

Al ver el camino que tomaba el coche, carraspeó para aclararse la garganta.

—Cochero, mejor vaya por Santa María.

El hombre asintió, tiró de las riendas y restalló de nuevo la fusta por encima de la cabeza del caballo. Daniel deseaba seguir el recorrido que un día tras otro realizaba junto con su padre y su

hermano. Al reconocer las calles, recuerdos de su vida anterior regresaron a su mente. Atravesaron el paseo del Born, a esas horas poco transitado, y llegaron a las inmediaciones de la calle Montcada, donde se internaron por un callejón. El ajetreo de las otras calles quedó atrás y solo el eco de los cascos del caballo sobre los adoquines rompía el silencio. El cochero, ante la circunspección de su cliente, optó también por mantenerse callado.

Tras internarse por varias callejuelas, se encontraron frente una tapia de planta y media de altura que rodeaba toda la manzana. Avanzaron junto al muro, en otros tiempos blanqueado con cal y punteado con tejas. Ahora, decenas de fragmentos descascarillados cubrían la pared como la piel de un leproso; en algún tramo la argamasa había desaparecido y sobresalían los ladrillos desnudos. Por fin, la callejuela desembocó en una coqueta plaza arbolada.

—Deténgase aquí.

—¿Está usted seguro, señor?

La voz preocupada del hombre no le pasó desapercibida. Le entregó unas monedas.

—No se inquiete. Usted no se vaya, volveré en un momento.

Bajó del coche, se ajustó el sombrero y se encaminó hacia la casa, uno de los pocos palacetes que disponía de terreno en el barrio de la Ribera. Su padre nunca había querido mudarse a una zona de más lustre, decía que era un gasto inútil.

Movió las manos para detener su temblor mientras se acercaba a la imponente cancela de hierro forjado. Se apoyó en los barrotes y la verja se desplazó con un chirrido. Roto el cerrojo, alguien había colocado una sólida cadena para mantenerla cerrada. Aun así, se abría un hueco suficiente para que una persona pudiera pasar sin grandes esfuerzos.

Daniel echó un vistazo a su alrededor. La calle estaba desierta y en la esquina el cochero liaba un pitillo mientras se arrebujaba con la capa junto al tílburi. Inclinó el cuerpo por debajo de la cadena y pasó al otro lado.

Al levantar la mirada retuvo un juramento.

Tras años de abandono, las plantas habían crecido a su antojo adueñándose por completo del lugar. El antaño delicado jardín se

había convertido en un caos de tonos verdes y ocres. A sus pies nacía un camino de losas que la tierra y la maleza invadían a tramos. Avanzó unos pasos y unos matorrales cercanos se removieron bajo un correteo apresurado.

Unos metros más adelante encontró un enorme tilo. Daniel recordaba haberse subido en aquel árbol decenas de veces; ahora yacía como un moribundo, con las hojas y el tronco mustios. Nadie se había ocupado de podarlo y una rama tan ancha como un hombre adulto había cedido por su propio peso. Detrás halló el estanque de forma ovalada. Cuando el calor apretaba en verano, su hermano Alec y él metían los pies dentro, con el consiguiente enfado del aya. Solía tener un agua tan clara que las carpas al nadar parecían suspendidas en el aire, pero ahora estaba vacío y una capa de polvo cubría el fondo cuarteado de cemento. Las hierbas brotaban por entre las grietas.

No había vuelto desde el incendio. Cuando semanas más tarde salió del hospital, tras la discusión con su padre, había cogido el primer tren a Calais y luego el barco hasta Inglaterra. Habría huido hasta el fin de la tierra si no le hubiera acogido sir Edward. De aquello hacía más de siete años. Al comprobar la desoladora transformación del jardín que su madre cuidó con tanto amor y que su padre mantuvo después en su memoria, cayó en la cuenta de que ver la casa podía ser mucho peor. Suspiró resignado, ahora ya no podía volverse atrás.

Según avanzaba, los ruidos de la ciudad se amortiguaban, devorados por la quietud del jardín. El único sonido que terminó por oír fue el crujido de sus zapatos sobre la grava. La brisa que corría pocos minutos antes había desaparecido y hojas y ramas estaban inmóviles como si fueran de piedra.

Pasó junto a un pabellón medio derruido. Allí, su hermano Alec, que poseía un gran talento para la interpretación, representaba cada final de verano una función para la familia, divirtiendo a todos con sus ocurrencias e imitaciones. Daniel se limitaba a ayudar, ejerciendo de tramoyista o actor secundario. Incluso su padre abandonaba su despacho y participaba de la alegría general. Cerró los ojos para

alejar los recuerdos. Al abrirlos, la casa apareció frente a él como si estuviera esperándolo.

En un primer instante le recordó un enorme barco varado en medio de un mar de hierba reseca. Años atrás había sido considerada esplendorosa. Todavía mantenía sus tres alturas y la amplia terraza en la primera planta. La torreta neomudéjar se alzaba como un viejo faro. Muchos de los azulejos de colores que decoraban la fachada habían desaparecido; los que aún se mantenían en el muro habían perdido su brillo bajo capas de suciedad. Los postigos de las ventanas estaban en su mayoría rotos o desencajados.

Daniel apoyó el pie en el primer peldaño de la entrada. Ignoró la inquietud que le embargaba y llegó hasta la puerta bajo las sombras del porche. Sobre el marco se conservaba milagrosamente el escudo de la familia, y leyó el lema que tantas veces les había recordado su padre en voz alta: *Vivitur ingenio, caetera mortis erunt*.

Un batido asustado de alas le recibió cuando entró en el amplio vestíbulo. El sol del atardecer se filtraba a través de los agujeros del techo y la luz iluminaba el polvo levantado con su aparición.

La devastación era mayor de lo que esperaba. Gran parte de las vigas se habían derrumbado y la escalera por la que había transitado lo más distinguido de la ciudad era ahora un montón de escombros. El papel de pared con elegantes dibujos se había volatilizado. Una pátina gris lo cubría todo con un velo de podredumbre. La lluvia había entrado por la cubierta rota y el barro reseco trazaba dibujos sobre las baldosas.

Con el corazón encogido se adentró en la casa. En todas partes se advertían las consecuencias del incendio. Los techos y columnas, lacados con caros barnices, parecían huesos de un cadáver calcinado. Los cortinajes de satén azul se habían convertido en harapos que el aire removía a su antojo. Algunas lámparas todavía colgaban del techo retorcidas por el fuego. El mobiliario que no había desaparecido en el incendio yacía en pedazos en el mismo lugar donde antes lucía con esplendor. A pesar del tiempo transcurrido, a Daniel le pareció que todavía olía a quemado.

Recorrió varias estancias seguido por la luz mortecina del atardecer, que se filtraba a través de los huecos de los postigos. Sus pasos le llevaron hasta la cocina. Allí apenas quedaban los restos de una mesa, un par de sillas y algunos utensilios irreconocibles. Se detuvo junto a una puerta convertida en un tablón ennegrecido. La entrada al laboratorio de su padre.

Dudó un instante antes de abrir. Tras la puerta, unos peldaños de piedra desaparecían a los pocos metros engullidos por las tinieblas. El miedo le impulsaba a salir de allí y volver a la seguridad del olvido, pero la necesidad de verlo con sus propios ojos fue más fuerte. Los recuerdos de aquella noche eran difusos, sus propias pesadillas eran más claras. Jamás había conseguido saber qué había ocurrido realmente. Por eso estaba allí. Tenía que descubrir si, como temía, era un asesino.

Se arrodilló y extrajo de su abrigo un par de velas de sebo y unos fósforos. Tras un par de torpes intentos consiguió prender una de las velas. La llama creó un círculo de luz a su alrededor. Respiró hondo y avanzó hacia el hueco negro de la puerta.

La barandilla de madera había desaparecido, por lo que apoyó su mano libre sobre el muro y se estremeció al notar la piedra caliente. Descendió un escalón y luego otro, consciente de que a su izquierda había una caída de una decena de metros. El olor de la cera derritiéndose se mezcló con el hedor que provenía del fondo.

Avanzó unos pasos más y se detuvo, creyó escuchar un murmullo sordo. No podía ser. Su imaginación le estaba gastando una broma. Volvió a escuchar un ruido y entonces, repentinamente, una corriente de aire le golpeó el rostro y apagó la llama de la vela.

La negrura cayó sobre él como si se hubiera sumergido en un pozo. Perdió el contacto con el muro y tanteó el aire en un intento inútil de encontrarlo. Con gran esfuerzo, controló el pánico que amenazaba con dominarle y consiguió darse la vuelta sobre sí mismo. Arriba, un cuadro de luz tenue enmarcaba la puerta. Se encontraba mucho más lejos de lo que él creía. A tientas, buscó el siguiente escalón con el pie pero se quedó corto, trastabilló y cayó al vacío.

Ahogó un grito de horror esperando sentir la ingravidez de una larga caída; en cambio, le sorprendió un inesperado estallido de dolor en su rodilla izquierda y un posterior encontronazo contra el muro que le dejó sin resuello. Se había desplomado unos pocos metros más abajo sobre la misma escalera, cuando esta giraba pegada a la pared.

El miedo le impulsó a levantarse, sujetando su pierna herida, y aferrado al contacto con la piedra ascendió cojeando hacia la luz.

Atravesó la puerta con el rostro demudado. Le faltaba el aire y la rodilla le ardía a causa del dolor. Miró a su alrededor con desconcierto. La casa parecía haber cobrado vida y se encogía a su paso como si quisiera evitar su huida.

Recorrió desesperado las habitaciones buscando el camino de vuelta. Tropezó y cayó al suelo varias veces. Sin saber cómo, consiguió alcanzar el vestíbulo y salió al porche de la casa. Descendió a trompicones la escalinata de la entrada hasta que en el último peldaño la rodilla le falló y se desplomó sobre el camino de baldosas. Giró sobre sí mismo y aspiró con alivio el aire frío del jardín. La visión del cielo le pareció maravillosa.

Entonces le sobrevino una arcada. Apenas consiguió ponerse de costado y vaciar su estómago.

Al terminar, tembloroso, se apoyó en los escalones. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Su padre jamás había querido volver a la casa y no le faltó razón. Se soltó el cuello de la camisa. Los latidos de su corazón poco a poco se ralentizaron y su respiración se hizo más pausada. Se llevó la mano a la nuca y recorrió con los dedos su piel deforme, el recuerdo indeleble de que era un asesino.

Cuando notó bajo su cuerpo el asiento del carruaje, Daniel respiró aliviado.

—Nos vamos —dijo.

El cochero abrió los ojos ante el estado en que se encontraban las ropas de su pasajero, pero cuando vio la expresión de su cara optó por callarse. Apagó la punta del pitillo con la bota y se lo

guardó en un bolsillo del tabardo. Con un chasquido de los labios y un golpe de riendas el tílburi reinició la marcha.

Daniel miró hacia atrás. Un cúmulo de nubes se cernía sobre la finca, medio oculta en la penumbra. Al alejarse pareció desaparecer, como si no hubiera existido nunca.

30

El desván, tal y como lo llamaba el señor Ferrán, era en realidad una buhardilla de vigas inclinadas que obligaba a andar ladeando la cabeza para no golpearse. Olía como si hubieran abandonado el cadáver de un animal en su interior. Se le hacía difícil pensar que aquel fuera el lugar donde Homs buscó la cura de su mujer.

Encendió la vieja lámpara que había sobre la mesa. Fundas descoloridas cubrían los muebles. Pau retiró las telas y descubrió una librería vacía que parecía sostener la pared, un viejo esqueleto de estudio al que le faltaban varias piezas, tres voluminosos arcones de viaje, de factura excelente, cuyas etiquetas le indicaron que en el pasado guardaban el instrumental de laboratorio del doctor, y varias docenas de cajas y archivadores de cartón amarillento en cuyo interior aguardaban miles de libros.

Su ánimo flaqueó. ¿Cuánto tiempo le llevaría registrar aquellas cajas? En el caso improbable de que el manuscrito de Vesalio estuviera allí, necesitaría varios días para encontrarlo. Quizá fuera mejor esperar a que devolvieran un ejemplar al señor Ferrán, o también podía incluso pedírselo directamente a uno de los estudiantes que lo había tomado en préstamo.

Se dejó seducir por la idea hasta que imaginó la sonrisa condescendiente de Fleixa. Se acercó a la montaña de cajas, eligió la más cercana y la trasladó hasta la mesa; luego arrastró una silla y, tras sentarse, se dispuso a pasar un largo rato allí.

Al cabo de dos horas apiló la séptima caja revisada y se dejó caer en la silla. Un momento antes pensaba en la suerte que había tenido. Nada menos que la biblioteca del mismísimo doctor Homs. En aquel instante se relamió imaginando la expresión de Amat y Fleixa al

revelarles su hallazgo. Ahora comprobaba cuánta razón tenía el bibliotecario, la colección era un sinsentido.

Llevaba vistos tantos libros que había perdido la cuenta y cada vez entendía menos cuál había sido el objeto de acumular aquellas lecturas. En cada caja se encontraban obras del más prestigioso conocimiento científico junto con otras cuyas páginas rebosaban fraude, superstición e ignorancia. Valiosos ejemplares de los *libris naturales* de Aristóteles, el *Handbuch der pathologischen Anatomie* de Carl von Rokitansky o el *Leçons de pathologie expérimentale* de Claude Bernard compartían espacio con panfletos esotéricos, manuales de espiritismo y guías de principios de vida alquímicos. Se trataba de una selección del todo inaudita, impropia de alguien tan docto como Homs. Y por si fuera poco, no había ni rastro del manuscrito de Vesalio.

Arrastró la siguiente caja tirando de las solapas hasta la mesa. Hurgó en su interior y extrajo un volumen de tapas oscuras: *El libro de los espíritus de Allan Kardec sobre la inmortalidad del alma, la naturaleza de los espíritus y sus relaciones con los hombres, las leyes morales, la vida presente, la vida futura y el porvenir de la humanidad*.

Aquello era una pérdida de tiempo. En lugar de estudiar para los próximos exámenes... Negó con la cabeza. Sin pensarlo, cogió el tratado espiritista y lo arrojó contra las cajas. Ante su estupefacción, estas se desmoronaron contra la librería, levantando una nube de polvo y esparciendo decenas de libros por el suelo.

No podía creerlo, ahora tendría que pasarse la siguiente hora arreglando aquel estropicio. Contuvo un lamento por su estupidez y decidió que después de ordenar aquello se marcharía. Tendría que aguantar las impertinencias del periodista, pero era preferible eso a quedarse en aquel lugar por más tiempo.

Al inclinarse junto a la estantería, donde varios libros se amontonaban, se detuvo con una mueca de extrañeza. En un lateral de la pared se había abierto una grieta.

Lo que faltaba, pensó.

Acercó el quinqué e inspeccionó los daños. Acababa de meterse en un buen lío. Tanteó la hendidura con los dedos. ¿Cómo demonios

unos cuantos libros habían provocado un desperfecto de aquella magnitud? Volvió a observar la grieta con atención. De repente le asaltó una idea. Buscó a su alrededor hasta que encontró una de las telas que cubrían las cajas. La cogió y con ella limpió el borde de la estantería de polvo y telarañas. Una fina línea fue apareciendo alrededor del mueble, como si hubieran cortado el muro con un bisturí.

Temblando de excitación, colocó ambas manos sobre el mueble y empujó. No ocurrió nada. Pau no quería pensar que se había dejado llevar por la imaginación. Volvió a intentarlo con mayor fuerza y apoyó todo su cuerpo. En esta ocasión sonó un crujido y la estantería se hundió unos centímetros. Presa de la emoción, volvió a empujar. La estantería desapareció a un lado, dejando en su lugar un rectángulo oscuro del tamaño de una pequeña puerta.

Pau recogió el quinqué con manos temblorosas y se asomó por la abertura. Podía oír el sonido de su propia respiración. Se adentró y arrugó la nariz ante el olor del interior. Era una estancia sencilla, no muy espaciosa. En una de las paredes se apoyaban una tosca mesa de laboratorio, un armario y una banqueta. Un camastro y una estufa de hierro ocupaban el resto del espacio disponible. Había encontrado el laboratorio secreto del doctor Homs.

Tras las disputas con el doctor Amat y las primeras sospechas en la universidad de su inestabilidad emocional, Homs debía de haber dispuesto aquella habitación para proseguir con sus investigaciones sin interrupciones. De ese modo podía desaparecer y nadie sabía dónde encontrarle ni podía controlar sus idas y venidas.

Acarició con fascinación el borde de la mesa. La madera estaba moteada con manchas, recuerdos de antiguos experimentos. Allí Homs había pasado innumerables noches en vela intentando salvar a su mujer. Casi podía sentir en el aire la lucha desesperada que acabó por hacerle perder la razón. Contuvo un escalofrío, el ambiente parecía conservar el dolor y las obsesiones del doctor.

La luz del quinqué iluminó fugazmente la pared y algo le llamó la atención. Alzó la lámpara por encima de su cabeza y el asombro casi le hizo perder el equilibrio. Una frase repetida miles de veces cubría las cuatro paredes desde el suelo hasta el techo. La leyó en

voz alta: *Vivitur ingenio, caetera mortis erunt*. Alargó la mano y pasó sus dedos por encima de los trazos. Homs había usado las ascuas de la estufa a modo de lápiz. La letra era casi ilegible en algunos tramos. ¿Qué significaba? ¿Tenía algo que ver con aquel asunto de los asesinatos? ¿O sencillamente era el producto de una mente desbocada por la locura? Pau apoyó la lámpara sobre la mesa, extrajo un cuaderno de su bolsa y copió la frase. Más tarde se preocuparía por ello.

Recordó por qué estaba allí y se dirigió hacia el armario, el único lugar que podía albergar algún libro. Los cristales de las puertas estaban cubiertos de polvo y apenas se veía a través de ellos. Refrenando su nerviosismo, alzó el cierre y tiró de una de las asas. En el primer estante encontró varios manuales de medicina y algunos ensayos sobre el cólera. Uno de los libros le llamó la atención. *De Dignotione ex Insomnis Libellis.* «Sobre el diagnóstico de los sueños», tradujo mentalmente. Era una conocida obra de Galeno de Pérgamo. ¿Para qué guardaría un libro así? Se dispuso a examinarlo cuando sus ojos se posaron sobre otro volumen colocado con descuido en el estante inferior.

Era el único cuyo título no estaba grabado en el lomo. Podía incluso pasar por un sencillo cuaderno de notas. Con manos temblorosas, lo sacó del armario, lo depositó en la mesa y lo abrió.

Las hojas crujieron al contacto de sus dedos. La luz del quinqué iluminó fantásticos grabados de cuerpos desmembrados, órganos y esqueletos entremezclados con extensos párrafos en latín y griego. Sus ojos quedaron fascinados por la cruda belleza de la obra. Buscó la primera página y leyó los caracteres latinos: *De Humani Corporis Fabrica* de Andreas Vesalius.

En ese instante, un crujido resonó en el exterior.

31

Irene, resguardada tras la cortina, apoyaba el rostro junto a la ventana del carruaje y disfrutaba del aire frío que le alborotaba el pelo bajo el sombrero y coloreaba sus mejillas. El olor de la lluvia y de las flores de la Rambla le llenó el pecho. Parecía que hacía semanas que no respiraba.

Para la ocasión había elegido un vestido de tarde color perla y una capa de terciopelo desenvuelta sobre los hombros. El corsé le oprimía, pero al menos era preferible al polisón todavía de moda entre algunas mujeres.

Disimulaba su nerviosismo para evitar preocupar a Encarnita. Se exponía a las iras de su marido, lo que le producía un miedo atroz. Estos últimos años, Adell había sabido inculcarle bien ese sentimiento. Había tomado muchas precauciones y podía confiar en la discreción de su sirvienta, si bien era consciente de que, aun así, su esposo acabaría sabiendo con quién se había visto. A pesar de todo, no podía hacer otra cosa.

El inesperado encuentro con Daniel en el entierro y su posterior visita a casa le habían afectado más de lo que quería reconocer. Durante los últimos años, con mucho esfuerzo y sacrificio, había conseguido resignarse a su situación, mostrarse dócil e indiferente con el objeto de proteger lo más importante de su vida. Cuando más convencida estaba de que su matrimonio con Bertomeu Adell había sido un mal menor aunque necesario, todas las mentiras y medias verdades con las que había construido su vida se habían sacudido al volver a ver a Daniel.

Él había cambiado, ya no era aquel joven de apariencia superficial, aunque inteligente, con el que disfrutaba conversando; tampoco el muchacho que evitaba mirarle a la cara cuando ella reía,

ni el soñador que esperaba cambiar el mundo con sus escritos. Su mirada se había vuelto más contenida, templada por el tiempo. Tras la fachada, ella vislumbraba su desaliento, como si no esperara nada de la vida. ¿Sentiría todavía dolor por lo ocurrido? ¿La misma culpabilidad? Él la abandonó. Lo había odiado por ello durante mucho tiempo. Con todo, el paso de los años había apaciguado su rabia tornándola en tristeza, y sus sueños se diluyeron junto con los recuerdos.

A media altura de la Rambla de Sant Josep, el lujoso landó se internó por un callejón y los edificios parecieron cerrarse tras su paso.

Fleixa atravesó la redacción y se dirigió hacia la mesa de su compañero Alejandro Vives, que en ese momento se recostaba contra el asiento con las manos apoyadas en la nuca. Observaba con expresión satisfecha un par de hojas mecanografiadas frente a él.

—Amigo Fleixa, este es el mejor artículo que se ha escrito desde que Sarah Bernhardt representó *Adriana Lecouvreur* en el Lírico.

—Te felicito. Quería hablar contigo, ¿tienes un minuto?

—Claro, tú dirás.

—Se trata de esto.

Le abrió sobre la mesa el periódico que había sustraído del archivo mostrándole el artículo donde se refería el incendio de la mansión de los Amat. Vives entrecerró los ojos y su sonrisa se esfumó.

—Recuerdo ese artículo, lo escribí yo. Una tragedia terrible. Tú todavía no trabajabas aquí.

—Encontré estas notas tuyas y me pareció que tenías dudas sobre la causa del accidente.

Vives dejó caer la silla hacia delante y tomó las cuartillas de sus manos.

—¿Eso hice?

—Sí, sugerías que había sido un acto premeditado —exageró.

Su compañero le miró con gravedad.

—Hace mucho tiempo de eso, no lo recuerdo.

—Te agradecería que hicieras memoria.

Vives reprodujo una expresión de disgusto. Toda su alegría anterior había desaparecido y para extrañeza de Fleixa parecía incómodo.

—¿Por qué te interesa tanto ese asunto? Agua pasada no mueve molino. ¿Acaso no tienes suficiente con lo que ocurre en Barcelona ahora?

Fleixa le miró impaciente.

—Está bien, está bien —accedió levantando las manos y añadió —. Lo que te voy a contar que no salga de aquí, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —contestó mientras se acomodaba sobre la mesa de su colega. Al ver el rostro afectado de su amigo, su curiosidad se incrementó.

—Aquel día era muy tarde, pero yo todavía estaba en el periódico resolviendo un error de la imprenta de la edición de la mañana siguiente. A punto de marcharme a casa, llegó un aviso de que se había producido un incendio en un palacete del Born. Martínez nos envió a un mozo con una nota, ya sabes.

Fleixa asintió. Francesc Martínez era miembro de la guardia municipal y el periódico extraoficialmente lo mantenía a sueldo para que informara cuando ocurría algo noticiable. Sospechaban que trabajaba para varios periódicos al mismo tiempo, pero después de diez años a nadie le importaba.

—Sigue.

—Cuando llegué, me quedé espantado por las dimensiones del fuego. Las llamas que envolvían la casa iluminaban la pequeña plaza donde se ubica como si fuera de día. Por todas partes se oían voces, gritos entre el humo y las campanillas de los carros de bomberos y ambulancias; una multitud se arremolinaba para ver el espectáculo y la guardia municipal se las veía y se las deseaba para apartarlos de allí mientras la compañía de bomberos del ayuntamiento se esforzaba para que no se propagase a las casas vecinas, a pesar de que las bocas de incendio no funcionaban bien y se les había atascado la bomba de vapor. Aquella noche todas las desgracias que podían ocurrir ocurrieron.

Vives continuó rememorando con la mirada perdida.

—Hablé con el oficial. Habían desistido de intentar salvar la casa. No podían hacer nada. Jamás había visto algo igual, el fuego ardía como si hubieran rociado todo el lugar con brea, me dijo.

—¿Qué hiciste entonces?

—Me acerqué al grupo de sirvientes. Algunos estaban heridos, de poca consideración para lo asustados que parecían. Igual es una tontería, pero entonces pensé que su temor no se debía al incendio. Intenté obtener alguna declaración sobre lo ocurrido; sin embargo, lo único que saqué en claro es que no se había iniciado en la cocina, como me había contado el jefe de bomberos. En ese instante, oí a uno de los mozos de cuadras cuchichear con una sirvienta. Según él, cuando sacaron al joven señor Daniel a rastras del incendio este no dejaba de gritar que les había matado. Interesado por sus palabras, le pregunté a qué se refería; en ese momento apareció el mayordomo de la casa y le hizo callar. Me echaron de allí a empujones.

—Si eso es cierto, Daniel Amat habría confesado el asesinato de su prometida y de su hermano.

—Tan solo te digo lo que oí.

—Pero eso no es todo, ¿verdad?

Vives se mordió un labio como resistiéndose a continuar.

—No, no es todo. Verás, tras los acontecimientos de aquella noche me quedé inquieto. No fue un simple incendio, y las palabras de los criados no dejaban de darme vueltas a la cabeza. Me propuse averiguar más sobre los Amat y los Giné. Durante semanas revolví media ciudad, hablé con gente relacionada con las familias e incluso soborné a dos o tres criados para intentar esclarecer qué había ocurrido aquella noche.

»Esto es lo que pude averiguar: a finales del año ochenta, Daniel Amat y su hermano Alec, por entonces unos jóvenes más de buena familia, asistieron a una gala del Liceo. En el entreacto coincidieron con las hermanas Giné y sus padres. El doctor Amat y Giné habían sido íntimos amigos en sus tiempos de juventud. Don Antoni Giné había estado viviendo y ejerciendo la medicina en Cuba durante casi veinte años, pero debido a los problemas de ultramar habían decidido volver. Fundó el sanatorio de Nueva Belén con gran

éxito y adquirió una magnífica finca en Collserola con intención de instalarse definitivamente en Barcelona. Aquel encuentro, sin embargo, no tuvo nada de casual; fue orquestado por Amat y su amigo.

—¿Adónde nos lleva todo eso?

—Ten paciencia, Bernat. No me hagas perder el hilo —le reconvino—. Como decía, las hermanas Giné eran unas jóvenes muy hermosas y sentían una insaciable curiosidad por la metrópolis, que solo conocían por revistas o libros; se hablaba mucho de sus maneras encantadoras y su excelente educación. Por lo demás, las dos muchachas no se parecían en nada. En gran parte, desde luego, porque no eran realmente hermanas.

Una sonrisa cruzó la cara de Vives por un instante.

—Irene, como has podido adivinar, no es hija natural de los Giné. Durante los levantamientos en Cuba del sesenta y ocho, don Antoni, que en ese tiempo ejercía como doctor del regimiento de caballería, la encontró junto al cadáver de su madre en un pequeño poblado cerca de Sancti Spíritus. La aldea había sido arrasada en una incursión de los insurgentes. Al ser mestiza, la gente del poblado la había abandonado a su suerte y los Giné, que no habían tenido más hijos, la adoptaron como la hermana pequeña de Ángela.

»Las muchachas jamás habían salido de Cuba antes, no conocían a nadie en Barcelona, fue de lo más natural que Daniel y Alec Amat les hicieran de acompañantes en varias ocasiones y las introdujeran en los círculos sociales. Nada fuera de lo normal: bailes, eventos teatrales, paseos en carruaje por el Ensanche, ese tipo de cosas. Causaron una verdadera sensación. La belleza nívea de una y la hermosura exótica de la otra las hacían destacar donde quiera que fueran. Su presencia se hizo habitual y aparecían en las crónicas de sociedad una y otra vez.

»Los progenitores vieron con muy buenos ojos esta amistad, hasta tal punto que pasados unos meses el doctor Amat acordó con don Antoni Giné el compromiso de sus respectivos hijos primogénitos, es decir, de Ángela y de Daniel, con la salvedad de que olvidaron contar con el consentimiento de los jóvenes interesados.

—Esto es muy interesante, pero ¿qué tiene esto que ver con el incendio?

—Ángela era una joven vital y muy hermosa —continuó Vives ignorando la impaciencia de su compañero—. Daniel Amat le había cogido cariño, aunque no la amaba. Ella, sin embargo, profesaba por él un enamoramiento infantil. Probablemente, en otro momento hubiera sido halagador para el joven, pero Daniel Amat, a su vez, estaba enamorado de su hermana Irene y al parecer era correspondido. Para complicar más las cosas, algunas malas lenguas decían que su hermano Alec tenía un especial interés por Ángela, aunque yo no acabo de creerlo. No sé si me sigues.

Fleixa afirmó con la cabeza.

—Irene no tenía derecho a ninguna dote ni sobre la herencia Giné. Don Antoni la consideraba su hija y la trataba con cariño, pero nada más. Doña Francisca, su madre adoptiva, tampoco hubiera permitido otra cosa. Ángela era, al fin y al cabo, la *pubilla*. A Daniel Amat no le importaba nada de eso, ambos jóvenes decidieron revelar su relación a sus familias, romper el acuerdo paterno y solicitar permiso para casarse. En caso de no obtenerlo, Daniel estaba dispuesto a dejar los estudios, la casa familiar y fugarse con ella.

—Pero algo lo impidió.

—Una desgracia lo truncó todo. Seguramente lo recordarás, pues tuvo mucha repercusión. Los Giné sufrieron un asalto volviendo de un acto benéfico: su cochero se resistió y hubo varios disparos. Don Antoni sufrió una leve herida en un brazo y Doña Francisca quedó muy malherida. El propio doctor Amat atendió a la señora Giné, aunque poco se podía hacer. En su lecho de muerte, pidió que su hija Ángela y Daniel se acercaran. Delante de varios testigos, les hizo jurar que cumplirían su última voluntad: se casarían y tendrían los hijos que continuarían la herencia familiar. Ángela, deshecha en lágrimas, aceptó en nombre de los dos. Su madre expiró a las pocas horas.

»Esa misma noche se desencadenó la tragedia.

»Irene rompió con Daniel, no podía enfrentarse a la promesa hecha por su hermanastra a su madre adoptiva. Algunos conocidos

reconocieron a Daniel Amat en distintas tabernas de la ciudad y dos sirvientes lo vieron entrar en la casa a altas horas de la noche. Iba bebido y, en lugar de dirigirse a sus habitaciones, entró en el laboratorio de su padre instalado en el sótano. Los mismos criados me confirmaron que Alec y Ángela Giné habían llegado un poco antes, seguramente en busca de Daniel.

»Sin saber precisar la hora, una criada que estaba apagando las brasas de la cocina escuchó una fuerte discusión procedente del sótano. Alarmada, pensó en despertar al señor, pero al cesar los ruidos creyó terminada la disputa y decidió no inmiscuirse. Minutos más tarde, la casa estaba envuelta en llamas.

Hizo una pausa para encender un cigarrillo.

—Eso es todo lo que pude averiguar. El resto ya lo sabes. Sanchís me obligó a dejarlo y el asunto quedó zanjado. Me lo puedes echar en cara, pero tengo una familia que mantener. Daniel Amat desapareció tras salir del hospital. Alec Amat y Ángela Giné fueron enterrados y olvidados. Nadie estaba interesado en remover esa historia hasta hoy, cuando vienes tú a tocar las narices.

—¿Crees que Daniel Amat provocó el incendio?

Su compañero se encogió de hombros.

—Gracias, Jaime. Me has ayudado mucho.

—Me alegro, ahora haz el favor de olvidarlo todo.

Fleixa bajó a la calle sumido en sus pensamientos y se dirigió hacia el colegio donde se había citado con Amat y el joven estudiante. No dejaba de darle vueltas a la historia que le había contado Vives. Ahora comprendía mejor el carácter atormentado del joven, obligado a casarse con una persona que no amaba y olvidar a su vez a la mujer de su vida, para terminar todo en la horrible tragedia del incendio de la mansión, de la que sin duda Amat se culpaba. ¿Cuál era la verdad de aquel asunto? ¿Qué había ocurrido en el sótano de la casa? Si el incendio fue provocado, como insinuó Vives, ¿con qué fin? Eran muchas preguntas sin respuesta, pero solo una empezaba a rondarle con inquietud: ¿era Daniel Amat un asesino?

Distraído, no reparó en el carruaje negro que circulaba por la callejuela hasta que se detuvo a su lado con un chirrido de los frenos. Miró al cochero dispuesto a maldecirle por haberlo sobresaltado cuando él se adelantó.

—¿Fleixa? ¿Bernat Fleixa?

—Tal vez —contestó mientras se preguntaba si La Negra disponía de un carruaje tan lujoso.

La portezuela se abrió y una muchacha vestida con atuendos de criada descendió a la acera.

—Suba, dese prisa.

Obedeció a pesar de las dudas. Al levantar la vista del asiento donde se acomodó descubrió a una mujer de exótica belleza. Vestía como una gran dama. Su piel tostada se fundía en la penumbra de la cabina y sus ojos chispeaban divertidos ante su apuro. Entre sus manos sostenía un abanico cerrado. Frunció los labios en una mueca irónica ante el repaso del periodista. Apartó un mechón oscuro de su frente y le devolvió un escrutinio aún más intenso. Fleixa carraspeó nervioso. Recordó que debía descubrirse y con torpeza dejó su canotier a un lado.

—Llego tarde a una cita —dijo, e inmediatamente se sintió ridículo.

—Buenas tardes, señor Fleixa. No se preocupe, lejos de mi pretensión hacerle perder el tiempo.

Su voz era suave, marcada por un leve acento isleño.

—No tenemos el gusto de conocernos. Mi nombre es Irene Adell.

—¿Adell? ¿Adell, el industrial? ¿Es usted su esposa?

—En efecto.

Y también el amor imposible de Daniel Amat y la mujer a la que abandonó después de provocar la muerte de su hermana Ángela, pensó el periodista.

Irene entreabrió la cortina con sus largos dedos y miró a la calle.

—Tranquilícese. Nadie tiene por qué saber de este encuentro, no al menos por mí, se lo garantizo. Soy capaz de ser discreto —dijo Fleixa ante el rostro preocupado de la mujer—. Aunque para serle

franco, creo que usted sabe tan bien como yo cuál es mi profesión, y por ese mismo motivo la discreción no suele ser asunto mío.

La mujer pareció sopesar sus palabras. Fleixa deseó que su respuesta no hubiera puesto fin a la entrevista. Sentía mucha curiosidad.

—Me hago cargo —dijo por fin Irene—. Confío en que, una vez hablemos, entenderá necesario un mínimo de reserva.

Fleixa asintió involuntariamente.

—Quería solicitar su ayuda.

—Si está en mi mano...

—Deseo que convenza a Daniel Amat para que abandone.

El periodista se irguió sorprendido.

—Disculpe, pero me lleva ventaja. ¿Cómo sabe que conozco al señor Amat?

—Hace poco vino a visitarnos por un asunto personal y estuvo departiendo con mi marido. En la conversación surgió su nombre.

Fleixa se retorció en el asiento, más atento a las palabras de la mujer.

—Es evidente que su búsqueda entraña ciertos peligros.

El periodista se echó a reír.

—No me lo puedo creer, Bertomeu Adell usando a su esposa para evitar salir perjudicado en los periódicos.

El rostro de Irene se ensombreció.

—Discúlpeme, ya veo que no es eso.

—Me preocupo por el bienestar del señor Amat, se trata de un... viejo amigo. No quisiera verlo comprometido. Eso es todo.

—Comparto su preocupación, pero ¿por qué no se lo pide usted misma?

—Me temo que no he sido lo suficientemente convincente.

—Ah, comprendo. Sin embargo, dudo que yo...

—No se menosprecie. Daniel habla de usted de forma elogiosa. Por otro lado, no me importa su investigación. Deseo simplemente que el señor Amat deje de estar relacionado con la misma. Estoy dispuesta a pagar por ello.

De un bolso bordado con bastidor de plata extrajo un sobre que depositó en sus manos. Fleixa lo entreabrió temiendo echar a perder

el aroma que surgía de su interior. Contuvo la tentación de soltar un silbido. Con aquel dinero podría saldar la deuda con La Negra y todavía le quedaría un buen pellizco. Antes de que pudiera arrepentirse, se lo guardó en el interior de la chaqueta.

—Este es un primer pago —continuó Irene—. Recibirá la misma cantidad en cuanto cumpla su parte.

—Señora. Su oferta es generosa, mucho. Haré lo que esté en mi mano —mintió—. Sin embargo, no le garantizo que consiga disuadir a Amat.

Ante la mirada inquisitiva de la mujer, Fleixa carraspeó.

—Pondré todo mi empeño—se explicó—, pero no quiero llevarla a engaño. A pesar de todo lo que yo pueda decirle, ese joven está decidido a descubrir la verdad sobre la muerte de su padre.

—Comprendo —murmuró Irene.

Fleixa se sorprendió lamentando no poder ofrecer nada mejor a aquella mujer. Antes de que pudiera expresar palabras de consuelo que aliviara su preocupación, ella irguió la cabeza desafiante.

—Estoy en disposición de proponerle otra oferta que incentive sus esfuerzos.

El periodista le animó a seguir con un gesto. ¿Qué podría ofrecerle aparte de dinero?

—Estará al corriente de que mi marido es uno de los industriales que participan en la Exposición Universal. —Esperó su respuesta afirmativa antes de proseguir—. Sabrá entonces que le fue encargada la construcción de la central que abastece de electricidad a todo el complejo y a las calles colindantes al parque de la Ciudadela.

—Sí, algo tengo oído.

—Bien. Bertomeu está estafando el dinero de los inversores.

El periodista dio un respingo en el asiento.

—Esa es una acusación muy grave, señora. ¿Está segura...?

—Dispongo de documentos que prueban el desvío de fondos a varias de sus compañías y la posterior pérdida de ese dinero en distintas gestiones arriesgadas. Documentos que serán suyos si consigue lo que le pido.

Fleixa intentó disimular su entusiasmo. Aquella era una bomba. Una noticia sensacional. No pudo menos que admirar el arrojo de la señora Adell pues, si aquel asunto se hacía público, supondría la ruina y la deshonra tanto de su esposo como de ella misma. ¿Tanto le importaba la seguridad de Amat?

—¿Es consciente de las consecuencias de denunciar a su... propio marido?

—Lo soy. Si Daniel Amat abandona la investigación de esas muertes y se marcha a Inglaterra tendrá sus pruebas, además del resto del dinero.

Irene golpeó la ventanilla con el borde del abanico y la portezuela se abrió. La sirvienta, que esperaba en la calle, se hizo a un lado para que Fleixa descendiera del carruaje. Al volverse, el periodista se encontró con los ojos de Irene. Su mirada le pareció un mar en el que ahogarse gustoso.

—Hágalo por mí, se lo ruego.

Como respuesta, Fleixa inclinó la cabeza y rozó con sus dedos el ala de su sombrero. El mozo arreó los caballos y apartó el coche de la acera. El periodista siguió con la mirada el carruaje mientras se internaba entre las sombras de los árboles. Luego aspiró la esencia de jazmín del sobre metido en su bolsillo y envidió con todo su corazón a Amat.

32

Pau guardó el libro de Vesalio junto con el de Galeno dentro de su bolsa y salió del laboratorio de Homs. Con el quinqué en la mano, cruzó el desván y se asomó al pasillo de estanterías. Advirtió con sorpresa que la biblioteca estaba prácticamente a oscuras, excepto por el resplandor azulado de la luna que atravesaba los ventanales. Consultó su reloj. Ni siquiera se había dado cuenta de lo tarde que era.

—¿Señor Ferrán?

Pensó que el viejo bibliotecario, tras apagar las lámparas y antes de cerrar las puertas, le habría avisado. ¿Por qué no respondía? Estaba seguro de haber oído los pasos de alguien acercándose.

Escrutó las sombras de los corredores. La quietud, que en otros momentos había disfrutado, empezó a inquietarle. Se descubrió deseando ver al anciano aparecer por un corredor, enojado por su tardanza.

De pronto se le ocurrió que el causante del ruido pudiera ser otra persona. Recordó las palabras de Fenollosa y su mirada de rencor al marcharse. Solo necesitaba esperar a que se quedara a solas para ajustar cuentas. Era difícil llegar hasta aquella parte de la biblioteca, pero la luz de su propia lámpara delataba su presencia.

Regresó al desván y dejó el quinqué sobre la mesa. Volvió a colocar la estantería en su sitio y cubrió de nuevo los muebles y las cajas de libros con las telas asegurándose de disimular bien la entrada al laboratorio de Homs. No quería que Fenollosa pudiera descubrirlo, sobre todo tras saber que había tomado en préstamo el mismo libro que ellos estaban buscando. Se ajustó la cinta de la bolsa, salió fuera y se deslizó por el corredor más cercano.

Ahora la falta de luz era su aliada. Conocía la biblioteca mucho mejor que Fenollosa. Si creía que allí podía tenderle una trampa estaba muy equivocado.

Cruzó al siguiente pasillo y se escondió tras un estante repleto de manuales de farmacología. Tras apartar con sigilo varios libros, consiguió una buena visión gracias al resplandor de la lámpara que había dejado.

Transcurrieron los minutos y nada volvió a romper el silencio de la biblioteca. En el exterior, las nubes cubrieron la luna y la oscuridad se hizo más impenetrable. Dentro del desván, la llama del quinqué parpadeó; el aceite se estaba agotando.

Notaba el cuerpo contraído a causa del frío y empezó a creer que estaba haciendo el ridículo. Recordó las explicaciones del señor Ferrán. Con los cambios de temperatura la madera de las estanterías llenaba de sonidos el edificio como si estuviera vivo. Lo más probable era que aquellas pisadas fueran tan solo imaginaciones suyas.

Resolvió abandonar su escondite. Hizo amago de levantarse cuando una sombra invadió el círculo de luz y desapareció en el interior del desván. Fue tan inesperado que durante unos segundos se quedó inmóvil antes de darse cuenta de que debía alejarse de allí. Fenollosa no tardaría en descubrir el engaño.

Dejó atrás el segundo pasillo y, como esperaba, llegó hasta el balcón. Desde allí arriba apenas se adivinaban las formas laberínticas de la biblioteca. Siguió el pasamano de hierro forjado hasta alcanzar una de las escaleras de caracol que descendían al entresuelo. Olvidó toda precaución y descendió los escalones de dos en dos, hasta que llegó abajo y se internó por detrás de las estanterías. Tras cruzar varias salas, alcanzó por fin el pasillo central. Soltó el aire que llevaba retenido. Justo al otro lado se encontraba el despacho del bibliotecario.

Entró sin llamar y se extrañó de que las luces estuvieran apagadas. Tan solo el fuego de la chimenea iluminaba la habitación. En la penumbra distinguió una figura sentada. El señor Ferrán permanecía inclinado en su butaca con un libro abierto en el regazo.

Le llamó por su nombre, pero al no recibir respuesta dedujo que se había dormido. Tenía que despertarle.

Al llegar junto a él ahogó una exclamación de horror.

El viejo bibliotecario le miraba con los ojos muy abiertos. En su camisa se extendía una mancha espesa que cubría poco a poco su pecho. Los dedos de la mano estrujaban las páginas del libro, moteadas con gotas de sangre. Una imperceptible línea roja le recorría el cuello de parte a parte. El corte prácticamente lo había decapitado.

Un ruido en el exterior sacó a Pau de su estupor. Miró por última vez al señor Ferrán y salió de la habitación.

De vuelta a la biblioteca, observó los oscuros pasillos y las estanterías silenciosas y de pronto fue consciente de su vulnerabilidad. Sin duda, el asesino era el misterioso visitante del desván y podía estar allí mismo, esperando oculto.

Controlando el pánico a duras penas, se abrazó a la bolsa y corrió hacia la seguridad relativa de las sombras.

Mientras avanzaba por los corredores no dejaba de hacerse la misma pregunta. ¿Quién había cometido aquel horrendo crimen? No podía ser Fenollosa. Le creía capaz de muchas cosas pero no de asesinar a sangre fría al señor Ferrán. Entonces, ¿quién? Y sobre todo ¿por qué?

Dejó atrás una sala dedicada a la sección de biología y se internó por un corredor lateral. En aquella parte de la biblioteca, los pasillos se distribuían de tal modo que era fácil desorientarse. Tras avanzar a oscuras unos metros más, se detuvo, apoyó la espalda en una estantería y se dejó caer al suelo. La bolsa con los manuscritos pesaba lo suyo.

Parecía que estaba a salvo. El asesino, fuera quien fuera, no le había seguido. Por desgracia, se había alejado mucho de la salida. No podía volver por el pasillo principal, pues era demasiado arriesgado. Aunque fuera un camino más largo, tendría que dar un rodeo para llegar al vestíbulo. Se tomaría un breve descanso y se dirigiría hacia allí.

Entonces sintió una presencia en el pasillo contiguo. Pensó que el miedo le hacía imaginar cosas hasta que escuchó el roce de unas pisadas. Una sombra se deslizaba entre las estanterías. Intentó no hacer ningún ruido, se abrazó las piernas y apretó los labios. Los latidos de su corazón sonaban tan fuertes que temió que le delataran.

Segundos después, la sombra desapareció tan sigilosa como había aparecido. Pau soltó el aire que retenía y notó como la tensión de sus hombros cedía.

De pronto, los libros saltaron por los aires a su alrededor. Una mano enguantada atravesó la estantería e intentó agarrar su brazo. Pau gritó y cayó al suelo. La mano se retiró. A través del hueco abierto, al otro lado de la estantería, Pau vislumbró una figura encapuchada que parecía fundirse con las tinieblas del pasillo. Inmóvil, respiraba acompasadamente mientras el reflejo de la luna resbalaba por la hoja del escalpelo que sujetaba.

—¿Quién... quién es usted?

No recibió contestación.

Pau se levantó, colgó a su espalda la bolsa de los manuscritos y huyó sin mirar atrás. Enseguida sintió la presencia del encapuchado al otro lado del pasillo. Le seguía con la paciencia de un depredador.

Recordó entonces con alarma que unos metros más adelante la librería que los separaba se interrumpía. Ambos corredores confluían en una sala donde se abría otra zona de la biblioteca. Tenía que llegar antes que su perseguidor o caería en sus manos. Incrementó el ritmo de su carrera y él hizo lo mismo.

Llegó al espacio abierto sin resuello. El encapuchado apareció al mismo tiempo por el corredor contiguo. Pau amagó con desviarse por el pasillo de su derecha, luego se frenó y de forma imprevista se abalanzó sobre su perseguidor.

El choque los lanzó contra una de las columnas de hierro forjado. El encapuchado soltó un bufido al recibir toda la fuerza del golpe en la espalda y ambos cayeron rodando por el suelo. Pau no esperó a que se recuperara. Se alzó y echó a correr. Sintió un tirón en la pernera del pantalón que le hizo trastabillar y un espasmo de

dolor en el brazo. Estuvo a punto de caer al suelo; sin embargo, consiguió recuperar el equilibrio y escapar por el pasillo contiguo.

Mientras se internaba en la oscuridad se estremeció al escuchar el grito de frustración del asesino.

Corrió sin pensar hacia dónde se dirigía. Tomó varios corredores y cambió de dirección tantas veces que se perdió. Tras cada librería creía ver al misterioso encapuchado. El miedo le espoleaba hasta que finalmente el cansancio le obligó a detenerse. A pesar de sus temores, nada perturbó la calma de la biblioteca excepto el bombeo de la sangre resonando en sus oídos.

Se examinó la herida. Por fortuna, era un corte superficial y no le impedía moverse. Se ató un pañuelo para detener la hemorragia y reflexionó qué hacer a continuación. Respiró hondo varias veces, no podía detenerse ahora. Su única oportunidad de sobrevivir era alcanzar la salida lo antes posible.

Después de dejar atrás varios corredores entró en una zona despejada rodeada de columnas y armarios acristalados. Sobre su cabeza confluían los arcos de la gran cúpula del edificio. Entrevió las formas de medio centenar de mesas y sillas separadas por mamparas. Había llegado a la sala central de la biblioteca.

Escuchó un crujido a su izquierda y precipitadamente se arrastró bajo una de las robustas mesas. Oprimió contra el pecho la bolsa y aguantó la respiración para no hacer ningún ruido mientras musitaba para sí una plegaria. Tras las vidrieras, las nubes volvieron a ocultar la luna y un manto de negrura lo cubrió todo.

El encapuchado entró segundos más tarde. Sus pasos eran sigilosos, como si pisara una moqueta en lugar de un suelo de mármol. Se detuvo un instante y pareció olfatear el aire. Luego avanzó despacio por entre los escritorios vacíos hasta detenerse a escasos centímetros del lugar donde Pau se ocultaba, que se estremeció cuando escuchó sobre su cabeza el roce del guante deslizándose por la madera encerada.

Entonces, sin más, se marchó.

Pau tardó un tiempo antes de salir de su refugio. Todo su cuerpo temblaba presa del miedo. Apenas se mantenía en pie, pero se obligó a seguir.

Dejó atrás la sala de estudio y avanzó con cautela por los silenciosos pasillos. Cada vez que pasaba por la confluencia de dos corredores se detenía un instante y escuchaba. Pero el encapuchado no apareció. Poco a poco empezó a sentirse mejor. Estaba ya muy cerca de la salida. Lo iba a conseguir.

Es entonces cuando advirtió la claridad inusitada que invadía el corredor.

Al girar la esquina, la ola de calor le golpeó el rostro. La sección de fisiología humana se encontraba envuelta en llamas. El fuego devoraba las cortinas y reptaba por la madera de las mesas y los estantes. Consumía los libros y levantaba una nube de chispas y partículas de papel incandescente. El infierno se había desencadenado en la biblioteca.

La rabia le invadió. El encapuchado había provocado aquel incendio para hacerle salir. Pronto se extendería y sería incontrolable. Amaba aquel lugar y si no se actuaba pronto se vería reducido a cenizas. Tenía que salir de allí y conseguir ayuda. Para ello tenía que cruzar el fuego. Se cubrió la nariz y la boca con un pañuelo para protegerse y avanzó hacia el incendio.

A duras penas consiguió llegar al vestíbulo. Los ojos le lloraban irritados por el calor y la humareda. A ciegas, cruzó la sala hasta que tropezó con la puerta. No conseguía refrenar el temblor de sus manos mientras buscaba la manija. Una oleada de alivio le invadió al encontrarla. La giró, pero no ocurrió nada. Tiró de ella con desesperación. La puerta se mantuvo cerrada.

En ese momento sintió su presencia. El encapuchado surgió de entre las llamas. Se interpuso entre Pau y las salas de la biblioteca impidiendo cualquier posibilidad de huida. Escudriñó con calma a su alrededor antes de detenerse de nuevo en Pau. No dijo nada, tan solo tendió la mano.

Su petición quedó suspendida en el aire con el crepitar del fuego de fondo. Pau supo de inmediato lo que quería. Intuía, no obstante, que aunque accediera a darle el libro no saldría con vida de allí.

—No...

Se movió tan rápido que apenas lo vio acercarse. El primer golpe le acertó en pleno rostro y le hizo tambalearse hacia atrás. El segundo le hizo caer contra un escritorio. El dolor en las costillas fue tan intenso que casi suelta la bolsa.

El encapuchado le asió del cuello con la mano y le empujó contra la mesa. No podía moverse. El guante olía a sangre. Pau intentó resistirse, pero no le quedaban fuerzas. El escalpelo dibujó un arco de plata en el aire en dirección a su pecho. Sin pensar, interpuso la bolsa en su trayectoria. La hoja abrió un brecha en el cuero y el manuscrito de Vesalio cayó al suelo con un crujido de hojas. Con un gruñido de satisfacción, el encapuchado se desentendió de su víctima para recuperar el libro.

Pau intentó aprovechar la oportunidad, pero tras avanzar dos pasos su vista se nubló. Cayó de rodillas, estaba a punto de perder el conocimiento.

Tras guardar el códice en el interior de su capa, el encapuchado volvió su atención hacia Pau. Sus hombros se estremecieron y bajo la capucha emitió un sonido similar al gorjeo de un ave. Avanzó un paso. Iba a terminar lo que había empezado.

Súbitamente, la puerta vibró sobre sus goznes. Otros dos golpes siguieron al primero y un crujido en la madera anunció que estaba a punto de romperse la cerradura. Al otro lado se escucharon varios gritos. Una campana empezó a tañer.

El encapuchado miró hacia la puerta y luego a Pau. Dudó unos segundos, luego pareció sonreír. Saludó con una inclinación elegante, giró en redondo y desapareció.

Al mismo tiempo, la puerta se abrió con un estruendo y por ella irrumpieron Daniel y Fleixa, seguidos del conserje y algunos estudiantes del colegio.

—¡Gilbert! —gritó Daniel. Al ver las llamas retrocedió con el rostro descompuesto—. ¡Dios mío!

—Salgamos de aquí —sugirió Fleixa mientras entre los dos levantaban a Pau.

El conserje organizó al grupo para traer cubos de agua y dar la alarma.

—Homs —susurró Pau. La garganta le ardía.

—¿Cómo dice?

—¡Homs! Estaba aquí. En la biblioteca. Él ha provocado el incendio. Acaba de huir. ¡Y se ha llevado el manuscrito!

33

Daniel y Fleixa salieron a la calle a tiempo de ver cómo un landó tirado por dos caballos se alejaba veloz hacia las Ramblas. Corrieron tras él, pero fue inútil.

—Maldita... sea, ¿era Homs? ¿Está seguro?

Retumbó un trueno que ocultó la respuesta de Daniel. La lluvia caía con fuerza. A lo lejos se oían las campanas de los bomberos. Decidieron volver a la facultad cuando unos gritos, seguidos por el sonido de unos cascos sobre el adoquinado, llenaron la calle.

Un cabriolé atravesó la cortina de agua. Frenó con un chirrido y sus dos ruedas resbalaron hasta detenerse entre ellos. En el pescante se sentaba Pau con el rostro enrojecido por la excitación, una vara en una mano y las riendas en la otra.

—¡Suban!

—¿Qué cree que está haciendo? —objetó Daniel.

—¡Suban de una vez!

Al fondo de la calle apareció un grupo de hombres armados con fustas. Su actitud no auguraba nada bueno.

—¿Ha robado el coche?

—Lo tomé prestado.

—¿Está loco? —inquirió Fleixa.

—Si quiere, quédese aquí a dar explicaciones.

El periodista observó a la turba de individuos que se aproximaban y, maldiciendo, subió al asiento de atrás. Daniel disimuló una sonrisa mientras se acomodaba junto a Pau.

—Agárrense bien. No pienso detenerme para recoger a nadie.

Tras dibujar un círculo en el aire con la vara, fustigó al caballo, que reanudó la marcha. Al momento, se pusieron al galope y

dejaron atrás a sus perseguidores. La frágil cabina se bamboleaba de un lado a otro como si fuera a salir volando.

Al final de la calle vieron el landó cruzar frente a las puertas de la iglesia de Belén e internarse por la Rambla de los Capuchinos en dirección al puerto. Ellos alcanzaron la confluencia con el paseo unos segundos más tarde.

Las Ramblas, iluminadas con la novísima luz eléctrica, estaban casi desiertas, y los pocos viandantes que aún quedaban corrían a guarecerse de la tormenta bajo los toldos de los cafés. Al paso vertiginoso de los dos coches se escucharon algunas protestas y el grito de una mujer. La lluvia y el viento les golpeaban con saña. Los árboles y las farolas se desdibujan en contornos difusos mientras pasaban fugaces a su lado. Fleixa tragó saliva: con aquella velocidad cualquier choque sería mortal.

—¿Cómo supieron dónde estaba? —gritó Pau para hacerse entender, sin soltar las riendas.

—Al no acudir a la cita bajamos a la biblioteca, pensamos que todavía se encontraría allí. Cuando llegamos, vimos el humo...

—¡Miren! —interrumpió Fleixa.

A la altura del Teatro Principal, un grupo de jornaleros intentaba mover un tiro de mulas atravesado en medio de la vía. Al carromato se le había salido una rueda y una veintena de sacas de arena yacían desparramadas en el suelo. Homs tendría que detenerse. Una creciente excitación se apoderó de los tres. Iban a atraparlo.

Los hombres, al verlos llegar, agitaron los brazos para que se detuvieran.

En lugar de refrenar los caballos, el landó de Homs aceleró su marcha y se dirigió como una exhalación hacia ellos. Al reparar en el enorme vehículo que se les venía encima soltaron el tiro y salieron huyendo. Sin nadie que lo retuviera, el carromato se venció hacia atrás y volcó el resto de la carga en la calle.

Pau empezó a refrenar los caballos. Desde el cabriolé observaron fascinados la carrera suicida de Homs, que se dirigía directo al desastre.

Cuando el impacto parecía inminente, de improviso el carruaje cambió de dirección y se desvió hacia el estrecho espacio que había

entre el carromato y la fachada del teatro.

La puerta de la cabina y un farol del landó se aplastaron contra la pared con un chirrido metálico. Las ruedas arañaron el muro levantando un surtidor de chispas. Por un momento pareció que iba a quedar atascado; sin embargo, la velocidad que lo impulsaba fue suficiente para desplazar el carromato accidentado. Con un violento balanceo de la cabina, pasó al otro lado y continuó su carrera desenfrenada calle abajo.

—Lo hemos perdido —dijo casi con alivio Fleixa.

Como respuesta, Pau azuzó el caballo, aumentando la velocidad del cabriolé.

—¿No estará pensando...?

La pregunta del periodista se transformó en un grito cuando Pau tiró de las riendas con fuerza y se desviaron hacia el paseo. Las ruedas salvaron el montón de sacas, esquivando por milímetros el platanero, pero no pudieron evitar el bordillo de la acera. El impacto les hizo saltar por el aire y caer de golpe al otro lado. Las ballestas rechinaron estrepitosamente y el eje del coche se sacudió como el rabo de una lagartija, pero aguantó. El cabriolé, junto con sus aturdidos ocupantes, salió disparado hacia delante por el centro de las Ramblas.

—Está loco, loco de remate... —No paraba de decir el periodista incrustado al fondo de la destrozada cabina. Las ramas del árbol habían rajado el techo de lona y los pedazos flameaban al aire.

Daniel, agarrado a un asidero, observó incrédulo al joven estudiante.

—¿Dónde demonios aprendió a conducir de ese modo?

—¿Quién le ha dicho que he llevado un coche alguna vez?

Detrás se oyó el gemido del periodista. Pau lo ignoró, sacudió las riendas de nuevo y azuzó al caballo. El carruaje de Homs corría por la calle paralela; había tomado distancia, pero lo estaban alcanzando de nuevo.

Al entrar en la Rambla de Santa Mónica, los dos vehículos se encontraban a medio cuerpo de distancia, corrían casi en paralelo

separados tan solo por los árboles del paseo. El caballo del cabriolé galopaba al límite resbalando con el barro que empezaba a cubrir el suelo. Aun así, Pau lo espoleó mientras Daniel lanzaba gritos de ánimo.

Súbitamente, apareció en su camino un urinario público. Pau tiró de las riendas, y evitó por muy poco que volcaran. El landó aprovechó para coger unos metros de ventaja.

—¡Se escapa! —gritó Fleixa.

—Lo sé, lo sé.

—¡Ciérrele el paso!

—¿Qué supone usted que estoy intentando?

Daniel se disponía a zanjar la disputa, pero se quedó sin palabras. A su lado, sus compañeros también enmudecieron.

Árboles y casas desaparecieron. Las Ramblas quedaron atrás. Habían llegado a la confluencia con el paseo de Colón y justo frente a ellos se alzaba la sombra de un gigante. Daniel reconoció el inmenso andamio del monumento, al que se dirigían a toda velocidad.

En ese instante, el landó de Homs dejó la calle y se precipitó hacia ellos. Las dos cabinas chocaron con un crujido de maderas y hierros. Unidos como si fueran un solo vehículo atravesaron los últimos metros del paseo en un suspiro. La lucha era desigual: el carruaje de Homs, mucho más pesado, les empujaba hacia el andamio sin que pudieran hacer nada para evitarlo.

Cuando parecía que ambos vehículos iban a colisionar sin remedio contra el monumento, el landó de Homs se desenganchó. Sorteó por escasos centímetros el primer tirante del andamio y desapareció entre las sombras del cuartel de las Atarazanas.

Perdido el control, el cabriolé continuó su carrera. Daniel y Fleixa intentaron mover la palanca del freno. Las zapatas de hierro patinaron sobre las ruedas. La velocidad empezó a reducirse pero, tras un chasquido que removió todo el coche, las cuñas se partieron y salieron despedidas.

A punto de impactar con el primer pilar de hierro, el caballo desvió su trayectoria con un viraje brusco. Daniel contuvo un grito de alivio. En ese instante, el eje de las ruedas no pudo resistir más

la tensión y se partió, lanzándolos sin remedio hacia la formidable estructura de metal.

El choque contra el andamio zarandeó el vehículo con increíble violencia. La rueda derecha se alzó un metro del suelo inclinando el cabriolé de lado mientras continuaba hacia delante por inercia. Fleixa salió despedido. Daniel intentó aferrar al periodista, pero se golpeó la cabeza y cayó sin sentido dentro de la cabina. Pau se aferró al pescante, pretendiendo en vano dominar la trayectoria del coche.

En su camino, los tirantes y cuerdas que sujetaban las vigas al suelo saltaron por los aires. Por encima de sus cabezas volaron las astillas que antes formaba la rueda. Se escuchó un lamento metálico procedente del andamio. El cabriolé, transformado en un amasijo de cuero, madera y metal, salió arrastrado por el enloquecido animal hasta que se partió el tiro. La cabina, ya sin el sostén del caballo, que huía avenida abajo, volcó y se deslizó elevando en su camino una ola de agua y barro. Al llegar el final del pantalán, el coche salió despedido por encima del muelle. Por un breve instante, pareció sostenerse en el aire antes de caer como una piedra en las aguas oscuras del puerto.

La baja temperatura del agua hizo volver en sí a Daniel. Los restos de la cabina se hundían a su lado. Entre las sombras distinguió a Fleixa, que se asomaba por encima de la dársena y le hacía señas. Unos metros a su izquierda, Pau flotaba inmóvil sobre las aguas. Se acercó con brazadas enérgicas. Un feo corte cruzaba la frente del joven. Pasó el brazo bajo su cuerpo y lo arrastró hacia las escaleras de piedra.

—Ayúdeme, Fleixa.

Entre los dos lo sacaron del agua y lo tendieron junto a una farola. Pau, con expresión pálida, parecía más joven aún sin las lentes. Estaba inconsciente y no respiraba. Daniel optó por quitarle la ropa mojada. De un tirón hizo saltar los primeros botones de la camisa. Entonces se detuvo, boquiabierto. A su lado, Fleixa soltó un juramento y se retiró dos pasos atrás.

Unas tiras de tela ceñían el torso de Gilbert. Debajo asomaba un pecho femenino.

La sorpresa los paralizó hasta que Daniel se alzó resuelto. Ya habría tiempo para explicaciones más adelante.

—Rápido —ordenó al periodista—. Póngase sobre sus piernas.

Se quitó el chaqué y lo colocó bajo los hombros de Gilbert de modo que la cabeza quedara echada hacia atrás. Se arrodilló, la cogió de las muñecas y se las cruzó por debajo de las costillas. Tomo aire, se apoyó hacia delante y hundió con su peso la pared torácica de la joven. A continuación, llevó hacia atrás sus brazos.

Los silbatos de los serenos llenaron las calles y las luces de las casas más cercanas empezaron a encenderse. No tardarían en llegar los primeros curiosos.

Daniel repitió varias veces el procedimiento, pero no obtuvo ninguna reacción.

—¡Maldita sea, vuelva en sí!

Frustrado, le golpeó con su puño, y Gilbert se arqueó de pronto dando bocanadas al aire. Amat y Fleixa se apresuraron a sostenerla mientras vomitaba una buena cantidad de agua salobre entre toses. Ambos hombres soltaron un suspiro de alivio. Alzaron a la joven con cuidado y Daniel la cubrió con el chaqué sin pensar que estaba tan empapado como el resto de sus ropas.

—¿Se encuentra bien?

Pau asintió entre temblores.

—Estupendo, así nos podrá explicar quién demonios es usted.

34

Pau, envuelta en una manta de lana, no dejaba de tiritar. Mantenía la cabeza agachada, oculta entre el pelo aún mojado que le caía hacia delante. Entre sus manos sostenía una taza humeante de café recién hecho.

Daniel, circunspecto, seguía con la mirada el reflejo de las llamas de la chimenea mientras Fleixa cojeaba de un lado a otro de la habitación, con su reloj de cadena en la mano y murmurando para sí.

—Por favor, siéntese de una vez, ¿quiere?

Con un gruñido, Fleixa cogió la silla y se sentó a una distancia prudencial de Pau, como si temiese que le fuera a transmitir alguna clase de enfermedad.

Tras su aventura en las Ramblas habían vuelto a las habitaciones del colegio. Contra todo pronóstico, no habían sido detenidos por algún sereno o guardia municipal. De modo increíble, el accidente con el cabriolé solo les había reportado unas simples contusiones, nada serio. Incluso la cojera de Fleixa se debía a una leve luxación de tobillo. En unos días estaría como nuevo.

Daniel observó al estudiante, o mejor dicho a la estudiante. Qué estúpido había sido, pensó. Siempre le pareció un joven singular, con aquel cuerpo tan delgado, los gestos delicados y la expresión huidiza tras las lentes. Aunque había sospechado que escondía algún secreto, nunca imaginó algo semejante.

—Nos debe una explicación.

Pau levantó la mirada y expulsó el aire retenido.

—Es... complicado.

—¿Usted cree?

—Fleixa, no la presione.

—Se trata de una historia larga.

—Tenemos tiempo. Comience por el principio.

Tras un titubeo, Pau empezó a hablar.

—Nací en el seno de una familia acomodada. Mi madre murió en el parto y no tuve otros hermanos. Tras su muerte, mi progenitor no se interesó por desposar a otra mujer y yo acabé siendo su única hija. Mi padre era un buen médico, lo que le permitía mantener una posición desahogada. A punto de cumplir yo los catorce años, recibió una oferta para ocupar un puesto en la Universidad de Glasgow. Al principio la rechazó por mi causa. Yo hice todo lo posible para convencerle de lo contrario, pues a pesar de mi juventud entendí que aquella oferta representaba una gran oportunidad para mi padre.

—Glasgow posee una de las más importantes universidades del mundo —apuntó Daniel—. Su padre debe de ser un gran médico.

—Sí, lo era —afirmó con orgullo—. Finalmente nos trasladamos a Escocia, a un pueblo llamado Beith, a una hora de Glasgow. Mi padre daba clases matinales y por las tardes atendía, las más de las veces gratuitamente, en un dispensario acondicionado en la casa.

—¿Qué tiene que ver esa historia con este..., este..., con todo esto?—exclamó Fleixa.

—Permítale contarlo a su manera —respondió Daniel—. Haga el favor de sentarse y no vuelva a interrumpir.

Pau agradeció su intervención con un gesto antes de proseguir.

—Una noche, cuando me disponía a acostarme, mi padre se presentó en mi habitación. Nunca antes le había visto con una expresión tan grave. Había surgido una urgencia y su asistente estaba enfermo. Yo le había ayudado en alguna ocasión, curas leves y cosas por el estilo. Me vestí y bajé con él al dispensario.

La joven arrimó el cuerpo al calor del fuego.

—Se había producido un accidente en la mina de Lochwinnoch, un pueblo a media hora de camino. Unas calderas reventaron y causaron varios muertos y heridos de importancia. Como pueden imaginar, lo que encontré allí no se asemejaba en nada a lo que yo estaba acostumbrada.

»La estancia que hacía de sala de espera estaba repleta. El olor era indescriptible. Entramos en la consulta. Tendido sobre la mesa de operaciones esperaba un chico, más o menos de mi edad. Al entrar, volvió la cabeza y nos miró con ojos aterrados. Vi una gran mancha que empapaba la tela que lo cubría. Mi padre tranquilizó al muchacho con unas breves palabras y apartó la sábana. Las ropas del chico se habían convertido en harapos medio quemados sobre su cuerpo. Tenía buena parte del torso desollado por el vapor, como si lo hubieran hervido. Una de sus piernas estaba doblada en un ángulo extraño. Pensé que el dolor debía de ser atroz. Recuerdo que mi padre me miró para cerciorarse de si podía soportar aquello. De inmediato lavé mis manos en un barreño de agua caliente, tal y como me había enseñado, y empecé a preparar a toda prisa el instrumental.

»Aquel era solo uno de los heridos. Estuvimos trabajando hasta la madrugada, perdí la cuenta de las horas. A pesar de los esfuerzos de mi padre, aquel chico murió al cabo de unos días, pero muchos otros salvaron la vida gracias a él. Aquel fue el principio de todo. A partir de aquella noche descubrí mi vocación: convertirme en médico era lo que más deseaba en la vida.

—¿Su padre le enseñó?

—Así es. Tras mucho insistir, accedió a que le acompañara en las visitas como su asistente, supongo que esperaba que la dureza del trabajo me llevara a abandonar. En su lugar, le demostré que no se trataba de un capricho pasajero y con el tiempo cedió.

—Pero usted, en su condición de mujer, tampoco tenía permitido asistirle.

—Empleamos una artimaña. Siempre he sido de constitución delgada, por lo que no fue difícil esconder mis... atributos femeninos. Recorté mi pelo y me vestí con pantalones y camisa. Hablaba lo justo y cuando lo hacía adoptaba un tono más grave y un vocabulario acorde con mi nuevo papel. Extendimos el rumor de que había vuelto a Barcelona para casarme y que mi hermano mellizo había venido para acompañar a mi padre. Los sirvientes de la casa guardaron el secreto.

Pau miró el fondo de su taza.

—Así transcurrieron tres años, los más felices que recuerdo. —Sus ojos brillaron con nostalgia—. Cuanto más aprendía, más quería saber y más me exigía mi padre. Descubrí un talento innato para la medicina y sobre todo una pasión que me llevó a devorar libros y a trabajar junto a él todas las horas posibles. En lugar de aprender a coser o a tocar el piano, yo aplicaba ungüentos y remendaba heridas. Mi padre no era un hombre joven y empezó a sufrir las consecuencias de sus constantes viajes a Glasgow y el trabajo en el consultorio. Paulatinamente, fui ocupando su lugar, y empecé a atender sola algunas consultas. En la región se acostumbraron a mi presencia y no era extraño que me llamaran doctor. Mi padre estaba orgulloso de mí.

Al llegar a este punto, sus labios temblaron y se permitieron una breve pausa antes de continuar.

—Una madrugada recibimos un aviso de Saltcoats, una aldea cercana. Una mujer de una granja vecina se había puesto de parto. Desde hacía dos días una tormenta azotaba la región, la lluvia caía con fuerza y los caminos estaban impracticables. Como si fuera el día más radiante del verano, mi padre preparó su maletín y partió con el carro del hombre que había traído el aviso. En esta ocasión se negó a que le acompañara. Yo había enfermado unos días antes y todavía tenía episodios de fiebre. Era innecesario mojarnos los dos, me dijo. Me dio un beso y se marchó. Cuando volvían de atender a la mujer, el cochero perdió el control del carro y se salió del camino. Volcaron y una de las ruedas aplastó el pecho de mi padre.

Se interrumpió para beber un sorbo de café. Estaba ya frío, pero no lo notó.

—Con mi padre muerto, Glasgow se convirtió en un lugar inhóspito. Me marché a Londres e ingresé en la escuela de la señora Nightingale para enfermeras en el hospital de Saint Thomas, pero enseguida me di cuenta de que aquello no era lo que yo deseaba. —Su expresión se volvió resuelta—. Yo quería ser cirujano. Había pasado años haciendo tareas que un médico joven soñaría con hacer. Mi padre, cuando me instruía, solo veía en mí a un futuro doctor; en cambio, la sociedad me rechazaba sin detenerse a comprobar mi valía por el simple hecho de ser mujer.

Daniel no pudo dejar de admitir que visto de ese modo era injusto.

—Estuve semanas pensando qué hacer. Me encontraba en una situación relativamente desahogada, pues mi padre me dejó algunas rentas. Resolví que si deseaba ser médico nada me lo impediría. Si hacía falta convertirse en un hombre lo podía hacer, pues ¿no había funcionado el ardid durante varios años? Pero no sería en Inglaterra. Decidí volver a Barcelona con mi nueva identidad; aquí nadie me reconocería y obtendría mi título como cirujano. A cambio de una buena suma de dinero conseguí unos certificados falsos de la Universidad de Edimburgo que justificaban mis conocimientos y cogí el primer tren a Portsmouth. Embarqué hacia España y me presenté aquí con mis credenciales. De ese modo, accedí directamente al último curso de la Facultad de Ciencias Médicas.

Al finalizar su historia se hizo un breve silencio.

—¿Cómo se llama realmente?—preguntó Daniel.

—Pau Gilbert es mi auténtico nombre. No tuve necesidad de cambiarlo.

—¿Todo esto tiene alguna relación con la agresión que sufrió hace unos días?

—Sí —reconoció—. Ese hombre sirvió en nuestra casa un breve tiempo. Me reconoció en la calle. Amenaza con revelar mi identidad si no le entrego a cambio de su silencio una cantidad de dinero.

—¡Canalla! ¿Qué piensa hacer al respecto? Podemos ayudarle...

—Es asunto mío.

Su actitud resuelta aumentó la admiración que Daniel empezaba a sentir por la joven. Ante su reserva, decidió cambiar de tema.

—Entonces, ¿es cierto que hizo de asistente de mi padre?

—Su padre se comportó muy bien conmigo. Tuve un descuido y descubrió quién era realmente. Para mi asombro, en lugar de denunciarme a la Junta de la Facultad adujo que mi talento como médico superaba con creces mis limitaciones como mujer, así que aceptó guardarme el secreto si le ayudaba sin preguntas. Creo que a su manera, señor Amat, su padre se sentía tan injustamente tratado como podía sentirme yo.

Daniel volvió a sorprenderse al escuchar hablar de su padre en aquellos términos. En otros tiempos hubiera montado un escándalo al descubrir la verdad sobre la joven. Por el contrario, no solo se había mostrado comprensivo sino que incluso había alentado el engaño. Se lamentó por no haber conocido mejor a aquel hombre tan distinto al que recordaba. Quizás habrían podido reconciliarse.

—Bueno, y ahora ¿qué hacemos? —preguntó Fleixa.

Daniel devolvió la mirada al periodista.

—¿Qué sugiere que hagamos?

—Se trata de una situación muy irregular.

—Por mi parte, no me importa si Pau es una mujer o un hombre. ¿Y a usted?

—Bueno...

—Creo que hemos tenido suficientes experiencias por hoy —le interrumpió Daniel—, debemos descansar. Tras lo sucedido, propongo que mañana evitemos que nos vean juntos. El miércoles por la tarde nos pondremos manos a la obra con el libro.

—¿Los tres?—preguntó incrédulo Fleixa.

—Por supuesto. Siempre que Gilbert acepte ayudarnos.

—Pero, Amat, no podemos..., no debemos... ¡Es una mujer!

—Ha arriesgado su vida intentando conseguir el manuscrito y sus conocimientos médicos no admiten dudas. Si mi padre la consideró competente, ¿vamos a ser nosotros menos?

Fleixa refunfuñó entre dientes, pero no continuó protestando.

—Entonces, ¿no van a denunciarme?—preguntó Pau.

—Le doy mi palabra de que el señor Fleixa y yo guardaremos su secreto. ¿No es así?

El periodista se removió incómodo sobre la silla y asintió. Satisfecho, Daniel se volvió hacia la joven.

—Necesitamos sus conocimientos y su valor, ¿qué dice? ¿Nos ayudará?

—Estoy tan dispuesta como ustedes a atrapar a ese asesino.

—Estupendo —exclamó Daniel—. Debemos organizarnos. Antes, sin embargo, hay que solventar otro asunto. Usted, Pau, no puede quedarse en el colegio mayor.

—¿Cómo dice?

—Homs sabe quién es y dónde encontrarla. Puede intentar asesinarla de nuevo.

—No tengo ningún otro lugar donde instalarme —protestó—. Y tampoco quiero abandonar mis estudios, los exámenes finales se celebran dentro de poco.

—Su vida corre peligro. Será solo por un tiempo.

—Pero ¿adónde puedo ir?

Fleixa alzó la mano y por primera vez sonrió.

—Se me ocurre un lugar.

El *Gos Negre*

Once días antes de la inauguración de la Exposición Universal

35

Dolors andaba radiante, cogida del brazo de Fleixa. El periodista la había invitado a almorzar un chocolate con churros en La Mallorquina, justo enfrente del Liceo. Un hecho extraordinario en la frugalidad de su relación, por eso cuando él le propuso pasear hasta la plaza de Cataluña aprovechando los tímidos rayos de sol de la mañana, se sintió como una reina.

No le importaron las miradas de los transeúntes con los que se cruzaban, ni que el mismo Fleixa estuviera más meditabundo que de costumbre. Se había puesto su mejor vestido, regalo años atrás de un cliente. Indiferente al frío del día, su provocativo escote atraía los ojos de algún que otro caballero y el enojo de más de una señora. Le encantaba pasear como si fuera una de aquellas damas elegantes. Por un instante, quiso creer que la suerte no le había sido tan esquiva y sonrió, mientras se apretaba contra el periodista.

Fleixa, entretanto, pensaba en cómo se había complicado el asunto de los asesinatos. No hacía ni veinticuatro horas que había estado en aquel mismo paseo persiguiendo al doctor Homs. El dolor de su pierna y el escozor de las heridas de su brazo le recordaban que les había ido de muy poco.

¿Y el joven Gilbert? Mejor dicho, la joven Gilbert. ¡Una mujer! ¡Dónde se había visto! Desde el principio no habían hecho buenas migas, y ahora sabía por qué. Daniel había insistido en mantener en secreto su identidad y no tenía más remedio que cumplir su palabra por el momento.

Por otro lado, Sanchís le seguía presionando para publicar algo, lo que fuera, le había gritado. Llopis estaba pendiente de todos sus movimientos y sabía que había estado investigando por su cuenta en

la Barceloneta un par de días atrás. El chico tenía olfato, había que reconocerlo, pero era un perfecto imbécil.

Por último estaba Irene Adell. El dinero le venía muy bien, y un asunto tan escandaloso como la implicación de un destacado empresario de la ciudad en una estafa relacionada con las obras de la Exposición Universal era una extraordinaria noticia, pero convencer a Amat para que abandonara no le parecía tan fácil. Como había quedado claro, a Irene Adell no le importaba la investigación de los asesinatos, tan solo quería que Amat se fuera de la ciudad. Si se desembarazaba de él podría continuar por su cuenta. Tendría aseguradas cuatro columnas en portada. Se convertiría en el periodista más famoso de Barcelona, tal vez incluso de España.

Dio un respingo. La atrevida mano de Dolors interrumpió sus pensamientos.

—Compórtate —le riñó, pero su guiño lo desarmó. Las caricias habían provocado su efecto—. Quizá sería buena idea irnos a la pensión.

Ella se apartó arrugando los labios como una niña enfurruñada.

—Todavía no, Bernat. Paseemos un poco más.

Se dio la vuelta y se alejó Rambla arriba balanceando su trasero. Fleixa siguió su andar descarado y retuvo una sonrisa. Según avanzaba, el resto de paseantes la seguían con la mirada. El periodista no pudo evitar que se le escapara una carcajada cuando Dolors, con una reverencia exagerada, saludó a una pareja que, horrorizada, hizo como si no se dieran cuenta, apartándose a toda prisa de su camino. Fleixa, sin dejar de reír, la agarró del brazo atrayéndola hacia sí.

—¿Quieres que llamen a la guardia municipal?

—Soy una mujer educada. No podía dejar de saludar. Ese caballerete me conoce muy bien, más de una vez se ha calentado los pies bajo mis sábanas.

Fleixa frunció el ceño, no le gustaba saber de otros clientes. Para cambiar de tema, expuso el asunto que le había llevado a invitarla a almorzar.

—Tengo que pedirte un favor, Dolors.

—Ah, claro. Ahora comprendo —exclamó soltándose de la mano.

—¿Comprendes?

—Tanta amabilidad no es normal en ti —contestó.

A Fleixa no se le escapó el matiz de decepción de su voz. Se sorprendió al darse cuenta de que lamentaba tener que plantear el asunto y dejar de disfrutar de aquella cita. No tenía más remedio, por lo que cogió aire y fue al grano.

—Necesito que alojes a una persona un par de días, tal vez tres.

—¿En mis habitaciones? ¿Qué te crees que es? ¿El Internacional?

—Tiene problemas. —Suspiró—. La persiguen y necesita esconderse por un tiempo.

Dolors se detuvo en un puesto de flores y observó con un interés exagerado un ramillete de margaritas.

—¿Una mujer?

—No es lo que crees.

—Tampoco me tiene que importar, ¿verdad? —contestó sin mirarlo.

Fleixa alzó la cabeza hacia el cielo antes de explicarse.

—Se trata de una joven. Está en peligro. El responsable de los crímenes que estoy investigando sabe dónde encontrarla. Necesita ayuda, Dolors.

La mujer lo pensó un instante.

—Si esa chica es importante para detener la maldición haré lo que haga falta. Algunas de las muchachas asesinadas por el *Gos Negre* eran amigas mías.

—No se trata de una maldición. Te lo he dicho muchas veces, ese perro endemoniado no existe. Son solo chismorreos de criadas.

—Lo que tú digas. La chica puede usar la habitación de Manuela. Se ha ido al pueblo a ver a sus padres y no volverá en varios días. Intentaré adecentarla un poco antes.

—Muchas gracias, encanto.

—Déjate de arrumacos, esto te va a costar tu buen dinero.

—Está bien, pero si no te importa te lo dejo a deber.

Ella detuvo su mano cuando acariciaba el tallo de una gardenia y se volvió hacia el periodista.

—¿Cuánto ha sido esta vez?

Fleixa no deseaba contestarle, pero al ver su expresión preocupada resolvió contarle la verdad y descartar las excusas que tenía preparadas. En caso de ser descubierto en una mentira ella se enfurecería y sería peor.

—Algo.

—¿Cuánto?

—Casi cien duros.

—¡¿Cien?!

Varios paseantes se giraron. Fleixa la cogió del brazo y la obligó a andar, ante la protesta del vendedor del quiosco, que preveía una compra segura.

—Shhh..., no grites. Se va a enterar toda Barcelona.

—Yo no tengo esa cantidad, Bernat.

—No te estoy pidiendo dinero, querida. Me las arreglaré.

—¿A quién se lo debes?

—A La Negra.

—¿La Negra? Por eso pasas tantas noches conmigo. Tú sí que tienes problemas. Deberías esconderte, o mejor irte de Barcelona.

—No puedo marcharme ahora. Tranquila, sé lo que hago.

La mirada incrédula de Dolors le demostró el poco crédito que confería a sus palabras. Iba a replicar cuando un tumulto le llamó la atención.

Sus pasos les habían llevado a la plaza de Cataluña. Una muchedumbre se arremolinaba alrededor de varios vendedores de periódicos. Fleixa pretendió dar la vuelta, pero Dolors le tiró del brazo.

—Mira, Bernat, cuánta gente.

—No seas curiosa, volvamos hacia las Ramblas.

—Venga, eres un aguafiestas.

Dolors ignoró sus quejas y se dirigió hacia el tumulto, con lo que Fleixa no tuvo más remedio que seguirla. Indiferente a las protestas, la mujer se ayudó con el cuerpo y los codos, repartiendo disculpas y sonrisas hasta situarse en primera fila de uno de los

corros. Fleixa la alcanzó recibiendo algún insulto por el camino. Se caló el canotier en un intento por esconder su rostro, no fueran a reconocerlo.

Fleixa percibió una creciente indignación en las personas que le rodeaban. Algunos parecían incluso atemorizados. No escuchaba bien de qué se trataba, pero pudo enlazar algunas palabras sueltas. Al parecer, se preguntaban por qué las autoridades no hacían nada. Contuvo un sobresalto al suponer que se referían al incidente de la noche anterior.

Entonces le llamó la atención el niño que voceaba el nombre del *Correo de Barcelona*. Andaba a traspié, con una pierna más corta que la otra, y se apoyaba en una carretilla ahora prácticamente vacía de periódicos. Se los llevaban a pares, Sanchís estaría encantado.

De repente, el corazón le dio un vuelco al oír el titular que acababa de gritar el chiquillo a pleno pulmón. Olvidó toda precaución y apartó de malos modos a las personas que estaban delante para acercarse al joven vendedor.

—Dame ese periódico.

—Lo siento, pero el señor acaba de comprar el último.

Junto al niño esperaba un caballero con chistera y bastón que apenas conseguía mantener abotonado el gabán alrededor de su barriga. Miraba al periodista con evidente disgusto. En su mano tintineaban unas monedas.

Fleixa arrebató el periódico de las manos del chico y le lanzó los cinco céntimos que costaba. Hizo oídos sordos a las protestas airadas del hombre y se alejó a zancadas seguido de una asombrada Dolors.

Encontraron un banco vacío y tomaron asiento. Fleixa pasó las páginas casi arrancándolas hasta encontrar lo que buscaba. Leyó, sintiendo con cada párrafo un golpe en el estómago.

TERRIBLES SUCESOS EN LA BARCELONETA

¿A qué esperan las autoridades para actuar? En nuestra querida ciudad se suceden desde hace tiempo hechos luctuosos sin mesura y nadie hace nada para evitarlo. En

los últimos meses, cerca de las obras de la Exposición Universal, se han hallado varios cadáveres con extraordinarios signos de violencia. Las autoridades han querido mantener en secreto estos descubrimientos, pero ha sido inútil. En la ciudad ya corre el rumor como la pólvora.

No se ha descubierto aún al responsable o responsables de los asesinatos de los que, hoy en primicia, tienen noticia nuestros lectores. Existe un indicio, no relacionado con el criminal, sino con las víctimas, que permite ofrecer quizás alguna luz, siquiera débil, sobre el asunto. Los cuerpos muestran señales de haber sido sometidos al ataque de algún tipo de animal de fauces enormes. Algunos aventuran la intervención de una bestia maldita llamada el *Gos Negre*.

Aprovechando un acto del Coro de Danzas y Tradiciones en el Palacio de la Virreina, este redactor pudo interrogar al excelentísimo alcalde y recoger su opinión respecto a los repetidos y atroces crímenes. El señor Rius al principio se mostró remiso a responder a nuestras preguntas, pero finalmente accedió para comentar que no debe cundir la alarma. No imagina que puedan atribuirse estos asesinatos a un moralista empeñado en extinguir el vicio exterminando a cuantas mujeres hacen de él un *modus vivendi* por el hecho mismo de haberse encontrado el cadáver de un hombre, ni que sea obra de un Proudhon-carnicero que por medios extremos quiera llamar de todos modos la atención pública sobre las miserias sociales. Opina, más bien, que se trata de un loco, diestro como todos ellos en lo que atañe a su manía, poseído del furor de derramar sangre. Asegura que caerá sin duda en manos de la Guardia Municipal y considera que si el autor de estos horrendos crímenes reconoce la imposibilidad de perpetrar el siguiente gracias al celo policial, volverá sobre sí mismo el arma que tantas veces ha hundido en las entrañas de sus víctimas. El alcalde no ofrecerá ninguna recompensa por su captura puesto que puede suceder, como otras veces, que algún malvado invite a cometer una fechoría a un desgraciado para delatarle luego y ganarse el premio. Confía en que la policía pondrá pronto a buen recaudo a este asesino. Preguntado por la posibilidad de que esas muertes se deban a la maldición del *Gos Negre*, el señor alcalde rechaza la creencia supersticiosa, conminando a los ciudadanos a que confíen en sus autoridades.

Sin embargo, la alarma en la Barceloneta no puede ser mayor, las tabernas y comercios no se ven concurridos como antes y en el barrio, como en los distritos vecinos, no hay mujer que se aventure sola después de caer la noche. La existencia de un enorme perro de color negro vagando por las calles, como afirman varios testigos, pone en entredicho las afirmaciones del señor alcalde.

¿Quién es ese asesino misterioso? ¿Por qué es tan difícil de atrapar? ¿Es, como afirman algunos de los vecinos de la Barceloneta, el *Gos Negre*? ¿Estamos ante la manifestación de algún poder diabólico?

El artículo venía firmado por Felipe Llopis.

Fleixa cerró los ojos y contrajo los puños hasta hacerse daño. Sin ni siquiera despedirse de Dolors, empezó a andar en dirección a las Ramblas. Al pasar junto a una papelera, lanzó dentro el periódico convertido en un montón de papeles arrugados.

36

El puñetazo levantó los papeles del escritorio. Bertomeu Adell maldijo en voz alta. ¿Cómo se atrevían? Volvió a leer la noticia de la que ya todo el mundo se hacía eco.

El *Correo de Barcelona* había sido el primero, ofreciendo incluso pormenores de los cadáveres hallados, y luego le habían seguido las segundas ediciones del resto de periódicos. Los titulares eran similares: *Asesinatos en la Exposición ¿obra del* Gos Negre?; *Horrendos crímenes salpican la Exposición*; *¿Qué hacen las autoridades*?; *Una maldición pone en peligro la Exposición*.

La ciudad estaba revuelta. En los cafés no se hablaba de otra cosa. Al parecer, las imprentas no daban abasto y los diarios publicaban ediciones extraordinarias. Algunos incluso sacaban a relucir su nombre. Había recibido varias notas del alcalde pidiéndole explicaciones. Pronto le harían presentarse otra vez en el Ayuntamiento.

Golpeó de nuevo la mesa. ¿Qué demonios había ocurrido? ¿Quién era ese Llopis y cómo conocía todos esos detalles?

En la central, los operarios trabajaban como de costumbre, aunque los detalles más cruentos sobre los asesinatos corrían entre ellos como una petaca de aguardiente. Durante las últimas horas habían escuchado los gritos furiosos de su patrón dentro del despacho. De pronto, se oyó un estallido de cristales y, después, solo el zumbido de los alternadores en marcha. Nadie se atrevió a decir una palabra.

—¡Casavella!

El encargado de la fábrica emergió sudoroso tras una de las máquinas de vapor y avanzó por la nave hasta llegar frente a la

puerta del despacho. Su sombra se recortó tras el cristal esmerilado, todavía indeciso a entrar. La voz volvió a rugir desde el interior.

—¡Pasa de una vez!

Al cruzar la entrada, Casavella no pudo evitar una expresión de asombro ante el desastroso estado de la oficina. Parecía que la tormenta que estaba asolando Barcelona durante toda la semana había decidido pasarse por allí también. El servicio de café estaba hecho pedazos junto a la estufa de hierro forjado, una montaña de papeles cubría el suelo, donde todavía se balanceaba una lámpara doblada en un ángulo extraño junto a una caja descuadernada de tabaco picado, que se había mezclado con el café y la leche derramada.

En su silla de trabajo, Adell mantenía la vista fija sobre una decena de diarios, el rostro tan enrojecido que a Casavella le recordó una de las calderas que tenía a su cuidado. Las venas se le marcaban en el cuello y oía su respiración trabajosa. Instintivamente, retrocedió un paso pisando unos cristales. Al oírle, el empresario alzó la mirada.

—¿Adónde vas? Acaba de entrar y cierra la maldita puerta.

El encargado tragó saliva e hizo lo que le ordenaba. Se quedó en un rincón, de pie, esperando las instrucciones de su patrón. Era evidente que Adell hacía grandes esfuerzos por controlarse, aunque las palabras que le dirigió parecieron salir escupidas de la boca.

—Me marcho a casa. Haz que preparen el coche.

Casavella abrió los ojos, alarmado al ver la manga de la camisa del señor Adell empapada de sangre. Estaba a punto de preguntar si quería que llamaran a un médico cuando el industrial, al sentirse observado, le dirigió una mirada feroz.

—¿Qué miras?

—Nada, señor Adell.

—Que venga alguien y arregle esto. Cuando yo vuelva quiero verlo todo en orden. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿se puede saber qué haces ahí parado? ¿Eres idiota o qué?

—No, señor. Disculpe, señor.

En cuanto se hubo ido el encargado, Adell recogió uno de los periódicos y salió de la oficina. Con pasos enérgicos, avanzó por el pasillo central que cruzaba la larga planta de generadores en dirección a la calle. Los trabajadores evitaron mirarle al pasar.

En el exterior, junto a la puerta, ya estaba esperándole el landó. Antes de subir a la cabina pasó la mano sobre unos profundos arañazos que afeaban la portezuela. Se había aplicado cera, pero no conseguía disimularlos. Un aplique que representaba un caballo de plata colgaba descabezado. Tras acomodarse en el asiento se dirigió al cochero.

—Ramón, quiero que cambies esa puerta cuanto antes.

La voz del cochero le llegó por la trampilla del techo.

—Por supuesto, señor.

—Bien, que no tenga que repetirlo. A casa.

Unos minutos más tarde, el carruaje se detuvo en el patio interior de la mansión. El industrial descendió del coche de caballos e ignorando al criado que le recibió se encaminó directamente a la biblioteca.

Un hombre le esperaba allí, observando la calle desde las cristaleras. Su andar arriba y abajo traslucía nerviosismo. Adell, al entrar, no le dirigió la palabra sino que fue directamente hacia la camarera de bebidas y se sirvió una generosa copa de coñac. Tras beber un largo trago volvió a servirse y se acomodó en un sillón. Con un gesto le indicó a su invitado que ocupara otro asiento. El hombre obedeció.

—Señor Adell, recibí su nota y aquí estoy, aunque quiero que sepa que considero una imprudencia reunirnos en su casa. Cualquiera de sus sirvientes podría reconocerme y luego largarlo por ahí. Es conveniente mantener nuestra relación discretamente —sugirió el inspector Sánchez mientras sacaba del bolsillo una pequeña bolsa de papel y metía sus gruesos dedos dentro.

—Ni se le ocurra comer esa porquería en mi casa.

El policía, sorprendido por el tono del empresario, no respondió. Con una mueca, guardó la bolsita de altramuces en el bolsillo.

Adell juntó las manos como si estuviera rezando y se las acercó a los labios con expresión pensativa. Su mirada irradiaba una cólera

de grandes proporciones.

—¿Ha leído la prensa?

—Eh... sí.

—No lo parece.

Le lanzó el ejemplar del *Correo* y Sánchez lo atrapó estupefacto.

—¿Y bien? —le espetó Adell—. ¿No le pago suficiente para evitar estas cosas?

El inspector ojeó la noticia negando con la cabeza.

—No es más que palabrería. Estoy seguro de que ese reportero no sabe nada. Habla de oídas, pues no ha podido ver ningún cadáver. Hicimos desaparecer el último con rapidez. Nadie lo vio —mintió. Sabía que alguien había estado en la morgue e inspeccionando el cadáver, aunque desconocía quién, pero eso no se lo iba a contar al empresario.

—¿Acaso se imagina las consecuencias de todo esto?

—Alcanzo a hacerme una idea. Esta pasada noche el alcalde me hizo llamar a una hora intempestiva para ordenarme que ponga fin a los asesinatos con la mayor urgencia. Hasta ahora he podido entretener el asunto, pero no sé por cuánto tiempo podré hacerlo más.

—Maldita sea, ¡el tiempo que haga falta! ¿Cómo es posible que este periódico conozca tantos detalles sobre el estado de los cuerpos?

—Es posible que hayan sonsacado a alguno de mis hombres. No puedo responder por todos ellos. Lo investigaré y castigaré al culpable, no tenga duda. Seguramente el periodista del *Correo* basa su noticia en los rumores que circulan, señor Adell. En la Barceloneta hace semanas que la gente habla del *Gos Negre*, las muchachas continúan desapareciendo y la gente está asustada. Eso no puedo evitarlo.

El empresario se inclinó hacia Sánchez. A pesar de que le sacaba una cabeza, el inspector se sintió amedrentado.

—Pues debería.

Adell respiró hondo antes de volver a recostarse en su asiento. Dio un sorbo a su copa y continuó.

—Daniel Amat sigue en Barcelona y, por si fuera poco, un periodista de este mismo diario le ayuda. Recientemente se les ha unido un estudiante de la Facultad de Ciencias Médicas. Están metiendo las narices en lo que no les importa. ¿No le dije que detuviera las investigaciones?

—Le dejé claro a Amat que su presencia aquí no servía a ningún propósito y que insistir en quedarse solo le podía suponer inconvenientes.

—¡Pues haga algo más! ¡Sea más contundente!

Sánchez se encogió de hombros.

—Inspector. —Adell contuvo sus ganas de gritar—. Por si todavía no se ha enterado, si esa investigación continúa no seré el único que tendrá problemas. Con mis influencias puedo hacer que le destinen al cuartel más remoto de Santiago de Cuba. ¿Me ha comprendido?

Sánchez se agitó al oír las palabras del empresario. Empezó a pensar si el dinero recibido era suficiente para soportar aquel trato.

—Completamente. Me encargaré de ello. Tengo algunas ideas al respecto.

—No me falle, Sánchez. Ni tan siquiera imagine fallarme.

El empresario movió una campanilla de sobremesa y apareció una sirvienta para acompañar al inspector a la salida.

Una vez solo, Adell intentó calmarse. Inició las largas y profundas respiraciones, tal y como le habían enseñado en el sanatorio. En aquel estado se sabía capaz de cometer cualquier disparate. Debía tranquilizarse y pensar. Pensar, eso era, debía pensar.

El techo crujió sobre su cabeza.

Se levantó de un salto del sillón. Atravesó el vestíbulo a la carrera y ascendió de dos en dos las escaleras justo a tiempo para ver cómo se entornaba la puerta de su despacho.

—Zorra —masculló—, esta vez no voy a pasarlo por alto.

Abrió la puerta con un fuerte empujón. Irene, que se encontraba al otro lado, cayó al suelo aturdida por el golpe. La falda se le abrió y Adell admiró las largas piernas de ébano que no

conseguían tapar las enaguas. Sintió un amago de lujuria al recorrer con la mirada el cuerpo de la criolla hasta detenerse en su escote, donde se insinuaba, acentuado por su respiración entrecortada, el volumen de su busto. Ella, dándose cuenta del efecto provocado, se irguió y le lanzó una mirada desdeñosa. Adell se sintió abochornado y la excitación dejó paso a la rabia.

—¿Qué haces en mi despacho? ¿Acaso no te prohibí entrar?

—La niña olvidó un lazo del pelo.

—Esa cría es como tú, una malcriada. Tendré que ocuparme más seriamente de su educación. —Sonrió consciente de la reacción que iban a producir sus siguientes palabras—. La disciplina del internado será muy beneficiosa para ella.

—¡No! No te atrevas.

Irene se abalanzó sobre él, pero el hombre la apartó de un empujón.

—Mestiza desgraciada. Cualquier puta del Raval sería mejor esposa que tú.

La primera bofetada arrojó hacia atrás a Irene hasta hacerla tropezar con el secreter. Adell acabó de entrar en la habitación y cerró la puerta a su espalda. Después, con parsimonia, empezó a quitarse la correa del pantalón. Los ojos de Irene se dilataron de terror, aunque se mantuvo callada, conteniendo el temblor que amenazaba con extenderse por su cuerpo.

—¿Acaso no tienes todo lo que quieres? —susurró Adell—. ¿No te he ofrecido más de lo que cualquier otro te daría en tu situación? Y así me lo pagas, faltándome al respeto en mi propia casa. Pero esto va a cambiar. Aprenderás, por las buenas o por las malas.

Tras el primer correazo, Adell descubrió que la tensión en su entrepierna volvía a crecer. Con regocijo, levantó otra vez el brazo para golpear. Pronto iba a sentirse mejor. Oh, sí. Mucho mejor.

37

Fleixa deseaba romperle la cara a aquel engreído, pero se contuvo y pasó a su lado ignorando su estúpida expresión satisfecha. Llopis creía haber ganado una batalla, pero él iba a enseñarle que ganar la guerra era algo muy diferente. Llamó a la puerta del despacho y una voz desde dentro le invitó a pasar. El calor de la estufa junto a la sempiterna nube de tabaco le recibió como en una sauna.

—Fleixa, dichosos los ojos.

—Buenos días, Sanchís —contestó mientras cerraba la puerta tras de sí y tomaba asiento en una de las sillas sin esperar a que su jefe se lo ofreciera.

El veterano director le miró por encima de las lentes.

—Vaya, es todavía de día y tu ropa no huele a estercolero. ¿A qué se debe?

—Soy un hombre nuevo.

—Ya.

Sanchís abandonó la lectura. Apoyó su corpachón en la silla y cruzó los brazos. Su expresión escéptica crispó a Fleixa.

—Tú dirás.

—He leído la columna que has publicado de Llopis.

—¿Y?

—Estoy trabajando en ese asunto, tú lo sabes.

—Sé lo que me has contado.

—Esa noticia es mía. —Hizo una pausa para intentar dominar su enojo—. Ese chico es un simple gacetillero, no tiene ni idea. Quiero que me des la exclusiva.

El director enarcó las cejas hasta formar una uve en su frente.

—¿Me estás diciendo cómo dirigir el periódico?

Fleixa percibió el tono de amenaza, pero no se arredró.

—¿Cómo puedes publicar algo así? ¿El *Gos Negre*? ¿Un poder demoniaco? ¿Desde cuándo el *Correo* publica chismes para viejas?

El rostro encendido del director le dijo que había dado en el blanco.

—El papel se agotó en dos horas. Los demás diarios de Barcelona se han hecho eco de la noticia a todo correr, pero nosotros hemos sido los primeros. Tengo las máquinas de abajo echando horas como nunca. En esta ciudad cada día muere alguien, pero a la gente le encantan los crímenes misteriosos, los detalles enfermizos les atraen como la mierda a las moscas.

Fleixa no pudo contenerse.

—¡Por los clavos de Cristo, Sanchís! En este asunto hay mucho más que las bobadas que escribe Llopis.

—¿Mucho más? No me digas. ¿Dónde está esa gran crónica que prometes pero que nunca veo? ¡Dime! ¿Dónde? Noticias, Fleixa, noticias. Te lo dije, en la calle están esperando noticias y cuanto más atractivas mejor. —Bajando la voz añadió—: No puedes decir que no te avisé.

—¿Qué quieres decir?

El director rodeó la mesa y abrió la puerta.

—Llopis, venga aquí.

El joven parecía estar esperando la llamada. Con andar parsimonioso se presentó delante de los dos hombres. El director le golpeó a Fleixa el pecho con el dedo.

—Mientras no tenga encima de la mesa una noticia como Dios manda no tenemos más que hablar. Entretanto, Llopis es el nuevo responsable de la sección de sucesos. Para cualquier cosa atiende a sus instrucciones.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Fleixa sin esconder su sorpresa.

—Está muy claro. Haces lo que te digo y me demuestras que todavía existe un reportero como es debido dentro de esa cabeza dura o ya puedes ir buscándote otro empleo.

La sonrisa de Llopis se ensanchó hasta casi tocarle las orejas. Fleixa podía sentir su ego hinchándose a su lado como el enorme globo instalado frente al Círculo del Liceo para la inauguración de la

Exposición. Se levantó encarándose con Sanchís. Las palabras le salieron por la boca antes de poder arrepentirse.

—Te vas a ir a la mierda.

Salió del despacho, sordo a los gritos del director intentando disimular los temblores cada vez más fuertes de sus manos. Caminó entre las mesas de la redacción sin ver nada, consciente de las miradas de sus compañeros. No sabía cómo había llegado a aquella situación. Y lo peor de todo, no sabía qué demonios hacer ahora.

38

Pau se detuvo en el rellano. Llevaba un pesado baúl que le había costado Dios y ayuda subir por las estrechas escaleras. Del bolsillo de su chaqueta extrajo la nota y releyó la dirección que le había dado el periodista. No entendió la expresión jocosa del dueño de la pensión cuando preguntó por Dolors, ni el guiño cuando le indicó la puerta donde vivía.

Esperaba que fuera una buena idea. No estaba muy convencida de abandonar su habitación en el colegio mayor, pero Amat había sido muy insistente e incluso Fleixa opinaba que era lo mejor. Le sorprendió que ambos estuvieran tan preocupados por su seguridad, y lo cierto era que, tras la experiencia de la biblioteca, también ella temía volver a tener un encuentro con el doctor Homs.

Lanzó un suspiro. En lugar de solucionarse, los problemas se acumulaban. Al día siguiente terminaba el plazo para pagar a Malavell a cambio de su silencio. No sabía cómo conseguir esa cantidad de dinero, apenas tenía para mantenerse ella y cubrir los gastos que le comportaban los estudios, pero si no pagaba sería descubierta y expulsada de la universidad. No podía permitirlo y tampoco quería implicar a Amat y a Fleixa en aquel asunto; sin embargo, seguía sin saber cómo solucionarlo.

Golpeó dos veces la aldaba de hierro y esperó.

Al momento se abrió la puerta y una mujer voluminosa apareció en el umbral. Llevaba una peluca negra sobre el pelo rojizo y una bata mal anudada que mostraba mucho más de lo que Pau deseaba ver. Entre los dedos sostenía los gajos de una mandarina, gotas de jugo le corrían por los dedos.

—Qué mozo más guapo. Es algo pronto, pero contigo haré una excepción. Pasa, pasa.

Desapareció dentro de la casa antes de que Pau pudiera abrir la boca. Se quedó en el umbral hasta que desde el interior una voz volvió a invitarle a entrar. Aún con dudas, cogió el baúl y recorrió un angosto pasillo hasta la estancia donde le esperaba la mujer.

Una cama cubierta con una enorme colcha y una decena de cojines de colores ocupaba casi toda la habitación. Contra la pared se apoyaba un sencillo tocador repleto de frascos, cepillos y agujas para el pelo. Un espejo de cuerpo y medio lleno de manchas colgaba justo encima. Una silla, prácticamente oculta bajo los vestidos que se amontonaban encima, completaba el mobiliario. El aire estaba cargado del olor a mandarinas.

—Deja ese baúl por ahí... ¿Llegas de viaje que tan cargado vas? No, déjame que adivine. —Se iluminó su cara—. Te marchas de la ciudad y antes habías pensado pasar un buen rato. Me pongo cómoda y enseguida estoy contigo.

Desapareció por una habitación contigua y Pau escuchó caer el agua en una bacina mientras su voz canturreaba una tonada. Un par de minutos después apareció de nuevo. Vestía con una corta camisola de algodón. Su cuerpo se recortaba debajo de la tela, que insistía en pegarse sobre su piel. Con estudiada lentitud, apoyó su espalda en el marco de la puerta. Una fragancia de rosas acompañó cada uno de sus movimientos. Pau no acertaba a decir palabra.

La mujer se dirigió hacia ella como un terremoto de carnes generosas. Pau dio dos pasos hacia atrás hasta que sus talones tropezaron con la cama, haciéndole perder el equilibrio. Con una protesta de los muelles, se hundió en el colchón. Intentó alzarse, pero la prostituta se colocó sobre ella a horcajadas con una expresión juguetona. Le arrebató las lentes para apartarlas a un lado y le acarició el rostro. Luego se bajó el tirante izquierdo del camisón y cogiendo la mano derecha de Pau la guió hasta su pecho.

—Por favor... ¡No!

—¡Vaya!, un chico tímido. Eso tiene arreglo, deja que Dolors se ocupe.

Empezó a desabrocharle la camisa. Pau quiso evitarlo, pero el peso de la mujer le impedía moverse.

—¡Me ha confundido con otra persona!

La mujer detuvo sus caricias y la miró extrañada.

—¿Otra persona? ¿De qué hablas?

—Debo de haberme equivocado de casa.

—¿Quién te ha dado mi dirección, cariño?

—El señor Fleixa.

La mujer mudó el gesto por una expresión de desconcierto. Entonces empezó a reír. Se apartó de Pau y bajó de la cama. Su pecho desnudo se balanceaba al compás de sus carcajadas mientras intentaba inútilmente subirse el tirante.

Pau salió de la cama a toda prisa. Mataría al periodista. Empezaba a sospechar que había querido gastarle una broma. El muy canalla debía de estar en esos momentos tronchándose de risa como aquella mujer.

—¿Tú eres la muchacha que necesita ayuda? —le preguntó Dolors, mirándola de arriba abajo—. Pero si pareces un señorito.

Pau recuperó las gafas y la chaqueta, y tiró del baúl hacia la puerta.

—Creo que ha habido una confusión, una terrible confusión, señora. Discúlpeme, ahora mismo me marcho.

La mujer se interpuso en el camino de Pau. Con gesto firme, le hizo volver a dejar el equipaje en el suelo.

—Nada de eso, querida, ni mucho menos.

Despejó la silla de los vestidos y la obligó a sentarse.

—¿Quieres algo caliente? Nos irá bien a las dos.

Sin esperar respuesta, extrajo del cajón del tocador un par de tazas y las puso sobre el mueble cerca de Pau. Salió por la puerta del fondo y al volver llevaba puesta una rebeca sobre la camisola y una tetera de porcelana en la mano de la que sobresalía un ramito de manzanilla. Sirvió las dos tazas en la mesa improvisada.

—No tengo azúcar, pero tengo esto.

De otro cajón, sacó un botellín y sirvió una cantidad generosa en cada taza.

—Nunca hubiera imaginado que eras una mujer. Y yo que pensaba que era mi día de suerte al encontrarme en la puerta un pimpollo tan guapo. ¿No serás un invertido?

—No, no.

El contenido de la taza olía estupendamente y estaba caliente. Pau le dio un sorbo y el ardor del orujo bajó por su garganta como una lengua de fuego, provocándole un ataque de tos.

—Bébetelo despacio —le aconsejó Dolors.

Pau asintió con la cabeza mientras intentaba sonreír educadamente. Tuvo que admitir que, tras la primera impresión, el licor le reconfortaba.

—Entonces, ¿usted es...?

—Una puta. Sí, chiquilla, no te preocupe el decirlo, no siento ninguna vergüenza por lo que soy. El párroco me bautizó al nacer como María de los Dolores Algarrada Lucena, pero mejor me llamas Dolors a secas.

La mujer sonrió ante el gesto tímido de la chica, ¡qué inocente! Se acomodó en la cama, extrajo una pitillera metálica y se hizo con un cigarrillo. Lo encendió con un chisquero de torcida y el olor a tabaco y menta les envolvió.

—O sea, tú eres la chica que necesita esconderse unos días. Perdona por lo de antes, pero Fleixa, el muy ladino, no me dijo que fueras a venir disfrazada. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Gilbert. Pau Gilbert.

—Encantada. Parece que pasaremos unos días juntas.

Pau estuvo a punto de negar con la cabeza, pero se lo pensó mejor. No tenía donde ir si no quería volver al colegio, y la mujer se comportaba de forma muy amable.

—Espero no ser un estorbo.

—Para nada. Me va a ir bien la compañía.

—¿Dormiremos en la misma cama?

De nuevo Dolors la emprendió a carcajadas. Su risa era alegre y contagiosa. Pau no pudo evitar esbozar una sonrisa. Aquella mujer empezaba a caerle bien.

—No, querida mía, no. Hay una pequeña habitación junto a esta. La solía ocupar una compañera, pero se ha vuelto al pueblo. Eso sí, tendrás que compartir el resto conmigo. Como ves, son unas habitaciones sencillas. Basilio, el casero, no sabe nada de tu presencia, tendrás que ser discreta al entrar y salir.

—No se preocupe por eso, señora. Le agradezco mucho su amabilidad.

A Dolors le hizo gracia la formalidad de la muchacha.

—Mira, sé reconocer el carácter de la gente, en mi oficio es necesario, y aunque seas una extraña chica vestida de hombre, vaya Dios a saber por qué, eres un encanto. No será tan terrible tenerte aquí.

Pau se sintió reconfortada. Era agradable, a la vez que inusual, ser tratada de modo natural sin tener que esconderse. Hacía mucho tiempo que nadie se dirigía a ella como mujer.

—¿Qué llevas en ese baúl tan grande? —preguntó Dolors—. Juraría que te vas a vivir a otro país.

—Bueno, llevo alguna muda y libros.

—¿Libros?

—De medicina. Soy... estudiante.

—Vaya, no sabía que una mujer podía ser médico. Entonces —se arrimó a Pau con interés—, tú sabes de ungüentos y esas cosas, ¿no?

—Bueno, sí, algo de eso sé.

—Tal vez puedas ayudarme.

—Claro, si está en mi mano.

—Hace unos días me salieron unas costras en un sitio... delicado, no sé si me entiendes. Me molesta mucho. Está muy rojo y no deja de picarme.

—Bueno, si le parece...

—Háblame de tú, chiquilla, podría ser tu hermana mayor.

—Perdón. Si no tienes inconveniente, puedo examinarte y proponerte algún remedio.

—¡Sería estupendo!

Dolors sofocó el cigarro en su taza y se levantó de la cama seguida de un coro de chirridos.

—Ven, te enseñaré tu habitación. —Se detuvo en medio del pasillo y se volvió hacia Pau—. Oye, yo soy chismosa por afición y fisgona por devoción, si me entrometo en asuntos que no me incumben puedes enviarme a freír espárragos, ¿estamos? Bien, hablando del rey de Roma, si no eres uno de esos invertidos, ¿por

qué vas vestida como un hombre? La verdad es que me has tomado el pelo a base de bien. Cuéntamelo todo. Si vamos a acabar siendo amigas, mejor cuanto antes.

—Es una larga historia.

—No importa, querida, yo tengo más tiempo libre que un ministro.

39

Fleixa apartó el plato a un lado de la mesa. El olor que desprendía el puchero prometía una visita rápida al retrete. Prefirió coger la botella de aguardiente y servirse otro vaso. Estaba ya algo borracho, pero aunque fuera anís destilado en cualquier covacha del Raval era mejor que la intoxicación que aseguraba aquella comida. Además, había bebido cosas peores.

La taberna, escondida en el fondo del barrio, apestaba a picadura de tabaco, coles hervidas y sudor rancio. Un calor pegajoso cargaba el ambiente; los parroquianos se sentaban lo más lejos que podían los unos de los otros y tan solo un par de lámparas encendidas a medio gas iluminaban las conversaciones en voz baja.

Había evitado durante toda la mañana los cafés y clubes donde menudeaban los reporteros del resto de diarios de la ciudad. Estaba seguro de que se había corrido la voz y no quería aguantar sus gracias. Aún le costaba creer que hubiera perdido el trabajo en el periódico. Él, uno de los mejores periodistas de Barcelona, se había quedado en la calle. Tal vez si se disculpaba con Sanchís podría recuperar su puesto, pero adivinaba que ni con esa humillación sería suficiente. Llopis había ganado, esa era la verdad. Apoyó la cabeza entre las manos. Al menos, pensó, las cosas no podían empeorar.

—No pareces en buena forma, mi niño.

Al levantar la vista, Fleixa entrevió a dos figuras rodeando su mesa. La Negra sonreía, aunque sus ojos no parecían especialmente alegres. Olvidó la pregunta que venía a sus labios cuando con un gesto del prestamista su matón de músculos enormes le cogió del cuello del abrigo y lo levantó en volandas.

Atravesaron el comedor de la taberna y entraron en la cocina ante la indiferencia general. Al llegar al fondo abrieron una puerta

que no se distinguía de la alacena cochambrosa de su lado. La parte trasera del local daba a un callejón mal iluminado que servía de almacén y vertedero.

El contraste de temperatura le provocó a Fleixa un ataque de tos.

Hizo un amago de escapar, pero antes de que pudiera dar dos pasos un empujón lo lanzó contra varias cajas que contenían la mantelería sucia de un hostal cercano. La pierna herida le falló y cayó al suelo entre un confuso montón de sábanas.

Unos brazos le alzaron de nuevo y milagrosamente quedó de pie apoyado en la pared. El alcohol mantenía todavía bajo control el miedo, como si nada fuera a pasar.

—Negra, no hay necesidad de esto. He conseguido el dinero. Si pones la mano dentro de mi chaqueta...

Fleixa se interrumpió al escuchar su voz apagada.

—Lo siento, no tengo nada que ver.

Sin comprender a qué se refería, observó cómo La Negra se hacía a un lado y una sombra más grande cubría el espacio vacío. Al reconocer al nuevo ocupante del callejón, Fleixa se incorporó un poco. Supo que ahora estaba metido en un problema mayor, aunque todavía no supiera cuál.

—La Negra es un sentimental, pero sabe lo que le conviene, ¿no cree?

El inspector Sánchez acabó de surgir de entre las sombras y la luz iluminó su semblante satisfecho. Sus dedos hurgaron en el bolsillo y se llevó un altramuz a la boca. Tras un pequeño forcejeo de su mandíbula, escupió la piel hacia el reguero de agua sucia que corría junto a los pies de Fleixa.

—Verá, da la casualidad de que la señorita aquí presente me debe un favor, un favor grande. Me lo he cobrado y ahora su deuda pasa a mis manos, ¿comprende?

—No exactamente..., como ya debe de haber oído tengo el dinero. Ya no hay deuda.

—Tengo una mala noticia para usted: los intereses acaban de subir.

—Sigo a oscuras, como ve estoy algo borracho.

—Ya. Voy a tratar de iluminarle. Empezaré por explicarle lo que yo sé. Porque lo que es saber yo sé muchas cosas, periodista. Sé que junto con ese entrometido de Daniel Amat llevan tiempo investigando las muertes del *Gos Negre*; también sé que se les ha unido un joven estudiante y, casualmente, me he enterado de que acaba de perder el trabajo en su periódico. Mire si sé cosas.

El inspector escupió otra piel de altramuz.

—¿Qué es lo que quiere?—preguntó Fleixa.

—Una mera transacción.

—¿Solo eso?

—Necesito que haga algo por mí, periodista.

—¿También desea detener la investigación de Amat?

—Oh, no, no. Ni mucho menos. Al contrario, quiero que usted lo anime. Ayúdele en su búsqueda con todas sus fuerzas.

—No entiendo.

—No tiene nada que entender. Haga lo que le digo y de tanto en tanto usted y yo nos tomaremos unos vinos como viejos amigos. Conversaremos y me lo contará todo, sin omitir detalle. A cambio revisaremos los intereses de su deuda. Nuestro pequeño acuerdo, claro está, quedará entre nosotros.

—¿Quiere que me convierta en su soplón?

—¿A estas alturas me viene con remilgos? Ambos sabemos que en el pasado eso no le ha supuesto un problema.

—¿Y si me niego?

A un gesto del policía, el matón de La Negra lo inmovilizó y le sostuvo el brazo derecho en alto. El periodista apenas se resistió.

Sánchez se adelantó con gesto contrito, como si hiciera aquello contra su voluntad. Extrajo del bolsillo de su abrigo un objeto metálico. Fleixa lo reconoció, era un cortapuros de doble guillotina. El inspector sujetó su mano y le atrapó el dedo corazón con él. Los ojos de Sánchez se iluminaron con deleite al presionar ligeramente la tenaza. La hoja, similar a una cizalla, dibujó una línea roja alrededor de la falange del dedo. Un dolor intenso se extendió por su mano. La borrachera se disipó de golpe y un sudor frío empezó a empapar su camisa.

—Si colabora, su deuda quedará saldada, pero si se niega... —el policía se interrumpió para ponerse otro altramuz en la boca— no volverá a escribir ningún maldito artículo en su vida. Me cobraré su deuda con un dedo tras otro y después utilizaré a mi antojo a esa puta que tiene por novia.

Mientras hablaba jugaba con el cortapuros recorriendo los dedos de Fleixa, que miraba incrédulo a Sánchez. Detrás del policía, La Negra entornó los ojos con desaprobación, pero no se movió.

—Está bien, está bien. Lo he entendido.

—¿Sabe? No estoy seguro de que sea así. Creo que necesita un estímulo para convencerlo de modo definitivo.

Como si le estuviera ocurriendo a otra persona y él fuera un simple espectador, Fleixa observó cómo el cortapuros se cerraba alrededor de su meñique. Un dolor inmenso culebreó por su brazo como un latigazo hasta que con un chasquido la guillotina superó la resistencia del hueso. El dedo cercenado cayó rodando a la canaleta y el agua lo arrastró callejón abajo. La sangre empezó a brotar de la herida empapándole la mano y la manga de la chaqueta. Una repentina flojera dobló sus piernas y cayó desmadejado como un muñeco. Al golpear el suelo, su reloj de cadena se salió del bolsillo del chaleco y resbaló entre las inmundicias del callejón.

—Ahora estoy seguro de que no olvidará nuestro acuerdo —afirmó el inspector limpiándose las manos con un pañuelo—. Mírelo de modo positivo. Le he hecho un favor. Ahora puede hacerse pasar por uno de esos tullidos que nos llegan de Cuba y pedir limosna..., es posible que se le dé mejor que escribir sandeces en el periódico.

Al girar, su zapato golpeó el reloj.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí?

Lo recogió del suelo sin que Fleixa pudiera impedirlo. Tras limpiarlo con la manga, abrió la tapa y soltó una exclamación.

—¿Guarda la foto de su puta? —exclamó Sánchez enseñando la foto interior a sus acompañantes mientras reía. La Negra se mantuvo impertérrita.

El inspector se inclinó hacia Fleixa jugueteando con la cadenilla.

—Quizá debería quedármelo, como muestra de nuestra recién iniciada sociedad.

Fleixa intentó protestar, pero una arcada le dobló el estómago.

—Qué desagradable, ¿no le han enseñado a comportarse? —exclamó el policía, apartándose para evitar que le manchara los zapatos. Le dio la espalda y se dirigió hacia La Negra, que esperaba taciturna con los brazos cruzados.

—Bueno, esto ya está listo. Ocupaos de él, no vaya a desangrarse.

Fleixa seguía en el suelo enrollado sobre sí mismo, mirando con ojos vidriosos cómo el hombre de La Negra le envolvía la mano con un trapo. El inspector chasqueó la lengua.

—Para que vea que soy comprensivo.

El reloj voló por el aire y cayó sobre el regazo de Fleixa.

Sánchez encaminó sus pasos hacia la salida del callejón y, tras morder un altramuz, desapareció calle abajo.

Fleixa apretó con firmeza el reloj contra su pecho y cerró los ojos. Solo quería perder la consciencia de una vez.

40

Daniel dejó que la brisa del mar acariciara su rostro. El cielo poco a poco se estaba cubriendo de nubes grises. Las gaviotas trazaban piruetas en el aire y soltaban graznidos presagiando la llegada de una nueva tormenta.

Sus pasos le habían llevado hasta el muelle de Poniente, uno de los lugares favoritos de su niñez. Allí buscaba refugio del sudario en el que se había convertido su hogar tras morir su madre. Desde aquel banco del paseo observaba al atardecer los grandes vapores, los veía partir hacia desconocidos puertos de América y Europa e imaginaba fantásticas aventuras lejos de aquella vida de luto perpetuo. Cuando el sol desaparecía en el horizonte, su hermano Alec venía a recogerlo y le llevaba de vuelta a casa.

Se recostó sobre el asiento. Tres chiquillos intentaban pescar con un sedal sin caña y reían ante la torpeza de uno de ellos. Algunas parejas, aprovechando la pausa de las lluvias, paseaban cogidas del brazo y un grupo de marineros procedentes de algún vapor recién llegado comentaban los encantos de dos jóvenes que entre risas y mejillas ruborizadas se alejaban a toda prisa.

Dejó a un lado el sombrero y sacó del bolsillo de su gabán un sobre arrugado que había recibido aquella misma tarde por correo urgente. De su interior extrajo una hoja de papel color pastel. Ya la había leído. Dos veces.

Alexandra, su prometida, le comunicaba que su padre no podía justificar por más tiempo su ausencia frente al departamento académico sin poner en entredicho su cargo como rector y su buen nombre. Existían presiones para que un tal Hallager, hijo de un lord, obtuviera su plaza. Le expresaba el abatimiento de sir Edward pues

le consideraba como un hijo y no entendía por qué lo echaba todo a perder.

Las palabras de Alexandra traslucían la incomprensión por su prolongada estancia en Barcelona. Aunque se despedía con palabras de cariño, Daniel comprendió que estaban llenas de dudas e incertidumbre. Fiel a su carácter, al final de la misiva Alexandra le exigía tomar una decisión. Si volvía de inmediato todo se arreglaría, en caso contrario consideraría roto el compromiso.

Dobló la carta entre sus manos. Miró a lo lejos como el cielo se juntaba con el mar.

Esa misma noche podía coger el tren que salía hacia París y tomar luego la conexión a Calais, donde embarcaría hacia Inglaterra. Nada le impedía recoger sus pertenencias y marcharse. Nadie se lo reprocharía. Con su resistencia a abandonar Barcelona estaba poniendo en peligro todo lo que le importaba: su puesto de profesor en el *college*, la confianza y amistad de su tutor, y el amor de su prometida.

En su interior, estaba convencido de que a pesar de todos sus esfuerzos no conseguiría redimirse de sus culpas. Alexandra tenía razón. Su padre estaba muerto y nada podría cambiarlo. Él era un simple profesor, ya había hecho demasiado. Incluso había puesto en peligro su vida y la de otros. No era su responsabilidad. Todo el mundo le pedía que se marchara. ¿Por qué no hacerles caso?

A su mente acudió un nombre.

Había sido un error volver a verla. Él estaba prometido a una excelente mujer e Irene estaba casada. Sus vidas habían tomado caminos distintos, los sentimientos que compartieron siete años antes habían quedado sepultados por un montón de cenizas y fantasmas. Debía volver a Inglaterra y retomar su vida. Enterrar su pasado en el mayor de los olvidos, donde no consiguiera hacerle daño.

Sin embargo...

Se levantó del banco y se acercó al borde del paseo. Abajo, las olas golpeaban las piedras con violencia, como si fueran conscientes de sus pensamientos. Miró la carta, todavía en su mano. Los ojos se

le humedecieron. Expulsó el aire que retenía y la volvió a guardar en el bolsillo de su abrigo.

... no podía.

41

Al encapuchado le faltaba el aire. Se ahogaba en la cólera que, como una savia densa, fluía por sus venas y arterias hasta agolparse en su cerebro. Dentro de su cabeza resonaba el eco de sus latidos una y otra vez, igual que el segundero de un gigantesco reloj. ¿Cómo se atrevían?

Embriagado por la furia, se tambaleó de un lado a otro aferrándose a los muebles para no caer. Cruzó la sala sin mirar la columna que vibraba en silencio. Perseguido por el zumbido que llenaba el aire, atravesó la zona de estantes atestados con frascos de cristal. Sus pasos le llevaron junto al horno, del que surgían llamaradas y tras el que se extendía una larga mesa de roble cubierta por el instrumental de laboratorio.

De un manotazo, arrojó al suelo alambiques, ampollas de decantación, buretas y cajas de muestras en una cascada de estallidos de cristal. Las soluciones químicas, libres de sus recipientes, reptaron hacia la rejilla del alcantarillado.

Dejó caer el ejemplar del *De Humani Corporis Fabrica* sobre la superficie libre. La cubierta de cuero viejo resplandeció con el reflejo del fuego. Las llamas acentuaron las formas del grabado, que pareció estremecerse.

Abrió el manuscrito. La certeza de su error le devoraba las entrañas. Empezó a pasar las páginas con avidez. Intercalados entre amplios textos en latín se sucedían los grabados originales que representaban diversas partes del cuerpo humano. Las ilustraciones, que en ocasiones ocupaban una página entera, reflejaban con inquietante detalle cuerpos desmembrados, miembros diseccionados, esqueletos humanos en poses inverosímiles. Cualquier coleccionista de Europa hubiera pagado una fortuna por

poseer aquel manuscrito, pero a él eso no le importaba, tan solo buscaba, página tras página, cada vez más exasperado. Revisó los márgenes, los espacios entre pasajes, los detalles de los dibujos hasta que llegó al final. Entonces cerró el libro con un golpe que retumbó en el techo abovedado.

Enterró la cabeza entre los brazos y dejó salir un sollozo que se convirtió en un grito. Aferró el valioso tratado y lo lanzó con todas sus fuerzas. Se estrelló contra la puerta del horno con un crujido de huesos rotos. Los preciosos grabados se retorcieron al contacto de las llamas.

Apartó la capucha e intentó recuperar el resuello apoyado sobre la mesa. El pelo le tapaba el rostro bañado en sudor y una baba reseca colgaba de sus labios. Al alzar el brazo para limpiarse notó un pinchazo de dolor, una mancha carmesí ocupaba toda la manga de la camisa.

Recordó que en la huida de la biblioteca se había herido con los cristales del ventanal por el que había escapado. Durante la persecución se anudó un pañuelo a modo de torniquete para contener la hemorragia, pero era ya inservible.

De un armario de dos puertas extrajo un maletín. Se acomodó en una banqueta y rasgó la manga de la camisa hasta el codo. Apartó con cuidado la tela empapada desvelando un profundo corte del que fluía un hilo de sangre. Observó fascinado que no se había seccionado la vena cefálica por muy poco. Incluso podía ver parte del músculo extensor cubital. Le sobrevino una sensación de vértigo. La pérdida de sangre era importante y no debía entretenerse. De forma increíble no había perdido el conocimiento.

Extrajo del maletín un frasco de vidrio, unas gasas, agujas de acero e hilo de seda impregnado de ácido fénico. Lo dispuso con cuidado a su lado en una bandeja de plata. Abrió el frasco y vació su contenido sobre la herida. La tintura de yodo burbujeó y un intenso escozor quemó su piel. Evitó el impulso de retirar el brazo mientras la botella terminaba de vaciarse. Desinfectante y grumos de sangre empaparon el suelo a sus pies. Dejó pasar unos segundos y limpió el corte, hasta que de nuevo volvió a sangrar. Satisfecho, preparó la sutura.

El dolor era su penitencia. Merecía sufrir. Ella confiaba en él y le había fallado. Cuando más cerca estaba del triunfo había fracasado por su propia estupidez. Se colocó el trozo de madera entre los dientes.

La aguja de medio círculo encontró algo de resistencia. Cerró los ojos y presionó hasta que por fin atravesó la carne. El dolor le traspasó el brazo. Pensó en cómo había sido engañado, cómo aquel joven le había robado lo que era suyo por derecho. Tiró con fuerza del hilo ayudándose de la boca y los bordes abiertos de la herida se unieron. Exhaló el aire retenido. La culpa era suya. Había dejado que las dudas le provocaran un instante de flaqueza. Un error que no volvería a cometer.

Volvió a clavar la aguja. Gotas de sudor empaparon su frente mientras la mandíbula temblaba por el esfuerzo. Hallaría a aquel joven y entonces no dudaría. No volvería a fallarle a ella.

Tiró de la sutura y mordió con fuerza la madera para no gritar.

Liber Octavus

Diez días antes de la inauguración de la Exposición Universal

42

Fleixa no podía dormir. Después de que el matón de La Negra le hubiera transportado semiinconsciente hasta la puerta de la casa de Dolors, solo recordaba las voces alarmadas de la prostituta, convertidas en insultos a pesar de sus torpes intentos de detenerla. La Negra recibió la bronca sin pestañear e incluso, antes de marcharse, aconsejó a Dolors la desinfección de la herida.

La mujer pidió ayuda a Pau. La joven no hizo preguntas. Le cosió la herida tras limpiarla con agua y yodo, y le envolvió la mano con vendas limpias, antes de recomendarle láudano para pasar la noche. Luego, una vez solos, Dolors lo metió en la cama y le trajo un caldo caliente que no pudo acabar. Cayó en un sueño intranquilo.

Pasada la medianoche, despertó y encontró a Dolors acurrucada a un lado de la cama, sobre la colcha, pues le había dejado todas las mantas a él. Se irguió y le invadió un ligero mareo. La cubrió y volvió a recostarse sobre la almohada.

Alzó el brazo y observó el vendaje de la mano. Se estremeció al darse cuenta del parecido que tenía con el muñón que le prometía Sánchez. Las deudas no eran ya el mayor de sus problemas; no le apetecía nada perder el resto de los dedos de la mano. Un regusto a bilis le subió desde el estómago; tampoco deseaba traicionar a Amat, pero ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía otra salida. Por unos días se encontraba a salvo, después el inspector empezaría a exigirle resultados. Aunque no fuese de su agrado, haría lo que le pedía el policía. Cuando acabara todo se marcharía de la ciudad. Disponía del dinero adelantado por Irene Adell, una pequeña fortuna. Le permitiría vivir holgadamente durante un tiempo en cualquier lugar.

A su lado, Dolors se removió y parte de las mantas resbalaron hacia el suelo descubriendo el hombro y el inicio de sus pechos. Fleixa evitó apoyarse en su mano herida y estiró las ropas de la cama para cubrirla de nuevo. Ella murmuró entre sueños y se apretó contra él buscando calor. Sentir la tibieza de su cuerpo le provocó al periodista una agradable sensación. ¿Cómo conseguía oler tan bien? Le apartó con cuidado los rizos de la cara para observarla mejor. Así, relajada, sin maquillar, volvía a ser aquella muchacha nacida en una aldea del Valle de Arán recién llegada a Barcelona en busca de una vida mejor. Recorrió su rostro marcado por las arrugas y las pecas que él encontraba tan atractivas. La expresión medio picarona que mantenía incluso dormida le hizo esbozar una sonrisa. Su carácter siempre le sorprendía, como si solo pudiera esperar lo mejor de la vida. Ella se las arreglaba para ver siempre el lado bueno de las cosas.

Sin compromisos ni ataduras. Cualquiera estaría encantado en su situación. Sin embargo, últimamente, cuando se encontraba lejos de ella, saber que podía estar con otro hombre le enojaba cada vez más. En las últimas semanas sus encuentros se habían hecho más frecuentes, y no solo porque necesitara huir de sus acreedores. Incluso en un par de ocasiones se había sorprendido extrañándola en la soledad del cuartucho de la pensión.

Dolors se agitó bajo su brazo y abrió los ojos empañados de sueño.

—¿Estás despierto?

—Shhh —susurró.

—¿Qué sucede? ¿Te duele la mano? ¿Has vuelto a sangrar?

—No. —Sonrió ante su preocupación—. Tan solo pensaba.

—¿A estas horas de la madrugada? Estás más loco que una cabra.

—Seguramente sí. De hecho se me está ocurriendo algo...

—A mí también.

—Ten cuidado, estoy débil.

—Yo te veo muy bien.

Más tarde, Dolors se tendió suspirando al lado del periodista. Sin hablar, disfrutaron del calor de sus cuerpos desnudos. Fleixa aprovechó para recuperar el resuello. Se encontraba en peores condiciones de lo que quería hacer ver, pero no deseaba preocupar más a Dolors. Cuando volvió a sentirse con fuerzas, se atrevió a decir aquello que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

—¿Qué te parecería pasar un tiempo fuera?

—¿Fuera? ¿Fuera de dónde?

—No sé, fuera. Fuera de Barcelona. Durante una temporada. Juntos.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, estoy bien.

El periodista se quedó mirando al techo con fijeza y Dolors volvió a abrazarse a él mientras le acariciaba el pecho.

—De verdad, Bernat, estás muy raro.

Se inclinó hacia ella y aspiró su cabello, luego le levantó la barbilla y le miró a los ojos buscando respuestas. Dolors le sonrió perpleja. Fleixa se sorprendió al descubrir lo que sentía y darse cuenta de que en realidad era muy sencillo. ¿Lo sería para ella? Solo había una forma de saberlo.

—¿Quieres ser mi esposa?

Dolors se irguió de golpe sobre la cama, sin molestarse en tapar su desnudez. Abrió y cerró la boca varias veces, observando al periodista de hito en hito, mientras Fleixa evitaba su mirada y continuaba hablando.

—He tenido un golpe de fortuna. Conseguí un buen montón de dinero. Puedo ocuparme de ti, de nosotros. Podríamos irnos de viaje, siempre me dijiste que te gustaría ver Madrid. Pues hagámoslo, o vayamos a Roma o a París, no importa. Mañana mismo. Tú y yo. Si quieres, claro.

Se había quedado sin aire mientras hablaba. Volvió la vista hacia Dolors, que seguía callada. Fleixa no sabía decir si su gesto expresaba alegría o terror. Lo miraba paralizada, con los ojos brillantes. Sus labios se separaron poco a poco en una sonrisa al tiempo que se llevaba las manos a la boca. Está a punto de echarse a reír, advirtió repentinamente avergonzado. Las dudas le asaltaron y

una sensación de pánico empezó a dominarle. ¿En qué estaría pensando para hacerle aquella absurda proposición de matrimonio? Debía de creer que se había vuelto loco. Por Dios, si le pagaba para que accediera a acostarse con él. Un idiota, eso es lo que era. Un tremendo idiota.

Unos golpes en la puerta de la habitación les interrumpieron. Pau asomó la cabeza, tapándose los ojos con la palma de la mano.

—Perdón. Quería ir al baño.

43

Ya era bastante malo tener que esconderse en las habitaciones de una prostituta como para encontrarse a Fleixa desnudo en la habitación contigua. Todavía le ardían las mejillas a pesar del frío de la calle. Caminaba deprisa para entrar en calor y que se le pasara la vergüenza. El periodista tampoco parecía muy contento, sobre todo tras las risas de Dolors. Había saltado de la cama sin atender a ningún ruego y, tras vestirse, se había marchado dando un portazo.

Ella aprovechó para adecentarse e irse también. Le sabía mal hacerlo de ese modo, principalmente porque le habían pedido que no saliera de casa de Dolors bajo ninguna circunstancia. Pero no podía evitar acudir a aquella cita.

Le había costado mucho esfuerzo reunir el dinero. En la casa de empeños aceptaron un antiguo microscopio perteneciente a su padre; su recuerdo le hizo soltar alguna lágrima, pero no tenía más remedio. Los fondos que necesitaba para acabar los estudios habían ido menguando y casi no disponía de dinero para llegar a final del mes. Su situación, de por sí difícil, se había complicado todavía más con aquel asunto.

Al llegar a las inmediaciones de la calle Hércules, tras dejar atrás el ayuntamiento, se dirigió hacia la iglesia de San Justo, donde le había citado Albert. Al menos aquella parroquia estaba lejos del hospital y corría menos peligro de que alguien la sorprendiese.

Se detuvo bajo el arco de la entrada. Sus ojos necesitaron un instante para acostumbrarse a la oscuridad del interior. Avanzó entre bancadas vacías con cuidado de no pisar los charcos que se habían formado por culpa de las goteras. Sus pasos sonaron huecos sobre el suelo de piedra. Las pocas velas encendidas no eran suficientes para iluminar la nave y el techo y los laterales quedaban ocultos en

las tinieblas. Una corriente de aire parecía brotar de los muros y hacía que la iglesia fuese muy poco acogedora. No era extraño que estuviera desierta.

Pau llegó hasta el transepto sin ver a nadie. Incluso miró en las capillas. Ni rastro de Malavell. Se dio la vuelta dispuesta a marcharse cuando el antiguo sirviente se materializó tras una columna donde estaba oculto.

—Buenas tardes, señor Gilbert. Espero no haberla asustado. Es un placer volver a verla —saludó con ojos radiantes—. ¿Nos sentamos? No vaya a ser que entre algún feligrés y encuentre extraño nuestro comportamiento.

Pau asintió, cuanto más desapercibidos pasaran mejor, no fueran a atraer la atención de algún curioso que más tarde pudiera reconocerla en el hospital.

Tomaron asiento en una de las bancadas de la capilla dedicada a San Félix. Pau se mantuvo a cierta distancia mostrando la mayor frialdad posible. Sin más preámbulos, rebuscó entre su abrigo, extrajo una cartera de cuero y la deslizó por el banco hasta Malavell. Este la acogió entre sus huesudas manos con indisimulada avidez.

—No desconfío de usted, pero con los tiempos que corren...

El hombre abrió la cartera y comprobó su contenido. Sus dientes manchados dibujaron una mueca que pretendía ser una sonrisa. Pau no veía el momento de marcharse, pero antes debía quedar algo claro.

—Te he pagado. No quiero volver a verte, y mucho menos cerca del hospital ni del colegio.

—Por supuesto, señorita. Soy un hombre de palabra.

Sin esperar más, Pau se levantó para marcharse, pero entonces la mano andrajosa del hombre la atrapó del brazo y la empujó violentamente contra una de las columnas de piedra. Antes de que pudiera reaccionar se abalanzó sobre ella. En su mano asomó una navaja.

—No tiene por qué irse tan rápido.

—¡Suéltame!

—Es una ilusa si cree que me voy a conformar con ese dinero tras lo que me hizo pasar su padre. Dejamos algo pendiente el otro

día.

—¿Estás loco? Estamos en una iglesia.

—¿Sabe? Conozco al párroco de aquí desde hace algún tiempo. Tiene una especial debilidad por el clarete. He realizado una pequeña donación para que se fuera a tomar unos vinos. Nadie nos molestará. Estamos solos, querida.

—¡No!

Forcejearon, pero estaba claro que Pau no era rival para el antiguo sirviente. El hombre la inmovilizó y oprimió el filo de la navaja contra el cuello de la joven. Pau sintió la hoja raspándole el cuello y dejó de moverse. El hombre se apretó contra ella envolviéndola en un miasma de sudor agrio.

—Me lo voy a cobrar todo —le susurró con lujuria mientras sus manos empezaban a toquetearla.

Llevada por la desesperación, Pau se revolvió. Notó un escozor cuando la navaja le cortó, pero no se detuvo. Movida por la rabia y el miedo, golpeó a Malavell con brazos y piernas haciéndolo retroceder, hasta que levantó la rodilla y, con fortuna, impactó de lleno en la entrepierna. El hombre la miró con expresión de sorpresa. La navaja resbaló de su mano. Dio un paso atrás y cayó doblado en dos. Pau aprovechó el momento para cruzar la nave de la iglesia a la carrera perseguida por los gritos ahogados del antiguo sirviente hasta que salió a la calle y huyó sin mirar atrás.

A pesar del dolor sordo en la entrepierna, Albert Malavell andaba por la calle encantado. El peso de la cartera en el bolsillo le recordaba el éxito de su plan. Ahora podría comprarse un nuevo abrigo y tomar una comida decente, aunque lo primero sería conseguir una botella de licor para celebrarlo y luego, tal vez, se daría un homenaje con alguna puta. Aquel dinero le duraría un tiempo.

Se preguntó si no tendría que haber pedido algo más, aquella muchacha disfrutaba de una vida regalada; su padre, al fin y al cabo, era un maldito matasanos, con seguridad le había dejado una buena renta.

A vueltas con esa idea, se detuvo sorprendido por su propia perspicacia. Esto no tenía por qué ser el final, sino tan solo el principio. Dejaría pasar unos días para que se confiase, disfrutara de su seguridad y luego, cuando ya no se lo esperara, volvería a abordarla con nuevas peticiones y amenazas. Iba a ganar un buen montón de dinero. Además, le debía una por la escenita de la iglesia y pensaba cobrársela también.

Reanudó la marcha con renovado optimismo relamiéndose con el futuro que iba a disfrutar cuando escuchó unos pasos a su espalda. Raudo, echó mano a la navaja que escondía bajo el chaquetón.

—Tranquilo, buen hombre, no pienso despojarle de uno solo de esos reales tan bien ganados.

La voz de tono educado procedía de un joven moreno, muy atildado, que lo miraba con gesto satisfecho mientras se llevaba un pañuelo a la nariz.

—Menuda peste. Huele usted fatal, señor mío.

—¿A quién le interesa su opinión?

—Mis disculpas, no suelo confraternizar con gente de su clase.

—¿Quién demonios es usted?

—Oh, un amigo.

Malavell le miró de arriba abajo.

—Evidentemente, señor, no somos amigos.

El joven asintió sin perder la sonrisa.

—Cierto, tiene razón. No obstante, tenemos algo en común.

—Ah, ¿sí? —preguntó Albert mientras tanteaba la navaja impaciente. Se estaba hartando de la charla—. ¿El qué? Si puede saberse.

—Compartimos un interés por ese joven con el que acaba usted de mantener negocios —contestó señalando con el bastón la calle por la que se había marchado Pau—. Yo también soy amigo suyo y me importa mucho su bienestar. ¿Me permite invitarle a una o dos copas? Hay algo que desearía proponerle.

El joven sostuvo en el aire una pequeña bolsa, la agitó y su contenido tintineó. Albert sacó la mano del bolsillo y asintió con su sonrisa lobuna mientras seguía a Fenollosa. Era su día de suerte.

44

—El uso de la e-el-electricidad para la medicina te-terapéutica tiene unas posibilidades de futuro muy prometedoras, ca-caballeros.

El profesor Gavet cojeaba de un lado a otro del estrado golpeando el suelo oscuro de madera con su bastón. Cada tanto, se detenía para mirar por encima de sus lentes a la grada repleta de estudiantes y confirmar que aún seguían allí. A pesar de su tartamudez, motivo de chanza entre los jóvenes, se le permitía dictar clase por sus conocimientos en la materia impartida y porque su defecto de habla, curiosamente, disminuía al entrar en el aula.

Pau había llegado pronto. Sentada en el último banco, intentaba pasar desapercibida. El grupo de amigos de Fenollosa se apretaba en primera fila, como era habitual, aunque a él no se le veía por ningún lado. Su ausencia suponía un pequeño alivio. Después de su último enfrentamiento no había vuelto a coincidir con él. Mejor así.

Seguía turbada por su encuentro con Malavell y no quería que nadie se diera cuenta. Después de unos días sin presentarse por la universidad, había decidido volver a asistir a las clases en contra de la opinión de sus compañeros de aventura. Aunque ese día tampoco estaba siendo de provecho, pues no prestaba verdadera atención a la lección.

Amat y Fleixa, fieles a su promesa, no la habían delatado. La conmoción por la muerte del señor Ferrán ya formaba parte del pasado en las conversaciones de la universidad. El cadáver había aparecido carbonizado y, en consecuencia, nadie advirtió las heridas en el cuello del anciano, pues tampoco esperaban encontrarlas. Oficialmente todo se debía a un desgraciado accidente. Nadie parecía preguntarse qué hacía ella encerrada en la biblioteca. Parecía a salvo de sospechas. Aun así, se sentía responsable por lo

ocurrido y cargaba en su conciencia con la muerte del amable anciano.

Se descubrió deseando que llegara la tarde para encontrarse con Amat y Fleixa. Tras acomodarse en la habitación de Dolors, había examinado el manuscrito de Galeno que se llevó junto al de Vesalio de la biblioteca secreta de Homs y su sorpresa había sido enorme.

Un estudiante de rostro enjuto perteneciente al grupo de Fenollosa levantó la mano interrumpiendo al profesor y rescatando la atención de Pau.

—¿Sí, señor Martí? ¿A-alguna pregunta?

—Según tengo entendido, a principios de siglo se realizaron experimentos con el fin de reanimar cadáveres. ¿Es esa una de las futuras posibilidades que usted sugiere?

Los murmullos recorrieron el aula. Gavet rió por lo bajo sin detener su paseo.

—Co-como es habitual en usted, estimado Martí, p-po-pone la nota de humor con sus intervenciones. —Los ojos del profesor chispearon divertidos—. Pero, a diferencia de o-otras ocasiones, donde sus chanzas han tenido una s-si-simple utilidad humorística, e-esta vez subyace algo interesante.

Dejó el bastón a un lado y se apoyó en la mesa.

—Luigi Galvani, un no-nombre que deberían conocer, caballeros, aunque dudo que s-sus mentes lo registren jamás. A-a finales del siglo dieciocho, descubrió por a-accidente lo que él m-m-mismo llamó la bi-bioelectrogénesis, que dio pie a toda una teoría científica… ¿Quizás usted, señor Martí, p-podría decirnos el nombre de e-e-esa teoría?

Ante la negativa avergonzada del estudiante, el profesor Gavet sonrió indulgente desde el púlpito.

—Le ayudaré. Se llama gal-galvanismo, como su descubridor —explicó—; esta teoría enuncia que el cerebro de los animales pro-produce electricidad, y esa e-e-electricidad es transferida por los nervios, se acumula en los músculos y, en un mo-momento dado, es enviada para producir el movimiento de los miembros. Galvani estableció los fun-fundamentos de la estimulación cardiaca eléctrica

del corazón en su tr-tra-trabajo *De viribus electricitatis in motu musculari commentarius*. La teoría fue tomada en consideración hasta bien entrado nuestro s-siglo. Su propio sobrino, Giovani Aldini, realizó numerosos estudios con la es-es-peranza de corregir la parálisis de ppersonas enfermas o incluso de r-revivir cadáveres.

—Entonces, señor Gavet, ¿cree usted que, en ciertas condiciones, se podría utilizar la electricidad como un medio para devolver la vida? —preguntó otro joven del grupo de Fenollosa al tiempo que les hacía un guiño a sus compañeros.

Se escucharon varias risas en el aula.

—Lo que dicen, se-señores, no tiene sentido alguno. M-Me sorprenden, les creía lo suficientemente adultos ccomo para creer en esos cuentos.

El estudiante se sonrojó.

—Los experimentos de A-Aldini fueron un absoluto fracaso. El único resultado reseñable de s-sus actuaciones en público, durante las cuales inducía calambres a los cadáveres de reos a-ajusticiados, fueron varios desmayos. Nada que ver con el u-u-uso terapéutico de la electricidad, la materia que nos ocupa, y n-no estas tonterías. —Se irguió—. E-existen pruebas de su aplicación en Egipto, Grecia y hasta en China. Scribonius Largus, médico romano, d-describe en su *Composiciones Medicae* la cura de artritis gotosa usando para ello peces torpedo. El d-dodoctor griego Dioscórides propone su uso para el tratamiento del prolapso anal e incluso Avicena señala su eficacia para la migraña y la epilepsia. Puedo darles decenas de otros ejemplos.

—Pero ¿cuál es su opinión? —insistió el estudiante—. ¿Cree que algún día seremos capaces de resucitar a los muertos?

—Q-Querido joven, n-no me permito adivinar los límites de la c-ciencia médica. Supongo que todo es p-poposible, pero tenga por seguro, s-señor mío, que usted difícilmente r-re-resucitará el cadáver de una rana de laboratorio.

La explosión de risas distendió el ambiente y el profesor continuó con una sonrisa en la boca.

—Ha-Hace unos dieciocho años, el doctor Steiner reanimó a una paciente aquejada de un s-síncope después de anestesiarla con

cloroformo. Eso es lo más c-ce-cercano a resucitar a un muerto que la medicina ha podido efectuar con éxito. —Se interrumpió y miró el reloj—. C-caballeros, a pesar de lo interesante de la discusión, c-co-considero que es suficiente por hoy. Revisen para el p-próximo día los fundamentos de *La Electroanestesia* de Ramón Araya. Les espero pasado mañana, que te-tengan buenas tardes.

Los estudiantes vaciaron el aula entre animados comentarios. Ya en la puerta, Pau escuchó que el profesor Gavet la llamaba.

—S-señor Gilbert, ¿puede esperar, por favor?

Cuando se quedaron solos, levantó la vista de unos documentos que revisaba y le indicó que se acercara.

—He notado su a-ausencia en varias clases esta semana. Tampoco ha ocupado su habitación en el colegio mayor, según me han in-informado. —Le miró por encima de sus lentes—. C-como profesor su-suyo este trimestre mi obligación es preocuparme por usted. Es-espero que sus faltas no se deban a ninguna ci-circunstancia grave.

—No, profesor.

—Falta po-poco para los exámenes finales. No resulta una conducta muy a-apropiada. No sé si me entiende. —El rostro de Gavet mostró sincera preocupación—. Debe p-proporcionarme una explicación para transmitir a la Junta, ya ha sido a-a-apercibido, algunos profesores no ven con bu-bue-buenos ojos su inclinación a saltarse las normas. Si debo i-intervenir en su defensa necesito estar seguro de hacer lo co-correcto.

Pau agradeció en su interior el amable interés del hombre. De los profesores de la universidad, Gavet había sido el más atento, siempre dispuesto a ayudar a los alumnos. No le agradaba engañarle y buscó una excusa próxima a la verdad.

—Usted conocía las tareas que, como ayudante, estaba realizando con el doctor Amat, ¿no es cierto?

Ante la afirmación del profesor, Pau continuó.

—Sé que un estudiante tiene prohibido ejercer pero, tras la muerte del doctor, he continuado con su labor en la Barceloneta.

—Ya veo. A-A pesar de que vuelve a con-contravenir una norma, admito que la causa es m-muy loable, y sin duda un eximente, pero

eso n-no explica su ausencia del co-colegio mayor.

—Bueno, en algunas ocasiones el trabajo ha sido mayor del esperado y he tenido que pasar la noche allí.

—¿Q-q-qué me dice? ¿No resulta p-pe-peligroso? Estará usted entre m-maleantes y g-gentes de naturaleza violenta.

—Oh, no, señor. Una prostituta me permite alojarme en sus habitaciones. —Pau comprendió que había cometido un error al observar el rostro estupefacto del profesor—. No. No es lo que parece, Dolors es una mujer encantadora.

—¡V-v-válgame Dios!

—Nuestra relación es estrictamente profesional.

El profesor le miraba sofocado y su tartamudeo aumentó.

—S-s-señor Gilbert, ¡no quiero s-saber más! Cubriré su fa-falta frente al r-resto de los profesores, pero a partir de ahora de-debe presentarse a todas sus clases. ¿Me ha entendido? Y por lo q-que más quiera, t-termine con esa r-re-relación lo antes posible.

Pau asintió repetidamente. Podía imaginar las conclusiones a las que había llegado el escandalizado profesor. ¿Cómo explicarle, sin revelarle su verdadera identidad, que se había refugiado en las habitaciones de una prostituta porque un asesino la acechaba? Por no hablar de todo el asunto relacionado con el manuscrito de Vesalio. No creería ni una palabra.

Le dio las gracias y se marchó del aula antes de meter más la pata.

45

La lluvia empapaba la calle. El viento procedente de Monjuich transitaba por las esquinas y la luz palidecía con la puesta del sol. Las calles del barrio aparecían menos frecuentadas que de costumbre, tan solo unos pocos atrevidos buscaban refugio en los colmados y bodegas.

Dolors, por el contrario, sentía el calor arrebolar sus mejillas. Avanzaba por la acera con pasos rápidos, luciendo su mejor vestido de lunares y envuelta en un chal. No conseguía despegar de los labios una sonrisa ni dominar sus pensamientos, que se escurrían como anguilas. A su memoria acudían una y otra vez las palabras de Fleixa.

¿Hablaba en serio? Sí, por supuesto que sí. Nunca lo había visto avergonzarse de aquel modo. Antes de que ella pudiera responder, el periodista balbuceaba atolondrado palabras de disculpa. Justo entonces, la chica irrumpió en la habitación y los encontró desnudos, lo que empeoró aún más la situación. Ella no pudo evitar reírse por lo gracioso de la escena y él, al creer que se burlaba de su propuesta de matrimonio, con un arrebato se había marchado furioso, lo que le hizo estallar en carcajadas. Cuando se dio cuenta de su error ya era tarde.

Ser la esposa de alguien. No acababa de creerlo. Otros hombres le habían jurado amor y prometido llevarla al altar, pero ella siempre había rechazado sus peticiones sabiendo que tras el entusiasmo inicial vendría el arrepentimiento y los problemas. Con el periodista las cosas no eran diferentes. ¿O sí? Un pinchazo de nervios sacudió su cuerpo.

Desde que se conocieron había sentido un afecto especial por aquel hombre bajito y enclenque, tan pagado de sí mismo. En

ocasiones, insoportable. Pero él siempre la trataba con respeto, como si fuera una mujer decente. Su proposición había desatado un maremoto de sentimientos en su interior. ¿Eso era amor? No lo sabía. Tal vez la vida le ofrecía una oportunidad. Quizá pudiera abandonar aquella existencia de miseria como se prometía hacer día tras día. La sola idea le hizo temblar de pies a cabeza.

Se cruzó con una pareja de marineros que la miraron con descaro. El más joven dijo algo que provocó las risas del otro. Con seguridad acababan de arribar a puerto con uno de los correos vapor que cubrían cada dos meses la línea que unía Barcelona, Puerto Rico y La Habana. Habían cobrado la paga y ya les quemaba el bolsillo. Un trabajo fácil. Con poco esfuerzo un buen puñado de reales podían pasar a sus manos. Sin embargo, no se detuvo.

Giró por la esquina de la Presó Vella, la que llamaban Amalia porque ocupaba parte de la calle de la reina del mismo nombre. De un portal cercano salió una joven. Se recogía el pelo en un moño para acomodarlo bajo un sombrero de fieltro. Llevaba un vestido holgado bajo un chal de lana rojo que cubría con pobres resultados sus hombros. A su espalda apareció un chico que no tendría más de dieciséis años. Su camisa y alpargatas le delataban como aprendiz de una fábrica. Miró a Dolors y se sonrojó. Sin decir esta boca es mía se marchó a toda prisa.

—Cuando quieras ven a verme otra vez, guapo —le despidió mientras guardaba una moneda en un bolsito que escondía entre sus pechos.

Dolors la saludó. La joven meretriz cabeceó a modo de respuesta. En el barrio la conocían por la Mercedes, aunque probablemente no era su nombre real. Muchas lo cambiaban por otro e intentaban olvidar el primero. No llegaría a los veinte años. Sus ojos almendrados eran bonitos pero sin brillo y desajustados, igual que su pelo teñido y los crepés de castaño original que le colgaban sobre la frente. Allí, en el Raval, no había nada más efímero que la belleza.

—Hace un frío del demonio —dijo—. Hoy lo que menos apetece es bajarse las calzas, y menos con un crío que no tiene ni para pipas.

Dolors asintió. En muchas ocasiones el cliente tenía apenas lo justo para pagar el servicio. En ese caso, portales y pasajes a resguardo de miradas indiscretas se convertían en una buena alternativa a la habitación de la pensión. Si había suerte y el lugar era suficientemente oscuro, usaban los muslos. Entre los nervios o el alcohol muchos ni se daban cuenta y en cinco segundos estaban listos.

La joven acabó de arreglarse el vestido y levantó la vista.

—Pareces diferente.

—¿Diferente?

—Sí, más alegre que de costumbre.

Dolors no supo qué contestar, pero Mercedes siguió hablando.

—Seguro que te has visto con ese caballero tan elegante cuyo cochero preguntaba ayer por ti —dijo frunciendo la boca en un mohín.

—¿Cómo? ¿Por mí?

—Venga, mujer, conmigo no te hagas la despistada. No te lo voy a quitar. Por la ropa y los modales de su sirviente seguro que por lo menos es el dueño de La Maquinista. Forrado de duros, te lo digo yo. Parecía muy interesado.

—No sé de quién me hablas, Mercedes.

—Tú sabrás —le contestó algo enojada—. Si no quieres contarme nada es cosa tuya. Me han entrado ganas de tomar algo caliente, ¿te vienes?

—No, creo que me vuelvo.

Mercedes la miró con sorpresa.

—¿A casa? ¿A estas horas? No sé qué te pasa pero estás muy rara.

Dolors observó pensativa cómo la joven prostituta se alejaba camino de la taberna. Aunque lo había dicho sin reflexionar, realmente no le apetecía trabajar. Tal vez ella también estuviera cogiendo frío. O quizá fuera la maldita propuesta de Fleixa, que no dejaba de rondarle la cabeza. Suspiró exasperada. Tenía que hablar con él.

46

—¿No podíamos haber quedado en un lugar menos ruidoso?

Daniel y Pau miraron irritados a Fleixa. Los tres estaban sentados alrededor de una mesa con una excelente vista del escenario. Las voces desgarradas venían acompañadas por el rasgueo de guitarras, taconazos y palmas. El ruido y el humo hacían que el aire del *café cantante* fuera casi irrespirable. No parecía importar demasiado a la clientela, en su mayoría más atenta a la bola de la ruleta o a las apuestas al *treinta y cuarenta*.

—Ustedes solicitaron reunirse en un sitio discreto. —El periodista sonrió distraído a una de las bailaoras—. ¿Qué mejor para pasar desapercibidos que el Café del Puerto?

Daniel le señaló la mano vendada.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ah. Un accidente desafortunado, nada que deba preocuparles.

A pesar del tono indiferente del periodista, a Daniel no se le escapó el leve temblor de su voz. Desde que habían entrado en el local, Fleixa se comportaba de forma extraña. A pesar de su cordialidad, sus ojos rehuían el contacto, sobre todo el de Pau, que se mantenía callada a un lado y se había sonrojado. Por el estado de la botella llevaba rato bebiendo. Dedujo que el accidente tenía algo que ver. Iba a insistir en ello cuando un camarero apareció tras sortear el tumulto alrededor de las mesas de juego.

—¿Qué desean tomar? —inquirió Fleixa mostrando su vaso lleno de aguardiente.

Ambos negaron con la cabeza.

—Venga, no sean aguafiestas. Si no piden algo levantarán sospechas —dijo, y les guiñó un ojo exageradamente.

Accedieron a tomar vino. Una vez el camarero les sirvió las bebidas y les dejó solos, Pau rememoró los pasos seguidos antes de que aparecieran en la biblioteca y la salvaran del doctor Homs. Les explicó la dificultad inicial de encontrar un ejemplar de la obra de Vesalio, el encuentro con el bibliotecario y las horas pasadas en la biblioteca esotérica; también les detalló el posterior hallazgo del laboratorio secreto y la frase escrita en las paredes.

—¿No es esa la misma frase que su padre utilizó para indicarnos el camino en las cloacas? —preguntó Fleixa.

—Sí —Daniel recordó su significado—. «Solo a través de su ingenio puede el hombre vivir eternamente.»

—¿Por qué motivo Homs la escribiría con tanta obsesión y su padre la utilizaría después? No puede ser una coincidencia.

—Estoy de acuerdo pero ignoro la razón, tal vez lo sepamos cuando encontremos ese misterioso *Liber Octavus*. Siga, Pau, por favor.

La joven terminó de relatarles el descubrimiento del cadáver del bibliotecario, su huida a través del laberinto de estanterías y el enfrentamiento final con su perseguidor.

—Todo el mundo considera que el incendio de la biblioteca fue un accidente. Nadie sospecha lo ocurrido en realidad.

—¡Demonios! Estamos como al principio.

—Y seguimos necesitando un ejemplar de la obra de Vesalio. Por desgracia, Homs le arrebató el que usted encontró.

Pau sonrió por primera vez.

—Quiero mostrarles algo —dijo, y extrajo de la bolsa que llevaba un paquete envuelto en sarga. Lo puso sobre la mesa con cuidado, apartó la tela y les mostró un grueso volumen con tapas de cuero oscuro.

—Este es el otro libro que hallé en el laboratorio secreto de Homs junto al de Vesalio. Como ven en la portada, se titula *De Dignotione ex Insomnis Libellis*, y es un tratado de Galeno sobre el diagnóstico de los sueños.

Ante el gesto de incomprensión de sus compañeros, Pau abrió el libro. Ambos hombres contuvieron una expresión de asombro.

La primera página era una lámina que pareció tomar vida con la luz del local. Representaba con detalle extraordinario una lección forense oficiada en un abarrotado teatro anatómico. En el interior de una amanerada voluta se leía la siguiente inscripción: *Andreae Vesalii Bruxellensis, scholae medicorum Patauinae professoris, de Humani corporis fabrica Libri septem*.

Por un instante, los sonidos de la taberna se atenuaron a su alrededor.

—No alcanzo a entender... —empezó a decir Fleixa.

—Es una muestra de la inteligencia y el sentido del humor del doctor Homs. Nadie sospecharía que la obra más representativa de Vesalio estuviera oculta bajo las cubiertas de un volumen de Galeno, su adversario intelectual, por así decirlo.

—Entonces, ¿Homs no se llevó el manuscrito?

—Al parecer había dos manuscritos —contestó Pau con ojos brillantes por la emoción.

—Ahora sí que no comprendo nada.

—Verán, he pensado en ello y he llegado a la siguiente conclusión: cuando el doctor Homs supo que lo iban a internar en el sanatorio, decidió ocultar este manuscrito usando las cubiertas de otro tratado; luego colocó un ejemplar similar de la *Fabrica* como señuelo y completó la distracción, acumulando a su alrededor una gran cantidad de libros sin ningún valor.

—¿Para qué tomarse tantas molestias?

—Deseaba confundir a aquellos que codiciaran su descubrimiento.

—Pero ¿por qué esconder este ejemplar en concreto? Es una obra conocida con centenares de copias, ¿no es así?

—Exactamente, lo mismo pensé yo. Y solo existe una respuesta posible: este manuscrito no es una reproducción. Se trata de un original. Lo que significa que tiene más de trescientos años de antigüedad.

Tras esas palabras, observaron el libro que descansaba sobre la mesa con renovado respeto.

—Es extraño que Homs cayera en su propia trampa y se llevara el otro manuscrito.

—Cuestión de fortuna. Ambos tomos son muy similares en tamaño y forma, difícil de distinguir entre el humo y las llamas. Al aparecer ustedes, Homs se vio obligado a huir y no pudo detenerse a comprobar cuál era el correcto.

—Tanto lío por un libro viejo —resopló Fleixa mientras lo ojeaba con descuido—. Incluso tiene errores. Fíjense, esta página está mal numerada.

Pau se apresuró a recuperarlo de las manos del periodista y lo depositó con delicadeza sobre la mesa.

—Este libro «viejo» y sus casi setecientas páginas, señor Fleixa, se consideran uno de los más influyentes tratados científicos de todos los tiempos. Si eso no le parece suficiente motivo, ¿recuerda que casi pierdo la vida por él? Procure mostrar más cuidado.

—Cálmese, Pau. Fleixa no quería ser descortés.

La joven apretó los labios enfurecida y el periodista respondió inclinando la cabeza a un lado con una mueca burlona.

—Siga, por favor —alentó Daniel—. Veamos por qué Homs le da tanta importancia precisamente a este libro.

—Bien —continuó la joven todavía con el gesto torcido—, la mala noticia es que no he hallado nada diferente de otros. Y por supuesto tampoco he hallado ninguna referencia al *Liber Octavus*.

—Veámoslo juntos, tal vez podamos encontrar algo que a usted se le haya pasado por alto.

—De acuerdo —aceptó Pau, colocando el manuscrito entre los tres—. Deben saber, en primer lugar, que uno de los aspectos más destacados de esta obra son sus grabados. Hay más de ochenta repartidos por el manuscrito, de los cuales diecisiete son ilustraciones a página completa. Intervinieron varios artistas, aunque el principal y más conocido fue Johannes Stephanus de Calcar, discípulo de Tiziano. También se sabe que hay varios realizados por el mismo Vesalio.

—¿Por qué son tan importantes estos dibujos?

—Vesalio era un ferviente defensor de la unión entre la anatomía y las bellas artes, y por ese motivo estas láminas estaban destinadas tanto a médicos como a artistas. Su calidad es tal que aún hoy no ha sido superada, y la mayoría de estos grabados han

sido plagiados muchas veces. Al mismo tiempo, son una gran fuente de información, pues están llenos de simbolismo. Observen la portada. Como ven, aparece el mismo Vesalio. —Pau señaló con su índice en el centro de la imagen el retrato de un hombre con frente alta, nariz ancha y cabello y barba abundantes. Les miraba directamente como si les retara a descubrir sus secretos—. Esta escena representa el primer día de disección. En aquellos tiempos, a causa de la putrefacción, la autopsia se empezaba por las vísceras, como la escena muestra. Aquí —volvió a marcar con el dedo una parte del grabado— sostiene un separador en el vientre abierto del cadáver. En realidad es una provocación. Vesalio rebate la actitud tradicional del maestro de explicar ex cátedra la disección, y relega a los barberos debajo de la mesa mientras él mismo se dispone a diseccionar el cuerpo.

—¿Barberos? —preguntó Fleixa aguantando la risa.

—Los barberos fueron los primeros cirujanos —explicó Pau—. En aquella época eran los encargados de manipular los cadáveres, los médicos no se rebajaban a algo que consideraban indigno de su posición. Vesalio fue uno de los primeros en romper esa regla, y de este modo mejoró su conocimiento del cuerpo humano. Con la publicación de la *Fabrica* buscó demostrar las incorrecciones hechas en anatomía por Galeno, como la noción de que los grandes vasos sanguíneos nacían en el hígado. Con esta escena —Pau señaló el grabado—, Vesalio quiere dejar claro que la única manera de conocer al hombre es el mismo hombre.

Al pasar la página, esta crujió como quejándose del tiempo transcurrido sin ser consultada.

—Las hojas son de vitela, eso confirmaría que se trata de un original. Era un material muy caro en la época, pero usual para confeccionar un ejemplar de este tipo. Como ya les conté, el manuscrito se divide en siete partes o *Liber*. El *Liber Primvs* trata los huesos y articulaciones. El *Secvndvs* versa sobre los músculos y contiene las ilustraciones más famosas; el *Tertivs* se refiere al corazón y los vasos sanguíneos; el *Cuartvs* está dedicado al sistema nervioso; el *Quintvs* a los órganos abdominales, y el *Sextus* a los órganos de la región del tórax. El *Septimvs*, por último, describe el

cerebro. Este manuscrito en su época fue toda una revolución y marcó el inicio de la anatomía moderna.

La lámina que tenían ante ellos representaba una disección donde los músculos colgaban de un esqueleto que sonreía de pie en una pose macabra. Fleixa no pudo contenerse.

—¡Es horrible!

Pau sonrió.

—Es una de las grandes virtudes de los grabados. Vesalio elige unas posturas teatrales, pero muy efectivas para la descripción. A diferencia de otros ejemplares que he podido manejar, estas ilustraciones parecen más... ¿cómo diría?... más vivas. —Suspiró admirada—. El funcionamiento de las láminas es el siguiente: junto a cada músculo, tendón o hueso aparece un símbolo, normalmente una letra o un número, es la referencia que luego debemos buscar en el texto de la página contigua, donde indica su nomenclatura, describe su uso y función anatómica.

La luz de las lámparas de aceite parecía dotar de vida a los grabados. Las figuras desolladas se retorcían en un mudo grito de horror. Fleixa sintió un escalofrío, aunque no sabía si era a causa de aquellas escenas o al recordar que tendría que contarle luego todo eso al inspector.

—Hay algo aquí. Esta primera hoja... —empezó a decir Daniel.

Acercó el manuscrito a la lámpara más cercana. A trasluz descubrieron, en el lugar que les señalaba Daniel, la sombra de un texto. Ante la mirada expectante de sus compañeros, separó con cuidado la hoja adherida que lo ocultaba. En la parte inferior de la guarda del libro había un texto minúsculo.

—¿Qué es esto?

—Parece una dedicatoria.

—¡Qué extraño! La costumbre de la época era situarlas en un lugar destacado, no tiene sentido ocultarla —apuntó Pau.

Los tres acercaron sus cabezas para observar mejor. Una caligrafía preciosista ocupaba un cuarto de la hoja y finalizaba con la rúbrica elegante del científico.

—Está escrito en latín.

—Tiene razón, Amat. Vesalio utiliza las lenguas de conocimiento médico de su época: el latín vulgar, el griego, el árabe y el hebreo.

Daniel tradujo para sus compañeros.

—Se trata de una dedicatoria personal al rey Felipe II en la que le desea salud y prosperidad, haciéndole entrega de lo más preciado de sus conocimientos. Lo firma por su propia mano en abril de 1565.

—No es posible —exclamó Pau.

—¿Qué quiere decir?

—La *Fabrica* se editó tan solo dos veces en vida de Vesalio. La primera en el año 1542 y la segunda, revisada por él mismo, trece años más tarde, en 1555. Vesalio regaló un ejemplar de la primera edición a Carlos V, que se encuentra actualmente en la Universidad de Lovaina. Este volumen, sin embargo, está dedicado al rey Felipe II, diez años más tarde. Lo cual es imposible, puesto que ¡Vesalio murió justo un año antes de esa fecha!

—Podría ser un error.

—Tal vez, no obstante... —Pau enmudeció un instante y luego alzó la cabeza para mirar a ambos con los ojos brillantes por la emoción—. ¿Se dan cuenta de lo que significa?

Ambos negaron con la cabeza.

—Este manuscrito podría ser una tercera edición realizada por el mismísimo Vesalio, cuando todo el mundo lo consideraba muerto. Una edición de la que no existe ninguna referencia. Si estoy en lo cierto, estamos ante una obra única, de un valor inmenso.

—¿Cuánto nos darían por él? —preguntó Fleixa mirando como las guitarras y cantaores atacaban otro palo—. ¿Unos cuantos duros?

—Quizás un poco más. ¿Qué le parece centenares de miles?

Fleixa escupió entre toses el aguardiente mientras se cogía al borde de la mesa para no caerse de la silla.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Daniel.

—Con toda seguridad mi estimación es equivocada. —Le temblaban las manos mientras acariciaba las páginas con reverencia —. No existe otro compendio anatómico como este en el mundo. Su valor podría rondar varios millones.

—¡Vaya, lo que puede llegar a valer un montón de papel viejo!

Pau lanzó una nueva mirada de desaprobación a Fleixa, que volvió a reír. Daniel, sin hacerles caso, observó preocupado el manuscrito. ¿Qué escondían aquellas antiguas páginas que provocaban tantas muertes?

La actuación terminó y los artistas se tomaron un descanso. Fleixa aprovechó para eructar y dedicarle un brindis al insigne anatomista con un nuevo vaso de aguardiente.

—He recopilado algunos datos sobre Vesalio —continuó Pau apartándose del periodista—. Pensé que, quizá, nos ofrecería algún indicio que nos permitiera avanzar.

—Excelente idea —le animó Daniel—. ¿Ha descubierto algo de interés?

—Bueno, considero que debemos centrarnos en la última parte de su vida. —Pasó unas hojas de su cuaderno de notas—. Durante sus postreros años en España abandonó la práctica médica y se dedicó a la investigación, aunque seguía asistiendo al rey. Algunos médicos no le perdonaban que un extranjero tuviera tal ascendencia sobre el monarca, ni tanto atrevimiento al atacar al idolatrado Galeno. Al alejarse de la Corte, los rumores malintencionados arreciaron.

—¿Qué tipo de rumores?

—Al parecer, Vesalio continuó realizando numerosas autopsias con cadáveres, algo que en aquellos tiempos, y más en España, estaba mal visto por la Iglesia e incluso por algunos médicos. Acabaron denunciándole por prácticas nigromantes.

—Muy interesante. —Bostezó Fleixa—. ¿En qué nos puede ayudar eso?

Pau ignoró al periodista y siguió explicando.

—En 1564 un tribunal de la Inquisición juzgó y condenó a Vesalio a la pena capital, pero Felipe II, que le tenía en gran aprecio, le conmutó la pena por una peregrinación a Jerusalén. Los motivos por los que fue condenado son imprecisos. Nadie se pone de acuerdo. Las fuentes más fiables afirman que le encargaron la autopsia de un joven noble, un hombre con mucho predicamento en la Corte; cuando le abrió el pecho, según varios testigos, el corazón todavía latía. Si esto es cierto, supone un error insólito. Vesalio había

asistido a innumerables enfermos y trabajado durante décadas con centenares de cadáveres.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Viajó a Tierra Santa cumpliendo con su penitencia. Cuando se disponía a regresar, rechazó la ayuda real, que le instaba a tomar un velero veneciano, y se embarcó en un decrépito barco de peregrinos. La nave naufragó cerca de la isla griega de Zante, a donde le arrastraron las aguas. Vesalio no murió ahogado pero, ya mayor y probablemente herido, enfermó y murió. Otros autores sostienen, por el contrario, que su muerte no está tan clara. Incluso afirman que vivió en Grecia todavía doce años más.

—Sin duda, el viejo Andrés era todo un superviviente —apostilló Fleixa.

—A salvo de sus enemigos que lo creían muerto quizá pudo completar esta tercera edición de su obra. Quizás incluso escribiera también el *Liber Octavus*.

—Es una posibilidad —admitió Pau.

—Sí, pero ¿cómo podemos encontrar ese *liberloquesea*? ¿Vamos a tener que viajar hasta Grecia?

—Homs quería recuperar este manuscrito en concreto por alguna razón —reflexionó Daniel—. Quizás entre sus páginas se oculte algún tipo de clave o indicación de cómo hallarlo.

Pau, abatida, negó con la cabeza. Ya lo había examinado sin encontrar nada, ni siquiera una prueba de la existencia del misterioso libro secreto.

Entonces se armó un gran revuelo en una de las mesas de juego. Se escucharon acusaciones de hacer trampas a voz en grito. Los ánimos se encresparon y en unos instantes se organizó una pelea. De pronto, en el local reinó el caos. La trifulca se propagó como el aire de un incendio, llovieron exabruptos y golpes.

—Deberíamos marcharnos —aconsejó Daniel.

Se alzaron de sus asientos cuando uno de los camareros, que intentaba apaciguar los ánimos, recibió un empujón y cayó sobre Fleixa. El periodista golpeó la mesa, y botellas y vasos se volcaron derramando su contenido. Con un grito, Pau se abalanzó sobre el manuscrito, pero llegó tarde. La bebida alcanzó las páginas abiertas.

La joven iba a recriminarle a Fleixa el desastre cuando las palabras murieron en su garganta uniéndose al asombro de sus compañeros. El vino había empapado la mitad de un grabado. Sobre la mancha de color carmesí, tres símbolos refulgían como si fueran pequeñas estrellas. Daniel, repentinamente excitado, se hizo con un vaso que aún se mantenía en pie y volcó su contenido sobre el resto de la página.

—¿Qué hace? —gritó Pau.

—Miren —contestó.

Los tres observaron boquiabiertos cómo una constelación de círculos brillantes iluminaba el dibujo.

47

La mente de Dolors bullía como una máquina de vapor con las calderas llenas. Había decidido presentarse en el periódico de Fleixa. Si no lo encontraba allí, el periodista le había hablado de un compañero que era de fiar llamado Vives; seguramente él sabría dónde podría estar. Necesitaba aclarar aquel malentendido.

Al girar la esquina, se detuvo sorprendida al ver cómo se acercaba un lujoso landó por la calle. Ese tipo de vehículos no solían circular por el Raval. Dolors admiró su porte distinguido, el brillo de la madera oscura y sus herrajes de plata. Pensó que aquellos caballos eran los más hermosos que había visto jamás.

Para su sorpresa, el coche se detuvo a su altura y el conductor, abrigado con un largo gabán de buena lana, se inclinó hacia ella desde el pescante. El fuerte olor del hombre le recordó sin saber por qué el día que fue a visitar a una compañera enferma al hospital de la Santa Creu.

—Mujer, ven aquí.

El tono del cochero sonó como el látigo que llevaba en la mano. Su primera intención fue enviarlo a paseo, pero por costumbre se acercó.

—¿Eres tú la que llaman Dolors?

Se apartó y observó al hombre con desconfianza.

—Tal vez sí, tal vez no.

—Ya veo. Acabo de hablar con una amiga tuya y me ha dicho que te encontraría por aquí. La información me ha costado un chocolate caliente.

Ella se encogió de hombros. Estúpida Mercedes, siempre con esa lengua tan larga.

—No temas. No te quiero ningún mal. —La voz del cochero se volvió más amable—. Te llevo buscando hace días.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Mi patrón ha oído hablar de ti a otro caballero. Me encargó buscarte y convencerte de que vayas a visitarlo.

Dolors se dio un tiempo antes de contestar. Ese era el cliente que decía su compañera. Nadie se tomaba tantas molestias por una puta, quizá sí por una de la zona nueva de cabarets y teatros que llamaban el Paralelo, pero por una del Raval... Aquello era muy raro.

—He terminado por hoy. Dile a tu amo que otra vez será.

Se volvió decidida.

—Espera.

El cochero rebuscó dentro de su chaquetón y le lanzó una bolsa de cuero. Dolors, tras atraparla en el aire, soltó un juramento al comprobar su peso. Una ristra de duros de plata se deslizó por su mano. Embelesada por los destellos de las monedas, le costó levantar la vista cuando el hombre volvió a hablar.

—Si aceptas, mi patrón te pagará mucho más. Es un hombre muy rico y generoso.

Aquello ya constituía una fortuna. Ni trabajando durante todo el año conseguiría una cantidad como esa. ¿Y todavía estaba dispuesto a pagarle más? Indecisa, miró el landó de nuevo. ¿Cuánto podría valer un carruaje como aquel? Era precioso, incluso a pesar de aquellos arañazos en la cabina. Debía de tratarse de alguien completamente forrado.

—¿Quién es tu patrón?

—Un caballero muy importante que desea la mayor discreción, como es natural.

Viendo las dudas de la mujer insistió.

—Tiene sus caprichos, por ese motivo está dispuesto a pagar lo que sea por satisfacerlos. ¿Vas a rechazar una oportunidad así?

Dolors miró de nuevo el dinero. Podía ser su último trabajo y luego no volvería a vender su cuerpo nunca más. Mostrar escrúpulos a estas alturas resultaba algo estúpido, y por una vez que la fortuna le sonreía no tenía por qué darle la espalda. Ese dinero les iría muy bien para empezar su nueva vida. Fleixa no tenía por qué saberlo.

—De acuerdo —aceptó.

—¡Estupendo! —El cochero bajó de un salto y entreabrió la puerta de la cabina—. Sin embargo...

—¿Qué pasa ahora?

—Verás —puso cara de circunstancias—, como te he dicho mi patrón es algo especial y no soporta los vestidos de lunares.

—¿Hablas en serio? ¡Anda ya!

—Podemos pasar por tu casa y te cambias de ropa en un momento. Cualquier otra cosa irá bien.

—¿Pretendes que me cambie el vestido? Tu patrón está chalado.

—Mi señor es todo un caballero, pero tiene sus rarezas. Cambiarte te llevará unos minutos y por el dinero que vas a ganar bien vale la molestia, ¿no crees?

Dolors sintió la tentación de negarse, pero el peso de la bolsa en su mano silenciaba cualquier remilgo. Tenía razón, total, ponerse un vestido u otro era lo mismo, al final se trataba de quitárselo. El cochero esperaba su respuesta con ansiedad mal disimulada, frotándose una y otra vez las manos enguantadas. Dolors soltó un suspiro y dijo:

—Está bien, le daremos ese gusto a tu patrón, pero esto le va a costar dos duros más.

—¡Eres lista! Seguro que consigues que te cubra de reales.

El cochero, con una sonrisa amable, le tendió la mano para ayudarla a subir.

—Es tu día de suerte.

Dolors soltó un silbido ante el lujoso interior del carruaje. La puerta se cerró a su espalda. Tras indicarle las señas, el coche de caballos reemprendió la marcha con un tirón brusco. Levantó la cortina de la ventanilla y, distraída, jugueteó con la bolsa de monedas entre las manos. Intentó sosegar su inquietud diciéndose una y otra vez que sería la última vez. Después de aquello su vida iba a cambiar. Encontraría a Fleixa y aceptaría su propuesta de matrimonio.

48

Pidieron más vino y se mudaron a la mesa más apartada del local. Las voces y la música quedaron en segundo plano mientras crecía la excitación de los tres.

Humedecieron el siguiente grabado y luego otro más. También en esas láminas aparecieron círculos brillantes alrededor de los símbolos que identificaban las diferentes partes del cuerpo humano.

—Vesalio era un hombre muy inteligente —explicó Pau, admirada—. Utilizó pasta de bicarbonato. El ácido del vino reacciona con la mezcla y el símbolo elegido, que hasta ese momento permanecía invisible, queda destacado con un halo brillante. Es de una sencillez extraordinaria.

—Sí, pero ¿qué significan todos estos símbolos marcados? ¿Por qué destaca unos y otros no? —preguntó Fleixa.

—Quizá juntos formen un mensaje —propuso Daniel ante el silencio de sus compañeros.

—¿Los unimos y ya está?

—No puede ser tan simple —negó Pau—. Debe de existir alguna clase de orden.

La mirada de los tres se dirigió al último grabado empapado en vino. La ilustración mostraba un estadio avanzado de disección. El esqueleto miraba hacia un paisaje de fondo y daba la espalda al lector mostrando tan solo los músculos profundos. A su alrededor refulgían pequeños círculos enmarcando los símbolos que Vesalio había elegido trescientos años atrás.

—Tal vez sea necesario comparar con otro libro —sugirió Fleixa.

—Es una buena idea, aunque sería demasiado complejo —respondió Daniel—. Más bien creo que la solución debe encontrarse

en el mismo manuscrito. Quizás existe alguna relación con el resto de...

—¡Tiene razón! —exclamó Pau interrumpiéndole y volviendo hacia ellos la ilustración para mostrárselo—. Los grabados y el texto adjunto no tienen sentido el uno sin el otro, es la función primordial de la obra. Como les expliqué, los símbolos escritos junto a cada hueso o músculo en la ilustración se corresponden en la página contigua con su nomenclatura y función anatómica.

—Y en el texto siguen un orden concreto —completó Daniel—. ¡Claro! Transcribamos entonces los símbolos marcados de acuerdo al orden de las descripciones adjuntas de los grabados. No perdemos nada por intentarlo.

Se pusieron a trabajar. Daniel y Fleixa repasaron página a página el manuscrito y descubrieron todos los símbolos destacados con la tinta invisible mientras Pau los anotaba en un cuaderno. Transcurrido un tiempo, comprobaron que aparecían marcas en dieciséis de las diecisiete láminas de página entera, y en ninguno de los grabados menores. Al cabo de una hora, la joven levantó la vista de sus apuntes. Les dirigió una mueca de decepción. Había llenado varias cuartillas con símbolos, pero no tenían ningún sentido.

—No lo entiendo —dijo repasando las anotaciones—. Su propuesta parecía acertada, Amat.

La incertidumbre se adueñó de los tres.

—Ese Vesalio nos ha tomado el pelo —exclamó Fleixa.

De repente, Daniel empezó a reír.

—¡Por supuesto! ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Lo miraron alarmados temiendo que hubiera perdido la razón.

—Usted, Gilbert, nos ha contado que Vesalio se había creado muchos enemigos. No podía permitirse que fuera tan fácil. ¿Qué mejor forma de evitarlo que cifrando el texto con un código? —Ante sus expresiones indecisas, Daniel continuó su explicación—. Miren, los símbolos son principalmente números y letras pertenecientes al

alfabeto latino y griego. Hasta ahora no me había dado cuenta, pero ya había visto un grupo de símbolos similares con anterioridad.

Extrajo del interior de su chaqueta el cuaderno del doctor Homs y buscó entre las páginas. Al llegar al final, lo abrió sobre la mesa y les mostró el cuadro de símbolos dibujado en la última hoja.

—Consideramos que no era más que los apuntes de equivalencias utilizados por Homs y no le dimos mayor importancia; sin embargo, nos equivocamos. Apostaría lo que fuera a que en realidad se trata de un vocabulario de sustitución que permite transcribir el mensaje cifrado de Vesalio.

—¡Eso explicaría por qué es tan importante para Homs recuperar el cuaderno! —apuntó excitado el periodista.

—Veamos si está en lo cierto —dijo Pau resuelta.

De nuevo animados, decidieron dividir entre los tres las cuartillas para ganar tiempo y comenzaron a trabajar consultando la tabla de símbolos del cuaderno de Homs; enfrascados en la tarea, incluso Fleixa olvidó beber. Poco a poco, el galimatías incomprensible fue tomando forma sobre el papel y tras una larga hora de esfuerzos consiguieron descifrar el resto del texto. Ocupaba cuatro hojas escritas en latín. Daniel, ante la expectación de sus compañeros, empezó a traducirlo en voz alta.

> Este que tienes en tus manos es el libro Octavo, en sus palabras se guarda un conocimiento tan importante como trascendente para la humanidad. Yo, Andrés Vesalio, te digo que si has llegado hasta aquí, en tus manos reposa una gran responsabilidad...

Se miraron unos a otros apenas conteniendo la emoción.

—El manuscrito no indica dónde buscar el *Liber Octavus* porque este se encuentra ¡dentro del mismo! —exclamó Pau.

—Siga —animó Fleixa.

Daniel continuó leyendo.

> ... Durante mi vida he dedicado mis esfuerzos a luchar contra la enfermedad y su consecuencia última, la muerte. La medicina es la Ciencia por excelencia y ahondar en su progreso ha sido mi objeto y el afán que ha dado sentido a mis días. En mis

siguientes palabras voy a referir el Proceso, al que he llegado tras años de estudios. Un procedimiento que se debe seguir con precisión extrema. Los pasos son tan importantes como el mismo camino a emprender, del mismo modo que necesaria es la humildad en la búsqueda que conlleva el supremo conocimiento.

Conviene, en primer lugar, hacer acopio del mejor acero y el vidrio de mayor calidad, y resulta de obligado cumplimiento que sea preparado por el más habilidoso artesano, para que uniendo ambos materiales fabrique un gran receptáculo.

A partir de ahí, Vesalio desgranaba hasta el último párrafo un listado exhaustivo de materiales y complejas instrucciones para la construcción de un artefacto.

En verdad, esto resulta el culmen de mi saber, el máximo aprecio a la estructura más perfecta de todas las criaturas, la posada y soporte del alma inmortal, una morada llamada microcosmos por los antiguos, no sin razón.

Así terminaba el texto. La incredulidad les dejó mudos unos instantes.

—Vesalio describe el proceso de construcción de... ¡una máquina! —dijo Daniel al fin.

—Una máquina capaz de canalizar una fuente de energía con la fuerza equivalente a un rayo —añadió Pau—. ¿Se dan cuenta? Propone un sistema para manipular la electricidad casi un siglo antes de que se nombre como tal. Es un hito científico para su época.

—Todo esto es estupendo, extraordinario, pero ¿para qué sirve este cacharro? —preguntó Fleixa.

Ambos respondieron con una mueca de impotencia.

—¡Demonios! —estalló el periodista—. ¿Eso es todo? Puede que el texto esté incompleto.

Daniel negó con la cabeza. Había repasado dos veces las notas. No había nada más.

—Veámoslo de otro modo —caviló—, ¿por qué Homs desea tanto este manuscrito?

—Es evidente. Quiere conseguir el *Liber Octavus*.

—No —negó Daniel—, Homs ya conoce su contenido, incluso creo que también sabe qué utilidad tiene la máquina de Vesalio. De hecho, lo sugiere en sus anotaciones.

—¿Entonces?

—Todo este tiempo, Homs ha pretendido recuperar tanto el cuaderno como el manuscrito. Su objetivo era evitar que lo encontráramos nosotros, aunque ignoro el motivo —repuso Daniel.

—Bien. Supongamos que está en lo cierto y que Homs está haciendo uso de esta máquina —reflexionó Pau—. ¿Cómo consigue la energía?

—Debe proveerse de algún pararrayos.

—Son incontables los lugares que disponen de un pararrayos en la ciudad, pero eso le haría depender en cada ocasión de que se desencadene una tormenta eléctrica.

—¡Homs no necesita esperar ninguna tormenta! —dijo Daniel golpeando la mesa—. Desde hace semanas dispone de toda la energía que pueda necesitar.

—¿A qué se refiere?

—¡La central eléctrica de la Exposición!

—Pero, según las instrucciones de Vesalio, la máquina necesita una energía inmensa.

—En mi visita a la central, Adell me mostró unos generadores capaces de proporcionar luz a todo el recinto de la Exposición, y a las plazas y calles adyacentes de la ciudad.

—Tal vez sea suficiente.

—¡Más que suficiente! Cuando me encontraba allí, un encargado nos interrumpió para comunicar a Adell unos incidentes de origen desconocido que ponen en peligro la estabilidad de todo el complejo. El hombre parecía muy asustado. Es posible que Homs provoque esos problemas al interferir el flujo eléctrico...

Daniel calló de repente y el rostro se le iluminó.

—¡Eso es! —gritó.

Sus compañeros le miraron perplejos.

—Esa es la verdadera razón de que Homs quisiera evitar que consiguiéramos el manuscrito. ¡No quería que supiéramos dónde se esconde!

—¿De qué está hablando, Amat?

—Homs necesita un lugar seguro para disponer de sus víctimas. Gracias al *Liber Octavus*, ahora sabemos que ese lugar debe estar cerca de la central para abastecerse de electricidad. ¿Lo entienden? Mi padre llegó a la misma conclusión, por ese motivo la última vez que lo vieron vivo se internaba en las alcantarillas. ¡Homs se oculta bajo el subsuelo de la Exposición Universal!

Traiciones y mentiras

Nueve días antes de la inauguración de la Exposición Universal

49

Nadie se atrevía a tocar el cuerpo. La marea lo había traído de madrugada y al despuntar el alba lo hallaron unos pescadores cuando regresaban de su faena nocturna. Uno de los más jóvenes preguntó si no sería una sirena varada. El mar la había llenado de conchas y cantos que esculpían formas marinas en su piel. Algunas algas se enredaban en torno a sus ojos cerrados y los labios se curvaban en una sonrisa. Parecía dormida sobre la arena embarrada de la playa de la Barceloneta.

Algunos curiosos habían salido de sus casas y se arremolinaban cuchicheando, con el absurdo temor de ser oídos por el responsable de aquel nuevo asesinato. Todos se preguntaban qué habían hecho para que el *Gos Negre* la tomara con ellos.

El crujido sobre la grava y el relincho de los caballos anunciaron la llegada al paseo de dos carruajes. La figura oronda del inspector Sánchez emergió del primero, inclinando la cabina con su peso mientras ponía pie a tierra. Examinó el cielo lleno de nubes procedentes del mar e hizo una mueca, molesto por la posibilidad de que empezara a llover. Le dolía la cabeza por la resaca de la noche anterior y le apetecía muy poco ver el cadáver de una desgraciada.

A su espalda se asomó un hombrecillo de piel quebradiza, envuelto en un abrigo dos tallas más grande. En su mano izquierda portaba un maletín. Se ajustó las lentes y miró indiferente a su alrededor; luego bajó del coche y esperó las instrucciones del inspector.

Del otro vehículo, un carromato largo descubierto, descendieron media docena de guardias que se ocuparon de despejar el lugar. Entre empujones, insultos y miradas cargadas de reproche, los curiosos se retiraron unos metros.

El inspector se acercó con pesadez hasta el cuerpo seguido por su acompañante. Levantó la manta con la que la habían cubierto los pescadores y se hizo el silencio. Los pies y las manos estaban ennegrecidos como el carbón de una estufa y le faltaban varios dedos. El lugar que ocupaba su pecho derecho había desaparecido dejando un hueco bordeado por carne quemada. Uno de los guardias se alejó trastabillando y vomitó el desayuno entre las olas.

Sánchez miró pensativo el cadáver y con el pie empujó una de sus piernas hinchadas, que apenas se movió. El hombre del maletín se arrodilló junto al cuerpo y se dispuso a sacar su instrumental.

—No se moleste, matasanos, hasta el mismo sargento le puede decir que está más muerta que Pepete.

Sus palabras se vieron acompañadas por breves risas de los hombres. La mañana se presentaba fresca ese día y nadie parecía estar de buen humor. El médico se encogió de hombros y se retiró para rellenar el informe de defunción, mientras un par de guardias envolvían el cuerpo en la manta y lo depositaban sobre unas parihuelas.

Sánchez escuchó los pasos del sargento Azcona acercándose. El guardia era un joven ambicioso y muy dispuesto, demasiado para su gusto. Una hornada nueva de policías, pues decían que Barcelona necesitaba agentes preparados. Y una mierda. Con un suspiro se dispuso a escucharle.

—La conozco, inspector. Se llamaba Dolors. Ejercía en el Raval.

—Estupendo, sargento, nos ahorramos el trabajo de identificarla.

—He encontrado esto en una de sus manos, puede ser importante.

Enarcó una ceja al ver en la palma de su subalterno un pequeño objeto dorado.

—¿Qué es?

—Está doblado, pero parece un alfiler de corbata. Tiene impresas dos iniciales: D y A.

—Bien —dijo Sánchez arrebatándoselo—. Yo me ocupo.

El joven asintió con respeto.

—¿Procedemos con el cuerpo como de costumbre?

—No. En este caso, llévenla directamente al *Nord*, ¿está claro? No vuelvan a enviar ningún cuerpo con estas características a la morgue.

El guardia no ocultó su sorpresa. No era el procedimiento habitual que marcaban las ordenanzas. Los cadáveres pendientes de identificar se guardaban en el depósito durante tres días antes de ser enterrados en una fosa común.

—De acuerdo, señor, pero...

—Pero ¿qué, sargento?

—Quizás algún familiar quiera reclamar el cuerpo.

Era un listillo. Aquel sargento era un listillo.

—¿Quién narices va a reclamar a una puta? —preguntó Sánchez —. Por Dios, Azcona, limítese a hacer lo que le ordeno. Y sea discreto.

Unos metros atrás, apoyado contra una caseta de la playa, indiferente a la arena que le cubría los pantalones, Fleixa se estremecía entre nerviosos espasmos. Una y otra vez pasaba las hojas de su cuaderno escribiendo sin parar, sabiendo que si lo hacía, si se detenía, dejaría de respirar.

Le sangraba la mano herida. A veces el papel se rompía o se retorcía por la fuerza imprimida, pero no importaba; él pasaba a una nueva página y continuaba escribiendo palabra tras palabra, mezcladas estas con sus intentos inútiles de coger aire.

Muerta. Dolors estaba muerta.

Se lo repetía una y otra vez como si de tanto decirlo acabara siendo mentira.

Deseaba creer que se habían equivocado, que era otra mujer la que sacaban de la playa, pero cuando recibió el aviso de Vidal supo que solo podía ser ella.

Si no se hubiera marchado de aquella forma tan estúpida, enojado como un colegial frustrado...

Arrancó una nueva hoja y dejó que el viento se la llevara.

Le acometió de improviso un intenso dolor en el vientre. Algo dentro de él se estremeció, contrajo su estómago y se trasladó a su

pecho. Crecía en su interior y estaba a punto de reventarle desde dentro. Quería gritar, pero no lo lograba. Tan solo podía escribir. Siguió trazando palabras sobre el cuaderno hasta que el dolor le llegó a la punta de sus dedos en carne viva. Alzó la mano en el aire. El temblor era incontrolable. Aun así, intentó continuar redactando la crónica. La letra se volvió ilegible, su sangre manchó el papel, que se cuarteó como si fuera el reflejo de su propia alma. Con un chasquido, el lápiz se partió. Entonces, Fleixa dejó caer el cuaderno sobre la arena y lloró.

50

Daniel avanzó por el camino de tierra, en el que un aguacero reciente había formado numerosas islas de agua turbia y barro. Tan cerca de Collserola, el cielo perdía por momentos el color cubriéndose de un gris ceniza.

Llegó a la cancela de hierro, flanqueada por dos torres recubiertas de hiedra, y tiró del llamador. La residencia del marqués de Llupià i Alfarràs parecía más un castillo árabe que una residencia nobiliaria. El edificio era un sólido bloque hexagonal del que surgía un torreón almenado. Las ventanas de arcos de herradura y las dos enormes palmeras completaban la ilusión de estar en el Rif.

Había pasado la mañana con Gilbert trabajando sobre los textos del *Liber Octavus*. Fleixa no había acudido. De todos modos, había sido una pérdida de tiempo. No tenían forma de desentrañar el uso de la insólita máquina de Vesalio y seguían tan a oscuras como antes. Antes de marcharse a comer, recibió una nota en el colegio. El marqués solicitaba su presencia aquella misma tarde. El mensaje no explicaba el motivo de la invitación, pero, intrigado, había decidido acudir.

Se escucharon unos pasos y un sirviente abrió la verja. Daniel le tendió su tarjeta, que el hombre ignoró. Sin mediar palabra, le hizo pasar con un gesto. Le esperaban.

Tras recorrer varias estancias amuebladas de modo oriental, por fin llegaron a un amplio salón. En el centro de la habitación, sentado cómodamente en un diván, un anciano le miraba con interés.

—Pase, pase, por favor, señor Amat. —Con un gesto le indicó un sillón frente a él—. Disculpe que no me levante, pero este bendito asiento me tiene atrapado horas después de la comida.

Daniel se sentó. El marqués era un hombre alto, que incluso con la manta en sus rodillas no perdía un halo de distinción. Vestía una bata informal y de su rostro consumido emergía prominente una nariz regia. Sus ojos azul claro chispeaban entre divertidos y curiosos bajo unos quevedos que subrayaban sus gruesas cejas.

—Bien, bien. —Su voz sonaba como si surgiera del fondo de una cueva—. Es un placer conocerlo en persona, señor Amat. Mi nombre es Juan Antonio Desvalls, dueño de esta finca y del rimbombante título de marqués gracias a la herencia de una familia muy antigua. Un detalle trasnochado ante la pléyade de burgueses venidos a más que invade Barcelona las últimas décadas. Ellos son ahora la nueva aristocracia.

Hizo una pausa para toser en un pañuelo.

—¿Le apetece tomar algo?

Daniel negó con un gesto. El anciano removió el contenido dorado de un vaso que sostenía con una de sus manos.

—A estas horas tan solo puedo soportar una copa de buen *bourbon*. Un capricho que me permito, a pesar de los desvelos de mi hija.

—Comprendo.

—No, no creo, pero lo hará, ya lo creo que lo hará. Es usted joven.

—Le ruego me perdone. En su nota expresaba que quería hablar conmigo de un asunto personal. No adivino de qué puede tratarse, pues como bien dijo usted no nos conocíamos hasta ahora.

—Está usted en lo cierto. En realidad, no soy yo quien desea verle.

—No entiendo.

—Alcánceme mi báculo y salgamos fuera.

Daniel le acercó el bastón de marfil y puño recto que estaba junto al sillón. El anciano se apoyó en su brazo y salieron de la casa a una explanada irregular. Dejaron atrás una verja franqueada por dos figuras de leones que guardaba un delicado jardín de boj y tomaron un camino que circundaba una extensa parcela de flores.

—¿Qué le parece?

—Precioso.

La voz del marqués sonó firme mientras miraba al frente y tiraba de Daniel.

—La construcción de esta finca la inició hace casi un siglo mi bisabuelo Joan Antoni Desvalls i d'Ardena, sexto marqués de Llupià. Contrató para la obra a un arquitecto italiano, Bagutti, y para el jardín a un francés, Debalet o algo parecido. Los franceses nunca han sido de mi agrado. Durante todos estos años, mi familia ha ido ampliando y construyendo parterres, canales, plazoletas... Hemos plantado decenas de árboles, prolongado los jardines e incluso instalado una cascada.

El anciano continuó avanzando con su andar renqueante junto a Daniel, que no sabía adónde iba a parar con toda aquella charla.

—La finca Desvalls ha recibido a reyes y príncipes. Ahora Fernanda y sus hermanos se empeñan en organizar veladas sociales y representaciones de teatro al aire libre. Acabaremos regalando esta maravilla, ya verá.

Llegaron a una terraza con mirador. A los lados se alzaban dos templetes con una estatua en su centro.

—Ariadna y Teseo. —Señaló el marqués con su bastón—. Una bonita historia, ¿la conoce?

—Lo que recuerdo de la escuela. Ariadna ayudó a Teseo a encontrar el camino del laberinto. Mató al Minotauro y luego huyeron juntos.

—Más o menos es así. Ariadna siempre me pareció algo casquivana, la verdad. Quizá por eso me gustaba.

La risa le obligó a hacer uso del pañuelo. Unos segundos después recuperó el resuello y buscó apoyarse en el balcón del mirador.

En la terraza inferior se extendía un intrincado laberinto de altos setos. Daniel admiró la armonía de aquel dédalo vegetal que daba vueltas y revueltas sobre sí mismo tentando al incauto dispuesto a internarse en él. La luz de la tarde enturbiaba la oscuridad de los corredores, que se perdían a izquierda y derecha sin aparente destino. En el centro, a Daniel le pareció ver una estatua rodeada de arcos de enredaderas.

—El famoso laberinto del parque —explicó el viejo marqués, adivinando el pensamiento de Daniel—. Casi un kilómetro de cipreses recortados a una altura de cuatro metros. No se imagina las escenas que han visto esos pasillos.

—Todo esto resulta muy interesante, señor Desvalls —respondió Daniel—, pero no me habrá hecho venir hasta aquí para mostrarme su finca.

El anciano le escrutó reflexivamente. Por encima de sus cabezas las nubes empezaron a cubrir el cielo.

—Señor Amat, sígame, por favor.

Bajaron los escalones del mirador y se adentraron en el laberinto. Sus pasos crujían sobre la tierra húmeda mientras los muros de vegetación se cerraban a su alrededor. El aire estaba cargado de electricidad y esencia de jazmín.

—Hay una última cosa que me gustaría contarle —dijo el anciano—. El verdadero secreto de este parque no es su belleza, ni sus plantas exóticas, ni siquiera su privilegiada situación. La clave de este paraíso se encuentra en su armonía. Es un equilibrio delicado. Cualquier intromisión, por muy bien intencionada que esta sea, en ocasiones tan solo sirve para marchitar el jardín. Piense en ello.

Llegaron al claro presidido por una bella estatua de Eros. Tras ella se movieron un par de sombras. Irene, acompañada por una joven de facciones agradables, apareció tras el pretil de la figura. La muchacha, tras un ligero apretón de manos, se separó de ella y acompañando al marqués les dejaron solos.

—¿Nos sentamos?

Daniel, todavía sorprendido, se dejó guiar por Irene hasta un banco de piedra. Ella mantenía una distancia prudencial; llevaba un vestido oscuro bajo un abrigo entallado y se cubría la cara con un velo. Daniel no pudo esperar a que iniciara la conversación.

—No esperaba volver a verte.

—Y así debería haber sido, pero tenía que avisarte y no se me ocurrió otro modo.

—¿Qué quieres decir?

—Estás en peligro.

—¿Cómo sabes...?

—Hace unos días escuché una conversación entre mi marido y el inspector Sánchez. Ese hombre visita la casa con frecuencia, tiene una relación muy estrecha con mi esposo. Hablaron de ti y de tu amigo, el periodista. Bertomeu estaba realmente furioso. Instó al inspector a tomar medidas, fueran las que fuesen, dijo.

—Ya veo.

—No. —Negó con la cabeza—. No creo que consideres de forma adecuada tu situación.

—¿Por qué motivo está tan empeñado en detener nuestra investigación?

—Hay mucho dinero en juego. El escándalo no le favorecería.

—Lo mismo me dijo cuando nos vimos, pero tengo dudas de que sea esa la verdad. Quizás a tu esposo le preocupa lo que pueda averiguar sobre las muertes de mi padre y de esas pobres muchachas.

—Bertomeu tiene muchas influencias y es capaz de cualquier cosa. ¿Me estás escuchando? Solo por estar aquí, ya me estoy arriesgando.

—Esa es la causa de citarme tan lejos de Barcelona. Tienes miedo.

—¡Por supuesto que tengo miedo! —exclamó.

—¿Cómo puedes amar a un hombre así?

—¡Qué fácil es para ti! —estalló—. Te marchaste, ¿recuerdas? Me abandonaste. Él fue el único que me aceptó.

A continuación silenció la respuesta de Daniel con un gesto.

—Ahora eso no importa —continuó más sosegada—. Debes marcharte y no volver nunca más a Barcelona. No es solo por Bertomeu, Daniel. Ese asesino... podría matarte a ti también como hizo con tu padre.

Daniel negó con la cabeza.

—No puedo, Irene. Esta vez no. En una ocasión huí y me costó mi vida entera. Las pesadillas me acompañan desde entonces. Hace no mucho creí que había recuperado mi vida, pero era mentira. No puedo volver a marcharme, ¿lo entiendes?

Ella le miró a través del velo y, tras un momento de titubeo, extrajo un estuche de piel de su bolso y se lo entregó.

—Temía tu respuesta. Encontré estos documentos en el despacho de Bertomeu. Pertenecen al sanatorio de Nueva Belén. No debería tenerlos en su poder y se ha tomado muchas molestias en ocultarlos. Tal vez puedan ayudarte.

Daniel, intrigado, tomó el estuche. Cuando se disponía a consultar su contenido las manos enguantadas de la mujer se posaron encima de las suyas.

—Aún estás a tiempo de dejar este asunto.

Daniel la apartó con delicadeza y extrajo los papeles.

Se trataba de unas pocas hojas sueltas. Tras ojear la primera, descubrió que era un informe médico. El lenguaje le resultaba familiar, pues su padre le había hecho leer expedientes similares en múltiples ocasiones en un vano intento de interesarle por el mundo de la medicina. Este que tenía en sus manos describía la autopsia del compañero de Homs en el sanatorio. ¿Por qué Adell guardaría aquello? El documento detallaba las lesiones que habían provocado la muerte del infortunado hombre. Aunque de una forma más burda, le recordaron las heridas del cadáver de la muchacha de la Barceloneta. Pensó que no había duda de que Homs estaba loco. ¿Quién en su sano juicio haría algo así a otro ser humano?

Continuó leyendo la descripción del estado del cuerpo y de los órganos según estos eran examinados. El forense había sido exhaustivo y se sucedían los datos. En la última parte incluso se listaban las enfermedades que el hombre había padecido en vida. Desconocía el motivo que había llevado a Adell a sustraer aquel informe. Su contenido carecía de interés.

Se disponía a abandonar su lectura cuando un párrafo le llamó la atención. Le habría pasado desapercibido de no haber recordado en ese momento un comentario del doctor Giné. Volvió a leerlo detenidamente: «... el sujeto presenta un carcinoma hepatocelular avanzado».

Un escalofrío le erizó la piel de la nuca.

—¿Tiene alguna utilidad?

Daniel afirmó aturdido.

—Debo marcharme —escuchó decir a Irene.

Ella se levantó y Daniel la imitó. Quedaron muy cerca, el uno frente el otro. Las hojas a su alrededor se removieron en círculos al levantarse la brisa. Un trueno rasgó el aire y las primeras gotas empezaron a motear el suelo de tierra, pero ellos, inmóviles, no parecieron advertirlo.

—¿Por qué tuviste que volver? —susurró Irene.

Daniel no supo qué contestar. Su mano se adelantó con intención de descubrir el velo que cubría su rostro. De pronto necesitaba besarla. Ella intentó zafarse, pero fue demasiado tarde. La tela de muselina cayó a un lado y Daniel se quedó paralizado.

El ojo izquierdo de Irene estaba casi cerrado a causa de la hinchazón y un hematoma azulado se extendía por el pómulo y parte de la mejilla. Daniel recorrió con dedos temblorosos las heridas hasta que el rubor cubrió la cara de Irene y se apartó. Las lágrimas asomaron por sus ojos mientras volvía a colocarse el velo. Daniel apenas conseguía controlar la furia que crecía en su interior. Irene le cogió las manos entre las suyas.

—No hay nada que hacer.

—Abandónalo, yo te protegeré de él.

Ella esbozó una sonrisa triste y le acarició la mejilla.

—No. No puedes entenderlo.

—Espera...

Sus siguientes palabras quedaron flotando en el aire mientras Irene se alejaba corriendo bajo la lluvia.

51

El palacete de Adell parecía un pastel iluminado por dentro. De sus ventanales surgía la luz de un centenar de candelabros. En el patio, junto a los lujosos carruajes, conductores y mayordomos esperaban a sus patrones arrebujados en capas, compartiendo algún cigarro y, con suerte, un ponche caliente extraviado de la cocina. Desde allí podían oír el jolgorio de la recepción que el empresario había organizado.

Aunque ya no se celebraban tan a menudo y casi todos lo hacían en el Liceo, Adell organizaba cada año un baile de máscaras en su propia mansión e intentaba reunir a las principales personalidades de la ciudad.

Ese año, entre las mujeres, triunfaban los trajes de aldeana, de india del Indostán y de princesa húngara; los caballeros, menos dispuestos a la imaginación que sus esposas, vestían de señores napolitanos, colegiales de beca de Sevilla o senadores venecianos. Rodeada por unos enormes espejos de Amberes, la orquesta, compuesta por más de setenta músicos, acometió los primeros compases de una polca, lo que provocó una exclamación de placer entre las muchachas más jóvenes.

—Bertomeu, querido, en esta ocasión no puedes negarte.

El industrial, caracterizado de dux de Venecia, se encontraba en medio de una conversación y se volvió disgustado por la interrupción, pero al observar las rotundas curvas que el disfraz de campesina de Macón exhibía sonrió a la joven de mirada expectante.

—Querida Julia, sabes que no bailo. Diviértete por tu cuenta.

—¡Qué aburrido eres!

La joven compuso un mohín de disgusto, pero enseguida le dedicó una reverencia con una mueca traviesa. Su escote mostró

más de lo que el decoro recomendaba. Adell sintió una punzada agradable en la ingle y recordó que en unas pocas horas disfrutarían de su propio baile. Ella, divertida por el resultado, desapareció entre la multitud de disfraces que rodaban por la zona de baile.

Adell volvió a la conversación, disfrutando de las miradas envidiosas de sus compañeros de tertulia. Un par de ellos se permitieron echar un vistazo disimulado a la joven cuando marcaba ante ellos el paso-cierra, paso-salto siguiendo el tempo acelerado de la orquesta. Un gesto de advertencia de Adell bastó para que volvieran a centrar su atención en la charla.

—Su acompañante es una joven... espléndida.

—Realmente admirable, sí, señor.

—No me había fijado —comentó Adell disimulando la sonrisa tras su copa de *brandy*.

Un coro de risas celebró la ocurrencia.

—Su esposa debe de sentirse realmente indispuesta para perderse un acontecimiento como este.

Se hizo un silencio en el corrillo de hombres, seguido por algún carraspeo. Adell apartó el habano de su boca y observó de arriba abajo al joven que había hablado de manera tan poco afortunada. Ni tan siquiera conocía su nombre.

—Mi esposa, caballero —contestó con frialdad—, no soporta bien las muchedumbres. Por ese motivo, mi querida sobrina me acompaña para que no acuda solo a estos encuentros de sociedad.

Al darse cuenta de su indiscreción, el rostro del hombre enrojeció visiblemente. Parecía que con ello terminaba todo, pero Adell tan solo se estaba regodeando con su incomodidad. Tras una pausa, aceró su sonrisa y añadió.

—Estará de acuerdo conmigo en que la salud de mi esposa no le incumbe, ¿verdad? ¿O acaso es usted su médico?

—Eh, sí, señor. No, señor.

—¿Sí es usted médico y no está de acuerdo conmigo?

—Oh, no, no quería decir...

—Ah, ya veo. Expuesta su opinión, su presencia ha dejado de ser necesaria esta noche. Con seguridad, tendrá otros compromisos que atender. Tenga usted muy buenas noches.

Le dio la espalda y volvió la atención al resto de caballeros que, imitando al anfitrión, hicieron caso omiso de la expresión de súplica de su compañero. El joven dejó su copa y se dirigió abochornado hacia la salida, acompañado por un mayordomo que se había presentado a un gesto de Adell.

Como si nada hubiera ocurrido, el grupo retomó la conversación que mantenía unos minutos antes. Las revueltas en Cuba para los fletes de algodón y el encarecimiento en la producción de telas era un asunto de la mayor importancia. Adell era partidario de que se diera un buen escarmiento a los nativos; los demás caballeros asintieron inmediatamente.

En ese momento se armó cierto revuelo a las puertas del gran salón. Adell creyó que el joven inoportuno no había querido marcharse sin armar un poco de escándalo, pero al llegar a la entrada descubrió que no era así. Su último invitado había llegado por fin.

—Señor Amat, no esperaba verle tan pronto.

—Estoy seguro de que no —resopló Daniel.

Dos mayordomos vestidos de librea, como chambelanes de Luis XVI, lo retenían mientras él forcejeaba. El cochero de Adell estaba junto a la barandilla del principio de la escalera preparado por si era necesario.

—Señor Adell, este caballero no aparece en la lista de invitados pero ha insistido en pasar —explicó uno de los sirvientes.

—¿Sí? Qué extraño que no le cursaran invitación.

Daniel se soltó de los brazos de los lacayos y se encaró con Adell. Mostraba un estado deplorable. Había perdido el sombrero y el abrigo. Llevaba las ropas empapadas por la lluvia y el pelo se le pegaba al rostro. Convulsionado por la ira, gritó.

—¡Maldito bastardo! ¿Cómo se atreve a tocarla?

La orquesta se detuvo en medio de un compás y un inesperado silencio se adueñó del salón.

—No sé a qué se refiere.

—¿No? Además de cobarde es usted un hipócrita.

—¿Se atreve a insultarme en mi propia casa? Esto es inaudito —exclamó simulando un gran enojo. Se estaba divirtiendo.

—¿No me presentas, Bertomeu?

Julia se había acercado, como otros invitados, atraída por el bullicio. Sin rubor, repasó al recién llegado con los ojos entrecerrados.

—Querida, este hombre es Daniel Amat. Su padre falleció hace unos días y ha venido a Barcelona para su entierro, pero ya se marchaba —le explicó Adell.

—Oh, pobrecito.

La sonrisa que ofreció a Daniel no le hizo ninguna gracia al empresario. Se deshizo de su abrazo y la empujó hacia atrás.

—Vete a bailar.

Ella estuvo a punto de decir algo pero advirtió su mirada cargada de ira. Resistió la tentación de encogerse sobre sí misma. Fingió un gesto de desdén y se alejó en busca de una copa de champán.

—¿Trae a sus amantes a su propia casa? —le espetó Daniel.

Adell sonrió para sí. A su alrededor se iban congregando cada vez más invitados, los testigos que necesitaba. Todo salía según lo planeado. Observó que varios reporteros que estaban allí para cubrir el evento de sociedad sacaban apresuradamente sus libretas para tomar notas.

—¿Para qué ha venido exactamente, Amat?

—Quiero respuestas.

—¿Respuestas? ¡Ja!

—¿Por qué desea evitar que continúe con la investigación de mi padre? ¿Qué relación tiene con esos asesinatos?

Un murmullo se elevó alrededor de ellos.

—Entiendo que se refiere a los asesinatos de las pobres muchachas que publican los periódicos. ¿No estará acusándome de ser el *Gos Negre*? —Su carcajada se contagió entre los presentes—. Creo que ha perdido el juicio, señor.

—Usted y su central eléctrica están relacionados con esas muertes. Más pronto o más tarde responderá ante la justicia.

—Más bien considero que es usted quien debe ofrecernos explicaciones.

A Adell le encantó el desconcierto de su antiguo amigo.

—Díganos, ¿qué ocurrió hace siete años? ¿Cómo murieron su hermano y su prometida? Todos deseamos saberlo. Alguien que huyó como usted lo hizo debe ser culpable de algo. —Alzó los brazos de forma teatral.

Daniel advirtió entonces la cantidad de gente que les rodeaba, las miradas inquisitivas y expectantes que le dirigían. Su propia voz no sonó convincente.

—Aquello fue un... accidente.

—¡Un accidente! Qué oportuno. —Rió Adell—. Sabe, resulta una casualidad extraordinaria que su llegada haya coincidido con esos asesinatos de los que me acusa. A mí, que intento contribuir humildemente al progreso de esta ciudad con mi esfuerzo y mi dinero.

Un coro de asentimientos siguió a sus palabras.

—Cuéntenos —insistió Adell—. ¿Cuál es el verdadero motivo, tras años desaparecido, que le ha hecho volver a Barcelona? ¿Acaso no será usted en realidad ese demonio perruno?

—Sabe que no —contestó Daniel cerrando los puños—. Sin embargo, alguien violento, capaz de perder el control hasta casi matar a un sirviente, es un buen candidato a convertirse en un asesino.

Adell perdió el color, pero mantuvo la sonrisa. Se aproximó a Daniel para evitar ser oído.

—Le avisé. No debía volver a verla. Usted me ha demostrado que mi esposa necesita mano dura. Tenga por seguro que esta vez no lo va a olvidar.

—Hijo de...

Daniel le soltó el puñetazo que Adell estaba esperando. Aun así, el golpe en el mentón fue más fuerte de lo previsto y acabó por los suelos. Una exclamación de horror surgió de los invitados. Se organizó un tumulto cuando los mayordomos se lanzaron sobre Daniel. En ese instante, haciéndose sitio en el corro de curiosos, apareció el inspector Sánchez ataviado con un traje de escocés. Su máscara repleta de brillantina le daba un aire muy poco marcial.

—Señor Adell, ¿este hombre le ha agredido?

—¿Usted qué cree, cretino? —le contestó desde el suelo el empresario—. ¡Haga su trabajo!

El inspector, avergonzado por el insulto, carraspeó e hizo un gesto a dos guardias que esperaban tras la puerta.

—Señor Amat, queda usted detenido.

Antes de que Daniel pudiera protestar, el cochero de Adell apareció a su espalda y le golpeó con una porra en los riñones. El dolor le hizo caer de rodillas. Tras un segundo impacto en el cuello, la sala empezó a dar vueltas. Apenas sintió dolor cuando cayó de bruces contra al suelo.

Julia, que había vuelto al escuchar el alboroto, ahogó un grito y se abrazó a Adell. El empresario esta vez no la rechazó.

—Guarde esa porra, señor mío —se adelantó el inspector intentando recuperar autoridad—. No necesitamos su ayuda.

El fornido conductor se limitó a encogerse de hombros y retirarse a un lado mientras los guardias alzaban a Daniel, aturdido, y lo engrilletaban. Adell se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Sabe? También adquirí la casa de su familia, esa ruina que se cae a pedazos. —Hizo una pausa—. Recuerde esto cuando esté disfrutando de su celda: todo lo que era suyo ahora es mío, definitivamente.

52

—Señor Gilbert, tome asiento, por favor.

La voz del decano resonó tan grave y con tanta fuerza como solía en las salas del hospital. Pau se sentó en una de las dos sillas libres. Enfrente la miraban los rostros circunspectos del resto de la Junta de la Universidad.

El despacho era una habitación circular que, como el resto del edificio, tenía amplios ventanales ojivales enmarcados entre columnas. Pau admiró la colección de antiguos instrumentos quirúrgicos expuestos y el esqueleto completo de los tiempos en que los cementerios proveían material para las clases de anatomía. Dio un respingo al reconocer la reproducción de uno de los grabados del *De Humani Corporis Fabrica* de Vesalio que colgaba de una pared. Dejó de fisgar y apretó contra sí la bolsa en la que guardaba el manuscrito.

Pau desconocía por qué le habían hecho venir. Tras despedirse de Amat, se dispuso a volver al Raval para refugiarse en las habitaciones de Dolors. Sin embargo, antes decidió acercarse al hospital para obtener alguna noticia del estado de la pequeña. Quería comprobar en persona la regresión completa de la tuberculosis. En el vestíbulo, un ordenanza le comunicó que la estaban buscando.

Al encontrar reunida a la Junta al completo y descubrir la presencia del profesor Gavet, se temió que las excusas para justificar sus ausencias de los últimos días no hubieran sido bien recibidas.

—Señor Suñé, puedo explicarle...

El decano alzó la mano pidiendo silencio.

—Señor Gilbert, gracias por venir. —Hizo una pausa para coger aire. Fuera cual fuese el asunto, le provocaba una incomodidad

considerable—. Es usted un estudiante modelo. Todos los presentes le tenemos en gran consideración, aunque por momentos sea usted demasiado impulsivo y tome decisiones controvertidas por su cuenta y riesgo. Su actuación con la niña aquejada de tuberculosis fue de un atrevimiento excesivo. Tuvo suerte de que funcionara su tratamiento, aunque puso en peligro a todo el hospital al no consultar a nadie.

Pau asintió con la cabeza. ¿Se habían arrepentido de su primera decisión y pensaban sancionarle de modo más grave?

—Bien. No es este el motivo por el que lo hemos hecho venir —continuó Suñé—. En las últimas horas nos han informado de que existe un complot contra usted, cuyo objeto es dañar su reputación y con ella la de la universidad, ¿sabe de qué le hablo?

No le hizo falta disimular su sorpresa.

—No, señor. No tengo idea.

—Claro, claro. Es comprensible. Ni yo mismo sé muy bien por dónde empezar. Se trata de un asunto ciertamente embarazoso.

—Inverosímil —intervino el profesor Segura, ajustándose el chaqué—. No se pueden permitir esta clase de mentiras, y mucho menos que se ponga en entredicho el prestigio de esta facultad.

—Supone un escándalo mayúsculo —añadió preocupado su colega Llompart.

—Realmente grave.

—S-señores, señores —les interrumpió Gavet—. Para la t-tran-tranquilidad de todos y del mismo señor Gilbert, aquí presente, d-de-deberíamos plantear de una vez por todas la c-cuestión.

—Tiene usted razón, profesor —afirmó el decano—. Por favor, háganle entrar.

Llompart se levantó y abrió la puerta. Fenollosa entró en el despacho con paso resuelto. Mantenía los labios tan apretados que se le marcaban en blanco. Sin mirar a Pau, saludó con una inclinación de la cabeza a los profesores y se acomodó en la única silla vacía.

Pau intentó mostrarse tranquila, a pesar de que por dentro se estremecía a causa de los nervios. Advirtió que todos intentaban disimular su malestar excepto Gavet. El profesor, recostado en la

silla, parecía divertirse. Su mirada sonriente iba de ella a Fenollosa y volvía.

—Esta mañana —empezó Suñé llamando la atención de Pau—, el señor Fenollosa, aquí presente, vino a mi despacho especialmente alterado. Este joven ha demostrado ser un excelente compañero. Actuando en su defensa y preocupado por nuestra institución, me ha comunicado que se están difundiendo en el entorno de la universidad y el hospital unos rumores malintencionados sobre usted.

El decano respiró hondo antes de continuar.

—Esas calumnias afirman que, en realidad, usted es una... una mujer —carraspeó incómodo.

Los profesores se removieron sobre las sillas. Pau sintió que el pulso se le aceleraba y sus mejillas ardían. Suñé siguió hablando, ignorando su reacción.

—Por descontado es algo totalmente absurdo, pero en las actuales circunstancias no podemos ignorar las repercusiones que chismes de este tipo puede tener para su persona y para la misma universidad.

Pau observó de reojo a Fenollosa en la silla contigua. Su expresión preocupada casi parecía real.

—¿En qué se fundamentan dichos... rumores? —preguntó Pau intentando controlar el temblor de su voz.

—¿Señor Fenollosa?

—Eh... bien. Hace unos días, iba de vuelta a mis habitaciones y por pura casualidad observé desde una ventana que mi compañero, aquí presente, mantenía un altercado con un mendigo cerca de las puertas del hospital. Llegué tarde para auxiliarle entonces, pero al cabo de unos días volví a encontrarme al mismo individuo rondando por las calles cercanas. Pensé que de nuevo pretendía molestar a Gilbert, por lo que le abordé con intención de disuadirlo. Cuando me disponía a recriminarle sus actos me suplicó que le escuchara. Me contó que era un viejo conocido de mi compañero, un antiguo sirviente de su casa. Aun así, le dije, no tenía derecho a importunar a su antiguo patrón. Ante mis palabras se echó a reír, diciéndome que el señor Gilbert nunca podría ser su patrón, pues era en realidad

una mujer y se iba a encargar de que todo el mundo lo supiera. Le acusé de miserable por ensuciar el buen nombre de mi compañero. Me decidí a llevarlo al cuartel más cercano de la guardia municipal, pero se zafó de mí y huyó.

—¿Tiene algo que decir, señor Gilbert?

—Lo admito, conozco a ese hombre. Hace años sirvió en mi casa. Fue despedido cuando descubrimos que había forzado a una muchacha contra su voluntad. Me abordó para solicitarme dinero.

—Parecía saberlo todo sobre usted, Gilbert —dijo Fenollosa mirándola por primera vez—. Ese indeseable está decidido a perjudicarle.

Fenollosa había planteado el asunto con astucia. Si ella conseguía mantener que era un hombre, él sería felicitado pues habría intervenido para evitar el daño en la reputación de un colega. Y si no lo conseguía, Fenollosa habría puesto al descubierto un fraude y protegido a la universidad del desprestigio, provocando su expulsión al mismo tiempo.

—Su compañero tiene razón —concedió el decano—. Este lamentable asunto conviene resolverlo con presteza. Aunque sea una petición ridícula, Gilbert, por favor, denos su palabra de que usted... —tosió— no es una mujer.

—¿Mi palabra?

—Sí, y daremos por zanjado el asunto.

Algunos de los profesores confirmaron con un gesto su acuerdo, todos querían terminar con aquello lo antes posible. Pau respiró aliviada. Iba a salir mejor librada de lo esperado. Se aprestaba a contestar cuando Fenollosa saltó de su asiento.

—No es suficiente.

El decano no ocultó su sorpresa.

—Siéntese y explíquese.

—El rumor de que una mujer se hace pasar por hombre en la universidad se extiende ya por comercios y tabernas. Incluso entre los mismos compañeros se habla de ello con preocupación. En menos de una semana, se propagarán decenas de chismes con el desprestigio consiguiente. Muchos enfermos no querrán ser

atendidos o evitarán acercarse al hospital. Es necesario actuar más enérgicamente para acallar esas habladurías de raíz.

El decano negó con la cabeza; no obstante, el resto de profesores pareció tomarse más en serio las palabras del joven.

—Está en lo cierto —afirmó Segura pensativo—. No debe existir ninguna duda.

—Sería de lo más c-co-conveniente —apostilló Gavet mirando a Pau con ojos divertidos.

El decano observó a Fenollosa con reproche y suspiró.

—¿Alguna sugerencia, Gilbert?

Pau enmudeció. Desde la intervención de Fenollosa intentaba encontrar una salida a la trampa que le había tendido tan hábilmente su compañero, pero no se le ocurría nada. Quizá si conseguía retrasar el asunto unas semanas, hasta después de los exámenes, al menos ganaría tiempo.

Entonces Fenollosa intervino de nuevo.

—Se me ocurre una posible solución, señor.

—Diga, diga, pero sea breve. No quiero perder más tiempo con esta charada.

—Para evitar suscitar la idea de que a la universidad le preocupan esta clase de calumnias sería conveniente conducirse con sutileza. Organicen una lección de anatomía en el anfiteatro, abierta al público. El señor Gilbert tan solo tiene que prestarse voluntario a un simple reconocimiento médico y mostrar su pecho desnudo ante todos los presentes. Los estudiantes, el profesorado y el resto de asistentes atestiguaremos que el señor Gilbert es quien dice ser y ya nadie lo pondrá en duda.

—No me termina de gustar, pero no encuentro otro modo —aceptó Suñé.

—Podríamos esperar a la finalización de los exámenes trimestrales —sugirió Pau con un hilo de voz.

—Sería demasiado tarde —apuntó con una sonrisa Fenollosa—. El daño a la reputación de la universidad sería irreparable.

—Tiene razón —zanjó el decano—. Hagámoslo cuanto antes para poder volver a nuestras ocupaciones. Señores, dentro de tres días celebraremos el acto y daremos fin a tanto dislate.

Pau sintió cómo una grieta se abría bajo sus pies. Siempre había temido ser descubierta, y aunque se había dicho decenas de veces que podía ocurrir en cualquier momento en realidad no estaba preparada para ello. Se levantó de la silla y alzó la barbilla, fijando los ojos húmedos sobre los cinco hombres que la observaban sorprendidos. Ya no se molestó en impostar la voz.

—No va a ser necesario.

—¿Qué quiere decir?

—Caballeros, los rumores son ciertos.

—Gilbert, si se trata de una broma sepa que es de muy mal gusto.

—No estoy bromeando, señor. Soy una mujer.

El decano y los profesores la miraron paralizados. Un incómodo silencio se extendió en la habitación, hasta que el profesor Martorell se alzó con un arrebato furioso.

—Pero... ¡es inaudito!

—No puedo creerlo —profirió Segura escudriñando a Pau de arriba abajo en busca de algo que delatara su condición femenina.

Suñé abría y cerraba la boca sin decidirse a hablar o no, mientras el profesor Llompart se agarraba a su asiento a punto de caerse.

—Las mujeres no... no pueden ser médicos, y mucho menos cirujanos —exclamó con voz trémula por la indignación—. Es, resulta algo..., algo inconcebible. ¡Por Dios! Su carácter no está preparado, su mente es claramente limitada. Su lugar es el hogar, la familia. ¿En qué demonios estaba pensando?

—¿Cómo ha podido? Menuda desfachatez.

—¡Qué atrevimiento!

—B-Bueno, bueno, caballeros —dijo Gavet—. Atempérense.

—El profesor tiene razón, intentemos calmarnos —intervino por fin Suñé. En la expresión del decano Pau creyó ver un destello de admiración, pero enseguida se eclipsó—. Se trata de un anuncio cuanto menos inesperado. Esto lo cambia todo. Ha falseado sus credenciales, ha engañado a esta institución y a sus profesores, y en general se ha aprovechado de nuestra confianza. Ha cometido una falta gravísima.

—Sí, señor —respondió Pau con voz firme.

—¿Tiene algo que decir en su defensa?

—Lamento que se hayan sentido burlados. En mi ánimo nunca tuve la intención de producir daño alguno al prestigio de la universidad ni a mis compañeros. Pero no esperen arrepentimiento. No me permitieron tomar otro camino. Piensen lo que piensen, una mujer puede ser tan buen médico como un hombre.

Nadie respondió a sus palabras, pero sus miradas hablaban por sí solas. El decano parecía haber envejecido diez años.

—Por el momento, está usted suspendido, quiero decir... suspendida... de toda actividad académica de modo inmediato. Tiene prohibido salir de sus habitaciones hasta nuevo aviso. Entretanto, intentaremos encontrar una salida lo más satisfactoria posible a este asunto. El profesor Gavet le acompañará.

Pau se dirigió hacia la puerta. Fenollosa la observaba con expresión radiante, visiblemente encantado por cómo se habían desarrollado los acontecimientos. Ella no le iba a dar ninguna satisfacción y ni tan siquiera le miró.

—Disculpe, Gilbert. —La voz del decano la detuvo—. Tengo una última cuestión. Siempre tuve intención de preguntárselo, pero no se presentó la oportunidad. Conocí hace muchos años al doctor Francesc Gilbert. Tiene usted un gran parecido. ¿Acaso...?

Pau consiguió que su voz no temblara.

—Sí, señor, era mi padre.

—Ah —asintió meditabundo—. Un excelente médico, Gilbert, excelente. Como podría haberlo sido usted. Lástima que sea mujer.

—Lástima que ustedes sean hombres.

El profesor Gavet mantuvo la puerta abierta mientras Pau salía del despacho.

Avanzaron por el pasillo acompañados por el golpeteo rítmico del bastón de Gavet, que recordaba a un tambor anunciando la cercanía del cadalso. Pau no sentía nada, como si hubiera inhalado éter y flotara entre las paredes, que se retorcían y doblaban a su paso.

Se sorprendió al descubrir que, a pesar de lo ocurrido, su mente volvía otra vez al manuscrito de Vesalio y empezó a reflexionar acerca de las revelaciones del día anterior. En algún lugar de Barcelona un asesino esperaba paciente a una nueva víctima. Si no descubrían el modo de detenerlo, otra muchacha moriría. Había considerado explicarlo todo a la Junta, pero tras descubrir que les había engañado no tenía ninguna esperanza de que la creyeran.

La voz del profesor Gavet la sacó de sus reflexiones.

—Q-Quiero expresarle que s-s-se ha ganado mi admiración.

—Es muy amable, profesor.

—Ci-ciertamente, querida, ha demostrado un va-valor extraordinario. P-podemos considerarla nuestra Agnócide p-particular.

Pau asintió, conocía la historia: en el año trescientos antes de Cristo, una mujer ateniense se disfrazó de hombre para estudiar y ejercer la medicina. Salvó la vida a centenares de personas antes de ser descubierta. Condenada a muerte, fue salvada por sus pacientes, que amenazaron con inmolarse con su sanadora. En este caso, ella no tenía a nadie que la apoyara. Nadie iba a salvarla. Estaba sola. Completamente sola.

53

El lugar, de techo bajo y paredes grises, apenas permitía respirar. El mobiliario era exiguo: una mesa y tres sillas desgastadas, un par de archivadores y una percha de la que colgaban una chaquetón y un paraguas. La única luz procedía de una lámpara a medio gas sobre el escritorio, pues no había ninguna ventana.

Daniel estaba sentado en el centro de la habitación. Le habían dejado el abrigo puesto y estaba sofocado por el calor. Además, las muñecas le dolían allí donde se le clavaban los grilletes de hierro. Al otro lado de la mesa se sentaba el inspector Sánchez. El policía revisaba sin prisas unos papeles mientras masticaba un altramuz. Dos guardias esperaban tras Daniel.

El acceso de furia que le había llevado a presentarse en la fiesta se había desvanecido y su lugar lo ocupaba un sordo sentimiento de impotencia. Había sido un estúpido al caer en las provocaciones de su antiguo amigo.

—Señor inspector, admito mi falta al irrumpir en casa del señor Adell sin haber sido invitado, sin embargo no encuentro motivo para ser retenido y tratado como un criminal.

El inspector dejó a un lado los papeles y fijó sus ojos diminutos en Daniel.

—Señor Amat, no esperaba esto de usted.

Escupió la piel del altramuz, que golpeó el borde de la bacina y cayó al suelo. Fastidiado, se levantó de la silla y movió su corpachón al otro lado de la mesa hasta quedar frente a Daniel.

—Debo admitir mi asombro. Asesinar a todas esas mujeres no es tarea fácil. Dígame, ¿por qué lo hizo? ¿Se trata de alguna clase de locura?

—¿Cómo dice...?

Un guardia se movió a su espalda. El golpe en el costado a punto estuvo de hacerle caer del asiento. Estupefacto, Daniel se afirmó de nuevo en la silla mientras el dolor en las costillas daba paso a un incómodo hormigueo.

—Las preguntas las hago yo. Usted tan solo responda —comentó Sánchez como si no hubiera pasado nada.

—No puede... —murmuró Daniel.

El inspector chasqueó la lengua repetidas veces antes de contestar con tono helado.

—Puedo hacer lo que me venga en gana.

—No...

El segundo golpe fue tan imprevisto como el primero, y esta vez Daniel cayó de rodillas al suelo. Los sonidos de la habitación se distorsionaron como en un viejo gramófono. Bajo sus piernas, entre las baldosas del suelo, distinguió una mancha de color carmesí que no había visto al entrar; entendió entonces la función del lugar y el motivo por el cual no había ventanas. Los dos guardias le agarraron y volvieron a sentarlo. A pesar del calor, contuvo un escalofrío. La voz del inspector retumbó en sus oídos, que todavía zumbaban por los golpes.

—No se esfuerce, Amat. Sé quién es usted.

—¿De... qué está hablando? —preguntó aturdido.

—Le hemos desenmascarado. Lo sabemos todo. No obstante, puede ahorrarse algunos momentos desagradables si confiesa.

—¿Confesar?

—¡Joder, Amat! ¡Si incluso se las ha apañado para asesinar a otra muchacha antes de su aparición en la fiesta del señor Adell!

El inspector se deleitó con su expresión de desconcierto.

—No lo niegue. Como las otras, descuartizada y quemada como un perro. En esta ocasión una conocida suya. No pudo resistirse conociendo que compartía cama con su amigo el periodista, ¿verdad? Ese hombre le odia tanto ahora mismo que si le dejara diez minutos con él sería capaz de matarle con sus propias manos.

Daniel le miró asombrado. ¿Dolors? ¿Muerta? Dios mío. ¿Cómo había ocurrido? ¿Se trataba de una terrible coincidencia o por el contrario el asesino sabía que alojaba a la muchacha? De repente

temió por Pau. A sabiendas de que lo haría más sospechoso preguntó.

—¿No ha aparecido ningún otro cuerpo?

El inspector entrecerró los ojos, suspicaz.

—Dígamelo usted. ¿Debemos esperar un nuevo cadáver?

—¡No!... ¡No lo sé!

—¿Cómo no va a saberlo? ¡Usted es el responsable de esas muertes!

Daniel enmudeció. En parte era cierto. Él era el culpable de todo aquello. Si hubiera abandonado la investigación de su padre, Dolors no estaría muerta ni Pau acosada por un asesino, ahora desconocido. Incluso si no hubiera vuelto a Barcelona, no habría puesto en una situación tan delicada a Irene. Se desplomó sobre la silla y se cubrió la cara con las manos.

—Mientras pierde su tiempo conmigo, el verdadero asesino está libre y dispuesto a matar de nuevo —murmuró.

—Amat, su comedia ha terminado. Las pruebas son irrefutables.

El inspector se apoyó en la mesa con expresión satisfecha. Su mano sostenía en el aire el alfiler de corbata.

—¿Lo reconoce? Tiene sus iniciales.

Daniel asintió con la cabeza.

—¿Dónde lo han encontrado?

—La última mujer asesinada lo tenía en su mano. Al parecer se resistió lo suficiente como para arrancárselo mientras acababa con su vida.

—¡No es cierto! Ese pasador me lo sustrajeron junto al equipaje cuando llegué a Barcelona.

—¡Cómo no! Por supuesto. Ahora que lo nombra, verá, todos nos sorprendimos con su regreso después de tantos años desaparecido. Fue algo tan... inesperado. Cuénteme, ¿cómo tuvo noticia de la muerte de su padre?

—Ya se lo dije cuando vine a verle, recibí un telegrama...

—Oh, sí. Usted me contó que la señora Adell le escribió un telegrama. Mire por dónde, lo hemos comprobado y es falso. Ella desconocía su paradero, jamás se puso en contacto con usted.

—¡Le aseguro que ese telegrama existe!

—No tendrá inconveniente en mostrármelo.

Daniel negó cabizbajo.

—Desapareció tras el robo en las habitaciones del colegio.

—¡Qué oportuno! Mire, admito que ha sido usted muy hábil, pero más pronto o más tarde debía cometer un error.

El inspector empezó a dar vueltas alrededor de Daniel y rememoró la versión de los hechos que había acordado con Adell.

—Para empezar, usted se encuentra en Barcelona desde hace meses, y no unos pocos días como nos quiere hacer creer. Estoy seguro de que si indagamos en las pensiones del distrito de la Lonja o de la Barceloneta, encontraremos registrado en una de ellas, bajo un nombre falso, por supuesto, a un caballero que se ajusta perfectamente a su descripción. —Cruzó los brazos a la espalda y continuó—. De este modo, usted se mantuvo de incógnito en la ciudad mientras ejecutaba sus actos criminales, hasta que su padre descubrió su regreso e implicación en los asesinatos. Entonces no tuvo más remedio que matarlo antes de ser descubierto. Fue toda una complicación, ¿verdad?, pues a diferencia de las muchachas su padre era un hombre conocido y su muerte no iba a pasar desapercibida. Sin embargo, le sonríe la suerte y se considera oficialmente un accidente. Por un tiempo respira aliviado, hasta que conoce la existencia de un periodista que está al tanto de las investigaciones de su padre y piensa que más pronto o más tarde le pondrá en peligro. Decide entonces hacer su aparición como hijo pródigo que tras años en el extranjero asiste consternado al entierro de su progenitor. Así usted reafirma su estupenda coartada. Todo el mundo cree que acaba de llegar a Barcelona, una argucia muy hábil aunque con un cabo suelto, pues para justificar cómo había llegado a su conocimiento la muerte de su padre se ve obligado a inventar el famoso telegrama.

—En el Magdalene College pueden acreditar que en esas fechas me encontraba en Inglaterra.

—Por supuesto —afirmó el inspector, que movió la mano para espantar una mosca—, ya hemos solicitado esa información. Y estoy seguro de que la respuesta le dejará en evidencia. Permítame ahora continuar con mi exposición.

Se inclinó hacia Daniel.

—El problema surge tras el entierro: no tiene una excusa válida para continuar en Barcelona, como es su deseo. En ese instante, la suerte le vuelve a ser favorable. Tras su encuentro con Bernat Fleixa, en el que le cuenta las indagaciones realizadas por su padre y le solicita ayuda para resolver los crímenes, traza otro inteligente plan. Uniéndose al reportero, denuncia que su padre había encontrado al responsable de los asesinatos, un tal doctor Homs, un hombre de mente perturbada huido del sanatorio de Nueva Belén y que habría asesinado a su progenitor al verse descubierto. No podría haber inventado una mentira mejor.

»Usted se declara dispuesto a perseguirlo para vengar la muerte de su padre, incluso se presenta ante mí e insiste de forma apasionada en atrapar a ese sujeto. De este modo construye una coartada muy sólida que le permite quedarse en la ciudad y proseguir con absoluta frialdad sus asesinatos.

—¿Está loco? ¿Qué motivos me llevarían a querer matar a las muchachas? Todo esto no tiene ningún sentido.

—Los mismos motivos por los cuales huyó a Inglaterra hace siete años. Entonces mató a su prometida y a su propio hermano, e incendió la casa familiar para ocultar su crimen. Gracias a la influencia de su padre consiguió salir indemne de aquel incidente, aunque se vio obligado a marcharse fuera del país. He oído que en Londres se han producido unos truculentos asesinatos muy similares a los de aquí. No me extrañaría nada su participación en los mismos y que, viéndose acorralado por las autoridades inglesas, se haya visto obligado a volver. He remitido a Scotland Yard un requerimiento en este sentido.

El rostro de Daniel empalideció.

—Nada de lo que afirma tiene ni pies ni cabeza. No se sostiene por ningún lado.

—Todo está aquí escrito —continuó el inspector señalando un papel sobre la mesa—. Es su confesión. Estampe su firma con esta pluma y habremos terminado.

—No pienso firmar ninguna confesión. ¡Nada de lo que ha contado es cierto!

Los dos guardias, obedeciendo un gesto de su superior, extrajeron sus porras y se abalanzaron sobre Daniel. Los primeros golpes le dejaron sin aire. Cayó al suelo y se ensañaron con él. Le crujió una costilla y algo se rompió en su codo izquierdo. A punto de desmayarse, lo alzaron del suelo y le obligaron a sentarse de nuevo sobre la silla.

—Amat, esto resulta enormemente desagradable. —La voz del inspector se volvió comprensiva—. Si accede a rubricar la confesión me encargaré personalmente de que le conmuten el garrote por enajenación mental, es posible que consiga ingresar en el sanatorio de Nueva Belén con los otros chalados. Ya conoce el lugar.

—Yo... no... las maté. Están... cometiendo un error.

—¡Admirable, Amat! Lo tiene todo perdido y todavía intenta hacernos creer sus fantasías.

A una seña suya, los guardias alzaron a Daniel hasta la mesa. El inspector dejó la pluma sobre el documento y rebuscó en su pantalón. Impaciente, extrajo el cortapuros e indicó a los guardias que levantaran las manos engrilletadas del prisionero. Uno de los hombres negó con la cabeza.

—Ha perdido el conocimiento.

54

Tras abandonar el despacho del decano en compañía del profesor Gavet, la realidad se impuso con toda su crudeza. Había conseguido mantenerse entera frente a los profesores y Fenollosa, pero ahora, en la soledad de su habitación, fue consciente del alcance de lo ocurrido y dejó salir el llanto que llevaba tanto tiempo retenido.

Estaba acabada. Su carrera como médico había terminado. La expulsión era una simple formalidad que harían efectiva en unos días. Todavía podía considerarse afortunada si su situación no empeoraba. La universidad podía denunciarla por las falsas credenciales de Edimburgo, lo cual podía acarrearle consecuencias muy graves.

Pasaron unos minutos y, más sosegada, intentó reflexionar sobre su situación. Estar confinada en su habitación era una tortura; no obstante, no debía dejarse llevar por la desesperación y seguir compadeciéndose. Necesitaba hacer algo. Pensar en otra cosa.

Se dirigió con resolución al escritorio donde descansaba su bolsa. Extrajo el manuscrito de Vesalio junto con las notas que había tomado en el encuentro con Amat y Fleixa, y lo colocó todo con cuidado sobre la mesa.

Abrió las antiguas páginas con la sensación de estar frente a un viejo conocido. Las constelaciones brillantes de números y símbolos habían desaparecido de nuevo y en su lugar los grabados mostraban su siniestro aspecto habitual. Consultó sus cuartillas y volvió a leer el texto donde se detallaba la necesidad de una gran fuente de energía. ¿Qué objeto perseguía aquel proceso? ¿Qué relación tenía con la muerte de las mujeres? De nuevo tuvo la impresión de que el *Liber Octavus* no estaba completo, y que conocerían la respuesta a esas preguntas de haberlo estado.

Exhaló un suspiro antes de continuar releyendo.

Solo la casualidad les había hecho descubrir dónde se ocultaba el libro secreto. Vesalio había sido muy hábil, pues había despistado a sus enemigos durante trescientos años, utilizando todos sus grabados para introducir el texto codificado.

Un momento. Todos no.

Pau contuvo la emoción mientras pasaba las hojas con la premura que le permitía la delicada vitela. Los nervios le hicieron equivocarse y tuvo que volver en varias ocasiones atrás, hasta que por fin encontró lo que buscaba.

Frente a sus ojos, un esqueleto visto de perfil y acodado sobre un pedestal de piedra mantenía una mano sobre un cráneo en actitud pensativa. Recordaba bien aquella lámina, una de las más célebres de la *Fabrica*. Era la única en la que no habían encontrado ningún símbolo marcado con la tinta invisible. ¿Era casual o por el contrario poseía algún significado?

Meditó sobre lo que la diferenciaba de los otros grabados y tras compararlos durante unos minutos cayó en la cuenta de que era el único que incluía una inscripción.

En el basamento, Vesalio había incluido un sencillo texto en latín. La letra era diminuta. Buscó en los cajones de su escritorio con creciente nerviosismo. Al fin encontró una lente de aumento, la aplicó sobre el dibujo y leyó.

Vivitur ingenio, caetera mortis erunt.

Pau, emocionada, recordó la traducción de Amat en voz alta. «Solo a través de su ingenio puede el hombre vivir eternamente.» La excitación se adueñó de ella. ¡La misma frase que se repetía obsesivamente en las paredes del laboratorio secreto del doctor Homs! ¡La misma que utilizó el doctor Amat para indicarle a su hijo dónde encontrar el cuaderno de Homs! No podía ser fortuito, aquello significaba algo. Pero ¿qué?

La composición del grabado acompañada de la frase en principio pretendía mostrar que el esqueleto meditaba acerca de la resurrección, proclamando que las obras maestras del espíritu son tan imperecederas como el propio espíritu, pero ¿acaso incluía otro sentido oculto relacionado con el secreto del manuscrito?

Sus ojos se detuvieron entonces en el número de página que aparecía en la esquina de la hoja. El seiscientos noventa y seis. Recordó las palabras de Fleixa acerca de un error en el paginado. El periodista se refería a aquella misma lámina. Revisó la página siguiente y la anterior y, sorprendida, confirmó que Fleixa tenía razón. El dígito estaba equivocado.

No era extraño. Se cometían muchos fallos de imprenta en la época, pero en aquel ejemplar era la única lámina que presentaba un desliz semejante. Vesalio se había mostrado muy diestro ocultando las pistas. Y sobre todo meticuloso. No podía ser accidental.

Siguiendo el hilo de sus pensamientos, buscó la verdadera página seiscientos noventa y seis. Fue pasando hojas hasta llegar al final del manuscrito. Se detuvo decepcionada. Tras el seiscientos noventa y cinco no había más páginas. Otro callejón sin salida.

Se recostó en la silla y cerró el manuscrito, decidida a abandonar aquella búsqueda estúpida, cuando una idea empezó a forjarse en su mente. Era descabellado, pero tenía que comprobarlo.

Le dio la vuelta al libro. Buscó alguna anomalía en la encuadernación en cuero, aunque no descubrió nada extraño. Examinó el espacio entre la guarda y la sobrecubierta, y sus yemas acariciaron el papel interior. De pronto detuvo su mano. Había notado un sutil cambio en la textura.

El grosor de la sobrecubierta parecía ligeramente mayor que el de la cubierta. Excitada, se irguió en la silla y volvió a comprobarlo comparando ambas partes del manuscrito. Efectivamente, existía una diferencia de espesor. Pasaba desapercibido si no se buscaba ex profeso.

Extrajo un abrecartas de un cajón. Apoyó la punta entre la vitela y el cuero, pero cuando estaba a punto de hundirlo en el libro se detuvo. ¿Qué estaba haciendo? Aquel manuscrito tenía un valor incalculable y ella se proponía dañarlo basándose en una simple corazonada. Era una locura. ¿Y si se trataba de una errata de

imprenta y todo eran imaginaciones suyas? Habría destrozado un tesoro inútilmente.

Se mordió el labio, cerró los ojos y hundió la hoja hasta la empuñadura. Luego tiró hacia ella y rasgó de arriba abajo la guarda. Con un suspiro, dejo a un lado el abrecartas e introdujo la mano en la hendidura abierta.

No encontró nada.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Empezó a pensar que había cometido un tremendo error. Buscó hasta tensar la vitela al máximo. Nada. Alargó la mano todo lo que pudo, producto ya de la desesperación, y de pronto, cuando ya no lo esperaba, sus dedos chocaron con algo. Contuvo la respiración y despacio, para no dañar más el libro, aferró su hallazgo y sacó la mano.

Temblorosa a causa de la emoción, observó con incredulidad la hoja de pergamino que sus dedos sostenían. El sello de cera con el escudo de la Universidad de Padua, donde Vesalio ejerció de profesor, relucía como si en lugar de los siglos que habían transcurrido acabaran de estamparlo. Pau no podía esperar. Rompió el lacre y, con sumo cuidado, desdobló el pergamino sobre la mesa.

Un extraordinario grabado se extendió ante sus ojos.

En el centro de la imagen, Vesalio señalaba el pecho abierto del cadáver de un hombre tendido sobre una mesa a su izquierda. De la cabeza, pecho, ingles y extremidades, marcadas con unos círculos y símbolos, surgían una especie de cuerdas que, unidas, terminaban en una gran cápsula que se alzaba junto al anatomista. Otras cuerdas diferentes salían del artilugio y colgaban del techo entre volutas y angelotes. Con un respingo, reconoció la enigmática máquina descrita en el *Liber Octavus*.

Alrededor de la escena estaban dispuestos varios recipientes sobre peanas de piedra, probablemente incensarios, pensó. Dos figuras suspendidas en el aire rodeaban la cabecera del cadáver, un esqueleto cubierto por un manto y portando en la mano una guadaña, y una joven envuelta en una toga que acariciaba la frente del cadáver. El detalle y belleza del dibujo superaban ampliamente cualquiera de los otros grabados del manuscrito. Acarició con reverencia el pergamino. En ese instante, se dio cuenta de que, sin

ninguna duda, la última persona que había visto aquella lámina antes que ella había sido el propio Vesalio.

Advirtió entonces que en el reverso del pergamino había un fragmento de texto. Era un pasaje en latín titulado *vitalis punctis*. Empezó a traducirlo, transcribiendo en una cuartilla el resultado. Su latín no era tan notable como el de Amat, pero poco a poco las frases fueron tomando forma. Media hora más tarde, hizo una pausa para revisar su trabajo.

Al leer la traducción tragó saliva. Era imposible. Tenía que ser una equivocación. Releyó el texto una segunda vez y observó de nuevo el grabado. Entonces lo entendió todo.

Acababa de descubrir el fragmento que completaba el *Liber Octavus*.

Comenzó a recoger con rapidez sus notas, el pergamino y el manuscrito. A duras penas conseguía controlar el temblor de sus manos. Amat y Fleixa debían conocer su contenido cuanto antes. No podía esperar a la mañana siguiente. Lo guardó todo dentro de su bolsa y se levantó. Tenía prohibido abandonar sus habitaciones, pero ya no importaba. Al fin y al cabo, iban a expulsarla de igual modo.

Cuando se colgó la bolsa del hombro intuyó un movimiento a su espalda. Un pinchazo le hizo dar un grito. Se volvió a tiempo de ver como una sombra se abalanzaba sobre ella. Intentó alcanzar el abrecartas, pero una inesperada fatiga le arrebató las fuerzas y sus piernas se negaron a sostenerla. Su atacante evitó que se derrumbara. Quiso pedir auxilio, aunque de su garganta tan solo surgió un sonido ahogado. Únicamente pudo abrir los ojos con sorpresa al reconocer a su agresor antes de hundirse en la inconsciencia.

55

Los ojos de los asistentes seguían con ansiedad el paso de los caballos que exhibían los mozos. Algunos intentaban adivinar cuál sería el más rápido o el más resistente mientras apuraban sus opciones para apostar, otros sonreían con suficiencia y estrujaban entre sus dedos los resguardos de sus apuestas.

Un muchacho vestido con traje a rayas y sombrero de paja, armado con un cono metálico para ampliar su voz, gritaba desde un atril los nombres de los animales, la cuadra a la que pertenecían y el nombre del jinete. En las ventanillas se afanaban en cerrar las últimas apuestas.

Los caballos piafaron y arañaron la tierra con los cascos al llegar a sus cajones mientras los jinetes mantenían la tensión de las riendas. Por un instante se hizo un silencio lleno de expectativas. De pronto, sonó un disparo y las puertas de los cajones se abrieron con un estampido. Los caballos partieron como una exhalación, perseguidos por el clamor de los asistentes que cubrían un cuarto de la grada del hipódromo de Can Tunis.

El vaso cayó sobre la mesa con estrépito y varias voces de desaprobación se alzaron a su alrededor. Fleixa les devolvió la mirada desde sus ojos hundidos y las protestas murieron enseguida. Indiferente al ambiente de rechazo, el periodista se limitó a llenar de nuevo el vaso hasta rebosar. Sin molestarse por el aguardiente que se derramaba entre sus dedos y caía al suelo, se lo llevó a los labios y, tras vaciarlo, volvió a dejarlo caer sobre la mesa llena de boletos rotos de apuestas. En su ropa se apreciaban manchas de sudor y restos de bebida y comida. La chaqueta a cuadros era un revoltijo en la silla sobre su canotier. Se mantenía sentado a duras penas

mientras levantaba el vaso con la mano vendada cubierta de restos de sangre.

Un joven camarero se acercó y suspiró antes de hablar.

—Disculpe, caballero, pero está provocando un escándalo.

—No digas ton... tonterías —contestó sin mirarle antes de vaciar otro vaso.

El chico se volvía hacia sus compañeros en busca de ayuda para desalojarlo del hipódromo cuando una mano se apoyó en su antebrazo.

—No hará falta, yo me ocupo.

Visiblemente aliviado, el camarero se retiró. Fleixa levantó la vista y parpadeó intentando enfocar los ojos. Aquel sitio tenía demasiada luz.

—¡Hom... hombre! Tómese algo.

Su voz se perdía entre eses y ges.

El inspector Sánchez le miró con evidente desagrado y luego observó a los ocupantes del resto de mesas; afortunadamente todos fijaban su atención en la carrera.

—Está borracho.

—Tremendamente. Sí, señor. ¿Quie... quiere acompañarme?

—Mi tiempo es escaso —contestó Sánchez mientras tomaba asiento frente a él y cruzaba las piernas con evidente impaciencia—. He recibido su mensaje ¿Qué tiene para mí?

El periodista, como si no lo hubiera oído, le tendió un vaso lleno de aguardiente. Sánchez lo aceptó para que no insistiera más. Cuando sus dedos se pegaron al cristal, lo dejó a un lado con una mueca de asco. Fleixa empezó a hablar con ansiedad mal disimulada.

—Dispongo de información..., de mucha información. Le valdrá la pena. Solo espero... espero que a cambio cumpla su palabra.

—Eso ya lo veremos.

Fleixa se irguió y lo miró por encima de sus lentes sucias.

—Co... conozco la identidad del asesino que se hace pasar por el *Gos Negre* y el lugar donde se esconde.

Sánchez se removió en su asiento y miró disimuladamente a los lados.

—El aguardiente le ha podrido la sesera. Ya tenemos al culpable: Daniel Amat.

—¿Le han... han detenido?

—Está alojado a pensión completa en la Presó Vella. No tardará en confesar sus crímenes. Ahora deme algo útil o irá a hacerle compañía a su amigo.

—Amat no es mi amigo, no, señor, no lo es. Por mí, pu... puede pudrirse en Amalia. Él tiene sus propias culpas que pagar, pero no es el asesino de las mu... muchachas, y usted lo sabe.

Fleixa intentó sin éxito volver a llenar un vaso. La botella vacía se le escurrió de las manos y rodó por la mesa. Con un gesto del policía, un camarero se acercó y trajo una nueva botella.

—Desembuche. Sin omitir detalle.

Entre tragos de aguardiente, durante los siguientes minutos Fleixa desgranó todo lo sucedido desde que conoció a Amat en el cementerio de Monjuich; el descubrimiento del cuaderno; la visita al sanatorio donde empezaron a sospechar que Homs era el asesino o las conclusiones a las que llegaron cuando consiguieron el manuscrito original de Vesalio. Sánchez tomaba notas, aún no muy convencido de que no fueran las fantasías de un borracho. Cuando Fleixa empezó a explicar el hallazgo del *Liber Octavus* el policía no pudo contenerse.

—¿Me está tomando el pelo? —Se guardó la libreta e hizo amago de abandonar la mesa.

—¡No! —Fleixa le retuvo del antebrazo, mirándole con los ojos fuera de las órbitas—. ¡El jodido manuscrito existe! Yo... yo mismo lo tuve en mis manos. Y también el secreto que ocultan sus páginas.

—Suélteme —le exigió Sánchez desembarazándose de su mano.

El reportero se limpió la boca con la manga y buscó a tientas el vaso. El inspector le acercó uno.

—Termine su historia. ¿A qué secreto se refiere?

—El manuscrito esconde las instrucciones para construir una misteriosa máquina que precisa un caudal extraordinario de energía...

La narración de Fleixa iba y venía. El inspector tuvo que acercarse a él, a pesar del hedor, para entender sus palabras.

—Ignoramos para qué sirve esa con... condenada máquina —continuó el reportero—, pero gracias a ese hallazgo dedujimos el lu... lugar donde se oculta el asesino.

Sánchez le instó a seguir con un gesto brusco. Fleixa le reveló entonces que Homs utilizaba las alcantarillas para desplazarse por la ciudad sin ser visto, lo que le permitía además acceder a la central eléctrica para abastecerse de la misma.

—A... al parecer, es el culpable de ciertos problemas en la cen... tral —le desveló para finalizar—, se corre el peligro de pro... vocar una explosión de tal magnitud que volará por los aires medio recinto de la Exposición.

—La inauguración es inminente —recordó Sánchez para sí—. Y la central estará a pleno rendimiento para entonces. —Se irguió en su silla y tiró a Fleixa de la pechera—. Dijo que sabía dónde se ocultaba. Hable.

—E... existe una galería abandonada, próxima al subsuelo de la Exposición, el asesino se oculta allí. En la Barceloneta hay un chiquillo de Vidal, se llama Gui... Guillem, conoce las alcantarillas como la palma de su mano, le puede servir de guía. Ta...También le he detallado un plano.

Puso sobre la mesa una hoja arrugada con manchas de dudosa procedencia. El inspector la tomó con recelo y, tras echarle un vistazo, se la guardó en el bolsillo interior de su gabán.

—¿Eso es todo?

Fleixa asintió.

—Muy bien.

—No... no tan rápido. De... debe ayudarme, Sánchez.

El inspector le miró sin disimular su desagrado.

—¿Ayudarle?

—He hecho lo... lo que me pidió. —Los ojos del periodista se le humedecieron.

—Sospecho que en nuestro último encuentro no entendió bien su situación. Por el momento seguirá en deuda conmigo, hasta comprobar toda esta historia. Si me ha mentido o ha omitido el más pequeño detalle haré que se arrepienta de hacerme perder el tiempo. Todavía puede escribir con uno o dos dedos menos.

Forzó una mueca parecida a una sonrisa y dejó caer unas monedas sobre la mesa.

—No se lo beba todo.

56

—Maldito sea, Sánchez, ¿por qué se empeña en citarme en lugares tan inapropiados? —protestó Llopis mientras se golpeaba los pantalones con su sombrero de paja.

El inspector, acostumbrado a las quejas del reportero, no se molestó en contestar. La reunión, un día después del encuentro del policía con Fleixa, se desarrollaba en un almacén. Sobre la mesa ardía una gruesa vela de sebo, suficiente para verse la cara.

Antes de que Llopis pudiera seguir quejándose, sobre sus cabezas escucharon una ensordecedora ovación. Por un momento, el periodista temió que la techumbre se les cayese encima. Entonces el estruendo cesó y un toque de cornetín anunció el cambio de tercio. Una fina lluvia de arena se filtró entre las tablas del techo y cayó encima de los dos hombres, lo que provocó de nuevo las protestas del periodista.

—Asombroso, estamos justo debajo de ese morlaco —comentó el inspector al tiempo que escupía la piel de un altramuz al suelo—. Hoy el cartel anunciaba una faena de lustre: Lagartijo, Cara-ancha y Valentín Martín para seis buenos toros del Conde de la Patilla.

—Si le soy sincero, a mí los toros me dan igual.

—¿Usted sincero? No me haga reír.

Llopis respiró hondo y dejó morir la respuesta que tenía en los labios. Hacía casi medio año que mantenían aquellos encuentros y aguantaba las tonterías del policía, aunque todo tenía su límite. Las noticias que le había estado suministrando hasta el momento habían sido de mucha utilidad. Asaltos, asesinatos, escándalos de sociedad... Nadie era tan hábil con la pluma como él, pero todo reportero necesita de una buena fuente de información. En los últimos meses había pasado a considerarse uno de los periodistas

con más futuro de Barcelona. Sus propios compañeros no se explicaban de dónde obtenía datos tan precisos, fuera del alcance de cualquier otro reportero. El *Correo* ya se le estaba haciendo pequeño y esperaba una oferta de *La Vanguardia* o incluso de algún diario nacional. El acuerdo con el policía contemplaba cierto soborno y un tratamiento elogioso de su figura en cada crónica, pero a la postre salía rentable. Eso sí, odiaba reunirse con él.

El inspector, confundiendo su expresión de asco, le intentó tranquilizar.

—Este es un sitio seguro. ¿Quién puede imaginar que estamos bajo la misma arena de la plaza, justo donde están puestos todos los ojos? Tiene su gracia, ¿no cree?

Llopis no contestó. Arrastró una silla e intentó encontrar un lugar a salvo de la arenisca que seguía filtrándose del techo. Sucesivas aclamaciones resonaron encima de ellos seguidas de otro estampido de aplausos. Cambio de varas. La tarde se calentaba en la plaza.

—Venga, démonos prisa, no quiero perderme la faena del siguiente toro.

—Usted es quien ha insistido en que nos encontráramos —dijo Llopis—. Dígame qué merecía tanta premura.

Por una vez, Sánchez pareció estar de acuerdo con el reportero. En breves palabras, le resumió su encuentro con Fleixa en el hipódromo.

—Veo que hizo buen uso de la información que le proporcioné sobre sus deudas. Fleixa es un borracho capaz de traicionar a sus propios amigos, pero no creo que mienta. En su momento fue un buen reportero.

—Tengo a un hombre detenido por esos crímenes y he recibido la felicitación del mismísimo alcalde.

—¿Ha pensado qué ocurrirá si se descubre un nuevo cadáver? En tal caso, Rius no quedará muy contento.

—Efectivamente —concedió el policía—, complicaría algo las cosas. Con todo, Amat debe seguir encarcelado.

Llopis reflexionó unos segundos. Estaba claro que el inspector tenía algún motivo de peso para retener a ese hombre en Amalia.

Tal vez alguien le pagaba para deshacerse de él. Le daba lo mismo. Su instinto le decía que aquel asunto del asesino era una oportunidad extraordinaria y su mente ya estaba trazando un plan que presumía muy beneficioso para sus intereses. Pero antes tenía que convencer a Sánchez para que actuara según sus deseos.

—Señor inspector, no supone ningún inconveniente que ese hombre continúe en prisión. Supongo que no importa si es por uno o por una docena de asesinatos. Puede usted atribuirle el último asesinato, el de la prostituta, como un asunto de celos con su amigo periodista y, de paso, le acusa de imitar el estilo del asesino para camuflar su crimen.

—No es mala idea.

—Solucionado este pequeño asunto, hay un modo de usar la información de Fleixa de forma harto conveniente para nosotros.

—¿Cómo de conveniente? —preguntó Sánchez. Al periodista no se le escapó el intento torpe del policía de disimular su interés.

—Ya lo ha sugerido usted mismo, querido amigo. Y debo añadir que es una idea brillante.

—¿Disculpe?

—Usted en persona atrapará a ese asesino.

—¿Se ha vuelto loco?

—Acompañado de un grupo de guardias escogidos, detendrá a ese asesino el mismo día de la inauguración de la Exposición. Con las indicaciones de Fleixa no tendrá ningún problema en atraparlo en su escondite.

—Pero eso supondría bajar a las cloacas. Sería más sencillo enviar un contingente de mis hombres y asunto resuelto. ¿Yo bajar ahí? ¡Ja! La tinta debe de haberle subido a la cabeza.

Llopis aplacó la tentación de maldecir al policía mientras este reía su propia ocurrencia.

—Inspector, ¿no cree que su talento está desperdiciándose en ese cuartel? ¿No desea ver reconocidos sus méritos en su justa medida? Esa captura debe efectuarla usted en persona. Su decidida actuación conseguirá evitar un desastre de gran repercusión. La mismísima regente y el rey le deberán la vida. ¿Se da cuenta de lo que significa?

El rostro de Sánchez se iluminó.

—Si me lo permite —acabó de tentarle Llopis—, organizaré al mismo tiempo un acto multitudinario para garantizarnos que la detención del asesino y su papel en la misma sean el acontecimiento más importante en Barcelona. Ya puedo verlo, aclamado por toda la ciudad como un héroe. Lo más probable es que consiga un ascenso, o quizás incluso una recompensa aún mayor, ¿quién sabe?

—Suena muy bien, pero ¿usted qué se lleva a cambio?

—Yo me conformo con la exclusiva, como siempre. Quiero ser el único reportero que tenga una entrevista con el asesino cuando lo haya encerrado en una celda. ¿Estamos de acuerdo?

El inspector rebuscó con la lengua dentro de la boca mientras meditaba la respuesta. Encontró la peladura del altramuz, ahuecó los labios y la escupió entre los pies del reportero, que la observó horrorizado. Sánchez asintió satisfecho.

—Tenemos un trato, señor Llopis.

Descenso al infierno

Cuatro días antes de la inauguración de la Exposición Universal

57

Francisco Casavella cruzó el patio con pasos cortos, como midiendo el suelo que pisaba. Conocido entre sus hombres por su carácter rudo pero justo, nadie tenía una mala palabra con él y más de uno le debía el trabajo. No bebía, no era muy dado a la conversación y pocas veces se le veía nervioso. Sin embargo, esa mañana no dejaba de mascullar entre dientes mientras repasaba que todo estuviera a punto. De tanto en tanto, su vista se dirigía hacia el reloj instalado en el fondo de la nave y a continuación a la puerta del edificio, donde un mozo debía avisarle de la llegada del patrón.

Adell estaba radiante. Tras las tensiones de las últimas semanas, por fin parecía que todo iba a salir como era debido. En el carruaje, camino del recinto de la Exposición, el empresario releyó varias veces la nota que el inspector Sánchez le había hecho llegar a primera hora. La investigación se había zanjado de una vez por todas. Amat, tras ser detenido en la fiesta, había sido declarado principal sospechoso de los asesinatos, tal y como esperaba.

Implicar a su antiguo amigo había sido brillante, una inspiración. Con un poco de suerte sería condenado, pero aunque esto no sucediera pasaría al menos unas semanas en la prisión. Amalia era un lugar peligroso, durante su estancia siempre podría ocurrirle un accidente desgraciado.

Se deleitó pensando en la reacción de Irene cuando conociera la noticia. Su antiguo amante, un asesino. Estaba al corriente de que había conseguido el informe de la autopsia, pero ahora ya no importaba. Nadie, absolutamente nadie se entrometía en los asuntos de Bertomeu Adell sin pagarlo. A ver si aquella obstinada mujer acababa de entenderlo.

El vehículo se detuvo frente al edificio de la central eléctrica. En la puerta esperaba Elies Rogent junto con un grupo de hombres vestidos con riguroso chaqué y sombrero de copa. La Comisión de Control del Ayuntamiento. Como beneficio complementario, la detención de Amat había aplacado el enfado del alcalde y se había hecho valedor de aquella visita.

Adell bajó del coche y miró el edificio acabado con una sensación de triunfo. Había terminado a tiempo las obras, el sistema de vapor y los generadores estaban instalados y en perfecto funcionamiento. En los últimos días no se habían repetido los incidentes y en consecuencia tampoco los apagones. La electricidad de la Exposición Universal y de las calles adyacentes de la ciudad estaba asegurada.

Observó el gesto impaciente del arquitecto y arrugó el ceño. Echó a andar hacia ellos pensando en cómo había llegado hasta allí. Debía felicitarse por su habilidad, por qué no decirlo, la modestia era propia de inferiores. Nadie, y todavía menos aquel petimetre, sospechaba el capital que había sustraído utilizando materiales de segunda categoría durante las obras. Aquel edificio no tenía por qué durar mucho. Al fin y al cabo, el mismo Hotel Internacional del afamado Domènech iba a ser derruido poco después de que terminara la Exposición. Había costado tres veces más y a todo el mundo le parecía bien.

Por desgracia, el capital desviado se esfumó tras algunas inversiones desafortunadas, simple mala suerte. Quien no arriesga, no gana. Es cierto que empezaba a sentir la presión de los acreedores, pero estaba tranquilo. Únicamente necesitaba algo más de tiempo. Después del éxito que le iba a reportar aquella central plantearía al Ayuntamiento la construcción de tres nuevas plantas. No se negarían. Los inversores se agolparían en su puerta y sus problemas financieros quedarían en un mal sueño. Con todo, aquello sería una minucia si, como esperaba, su otro proyecto salía según lo planeado. El día de la inauguración de la Exposición era la jornada elegida para que el mundo entero quedara rendido a su genio. Nada volvería a ser lo mismo tras hacerlo público. Empezaba a pensar que el escaño de diputado se le quedaba pequeño.

Sí, aquel prometía ser un gran día.

—Señores.

Un coro de saludos e inclinaciones de cabeza le respondió. Elies Rogent se adelantó, pero no le tendió la mano. Adell tomó nota del insulto.

—Buenos días, señor Rogent.

—Hace diez minutos que le estamos esperando.

—Estoy seguro de que esta pequeña incomodidad les será compensada con la visita. Si me acompañan.

Se encaminaron hacia la entrada del edificio.

—Un giro afortunado la detención del responsable de los asesinatos —comentó Rogent como de pasada.

—Indudablemente debemos agradecérselo a la diligencia de nuestras fuerzas del orden.

—El señor alcalde estuvo a punto de rescindir los contratos, pero por suerte para usted el escándalo no ha trascendido tanto como nos temíamos.

—El asunto está más que zanjado.

—Esperemos que así sea. El próximo domingo empiezan los actos de la inauguración y todas las grandes autoridades han confirmado su asistencia. Sigue usted a prueba.

Adell contuvo la ira que le provocaba el tono empleado por el arquitecto.

—Creo que quedarán totalmente satisfechos. Permítanme, por favor.

En la puerta, Casavella les recibió con la gorra en la mano y mirando al suelo. Cada uno debía saber qué lugar ocupaba en el mundo, pensó Adell satisfecho.

—Confío en que todo esté en orden.

Como respuesta, el encargado afirmó levemente con la cabeza.

—¿Está o no está en orden?

—Sí, señor Adell —se apresuró el otro a responder.

Lo apartó a un lado y traspasó el gran arco de la entrada seguido del grupo de la Comisión. En el vestíbulo, iluminado por una enorme lámpara, varios trabajadores les esperaban formados en línea.

Transitaron por el edificio mientras el empresario, auxiliado por Casavella en las cuestiones más técnicas, hacía de guía; les mostró el balcón panorámico, que provocó murmullos de asombro, y después recorrieron las inmensas salas donde estaban instaladas las máquinas de vapor y los generadores. Adell fue comentando los pormenores de la instalación, ofreciéndoles números grandilocuentes sobre la capacidad y potencia de la central.

Cuando explicó los pormenores de la construcción del edificio, alguien elogió el forjado de la estructura de la central. Adell sonrió para sí. El mismo Elies Rogent había aconsejado construirla con hierro roblonado para facilitar así la absorción de la presión que producían las vibraciones de las máquinas de vapor, pero Adell lo entendió como un gasto innecesario y, aunque fuera menos robusto, lo habían construido con hierro forjado. No había sido el único ahorro. Durante los trabajos iniciales habían descubierto unos antiguos corredores del anterior edificio de la Ciudadela. No había dado tiempo de explorarlos en su totalidad, aun así Adell reparó rápidamente en la oportunidad que se le presentaba. Con mínimas modificaciones, había aprovechado parte de esas viejas instalaciones para establecer las galerías de servicio del recinto y los cimientos de la central; de ese modo había ganado otra buena cantidad de reales.

Nada de esto sabían los hombres que visitaban la instalación. Poco a poco, la cautela entre los componentes de la Comisión fue dando paso a voces satisfechas. Por sus expresiones, incluso Rogent parecía impresionado. El carraspeo del encargado le devolvió a la realidad.

—Dime, no hace falta que vengas con tantos remilgos.

Casavella se miró las botas y luego a los caballeros que en ese momento admiraban el grupo de generadores. La duda apareció en su rostro. Adell lo confundió con uno de sus acostumbrados silencios y resopló exasperado.

—El problema de las sobrecargas no se ha solucionado —dijo por fin Casavella.

—¿Cómo dices?

—Ahora funcionan con normalidad, pero...

—Entonces no hay problema.

—Siento contradecirle, señor Adell, pero sí que lo hay —insistió —. Los generadores funcionan bien; sin embargo, no es cosa nuestra. Antes de que pudiéramos encontrar la causa, la carga de los transformadores se redujo y los manómetros de presión de las calderas volvieron a sus índices normales por su propia cuenta. Seguimos sin saber qué provoca estas subidas de tensión en el sistema. En cualquier momento pueden repetirse, y con resultados impredecibles, señor.

Adell observó de reojo a Rogent, que se acercaba. Forzó una sonrisa al tiempo que apartaba al encargado cogiéndole del codo.

—No quiero oír ni una palabra más. ¿Me has entendido? Todo debe funcionar como un reloj. Asegúrate de ello. En caso contrario, te haré responsable.

—Pero, señor...

—Casavella, estoy seguro de que tienes una familia en alguna parte. Si no quieres verlos en la calle mendigando obedece y punto. Ahora, largo.

Adell se volvió hacia sus invitados, que seguían comentando las maravillas del edificio. Se ajustó el chaqué, adoptó un gesto cordial y se aproximó hacia ellos.

—Espero que la visita esté siendo de su agrado, caballeros.

Un coro entusiasta de asentimientos le respondieron.

—Estarán algo cansados. Me he atrevido a prepararles un pequeño refrigerio. Vengan por aquí.

Una hora después, Adell se desembarazó de la Comisión y respiró aliviado. Le habían felicitado de modo entusiasta e incluso el entrometido de Rogent le había prometido transmitir al alcalde sus conclusiones favorables. Sonrió nervioso. Se dirigió con pasos apresurados a su despacho. Durante la visita no había pensado en otra cosa que en el momento de quedarse a solas. Al abrir la puerta de la oficina, Casavella apareció súbitamente a su lado.

—Demonios, me has sobresaltado. ¿Qué quieres ahora?

—Disculpe, señor Adell. No quería importunarle. Venía a decirle que está todo listo. He revisado en persona el sistema de vapor y los

generadores. Aparentemente están en perfecto estado. De acuerdo a sus instrucciones, he enviado a los hombres a casa hasta mañana, pero si considera que debe quedarse alguien esta noche yo mismo puedo...

—No, no. Como te dije, que se vaya todo el mundo —contestó impaciente.

—Sí, señor. ¿Usted se va a quedar?

—No es asunto tuyo, Casavella. Márchate... ¡Ah! Y dame tus llaves, yo mismo cerraré.

El encargado obedeció extrañado, aunque no se atrevió a contradecirle. Adell esperó mientras se marchaba y solo cuando escuchó el sonido de la puerta al cerrarse entró en el despacho. Corrió hacia el escritorio y abrió un cajón con una llave que llevaba colgada del cuello. Introdujo la mano para desplazar un pequeño interruptor. Se escuchó un clic y, a su espalda, una sección de la pared se desplazó a un lado. Una lámpara de cobre iluminó un montacargas de paneles de madera. Se introdujo en su interior y bajó una palanca. Con un siseo, la sección de la pared volvió a su lugar. En la central todo volvió a quedar en silencio, excepto por el runrún de los generadores.

58

Las ocho personas dispuestas en círculo se miraban en silencio. Las lámparas habían sido apagadas y las cortinas de terciopelo evitaban que entrara la luz de la tarde. Un paño negro cubría la mesa, vacía excepto por un jarro de agua, un vaso y un cirio encendido en el centro. El resto de la estrecha sala se hallaba envuelta en tinieblas y humo de cigarrillos. Cinco hombres y tres mujeres entrelazaban sus manos. Sus rostros eran máscaras de emoción contenida.

Llopis aprovechó para observar mejor a sus acompañantes. A su derecha se sentaba la condesa Berenguer, anfitriona de la reunión. Su exagerado maquillaje apenas conseguía ocultar su excitación, evidentemente pensaba que no podía haber nada más emocionante. Un poco más allá reconoció a don Francisco Aguirre, secretario de la Cámara de Comercio de Barcelona. Su traje oscuro junto con su porte rígido y rostro descolorido tenían algo que le provocaba escalofríos. A su izquierda se removía inquieto don Alfredo Comins, empresario textil, asiduo de esas reuniones y defensor entusiasta de las teorías volapükistas. No conocía al resto de los presentes.

—Marina, manifiéstate.

Llopis dio un respingo en la silla. La invocación procedía del otro lado de la mesa.

Madame Palatino estaba considerada una médium de gran prestigio. Tras recorrer los mejores teatros de Viena, Londres y París ese último año, había llegado a la Ciudad Condal pocas semanas antes, invitada con ocasión de la Conferencia Internacional de Espiritismo que iba a celebrarse en Barcelona. Aprovechando su estancia, algunos seguidores de la doctrina espiritista habían conseguido convencerla para celebrar aquellas sesiones privadas.

A pesar de que estaban sentados en círculo, la atención de todos los presentes se inclinaba hacia la médium. En su rostro inmóvil bailaba la luz de la vela. No movió apenas los labios, pero su voz se escuchó alta y clara.

—Marina —repitió—, siento tu presencia. Ven a nosotros sin temor.

La atmósfera se espesó alrededor del círculo y la llama de la vela vaciló como si alguien hubiera soplado con suavidad. Una exclamación ahogada surgió de los presentes. Llopis alzó los ojos con disimulo intentando que no se advirtiera su incredulidad.

De pronto, la mesa empezó a temblar. Una de las mujeres soltó un chillido. Algunos de los presentes abrieron los ojos alarmados, otros más experimentados sonrieron con suficiencia, aunque en su mirada se leía cierto temor.

La médium continuó con su invocación.

—Marina, ¡ven a nosotros!

Llopis fijó la atención entonces en un caballero mayor de largas patillas blancas y tez cetrina que ocupaba un lugar junto a la ocultista. Antes de empezar la sesión, aquel mismo hombre esperaba taciturno en un rincón de la sala, acompañado por el muchacho imberbe que ahora se sentaba a su lado. En ese instante, su expresión había cambiado y sus ojos vacuos observaban con anhelo a la médium que, con los párpados cerrados, entonaba una especie de oración en italiano.

Súbitamente, la mesa detuvo su vibración, y la puerta de la habitación se abrió y cerró con un portazo. La temperatura pareció bajar varios grados. Todas las manos se tensaron sobre las de sus compañeros de mesa. La médium volvió a hablar, pero ya no era su voz la que salía de su garganta. Todos se estremecieron al escuchar aquel timbre infantil.

—¿Abuelo? Abuelo, ¿estás ahí?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Aquí estoy! —gritó el anciano llevado por la emoción. Un sirviente apareció de entre las sombras para evitar que se levantara y rompiese el contacto con el círculo de manos.

—¿Có..., cómo te encuentras, cariño?

—Estoy bien, abuelo.

Todos los presentes, incluido Llopis, estaban totalmente subyugados por la escena. La espiritista mantenía cerrados los ojos y la espalda tensa como una vara. Al anciano se le acumulaban las preguntas.

—¿Dónde, dónde...? ¿Cómo es ese lugar? Ay, querida niña...

—Es muy bonito. Hay mucha, mucha luz, siempre hay mucha luz.

La voz iba y venía como si en cualquier instante fuera a desvanecerse. El hombre intentó hablar, pero solo pudo articular un sollozo.

—No llores, abuelito. No llores. Ahora soy feliz.

El rostro del anciano había perdido el color. Se secó las lágrimas que asomaban a sus ojos y balbuceó unas palabras que Llopis no entendió.

De pronto, la médium arqueó la espalda hacia atrás y su cuerpo se agitó con violencia. Nadie respiró en la mesa. La mujer detuvo sus convulsiones tal y como habían empezado y abrió los ojos de par en par. Observó su alrededor como si despertase de un sueño y no reconociera dónde se encontraba. Un ayudante le tendió un vaso de agua que bebió con avidez. Después entornó los ojos y dijo con un tono de voz tan reseco como si mascara tierra.

—Lo lamento. Se ha ido.

Los criados corrieron las cortinas de los ventanales. La mortecina luz del atardecer apenas iluminó la sala, por lo que también encendieron varias lámparas. Un suspiro largamente retenido salió de la boca de los presentes, que liberaron sus manos y empezaron a conversar en susurros, todavía emocionados por lo vivido.

El anciano sollozaba sobre la mesa tapándose el rostro. El muchacho a su lado trató de consolarlo, aunque parecía algo avergonzado. Uno de los sirvientes trajo un cordial y el viejo caballero se lo bebió de un trago antes de coger su abrigo y sombrero de copa para marcharse.

Llopis se levantó de la mesa impresionado. No había podido descubrir el truco de mover la mesa ni de dónde procedían los sonidos espectrales, pero se imaginaba que no era difícil de hacer.

No obstante, el cambio de voz de la mujer había sido tan real, tan sumamente terrorífico. Por un instante casi llegó a convencerse de que estaban hablando realmente con la niña. Aquello resultaría.

La reunión se trasladó a un coqueto salón anexo donde les esperaban con un ligero refrigerio de cafés, tés y pastas. También estaba dispuesto un servicio de licores que atemperaría la emoción de los asistentes. Un buen fuego ardía en la chimenea creando un ambiente muy diferente al de los minutos previos.

La excitada charla fue subiendo de tono mientras se repartían por el salón. Llopis aprovechó para dirigirse hacia la médium, que en ese momento departía con algunos de los invitados.

—¿Señora Palatino?

La mujer se volvió hacia el periodista como si una mosca hubiera aparecido en su plato de consomé. Tras observarlo de arriba abajo, convirtió su gesto apagado en una mueca cortés.

—¿Sí?

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es Felipe Llopis.

—No tengo el gusto.

El leve acento piamontés delataba su origen. Llopis pudo observarla bien por primera vez. Eusapia Palatino tenía treinta y cinco años, aunque aparentaba más de cincuenta. Delgada como un alambre y vestida de riguroso negro, parecía consumida por su labor de ocultista. De su rostro rugoso sobresalían unos sorprendentes ojos verdes, separados por una nariz de clara ascendencia meridional, que contrastaban con el resto de la cara, enjuta y mal proporcionada. En su mano esgrimía con dejadez un bastón de madera de Malaca con puño de plata y regatón de metal.

—Hemos hablado con anterioridad, soy reportero del *Correo de Barcelona*.

—Ah, sí. Ya le recuerdo. Esta era su primera experiencia. ¿Qué le ha parecido?

—Muy sugerente.

—Me alegro por usted.

Dando por concluida la charla, la mujer dirigió su atención de nuevo a sus acompañantes. Llopis no se arredró e insistió.

—Disculpe, señora, me gustaría hablar con usted un minuto —y añadió bajando la voz—. Si es posible, a solas.

—Todos los que ve alrededor —la mujer abarcó la habitación con las manos— son amigos de confianza, señor Llopis. Puede hablar con franqueza.

Al periodista no le hizo mucha gracia.

—El asunto tiene relación con unas muertes.

—¿Unas muertes, dice?

Llopis sintió cómo la atención de todos los presentes se centraba en ellos. Ahora no había vuelta atrás.

—Ignoro si sabe que en las últimas semanas se han descubierto en la ciudad los cadáveres de varias muchachas asesinadas cruelmente. Todos los periódicos se han hecho eco, y yo mismo he escrito sobre ello. La verdad es que fui el primero, dicho sin modestia.

—Algo he oído —apuntó un caballero con bigote frondoso—. ¿No es ese asunto de unas prostitutas?

—Ya no es seguro ni andar por las calles —intervino otro.

—Es culpa de las autoridades, deberían organizar menos exposiciones y ocuparse más de la ciudad.

—Sí... sí, claro —intervino Llopis intentando retomar la conversación—. Lo que quería decir...

—Señor reportero, ¿es usted materialista o, por el contrario, cree en la existencia del alma? —le interrumpió madame Palatino. La sala se quedó en silencio.

Sorprendido por la pregunta, titubeó. La conversación no iba por los derroteros previstos, pero no le quedaba más opción que seguir la corriente a aquel grupo de chiflados.

—Tengo entendido que Dios nos otorgó un alma.

—¿Está convencido, por consiguiente, de su supervivencia al cuerpo, de su individualidad después de la muerte?

—Eh..., sí, supongo que sí.

—Ese es el punto de partida. El espiritismo se extiende por la fuerza de las cosas y hace dichosos a aquellos que lo profesan.

Un coro de asentimientos siguió a aquella manifestación. Llopis consiguió sonreír educadamente.

—Usted mismo ha sido testigo —continuó la mujer—. El caballero que se ha marchado sufría lo indecible a causa del fallecimiento prematuro de su querida nieta. Nos solicitó ayuda y le hemos puesto en contacto con su espíritu. Conocer el bienestar del que disfruta la niña en el Más Allá sin duda habrá supuesto un descanso para él.

Llopis dudó de que aquel hombre se sintiera aliviado.

—Usted parece un incrédulo, señor —intervino Comins. El empresario, algo achispado, movía las cejas al compás de sus palabras.

—Discúlpele —intervino la médium—. Nuestro querido Alfredo es un espiritista exaltado.

—Lo que sin duda es un elogio que usted me hace, señora. Ya conoce mi parecer. Nuestra doctrina debería impartirse en todas las escuelas, y eso solo sería el principio...

La madame le rozó el brazo con delicadeza.

—Comins, sea tan amable de traerme un jerez, por favor.

El hombre, encantado por la deferencia, se alejó de inmediato a cumplir con el encargo. Madame Palatino se volvió entonces hacia Llopis.

—Dígame, ¿qué desea de mí?

—Como le decía antes, están cometiéndose una serie de asesinatos en la ciudad y nadie ha sido capaz de identificar y detener al autor de los mismos.

Llopis relató brevemente los detalles, exagerando lo suficiente para provocar las esperadas reacciones de asombro, horror e indignación.

—Algunas personas —continuó— achacan estas muertes al *Gos Negre*, una antigua maldición. Quería saber su opinión.

La mujer se tomó un tiempo para contestar.

—Bien, sin duda el causante de esos terribles asesinatos no puede ser un hombre. Lo que usted nos ha referido solo puede ser producto de un espíritu. Sus acciones son un grito de angustia, una petición de ayuda para encontrar la paz.

Un murmullo siguió a sus palabras.

—Justamente por ese motivo estoy aquí, señora. Coincido con usted y me planteaba si es posible hacer algo al respecto.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cree usted factible contactar con ese espíritu?

—Sin duda, es posible. Las personas desencarnadas están a nuestro alrededor continuamente, señor reportero.

Llopis contuvo un escalofrío. El convencimiento con el que hablaba la mujer rozaba el fanatismo. Su mirada lánguida y sus formas afectadas le incomodaban sobremanera. Cogió aire y se centró en su cometido. Era el momento de ir al grano.

—Me preguntaba si existiría la posibilidad de organizar una reunión como la que hemos disfrutado para convocar a ese espíritu y devolverlo a... la senda del bien.

La mujer afirmó con la cabeza.

—No veo por qué no. Podríamos celebrarla aquí mismo.

—¡Sería maravilloso! Claro que...

—Diga, diga —le animó la condesa.

—Continúe —exhortó otro invitado.

Llopis los miró como si le obligaran a hablar.

—Disculpen mi sinceridad, pero considero que la invocación de ese espíritu exige algo más que una reunión privada. Un hecho de tal transcendencia debería mostrarse a toda Barcelona.

—Una sesión así entraña ciertas dificultades... —apuntó la médium.

—La ciudad entera vive aterrada por estos crímenes. Necesitan tener la seguridad de que sus madres y sus hijas están a salvo de ese espíritu maligno.

—Es posible, pero...

—Mantengo excelentes relaciones con el propietario del Lírico y no habría ningún inconveniente para organizarlo allí. Yo me ocuparía de todo.

El silencio que siguió a sus palabras fue interrumpido por el secretario de la Cámara de Comercio.

—¡Es una oportunidad fantástica para difundir nuestra escuela! Puede que sea la única ocasión que tengamos para exponer a todo el mundo las bondades de la doctrina espiritista.

Un coro de voces le apoyó. Llopis les animaba con gestos afirmativos intentando ocultar su satisfacción. Madame levantó ligeramente la palma de su mano y todos los presentes callaron. Pasaron unos segundos antes de que se decidiera a hablar.

—El espiritismo es una disciplina muy seria. No se trata de un espectáculo de variedades.

—Por supuesto, madame. Le garantizo que el asunto será llevado con la más exquisita delicadeza.

Los ojos esmeralda de la médium se posaron en el periodista.

—Ese teatro obtendrá ciertos ingresos.

—De los que se descontarán sus gastos y demás estipendios que usted considere oportunos, por supuesto.

—Permítame reflexionarlo. —Se alzó de la silla ayudada por uno de sus asistentes—. Si me excusan, damas y caballeros, estoy agotada, la reunión de hoy ha sido especialmente exigente.

Todo el mundo se alzó de sus asientos mientras la mujer, acompañada de su sirviente, se retiraba.

Unos minutos después, Llopis salió de la casa. Al girar la esquina de la calle resopló aliviado. Por un instante pensó que no iba a conseguirlo, aunque por suerte no se había equivocado. La enigmática madame apreciaba tanto la fama y el dinero como cualquier otro mortal. La había calado bien. ¿Qué importaba que no creyera ni una palabra de todo aquel asunto? La gente deseaba escuchar que los crímenes eran responsabilidad de fuerzas ocultas, y él pensaba satisfacerles. La historia de un espíritu asesino ya estaba haciendo las delicias de sus lectores y la sesión en el teatro sería el remate. Hacerlo coincidir con la acción en las alcantarillas del inspector Sánchez, siempre que el estúpido policía no lo estropeara, había sido una ocurrencia magnífica.

59

El inspector Sánchez asintió pensativo. Apoyaba las manos sobre el detallado plano del alcantarillado de la ciudad y lo comparaba con el dibujo emborronado de Fleixa. Una cruz en el centro de la Barceloneta marcaba el lugar por donde entrarían esa misma noche a las cloacas. También había señalado los diferentes túneles que atravesaban el parque de la Ciudadela hasta alcanzar el antiguo depósito de aguas abandonado indicado por el periodista.

Resopló. Aquel plano solo registraba los canales principales. No tenía en cuenta las galerías más antiguas, que podían remontarse a la época romana. Incluso así, la red de cloacas se extendía como una tela de araña por el subsuelo varios centenares de kilómetros y, además, volvía a dividirse hasta en cuatro niveles diferentes que penetraban en lo más profundo de la tierra. La trama era tan intrincada que no sabía elegir cuál era el mejor camino para llegar hasta la guarida de ese tal Homs. A su pesar, tuvo que admitir que necesitaba un guía.

Los preparativos los había llevado a cabo con suma discreción. No consideró necesario avisar al Ayuntamiento ni al Gobierno Civil. De saber la amenaza que se cernía sobre la inauguración de la Exposición eran capaces de cancelarla, y él no podría erigirse en el héroe salvador. Adiós al ascenso.

La puerta se abrió y entró el sargento Azcona.

—Señor, quisiera hablar con usted.

Ya estamos. Ni se había dignado a llamar. No sabía cómo narices había permitido que le endilgaran a aquel hombre. En cuanto pudiera se desharía de él.

—Sargento —dijo con tono impaciente—. ¿Qué es lo que quiere? Estoy muy ocupado.

—He sabido que está preparándose una operación para detener a un importante asesino.

Sánchez compuso una mueca de desagrado. Aquel cuartel parecía un mercado de verduleras. Cuando lo ascendieran estas cosas no sucederían.

—Sargento, no tengo obligación de informarle de mis decisiones, ¿no le parece?

—No, señor. Pero conozco bien el distrito por mi destino anterior y creo que podría servir de ayuda.

—Muy bien, sargento. Entonces, según su dilatada experiencia, ¿cuál es su opinión?

—El alcantarillado de Barcelona tiene cientos de años. Se trata de un laberinto enorme y peligroso, señor. Cuando servía allí tuve alguna experiencia al respecto, pues los delincuentes lo usaban con frecuencia.

—Fascinante.

Azcona continuó, creyendo que el interés de su superior era auténtico.

—Es muy fácil perder la orientación. Hay decenas de galerías diferentes con pozos y sifones que son capaces de tragarse a un grupo de hombres en segundos. La corriente del agua en algunos tramos es vertiginosa. Algunas cámaras retienen gases que las hacen irrespirables. Una vez tuvimos que rescatar a un par de hombres que se habían perdido en un cruce de galerías y por poco no lo cuentan.

—Ya —afirmó Sánchez.

El sargento cambió el pie de lugar, visiblemente azorado.

—Siga, ahora no se reprima. ¿Qué más debo saber?

—Debe evitar a cualquier precio tropezar con la comunidad que habita los niveles más bajos de las alcantarillas.

Sánchez enarcó una ceja incrédulo.

—¿Me está hablando de esos que llaman *recolectores* de las cloacas? ¡Por favor, Azcona! Le creía menos ingenuo.

—Señor, no se trata de un chisme. Esa comunidad existe. Son numerosos. Están organizados, tienen sus propias reglas y líderes. Funcionan como una puñetera ciudad.

—Sargento, cuide su lenguaje.

—Sí, señor, disculpe. Pero le estoy diciendo la verdad. Yo mismo me topé accidentalmente con una partida de *recolectores* en una ocasión. Perseguíamos a un carterista desde la Estación de Francia. El hombre quiso despistarnos introduciéndose en las cloacas y nos internamos tras él. Me adelanté al grupo y, tras bajar varios niveles, me desorienté. Creí haberlo localizado, pero entonces escuché un grito aterrador. El instinto me hizo apagar la linterna. Un instante más tarde, por una galería paralela a la mía, pasó un grupo de figuras portando al ladrón con ellos, muerto. Avanzaban en completo silencio como si fueran sombras de la propia cloaca. No me duele admitir que nunca he sentido tanto miedo como en ese momento, pero tuve suerte y conseguí escabullirme por otro ramal. Aprendí una valiosa lección: allí abajo ellos son los dueños.

—Bobadas. Ningún grupo de desgraciados va a decirme qué hacer. Si encontramos a alguien, cosa que dudo, lo detenemos y listo.

—Perdone mi insistencia. Debería tomar mis palabras con la mayor seriedad. Durante mi época, se produjeron varias desapariciones...

—Sí, sí, conozco el resto —le interrumpió, hastiado de la conversación con aquel palurdo—. Esos *recolectores* atrapan a incautos y despistados, y los asesinan para comerciar con la manteca que extraen de sus cadáveres. ¡Cuentos para asustar a los críos! Sargento, usted hace tiempo que dejó de ser un niño.

—Pero, señor...

—Ocupémonos de asuntos más serios. Se habrá preguntado cuál será su participación, ¿no es así? Le tengo reservado un papel fundamental.

Le produjo cierto placer observar cómo el joven se erguía esperando una responsabilidad importante.

— Usted se quedará aquí.

—¿Perdón? No le he entendido bien, señor. ¿Ha dicho aquí?

El inspector casi sonrió al ver la expresión decepcionada de su rostro.

—Sí, Azcona. Alguien debe quedarse aquí mientras nosotros vamos a detener a ese asesino. Esa será su responsabilidad.

—Pero...

—No hay nada más que hablar, retírese. Tengo mucho trabajo todavía.

El sargento, aturdido, saludó llevándose la mano a la cabeza. Ya en la puerta se volvió.

—Señor...

—¿Es que nunca voy a deshacerme de usted?

—Sí, señor, tan solo quería aconsejarle que se lleven un par de perros.

—¿Perros? ¿Y qué quiere que hagamos con los chuchos?

—Son muy útiles para seguir un rastro. Además, huelen a los *recolectores*. Les pondrán sobre aviso.

—Sargento, cierre la puerta de una vez.

Cuando se quedó solo, Sánchez volvió a sentarse y rebuscó en los cajones de su escritorio hasta encontrar una bolsita de papel. Con deleite, cogió un altramuz entre los dedos, lo lanzó al aire y lo atrapó con la boca. Aquello iba a ser pan comido.

60

—Señora, usted... usted, no puede estar aquí.

Oriol Pascual, subdirector de la Cárcel Municipal de Corrección, o como mejor era conocida prisión de Amalia, se frotó por tercera vez los ojos intentando poner sus ideas en orden. Esperaba, como siempre antes de acostarse, estar disfrutando de la compañía de una botella de aguardiente que guardaba bajo llave y tal vez de alguna de las reclusas que le facilitaba sus favores a cambio de un mendrugo extra. En cambio allí estaba, sentado en la incómoda silla de su oficina. Muerto de sueño. Ajustándose el corbatín e intentando saber qué hacía en su despacho aquella mujer a unas horas tan intempestivas.

Ninguna señora de buena posición había pisado antes la prisión. Ni se esperaba que lo hiciera. Esa noche eso había cambiado. Debía admitir que jamás había tratado a una mujer así anteriormente. No solía codearse con la alta burguesía de la ciudad, aunque dudaba que de hacerlo hubiera podido encontrar entre todas aquellas peripuestas a alguien parecido.

—Señor coronel...

—No, no, señora. Subdirector. Un simple funcionario. Puede llamarme Pascual. —Se irguió en el asiento, satisfecho de que lo confundiera con un alto cargo militar.

—Perdone mi torpeza, señor Pascual, pero estoy tan alterada.

Irene emitió un sollozo que rápidamente tapó con un pañuelo proporcionado por su criada. La chica lanzó una mirada cohibida al subdirector y apartó la vista. Pascual suspiró. Más le valía aclarar el asunto antes de que terminara por desvelarse y no pudiera coger el sueño el resto de la noche.

—Vamos a ver, señora. Usted dice que se ha cometido una injusticia terrible. ¿Puede explicarme a qué se refiere?

—Han detenido a un hombre inocente.

Ante el gesto de incomprensión del subdirector, Irene se explicó.

—Verá —sofocó un nuevo sollozo—. Hace años, el señor Amat combatió en Cuba; allí fue herido de consideración y tras recuperarse de sus lesiones fue trasladado a Barcelona. Por desgracia, su dolor le predispuso al consumo de sustancias que enturbian su mente y evaden su razón. Visita fumaderos de opio con cierta frecuencia. Unos lugares, por lo que he oído, espantosos. Lamentablemente, muy de tanto en tanto protagoniza alguna reyerta, aunque siempre de poca consideración. Ayer tuvimos noticia de que fue detenido, acusado de provocar un altercado público. Al tener conocimiento del hecho quedé horrorizada y, a pesar de las horas tan inapropiadas, consideré conveniente personarme para esclarecer el asunto, pues con toda seguridad se trata de un error. Es necesario que el señor Amat salga libre cuanto antes.

Pascual se arrellanó suspicaz en la silla. No sabía gran cosa de la detención del tal Amat. Los detalles eran asunto del inspector Sánchez. Tampoco era la primera vez que una mujer intentaba salvar a su amante de la querella de su marido. Para ello inventaban las historias más increíbles. Lo extraordinario en ese caso es que nunca lo hacían en persona, solían enviar a un criado con una buena bolsa y listos. Allí había algo más.

—¿Sabe usted que está acusado de asesinato?

Irene se llevó una mano a la boca y abrió los ojos con sorpresa, aunque rápidamente se recompuso convirtiendo su estupor en una expresión gélida.

—Inconcebible. El señor Amat jamás cometería un hecho tan atroz como el que usted dice. Es una persona enferma, no peligrosa. Desde luego, debe de tratarse de otra equivocación. Amat es un antiguo y querido amigo de la familia, puedo responder por él —apostilló.

—¿Amigo de la familia? ¿De verdad?

—Comprendo su confusión. Se trata de un asunto muy embarazoso y siento causarle tantas molestias. Entiendo razonable

que haya algún tipo de compensación. Quizás abonar una suma a modo de multa.

El pequeño monedero resbaló sobre la mesa con un entrechoque metálico. Pascual no hizo ademán de cogerlo y observó a la mujer con más atención. Repasó su talle hasta donde su pecho respiraba trabajosamente tras el corsé. Su piel de ébano brillaba bajo la luz de la lámpara y un sutil rubor tiñó sus mejillas. El subdirector se apoyó sobre el escritorio y apartó la bolsa a un lado, como si no le importara.

—¡Sí que es extraño este asunto! —Dejó escapar un bostezo—. ¿Sabe? Tal vez sea necesario hablar con el inspector Sánchez y aclararlo. ¿Qué le parece?

A Irene se le demudó el rostro.

—Ya veo. —Los labios de Pascual se curvaron levemente—. Acaso haya otra forma de evitar molestar al inspector y que ese «pobre caballero» pase una noche más aquí.

Irene dejó escapar una mirada esperanzada.

—Las condiciones en las celdas —continuó el funcionario— son extremadamente difíciles. Es muy fácil contraer tuberculosis, disentería o cualquier otra enfermedad. Por no hablar de la crudeza con la que dirimen sus asuntos los presos. No tengo suficientes hombres y es imposible asegurar la seguridad de ningún preso. Sin duda, su «amigo» debe de estar pasándolo mal. Pero deseo ayudarla, de verdad que sí. Quizá podamos llegar a un acuerdo.

Su mano se posó sobre la de Irene, que contuvo la intención de apartarla. Cerró los ojos y cuando los volvió a abrir se dirigió a su criada.

—Encarnita, vete al coche.

Incluso Pascual se sorprendió. El tono suave y los sollozos habían desaparecido. Aquella mujer no era la mojigata que se había mostrado hasta ese momento en la entrevista.

—Pero, señora... —protestó.

—He dicho que vuelvas al coche. Obedece.

Encarnita cruzó la estancia con la cabeza gacha. Antes de salir, miró a su señora con la esperanza de que cambiara de idea. Irene la ignoró y la joven cerró la puerta tras de sí con suavidad.

—Bien, bien. Ahora que estamos por fin solos —Pascual se alzó de la silla y la rodeó hasta colocarse a espaldas de Irene— podemos hablar con mayor libertad.

Una sacudida recorrió el cuerpo de Irene cuando sintió la palma húmeda del subdirector sobre la piel de su cuello. El hombre se inclinó raspándole con su barba. Su olor le revolvió el estómago. Cerró los ojos e intentó dominarse.

—Debe garantizarme que... que liberará al señor Amat —dijo con un hilo de voz.

—Tiene mi palabra —contestó Pascual con la voz tomada por la excitación—. Nunca he estado antes con una mujer como usted, ¿sabe?

Soltó una risotada mientras su mano reptaba hacia el pecho de Irene y empezaba a manosearlo sobre el vestido como quien amasa pan. Su respiración se volvió entrecortada y con la lengua buscó su oreja.

Irene no pudo aguantar más y quiso levantarse, pero el subdirector ya no pensaba volverse atrás. Pasó su brazo alrededor de la cintura y la alzó de la silla con facilidad llevándola en volandas hasta la mesa. Irene soltó el aire contenido en sus pulmones cuando se golpeó contra el canto de madera. Intentó revolverse, pero el hombre atrapó uno de sus brazos y se lo retorció en la espalda, inmovilizándola y presionando su cara contra el mueble. Le farfullaba palabras de deseo, salpicándola con saliva. Con la mano libre, empezó a desabrocharse el cinturón. Irene se dio cuenta de que nada podía hacer y deseó perder la consciencia. Pascual masculló una maldición mientras forcejeaba con la hebilla hasta que por fin los pantalones cayeron al suelo. Se disponía a arrancarle las enaguas cuando un sonoro impacto hizo temblar la puerta del despacho.

—¿Qué demonios?

Un nuevo golpe abrió de par en par la hoja de madera y en el umbral se recortó la figura enclenque de Fleixa forcejeando con dos celadores. Encarnita, atemorizada, asomaba detrás de los hombres.

—¡Suéltenme! ¡Suéltenme, he dicho! —exclamó el periodista con voz tan autoritaria que los hombres obedecieron. Fleixa se

recompuso la chaqueta a cuadros y de un tirón colocó en su lugar su pajarita torcida. En su rostro se leía la mayor de las indignaciones.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí?

El subdirector se separó de Irene e intentó subirse los pantalones.

—¿Qui... quién es usted?

—¿No sabe quién soy? ¡Por favor! —gritó el periodista mientras se introducía en la estancia—. Sepa, señor mío, que soy ni más ni menos que Bernat Fleixa García, célebre reportero, máximo responsable de la sección de sucesos del *Correo de Barcelona*.

—¿Qué hace usted en mi oficina?

—Acabo de pasar una estupenda velada con el señor gobernador y su esposa. Estaba de regreso a casa cuando me ha abordado en plena calle esta joven toda apurada. A gritos me ha contado que su ama estaba siendo acosada por un depravado. Evidentemente, hemos llegado a tiempo.

—No es lo que parece —protestó Pascual.

Fleixa enarcó las cejas exageradamente mientras recorría con la mirada la camisa desabrochada y los pantalones que colgaban de los tobillos del subdirector para luego hacer un gesto irónico a los guardias.

—¿Cómo le han dejado entrar? ¡Sáquenlo de aquí! —gritó Pascual a sus hombres, que se movieron indecisos en la puerta.

—Yo en su lugar no cometería ese error, señor. Realmente no sabe usted con quién está tratando. —Fleixa avanzó resuelto hasta Irene, que poco a poco recuperaba el color en su rostro—. Señora Adell, ¿está usted bien?

El subdirector se sobresaltó al oír el apellido pronunciado por el periodista.

—Tranquila, señora —continuó Fleixa, ignorando la creciente turbación del funcionario—, me ocuparé de que toda Barcelona sepa quién es este sujeto.

—¿Co... cómo dice? —tartamudeó Pascual, que miró a su vez a sus hombres, que desde la puerta observaban la escena con interés.

—En la primera edición de mañana, sin más tardanza, explicaré a mis numerosos lectores las condiciones de este antro y toda la

corruptela de la que es responsable, detallando además la clase de trato que dispensa a las personas decentes que vienen a consultarle. Merece dos columnas en portada, por lo menos. No tengo dudas de que provocará un terremoto en las más altas instancias.

—No, no puede hacer eso.

—Oh, sí que puedo —sonrió Fleixa.

Irene lanzó una mirada de agradecimiento al reportero, apartó con delicadeza a Encarnita, que había corrido a su lado, y se encaró con el funcionario.

—A menos que cumpla con lo acordado.

Pascual miró alternativamente a Irene y a Fleixa, y luego se dirigió a sus hombres con voz gélida.

—Todo está en orden. Salgan y cierren la puerta.

Los carceleros dudaron, pero ante el gesto de su superior le obedecieron. Una vez solos, Pascual se volvió hacia Irene con una mueca de irritación en la boca.

—¿Qué desean de mí?

—Libere de inmediato al señor Amat —exigió Irene, y añadió mirando también al periodista—. A cambio, mantendremos todo lo ocurrido esta noche en la más absoluta discreción.

—Está bien —accedió Fleixa con una breve inclinación—. Si ese es su deseo, señora, mi pluma se mantendrá muda.

—¿Qué garantía tengo de que este... incidente no se divulgará?

—¿No le parece suficiente la palabra de la señora? —intervino el reportero, airado.

—Sí, sí, sin duda —respondió el subdirector, preguntándose por qué esa noche no se había quedado en la cama.

61

Llopis apoyó los pies sobre el escritorio. Luego, con un movimiento lánguido, se recostó en la silla. Estaba muy satisfecho. Tras recibir dos días antes una nota de madame Palatino aceptando la celebración de la sesión pública, había inundado Barcelona de pasquines y carteles con el anuncio del espectáculo que iban a celebrar en el Lírico esa misma noche.

El *Correo de Barcelona* había sacado una edición especial con los detalles del evento espiritista y la respuesta había sido abrumadora. Él mismo había escrito un amplio reportaje sobre la médium en el que había cargado las tintas sobre su misteriosa personalidad y el modo espectacular en que resolvía el contacto con espíritus. Como si fuera la respuesta a las plegarias de toda la ciudad, en pocas horas se agotaron las localidades. A pesar de ello, las peticiones para obtener una invitación continuaban llegando al periódico. Casi lamentó no haber conseguido persuadir a los gestores del Liceo, pues seguro que lo hubieran llenado. La expectación no podía ser mayor.

Sus crónicas de los últimos días sobre los crímenes habían inflamado el estado de nervios y morbosa expectación que recorría las calles. Como preveía, sus reportajes eran un éxito. Fue suficiente con hacerse eco de los temores de la gente, después se había limitado a exigir con vehemencia la resolución espiritual de los asesinatos y denunciar la inutilidad de las autoridades. Como una chispa sobre un montón de hojarasca, sus soflamas encendieron Barcelona. Muchos otros periódicos terminaron por publicar reportajes en la misma línea. Se habían alzado algunas voces contrarias, como la del reverendo monseñor Català, pero no servían

más que para echar leña al fuego y difundir con mayor intensidad el asunto.

Desde el club más selecto hasta las tabernas menos decentes, no se hablaba de otra cosa que de los asesinatos cometidos por el espíritu diabólico encarnado en el *Gos Negre*. Los detalles de los cadáveres, facilitados por el inspector Sánchez y aderezados por su propia imaginación, habían resultado tan impactantes como él esperaba. Los lectores se sentían fascinados por aquellas historias de horror.

Los avisos de apariciones se multiplicaban. Se denunciaban ataques de un enorme mastín con ojos como ascuas de carbón que echaba llamas por el hocico. En la Barceloneta, las Atarazanas, el Born y el Raval se habían organizado partidas nocturnas de hombres armados que habían masacrado a todos los perros callejeros a su alcance. En la ciudad se había desatado la locura.

Estaba encantado de cómo iba todo, y aquella noche sería el colofón. La sesión espiritista pasaría a la historia de la ciudad y a él le iba a reportar fama y un montón de dinero.

Esperaba que Sánchez no fallara en su cometido y atrapara a ese loco justo a tiempo, tal y como habían planeado. El anuncio de su detención debía producirse en el momento culminante de la representación de aquella noche. Luego él se ocuparía de relacionar ambos hechos a través del periódico. Según le contó el inspector, Homs era un pobre diablo, sin familia ni amigos, que se había fugado del sanatorio de Nueva Belén. Aquello facilitaba las cosas. Cuando estuviera confinado en una celda, Sánchez le permitiría entrevistarlo. Imaginó la crónica que iba a escribir sobre el doctor Frederic Homs y cómo el espíritu maléfico había corrompido su alma convirtiéndolo en un despiadado asesino. La mejor entrevista de su vida.

62

Una decena de guardias esperaban reunidos en grupo. Murmuraban por lo bajo y disimulaban la ansiedad entre caladas de pitillos y golpeteo de zapatos. Desde las sombras, el inspector Sánchez les observaba en silencio. Todos vestían recios chaquetones de lana, guantes y botas de agua. Iban armados con pistolas y fusiles de chispa. Cada uno de ellos cargaba con triple munición de lo habitual. En varios morrales acarreaban siete quinqués y cuatro linternas, una decena de metros de cuerda de cáñamo y comida y agua para dos días. No podía decirse que no fueran preparados.

Apartados del grupo de hombres, tres podencos se agitaban, impacientes por empezar la cacería. No paraban de gruñir y nadie se les acercaba excepto su cuidador, un viejo taciturno que solo tenía palabras para sus perros. Impresionaba ver sus patas musculadas y los agudos caninos que mostraban a la menor ocasión. Su excelente olfato iba a ser de buena ayuda para atrapar al asesino. Aquellas bestias estaban adiestradas para cazar personas.

El sonido ligero de unos pasos acercándose hizo que todo el mundo levantara la vista. Por fin, pensó Sánchez.

Al principio de la calle apareció un niño desharrapado conducido por dos hombres. El inspector frunció el ceño al verlos. Al llegar a su lado, el mayor de los guardias se quitó la gorra dejando ver una calva sucia.

—Aquí lo tiene, inspector. No ha sido fácil encontrarlo.

Los ojos de Guillem le miraban divertidos.

—Nos hemos asegurado —continuó el hombre escupiendo en tierra—. El crío conoce los túneles como su propia bragueta.

—Más vale que sea así —y añadió dirigiéndose a Guillem—. Guíanos ahí abajo y conseguirás alguna moneda a cambio.

—Por dos duros yo le llevo donde haga falta —contestó el chico —. Pero que me lleven los demonios si es una buena idea meterse ahí abajo a estas horas.

—Los tendrás si cumples. ¿Está claro?

Guillem encogió los hombros como respuesta. Sánchez señaló al otro guardia más joven.

—No lo pierdas de vista. Si hace algo extraño o intenta abandonarnos le rompes un brazo. —Luego alzó la voz para dirigirse al resto—: Bien, ya hemos perdido bastante tiempo, pongámonos en marcha.

Un par de guardias levantaron la tapa de la alcantarilla con una palanca y la apartaron a un lado. Uno a uno, fueron bajando por los peldaños de hierro empotrados en la pared de la cloaca. Las lámparas de gas emitían un resplandor amarillo que la oscuridad del fondo devoraba. Lo más complicado fue bajar a los perros. Hubo que improvisar con las cuerdas y descenderlos a pulso entre varios hombres mientras su cuidador intentaba tranquilizarlos.

Al cabo de unos minutos estaban todos abajo. El lugar era semejante a una gran cisterna. El agua se filtraba por las paredes y un riachuelo pestilente les empapaba los pies. Hacía frío y la humedad se pegaba en la piel, pero lo que más impresionaba era el silencio, tan denso que parecía poder tocarse.

—Traigan la luz.

Empujaron a Guillem junto al inspector, mientras un guardia extendía el plano encima de una de las mochilas.

—¿Has visto antes uno de estos?

El niño asintió.

—Bien, indícame el camino para llegar aquí.

Sánchez le señaló el viejo depósito de aguas marcado en la hoja. Guillem observó con atención el laberinto de líneas que representaba la red de subterráneos antes de hablar.

—En ese lugar no hay nada, excepto más túneles.

—No te he pedido tu opinión, niñato, solo que me digas cómo llegar aquí.

—Como quiera. Usted manda. —Se acercó más al plano y con su dedo marcó una de las líneas—. Hay que tomar esta galería que

va a parar a la Rambla. Tras un rato de camino se llega a un lugar donde desaguan cinco acequias. El paso es peligroso. Tras atravesarlo, hay que bajar hasta las galerías del segundo nivel. Allí puede haber bastante agua. En esa parte los túneles son más bajos y estrechos. Los ramales se dividen más que la lengua de una culebra, y la mayoría de ellos pasan bajo la Ciudadela. Este es el que le interesa.

—Bien, parece fácil.

—Tal vez sí, tal vez no.

Los hombres más cercanos cuchichearon entre sí. Sánchez se irguió y se dirigió a todos en voz alta.

—¿Qué estáis esperando? Coged los morrales y andando.

El grupo se organizó con rapidez para la marcha. El viejo y sus perros al frente, Guillem acompañado de un guardia en el centro y, cerrando el grupo, el inspector con el resto de sus hombres. En el fondo se abrían tres túneles. A una indicación del niño, se internaron por el del centro.

Avanzaron en silencio, acompañados por los gañidos de los perros. El suelo de la galería fue inclinándose según progresaban por el túnel. A su paso escuchaban el eco de pequeños chapoteos. Guillem les aclaró que eran ratas que huían al sentir su presencia. Alguien sugirió encontrar alguna de buen tamaño y cocinarla con un poco de arroz. Nadie rió.

A medida que descendían, el hilo de agua se convirtió en un torrente caudaloso, lo que les obligó a caminar sobre un estrecho saliente. Sánchez advirtió que si algún miembro de la expedición caía en aquellas aguas hediondas sería muy difícil rescatarlo. Con disimulo, se situó entre la pared del túnel y uno de sus hombres.

De ese modo, guiados por Guillem, se internaron en las profundidades del alcantarillado. Cada uno de los túneles que tomaban era un agujero inmundo peor que el anterior. El olor les impregnaba las ropas y una corriente de aire que nadie adivinaba de dónde surgía los mantenía ateridos. Tras lo que pareció una eternidad, escucharon el estruendo provocado por la caída de una formidable masa de agua.

El túnel desembocaba en una gran sala. Las lámparas no llegaban a iluminar el techo. A sus pies, ocupando casi todo el espacio, se abría un embudo del tamaño de una plaza por el que vertían cuatro acequias. En el aire flotaba una nube de gotas de agua. Habían llegado al sifón.

Guillem les indicó con señas el camino que debían seguir. A su derecha encontraron los primeros travesaños de madera de una estrecha pasarela que recorría una veintena de metros por encima del sifón hasta llegar al otro lado. Los tablones estaban empapados e incluso algunos se veían rotos. El único agarre era una cuerda enmohecida que colgaba de unas anillas ancladas en la pared.

El viejo de los perros fue el primero. Los animales se resistieron al principio, pero su cuidador consiguió convencerlos y avanzaron con cautela hasta que consiguieron franquearlo. Tras ellos, empezaron a cruzar los demás en fila de a uno.

A Sánchez no le hacía ninguna gracia aquella pasarela semiderruida, pero no podía mostrar temor ante sus hombres. Avanzó sin mirar hacia las aguas que unos metros más abajo parecían engullirlo todo. A mitad del recorrido ya estaba empapado. «Maldita sea», masculló. Se fregó el rostro con el brazo intentando sin éxito secarse el agua que le chorreaba por la cara.

Distraído, trastabilló y su pie derecho cayó con todo su peso sobre una traviesa debilitada por los años. Se escuchó un chasquido. Sánchez intentó recuperar el equilibrio, pero su corpulencia lo impidió. Tiró de la cuerda y el pánico le atenazó cuando vio cómo la argolla se salía del muro al romperse la argamasa que lo sostenía. La pasarela se inclinó violentamente y su cuerpo cayó hacia las aguas. Escuchó varios gritos. Braceó en el aire buscando cualquier cosa a la que aferrarse. El rugido del sifón pareció crecer. El terror se apoderó de sus movimientos cuando se zambulló en el remolino. Sus dedos buscaron ansiosos un asidero, pero no había más que agua.

Todo pareció ralentizarse a su alrededor. Una presión terrible creció en su pecho mientras se quedaba sin aire. Sus pulmones empezaron a arder hasta que poco a poco el dolor cedió y lo sustituyó una extraña sensación de paz, mientras la corriente le arrastraba hacia el fondo y la oscuridad se cerraba sobre él.

63

La figura se detuvo frente a la columna. Las luces de filamento de carbono acariciaban su superficie y extraían reflejos cobrizos del metal. Al acercarse, apreció de nuevo su forma cilíndrica y el perfecto acabado de la cúpula. Comprobó los cuatro tirantes de acero que la sostenían en vertical y los cables de diversos grosores que colgaban del techo como si fueran las extremidades de una araña. Percibía la vibración que emanaba del interior del cilindro, la sentía desde cualquier parte del laboratorio. Sus dedos rozaron el metal y un estremecimiento recorrió su brazo. Acercó su rostro y el metal bruñido le devolvió su reflejo distorsionado. Un gemido escapó de sus labios. Pronto, muy pronto..., pero todavía no. Aún había mucho que hacer.

A regañadientes, se alejó del artefacto y llevó sus pasos hacia el muro de piedra. No muy lejos de la cápsula, incrustado en la pared, sobresalía un secreter de gran tamaño. En su interior, decenas de pequeñas luces parpadeaban alternativamente. Los cables caían al suelo desde su base y recorrían la pared para desaparecer tras la columna. Con mano experta ajustó varias manecillas, hasta lograr que la temperatura, el nivel de oxígeno y la energía se incrementaran unas décimas. Como respuesta, del interior del cilindro de metal surgió un tranquilizador burbujeo.

Satisfecho, centró su atención en la mesa donde reposaba el nuevo espécimen. Aunque en este caso dudaba si llamarlo de ese modo. El pecho de la joven bajaba y subía con un ritmo sosegado. A diferencia del tratamiento dispensado a las otras muchachas, había cubierto su desnudez con una sábana. Aquella mujer no era igual que las otras. Sus párpados cerrados conservaban un ligero temblor a causa del movimiento interno de sus pupilas. Le tomó el pulso de

su muñeca atada y asintió para sí satisfecho. La morfina era muy eficiente.

Pau Gilbert había demostrado un arrojo fuera de lo común. ¿Quién iba a imaginar que aquel estudiante tan brillante fuera una mujer disfrazada de hombre? Su disposición a hacer cualquier cosa para conseguir sus objetivos le había impresionado. En parte le recordaba a él mismo. Ambos habían tenido que esconder su verdadera identidad. Incomprendidos y rechazados por todos, y aun así dispuestos a lo que fuese con tal de conseguir sus sueños.

No dejaba de sorprenderle la agudeza de la muchacha. Había mostrado una inteligencia que rivalizaba con la de cualquier hombre. Tal vez, si hubiera tenido tiempo, Gilbert junto con sus compañeros habría logrado descubrirle y detenerlo.

Por muy poco él mismo no la había atrapado en la biblioteca, lo que hubiera sido una lástima, pues en aquel momento estaba decidido a deshacerse de ella como hizo con el viejo. En consecuencia, ahora no tendría en su poder la clave que completaba el proceso. ¡Qué ironía!

Acarició la textura de la portada del manuscrito. Reprimió la tentación de abrirlo y perderse en sus páginas. Junto al libro, tenía abiertas las notas de la joven y la lámina que había estado oculta trescientos años. El último grabado de Vesalio.

Estaba todo dispuesto. Durante las últimas horas había trabajado en las modificaciones que indicaba el *Liber Octavus* y como resultado un grupo de cables de aspecto ligeramente diferente a los que salían de la máquina colgaban de un riel sobre la mesa de disección. Estaba admirado. El proceso era de una simpleza terrible y precisamente eso lo hacía tan genial.

Comprobó que el serrín cubriera el suelo alrededor de la mesa y varias botellas de vidrio rellenas de solución salina estuvieran dispuestas en sus perchas metálicas junto a dos unidades de sangre y un transfusor de Coll y Pujol.

Abrió un cajón, extrajo un estuche de raso negro y levantó la tapa con sus dedos enguantados. Con reverencia, alzó un frasco de vidrio y lo observó a trasluz. El líquido verdoso se removió en su

interior. Aquella dosis había sido fruto del apresuramiento, pero por fortuna tenía ya suficiente práctica.

Sonrió. Cuando usó el suero con los primeros especímenes fue un fracaso. Se morían antes de poder intervenirlos. Un despilfarro, pues los cadáveres no le servían de nada. Finalmente, tras decenas de pruebas en el laboratorio, lo había conseguido. De hecho, había alcanzado tal grado de perfección en la fórmula que ahora podía adaptarla a la constitución del individuo y al tiempo de la operación. En consecuencia, su trabajo había obtenido un resultado inesperado. La singular combinación de la cocaína con otros opiáceos que formaban parte de la fórmula, provocaba hiperalgesia en los sujetos. En lugar de adormecer el cuerpo, incrementaba los sentidos, haciéndoles especialmente sensibles al dolor. Era fascinante observar sus reacciones mientras él trabajaba.

Volvió a guardar el frasco dentro del estuche y lo dejó sobre una mesilla auxiliar de metal. Cerró los ojos y aisló el dolor de su maltratado cuerpo. Le encantaban las sensaciones previas a cada intervención. Cuando todo terminara iba a echarlo de menos. Se trataba de un instante exquisito, único. El espécimen estaba intacto. Nada lo había transformado todavía. Cuando él posaba el bisturí sobre su piel, una grieta se abría en ese frágil equilibrio. Si no se actuaba con celeridad y perfecta sincronía, la armonía anatómica se echaba a perder de modo irreparable. Su destreza era lo único que separaba una obra de arte de la cirugía del desastre. Y él era un artista.

64

Daniel movió el brazo con cuidado, intentando mitigar el dolor que le producía el traqueteo del carruaje. La sangre reseca le apelmazaba el pelo y sentía los labios hinchados y agrietados. Se miró la ropa e hizo una mueca de desagrado, parecía salida de una cloaca. Rechazó el vaso y bebió directamente de la botella de licor un largo trago.

—Gracias —agradeció con un hilo de voz.

—Tu amigo Fleixa es muy persuasivo —explicó Irene—. Se presentó en casa e insistió hasta que accedí a recibirle. Me explicó los detalles de tu detención y que necesitabas ayuda. Te previne, Bertomeu está dispuesto a todo. Debes salir de Barcelona antes de que descubran tu huida. Aquí —le tendió una elegante valija de cuero— tienes un billete para el expreso a Montpellier que sale esta misma noche, tu pasaporte y algo de dinero que he logrado juntar. Tendrás que dejar tus cosas en el colegio. De algún modo te las haré llegar más tarde.

—Eres muy generosa, más de lo que merezco, y te has arriesgado mucho ayudándome, pero no me puedo marchar.

—¿Qué más necesitas para darte cuenta de que tu vida corre peligro? —replicó asombrada.

En ese instante, el carruaje se detuvo bajo el abrigo del Arco de Triunfo que hacía de puerta de la Exposición. La quietud dominaba todo el recinto esperando la jornada inaugural del día siguiente. La portezuela de la cabina se abrió y apareció la cara de Fleixa.

—Entre —dijo Irene—. Y dígale a Encarnita que también lo haga, hace mucho frío fuera.

—Su sirvienta ha cogido un capote y se ha envuelto con él. Dice que prefiere quedarse vigilando.

El periodista se acomodó junto a Daniel.

—Fleixa, no sé cómo agradecérselo.

—No es a mí a quien debe su libertad, yo simplemente hago de cochero.

El rostro de Daniel se ensombreció.

—Siento mucho su pérdida.

Fleixa mudó su expresión risueña y asintió con gravedad.

—¿Cómo se encuentra?

El periodista no contestó de inmediato, abrió la cortina de la ventanilla del carruaje y miró más allá de la calle.

—Ahora mucho mejor.

—Cuando se conozca mi huida, usted va a quedar en mala posición respecto a las autoridades, amigo mío.

—No se preocupe. Adivino que el inspector Sánchez tiene otras preocupaciones más inmediatas.

Aunque no distinguía bien sus rasgos en la oscuridad de la cabina, Daniel hubiera apostado que Fleixa acababa de sonreír.

—Ya le explicaré. —Se adelantó a su pregunta—. Ahora no tenemos tiempo. La señorita Gilbert ha desaparecido.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Por lo que he podido averiguar, uno de sus compañeros descubrió su verdadera identidad y la denunció. La confinaron en su habitación, pero cuando le llevaron la cena ya no estaba allí. Sus pertenencias estaban revueltas. Nadie entiende lo ocurrido, pero nosotros sí, ¿verdad? Homs debe de haberla atrapado.

—No ha sido Homs.

—¿Cómo dice?

Daniel se volvió hacia Irene.

—Dime, ¿dónde se encuentra tu marido ahora?

—¿Bertomeu? ¿Por qué quieres saberlo?

Le cogió de las palmas de las manos con fuerza y clavó sus ojos en ella.

—Es importante, realmente importante. ¿Dónde crees que podría estar?

—No sé decirte. Hace días que no le he visto.

—¿Es corriente que desaparezca de esta forma?

—Estos meses, coincidiendo con los últimos trabajos en la central, ha hecho su costumbre ausentarse durante dos o tres días sin decirme nada. Imagino que se le hace tarde y pasa la noche en su despacho.

Daniel asintió pensativo mientras sus acompañantes le observaban expectantes.

—¿Recuerdas los papeles que me entregaste? Contenían los resultados de la autopsia efectuada al compañero que presuntamente asesinó Homs al escapar del sanatorio. Al no existir ningún familiar que lo reclamase, el cuerpo fue enviado al hospital de la Santa Creu para las prácticas de los estudiantes. De alguna forma, tu esposo consiguió sustraer el informe para que nadie supiera la verdad.

—¿Qué verdad?

Daniel hizo una pausa para volver a beber de la botella de licor. Les miró a los dos y dijo:

—El muerto padecía cáncer de hígado.

—¡Madre de Dios! —exclamó Fleixa.

—¿Qué significa? —preguntó Irene, desconcertada por la alarma del periodista.

—Significa que el hombre asesinado en el sanatorio era el doctor Homs.

Enmudecieron mientras intentaban asimilar las consecuencias de la revelación.

—Pero en ese caso, ¿quién es el otro hombre?

—Un empleado de tu marido.

—¡No es posible! —ahogó un grito Irene, llevándose las manos a la boca.

—Cuando Adell estuvo ingresado en el sanatorio trabó relación con Homs. Supo de los trabajos del doctor y de lo que había descubierto en el transcurso de los mismos. Intuyendo su valor intentó comprarlo, pero recibió una negativa como respuesta. Al salir del sanatorio, Adell necesitaba a alguien vigilando a Homs. Se ganó al nuevo compañero del doctor, quizás ofreciéndole dinero. Al cabo de unos días, este le informó de que Homs iba a ser dado de alta. Presumo que el mismo Adell en persona volvió al sanatorio e intentó

por última vez que accediera a compartir su secreto, pero ante su resistencia perdió los estribos, como le ha ocurrido en otras ocasiones, y lo mató.

—Entonces, las heridas del cadáver...

—Adell tiene amplios conocimientos de cirugía. Si bien fue expulsado de la facultad, era un alumno brillante. Para desviar cualquier sospecha, deformó el rostro de Homs y cambiaron sus ropas con las de su compañero con el objeto de que todo el mundo creyera que el asesino era el mismo doctor.

La incredulidad se adueñó de la cabina.

—No sé... —empezó a objetar Fleixa.

—Irene, este coche es propiedad de Bertomeu, ¿verdad? —preguntó Daniel.

—Sí, en efecto. Pero no entiendo qué relación tiene con...

—A pesar de la falta de luz —la interrumpió—, he advertido que han cambiado el farol y pueden verse los arañazos disimulados con resina y el adorno de plata dañado de la portezuela. No es fácil reparar en ello, pero yo lo estaba buscando. ¡Este es el mismo carruaje que perseguimos en las Ramblas!

—Demonios, ¡es cierto! —exclamó Fleixa.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Irene reteniendo la agitación de sus manos.

—Adell desea descubrir por sí mismo el secreto de Vesalio que no acabó de revelarle Homs —explicó Daniel—, para ello perpetra horribles experimentos con las muchachas hasta asesinarlas. Y por ese mismo motivo buscaba el manuscrito en la biblioteca y se confundió cuando le arrebató a Gilbert el erróneo. Hemos estado persiguiendo la sombra de un muerto. Adell es el verdadero asesino.

Golpeó con rabia el asiento. La joven estudiante y el códice original estaban ahora en sus manos. ¡Quién sabe si no la había asesinado ya!

—Tenemos que rescatar a Gilbert y detenerlo.

—Estoy de acuerdo —afirmó Fleixa—, pero ¿cómo hacerlo? Sabemos que se esconde en los subterráneos cerca de la central eléctrica, aunque ignoramos dónde exactamente y, todavía menos, cómo acceder.

—La entrada no puede estar en la misma central, sería muy comprometido trasladar a sus víctimas por un lugar tan frecuentado como el recinto de la Exposición.

Daniel calló. Desde hacía horas le venía a la mente una y otra vez la conversación mantenida con Adell antes de su detención. Tenía la sensación de que algo relevante se le escapaba. ¿Qué podía ser? ¿Qué le había dicho que fuera tan importante? De pronto lo descubrió.

—Fleixa, rápido, llévenos a mi casa.

—¿Se refiere a sus habitaciones del colegio?

—No, no. A la mansión de mi familia. Dese prisa, por Dios.

Con un asentimiento, el periodista salió de la cabina y se montó en el pescante. El carruaje reinició la marcha y pronto cogió velocidad al llegar al paseo de la Industria, vacío a esas horas. Dejaron atrás el parque de la Ciudadela y se internaron por la calle La Ribera. Tras enhebrar varias callejuelas, llegaron unos minutos después frente al antiguo palacete.

Daniel abrió la portezuela para descender del coche, pero se detuvo a medio camino y se volvió hacia Irene.

—¿Cómo vas a volver?

—No te preocupes, Encarnita es hija de carreteros, sabe llevar tan bien este coche como el mejor conductor de tranvías.

—Yo...

Irene le rozó los labios con los dedos enguantados y susurró.

—Ten cuidado.

Se miraron un instante. Daniel quiso añadir algo más pero la voz de Fleixa le interrumpió.

—Siento meterle prisa, Amat, pero a estas horas vamos a llamar la atención del sereno. Y me estoy helando de frío.

Irene asintió. Fue un gesto breve, casi invisible en la oscuridad de la cabina. Sin decir nada más, Daniel saltó del carruaje y siguió a Fleixa. Ambos se adentraron en las tinieblas de la calle en dirección hacia la casa que se recortaba bajo un cielo cubierto de nubes.

65

Llopis entreabrió el telón y observó la sala. Desde allí vio a Evaristo Arnús acoger a pie del *foyer* a lo más granado de la ciudad. El dueño del Lírico ejercía de buen anfitrión y saludaba con una amplia sonrisa a diestro y siniestro. Tras apearse de sus carruajes en la entrada de la calle Mallorca, caballeros con sus mejores chaqués y damas luciendo hermosos trajes y joyas desfilaban hacia el interior del teatro.

Los palcos presentaban el esplendor de las grandes ocasiones. Una fastuosa araña de cristal iluminaba el abarrotado patio de butacas. La platea y los tres pisos superiores bullían de animación. El lleno estaba asegurado. Nadie quería perdérselo.

Era el acontecimiento del año. Los precios se habían disparado, la entrada general de una peseta costaba el doble en la reventa y por los palcos mejor colocados se llegaba a pagar hasta quince. Las poco más de dos mil localidades se agotaron en hora y media, con seguridad podrían haber vendido mil entradas más. Un destacamento de guardias a caballo ocupaba las inmediaciones en previsión de tumultos. Se decía que acudiría todo el ayuntamiento en pleno e incluso el gobernado con su esposa.

Llopis podía sentir la expectación que vibraba entre las butacas. Con deleite, observó cómo un par de caballeros mantenían una acalorada discusión. Uno de ellos sostenía un ejemplar del *Correo de Barcelona* en la mano. Sin duda, comentaban su última crónica.

Sánchez debía de estar en las alcantarillas con sus hombres a punto de atrapar a Homs. Esperaba que no lo estropeara en el último instante.

A duras penas conseguía mantener sus manos secas. Cuando estaba nervioso se le empapaban de sudor y no había forma de

remediarlo. Al buscar un pañuelo sintió el roce de otra mano.

Madame Palatino estaba de pie a su lado. ¿Cómo diablos podía ser tan sigilosa? Si no estuviera convencido de que aquella mujer y toda su parafernalia espiritista eran un fraude casi diría que se comportaba como uno de esos espíritus con los que pretendía hablar.

—¡Madame!

La médium pestañeó lánguidamente antes de inclinar la cabeza a modo de saludo.

—¿Le he sobresaltado, señor Llopis?

El periodista creyó ver en su rostro una mueca divertida que de inmediato desapareció bajo el velo gris de su semblante.

—No, por supuesto que no, señora. Supongo que estoy un poco inquieto, ¿no lo está usted?

Ella no pareció oírle. Llopis, incómodo, cambió de tema.

—¿Está todo a su gusto?

Como respuesta, la mujer miró a su espalda. Unos operarios terminaban de situar varias butacas a lo largo de una mesa cubierta con un raso negro. Se había dispuesto de modo que formaba un semicírculo de una punta a otra del escenario. Un mozo estaba colocando cirios a intervalos regulares mientras otro dejaba un juego de vasos y una jarra de agua en el centro. Bajo petición expresa de la misma médium, el escenario estaba totalmente vacío excepto por aquella mesa.

—Solo los espíritus conocen lo que nos depara el destino, señor Llopis.

—Claro, por supuesto —asintió sin entender.

La mujer miró a través de los cortinajes.

—Ha venido toda Barcelona —comentó entusiasmado el reportero.

El rostro de la médium no delató ninguna emoción, pero cuando se giró hacia él adoptó una expresión grave.

—Debo advertirle de algo.

—¿Perdón?

—Presiento un aura negativa. Una energía que no había sentido en ninguna otra ocasión.

Llopis contuvo un escalofrío. ¿Qué quería decir con aquellas palabras? ¿Iba a echarse atrás? No había previsto la posibilidad de que renunciara en el último momento. Si era el caso, se vería obligado a cancelar la actuación y sería un desastre, además de un ridículo espantoso. ¿Tal vez quería más dinero?

—¿No está satisfecha con nuestro acuerdo?

—No, no se trata de eso.

Llopis vio en sus ojos algo que supo reconocer: miedo. Suspiró aliviado. Al final resultaba que aquella mujer era de carne y hueso. Intentó calmarla.

—Son los nervios, señora. En cuanto empecemos seguro que esa sensación desaparecerá. Todo el mundo viene a verla. Esta noche pasará a los anales de la ciudad y usted será su mayor protagonista.

La mujer volvió su vista hacia el tumulto de las butacas.

—Eso me temo, señor Llopis. Eso me temo.

Al cabo de unos minutos, y no sin dificultad, los asistentes fueron ocupando sus localidades. Las conversaciones se espaciaron hasta convertirse en susurros. Una multitud de rostros miró hacia el escenario. En ese momento, las luces se atenuaron y se hizo el silencio.

El telón se alzó y madame Palatino, vestida de riguroso negro, apareció de pie en el escenario, iluminada por unas pocas luces a sus pies. Las sombras recortaban su cuerpo enjuto de forma que parecía más cadavérico de lo habitual. Una dama soltó una exclamación que rápidamente silenciaron varias voces. Algunos de los asistentes no pudieron evitar un escalofrío. Llopis había convencido al empresario del teatro para que apagara la calefacción en cuanto hubiera entrado todo el público de modo que el ambiente se volviera glacial, pero se dio cuenta de que no hacía falta. La sola presencia de la mujer había congelado la sala.

Se adelantó un caballero al que Llopis conocía de las sesiones privadas.

—Buenas noches, damas y caballeros. Bienvenidos. Hoy nos hemos reunido en este magnífico teatro para ser partícipes de un hecho extraordinario, un acontecimiento memorable. Nadie, y digo nadie, permanecerá ajeno a lo que en esta velada va a suceder. Tienen la fortuna de presenciar algo formidable, por primera y única vez en esta ciudad.

Llopis sintió cómo su sonrisa se ensanchaba. De aquella velada se iba a hablar durante mucho, mucho tiempo.

66

El joven guardia había desaparecido delante de sus ojos como si no hubiera existido nunca. Las miradas de todo el grupo quedaron fijas en el torrente de agua, que seguía cayendo como si nada hubiera ocurrido.

Sánchez estaba empapado y le costaba respirar, pero seguía vivo. Había faltado un pelo para que fuera él quien estuviera criando malvas. En su caída había arrastrado a uno de sus hombres. Habían quedado atrapados en un saliente del muro, golpeados por el agua. Demasiado estrecho para los dos, a duras penas había podido hacerse sitio a costa del guardia. Con ayuda de una cuerda que le tendieron logró salir de aquella trampa. Lamentablemente, el muchacho no había corrido la misma suerte y había terminado arrastrado por el sifón.

Empezó a escuchar comentarios nerviosos. Los hombres miraban atemorizados a su alrededor y cuchicheaban como viejas. Se dio cuenta de que debía recordar quién mandaba allí o todo aquello se le escaparía de las manos.

—Una desgracia. Hemos asistido a una enorme desgracia. —Se adelantó colocándose en el centro del grupo—. Vuestro compañero me ha salvado la vida dando la suya a cambio. Siempre lo tendremos presente en nuestras oraciones. Ahora debemos seguir.

—Inspector, Josep llevaba las lámparas de reserva y el plano de las galerías.

—Deberíamos volver —susurró uno de los guardias, que no lograba apartar la mirada del agua.

El inspector acortó la distancia que les separaba en dos zancadas, le cogió de la pechera de la camisa y lo empujó contra la pared.

—Pero ¿qué dices? —gritó para que todos le oyeran—. ¿Vas a permitir que el sacrificio de vuestro compañero, Dios lo tenga en su gloria, quede en balde? Venga, recoged el equipo y sigamos adelante. ¿Estamos?

Un murmullo de asentimiento siguió a sus palabras.

Sánchez buscó con la mirada al niño. Este se acurrucaba en un rincón junto a la entrada del túnel, alejado del grupo.

—¡Tú! Ven aquí.

Guillem sorbió los mocos de la nariz y se acercó.

—Habías vivido un tiempo aquí, ¿verdad? ¿Te ves capaz de guiarnos?

—Tal vez... —titubeó.

—Nada de tal vez —le susurró Sánchez mientras le soltaba un pescozón—. Debes hacerlo, chico. ¿Me has entendido?

Con satisfacción, observó que la expresión asustada del muchacho cambiaba y el rostro se endurecía. Por un instante creyó ver un asomo de rencor en sus ojos, aunque rápidamente el chico desvió la mirada al suelo y se mostró colaborador.

—Sí, señor. Lo haré. Puedo hacerlo, sí.

—Pues venga. Andando.

Guillem recogió su morral y trastabillando empezó a andar. Todos se levantaron y se pusieron en marcha. Sánchez revisó su bolsillo vacío. Había perdido la bolsa de altramuces. Se estaba ganando el cielo, maldita sea.

La luz de las lámparas les iluminaba como una procesión. Avanzaron en silencio pues nadie tenía ánimo para conversar. Al cabo de unos minutos, el caudal creció y el paso por el que andaban se estrechó obligándoles a ir de uno en uno. Aquella cloaca traía las aguas de los distritos de la Concepción, la Audiencia y el Born. Por el camino recogía los vertidos de decenas de fábricas de toda la zona. El hedor se hizo tan insoportable que tuvieron que usar pañuelos para taparse la nariz y la boca.

—¿Queda mucho? —preguntó Sánchez a Guillem, apretándole el hombro.

El niño, que no parecía molesto por el olor, le señaló hacia delante.

—Una galería más, señor inspector.

Lo mismo había dicho media hora antes. Sánchez empezaba a pensar que aquel crío estúpido no sabía dónde se hallaban. Quizá no había sido tan buena idea fiarse de él. No obstante, unos minutos después el camino se ensanchó y formó un pequeño espacio semicircular desde el que partían dos túneles.

Habían llegado a la bifurcación.

Junto al muro, había una carretilla caída de costado con varias herramientas abandonadas y una montaña de sacos de arena endurecida amontonados hasta casi cubrir una puerta.

—Parece que hicieron lo posible para impedir la entrada —comentó un guardia.

—Es para evitar que salgan —contestó Guillem.

—¿Que salgan? ¿Que salgan quiénes? —quiso saber el hombre.

—Ya está bien de charla —cortó Sánchez—. Despejad esto.

Los hombres hicieron una fila y apartaron los sacos de la puerta. La humedad se había encargado de pintar dibujos de óxido sobre el metal, pero todavía parecía sólida. Una gruesa barra de hierro la cruzaba de lado a lado. Se necesitaron dos guardias para moverla. Libre de impedimentos, se dispusieron a abrir la puerta. La humedad la había soldado al marco. Tuvieron que hacer palanca con los fusiles, hasta que finalmente consiguieron abrir el espacio suficiente para pasar. Las llamas en las lámparas vacilaron cuando, del otro lado, brotó una corriente de aire rancio como el aliento de un viejo. Tras la puerta aparecieron los primeros peldaños de una escalera de caracol que descendía hacia las galerías inferiores.

—¡Cargad las armas y estad atentos! —ordenó Sánchez—. Ser prevenidos no nos hará ningún daño. A partir de ahora usaremos solo tres lámparas.

Iniciaron la bajada. El viejo y sus perros por delante, y Guillem, Sánchez y los guardias detrás. El inspector sintió los temblores del chico a su lado y pensó que se debía al frío. Tras unos minutos llegaron a un túnel del que partían cinco galerías. Se encontraban en una de las partes más antiguas del sistema. Los túneles estaban

excavados directamente en la piedra y el suelo era de tierra batida. Guillem, sin dudar, eligió el tercero por la izquierda. El techo de aquel túnel era mucho más bajo y les obligaba a avanzar inclinados. Cada tres metros se abrían a los lados boquetes del tamaño de un hombre que conectaban con otros túneles paralelos y permitían pasar de una galería a otra.

Cuando llevaban un tiempo avanzando, los perros empezaron a gruñir y a revolverse en círculos. El cuidador tiró de las correas y les increpó, pero los animales gimieron y arañaron con sus patas el suelo como respuesta.

—¡Hazlos callar! —gritó uno de los guardias—. Nos van a volver locos.

De pronto se escuchó un chillido, seguido de un juramento. Los animales, libres de sus ataduras, se adentraron en la oscuridad ladrando furiosos. El viejo estaba sentado en el suelo encogido sobre sí mismo. Dos hombres le ayudaron a levantarse.

—¿No sabes controlar a tus perros?

—Iros al cuerno. Uno de esos desgraciados me ha mordido. Desde que hemos bajado a este apestoso lugar se han vuelto locos.

Bruscamente, los ladridos se interrumpieron y se hizo un silencio sobrecogedor. Los hombres se miraron desconcertados.

—¿Qué diablos sucede?

—Vamos —ordenó Sánchez empuñando su pistola.

Avanzaron por el subterráneo con las armas preparadas. Bajo sus pies, el agua se tiñó de rojo. El grupo redujo el paso, se acercaron unos a otros y aferraron las armas con más fuerza. La galería tenía una leve pendiente y giraba a la derecha. El primer perro estaba tendido en medio del túnel. A pesar de la herida que abría su lomo de parte a parte todavía respiraba. El inspector avanzó unos metros por la galería junto a dos guardias. Sobre una piedra de gran tamaño yacía otro de los mastines con el cuello roto. Algo más adelante encontraron al tercero, con la cabeza casi separada del tronco. Las paredes del túnel estaban regadas con la sangre de los animales.

—¿Quién ha podido hacer esto?

—No importa. Sea quien sea, juro que lo mataré —replicó el viejo.

Uno de los guardias más veteranos se acercó a Sánchez. Apenas conseguía disimular la tensión en su voz.

—Señor inspector, son ellos, están aquí. Ahora mismo nos deben de estar observando.

—¿Pero qué dices? ¿Quiénes?

—Los *recolectores*.

Sánchez suspiró. Solo le faltaba oír otra vez aquel cuento de viejas.

—Tenemos luz y vamos bien armados. No me voy a asustar por un grupo de mendigos harapientos.

—Pero, señor, este es su territorio. Deberíamos irnos ahora que aún podemos.

Sánchez le apuntó a la cabeza con la pistola y amartilló. El guardia trastabilló hacia atrás hasta tropezar contra la pared.

—De aquí no se va ni Dios. ¿Lo has entendido?

El hombre afirmó con la cabeza varias veces.

—Repítelo en voz alta.

—De... aquí no se va ni... Dios..., señor.

—Muy bien —prosiguió bajando el arma—. ¿Dónde está el crío?

Todos buscaron a su alrededor. Pero Guillem había desaparecido. El inspector reprimió un exabrupto. Condenado niño. Por suerte recordaba el plano y se encontraban muy cerca del depósito abandonado. No pensaba echarse atrás ahora. No después de lo que había tenido que pasar para llegar hasta allí.

—Olvidaos de él. Sigamos adelante. Y estad atentos. Los que han hecho esto no deben estar lejos.

El grupo reemprendió la marcha observando con aprensión las sombras que se cernían en torno a ellos. Avanzaron así un trecho, manteniendo las manos cerca de sus armas. Sánchez miró de reojo al guardia que avanzaba a su lado. Su expresión le indicó que también había oído los sonidos procedentes de las otras galerías. Iba a ordenar que encendieran todas las lámparas de que disponían cuando unas siluetas se perfilaron al fondo del túnel. Al verles huyeron. Antes de que pudiera detenerlos, el viejo y tres guardias

salieron detrás de ellos. Sánchez les maldijo. Se habían llevado dos de las lámparas dejándoles tan solo con una. Antes de que pudiera lamentar mucho más su marcha, se escucharon tres disparos y un grito. Luego nada más.

—Rápido, ¡sacad las lámparas de reserva!

La orden llegó tarde. Como si fueran espectros y atravesaran las paredes surgieron desde ambos lados del túnel y les rodearon. Vestían con harapos y emanaban un olor pestilente. Sánchez advirtió con cierto alivio que no se trataba de fantasmas, sino que eran hombres y también algunas mujeres. Un grupo de treinta individuos o más. A la mayoría les faltaban dientes y sus manos se curvaban como garras por culpa de alguna enfermedad o la falta de alimentos. Sostenían toscos cuchillos y unos rudimentarios quinqués que apenas iluminaban. La mayoría se cubría con capuchas, otros mostraban rostros llenos de pústulas y cicatrices. Sin embargo, lo más aterrador era su mirada. Apenas parpadeaban y sus pupilas no tenían color.

—Represento la autoridad, depongan su actitud o... o les haré detener —les dijo Sánchez con toda la firmeza que pudo reunir.

Nadie respondió.

—¿No me han oído? —gritó.

Por un momento, el inspector creyó que iban a obedecer. Entonces, uno de ellos se adelantó. Su brazo se movió tan rápido que apenas lo vio. El guardia a su lado soltó un grito, cayó de rodillas y se cogió la mano casi separada de la muñeca. La lámpara que sostenía rodó por el suelo y se apagó.

Entonces atacaron.

La oscuridad se llenó de sonidos de lucha, lamentos y exclamaciones ahogadas. Alguien consiguió disparar. Se escucharon varios gritos. Sánchez buscó a tientas la pared del túnel. De improviso, sintió un tremendo dolor en la pierna. Uno de aquellos andrajosos lo había acuchillado. Descargó su pistola a ciegas y siguió apartándose del centro de la refriega. Aquello se había puesto feo. No había más remedio que huir. Si se quedaba allí lo matarían. En su retirada tropezó con uno de los guardias, que lo reconoció.

—Inspector, ¿cuáles son sus órdenes?

Sánchez empujó al guardia que, sorprendido, tropezó y cayó hacia atrás. Inmediatamente, tres sombras se abatieron sobre él. El aire se llenó del sonido del acero rasgando la carne y los gritos del hombre. Sánchez aprovechó la distracción y huyó.

Dejó atrás la galería de los perros descuartizados y se internó por el túnel que suponía llevaba a la escalera de caracol. Cuando pensó que se había alejado lo suficiente sacó una de las linternas de reserva que guardaba en su mochila. La pierna le dolía mucho, pero no podía detenerse a examinar la herida. Atrás continuaban los sonidos de la lucha. Escuchó algunos disparos, aunque no tardaron en volverse cada vez más espaciados hasta cesar por completo. Esperaba que con la confusión no se hubieran percatado de su huida.

Tras unos minutos que se le hicieron eternos encontró la escalera. Llegó arriba cojeando y sin aliento. Pensó en tomarse un respiro, pero entonces creyó oír pasos subiendo detrás de él. Pasó el cuerpo por el hueco de la puerta y salió a la galería por la que habían entrado.

Debía cerrar aquella puerta como fuera. Dejó caer su peso contra la hoja metálica y, resoplando, empujó con todas sus fuerzas. Las bisagras corroídas por la humedad protestaron, aunque finalmente cedieron y pulgada a pulgada, la puerta empezó a cerrarse.

Casi lo había logrado cuando en la escalera apareció un hombre. Era uno de los guardias. Había perdido el equipo y el abrigo, dos jirones brillantes brotaban de su camisa a la altura del pecho y se agarraba la cabeza para intentar cortar la hemorragia de un corte en la frente.

—¡Señor, abra la puerta!

Sánchez siguió empujando ante la mirada incrédula del joven. En ese instante aparecieron a su espalda los primeros perseguidores. Al notar su presencia, el guardia chilló como un animal acorralado. Los *recolectores* empezaron a rodearlo, tomándose su tiempo. El muchacho le suplicó a Sánchez con la mirada mientras sus dedos buscaban evitar que la puerta se cerrara.

—¡Abra! ¡Por el amor de Dios, a...!

Con un golpe sordo, la puerta encajó en su marco ahogando las últimas palabras del guardia. Sánchez cogió una de las palas abandonadas y la pasó a través de las argollas donde antes estaba la barra de hierro, demasiado pesada para levantarla él solo. Al otro lado escuchó unos gritos amortiguados.

Se alejó de allí con una sensación de alivio. No sabía cuánto tiempo les detendría la puerta, pero esperaba que le diera suficiente ventaja para escapar. La pierna le palpitaba de dolor. Al acercar la luz, vio que la pernera del pantalón estaba empapada en sangre. Se quitó el pañuelo del cuello y lo anudó con fuerza por encima de la herida.

Necesitaba sosegarse. Frente a él se abrían tres galerías. ¿Cuál sería la correcta? Antes de poder tomar una decisión, el túnel trajo el eco de un chasquido seguido de un tintineo metálico. Habían conseguido entrar. Sin pensarlo, eligió el túnel del centro y se internó en él con la pequeña llama de su lámpara como única guía.

67

—Me alegra verla despierta.

Pau escuchó las palabras de su captor como un eco lejano. Intentó alzar las manos pero no pudo, estaban sujetas a unas correas de cuero. Un estremecimiento recorrió su cuerpo desnudo, cubierto apenas por una sábana. Ni siquiera sentía su espalda, adormecida a causa del frío y la dureza de la superficie en la que estaba tendida.

—Disculpe las ataduras, se trata de una mera prevención para evitar que se lastime mientras hace efecto el suero. Le prometo soltarla más tarde.

Su captor vestía una camisa blanca y corbatín, y encima llevaba un delantal médico de cuero. La contemplaba con una inmovilidad inquietante a través de sus lentes.

—¿Cómo es posible? ¿Usted? —preguntó Pau intentando mantener la calma. Había creído que su última visión antes de perder el conocimiento había sido una alucinación. Sin embargo, no era así.

—Parece sorprendida.

—Jamás imaginé... ¿Por qué?

—No se preocupe. A su debido tiempo lo entenderá. Esta noche todavía nos aguardan algunas sorpresas. Entretanto tenemos mucho trabajo.

El hombre salió de su ángulo de visión. Un instante después, apareció de nuevo llevando una bacina llena de agua y unos objetos envueltos en un paño. Acercó el banco y se sentó a su lado. Se ajustó los guantes. Humedeció la punta de la tela y con delicadeza fue mojando la raíz de su pelo.

—¿Qué está haciendo? —balbuceó Pau.

—El proceso exige unos preparativos, como seguro usted ya sabrá. Solo será un momento.

Siguió con su tarea hasta que estuvo satisfecho, luego dejó el paño sobre la bacina y sujetó la sien de la joven entre sus dedos. Su mano sostenía una navaja de barbero. Al ver la hoja acercarse a su cara, Pau volvió la cabeza bruscamente y sintió un dolor agudo. Chilló. Un hilo de sangre resbaló por su mejilla.

—Le aconsejo que no se mueva. No necesito mantener intacto su rostro, téngalo en cuenta. Su resistencia no evitará que de un modo u otro termine mi trabajo.

A pesar del miedo que sentía, Pau obedeció. Con un sollozo observó cómo iban cayendo a su alrededor mechones de su pelo. El hombre trabajaba con eficacia y en pocos minutos terminó.

—Me ha costado mucho encontrarla. Fue muy ingenioso que se escondiera en las habitaciones de una prostituta. ¿Idea suya o de su amigo Amat?

—¿Qué le ha hecho a Dolors? —preguntó Pau con voz entrecortada.

—Una mujer valiente. A pesar de todo no quiso delatarla.

Pau cerró los ojos conteniendo las lágrimas.

—Más pronto o más tarde le detendrán —consiguió decir.

—Permítame que lo dude. Usted y sus amigos han estado cerca, pero no lo suficiente.

Tras guardar los utensilios de barbero volvió a sentarse a su lado.

—¿Sabe, querida? Estoy muy satisfecho de tenerla aquí. Creo que solo usted puede apreciar realmente mi labor. Con los anteriores sujetos no podía, por razones obvias, disfrutar de una conversación mínimamente inteligente. Oh, pero con usted, Gilbert, es un caso muy distinto.

Pau no contestó.

—Estoy convencido de que más que ninguna otra persona sabrá reconocer la sutileza del proceso. Como bien sabe, Vesalio fue mucho más allá de lo que ningún otro médico ha conseguido soñar siquiera. Usted desentrañó la última parte del *Liber Octavus* de forma brillante, debo agradecérselo pues me ha facilitado esa labor.

Ahora tendrá una oportunidad única, ¿se da cuenta? Va a experimentarlo en carne propia. Casi la envidio.

Pau apenas pudo dominar el terror que amenazaba con hacerle perder la razón. Amat y Fleixa desconocían que había sido secuestrada y, aunque lo supieran, jamás podrían encontrarla, pues ni ella misma sabía dónde se hallaba.

—Deténgase, por favor. ¡Todo esto no es más que una locura!

El hombre volvió la cabeza lentamente hacia ella. Los ojos a través de las lentes la miraron en silencio. Su voz sonó afectada.

—Lamento oír eso. Creí que usted lo entendería.

Dándole la espalda, cogió el estuche negro de la mesa auxiliar y extrajo el frasco de cristal con el suero.

—Una pequeña cantidad logra la completa inmovilidad del paciente sin afectar en lo más mínimo a su conciencia y manteniendo estables su frecuencia cardiaca y la presión arterial. A diferencia de la morfina que le he inyectado en su habitación, esta fórmula anula los efectos analgésicos; por ese motivo, el cuerpo segrega grandes cantidades de adrenalina que mejoran los resultados. Toda una suerte. No se trata de un procedimiento rápido. Es necesario esperar unas horas para que se distribuya por el organismo, pero en esencia es muy efectivo.

Procedió a colgar el botellín de una percha metálica y encajó una espita a un largo tubo de caucho.

—Notará un pinchazo. Le pido perdón.

Sujetó su brazo y con un solo movimiento le insertó la aguja en la vena. Envolvió el pliegue lateral del codo con un esparadrapo de tela y reguló con mano experta la espita de la botella.

—Listo, ahora solo queda esperar —añadió consultando su reloj.

Las lámparas de bronce parpadearon varias veces y la luz se atenuó dejando la sala envuelta en penumbras. El hombre reprimió una imprecación, abandonó a Pau y se dirigió hacia el panel de instrumentos incrustado en el muro. Con expresión concentrada, empezó a ajustar controles mientras murmuraba para sí.

Pau aprovechó aquella distracción para reflexionar. Tenía que encontrar un modo de escapar. Si el suero entraba en su cuerpo quedaría paralizada y con toda seguridad moriría. Su única

oportunidad era detener la entrada del líquido de alguna manera e intentar huir en cuanto se presentara una ocasión.

Mientras vigilaba de reojo los movimientos de su captor, estiró el brazo hacia el tubo que colgaba a su lado. Dobló la muñeca, forzando hasta el límite la correa. Tras muchos esfuerzos, apenas rozó el tubo con la punta de los dedos. Se tomó un respiro. El hombre continuaba ocupado frente al panel. No tendría otra oportunidad. Cerró los ojos, apretó los dientes y volvió a estirar la mano, en esta ocasión hacia la percha metálica donde colgaba la ampolla de vidrio repleta de suero. Logró aferrarla y acercarla hacia ella. El tubo colgaba ahora más cerca. La correa se hundió en la carne de su antebrazo, pero aguantó el dolor y dobló la mano hacia el tubo. Cuando estaba a punto de abandonar, sintió el tacto áspero del caucho entre los dedos. Lo atrapó y empezó a atraerlo hacia sí. Se mordió los labios para reprimir un grito de alegría. Iba a conseguirlo. Entonces el tubo se trabó con el pie de la mesa auxiliar. El inesperado tirón hizo que se le escapara de entre los dedos. Libre de su agarre, se balanceó como un péndulo hasta caer fuera de su alcance. En ese instante, retornó la luz.

—Espero que sepa disculparme —dijo el hombre sonriendo mientras se acercaba—. Me ha surgido un compromiso: debo acudir al teatro. No se preocupe, no tardaré mucho y podremos reanudar nuestra interesante conversación. Si lo desea, grite cuanto quiera, nadie la oirá aquí abajo.

Sin más, se dirigió al fondo del subterráneo. Manipuló unos controles que provocaron un ruido de poleas. Encajado en la roca, apareció un montacargas. Subió en él y desapareció en su interior.

Pau no pudo contenerse más y el llanto la desbordó.

68

Daniel y Fleixa, al amparo del muro, se encaminaron hacia la entrada de la mansión Amat. Con la falta de luz, el lugar era aún más sombrío que cuando Daniel lo visitó días atrás. Sintió un nudo en la garganta al recordarlo. Todo empezó en aquel lugar y terminaría allí, de una manera u otra.

—¿Cómo está su brazo? —le preguntó Fleixa.

—No es nada, puedo continuar.

Fleixa advirtió la rigidez con la que se movía su compañero, aunque no insistió.

—¿Qué hacemos aquí?

—He sido un idiota.

—¿Qué quiere decir?

—Adell me hizo creer que había comprado esta casa como venganza, pero no era cierto, ¿entiende?

El periodista asintió, aunque no estaba seguro de haberlo hecho.

—Me equivoqué. Adell adquirió la casa por otra razón.

—¿Qué razón podía...?

Fleixa se detuvo a media pregunta al empezar a comprender.

—¿Se ha dado cuenta de lo apropiado de su situación? —continuó Daniel—. Justo entre la Barceloneta y el parque de la Ciudadela. Los rumores sobre una maldición son muy convenientes, nadie se acerca a la casa. Jamás lo hubiéramos sospechado de no ser por las palabras de Adell. Es el lugar perfecto.

—Pero está alejada de la central eléctrica.

—No tanto. Tan solo un par de calles.

El periodista asintió. Rebuscó en su chaqueta, extrajo dos revólveres y le tendió uno a Daniel. Ante la mirada inquisitiva del

joven se encogió de hombros.

—Supuse que necesitaríamos sacarlo de la prisión a punta de pistola.

Daniel, indeciso, cogió el arma. Nunca había disparado antes. Sin embargo, al notar su peso en la mano se sintió más seguro. Inhaló aire y avanzó hacia la entrada de la finca.

Al empujar el portón descubrieron que la cadena que ataba las puertas estaba en el suelo. Ambos se miraron sin decir palabra.

—Tenga cuidado de no hacer ruido —indicó Daniel.

Una vez dentro del jardín encendieron el quinqué que habían cogido del coche. Con un gesto, Daniel conminó al periodista a seguirlo. Recorrieron con cautela el camino de baldosas vigilados por las sombras del viejo tilo y la pérgola semiderruida. Cuando llegaron frente a los escalones del porche tuvieron la sensación de que el viejo palacete estaba esperándolos.

Entraron en la casa y avanzaron por las estancias vacías seguidos por los sonidos huecos de sus pasos. Daniel podía sentir la respiración apresurada del periodista a su espalda. Alcanzaron la cocina mucho más rápido que en su visita anterior. Alzó la lámpara y alumbró los restos calcinados de la puerta que daba al sótano.

—Esta es la entrada al laboratorio de mi padre. Tiene que ser ahí.

Bajaron los escalones con precaución mientras amartillaban las armas. Daniel recordó con aprensión los extraños sonidos que escuchó antes de que se quedara sin luz en la ocasión anterior y todo lo que sucedió después.

Esta vez, sin embargo, llegaron abajo sin ningún percance. El quinqué iluminó una estancia de generosas dimensiones. Al ser el lugar donde se originó el incendio el fuego había resultado más devastador que en ninguna otra parte de la casa. Los productos químicos que allí se guardaban convirtieron la habitación en un infierno. Apenas quedaban restos. Se adivinaba la estructura de una mesa alargada que el fuego no había podido consumir y el armazón de un sofá. Al avanzar, sus pies crujieron al pisar decenas de cristales ennegrecidos que alfombraban el suelo. En las paredes se

amontonaban estantes de madera caídos y parcialmente quemados, restos de la valiosa biblioteca.

—Aquí no ha estado nadie desde hace tiempo —dijo Fleixa, que se estremeció al oír el eco de su voz.

—Busquemos, quizás encontremos algo.

Durante unos minutos vagaron en semioscuridad por la habitación. El desaliento empezaba a hacer mella en Daniel cuando oyó la voz del periodista a su espalda.

—Amat, mire aquí.

La luz del quinqué iluminó, medio oculto en un rincón, un camastro que no parecía afectado por el fuego. Unas manchas ocres oscurecían varios tablones de madera. Contuvieron un estremecimiento al sospechar su origen. Daniel se inclinó y alzó del suelo unos grilletes que colgaban de una argolla empotrada en el cabecero.

—Esto prueba que no estoy totalmente equivocado —dijo excitado.

Fleixa asintió, pero no estaba tan entusiasmado como su compañero.

—Así parece, aunque este lugar no es lo que yo imaginaba.

Daniel no contestó. Él había llegado a la misma conclusión. Adell necesitaba unas condiciones para sus macabros experimentos. Precisaba un laboratorio, instrumental, luz y agua corriente. Allí no había nada de eso. Revisaron concienzudamente el resto de la habitación, pero excepto unas sogas abandonadas junto a una lámpara en buen uso no encontraron nada más.

Daniel golpeó desesperado los restos del sillón.

—¡Maldita sea! No puede ser. Apenas hay tiempo... —Las palabras murieron en su boca.

Fleixa dijo lo que ambos pensaban.

—Nos hemos equivocado y Gilbert está condenada.

69

Las luces estaban apagadas y la penumbra apenas ocultaba la expectación de todo el teatro. Aquí y allá se escuchaba alguna tos nerviosa o un carraspeo, acallados enseguida por un siseo. Todas las miradas convergían en el mismo punto del escenario.

Le sudaban las manos. Una y otra vez, Llopis se las secaba bajo la mesa con un pañuelo, pero no servía de nada. Para su alivio, las llamas de los cirios que ardían delante de él le impedían ver los rostros del público. Hasta ese momento había supuesto que ser uno de los integrantes de la mesa era una magnífica idea. De ese modo, cuando todo terminara podría arrogarse un papel protagonista y escribir una crónica espectacular. A estas alturas, Sánchez ya habría detenido a Homs y estaría esperando en la central de la guardia municipal a que terminara el espectáculo. Miró con avidez la jarra de agua preparada para la médium. Volvió a frotarse las manos mientras se preguntaba si no hubiera sido mejor permanecer en las tramoyas en lugar de sentarse allí.

A su lado, madame Palatino miraba al frente, erguida como un tallo verde. Un leve temblor de su mandíbula le indicó a Llopis que no estaba tan tranquila como parecía. Consciente de ser el foco de atención del periodista, se giró hacia él con gesto desabrido, le observó un instante sin decir nada y luego volvió a dirigir su atención hacia la sala. Llopis ya no volvió a mirarla.

Las llamas de las velas dibujaban ondas oscuras sobre el terciopelo negro que cubría la mesa y amarilleaban los rostros. Junto a ellos, a ambos lados, se habían sentado una docena de hombres y mujeres con rostros circunspectos.

El presentador prosiguió su discurso.

—Damas y caballeros, los terribles sucesos ocurridos en las últimas semanas nos afligen enormemente. Unas muchachas inocentes han sido asesinadas de forma cruel. Es evidente que actos de tanta vileza solo pueden ser producto de un espíritu atormentado. Un espectro que, al no conseguir cruzar las puertas del Más Allá, se ha convertido en la encarnación del Mal. Esta noche, con su ayuda, nos disponemos a liberar esta alma afligida y terminar de una vez por todas con sus terribles acciones.

Un murmullo recorrió las butacas. Madame Palatino mojó sus labios en el vaso de agua y continuó mirando hacia el vacío con ojos entornados. Ni tan siquiera parecía escuchar la intervención del presentador, que seguía hablando.

—... verdaderamente excepcional. Tenemos el privilegio de contar entre nosotros con una de las mentes más preclaras del mundo. Su prestigio ha sido reconocido en las más destacadas capitales europeas. ¡Londres, Viena, París! Y como muestra de su gran generosidad se ha ofrecido a ayudarnos en este trance tan penoso.

Con una ligera inclinación de cabeza, la médium agradeció la ola de aplausos que surgieron de las butacas. El presentador se aclaró la garganta antes de proseguir.

—Madame Palatino les pide ahora que unan sus manos. Se ruega silencio y máxima seriedad, damas y caballeros.

Un rumor recorrió la sala mientras cada espectador cogía la mano de su vecino. Se oyeron algunas risas y susurros, acallados de inmediato por el resto del público.

Llopis estrechó la mano áspera y huesuda de la médium, al tiempo que entrelazaba la otra mano con la del orondo caballero sentado al lado contrario, que hizo una mueca al notar su palma sudorosa. Encogió los hombros a modo de disculpa.

Madame Palatino inclinó la cabeza para volver a levantarla con los ojos cerrados. Aspiró aire y lo soltó, luego repitió la operación una segunda vez. Los espectadores seguían con expectación todos sus movimientos. Dejó pasar unos segundos y empezó a hablar con aquel acento profundo y tranquilo. Aunque no parecía realizar ningún esfuerzo, su voz llegó a todos los rincones del teatro.

—Espíritu, yo te convoco.

La pausa que siguió a sus palabras zarandeó al auditorio. Sin pretenderlo, Llopis contuvo la respiración de igual modo que la mayoría de los presentes. La voz de la médium se elevó entonces como el preludio de una tormenta.

—Te escuchamos. Ven a nosotros sin temor.

Las llamas de las velas temblaron y el ambiente del teatro descendió varios grados de temperatura. Algunas personas del público se removieron inquietas en el asiento. Entonces la mesa empezó a elevarse del suelo ante la estupefacción de todo el teatro.

—Se está... acercando. Siento que se acerca.

Llopis tragó con dificultad... Aquello parecía tan real. De improviso, madame Palatino arqueó la espalda hacia atrás alzándose de la silla. El periodista y el hombre situado al otro lado tuvieron dificultades para mantener el contacto. La mujer emitió un sonido gutural y se inclinó hacia delante. Aún con los ojos cerrados pareció observar al público con expresión maliciosa. Su voz atravesó la platea y llegó nítida hasta el último piso del teatro. Era la voz de un hombre.

—He sido convocado y aquí estoy.

—Dinos quién eres —vociferó alguien del público.

—Soy conocido por muchos nombres, pero vosotros podéis llamarme Belial. El príncipe del engaño, el demonio de la sodomía. ¡El Anticristo!

Se alzaron varios gritos de asombro y dos mujeres sufrieron un desmayo, lo que provocó un revuelo momentáneo. Con la ayuda del personal del teatro, las sacaron de la sala. Llopis estaba lívido, aquello no era lo acordado.

—Detén tu obra, asesino —exclamó un joven levantándose de su asiento.

Otros hombres le imitaron y el coro de protestas arreció, haciendo inútiles los esfuerzos que reclamaban silencio. Entonces, la médium emitió una carcajada seca y el teatro enmudeció. Aquellos que se habían levantado se quedaron paralizados en su sitio.

—Estúpidos. No sois nada. Nada podéis contra mí. Yo, Belial, os anuncio grandes sufrimientos y calamidades. El *Gos Negre* se ha

alzado para saciarse de sangre y no se detendrá hasta conseguirlo. Tiempos terribles se acercan y... y...

Madame Palatino se interrumpió y abrió los ojos. La sorpresa se dibujó en su rostro. Quiso levantarse, trastabilló y derribó la silla. Apenas se aguantaba de pie. Apoyó las manos temblorosas en la mesa, que se balanceó en los cables que la sujetaban en el aire. Todo el auditorio la observaba fascinado. Entonces, la mujer se inclinó de lado y arrastró consigo el mantel. De sus labios empezaron a surgir sonidos ininteligibles y una espuma rosada se derramó por su barbilla. Auxiliada por Llopis, recuperó el equilibrio un instante, pero tras mirarle con expresión desencajada soltó un alarido y se desplomó.

Un silencio indeciso se adueñó de los presentes. Dos caballeros del público, que se identificaron como médicos, subieron al escenario y le tomaron el pulso. Sus rostros reflejaron el estupor de los presentes.

—Está muerta.

70

Sánchez llevaba horas dando vueltas por aquellas repugnantes alcantarillas. Se había perdido al menos tres veces. En esta ocasión, sin embargo, estaba convencido de que iba por la galería correcta. Unos metros más y encontraría la escalera por la que habían descendido unas horas antes.

La llama de la lámpara empezó a fallar. Golpeó el depósito y sonó vacío. No importaba. Hacía bastante rato que no escuchaba ningún ruido a sus espaldas. Había conseguido despistar a aquellos malnacidos. Soltó una carcajada que el túnel le devolvió amplificada.

Estaba harto de la oscuridad, de sus ropas empapadas y de aquel hedor que se pegaba a la piel como si fuera una garrapata. Además, le dolía horrores la herida de la pierna, que le obligaba a cojear como un tullido. Esperaba que al menos no se infectara. En cuanto saliera de allí pensaba pasar un día entero en los baños de Casa Emilia. Más tarde organizaría una nueva partida, más numerosa y armada hasta los dientes. Entrarían a sangre y fuego, y exterminaría a aquellos *recolectores* como a ratas.

Reconoció con alivio una caída de agua que brotaba de una cañería empotrada en el muro. La salida estaba cerca. Ansiaba volver a ver el cielo de Barcelona. Dios mío, había sobrevivido y eso era lo único que importaba. Se había convertido en un maldito superviviente. Un héroe.

De pronto, el aire retumbó sobre su cabeza. Se detuvo y levantó la lámpara hacia el techo, pero no observó nada extraño. Al cabo de unos segundos, se repitió el mismo estruendo, más fuerte y durante más tiempo. Esta vez reconoció el sonido. Un trueno.

Como respuesta, un sonido similar a cuando se vacían unas cañerías recorrió la galería. Sánchez iluminó sus pies. El hilo de agua

por el que avanzaba se había transformado en un arroyo que ya le mojaba las perneras.

Recordó entonces que cuando llovía los túneles se inundaban. Sintió un escalofrío y la alegría de saberse a salvo se evaporó. Tenía que salir de allí cuanto antes. Intentó reiniciar la marcha, pero su pierna se quedó clavada en el sitio. Advirtió que el pañuelo que se había anudado para contener la hemorragia había desaparecido. Una mancha de sangre empapaba los pantalones.

Ayudándose con la mano detrás del muslo, sus pasos se convirtieron en un chapoteo irregular. Al cabo de pocos metros resoplaba por el esfuerzo pero al menos avanzaba. El agua ya le cubría por encima de la rodilla y seguía subiendo. Cada vez le resultaba más difícil caminar. Apretó los dientes y siguió adelante. Ahora, tan cerca de su salvación, no debía detenerse.

Entonces pisó algo blando y resbaló. La lámpara se hundió en el agua. Intentó alzarse de nuevo, pero la pierna herida falló y volvió a caer. Braceó para mantenerse a flote dejándose arrastrar. De nuevo la suerte le sonreía. La corriente le llevaba hacia la escalera que colgaba de la pared unos metros adelante, bañada por la luz de la calle.

En apenas un parpadeo, se encontró bajo el primer peldaño de hierro y tuvo que asirse con fuerza mientras el agua tiraba de él. Maldiciendo, se izó hasta el segundo peldaño pasando el brazo por detrás. Estaba bien sujeto, pero el nivel del agua ya le alcanzaba el pecho. Soltó una mano y alcanzó el siguiente peldaño. Consiguió sacar medio cuerpo aunque sus piernas seguían metidas en la corriente. La herida dolía y su peso no ayudaba mucho. Bufó, extrayendo fuerzas de donde no creía capaz, y siguió subiendo hasta que por fin apoyó los pies fuera del agua. Exhausto, vio que tan solo unos pocos peldaños lo separaban de la libertad. Retuvo una exclamación de júbilo mientras emprendía la ascensión. Sin embargo, la alegría se tornó en preocupación cuando todo el túnel tembló con una sacudida que a punto estuvo de hacerle caer.

Sánchez temió que se estuviera desmoronando una parte de las alcantarillas. Se aferró con ambas manos a la escalera y escrutó la

oscuridad. Una corriente de aire cálido le agitó el pelo y la sensación de humedad creció hasta hacerse asfixiante.

Levantó la mirada. Encima de su cabeza, un círculo perfecto enmarcaba la luz de la ciudad. Incluso creyó oír pasar un coche de caballos y unas voces. Los sonidos desaparecieron tragados por un bramido ensordecedor.

El golpe de la ola lo arrancó de la escalera. Su cuerpo salió despedido y la masa de agua, convertida en un inmenso torrente furioso, lo arrastró como a un muñeco.

Sánchez se despertó con un sobresalto. Por un segundo se sintió desorientado hasta que advirtió que se hallaba tendido de espaldas en un espacio muy estrecho. De algún lugar salía un hilo de luz que hacía que la oscuridad no fuera completa. Reconoció una de las numerosas terrazas de ventilación que jalonaban las alcantarillas del primer nivel. Recordó entonces lo sucedido. La avenida lo había arrastrado por el túnel y, tras zarandearlo contra las paredes donde había perdido el conocimiento, lo había arrojado allí mientras seguía su camino hacia el mar. Podía considerarse muy afortunado.

Escuchó más abajo, con angustia, el estruendo del agua que seguía su vertiginoso descenso por el túnel. Dolorido, se sentía como si hubiera caído delante de un tranvía de caballos. Movió el brazo derecho y un calambrazo le recorrió el codo, aunque no parecía roto. También descubrió un bulto caliente y palpitante en su frente. Quizá por eso la cabeza le daba vueltas.

Al menos estaba a salvo. La salida no debía de estar lejos. Una vez bajara el nivel del agua saldría de su refugio, subiría por la galería y escaparía de aquel infierno. Entretanto podía esperar.

Palpó el interior de su chaqueta y con sorpresa encontró varias velas y un mechero que se habían salvado del agua. Creyó escuchar el correteo de algún animal. Se apresuró. Fuera lo que fuese, la luz lo asustaría.

La piedra del mechero estaba empapada, pero tras varios intentos y mucha suerte una débil llama le alumbró. La sensación de que no estaba solo se acrecentó. Alzó la vela y se quedó sin aliento.

Dos ratas de gran tamaño le observaban, montadas a horcajadas sobre su pierna herida. Antes de que pudiera reaccionar, se revolvieron sobre sí mismas y huyeron hacia las sombras. La tela de su pantalón estaba destrozada a mordiscos. La parte del muslo que no había desaparecido rezumaba sangre a pequeños borbotones. Los animales habían roído hasta el hueso, que relucía blanco a la luz de la vela.

La visión le provocó arcadas y se obligó a afianzarse con los codos para no desmayarse. La llama de la vela temblaba en su mano. ¿Cómo era posible que el dolor no le hubiera despertado?

Se palpó ambas piernas y descubrió con espanto que no sentía nada. Intentó moverlas, pero no lo consiguió. Un sudor frío cubrió su frente. Algo iba mal. Tremendamente mal.

Un tumulto resonó a su derecha. Había olvidado las malditas ratas. Alzó la vela y al alumbrar uno de los rincones estuvo a punto de dejarla caer. A escasos metros de él, un número incontable de roedores se arremolinaban formando una espesa masa de pelo gris. La luz los excitaba y se retorcían nerviosos contra un costado del respiradero, sin quitar ojo al intruso. Algunas elevaban el hocico, otras arañaban el suelo con las uñas de sus patas y enseñaban los dientes. Protegían su madriguera. La luz las mantenía a raya, por el momento.

Sánchez tragó saliva. Había perdido mucha sangre y notaba que las fuerzas le fallaban. No tardaría en desvanecerse y se estremeció al pensar lo que harían con él una vez perdiera la consciencia.

Evitó mirar su pierna destrozada y movió la llama a su alrededor para buscar alguna salida, provocando chillidos y más correteos nerviosos. Tras un instante que se le hizo eterno encontró lo que buscaba.

Medio metro por encima de su cabeza se abría el hueco del respiradero a modo de chimenea. Tenía el espacio justo para que pudiera deslizarse un hombre adulto. Aquellos conductos solían ascender hasta llegar al exterior. La luz de la vela iluminó un primer peldaño de hierro y sintió renacer sus esperanzas.

Se arrastró teniendo cuidado de situar la llama entre él y las ratas, cada vez más inquietas. El suelo de piedra le arañó

dolorosamente la espalda, pero no le importó. Siguió deslizándose hasta llegar bajo la boca de la chimenea. Los animales empezaron a acercarse y Sánchez agitó la vela de un lado a otro.

—Fuera. ¡Fuera!

Como si intuyeran que estaba escapando, intentaban rodearle, retrocediendo solo cuando el círculo de luz las alcanzaba. Emitían un siseo como el roce de una piedra de afilar.

Sentía que las fuerzas le abandonaban. No tenía tiempo que perder. Mientras sostenía la vela en alto pasó el cuerpo a través del hueco, más estrecho de lo esperado. Empezó a ascender apoyándose en los gastados peldaños de hierro y haciendo presión con brazos y espalda contra las resbaladizas paredes de ladrillo. En lo alto se recortaba un cuadrado de luz procedente del exterior. Por suerte, el respiradero no subía directamente en vertical, porque en ese caso le hubiera sido imposible encaramarse, herido como estaba.

Volvió a impulsarse. Las sienes le palpitaban por el esfuerzo y su respiración se volvió pesada. Le costaba arrastrar el peso muerto de las piernas. El humo de la vela le irritaba los ojos y la vista se le nubló a causa de las lágrimas. Se detuvo unos segundos para descansar. Había avanzado algo más de la mitad de la chimenea. El conducto se enderezaba según subía, pero podía conseguirlo. Escuchó a las ratas abajo, chillando de frustración.

Cogió aire y avanzó un poco más. Sus brazos temblaban por el esfuerzo, aunque ya se encontraba cerca de la salida. Casi podía tocar el sencillo pasador que cerraba la reja del respiradero. El aire nocturno de la ciudad le supo a gloria.

Saboreando la libertad, se impulsó de nuevo. Un aullido de dolor y sorpresa surgió de su boca. Se había rajado la palma de la mano con los restos del último peldaño que surgía del muro como una estaca de hierro. La vela escapó de sus dedos y cayó rebotando por las paredes del conducto hasta desaparecer en la oscuridad. Perdió el asidero y comenzó a deslizarse hacia abajo, empujado por su propio peso. Aturdido, cuando se propuso frenar su caída ya no pudo. Salió despedido del conducto y rodó violentamente por el

suelo. Sin la luz de la vela, las tinieblas le acogieron como un sudario.

El silencio que siguió a su caída duró poco. Un coro de chillidos excitados se alzó a su alrededor. Su propio grito se ahogó bajo el sonido de centenares de patas corriendo hacia él. No había sido un buen año. Y estaban hambrientas.

71

Pau exhaló aire y soltó toda la tensión acumulada. El cuero le había rasgado la carne de la muñeca hasta hacerle sangrar, pero después de varios intentos fallidos había conseguido aferrar de nuevo el tubo.

Cruzó los dedos sobre él y lo dobló, deteniendo la entrada del suero. Después empezó a restregarlo contra el canto de la mesa con movimientos breves hasta notar que su mano se impregnaba con la disolución. Su plan para escapar era simple: cuando su captor la liberara de las ataduras pretendía alcanzar uno de los bisturís dispuestos sobre la mesa. Intentaría herirlo y después, aprovechando el desconcierto, huiría hacia el montacargas que había usado él. Rogó para que no hubiera entrado demasiado suero en su organismo y las piernas le respondieran. Ahora solo podía esperar.

Tras un tiempo que se le hizo eterno, Pau creyó escuchar sus pasos. Una punzada de inquietud le revolvió el estómago. ¿Y si comprobaba el efecto del suero antes de soltarla? ¿O descubría el tubo dañado? Entonces todo estaría perdido.

—Espero que se haya sentido cómoda durante mi ausencia. La función ha sido digna de presenciar. Debo decir sin ambages que ha sido una de las ocasiones en que más he disfrutado del espectáculo. Lástima que usted no haya podido asistir.

Una risa entrecortada siguió al comentario. Pau hizo ademán de asentir cuando recordó que debía aparentar inmovilidad. El hombre se ajustó de nuevo el mandil de cuero y sin más palabras comenzó sus preparativos en la mesa cercana.

Pau miró con disimulo la ampolla que colgaba de la percha metálica y vio que estaba prácticamente vacía. Soltó el tubo y este se balanceó hacia atrás hasta quedar fuera de su vista. Sintió cierta

rigidez en los brazos que atribuyó a la tensión. No tendría otra oportunidad. Podía hacerlo. Debía hacerlo si quería sobrevivir. Intentó concentrarse en ese pensamiento.

Entretanto, su captor tiró de una soga que colgaba del techo y, con un chirrido, un conjunto de cables se desplazaron por un riel hasta quedar encima de ella. Cada cable terminaba en una abrazadera y una aguja tan fina como nunca había visto antes Pau. En conjunto, parecían las extremidades de una formidable araña. Por un momento, olvidó su intención de escapar, paralizada por el miedo.

—Como sabe, querida, la clave del proceso está en efectuar la adecuada conexión de los puntos vitales del cuerpo. Es un procedimiento muy delicado, la punción debe aplicarse exactamente en el lugar preciso, ni un milímetro más ni un milímetro menos.

El hombre se acercó al borde de la mesa y deshizo las correas de sus pies.

—Este suero resulta muy valioso, ¿no es cierto? Gracias a él puedo trabajar sin impedimentos.

Acercó uno de los cables, ajustó la abrazadera en el tobillo y hundió con precisión la aguja en el empeine del pie. Cuando el acero le atravesó la carne, Pau se estremeció. Necesitó toda la fuerza de su voluntad para evitar apartar la pierna y traicionarse.

Tras insertar la segunda aguja en el otro pie, su captor se desplazó a continuación a la derecha de la mesa y se dispuso a liberar su brazo. De pronto se detuvo, cogió la mano de Pau entre las suyas y exclamó.

—¡Vaya, vaya! Ha sido una niña mala, ¿eh?

Pau sintió que se evaporaban sus esperanzas. Se tensó decidida a intentarlo pese a que todavía seguía parcialmente atada. Entonces el hombre le alzó la muñeca y le mostró las laceraciones que el cuero había abierto en la carne. Su tono era de reproche.

—No debió resistirse, Gilbert. Sus esfuerzos han sido inútiles.

Pau evitó un suspiro de alivio.

El hombre terminó de soltarla y colocó las restantes agujas en el dorso de sus manos, sobre sus pechos, cerca de la clavícula y en las ingles. Luego ajustó una correa de cuero con una banda metálica

alrededor de su cabeza. Asintió satisfecho y, tras darse la vuelta, se dirigió a un armario del que extrajo un maletín de cuero. Depositó con ceremonia y en perfecto orden un juego de bisturís, sierras y fórceps sobre una bandeja metálica. Luego se hizo con una bacina y empezó a lavarse manos y brazos con vigor.

Había llegado el momento. Estaba de espaldas y no podía verla. Pau cogió aire y se preparó para incorporarse. Intentó levantarse de un salto, pero nada ocurrió. Trató de apoyarse sobre los brazos, pero estos se mantuvieron tendidos sobre la mesa, como si pertenecieran a otra persona. Probó entonces con las piernas, y tampoco logró desplazarlas ni un centímetro. Escuchó los latidos de su propio corazón acelerándose y una oleada de pánico le invadió. No podía moverse.

Su captor regresó con una gasa entre las manos y una sonrisa en los labios.

—Me tendrá que disculpar por este remedio tan burdo, es el único modo de evitar sus gritos. Como le dije, nadie puede oírla, sin embargo yo tengo un tímpano muy sensible. Le podría haber extirpado la lengua como he hecho en otras ocasiones, pero por desgracia el tiempo se ha acortado dramáticamente.

Sin oposición por parte de Pau, la amordazó. Después acercó la bandeja metálica donde había dispuesto el instrumental. Descartó una lanceta y dejó preparado un costotomo. Tras dudar un instante, soltó un suspiro de satisfacción y eligió un escalpelo de pequeño tamaño. Retiró la tela que cubría el cuerpo de Pau dejando al descubierto su pecho, brillante por el sudor.

—¿Preparada, querida? —preguntó—. Le iré explicando los pasos según avanzo. Estoy convencido de que le parecerá sumamente interesante. Tómeselo como una última lección de anatomía.

Apoyó la mano con precisión sobre el esternón y entrecerró los ojos.

—Más tarde precisaré algunos de sus órganos. —Indicó con un gesto de la cabeza los frascos de vidrio que poblaban las estanterías —. Necesito renovar continuamente mi colección.

En cuanto la afiladísima hoja rozó su piel empezó a dibujar un fino trazo de sangre. Pau sintió que le clavaban miles de finas agujas entre las costillas. Quiso gritar, pero la mordaza se hundió en la boca, dejándole exhalar tan solo un débil gemido. Las lágrimas afloraron en la comisura de sus ojos y resbalaron hasta el mármol. El dolor se atenuó en cuanto la hoja se separó de la carne. Su captor le dedicó un gesto de complicidad.

—No se mueva ahora, por favor.

72

Daniel observó las manchas sobre la tarima del camastro con aprensión. Había cometido un tremendo error. Cada minuto que pasaban allí incrementaba la posibilidad de que Gilbert estuviera muerta. Si es que no lo estaba ya.

Volvió la cabeza, intentó calmarse y pensar.

—Adell efectuaba sus macabros experimentos aquí —reflexionó —. Pero sin duda utiliza la casa como refugio temporal. Quizás esconde a sus víctimas en cuanto las secuestra y cuando mengua el revuelo de su desaparición las traslada a otro lugar.

—¿Otro lugar? —preguntó Fleixa—. ¿Dónde? ¿Y cómo traslada a las muchachas?

—Lo ignoro. Pero aquí tiene que haber algún indicio, alguna pista que nos ayude a encontrarlo.

Recorrió de nuevo con la mirada la estancia iluminada por la luz del quinqué. Nada había cambiado desde su entrada. Las sombras se agazapaban entre los restos retorcidos del mobiliario. Exasperado, le dio un puñetazo a la pared. El dolor no le ofreció consuelo. Entonces su mirada se detuvo sobre un armario. Sus puertas ennegrecidas apenas se distinguían de las paredes. Lo había visto antes, pero hasta ese momento no se había percatado de que algo en su apariencia no encajaba.

—Acerque la lámpara, Fleixa.

Un círculo de luz iluminó el mueble.

—¿Por qué no está calcinado, como el resto?—preguntó Daniel.

—¿Qué quiere decir?

—Fíjese. Mantiene las puertas y está prácticamente entero. —Tiró del pasador pero este no se movió. —Cerrado. Qué extraño, ¿no le parece?

—Creo que estamos perdiendo el tiempo.

Haciendo caso omiso al periodista, Daniel levantó la pistola y disparó. El estampido retumbó en la habitación dejando un fuerte olor a pólvora.

—¡¿Está loco?!

Donde antes estaba la cerradura se abría ahora un boquete. Daniel, sin responder a Fleixa, abrió las dos puertas de par en par.

Estaba vacío.

Daniel se puso de rodillas y empezó a buscar en el interior del armario, tiznándose de hollín. Fleixa resopló. A su parecer aquellos esfuerzos eran inútiles. Tenían que salir de allí y dirigirse a la central eléctrica directamente.

—Ilumine aquí.

—¿Qué busca? ¿No se da cuenta de que no hay nada?

Daniel se volvió hacia él con una expresión esperanzada en la cara. Su mano señalaba unas marcas sobre el suelo de madera, como si hubieran arrastrado un objeto pesado.

—Mire aquí, fíjese las...

Se interrumpió y observó con más atención el quinqué.

—¿Ha visto eso? No, no lo mueva.

Centraron su atención en la lámpara que sostenía el periodista. Al principio no ocurrió nada, pero cuando Fleixa estaba a punto de perder la paciencia la llama se inclinó dos veces, como si la empujara un dedo invisible.

—¡Una corriente de aire!

Daniel le arrebató el quinqué al periodista y lo movió en zigzag. La llama se ladeó varias veces según dónde la situaba. Lo dejó en el suelo y tanteó el fondo del armario hasta que sus dedos encontraron una hendidura que partía la madera de arriba abajo. Al golpearlo con los nudillos sonó hueco.

—Necesitamos una palanca.

Encontraron un atizador entre los cascotes de lo que antes era la chimenea. Tras encajarlo entre los tablones, unieron sus fuerzas y tiraron. La madera crujió hasta que cedió con un fuerte chasquido. Una fosforescencia amarillenta iluminó el principio de un pasadizo.

Sin dudarlo, Daniel pasó a través del hueco abierto y Fleixa lo siguió, reteniendo la retahíla de maldiciones que pugnaban por salir de su boca. El túnel estaba excavado en la roca y les obligaba a ir agachados. Cada quince pasos colgaba una lámpara de bronce.

—Luz eléctrica —exclamó Fleixa asombrado.

El camino se estrechó hasta llegar a una escalera de husillo que se hundía en el suelo. La sensación de humedad creció según bajaban. Los escalones terminaban frente a una puerta que abrieron sin dificultad. Al otro lado encontraron un muelle construido con unas pocas tablas de madera y un bote flotando sobre las aguas negras de la galería subterránea.

—Esto debe de formar parte de las cloacas de la ciudad.

—Así parece, al menos por el olor. Bien, ¿y ahora qué? —preguntó Fleixa.

—¿Ha visto las lámparas? Continúan por el túnel hasta perderse al fondo. Veamos a dónde nos llevan.

—¿Cómo sugiere hacer eso? El camino termina aquí.

—No exactamente —respondió señalando la embarcación.

—Odio el agua —protestó Fleixa, pero subió detrás de Daniel.

El bote estaba equipado con dos remos. Se separaron del muelle y la corriente les impulsó de inmediato. Remaron por el canal, siguiendo las luces que colgaban del muro como si fueran una ristra de luciérnagas.

El chapoteo en el agua rebotaba en el techo curvo de piedra y se propagaba por la galería con un eco. Daniel distinguió en el fondo del bote las mismas manchas que habían encontrado en las tablas del camastro. Pensó en todas aquellas muchachas, atadas y amordazadas, quizás heridas, respirando aquella misma pestilencia y escuchando los mismos sonidos mientras las transportaba su captor. Preguntándose aterrorizadas cuál sería su destino. Contuvo un escalofrío y remó con mayor vigor.

Unos minutos más tarde, el túnel se curvó hacia la izquierda y el rumor de la corriente fue creciendo hasta convertirse en un estruendo ensordecedor. Desembocaron en otra galería más amplia. Fleixa le indicó a su derecha unos escalones tallados en el muro que

terminaban en una puerta metálica apenas visible. De no contar con la luz de las lámparas eléctricas podían haber pasado sin verla.

Arrimaron la barca hasta que el bote topó contra el muro. Aseguraron el cabo a un pilar de madera que sobresalía del agua y ascendieron por la escalinata. Al llegar arriba se miraron sorprendidos. La puerta estaba entreabierta.

—Amat, esto no me gusta. Es demasiado fácil.

—¿Qué podemos hacer? Gilbert está en manos de ese demente. No tenemos elección. Puede esperar aquí si quiere.

—Ni lo sueñe.

Empuñaron las pistolas y traspasaron la entrada. El rumor del agua y su penetrante olor quedaron atrás. Frente a ellos se abrió una sala en penumbra de techos abovedados. El suelo, original de las dependencias del antiguo cuartel, apenas se intuía a causa del número de estanterías repletas de frascos de cristal que lo cubría. Un zumbido continuo vibraba en el aire.

—¿Qué es ese sonido? —preguntó Fleixa.

—Son los generadores de la central eléctrica. Nos encontramos justo debajo de ella. ¡Fleixa, hemos hallado el laboratorio secreto de Adell!

Ambos levantaron el percutor de sus armas y se internaron uno detrás de otro por el laberinto de estanterías. Fleixa observó intrigado los recipientes de diverso tamaño que llenaban las baldas. Se contaban por centenares, quizá por miles. Se preguntó para qué servirían. Sus pasos les condujeron a una estancia formada por los propios anaqueles. En el centro se alzaba un depósito acristalado con los bordes reforzados con tiras de hierro y remaches de bronce. Era tan alto como un hombre adulto y difícilmente lo podían rodear cuatro personas cogidas de la mano. La luz del quinqué extrajo destellos dorados de su interior. Despedía un olor penetrante.

—¿Qué utilidad tendrá una cuba tan grande?

—¿No le dice nada su olfato? Sin duda contiene alguna clase de disolución antiséptica. Quizá formol, fenol o algo similar.

Fleixa golpeó con los nudillos el cristal y le respondió un eco grave.

—Lleve cuidado, si estoy en lo cierto esta clase de líquidos se inflaman con mucha facilidad. Con la cantidad que hay almacenada aquí acabaríamos volatilizados.

—¿Ha visto eso?

—¿Cómo dice?

—Me ha parecido ver algo en su interior.

Acercaron sus rostros al cristal. Fleixa y Daniel enmudecieron. Como si fuera una aparición, empezó a perfilarse una figura dentro de la gigantesca cuba. Un hombre totalmente desnudo flotó hacia ellos. Las tinieblas del fondo parecían tirar de él. Sus ojos azules, sin vida, les observaban con expresión incrédula. Las manos arañaban las paredes transparentes en un último gesto desesperado. Debió de gritar mientras tuvo lengua. De sus labios entreabiertos surgían unos hilos rojizos y ascendían acompañados de pequeñas burbujas. Bertomeu Adell no volvería a dar órdenes a nadie.

Entonces se apagó la luz.

Daniel mantuvo la pistola en el costado y tanteó el aire con la otra mano. Intentó calmarse. El apagón podía deberse a muchos motivos. Se habían detenido incluso los generadores de la central y el silencio hacía todavía más inquietante la negrura que les rodeaba. Echó de menos la lámpara que se habían dejado en la barca. Tomó aire y avanzó un paso. Unos frascos tintinearon en alguna parte, intuyó que se trataba del periodista.

—Fleixa, ¿dónde se encuentra? —susurró.

—Aquí. He tropezado con una de las estanterías.

Escuchó su respuesta a la derecha, más lejos de lo que esperaba. Se preguntó si su voz sonaría tan cargada de miedo como la de Fleixa.

—Quédese donde está, iré hacia usted —volvió a susurrar.

Se desplazó con cuidado hacia el lugar donde creía haber oído al periodista. Entonces, sin previo aviso, recibió un empujón en la espalda que le hizo perder el equilibrio. Luego escuchó un golpe seguido de un lamento. Un objeto pesado cayó al suelo produciendo un tintineo metálico y de inmediato volvió el silencio.

—¿Fleixa?

No obtuvo respuesta. Antes de poder tomar una decisión, un aliento cálido le acarició la oreja y un objeto afilado se apoyó contra su garganta; la piel se contrajo al notar que se clavaba en su carne.

—Ni se le ocurra moverse.

Tras un chasquido se reinició el runrún de los generadores sobre sus cabezas. Los filamentos de carbono de las bombillas enrojecieron hasta iluminar de nuevo el subterráneo. Cegado por unos segundos, Daniel entrevió a Fleixa apoyado en el suelo contra una de las estanterías. Su compañero hizo una mueca mientras se tocaba la parte posterior de la cabeza.

—Levántese —ordenó la misma voz.

Daniel se atrevió a mirar de costado. Su atacante, cubierto con una capucha, sostenía contra su cuello un escalpelo.

—¡¿Usted?!

—Señor Fleixa, recoja el arma y la de su compañero, hágame el favor —ordenó el doctor Gavet. Su voz estaba desprovista de cualquier rastro de tartamudez—. Cójalas por el cañón y deposítelas despacio sobre esta mesa. Su amigo pagará cualquier gesto imprevisto que realice.

Fleixa cruzó una mirada con Daniel y después obedeció, dejando ambas pistolas en el lugar que le había indicado. El médico cogió una de ellas, apuntó al pecho del periodista y la amartilló.

—¿Qué...?

Daniel parpadeó con el estruendo del primer disparo, al que siguió un segundo con un eco ensordecedor. A su lado, Fleixa se encogió sobre sí mismo. Emitió un único gemido y se derrumbó en el suelo. Una mancha de sangre espesa empezó a extenderse bajo su cuerpo. Sin inmutarse, el doctor Gavet depositó con calma la pistola todavía humeante sobre la mesa.

—Maldito loco —gritó Daniel.

Se abalanzó sobre él, pero el médico lo evitó con facilidad y con un movimiento preciso le golpeó en la base del cuello con el arma. Su visión se llenó de luces desenfocadas antes de verse aplastado por la oscuridad.

Resurrección

20 de mayo de 1888
Inauguración de la Exposición Universal

73

El dolor de cabeza le reveló que seguía vivo. Una cuerda lo mantenía amarrado a una silla, apenas sentía los brazos ni las piernas. Le habían despojado de la chaqueta y las mangas de la camisa estaban levantadas. A su lado, de una percha metálica colgaba una ampolla de vidrio con un líquido verdoso en su interior.

El recuerdo súbito de lo ocurrido le produjo una punzada de angustia. No podía creer que Fleixa hubiera muerto. Había llegado a apreciar a aquel hombre y ahora su cuerpo sin vida yacía en algún lugar de aquel subterráneo.

Al observar a su alrededor comprobó que Gavet lo había trasladado a otra sala mientras estaba inconsciente. A su derecha, reconoció con asombro la máquina detallada en el *Liber Octavus*. La columna de metal dorado se elevaba hasta casi tocar el techo. Un buen número de cables erizaban su superficie y se perdían por los costados. Otro, más grueso, nacía de su parte superior y serpenteaba por el techo a través de un riel metálico hasta quedar colgando sobre la mesa de mármol donde yacía Pau.

La joven no se movía. Como si la hubiera atrapado un insecto, de diversas partes de su cuerpo surgían filamentos metálicos. Incluso su cabeza rasurada tenía ceñida una cinta de cuero de la que brotaban otros cables más pequeños. Todos ellos se conectaban con unas varillas plateadas del cable principal que se sostenía en el aire sobre ella. Se preguntaba si seguía con vida cuando una tos afectada interrumpió sus pensamientos.

Acomodado en un diván, semioculto por la penumbra, Gavet le observaba mientras jugueteaba con el bastón. Sonreía como si estuvieran compartiendo un café y Daniel hubiese dicho algo gracioso.

—Por fin. Ha pasado ya medio día. He llegado a pensar que tendría que despertarlo yo mismo.

—Suélteme.

—Humm, creo que no. Por el momento está bien así.

—Maldito asesino.

—¿Lo dice por su compañero? Bernat Fleixa se había convertido en un verdadero incordio. Crea que me alegro de haberme librado de él. —Desplazó su mirada hacia donde estaba Pau—. Por otra parte, su admirable amiga se encuentra en perfecto estado, no se inquiete. Su llegada, aunque prevista, nos interrumpió. Por fortuna ahora, con todos los asuntos pendientes resueltos, podremos reanudar el proceso donde lo habíamos dejado.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Qué es lo que pretende?

El médico negó con la cabeza, más para sí que contestando a la pregunta.

—Nunca te enteraste de nada, Daniel.

El hombre al que conocía por Gavet se levantó del diván sin ayuda del bastón. Ya no iba encorvado ni renqueante. Se acercó a una mesa auxiliar donde ardía la luz de una lámpara y, sin dejar de mirarlo, se deshizo de las lentes. Ante el estupor de Daniel, alzó el mentón y tiró de la barba, que se desprendió y quedó colgando de su mano como la piel de un animal. Poco a poco fue despojándose del resto: primero el bigote, luego las cejas y por último el cabello. Asió una toalla húmeda y se frotó la cara eliminando los restos de pegamento y maquillaje. Al terminar, un hombre mucho más joven le sonreía.

Daniel abrió la boca sin emitir ni un sonido. Su mente se bloqueó y dudó de su cordura. Había sido testigo de su muerte. Había llorado su pérdida y soportado el peso de la culpa durante años. Como en una de sus pesadillas, se oyó a sí mismo murmurando su nombre.

—Alec.

—Querido hermano, no sabes lo difícil que es mantener esta apariencia.

Las cicatrices que deformaban su rostro se agitaron al reír.

—¿Estás... vivo?

—Creo que es evidente —contestó, abriendo los brazos con teatralidad.

Daniel tardó un tiempo antes de tener el aliento suficiente para seguir hablando.

—Vi cómo te consumía el fuego. Te vi morir. ¿Cómo es posible? ¿Qué...? —No atinaba con las palabras.

Su hermano pequeño levantó la mano rogándole calma. Tomó asiento de nuevo y cruzó las piernas.

—Sin duda tendrás muchas preguntas. Intentaré resolverlas mientras tengamos tiempo. —Suspiró—. El tiempo, estimado Daniel, el tiempo es un juez caprichoso... Bien. Se trata de una larga historia. Una historia que empezó una noche hace siete años.

Su mano se crispó sobre el brazo del diván.

—¿Recuerdas a Ángela?—preguntó.

—Por supuesto. Jamás la he olvidado. —Daniel sintió el sabor amargo de sus palabras al contestar.

—Todos estos años te habrás preguntado por qué se encontraba esa noche en la casa. —Esperó su asentimiento antes de proseguir —. La respuesta es sencilla: tras la confirmación de vuestro compromiso, aquella misma tarde le envié una nota en tu nombre pidiéndole que nos visitara.

—¿Tú? ¿Por qué motivo...?

—Cuando llegó —continuó—, hice que la condujeran al laboratorio de nuestro padre. Ella estaba entusiasmada por lo que creía un encuentro contigo. Su júbilo era irritante, pero me contuve porque tenía la seguridad de que al final comprendería.

—¿Qué debía comprender?

—Le revelé que tú no la querías ni la querrías nunca pues preferías a su medio hermana. Ah, ¿pensabas que era un secreto? —exclamó ante el desconcierto de Daniel—. ¡Sigues siendo un iluso! ¿Crees que no me daba cuenta de vuestras miradas? ¿Los gestos de cariño a escondidas que como críos os dedicabais? ¿Que no estaba al tanto de vuestros encuentros furtivos? Sí, hermano, lo sabía, de igual modo que sabía que no deseabas casarte con Ángela. Yo en cambio la amaba. Estaba dispuesto a cualquier cosa por ella. —Una mueca mudó su expresión—. Le conté todos los detalles de vuestra

relación, incluso vuestros planes para huir juntos. Cuando terminé, le confesé mis sentimientos y le pedí que fuera mi esposa. —Se inclinó hacia delante—. ¿Sabes cuál fue su respuesta?

Daniel negó con la cabeza.

—¡Ninguna! Simplemente se echó a reír. Le rogué que callara, pero no lo hizo. Ella siguió riendo y burlándose de mí. La cólera me arrebató la voluntad y por un instante un velo sangriento nubló mi visión. Cuando quise darme cuenta estaba encima de ella y mis manos oprimían su boca.

Alec, ajeno a sus propias lágrimas y al horror de Daniel, continuó hablando. Su voz se convirtió en un ronco susurro.

—Al volver en mí, Ángela yacía inconsciente entre mis brazos. Aún respiraba, pero en ese momento no pude atenderla. En mi enajenación había destrozado el laboratorio de nuestro padre y la lámpara había prendido la alfombra. El fuego se propagó antes de que pudiera evitarlo, alcanzando los muebles y las cortinas. Al instante, nos rodearon las llamas y una densa humareda hizo el aire irrespirable. No había modo de escapar. Entonces te vi, a salvo junto a la escalera. Grité para que nos socorrieras. Te imploré que me ayudaras a salvar a Ángela, pero desapareciste. Huiste y nos dejaste morir.

—¡No es cierto! —negó Daniel.

Apenas lograba ordenar en su pensamiento lo sucedido aquella noche. Había bebido hasta rozar la inconsciencia a causa de su ruptura con Irene. Recordaba, no obstante, haber intentado llegar a ellos justo antes de que cayera sobre él la barandilla de la escalera envuelta en llamas. Eso era todo. Despertó horas después en la cama de un hospital y su padre le comunicó la muerte de su hermano y de su prometida.

—Me desvanecí —siguió Alec—. Según supe posteriormente, unos criados nos rescataron de aquel infierno. Por desgracia, fue demasiado tarde para Ángela. Rogué a Dios que me permitiera morir junto a ella, pero sobreviví a pesar de mis deseos.

Tomó aire para poder continuar.

—En cuanto recuperé algo las fuerzas, semanas después, nuestro padre decidió que nos trasladáramos a Viena. Un eminente

doctor llamado Eduard Zeis había tenido éxito realizando cirugía reconstructiva, ¿puedes creerlo? Hoy en día casi nada me sorprende.

Daniel no contestó. Se preguntaba por qué su padre no le había confiado todo aquello, por qué dejó que se marchara a Inglaterra sin decirle una palabra. Entonces cayó en la cuenta: le consideraba el culpable del incendio.

—Me operaron tantas veces que no alcanzo a recordar. Muy poco a poco, recuperé la movilidad de los brazos y, más tarde, pude empezar de nuevo a andar. Si te asombra el estado de mi rostro —señaló las profundas cicatrices que atravesaban su cara—, el de mi cuerpo es aún peor. El doctor utilizó injertos de piel de cadáveres para recomponer lo imposible. Me convirtió en un monstruo aceptable a cambio de terribles sufrimientos para el resto de mi existencia. Un trato justo por mis pecados, ¿no te parece?

Su risa heló la sangre a Daniel.

—La recuperación fue muy lenta. A pesar de los calmantes, el dolor era tan fuerte que en ocasiones creía que iba a partirme en dos. Varias veces tuvieron que implantarme nuevos injertos porque me los arrancaba con mis propias manos. Se vieron obligados a inmovilizarme con correas. Cada noche, Ángela me visitaba. Se sentaba junto a mí y acariciando mis heridas me decía que me amaba y me preguntaba por qué la había dejado morir.

Hizo una pausa, tragándose las lágrimas.

—Me trasladaron de hospital cinco veces. Dejamos Viena y fuimos a Múnich, y luego a Praga. En cada ocasión, una legión de especialistas me visitaba. El láudano se convirtió en mi principal sustento. De ese modo transcurrieron dos años de pesadilla. Una mañana cometí la estupidez de confesar a nuestro padre lo ocurrido y le rogué volver a Barcelona. Accedió de inmediato. Yo desconocía que él tenía sus propios planes para mí.

Inspiró aire por la nariz, que resonó como un fuelle roto, y continuó.

—Nada más llegar me internó en el sanatorio de Nueva Belén. Nuestro amado padre no quería ver su apellido perjudicado por un hijo tarado, por lo que me presentó como paciente suyo y me registró con otro nombre. Explicó que había sufrido un grave

accidente y que por esa causa llevaba mi rostro cubierto por las vendas y necesitaba tratamiento. Ni el mismo director, su íntimo amigo, conoció nunca mi verdadera identidad. Más tarde eso me fue especialmente útil, pero en ese momento odié a nuestro padre por abandonarme allí. Aún no sabía lo que el destino me deparaba.

»Como pudiste comprobar por ti mismo —sí, también sabía que estuviste allí—, en aquel lugar no hay muchos entretenimientos. Lo soporté como mejor pude hasta que al inicio del tercer año de mi ingreso llegó al sanatorio un nuevo paciente: el doctor Homs. Gracias a mis estudios de medicina entablamos relación enseguida. Mantuvimos numerosas charlas y poco a poco nos hicimos amigos. Una tarde me habló de sus esfuerzos para salvar a su esposa. No le di la mayor importancia hasta que me reveló el hallazgo del *Liber Octavus*. Era algo fantástico, extraordinario.

Se irguió excitado.

—Sin embargo, Homs no compartía mi júbilo. Daniel, aquel hombre disponía de un conocimiento que retaba al mismo Dios y el muy majadero era incapaz de darse cuenta. Afirmaba que sus estudios habían sido un tremendo error y se negó a desvelar las claves fundamentales de su descubrimiento. Quería evitar que cayera en manos equivocadas. No debíamos transgredir las leyes de la naturaleza, decía. Menudo imbécil.

Alec se dejó caer en el diván, apoyó la cabeza en el respaldo y soltó un gruñido.

—Pasaron varios meses durante los cuales llegamos a montar un pequeño laboratorio para entretenernos y no volvimos a hablar de ello. Hasta que apareció ese necio engreído.

—¡Adell!

—Exacto. Lo que me recuerda...

Abandonó el diván y cruzó la sala, dejando solo a Daniel. Al poco, regresó arrastrando el cadáver del industrial. A su paso, un reguero amarillento empapó las baldosas de piedra. Alec apenas resopló por el esfuerzo.

—Lo reconocí inmediatamente cuando ingresó en el sanatorio. Él no hizo lo mismo, yo había cambiado pero además todavía llevaba algunas vendas que me tapaban parcialmente el rostro. No me

extrañó verlo allí. Estaba chiflado. ¿Sabías que lo expulsaron de la universidad? Al parecer, golpeó a una enfermera de la Santa Creu por dirigirse a él con excesiva familiaridad. La muchacha, una joven clarisa, perdió un ojo. Adell me lo contó en el sanatorio. ¿Puedes creer que seguía ofendido por ello?

»Loco, pero no estúpido, entrevió el valor del descubrimiento de Homs. No tuve más remedio que hacerle creer que deseaba asociarme con él y compartirlo. Fue sencillo, pues consideraba que todo el mundo estaba a su servicio. Tras dos meses con nosotros, abandonó Nueva Belén gracias a la influencia de su familia.

—Fue él quien te ayudó a escapar, ¿verdad?

—Muy bien, Daniel, así es. Antes de su marcha, acordamos que yo intentaría hacer hablar a Homs mientras él usaba sus contactos para sacarme de allí. Sin embargo, los planes tuvieron que cambiar cuando anunciaron por sorpresa el alta de Homs. No quedaba tiempo. La noche antes de su marcha intenté por última vez que compartiera sus conocimientos conmigo. Yo había fabricado a escondidas un rudimentario escalpelo para nuestros experimentos. —Una mueca le arrugó las placas de piel—. Lo usé toda la noche con él. Por desgracia, era un hombre terriblemente obstinado y murió sin apenas decir palabra.

»Me di cuenta de que cuando descubrieran el cadáver me acusarían de su muerte y se desvelaría mi verdadera identidad. Entonces tuve una feliz ocurrencia. Aunque de edad más avanzada, Homs tenía aproximadamente mi misma complexión y solo nos diferenciaba el cabello, que por aquel entonces yo llevaba rasurado. Se lo corté, lo vestí con mis ropas y después mutilé su rostro hasta dejarlo irreconocible. Me deshice de las vendas que cubrían mi rostro y las empapé de su sangre antes de dejarlas junto al cadáver. Luego, auxiliado por el conductor de Adell, escapé del sanatorio.

Alec condujo el cuerpo exánime del empresario hasta el centro de la sala y lo dejó caer junto a la trampilla metálica incrustada en el suelo.

—Adell montó en cólera cuando supo que Homs había muerto —continuó—, pero le convencí de que si me facilitaba los medios podía resolver las claves del secreto de Vesalio por mí mismo. Le

persuadí también para adquirir nuestra antigua casa, sin saber él que era la mía propia. Se mostró entusiasmado con la idea. Entonces tuvimos un golpe de suerte: sus obreros descubrieron los viejos sótanos del hospital militar bajo la central eléctrica, un lugar ideal para instalar este laboratorio. Sabíamos por Homs que necesitábamos una gran fuente de energía, ¡y de ese modo disponíamos del mayor generador de electricidad del país! No obstante, la casa seguía siendo útil para ocultar a las muchachas, y convinimos conectar ambos lugares acondicionando una antigua galería del alcantarillado.

Alec levantó la trampilla. El ruido furioso del agua, antes amortiguado, brotó del pozo e hizo casi ininteligibles sus siguientes palabras.

—Adell me facilitó los materiales para construir la máquina y el instrumental para mis experimentos. Incluso me prestó su carruaje. También me informó de tus investigaciones. Debo decir que me emocionaron tus patéticos avances. Tan solo me desconcertaste cuando apareciste por sorpresa en nuestra casa. Yo me encontraba allí, en el sótano, junto a una de las muchachas. Al oírte, ella consiguió farfullar unas palabras antes de que pudiera ajustarle la mordaza. Afortunadamente no llegaste a bajar del todo, en caso contrario hubiera tenido que matarte.

Acercó el cadáver al borde del pozo.

—Me ha sido valioso, pero me harté de sus exigencias y de los aires que se daba.

Apoyó el pie sobre el pecho y empujó. El cuerpo de Adell resbaló por el borde de la abertura y desapareció tragado por el sumidero. Alec volvió a colocar la trampilla en su lugar. El estruendo del canal subterráneo se convirtió en un sordo murmullo.

74

Una muchedumbre se arremolinaba fuera del recinto de la Exposición. Todos deseaban contemplar la comitiva mientras cruzaba bajo el Arco de Triunfo y un clamor se elevaba cada vez que creían reconocer a uno de los notables de la ciudad o a algún gobernante extranjero. Barcelona estaba de fiesta.

—¿Disfruta del espectáculo?

—¡Amigo Mellado! Qué bueno verle aquí. ¿Ha tenido un buen viaje?

Ferrán Gadea, director de *L'Esquella de la Torratxa*, intercambió un apretón de manos con el recién llegado: Francisco Mellado, su homólogo en *El Imparcial*.

—Ya sabe, Gadea —contesto risueño—. El expreso de Madrid suele ser cómodo, pero como en esta ocasión nos acompañaban un buen número de políticos de postín evitamos las acostumbradas paradas del recorrido y el trayecto se hizo más rápido.

—Con tanta personalidad, el viaje habrá sido de lo más entretenido. Jugosas declaraciones habrá tomado usted.

—Pues sí, el país al completo está pendiente de esta Exposición. Es un gran momento para Barcelona.

—Ya lo creo, amigo mío. Ya lo creo.

—He oído que se han recibido amenazas de sabotaje.

—Hay rumores de la índole más diversa. Anarquistas, sindicalistas... Simples disparates. De todos modos, la seguridad es máxima y está todo previsto por la organización. El pueblo catalán se ha volcado en esta celebración. Nada puede salir mal.

—Dios le oiga. Mire —dijo señalando—, allí está el alcalde encabezando la comitiva. Debemos darnos prisa si no queremos quedar rezagados.

—Le acompaño.

El alcalde Rius i Taulet, vestido con chaqué y sombrero de copa, iba junto a don Eduardo Romero, primer teniente de alcalde de Madrid. Ambos conversaban animadamente con el presidente de la municipalidad de París, que, al otro lado de Rius, vestía un traje negro de etiqueta con una banda con los colores de la República Francesa. En poco más de un año, la capital francesa celebraría su propia exposición.

A continuación les seguían los miembros del comité organizador, acompañados por los embajadores de los países participantes junto a la amplia representación de empresarios y representantes de las colonias de ultramar, Cuba y Filipinas.

En la entrada al Palacio de Bellas Artes formaba con sus mejores galas una compañía completa de cazadores. Mientras la orquesta tocaba con brío, levantando con su música el vuelo de los pájaros del parque, guardias municipales mantenían al público curioso alejado del Salón de Fiestas.

Gadea y Mellado se internaron en el vestíbulo del palacio tras el numeroso grupo de personalidades que esperaban la llegada de su majestad. En su interior, diferentes corrillos departían con animada conversación.

Don Práxedes Sagasta, presidente del gobierno, hablaba con vehemencia a un grupo de dignatarios, mientras el marqués de Miravalles y el marqués de Castro Serna asentían a sus palabras con aburrida educación. Algo más lejos, junto a los ventanales, el obispo de Barcelona, el vicealmirante De La Pezuela y el marqués de Sierra Bullones compartían la esperanza de que se mantuviera el buen tiempo para no deslucir la posterior visita de sus majestades a los pabellones. El marqués le rogó al obispo que hablara con Dios al respecto, provocando las risas del resto de los reunidos.

Los dos periodistas se habían hecho a un lado. Tenían los blocs abiertos y sus lápices recorrían las hojas sin parar.

—Gente de privilegio no falta —comentó Gadea a su colega—. Al fin y al cabo es el acontecimiento del año.

—Se espera un gran número de visitantes, ¿no es cierto?

—Cerca de los cinco o seis millones.

—¿Qué me dice? ¿Tantos?

—Lo que oye... Mire —se interrumpió—, ya llegan los representantes de las casas reales europeas.

La *Marcha Real* anunció la presencia de los príncipes extranjeros. El duque de Génova, candidato en su momento a la corona española, entró por el vestíbulo. Le acompañaban el príncipe Jorge y los duques de Edimburgo, todos ellos con sus mejores galas.

Empezaron a sonar los clarines de caballería. A ellos se sumó la banda de guardia y después los pitos y tambores de los alabarderos. Con cierto retraso, apareció por fin la comitiva real montada en carruajes a la gran D'Aumont y escoltada por un escuadrón de caballería.

Un pasillo formado por dos filas de alabarderos les condujo hacia el interior del salón, seguidos por la concurrencia de señoras cuya impaciencia por ver a la reina les hizo esperar de pie al otro lado de los guardias en lugar de mantener su esforzado lugar en el salón.

A través de los ventanales de la central eléctrica, Casavella escuchó la algarabía de la gente. Él, por el contrario, no estaba para celebraciones.

Un operario a su lado no dejaba de tomar apuntes en una tablilla mientras él vigilaba con ceño fruncido los indicadores y cotejaba las mediciones con las registradas en las tomas anteriores. Había repasado una decena de veces cada uno de los manómetros y el estado de las válvulas que regulaban los flujos de temperatura y presión de las ciclópeas máquinas de vapor que llenaban la sala. Todo parecía estar bien, pero aun así había decidido revisar concienzudamente todo el sistema cada dos horas. La potencia total de las máquinas era capaz de alcanzar los cuatro mil caballos, pero en aquellos instantes no llegaba a los dos mil trescientos. Los trabajadores encargados de nutrir las calderas se tomaban un descanso junto a las vagonetas repletas de carbón esperando el

cambio de turno. La luz de la tarde decrecía, pero las luces del recinto de la Exposición permanecían aún apagadas, por lo que la demanda de energía era todavía moderada.

Casavella se dirigió hacia el centro de la nave donde se encontraban los generadores. El runrún que surgía del interior de las seis dinamos de corriente continua obligaba a levantar la voz para hacerse oír. En conjunto producían tres mil kilowatios de salida, más que suficiente para iluminar media Barcelona. Observó con satisfacción el trabajo eficiente de sus hombres. Pero enseguida cambió la expresión.

A pesar de sus años de experiencia, no había conseguido todavía acostumbrarse a aquel continuo zumbar de abejas. Era un sonido amenazador, como si en lugar de energía eléctrica los generadores retuvieran a una bestia ansiosa por escapar de su trampa de acero y cerámica, y saltar sobre ellos. A duras penas contuvo un estremecimiento. Consternado, esperó que el muchacho que tomaba notas junto a él no se hubiera dado cuenta de su miedo. Las inexplicables subidas y bajadas de tensión de los últimos meses habían perturbado las máquinas y también su estado de ánimo. Seguían sin conocer la causa de aquellas fluctuaciones y, en consecuencia, si volvían a aparecer difícilmente podrían solventarlo. El señor Adell no había accedido a mejorar el sistema de enfriamiento por su elevado coste, ni siquiera había atendido su recomendación de reforzar la instalación con dos nuevas máquinas. En cualquier momento podían repetirse los problemas y los generadores no aguantarían la tensión o la presión sería excesiva para las mismas máquinas de vapor. La demanda de energía que se preveía en pocos minutos exigiría a la central toda su potencia. En ningún otro momento como aquel estarían más expuestos a un accidente. Aunque no estaba totalmente seguro de las consecuencias, sabía que si se producía una reacción en cadena la fuerza de la explosión bastaría para volar buena parte del recinto de la Exposición y a todos los que se encontrasen en él.

Desde hacía unos días todo funcionaba como era debido. Sin embargo, no las tenía todas consigo. Nunca había sido supersticioso,

pero no conseguía desembarazarse del mal presentimiento que una y otra vez le encogía el corazón.

El operario le llamó y Casavella se sobresaltó; lo cierto era que tenía los nervios a flor de piel. Intentó tranquilizarse y volvió su atención hacia la tabla que le tendía el hombre. El patrón tal vez no quisiera escucharle, pero él no pensaba dejar de hacer su trabajo.

75

Alec se secó las manos con un paño y empezó a organizar el instrumental.

—Una vez fuera del sanatorio, mi objetivo fue conseguir el libro original de Vesalio. En una de nuestras conversaciones, Homs comentó de modo fortuito que el *Liber Octavus* se encontraba oculto en el mismo manuscrito y que este, a su vez, estaba a salvo en la biblioteca de la universidad. Al morir sin indicarme su ubicación exacta tuve que utilizar una argucia para buscarlo sin despertar sospechas. —Hizo un amago de sonrisa que se perdió entre las cicatrices de su rostro—. Recordarás mi afición al teatro, cómo me gustaba disfrazarme y actuar ante la familia. Entenderás, por consiguiente, que no me fue difícil hacerme pasar por el pobre doctor Gavet, un hombrecillo tartamudo al que nadie tomaba en serio. Gracias a las influencias de Adell una vez más, logré que me aceptaran como profesor y médico del hospital sin mayores problemas.

—¿Por qué mataste a nuestro padre?

—Ayudó a Homs cuando su esposa enfermó, por lo que conocía la existencia del manuscrito y su secreto, aunque ignoraba dónde se hallaba. Cuando examinó el cadáver de la muchacha advirtió las semejanzas que mostraba respecto a los métodos de su antiguo colega, pero también sus diferencias. Empezó a sospechar y con el tiempo las dudas sobre mi fallecimiento se hicieron mayores. Hasta que un día se acercó demasiado a la verdad. —Chasqueó la lengua —. Su muerte fue inevitable, pero gracias a ella conseguí que regresaras a Barcelona.

—¡El telegrama! Me lo enviaste tú.

—Naturalmente. Nuestro padre solía visitarme en Nueva Belén muy de vez en cuando. En una de esas ocasiones, Homs, que sospechaba ya de mi interés, le confió el cuaderno de notas con la tabla de códigos. Supuse que te lo había enviado y me vi obligado a hacerte volver.

—¿A mí? ¿Por qué...? —Se interrumpió—. ¡Tú hiciste que robaran mi equipaje y también, más tarde, al no encontrar el cuaderno, registraste mis habitaciones!

—Sí, Daniel. Tú siempre fuiste su hijo predilecto. Nuestro padre admiraba en secreto tu obstinada resistencia a convertirte en médico. Incluso yo lo hacía. Estuvo todos estos años siguiendo tus progresos en ese *college* de Oxford y se sentía muy orgulloso.

Daniel negó con la cabeza.

—¿Por qué, Alec? ¿Por qué hiciste todo esto?

—Pensaba que a estas alturas ya lo sabrías.

Se acercó al panel de instrumentos y apartó un paño que escondía una palanca cromada. Su mano tembló levemente cuando puso sus dedos sobre ella y empezó a moverla. El sonido de succión precedió a un coro de poleas y cadenas. Un siseo surgió de la base de la columna dorada y, tras un chasquido, una hendidura antes invisible se abrió en la plancha de metal. Las dos partes resultantes se deslizaron hacia los lados desvelando una cápsula de vidrio. En su interior, sumergida en un líquido amarillento, flotaba el cadáver de una mujer desnuda.

A Daniel le recordó una de las imágenes que aparecían en las láminas de Vesalio. Grandes costurones cruzaban su carne allí donde se unían los miembros que su hermano había añadido como si fuera un puzle. Brazos, piernas y parte del torso procedían sin duda de otras personas. De su rostro colgaban tiras de carne descompuesta que se enmarañaban con el pelo y flotaban a su alrededor. Los cables que sujetaban sus extremidades le hacían parecer una vieja marioneta. Apenas contuvo una arcada cuando la reconoció.

—En cuanto pude, yo mismo rescaté su cadáver del cementerio de Monjuich —explicó Alec—. Por desgracia, el tiempo había dañado su precioso cuerpo.

—Utilizaste a las muchachas para reconstruirla —añadió Daniel consternado.

—No soy el monstruo que crees, hermano. No tuve más remedio. Las elegí por su parecido con Ángela. Recordaba con exactitud cada hebra de su cabello, la tersura de sus brazos, los delicados dedos de sus manos, sus ojos, sus preciosos ojos... —Suspiró—. Supuso una ardua tarea encontrar a todas esas mujeres, pero el resultado no ha podido ser mejor, como puedes ver.

—¿Y las terribles heridas que mostraban sus cadáveres? ¿Por qué tuviste que torturarlas?

—Construí la máquina de Vesalio de acuerdo a la información que sustraje a Homs, pero por desgracia no fue suficiente. He invertido mucho tiempo intentando desvelar el proceso final. Necesitaba realizar pruebas, eso es todo. «Así se construye el progreso de la ciencia» —exclamó de pronto—. ¿No decía eso nuestro padre? Esas heridas las causó la electricidad al atravesar sus cuerpos. Por otra parte —rió—, ha resultado de lo más conveniente que se confundieran con los mordiscos de un animal diabólico.

Daniel cerró los ojos reteniendo el horror que en forma de bilis le subía por la garganta.

—Ángela está muerta, nada de lo que hagas podrá cambiarlo.

—Sigues sin comprenderlo, ¿verdad? Vesalio, con sus estudios, anticipó miles de años la evolución humana. Por ese motivo lo persiguió la Inquisición. ¡Como un nuevo Prometeo, consiguió arrebatar a los dioses el don de la vida!

—¿Pretendes..., pretendes resucitar a Ángela?

Alec disfrutó de la expresión desconcertada de su hermano mientras se situaba junto a Pau y acariciaba su torso inmóvil.

—Tu joven amiga resolvió la última parte del *Liber Octavus*. En él, Vesalio desvela el componente definitivo del proceso, aquel que no logré deducir con mis probaturas... Tanto tiempo buscando... —Dejó escapar una bocanada de aire—. Verás, nuestro organismo posee una serie de puntos de conexión que sirven para captar energía del exterior y que se vinculan con el sistema nervioso, las glándulas endocrinas y los diferentes órganos del cuerpo. El grabado del *Liber Octavus* los detalla con fidelidad. Vesalio descubrió el modo

de conectarlos y, usando la electricidad como catalizador, activar la secuencia de transferencia de la esencia vital de un cuerpo a otro. —Sus ojos brillaron excitados—. ¿Te das cuenta? Ángela volverá a vivir.

—Te lo suplico, debes detener esta locura. Todo esto es inútil y vas a desencadenar un desastre. Tu máquina ocasiona graves problemas de sobrecarga en la central. La reacción en cadena provocará una explosión. Una explosión enorme. Además de nosotros mismos, cientos de personas morirán.

Los ojos de Alec se alzaron desencantados.

—Esperaba algo mejor de ti. Pensé que tú, precisamente tú, lo entenderías. Por eso quería que estuvieras presente. —Miró su reloj —. Ahora ya no hay más tiempo. Hace tres minutos que se han encendido todas las luces del recinto de la Exposición. La central eléctrica está a pleno rendimiento. Es el momento.

—Por favor, no lo hagas.

Alec le dio la espalda. Como si ya no existiera, dedicó su atención al panel de instrumentos. Tras comprobar los indicadores, activó una larga fila de conmutadores cuyas luces empezaron a parpadear. Luego desplazó un juego de palancas y pulsó varias clavijas en un orden preciso. El rumor de los generadores sobre sus cabezas cambió. Un gemido penetrante se impuso sobre cualquier otro sonido. Las luces del subterráneo empezaron a brillar con intensidad y una leve vibración sacudió el suelo. Los cables que colgaban de la máquina serpentearon como si tuvieran vida propia al empezar a fluir la energía. En el interior de la cápsula, brotaron columnas de burbujas alrededor del cadáver de Ángela.

—¡Hoy es veinte de mayo! —gritó Alec para hacerse oír—. Una increíble coincidencia, ¿no crees? Algunos dirían que es el destino.

Sin esperar respuesta, modificó la posición de varios mecanismos y el temblor se acrecentó. Dos frascos de muestras resbalaron de una estantería y produjeron una lluvia de cristales al impactar con el suelo. Chorros de vapor brotaron de la máquina y una espesa niebla comenzó a cubrir el suelo.

Daniel tiró de las cuerdas que le ataban mientras el gemido de los generadores se agudizaba amenazando con romperle los tímpanos. Durante la conversación con Alec había estado luchando

con los nudos despellejándose la yema de los dedos. A pesar de las punzadas de dolor de su brazo herido había conseguido soltar una mano y a punto estaba de liberar la otra.

Se produjo un cambio sutil en la reverberación del estruendo que les rodeaba. Los cables que colgaban sobre Pau se agitaron en el aire y los envolvió un fulgor azulado. El cuerpo de la joven se estremeció con varias sacudidas hasta que los cables se tensaron y Pau quedó suspendida sobre la mesa de mármol. Sus ojos se pusieron blancos. La mordaza se tensó en la boca y ahogó su grito.

Un fogonazo de luz iluminó el interior de la cápsula. El cuerpo de Ángela empezó a convulsionarse enturbiando el líquido en el que flotaba. Un intenso olor a ozono hizo el aire casi irrespirable. Sin previo aviso, los sonidos se volvieron más graves y las luces se atenuaron. El movimiento del cadáver se ralentizó hasta que se detuvo del todo.

En ese momento, Ángela abrió los ojos.

Observó con desconcierto a su alrededor, como si despertara de un sueño profundo. Volvió la cabeza, igual que haría un autómata de feria, hasta que su mirada encontró a Alec. Entonces, con un ademán torpe, extendió un brazo y posó su mano descarnada contra el vidrio.

Alec se lanzó hacia la cápsula y abrazó su superficie transparente. Sus ojos se empañaron de lágrimas mientras murmuraba palabras teñidas de amor y locura.

76

El salón del Palacio de Bellas Artes tenía un aspecto magnífico. Los muros estaban revestidos de colores y de sus altísimos techos caían banderolas blancas y gualdas. El trono que presidiría la ceremonia era un solio sencillo de fondo blanco esmaltado con hojas de lis y cerrado con tiras de rojo *pelouche.* En el centro del dosel se había bordado el escudo real. A los lados varias sillas de rejilla estaban dispuestas para el resto de autoridades.

Se respiraba un ambiente solemne, pues todo el mundo era consciente del histórico momento que estaban viviendo. Los invitados llenaban la sala y la balconada superior. Los periodistas de todo el país y de las más distinguidas capitales europeas se disputaban un buen lugar de observación en el fondo del salón. Gadea y Mellado ocuparon su sitio, no sin antes intercambiar saludos con alguno de sus colegas.

—¿Se ha dado cuenta de que fallan las luces?

—¿Cómo dice, Mellado?

—Observe.

El periodista señaló una gran araña de bombillas que en ese mismo instante parpadeó. Luego se apagó parcialmente y, un segundo después, volvió a resplandecer.

—Y aquellas otras dos han hecho lo mismo hace menos de un minuto.

Gadea se percató de que su colega tenía razón. Algo ocurría con la luz. No obstante, nadie de los presentes en el gran salón parecía haberse dado cuenta, más atentos a la llegada de sus majestades.

—No será nada.

—Si se produjera un apagón, con todas estas personalidades aquí dentro y la familia real, sería una situación muy comprometida.

—Bueno, bueno, amigo Gadea, tampoco nos dejemos llevar. Seguro que se trata de una momentánea caída de tensión.

—Sin duda, sin duda.

En ese instante la orquesta, situada en la tribuna frente al trono, inició los primeros compases de una marcha y los reyes iniciaron su entrada en el salón.

—¡Viva el rey! ¡Viva la reina! —se alzó una aclamación entre los invitados, que jalearon también los periodistas.

En el centro de un cuadro de alabarderos y en brazos de su nodriza, el niño-rey iba vestido como un plebeyo de familia acomodada. Tras él aparecieron la princesa de Asturias y la infantita María Teresa vestida de blanco; luego les siguió la reina ataviada con un traje oscuro bordado de oro y seda. Lucía pocas joyas y saludaba con mirada afable a la concurrencia.

Acomodaron a su majestad, el rey, en una butaca, y a sus pies, sobre almohadones, se sentaron la princesa y la infantita, que de inmediato atendieron al niño. La reina dejó a su hijo el lugar de preferencia y se colocó a la izquierda. Junto a ella se situaron la princesa de Edimburgo y el duque de Génova, mientras que a la derecha del rey tomaron asiento el duque de Edimburgo, el príncipe Jorge y el príncipe de Baviera. Los altos jefes de palacio se colocaron detrás, los ministros, autoridades y comisaría de la Exposición a la derecha; los embajadores, jefes de escuadra y comisiones de la Marina española, a la izquierda. En lugares preferentes se instalaron la diputación catalana a Cortes, representantes de todas las provincias de Cataluña y comisionados de los municipios invitados.

Mientras cesaban los ruidos de sillas y murmullos, el señor Rius i Taulet se levantó e inició su discurso.

—Señora, ¡bendita sea mil veces la paz! —El alcalde estaba exultante y proclamó su discurso con voz segura—. Merced a la benéfica influencia de ese valioso don del cielo que llena de tranquilidad y reposo al espíritu e inunda de inefable gozo el corazón, florecen las ciencias, prosperan las artes, crece la agricultura, se desarrolla la industria, se extiende el comercio, avanzan las naciones con paso firme y seguro por la senda del progreso y se celebran estas grandes solemnidades del trabajo

universal, honra del siglo que vivimos y que tanto contribuyen a establecer y estrechar vínculos de fraternidad entre todos los pueblos. Barcelona aspira a ocupar un puesto de honor, siquiera fuese modesto, en las manifestaciones universales de la actividad y el progreso humanos.

Terminados los vivas y aplausos, el señor comisario regio de la Exposición, don Manuel Girona, se levantó pesadamente y se dirigió al atril para leer su propio discurso. Mellado se inclinó hacia su amigo.

—No ha estado mal su alcalde. Breve y eficiente. Una arenga por la paz.

—Sí, un discurso del todo positivo. Ojalá los aquí reunidos creyeran de verdad en ello.

Casavella se secó el sudor que le caía por la frente. No sentía el calor abrasándole la piel, ni escuchaba los gritos asustados de sus hombres, ni tampoco los diferentes pitidos de las válvulas de las máquinas de vapor que ensordecían el aire. Su atención estaba centrada en los manómetros.

De nuevo había ocurrido. La tensión en los generadores se había disparado tres veces seguidas y aunque había detenido la alimentación de las calderas, la presión seguía aumentando. Había ordenado la apertura manual de los escapes de seguridad para liberar vapor y regulado el transformador para reducir el suministro de energía. A pesar de sus esfuerzos, continuaban rodeados de estridentes alarmas. Si aquello seguía así cortaría la energía y, en consecuencia, no solo el recinto de la Exposición sino todas las calles de la ciudad quedarían completamente a oscuras.

Aunque temía la ira de su patrón, no veía otra solución. Deseaba que estuviera allí en aquellos momentos. Hacía más de media hora que había enviado a un mozo del almacén con una nota, pero no tenía ninguna noticia.

De pronto saltaron unas nuevas sirenas.

—Otra vez no... —rugió Casavella—, detened esa alarma.

Un joven descamisado con el rostro, pecho y brazos brillantes de sudor llegó corriendo hasta él. El miedo le atenazaba la garganta y le costaba respirar.

—Se... ñor Casa... vella, se... ñor...

—Cálmate, muchacho. —Apoyó la mano en su hombro—. Respira hondo dos veces y luego habla.

El joven así lo hizo, aunque sus ojos miraban a uno y otro lado con inquietud.

—Es la presión de las calderas, señor Casavella. Dos de ellas están a punto de reventar y otra empieza a fallar.

—Dije que no alimentaran más los hornos.

—Se ha hecho como ordenó, señor.

—Y aun así... ¿Han abierto las válvulas de vapor?

—Lo han intentado, pero no pueden, señor. ¡Se han bloqueado!

—No es posible. Acompáñame.

Casavella cruzó la sala de los acumuladores. Descartó por su lentitud el ascensor de polea y subió de dos en dos los escalones de metal seguido a duras penas por el muchacho.

En la sala de las calderas, varios hombres con los rostros desencajados intentaban abrir las espitas de vapor con una larga llave de hierro. Al ver a su encargado, cejaron por un momento en su labor.

—Están encalladas. En todas las máquinas —dijo el más bajo.

—No hay *na* que hacer. *Demasiá* presión, patrón —añadió otro.

—Es absurdo. Esas válvulas están para estos casos.

Casavella se aproximó a la enorme caldera. Sus ojos lloraron por el calor, pero eso no le detuvo y se internó en el baño de vapor lo suficiente como para poder distinguir la espita de seguridad. Aquella pieza estaba en mal estado. El baño de pintura dado para disimular el óxido se había deshecho con el primer calor y la herrumbre cubría todo el metal. La presión y las altas temperaturas prácticamente la habían soldado, cerrando la trampa. El vapor acumulado presionaba cada vez más la caldera. El señor Adell había comprado piezas de segunda mano para ahorrarse unos reales y de esa forma los había condenado a todos.

Maldijo para sí. Volvió tras sus pasos alejándose de las calderas y dejó a su espalda la nube de vapor. Tomó aire unos segundos. Ahora se daba cuenta que cortar la energía tampoco serviría de mucho. Gruñó. Estaban en un buen lío. Sus hombres le observaban tensos, esperando instrucciones. Agradeció en silencio su fidelidad. Confiaban en él, pero maldita sea si sabía qué podían hacer. Aquello era una endemoniada pesadilla.

—Todos fuera. Decidles a vuestros compañeros de abajo que se vayan también.

Los trabajadores no esperaron una segunda orden y bajaron raudos por la escalera. El muchacho se quedó junto a Casavella.

—¿No me has oído? Este lugar va a explotar. ¡Fuera de aquí!

—¿Qué va a hacer usted?

—No lo sé, chico, de veras que no lo sé.

77

Alec sollozaba y reía, todo a un tiempo. Sus labios no dejaban de repetir el nombre de Ángela mientras la abrazaba a través del cristal. Daniel, paralizado, observaba la escena intentando conservar la cordura.

La máquina de Vesalio había adquirido un brillo plateado. El resplandor era tan intenso que hacía casi imposible mirarla directamente. Los cables parecían a punto de romperse por la tensión mientras la energía recorría su interior. El cuerpo de Pau refulgía con un halo azulado. Daniel advirtió alarmado que, a cada segundo que pasaba, la luz que emitía la muchacha perdía brillo como si se apagara poco a poco. Fuera lo que fuese lo que estaba sucediendo la estaba matando. Y él no llegaría a tiempo de soltarse de las ataduras.

De improviso, las luces de los conmutadores empezaron a destellar frenéticas. Una sucesión de chasquidos precedió a un quejido prolongado, como si girara el gozne oxidado de un inmenso portón. Los cables que sujetaban a Pau se estremecieron y el fulgor que los envolvía se desvaneció. De golpe, perdieron la tensión y la joven se desplomó sobre la mesa.

Alec, hasta entonces ajeno a todo, se volvió alarmado. Antes de poder reaccionar, el estruendo de los generadores cesó con un aullido final que puso el vello de punta a Daniel. La mayor parte de las lámparas estallaron en una profusión de estampidos y el temblor del suelo se detuvo. La penumbra y un insólito silencio se adueñaron del subterráneo.

El brazo alzado de Ángela vaciló un instante antes de desplomarse. La mano se deslizó por la superficie trasparente como si quisiera aferrarse al vidrio. La expresión de sus ojos hundidos se

apagó. Se encogió sobre sí misma y volvió a flotar inerte dentro de la cápsula.

—¡No!

Alec se abalanzó sobre el panel de instrumentos. Frenético, revisó y manipuló varios controles sin resultado. Los indicadores marcaban un fallo de todo el sistema.

—Es imposible. ¿Cómo ha sucedido? ¿Por qué? ¿Por qué?

Como respuesta, se escuchó un gemido al otro lado del laboratorio. Fleixa, apoyado en los codos para evitar caer, levantó una mano a modo de saludo. Manchas de sangre ensuciaban el suelo por el que había llegado arrastrándose. En su otra mano sostenía un manojo de cables arrancados.

—¡Estúpido, no sabe lo que ha hecho! —aulló Alec. De un manotazo, cogió un escalpelo de la mesa auxiliar—. Debería estar muerto. En esta ocasión me aseguraré de que sea así definitivamente.

—Creo que no.

Pau, liberada de los cables y medio cubierta con la sábana, apuntaba a Alec con uno de los revólveres.

Daniel advirtió que parpadeaba como si le costara enfocar la mirada y su brazo alzado vacilaba. Le costaba mantenerse en pie, pero disimulaba con valentía su precaria situación apoyándose contra la mesa de mármol que acababa de abandonar.

—Querida, es una sorpresa verla levantada —dijo Alec con calma—. No obstante, aseguraría que será incapaz de disparar antes de que llegue hasta donde está usted.

Pau extendió el brazo y el arma emitió un inaudible clic metálico al tensarse el percutor.

—Póngame a prueba.

Alec la estudió con detenimiento, sonrió y avanzó un paso.

El eco del disparo retumbó en el subterráneo. Alec seguía de pie, inmóvil. La bala le había arañado el hombro y se había incrustado en el muro a su espalda. Observó a Pau con mayor interés, sin perder la expresión.

—Lo reconozco: es capaz de disparar, pero eso no es suficiente. —Cambió la sonrisa por un gesto grave—. Sé reconocer a un asesino

y usted no lo es.

Adelantó otro paso situándose a tan solo tres metros de Pau. La joven titubeó.

—Tiene razón —dijo por fin antes de bajar el arma.

Los ojos de Alec brillaron triunfantes.

—Sin embargo —continuó ella—, no tengo ningún problema en dispararle a un cadáver.

Pau alzó de nuevo el arma y volviéndose a su izquierda apuntó hacia la cápsula donde flotaba Ángela. El grito de Alec se perdió en el estruendo de la detonación.

El vidrio explotó en una nube de fragmentos. La solución de alcoholes de conservación se desbordó como una cascada y anegó el suelo del laboratorio. Los cables unidos a las extremidades de Ángela no soportaron su peso y su cadáver se desplomó fuera de la cápsula con un crujido de huesos y carne desgajada. Daniel advirtió que los filamentos metálicos que colgaban de los restos de la máquina se retorcían como un nido de lombrices. La electricidad todavía recorría su interior. No tardaron en surgir algunas chispas de sus extremos resquebrajados. Cuando comprendió lo que iba a suceder fue demasiado tarde.

El estallido de luz iluminó el subterráneo como si fuera de día. Gilbert y Alec desaparecieron de su vista. Cegado momentáneamente, sintió cómo la fuerza de la deflagración lo levantaba y lo arrojaba varios metros atrás junto con la silla a la que continuaba atado. A continuación, unas llamaradas se alzaron y el fuego empezó a alimentarse de todo lo que encontraba a su paso.

Pau se alzó tambaleando. La mesa de mármol había absorbido la mayor parte de la tremenda explosión y excepto por el dolor sordo en el hombro con el que había caído y la sensación de debilidad que todavía le afectaba se encontraba bien. Como contrapartida había perdido el revólver. Intentó localizar a Daniel pero el caos en el que se había convertido el laboratorio se lo impidió. Al otro lado, el último lugar donde había visto a Fleixa, estaba más despejado. Decidió ir hacia allí.

No tardó mucho en encontrar al periodista. Yacía en el suelo, medio reclinado contra el muro. Tenía los ojos cerrados y no se movía. Milagrosamente, la explosión no parecía haberle afectado, si bien la camisa había perdido el color original a causa de la sangre. Temió haber llegado tarde, le buscó el pulso en el cuello y exhaló un suspiro de alivio al apreciar un débil latido. Fleixa gimió y terminó por confirmar que seguía vivo.

Pasó el cuerpo por debajo de su hombro agradeciendo que fuera tan delgado. Por suerte, la cantidad de suero que había entrado en su organismo no había sido muy elevada, sus efectos empezaron a decaer al final de la conversación entre los dos hermanos y, aunque despacio, casi había recuperado la plena movilidad de su cuerpo.

Fleixa volvió en sí y la miró con ojos entreabiertos.

—¿Gilbert? ¿Qué ha ocurrido?

—Venga, ayúdeme. Sola no sé si podré con usted. Tenemos que llegar hasta allí.

Pau señaló el montacargas al fondo de la sala. El fuego todavía no había alcanzado aquella parte del laboratorio, pero ya se veían las primeras llamas en las estanterías cercanas.

—¿Y Daniel?

—Le perdí de vista tras la explosión. El incendio se extiende con rapidez y es un suicidio permanecer en el subterráneo. Debemos escapar y pedir ayuda.

—Será mejor que me deje aquí, querida.

—¿Cómo dice?

—Soy un estorbo. Jamás podrá salir conmigo a cuestas. Váyase. Aún está a tiempo.

—Por supuesto, así podrá acusarme de abandonarlo a su suerte. Ni pensarlo.

Fleixa esbozó una sonrisa, empañada por la sangre que brotó de la comisura de sus labios.

—Voy a pensar que empiezo a caerle bien.

—No lo crea ni por un momento. Si cargo con usted es porque no tengo otro remedio. Mueva el trasero, maldito idiota.

Ignorando la expresión de sorpresa del periodista, Pau aferró con rabia su chaqueta por debajo de la axila y con un resoplido tiró de él.

Daniel se despertó rodeado por el fuego. Por un instante creyó que estaba dentro de la pesadilla que le perseguía noche tras noche desde hacía siete años. El calor era tan intenso que tuvo la impresión de que su piel comenzaría a desprenderse si se movía. A su lado yacían los restos de la silla a la que había estado amarrado. Sus músculos estaban rígidos después de tanto tiempo atado, apenas era capaz de mover el brazo herido y las cicatrices del cuello parecían en carne viva. Por si no fuera eso suficiente, el miedo le tenía paralizado y una voz interior no dejaba de gritarle que saliera huyendo de allí.

Cerró los ojos, inhaló aire y se levantó para adentrarse en el incendio en busca de su hermano. No pensaba abandonar a Alec. No esta vez.

Avanzó a trompicones, apenas conseguía distinguir formas a causa del humo. Al cabo de poco tiempo, sintió los pulmones sofocados y respirar se convirtió en un tormento. Cuando ya pensaba que era inútil lo encontró. Junto a los restos retorcidos de la máquina de Vesalio, Alec estrechaba entre sus brazos el cuerpo de Ángela. El cadáver de la joven, cubierto de llagas y pústulas, despedía un olor putrefacto, pero Alec no parecía darse cuenta. Sonreía y acariciaba la cabeza de su amada, sin advertir que mechones enteros de pelo se quedaban entre sus dedos.

Daniel le asió del brazo.

—Alec, debemos salir de aquí.

Desde el suelo, su hermano se volvió hacia él y su voz expresó genuina alegría.

—Daniel, ¡qué sorpresa! Ahora mismo Ángela y yo hablábamos de ti. Siempre has tenido un criterio excelente para estas cosas. ¿Qué consideras más conveniente, blancas o rojas?

—¿De qué estás hablando?

Alec soltó una risita y susurró unas palabras a la oreja descompuesta del cadáver, antes de volverse hacia él con un gesto entre paciente y divertido.

—Las flores, Daniel, las flores para la ceremonia, ¿margaritas o rosas?

—No va a haber ninguna boda. Ángela está muerta. Alec, debes dejarla ir y venir conmigo.

Su hermano le miró unos segundos, confuso, y después soltó una carcajada seca. Antes de que Daniel pudiera insistir, una sucesión de estallidos se desencadenaron en el fondo del subterráneo. La colección de frascos con las muestras humanas era pasto de las llamas. El olor a carne quemada se hizo más intenso.

—¡Alec! Por favor.

Con las fuerzas que le restaban consiguió separarlo del cadáver. Sin el sostén de Alec, el cuerpo de Ángela resbaló con un chapoteo sobre el suelo de baldosas.

Daniel buscó a su alrededor una salida mientras sostenía a su hermano, que de repente parecía extenuado. El camino hacia el montacargas por donde habían huido Gilbert y Fleixa era impracticable. El techo había cedido y una gran cantidad de escombros bloqueaba el camino.

—Dime, ¿hay alguna otra salida?

Alec hizo un gesto de incomprensión, luego negó con la cabeza. De repente, como si se acordara de algo, señaló hacia su derecha. Daniel miró en aquella dirección pero solo atisbó un gran muro de llamas.

—No volverás a quitármela.

El inesperado golpe entre los hombros le hizo caer de rodillas. A su espalda, Alec sostenía en el aire una banqueta. La rabia deformaba su rostro y en sus ojos palpitaban los reflejos del fuego que devoraba el laboratorio a su alrededor. Daniel evitó la siguiente acometida dirigida a su cabeza rodando hacia un lado. Los cristales del suelo hirieron su espalda y a duras penas reprimió un grito mientras trataba de incorporarse. Alec arremetió de nuevo contra él y por instinto interpuso el brazo herido. Detuvo el golpe y una oleada de dolor le recorrió la extremidad hasta nublarle la visión.

Malherido como estaba, era un pobre rival para su hermano. Debía tomar la iniciativa si quería tener alguna oportunidad. Antes de que volviera a atacarlo, Daniel le embistió aferrándolo por el torso y obligó a Alec a soltar su improvisada arma. Derribaron una estantería y cayeron al suelo. En su camino volcaron frascos de muestras, instrumentos de laboratorio, libros y un maletín cuyo contenido se esparció por el suelo. El impacto les dejó sin aliento.

Alec se recuperó primero. Al levantarse, esbozó una sonrisa torcida. En su mano empuñaba un escalpelo. Daniel se movió justo a tiempo de esquivar la cuchillada de su hermano. Intentó retroceder, pero vaciló al tener que sortear unas cortinas en llamas, lo que le hizo tropezar con el diván. Antes de poder recuperar el equilibrio, sintió un dolor agudo a la altura del pecho. En la camisa apareció una mancha de sangre.

En ese instante, un estruendo ahogó los sonidos del incendio y les hizo alzar la vista. Encima de sus cabezas, el techo del que colgaba el riel de cables pareció estremecerse y acto seguido se convirtió en una lluvia de tierra, metal y bloques de piedra.

Daniel se lanzó a un lado con la fortuna de encontrar refugio bajo la mesa de disección. Intentó recuperar el resuello. Hacer un simple gesto era un suplicio. La mayor parte de sus heridas eran superficiales, pero perdía mucha sangre. Tomó aire para mitigar la sensación de mareo y miró a su alrededor. Se preguntó si su hermano había sobrevivido al derrumbe.

Ni siquiera lo vio venir. El puñetazo impactó en su mandíbula y con la inercia se golpeó la cabeza contra el pie de mármol de la mesa. Alec, cubierto de polvo y sangre, cayó sobre él y le alcanzó de nuevo con su puño. Intentó protegerse, pero su hermano superó sus defensas con facilidad. Los golpes caían uno tras otro y el subterráneo, iluminado por las llamas anaranjadas, empezó a volverse borroso.

Alec, a horcajadas sobre él, le rodeó el cuello con ambas manos y empezó a asfixiarle. Daniel intentó evitarlo, pero apenas conseguía arañar sus brazos. Un principio de inconsciencia abotargó sus sentidos. Apenas sentía nada. Poco a poco, su visión se empequeñeció como si estuviera internándose en un túnel.

De improviso, la presión en el cuello desapareció. Sus pulmones buscaron aire con desesperación y una oleada de calor quemó su garganta, provocándole una tos violenta. Desconcertado por estar aún vivo, intentó erguirse sin conseguirlo.

Su hermano le daba la espalda. Observaba el incendio sorprendido, como si hubiera despertado de un sueño.

—A... lec, tenemos que salir... de aquí —logró decirle.

—Demasiado tarde.

El tono de sus palabras hizo que dirigiera su atención hacia el lugar al que miraba su hermano. El fuego se había extendido por el subterráneo, las llamas alcanzaban el techo y asediaban la enorme cuba repleta de alcoholes inflamables donde encontraron a Adell.

Daniel apoyó la cabeza en el suelo, agradecido por las brumas que aturdían su mente. Quizás era lo que el destino le reservaba. El incendio que se había llevado la razón de su hermano, que había provocado incontables muertes y dolor durante tanto tiempo, el fuego que no lo había matado siete años atrás, lo haría ahora. Sintió cierto alivio, pues por fin todo terminaba. Cerró los ojos y le dedicó un último pensamiento a Irene.

Apenas sintió cómo Alec se inclinaba sobre él y lo zarandeaba. Ante su falta de respuesta, le pasó los brazos bajo las axilas y lo arrastró, apartándolo de las llamas, hasta dejarlo caer unos metros más atrás. Era inútil, no sabía por qué se molestaba. Si no era el fuego, sería la explosión lo que acabaría con sus vidas.

Escuchó un chirrido metálico y una inesperada corriente de aire le removió el pelo. Los fuertes brazos de su hermano lo incorporaron. Se vio obligado a abrir los ojos. Varios metros más abajo, el torrente sacudía con furia las paredes. En la mirada de su hermano todavía bailaban las llamas que se cernían sobre ellos, pero la locura había desaparecido. Quiso decir algo. Sin embargo, Alec negó con la cabeza y le sonrió.

Justo antes de empujarle.

Daniel braceó en el aire mientras caía al vacío. Sobre su cabeza, la explosión absorbió todos los sonidos. Una lengua de fuego cubrió la entrada del pozo y corrió a su encuentro. Fue lo último que vio antes de hundirse en el agua y verse arrastrado hacia las tinieblas.

78

Las luces parpadearon y el mismo suelo pareció removerse bajo los pies causando un gran clamor entre los asistentes. Luego, todo volvió a la normalidad.

—Dios mío, Gadea, ¿qué ha sido eso? ¿Un atentado?

Su colega observaba a su alrededor con el rostro lívido sin acertar a responder. Sabía tanto como él.

Algunos invitados también se miraban extrañados entre sí. Poco a poco, el rumor de las conversaciones se fue elevando hasta que el alcalde Rius se levantó de su asiento y se dirigió decidido hacia el estrado. Recorrió con la mirada a los presentes antes de hablar.

—Señoras, señores, guarden la compostura. —Su voz tranquila apaciguó los murmullos—. Al parecer, los fuegos preparados para el final de la tarde se han adelantado un poco.

Hubo suspiros de alivio y unas cuantas risas nerviosas recorrieron la sala.

—Después de este pequeño incidente, sugiero proseguir con los actos previstos.

El alcalde se retiró a su asiento y regresó el respetuoso silencio. Rodeado por la expectación de los presentes, el excelentísimo Práxedes Mateo Sagasta, como presidente del Consejo de Ministros, se adelantó a su vez para efectuar el anuncio protocolario a Barcelona y al mundo entero.

—Su majestad la reina regente, en nombre de su augusto hijo, el rey don Alfonso XIII, me ordena decir que... —Sonrió—. Queda oficialmente inaugurada la Exposición Universal de Barcelona en el año de mil ochocientos ochenta y ocho.

Un estruendo de aplausos y vítores a Cataluña, al rey, a la reina y a la misma condesa de la ciudad coreó las palabras del presidente

del gobierno. La orquesta, dirigida por el maestro Blasco, se arrancó con los primeros compases del *Himno a la Exposición*, llenando de música el gran Salón de Ceremonias. Desde el Pabellón de Primeras Materias situado junto a la entrada del recinto soltaron cien palomas blancas con lazos rosas.

La reina regente, seguida de los príncipes, las autoridades e invitados, desfiló de nuevo por la alfombra y salió del Palacio de Bellas Artes acompañada por los entusiasmados asistentes a la ceremonia. En el exterior les recibieron los gritos de alegría de la multitud que esperaba. Tal y como estaba programado, la comitiva encabezada por la reina comenzó la visita a los pabellones de la Exposición.

El director de *El Imparcial* se volvió hacia su colega.

—Bueno, Gadea. Parece que el pescado está todo vendido.

El periodista acabó de apuntar unas notas en su cuaderno y levantó la vista hacia él con un brillo de euforia en los ojos.

—Sí, amigo Mellado. Somos afortunados. Hemos sido testigos de un momento histórico. El día de hoy lo recordaran las generaciones futuras. Esta ciudad inicia un camino sin marcha atrás. Desde hoy, Barcelona ya no será la misma.

—¿Tantas esperanzas tiene depositadas en esta Exposición? —preguntó sorprendido el periodista de Madrid.

—No, querido colega. Lo que tengo es esperanza en los barceloneses.

Casavella, sentado en el suelo junto a una columna, miraba incrédulo a su alrededor. Se tocaba las ropas cubiertas de polvo buscándose el pulso. No acababa de creerse que siguiera vivo. Observó cómo se unían en el aire las columnas de humo blanco y ascendían buscando una salida por las cristaleras rotas. La central eléctrica continuaba milagrosamente en pie.

Se alzó ayudándose de la pared, pues sus piernas aún temblaban. Una capa de ceniza se deslizó por sus hombros hasta el suelo. Buscó en el bolsillo de su camisa un poco de tabaco. Lió con manos temblorosas el pitillo pero le cayeron más hebras al suelo de

las que conseguía poner en el papel de fumar. Tras chuparlo y envolverlo, se lo colocó entre los labios y, tras un breve desconcierto, se echó a reír. No tenía fuego para encenderlo.

Con el cigarrillo apagado colgando de la boca, decidió comprobar los daños. Las estridentes alarmas se habían apagado. Un extraño silencio reinaba en el edificio, roto tan solo por un zumbido familiar.

Cruzó un pasillo y se internó en la nave de los generadores. En algún lugar tenía que haber muros caídos, calderas reventadas, generadores fundidos. Cualquier cosa que justificara lo ocurrido.

Estupefacto, comprobó que los generadores, aunque cubiertos de ceniza, seguían en funcionamiento como si nada hubiera ocurrido. Su continuo ronroneo, en esta ocasión, le pareció hermoso.

Entonces escuchó un ruido en el pasillo contiguo. Allí se encontraba la oficina del señor Adell. A pesar del temor que sentía por si el edificio finalmente se derrumbaba, decidió acercarse.

Las nubes de vapor todavía no se habían disipado en aquella zona, pero además un olor pestilente emponzoñaba el aire y se hacía más y más intenso conforme avanzaba. Tragó saliva al recordar la última vez que había olido algo semejante. Había sido muchos años atrás, pasando con el carro junto a las tapias del cementerio de Poble Nou. De ese modo, le dijo su padre, olían los cuerpos en descomposición cuando los quemaban. Aquel era el olor de la muerte.

Desde el inicio de las obras, los rumores entre los trabajadores habían sido constantes. La central se había construido sobre los cimientos del antiguo hospital de la Ciudadela, un lugar donde habían fallecido muchos hombres. Algunos de los obreros decían que en ocasiones se oían gemidos y voces mientras trabajaban.

Un escalofrío recorrió su espalda a pesar del calor. Intentó disipar su miedo diciéndose que todo eran imaginaciones suyas. Respiró hondo y se adentró entre aquella niebla hedionda. Al avanzar distinguió los restos de la oficina. Al parecer, era el lugar que más daños había sufrido. El techo se había desplomado y los cristales de los ventanales se habían volatilizado. La ceniza lo cubría todo y un humo espeso surgía del suelo, aunque seguía sin ver

ningún fuego. Se sobresaltó al escuchar una tos. Varios tablones cayeron al suelo y Casavella se detuvo. Dos figuras surgieron de entre la humareda. Se santiguó y, sin pretenderlo, dio dos pasos hacia atrás. Poco a poco, las figuras se volvieron más nítidas. No acertó a decir palabra cuando, atravesando los últimos jirones de humo, apareció frente a él una joven semidesnuda y, apoyándose en su hombro, un hombre cubierto de sangre.

Casavella abrió los labios y el pitillo cayó al suelo sin encender.

79

La luz del atardecer caía sobre los barcos anclados en el puerto anunciando una noche plácida. Los fastos de la inauguración de la Exposición, cuyo éxito estaba siendo celebrado por toda la ciudad, habían llevado a Barcelona decenas de barcos y el puerto estaba repleto.

Al amparo de los veleros de carga, los vapores de pasajeros y los paquebotes se movían tres barcas de pesca, diminutas al lado de los grandes cascos. Los hombres que las ocupaban acarreaban largas perchas que hundían una y otra vez en el agua.

En el pantalán, un chiquillo recorría nervioso de un lado a otro el embarcadero, se paraba, observaba un momento las aguas y volvía a desandar su camino. De repente se detuvo y, tras unos instantes de vacilación, su excitación se multiplicó.

—¡Allí! ¡Allí!

El grito de Guillem alertó al resto. Algunos hombres se arremolinaron junto a la dársena y miraron el lugar que señalaba el crío. A esas horas era difícil distinguir algo ante la falta de luz.

Una de las barcas se acercó al lugar señalado y sus ocupantes escudriñaron el agua con unos fanales. Por fin, uno de los hombres señaló un bulto inerte flotando unos metros más adelante, junto a un viejo remolcador. Utilizando las perchas, acercaron el cuerpo a la borda y lo izaron.

Guillem no dejó de moverse nervioso hasta que sintió un golpe de bastón en la espalda.

—Estate quieto, chaval. No por sacudirte como una lagartija conseguirás que lleguen antes.

Los ojos vacíos de Vidal miraban hacia las aguas con el mentón algo levantado, como si pudiera desentrañar mediante el olfato lo

que decía la brisa salobre del puerto. Acomodado en una silla, rodeado de varios de sus hombres, el patriarca ciego le daba vueltas a su bastón entre los dedos.

—Allí abajo —le dijo al chico—, lo hiciste bien.

Guillem recibió el cumplido con sorpresa y se irguió en su corta estatura, intentando mantenerse tan quieto como una de aquellas farolas del paseo.

Vidal, mientras esperaban, rememoró el acuerdo con el periodista. Al principio le sorprendió su petición. Fleixa solicitó su ayuda para extraviar a la policía en las cloacas. El periodista se encargaría de que se metieran dentro y el resto era asunto suyo. En sus palabras percibió una honda amargura. No le preguntó los motivos ni necesitó más explicaciones. Accedió con gusto. Como resultado, el inspector Sánchez junto con un grupo de hombres llevaban días desaparecidos. Nadie en la ciudad se explicaba su desaparición.

Por fin, arribó la barca a la dársena y, tras asegurar un cabo, sacaron el cuerpo. El hombre llevaba la ropa hecha jirones. La camisa estaba manchada de sangre a la altura del pecho. Había perdido uno de los zapatos y el brazo derecho colgaba en un ángulo extraño. Hedía como uno de los sumideros de la ciudad.

Guillem amagó con acercarse, pero el bastón del viejo ciego se interpuso.

—Quieto. Si ha de vivir, vivirá.

El niño le miró con rencor, pero obedeció.

Tendieron al hombre en el suelo. A un gesto de Vidal, le cogieron del pelo y le alzaron la cabeza. Una anciana le acercó a la nariz un tarro abierto de cristal azulado. Un intenso olor a sales surgió de su interior. No hubo ninguna reacción. Algunos negaron con la cabeza. La anciana se apartó, pero Vidal le instó a que volviera a intentarlo.

En esta segunda ocasión, los párpados del hombre se estremecieron. Todos observaban en un tenso silencio. De pronto, su cuerpo empezó a temblar y se soltó de las manos que le sujetaban. Arqueó la espalda y abrió la boca buscando aire con ansia hasta que

un ataque de tos lo dobló de costado. Exhaló un gemido y empezó a vomitar entre jadeos.

—Fuera todos. Dejadle respirar.

Esperaron a que se recuperara. La misma mujer le acercó una cazoleta de vino rebajado con agua. Bebió con avidez. Al terminar, el hombre alzó la cabeza y miró a su alrededor con ojos extraviados.

Vidal bajó de la silla y se acercó, seguido de un radiante Guillem. El enano disimuló una sonrisa.

—Señor Amat, ya era hora. Le estábamos esperando.

Perdón

Dos semanas más tarde

80

En aquel barrio los edificios se apoyaban unos en los otros para no acabar derrumbados en el suelo, haciendo que las calles más estrechas fueran poco más que una rendija pisable de tierra. Fleixa contempló cómo las vigas se doblaban por el peso de la podredumbre acumulada. Aquellos muros no habían conocido una mano de pintura más allá de la original y mostraban desconchones que recordaban a las verrugas de una anciana. La única farola de la calle apenas era suficiente para iluminar el destartalado cartel de la pensión.

El periodista puso un pie en el portal entreabierto. El interior no presentaba mejor aspecto. El rellano estaba repleto de basura que debía de datar de la época de la Primera República. En lo alto de tres escalones irregulares, junto al inicio de la escalera del edificio, un mostrador se mantenía en pie a duras penas. El timbre había dejado de funcionar tiempo atrás. No esperaban visitas.

El periodista creía haber olido de todo, pero aquello era insoportable. Echó un vistazo a la calle, se aseguró de que no le seguían antes de entrar renqueando, todavía convaleciente de la herida del hombro, y empezó a subir las cuatro plantas cubriéndose la nariz con un pañuelo. Evitó apoyarse en la barandilla, pues parecía a punto de desmoronarse junto con el resto de la escalera. A pesar del crujido de los escalones que delataba su presencia, nadie se asomó.

Al llegar al último piso, avanzó por el pasillo hasta que se detuvo frente a una puerta tan mugrienta como el resto de la pensión. Llamó con los nudillos y esperó. Ningún sonido salió del interior. Volvió a llamar, en esta ocasión con mayor fuerza.

La puerta se abrió unos centímetros antes de quedar trabada por una cadena. Unos ojos inyectados en sangre le observaron a través de la abertura.

—¿Señor Malavell? ¿Es usted Albert Malavell, antiguo sirviente de la casa de los Gilbert?

La voz que salió del otro lado dudó, suspicaz.

—Tal vez.

—Me trae aquí la preocupación por un conocido común.

—Sus preocupaciones me importan un carajo.

Hizo amago de cerrar la puerta, pero el pie de Fleixa se interpuso con rapidez.

—Creo que este asunto le interesa... digamos económicamente.

—¿Hay alguna ganancia de por medio? —preguntó con ansiedad mal fingida entreabriendo de nuevo la puerta.

Fleixa se apartó a un lado. De las sombras del rellano surgió La Negra. Hizo un gesto y, sin mediar palabra, el antiguo forzudo circense se adelantó y le soltó un puntapié a la puerta. La madera del marco reventó en pedazos y la cadena saltó por los aires. Malavell cayó de espaldas y la botella que sostenía en su mano rodó por el suelo, vaciándose a borbotones.

La Negra entró dentro de la habitación seguida de su guardaespaldas. Malavell les miraba de hito en hito.

—No... no pueden... —balbuceó.

La Negra sonrió antes de contestar con voz gatuna.

—Oh, sí, cariño. Claro que podemos.

Fleixa se alejó por el rellano liando un cigarrillo mientras la puerta se cerraba a su espalda.

Pau se mordió el labio hasta darse cuenta de que se hacía daño.

Llevaba cerca de una hora junto a la puerta de la sala. Una y otra vez se acomodaba la falda y tiraba del corsé, terriblemente molesto. ¿Cómo se las apañaban para respirar con aquello? Después de llevar pantalones tanto tiempo ahora se sentía como un pastel. Añoraba la comodidad de su ropa anterior.

Se llevó la mano al corazón. Las heridas provocadas por las agujas habían desaparecido, pero la fina cicatriz que le recorría el pecho le recordaría siempre la pesadilla de aquel subterráneo. El cabello le había crecido un poco, aunque todavía necesitaba un sombrero para disimularlo. Por fortuna, la transferencia de su esencia vital a la amada de Alec Amat no se completó. Al interrumpir Fleixa el flujo de electricidad le salvó la vida. De vez en cuando le sobrevenía una repentina debilidad, pero en general se encontraba bien.

Suspiró. Las manos le sudaban bajo los bonitos guantes de terciopelo marrón. La ropa se la había prestado, en un gesto muy amable, la señora Adell, pero hubiera preferido una camisa y unos buenos pantalones.

Aquella mañana, la facultad estaba muy concurrida, pues se celebraban los exámenes finales. En otras circunstancias, ella estaría ahora sentada en una de aquellas salas pasando las pruebas para obtener su título de cirujano. En su lugar, allí estaba, atrayendo las miradas de sus antiguos compañeros. Trató de ignorarlos para concentrarse en lo que realmente le preocupaba: el motivo por el que estaba convocada. Con todo lo ocurrido no habían tenido oportunidad de notificarle oficialmente su expulsión. Respiró hondo, esperaba que fuera un simple trámite de apenas unos minutos.

El sonido de la puerta abriéndose interrumpió sus pensamientos. Tras ella apareció Fenollosa. Estaba pálido, como si hubiera recibido una terrible noticia. Al verla pareció a punto de decir algo, pero se arrepintió. Pau mantuvo la mirada hasta que el otro bajó la cabeza y se marchó pasillo abajo sin mirar atrás. Descubrió con sorpresa que ya no lo odiaba. En realidad, después de los acontecimientos de los últimos días, se sentía liberada y en su interior no quedaba espacio para el rencor. Al oír su nombre contuvo un sobresalto. Aspiró profundamente, se alisó la falda y entró en el anfiteatro anatómico.

En esta ocasión, las gradas estaban vacías. Tan solo los sillones del tribunal de profesores estaban ocupados. Cinco hombres con expresión severa la observaban mientras se dirigía al centro de la

sala. La mayoría parecían incómodos con su presencia, excepto el doctor Segura, que la saludó con un breve gesto de simpatía.

—Señorita Gilbert. —La voz del decano resonó en la sala vacía —. Siéntese, por favor.

Pau tomó asiento y buscó una posición cómoda, pero el vestido se lo ponía difícil. Se removió en la silla hasta que un carraspeo le hizo detener sus torpes intentos y alzar la mirada.

—En primer lugar, quiero solicitar su discreción en lo que a continuación vamos a explicarle. Nada de lo dicho en esta sala debe salir de aquí. ¿Está de acuerdo?

Pau afirmó dubitativa.

—Bien. Hace tres días, recibimos una misiva cuyo remite lleva las armas de la casa real. En la misma, el secretario de la reina nos relataba su destacado papel en unos hechos que, por cuestiones de reserva, no podían detallar. —Hizo una pausa—. Al parecer, usted y sus amigos evitaron un grave desastre, salvando con ello muchas vidas, incluidas la de su majestad la reina y la del heredero de la corona.

Pau asintió a medias, sin saber qué decir. El decano levantó la vista de la hoja quitándose las lentes y dejándolas a un lado.

—Entiendo que no está en su mano aclararnos nada de esto.

—No, señor. No puedo.

—Conforme. —Se caló las lentes de nuevo sobre la nariz—. La misma reina regente, por boca de su secretario, nos solicita, como favor personal, que hagamos una excepción con usted. Según sus propias palabras, desea fervientemente que le concedamos la oportunidad de examinarse para obtener el título de cirujano. Siempre que usted esté de acuerdo con ello, por supuesto.

Pau reprimió un respingo.

—Además —continuó Suñé—, su majestad añade que la corona realizará una importante contribución a la universidad, pues desea apoyar el conocimiento, el valor y el atrevimiento del que... usted es ejemplo.

El resto de los profesores se mantuvo en un silencio embarazoso.

—Tras celebrar una reunión, y a pesar de lo extraordinaria que es esta petición... —tosió—, hemos decidido acceder a la misma.

Las manos de Pau temblaron ligeramente hasta que las entrelazó.

—¿Desea, por tanto, realizar las pruebas? Puede negarse, lo entenderíamos perfectamente.

—Oh, no, señor. Estoy dispuesta. ¿Cuándo quieren que me presente a los exámenes?

—Ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sus calificaciones, mientras se hizo pasar por alumno de esta facultad, fueron excelentes. Hemos resuelto proceder directamente con una prueba práctica.

El decano señaló a su espalda. Dos hombres entraron en la sala portando una camilla. Retiraron la tela que cubría el cadáver y lo trasladaron a la mesa de disección. Mientras, un asistente espolvoreaba serrín por el suelo. El conocido olor a descomposición se impuso sobre el humo del incienso recién encendido.

—No tiene por qué avergonzarse si no se ve capacitada —comentó uno de los profesores.

—Sería comprensible —asintió otro.

—Deberíamos dejar que la joven tome sus propias decisiones, caballeros —intervino el profesor Segura, y añadió con un guiño—. Como siempre.

—Por supuesto —replicó el primer profesor—. Sin embargo, no supondría ningún agravio si renunciase. Al fin y al cabo, sigue usted siendo una mujer. No es necesario que pase por esto.

Pau apretó los dientes. Excepto el doctor Segura y tal vez el mismo decano, los demás se mostraban escépticos. No confiaban en ella. Meditó unos segundos antes de responder. Ahora tenía la seguridad de que aquello nunca acabaría: aunque lograra superar el examen siempre la juzgarían más por ser mujer que como médico.

Suspiró. Se alzó de la silla, las manos sobre el regazo, y los miró uno a uno. Luego, sin decir palabra, se dirigió hacia la puerta. Escuchó a su espalda el murmullo de satisfacción del grupo de hombres. Al llegar a la salida, se quitó los guantes y los dejó, junto

con el sombrero, sobre un asiento del graderío. Tomó la bata de las manos de un asistente y sonrió por primera vez en los últimos días.

—Cuando quieran. Estoy preparada.

Pau y Fleixa paseaban en silencio por la dársena del puerto. El graznido de las gaviotas les acompañaba mientras volaban en círculos por encima de sus cabezas. Con cada embate del agua, los barcos tensaban sus anclajes, inquietos por volver al mar. A esa hora del atardecer, las barcas de pescadores arribaban al pantalán para descargar las capturas del día.

El periodista andaba un poco rígido a causa del vendaje que le cubría casi todo el torso, pero no se quejaba como en él hubiera sido habitual. Pau acarreaba una maleta pequeña. Fleixa se había ofrecido a llevarla, pero la joven se había negado.

—No la he felicitado todavía.

Pau asintió con un brillo en los ojos.

El examen había durado tres largas horas. Le hicieron preguntas cuya dificultad excedía el conocimiento exigido habitualmente, e incluso en ocasiones le señalaron casos que solo consideraban los médicos veteranos. Pero aun así superó la prueba. Había obtenido el título de cirujano.

—Entonces, ¿se marcha? —preguntó Fleixa.

El tono preocupado del periodista le enterneció. Se dio cuenta de que a ella también le dolía separarse de aquel hombrecillo refunfuñón.

—Se trata de una buena oportunidad.

—Marruecos es un destino difícil.

—He sido nombrada oficial médico. Debido a la situación que se vive en ese territorio no importa mucho si quien cose las heridas es hombre o mujer.

Fleixa asintió sombrío. Siguieron avanzando por el muelle.

—¿Lo sucedido en el Lírico lo causó también Alec? —quiso saber Pau.

—Así parece. El hermano de Amat vio en aquella representación una oportunidad única para extender la creencia de que un espíritu

diabólico era el responsable de las muertes y alejar así cualquier sospecha sobre él. Hizo un trato con la médium para anunciar la venida de un demonio y provocar un miedo mayor. La pobre mujer desconocía que Alec tenía sus propios planes. Acudió al teatro disfrazado como el profesor Gavet y con una excusa accedió al escenario. En un descuido, introdujo una dosis de cianuro en el agua que utilizaba de costumbre en cada sesión. Cuando agonizó la médium en plena representación consiguió un gran efecto, pues todo el mundo creyó que el espíritu demoniaco estaba allí presente.

—Dios mío, qué locura.

—Y que lo diga.

—Dígame, ¿qué ha sido del periodista que pugnaba con usted en el periódico?

—¿Llopis? Todo este asunto no le ha dejado en buen lugar, pero se recuperará. Creo que no tardaremos en ver una nueva crónica suya.

Pau le miró con expresión preocupada.

—Espero, señor Fleixa, que haya recuperado el trabajo.

—Más o menos. El *Correo* me ofreció mi antiguo puesto.

—Es una excelente noticia.

—Lo he rechazado. —Se le iluminaron los ojos al recordar la cara de Sanchís—. Me ofrecieron algo mejor. Tiene ante usted al nuevo responsable de sucesos de *La Vanguardia.* Ese periódico ha empezado una nueva línea editorial este año y parece interesante. Además —añadió con un guiño—, el salario es excelente.

—Me alegro mucho por usted.

El periodista se atusó el bigote. Pensó un momento en Dolors y se le humedecieron los ojos. Ojalá pudiera compartir su buena fortuna con ella. La echaba de menos, su recuerdo aún le lastimaba y creía que, como una herida mal cerrada, le dolería siempre.

Sus pasos les condujeron hacia el final del embarcadero. Una pareja de marineros se cruzó con ellos y observaron con admiración a la joven. Pau cambió el tono de voz.

—¿Ha vuelto a ver a Daniel?

—No. Cuando salí del hospital él ya se había recuperado de sus heridas.

—Su propio hermano, ¿quién lo iba a decir?

—Sí —afirmó el periodista—. Tantos años cargando con la culpa de un accidente del que en realidad no fue responsable.

Pau recordó la carta que llevaba guardada en el equipaje, Daniel le había escrito unas agradables palabras de despedida deseándole suerte. Su dedicatoria la había emocionado: «Allá donde vaya, no deje de luchar por sus sueños». Pensó entonces en el fabuloso manuscrito de Vesalio. Aparentemente se había quemado en el subterráneo, según Daniel les había contado. Aquella obra tenía un valor inmenso. El proceso descubierto por el insigne anatomista constituía un avance impensable para la medicina. Podía cambiar el mundo tal y como lo conocían, si bien en manos equivocadas suponía un conocimiento terrible. Posiblemente su desaparición era lo mejor.

Fleixa dejó escapar un suspiro que interrumpió sus pensamientos.

—Debo agradecerle que me salvara la vida.

—Su reloj tuvo algo que ver —contestó Pau.

—Es cierto. —Lo extrajo del bolsillo. El metal estaba abollado allí donde había impactado la segunda bala tras caer herido en el hombro con el primer disparo—. Aun así, fue usted quien me sacó de aquel infierno.

Como respuesta, Pau le cogió de su brazo sano y lo atrajo hacia ella. Fleixa se irguió en su corta estatura y continuaron caminando hasta llegar a la escalerilla del vapor que llevaría a la joven lejos de Barcelona.

Un destacamento de soldados esperaba para subir a bordo mientras los marineros terminaban de subir la carga. Las órdenes de los oficiales se mezclaban con las voces y ajetreo de la tripulación. El olor a cuero, acero y animales impregnaba el ambiente. Una campana tañó y las chimeneas del barco empezaron a escupir una columna de humo.

—Ah, lo olvidaba. —El periodista rebuscó en su abrigo—. Esto le pertenece.

Le alargó un sobre marrón. Pau dejó la maleta en el suelo y lo cogió de su mano. En su interior encontró un fajo de billetes.

—No comprendo.

—Fui a ver a un conocido suyo. Me hice acompañar por unos amigos. Tras una entretenida charla, entró en razón y decidió devolver el dinero que usted se vio obligada a entregarle, junto con su más sincero arrepentimiento. Jamás volverá a molestarla, estoy bastante seguro.

Pau hizo entonces algo inesperado para ambos. Abrazó a Fleixa y le besó en la mejilla. El periodista notó un calor repentino en el rostro. Por primera vez en su vida, se quedó sin palabras.

—Muchas gracias, Bernat. Le voy a echar de menos.

—Yo también, querida. Yo también.

Daniel se ajustó el cabestrillo. Le molestaban los puntos del brazo y aún sentía dolor en las costillas al respirar. El médico le había aconsejado que guardara reposo, pero él necesitaba acercarse al cementerio antes de dejar Barcelona.

Habían transcurrido unas pocas semanas desde el entierro de su padre, y sin embargo a él le parecía que había pasado mucho más tiempo. A sus pies se alzaba su tumba. Ya estaba colocada la lápida. Según sus propias indicaciones, el epitafio rezaba: «Don Alfred Amat i Roures, ilustre doctor y esforzado padre». Y debajo habían incluido la divisa familiar: *Vivitur ingenio, caetera mortis erunt*.

A la derecha, un montón de tierra indicaba el lugar donde reposaban los restos de Alec. Se inclinó, soportando el dolor, e introdujo sus dedos dentro de la grava todavía mojada por la lluvia del día anterior. Era lo más cerca que iba a poder estar de su hermano.

El manuscrito de Vesalio, el original, también estaba allí, enterrado junto con él. Nunca sabrían si la máquina diseñada por el sabio anatomista realmente funcionaba o no. Algunos médicos le aseguraron en el hospital que una fuerte descarga eléctrica era capaz de provocar los efectos más increíbles sobre un cadáver. Alzar las piernas, mover los brazos, incluso abrir los párpados, pero resultaba absolutamente imposible devolverle la vida. Aun así...

Dejó salir el aire de sus pulmones, ya no importaba nada de eso. Volvió a acariciar la tierra. Durante su estancia en el hospital no dejó de pensar en lo sucedido antes de la explosión que había destruido el laboratorio. Al arrastrarle hasta el pozo y empujarle después, Alec le había salvado la vida. Deseaba creer que, en aquellos últimos instantes, la locura había abandonado a su hermano y que había muerto en paz.

Se alzó. De un bolsillo de su abrigo sacó unos billetes de tren. En dos horas partía rumbo a París para luego enlazar con el expreso a Calais. Había reservado un compartimento entero, pues prefería estar solo durante el viaje. Tenía mucho en qué pensar.

Tras dedicar una última mirada a las tumbas, se inclinó para recoger la maleta y marcharse. En ese instante, las ramas de los árboles del cementerio se mecieron con el viento y transportaron un suave aroma a jazmín.

Irene vestía de negro, como correspondía tras la muerte de su marido. En esta ocasión, ella se acercó despacio haciendo crujir la gravilla bajo sus zapatos. Se situó a su lado y miró hacia los dos montículos de tierra.

—¿Te marchas?

—Hoy mismo.

La quietud del cementerio les permitió oír el roce de las hojas de los árboles.

—¿Qué vas hacer ahora? —preguntó Daniel.

—Aún no lo sé. Bertomeu estaba arruinado. Hace dos días, tu amigo, el periodista, hizo público en *La Vanguardia* el fraude cometido con el dinero de los inversores. El prestigio y posición de su familia se han perdido para siempre. Su muerte lo ha librado de la cárcel. Yo, por mi parte, tal vez me quede en Barcelona o vuelva a Cuba. Hace mucho tiempo que me fui de allí.

Daniel asintió, enmudecido por una repentina sensación de pérdida.

—Te gustará saber que he vuelto a ver a mi padre —continuó Irene—. Necesitamos algo de tiempo, eso es todo.

Se acercó y el calor de su cuerpo le reconfortó.

—Es hora de que te perdones —susurró.

Exhaló un suspiro. No era sencillo, después de tanto tiempo sintiéndose culpable.

—Toma.

Irene le entregó un documento sellado.

—He podido arreglarlo con mis abogados antes de la intervención de los acreedores. Se trata de la escritura de la casa. Es tuya otra vez.

Se acercó y su mano le acarició la mejilla. Después recorrió sin aprensión las cicatrices del cuello. Ahora estaban tan cerca que sus cabellos se tocaron. Daniel rozó la comisura de sus labios con las yemas de sus dedos, inclinó la cabeza y se sumergió en la carnosidad de su boca. Al cerrar los ojos, el dolor desapareció como si nunca hubiera estado allí. Cuando se separaron, ella le observaba con una sonrisa. Bajó la mirada, se dio la vuelta y se encaminó por la senda de grava, mientras su fragancia flotaba en el aire tras sus pasos.

Irene llegó al coche de punto con la respiración entrecortada. Se tomó unos segundos antes de abrir la portezuela y subir a la cabina. Un cuerpo se removió en su interior recortándose al trasluz. La niña, de piel tostada y melena oscura, apenas podía contener la ansiedad. Sus grandes ojos grises la miraban expectantes.

—Mamá, ¿por qué hemos venido aquí? ¿Quién es ese hombre?

Irene no contestó. Le acarició la cabeza y apartó un mechón de su frente. Con tan solo siete años, la pequeña sentía una inmensa curiosidad por todo lo que le rodeaba, como ella misma a su edad. Su mohín impaciente esperando la respuesta le arrancó una sonrisa.

—Es un amigo —contestó por fin.

—Ah.

—Déjame sitio, anda.

Irene se acomodó en el asiento de cuero y el coche inició la marcha con un tirón de los caballos.

—¿Lo volveremos a ver? —preguntó la niña asomándose por la ventanilla.

El crujido de las ruedas sobre la tierra le impidió escuchar la respuesta de su madre.

La pequeña observó al hombre, de pie frente a los montículos de tierra sosteniendo una maleta en la mano. Tras él apenas se adivinaban las formas de Barcelona. Cuando tomaron la primera curva del camino, el viento se levantó de improviso y arrastró consigo la bruma y el humo de las fábricas. Después de muchos días, el cielo resplandeció azul y el sol, encaramado sobre Collserola, cubrió de oro los tejados. Antes de que el carruaje tomara la salida del cementerio, la niña todavía distinguió al hombre alzar la vista hacia la ciudad. Después, vio que dejaba caer la maleta, rebuscaba dentro de su abrigo y extraía unos papeles. Tras un instante de duda, los arrojó al aire con fuerza. A pesar de la distancia, la niña entrevió su sonrisa, bañada en la luz de la tarde, mientras seguía con la mirada cómo el viento los arrastraba hacia el mar.

Agradecimientos

Son muchas las personas que, con una generosidad que no merezco, me han ayudado e insuflado ánimo. Nadie me dijo que lo mejor de escribir iba a ser precisamente esto: recibir el cariño de tanta gente.

Por ello quiero mostrar mi agradecimiento a Antonio Penadés, cuya amistad y ejemplo humano no tienen precio; a Santiago Álvarez, hermano en los sueños, formidable creador de historias y mejor amigo; a Marina López, cuyo talento está a la altura de su enorme corazón. Ambos se dejaron las pestañas en el manuscrito original. Sin su ayuda esta novela no sería la misma.

A Bernardo Carrión, el señor de las comas, compañero de quimeras hechas realidad. ¡Las veces que hemos divagado en lugar de trabajar!; a Raúl Borrás, Sebastián Roa y Enrique Huertas, que también se vieron implicados de las formas más diversas; a Josep Asensi, que evitó alguna que otra metida de pata (y las que puedan encontrarse siguen siendo mías y solo mías) y, en general, a todos los componentes de El Cuaderno Rojo, una fábrica de utopías literarias.

A Santiago Posteguillo y a Jorge Eduardo Benavides, por sus palabras y sus convicciones.

A Maria Zúñiga, por el mérito de soportar una tras otra versión del mismo capítulo, por su optimismo sin fin y sus fantásticas e inabordables ideas.

A Gustavo Ten, enorme fotógrafo. Gracias por estar ahí siempre.

A Ella Sher, mi agente, mi amiga, mi *whatsapp* matutino. Una mujer excepcional con la que conquistar el mundo. También a Amaiur, socia en la sombra, que sigue sin saber si matarme o agradecerme haber escrito esta novela.

A Silvia Sesé, mi editora. Las palabras se me quedan cortas para agradecer su confianza en mí. A tu lado parece todo posible; a Emili Rosales, mi editor, el entusiasmo que vi en sus ojos al hablar de esta novela no lo olvidaré nunca. Ambos aman tanto este mundo literario que es un regalo trabajar con ellos. A Anna Soldevila, juntos empezamos una gran aventura, estoy seguro de que nos llevará por caminos maravillosos. A Alba, a Rosa Maria, a Alba de nuevo... En definitiva, a todo el equipo de Destino, por su enorme trabajo y paciencia conmigo.

A mis amigos verdaderos y a mi familia, origen de mi ser y sentido de mi existencia.

A Barcelona, la ciudad de mi madre y donde ella todavía está.

A Belén, mi compañera de aventuras. Sin ti no hay sueños que valgan.

Y a la pequeña Joana, la culpable de que dé vuelcos mi corazón cada vez que sonríe. Perdona por los cuentos no leídos, inventaré cientos de ellos para ti.

El secreto de Vesalio
Jordi Llobregat

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la fotografía de la portada, Cristina Reche
© Jordi Llobregat, 2015
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2015)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2015

ISBN: 978-84-233-4961-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com